Thomas Merton

LA MONTAÑA DE LOS SIETE CÍRCULOS



Editorial Sudamericana

THOMAS MERTON

LA MONTAÑA DE LOS SIETE CÍRCULOS

Traducción de
AQUILINO TUR

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

ADVERTENCIA
ESTA ES UNA COPIA PRIVADA PARA FINES EXCLUSIVAMENTE EDUCACIONALES

QUEDA PROHIBIDA
LA VENTA, DISTRIBUCIÓN Y COMERCIALIZACIÓN

- El objeto de la biblioteca es facilitar y fomentar la educación otorgando préstamos gratuitos de libros a personas de los sectores más desposeídos de la sociedad que por motivos económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas no tienen posibilidad para acceder a bibliotecas públicas, universitarias o gubernamentales. En consecuencia, una vez leído este libro se considera vencido el préstamo del mismo y deberá ser destruido. No hacerlo, usted, se hace responsable de los perjuicios que deriven de tal incumplimiento.
- Si usted puede financiar el libro, le recomendamos que lo compre en cualquier librería de su país.
- Este proyecto no obtiene ningún tipo de beneficio económico ni directa ni indirectamente.
- Si las leyes de su país no permiten este tipo de préstamo, absténgase de hacer uso de esta biblioteca virtual.

"Quién recibe una idea de mí, recibe instrucción sin disminuir la mía; igual que quién enciende su vela con la mía, recibe luz sin que yo quede a oscuras" ,

—Thomas Jefferson

sin egoísmo

Para otras publicaciones visite
www.lecturasinegoismo.com
Referencia: 4236

Diseño de tapa: María L. de Chimondeguy / Isabel Rodrigué

LA MONTAÑA DE LOS SIETE CÍRCULOS

PRIMERA EDICIÓN
Mayo de 1950

SEXTA EDICIÓN
Junio de 1998

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Queda hecho el depósito
que previene la ley 11.723.
© 1950, Editorial Sudamericana, S.A.
Humberto Iº 531, Buenos Aires

ISBN 950-07-1373-X

Título del original en inglés:
The seven storey mountain

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

EL JUEGO DEL RESCATE

I

En el último día de enero de 1915, bajo el signo de Acuario, en un año de una gran guerra y a la sombra de unas montañas francesas de la frontera con España, vine al mundo. Libre por naturaleza, a imagen de Dios, fui sin embargo prisionero de mi propia violencia y mi propio egoísmo, a imagen del mundo al cual había venido. Ese mundo era el retrato del infierno, lleno de hombres como yo, amantes de Dios y no obstante aborreciéndolo; nacidos para amarle y viviendo en cambio con temor y desesperadas apetencias antagónicas.

A no muchos centenares de millas de la casa donde nací estaban recogiendo a los hombres que se pudrían en las enfangadas zanjas, entre los caballos muertos y los derrengados cañones de setenta y cinco, en un bosque de árboles sin ramas, a lo largo del río Marne.

Mi padre y mi madre eran cautivos de ese mundo, sabiendo que no vivían con él ni en él, y con todo incapaces de huir de él. Estaban en el mundo y no eran de él, no porque fueran Santos, sino de un modo distinto: porque eran artistas. La integridad de un artista eleva a un hombre por encima del nivel del mundo sin liberarlo de él.

Mi padre pintaba como Cézanne y comprendía el paisaje meridional francés como Cézanne lo comprendió. Su visión del mundo era sana, llena de equilibrio, llena de veneración por la estructura, por las relaciones de las masas y por todas las circunstancias que imprimen una personalidad individual en cada cosa creada. Su visión era religiosa y pura y, por consiguiente, sus pinturas estaban sin decoración ni comentario superfluo, ya que un hombre religioso respeta el poder de la creación de Dios para dar testimonio de sí. Mi padre era un artista muy bueno.

Ni mi padre ni mi madre sufrían de los mezquinos prejuicios fantásticos que corroen a las gentes que no saben más que de automóviles y de cine y de lo que hay en la nevera y en los periódicos y de qué vecinos van a divorciarse.

Heredé de mi padre su manera de mirar las cosas y algo

de su integridad; y de mi madre algo de su insatisfacción con la confusión en que el mundo vive y un poco de su varia capacidad. De ambos heredé facultades para el trabajo y visión y goce y expresión que debían haber hecho de mí una especie de rey, si los ideales por los que el mundo vive fueran los verdaderos. No es que nunca tuviéramos dinero; pero cualquier tonto sabe que no se necesita dinero para disfrutar de la vida.

Si lo que la mayoría de la gente da por sentado fuera realmente verdadero..., si todo lo que se necesitase para ser feliz fuese apoderarse de todo y verlo todo e investigar todas las experiencias y entonces hablar de ello, yo habría sido una persona muy feliz, un millonario espiritual, desde la cuna hasta ahora.

Si la felicidad fuera simplemente cuestión de dones naturales, nunca habría ingresado en un monasterio trapense cuando llegué a la edad de hombre.

II

Mis padres vinieron a Prades de los confines de la Tierra y, aunque llegaron para establecerse, permanecieron solamente allí el tiempo necesario para que yo naciera y marchara sobres mis pies; y entonces partieron de nuevo. Y continuaron y yo empecé un viaje algo largo; para los tres, uno y otro camino han terminado ahora.

Y aunque mi padre vino del otro lado de la Tierra, allende muchos océanos, todos los cuadros de Christchurch, Nueva Zelanda, donde nació, parecen los suburbios de Londres, pero acaso un poco más limpios. Hay más luz en Nueva Zelanda y creo que la gente es más sana.

El nombre de mi padre era Owen Merton. Owen porque la familia de su madre había vivido durante una generación o dos en Gales, aunque creo que eran originarios de las Tierras Bajas escocesas. Y el padre de mi padre era profesor de música, un hombre piadoso, que enseñaba en Christ's College, Christchurch, en la Isla del Sur.

Mi padre tenía acopio de energía e independencia. Me contaba la vida de la colina y las montañas de la Isla del Sur, de las haciendas de ovejas y los bosques en donde había estado; y una vez, en que una de las expediciones antárticas pasó por

allí, mi padre estuvo a punto de unirse a ella para ir al Polo Sur. Habría perecido helado con todos los demás, pues aquella fue una expedición de la que nadie regresó.

Cuando quiso estudiar arte, hubo muchas dificultades en su camino y no le fue fácil convencer a los suyos de que ésa era realmente su vocación. Pero al fin marchó a Londres y luego a París, y en París conoció a mi madre y se casó con ella y nunca más volvió a Nueva Zelanda.

Mi madre era norteamericana. He visto un retrato suyo que representa una diminuta persona algo ligera, delgada y sobria, con un rostro serio, algo ansioso y muy sensitivo. Y esto corresponde a mi recuerdo de ella —inquieta, escrupulosa, vivaz, preocupada por mí, su hijo—. Con todo, en la familia siempre se ha hablado de ella como si fuera alegre y de muy buen humor. Mi abuela conservaba grandes rizos del pelo rojo de mi madre, después de muerta, y su risa feliz de colegiala nunca había cesado de resonar en la memoria de mi abuela.

Me parece, ahora, que mi madre debe de haber sido una persona llena de sueños insaciables y grandes anhelos de perfección: perfección en el arte en la decoración de interiores, en el baile, en la dirección de la casa, en la educación de los hijos. Acaso por eso la recuerdo principalmente como preocupada, ya que la imperfección mía, de su primogénito, había sido una gran decepción. Si este libro no prueba nada más, mostrará ciertamente que no fui el hijo soñado de nadie. He visto un diario que mi madre escribía, durante mi infancia y primera niñez, y refleja asombro ante el desarrollo obstinado y al parecer espontáneo de aspectos completamente imprevisibles en mi carácter, cosas con las que nunca ella había contado. Por ejemplo, una profunda y grave tendencia a adorar la luz de gas de la cocina, con no poca veneración de ritual, cuando yo tenía solamente cuatro años. Las iglesias y la religión formal eran cosas a las que mi madre no daba demasiada importancia en la educación de un hijo moderno, y mi creencia es que ella pensaba que, si yo era abandonado a mí mismo, llegaría a ser una especie de deísta simpático y tranquilo y nunca sería pervertido por la superstición.

Mi bautismo, en Prades, fue casi ciertamente idea de mi padre, porque él había crecido con una fe profunda y bien desarrollada, según las doctrinas de la Iglesia de Inglaterra. Pero no creo que hubiera mucho poder, en las aguas del bautismo que recibí en Prades, para enderezar el desvío de mi esencial libertad, ni para liberarme de los demonios que como vampiros se posaban sobre mi alma.

Mi padre marchó a los Pirineos debido a un sueño suyo más simple, más sólido y más práctico que los numerosos y obsesionantes ideales de perfección de mi madre. Quería encontrar un sitio donde pudiera establecerse en Francia y formar una familia y pintar y vivir prácticamente de nada, porque no teníamos prácticamente nada de qué vivir.

Mis padres tenían muchos amigos en Prades y, cuando se hubieron trasladado allí y tuvieron su mobiliario en el piso y las telas apiladas en un rincón y todo el lugar oliendo a frescos óleos y acuarelas y tabaco barato de pipa y cocina, bajaron más amigos de París. Mi madre acostumbraba a pintar en las colinas, bajo una gran sombrilla de lona, mi padre pintaba al sol y los amigos bebían vino tinto y contemplaban el valle de Canigou y el monasterio de las laderas de la montaña.

Había muchos monasterios en ruinas en aquellas montañas. Mi espíritu vuelve con gran reverencia al recuerdo de aquellos limpios y antiguos claustros de piedra, aquellos arcos bajos y poderosos, tallados y colocados por monjes que acaso habían rezado por mí donde yo estoy ahora. San Martín y San Miguel Arcángel, el gran patrono de los monjes, tenían iglesias en aquellas montañas. San Martín-du-Canigou; San Michel-de-Cuxa. ¿Puede asombrar acaso que yo abrigara un sentimiento amistoso hacia esos lugares?

Uno de ellos, piedra a piedra, me siguió a través del Atlántico una veintena de años más tarde y se me apareció reconstruido, a mi alcance, cuando más necesitaba ver cómo era un claustro y en qué clase de lugar podía vivir un hombre según su naturaleza racional y no como un perro descarriado. San Michel-de-Cuxa está instalado en un museo especial, pequeño y muy ordenado, de un parque de la parte alta de la ciudad, en Nueva York, mirando al río Hudson, de tal manera que uno se olvida de la ciudad en que se encuentra. Se llama *The Cloisters*. Sintético como es, aún conserva bastante de su propia realidad para ser un reproche a todo lo que lo rodea, excepto los árboles y las palizadas.

Cuando los amigos de mis padres vinieron a Prades trajeron los periódicos arrollados en sus bolsillos y muchas postales con carteles patrióticos, representando a los aliados venciendo a los alemanes. Mis abuelos —es decir, los padres americanos de mi madre— estaban preocupados porque su hija vivía en un país en guerra y era evidente que no podríamos permanecer mucho más tiempo en Prades.

Yo tenía tan sólo un año de edad. No recuerdo nada del viaje que hicimos a Burdeos para tomar el barco, el cual tenía

un cañón montado en el puente de proa. No recuerdo nada de la travesía del mar, nada de la ansiedad por los submarinos, ni la llegada a Nueva York, al país donde no había guerra. Pero puedo fácilmente reconstruir el encuentro de mis abuelos norteamericanos con su yerno y su nieto.

Pop, que así era llamado en la familia mi abuelo americano, era un hombre alegre y nervioso que, en los muelles, barcos, trenes, en las estaciones, ascensores, autobuses, hoteles, restaurantes, solía excitarse y empezaba a dar órdenes a todos los que lo rodeaban y a hacer nuevas disposiciones o cambiarlas según la necesidad del momento. Mi abuela, a quien llamábamos Bonnemaman, era todo lo contrario; su natural deliberativo y su vacilación y horror a la actividad parecían siempre aumentar en proporción a los excesos de Pop. Cuanto más activo se sentía Pop y más gritaba y daba órdenes, más vacilante, perpleja y finalmente inerte se mostraba mi abuela. Pero acaso este conflicto oscuro e inocuo y del todo subconsciente no había llegado todavía, en 1916, al apogeo de complicaciones que debía alcanzar unos quince años más tarde.

No me cabe duda de que había un cierto grado de conflicto entre las dos generaciones cuando mis padres determinaron buscar su propia casa y vivir en ella. Era una casa pequeña, muy vieja y desvencijada, bajo dos o tres altos pinos, en Flushing, Long Island, que era entonces una ciudad de campo. Nosotros estábamos en las afueras, hacia Kiljordan y Jamaica y la antigua escuela Truant. La casa tenía cuatro habitaciones, dos arriba y dos abajo, y dos de ellas eran poco mayores que gabinetes. Debía de ser muy barata.

Nuestro casero, Mr. Duggan, ocupaba un salón contiguo. Tuvo disgustos con mi padre por aprovecharse del ruibarbo que nosotros cultivábamos en el jardín. Recuerdo el gris atardecer de verano en que esto sucedió. Estábamos cenando cuando fue descubierto el señor Duggan encorvado, como una ballena en el mar de verde ruibarbo, cortando los tallos rojos. Mi padre se levantó y salió apresurado al jardín. Pude oír palabras de indignación. Nosotros estábamos sentados a la mesa sin comer, y cuando volvió mi padre empecé a hacerle preguntas, a intentar deducir la moralidad de la situación. Y aún recuerdo que me impresionó como caso difícil, pudiéndose objetar desde ambos puntos de vista. Había llegado a la conclusión de que si el casero lo tenía a bien, podía venir a cosechar todas nuestras plantaciones y poco podríamos hacer ante ello. Cito esto con la plena conciencia de que alguien lo esgrimirá en contra mía, para decir que la verdadera razón de

que yo me hiciera monje años más tarde era que tenía la mentalidad de un siervo medieval apenas salido de la cuna.

Mi padre pintaba tanto como podía. Llenó varios cuadernos de bosquejos y terminó algunas acuarelas a lo largo de las tierras ribereñas de Nueva York y hasta hizo ocasionalmente una exposición en un local de Flushing que sostenían unos artistas de allí. A dos puertas de nosotros, en el camino, en una casa blanca de remates apuntados, rodeada por una ancha extensión de césped en declive y con un establo convertido en estudio, vivía Bryson Burrough, que pintaba cuadros pálidos y clásicos a la manera de Puvis de Chavannes y el cual, con algo de la suavidad que podía verse en su obra, nos dispensó un trato cariñoso.

Mi padre no podía mantenernos con la pintura. Durante los años de guerra vivíamos de su labor como jardinero, que era, en esencia, trabajo manual, pues no sólo cuidaba los jardines de unas personas ricas de la vecindad, sino que realizaba muchas de las tareas de plantación y conservación de los mismos; así era como vivíamos. Mi padre no ganaba dinero con falsos pretextos. Era un buen jardinero, entendía de flores y sabía hacerlas crecer. Y lo que es más, le gustaba esta clase de trabajo casi tanto como la pintura.

Después, en noviembre de 1918, una semana antes del armisticio de esa singular Guerra Mundial, nació mi hermano menor. Era un niño de una naturaleza mucho más tranquila que la mía, con no tantas oscuras tendencias e impulsos. Recuerdo que todos nos asombrábamos de su felicidad constante e inalterable. En los largos atardeceres, cuando era llevado a la cama antes de ponerse el sol, en lugar de protestar y resistirse, como hacía yo, permanecía acostado en su camita, arriba, y le oíamos cantar una breve tonada. Todas las tardes era la misma, muy sencilla, muy primitiva, una tonada breve y amable, muy adecuada a la hora del día y a la estación. Abajo permanecíamos más o menos silenciosos, arrullados por el canto del niño en la camita, y contemplábamos por las ventanas los rayos de sol que caían oblicuos sobre los campos al finalizar el día.

Yo tenía un amigo imaginario, llamado Jack, que poseía un imaginario perro, llamado Doolittle. La principal razón de tener este amigo imaginario era que no había niños con quienes jugar, y mi hermano John Paul era todavía un bebé. Cuando intentaba buscar distracción observando a los señores que jugaban apuestas en el salón del señor Duggan, me sentía muy turbado. Por otra parte, podía ir a la casa de Burrough,

a su jardín y al cuarto de trastos viejos sobre el estudio. Betty Burrough sabía disponer los juegos en forma que no implicasen superioridad, aunque ella era realmente mayor. Pero para amigos de mi edad tenía que recurrir a mi imaginación, y esto no era quizás una buena cosa.

Mi madre no se preocupaba de la compañía que yo llevaba en la imaginación, al menos al principio, pero una vez que fui de compras con ella rehusé cruzar la calle principal de Flushing por temor de que el imaginario perro, Doolittle, pudiera ser atropellado por coches reales. Esto lo supe más tarde por una nota del incidente hallada en su diario.

En 1920 sabía leer, escribir y dibujar. Hice un dibujo de la casa, todos sentados bajo los pinos, sobre una manta, en la hierba, y lo mandé a Pop por correo. Él vivía en Douglaston, que está a unas cinco millas. Pero la mayoría de las veces dibujaba barcos. Transatlánticos con muchas chimeneas y centenares de ventanillas, y olas dentadas como una sierra y el aire llenos de signos de V representando las gaviotas.

Las cosas se animaron con la importante llegada de mi abuela de Nueva Zelanda, que había venido de las antípodas para visitar a sus hijos desparramados por Inglaterra y América, tan pronto como la guerra hubo terminado. Creo que trajo consigo a una de mis tías, pero yo quedé principalmente impresionado por Granny. Debió de hablarme mucho, hacerme muchas preguntas y decirme muchas cosas y, aunque recuerdo pocos detalles precisos de esa visita, la impresión general que ella dejó fue de veneración, respeto... y amor. Era muy buena y cariñosa y no había nada de molesto y abrumador en su afecto. No conservo recuerdo preciso de su aspecto, excepto que usaba vestidos negros, grises y castaño oscuros y llevaba gafas y tenía pelo gris y hablaba sosegada y seriamente. Había sido maestra, como su esposo, mi abuelo de Nueva Zelanda.

Lo que más fielmente recuerdo de ella es la manera de poner sal en su desayuno de gachas de avena. De esto estoy seguro; me hizo una profunda impresión. De otra cosa estoy menos seguro, pero es en sí mucho más importante: me enseñó el Padrenuestro. Acaso había sido enseñado a rezar el Padrenuestro antes, por mi padre terrenal. Nunca me acostumbré a decirlo. Lo cierto es que una noche Granny me preguntó si había rezado mis oraciones y resultó que yo no sabía el Padrenuestro, por lo que ella me lo enseñó. Desde entonces no lo olvidé, aunque pasé años sin rezarlo.

Parece extraño que mis padres, que se interesaban escru-

pulosamente por mantener las mentes de sus hijos incontaminadas del error, la mediocridad, la perversidad y la hipocresía, no se hubiesen molestado en darnos alguna educación religiosa formal. La única explicación que tengo es la sospecha de que mi madre debió tener sólidos puntos de vista propios sobre la cuestión. Posiblemente consideraba cualquier religión organizada por debajo del nivel de perfección intelectual que ella pedía para cualquiera de sus hijos. Nunca fuimos a la iglesia en Flushing.

Recuerdo haber tenido un intenso deseo de ir a la iglesia un día, pero no fuimos. Era domingo. Acaso Pascua de Resurrección, probablemente en 1920. Desde los campos, más allá de la granja colorada de nuestro vecino, podía ver el chapitel de la iglesia de San Jorge, por encima de los árboles. El sonido de las campanas de la iglesia llegaba hasta mí a través de los esplendorosos campos. Jugaba delante de mi casa y me puse a escuchar.

De repente todos los pájaros empezaron a cantar y su canto y el sonido de las campanas de la iglesia llenaron de gozo mi corazón. Dirigiéndome a mi padre exclamé:

—Todos los pájaros están en su iglesia. —Y luego añadí:— ¿Por qué no vamos nosotros a la iglesia?

Mi padre me miró y dijo:

—Iremos.

—¿Ahora? —pregunté.

—No, es demasiado tarde. Pero iremos algún otro domingo.

Y sin embargo mi madre iba a alguna parte, a veces, las mañanas de domingo, a adorar a Dios. Dudo de que mi padre la acompañara; probablemente se quedaba en casa para cuidar de mí y de John Paul, pues nosotros nunca salíamos. Pero, de todos modos, mi madre iba a los cuáqueros y se sentaba con ellos en su antiguo local. Ésta era la única clase de religión que practicaba y supongo que se daba por sentado que, cuando fuésemos mayores, se nos permitiría orientarnos también en esta dirección. Probablemente no se habría hecho uso de ninguna influencia para que así lo hiciésemos. Se nos habría dejado que siguiéramos la orientación nosotros solos.

Entretanto, en casa, mi educación iba progresando según las normas expuestas por algún método progresivo que mi madre había sacado de alguna revista. Contestó a un anuncio que llevaba un retrato oval de algún sabio barbudo con quevedos y recibió de Baltimore una serie de libros y algunos

mapas y hasta un pequeño pupitre y una pizarra. La idea era que el inteligente niño moderno debía quedar solo entre estos aparatos y permitirle que se convirtiera en una universidad en miniatura antes de llegar a la edad de diez años.

El espíritu de John Stuart Mill debió haberse paseado por la habitación con un suspiro de agradecimiento cuando abrí el pupitre y empecé. He olvidado qué resultó de todo ello, excepto que una noche fui mandado a la cama temprano por deletrear obstinadamente *que* sin la *u* intermedia. Recuerdo que consideré esto como una injusticia. "¿Qué piensan acaso que soy? Después de todo, no tengo más que cinco años."

No obstante no conservo ningún rencor al método fantástico ni al pupitre que lo acompañaba. Tal vez de allí salió mi libro de geografía, el libro favorito de mi niñez. Era tan aficionado a jugar al rescate por encima de aquellos mapas, que quise llegar a ser marino. Estaba ansioso por la vida libre e inestable en que pronto iba a entrar.

Mi otro libro preferido me confirmó en este deseo. Era una colección de historias con el título de *Los héroes griegos*. Me resultaba muy difícil leer por mi cuenta la versión victoriana de estos mitos griegos, pero mi padre los leía en alta voz y me enteré de Teseo y el Minotauro, de la Medusa, de Perseo y Andrómeda. Jasón zarpaba para una tierra lejana, tras el Vellocino de Oro. Teseo regresaba victorioso, pero se olvidaba de cambiar las velas negras, y el rey de Atenas se arrojaba al mar desde las rocas creyendo que su hijo había muerto. En aquellos días aprendí el nombre de Hespérides y fue de todo esto que construí inconscientemente los vagos fragmentos de una religión y de una filosofía, que yacían ocultas e implícitas en mis actos y que, a su debido tiempo, tenían que afianzarse en una adhesión profunda y total a mi propio juicio y mi propia voluntad, a un constante huir de la sumisión, hacia la libertad de mis horizontes siempre cambiantes.

En un sentido, a esto se tendía como fruto de mi temprana educación. Mi madre quería que yo fuese independiente y que no corriera con el rebaño. Tenía que ser original, individual, poseer carácter e ideales propios. No debía ser un artículo fabricado, según el común patrón burgués, según el tipo general de los demás.

Si hubiésemos continuado como habíamos empezado y si John Paul y yo hubiéramos crecido en esa casa, este complejo greco-victoriano se habría ido elaborando gradualmente y habríamos llegado a ser escépticos importantes, de buenos modales, corteses, inteligentes y aun en cierto sentido útiles.

Habríamos podido llegar a ser autores celebrados, o redactores de revistas, profesores de pequeños colegios progresistas. El camino habría sido suave y tal vez nunca hubiera acabado siendo monje.

Pero no es todavía la hora de hablar de esa feliz consumación, por la que más agradezco y alabo a Dios y que es de todas las cosas el último cumplimiento paradójico de las ideas de mi madre respecto a mí... lo último que habría soñado: el bumerán de todas sus ansias de un desarrollo individual.

Pero, ¡ah, cuántas posibilidades hubo delante de mí y de mi hermano aquel día! Una conciencia nueva estaba amaneciendo como función actual y operante de un alma. Mis elecciones estaban precisamente a punto de hacerse responsables. Mi mente era pura y lo bastante sin moldear como para recibir cualquier serie de normas y obrar con las más perfectas, con la gracia misma y los propios valores de Dios, si alguna vez hubiese tenido la ocasión.

Aquí había una voluntad, neutral, sin dirección, una fuerza en espera de aplicación, dispuesta a engendrar tremendos e inmanentes poderes de luz u oscuridad, paz o conflicto, orden o confusión, amor o pecado. El sesgo que mi voluntad iba a tomar de las circunstancias de todos sus actos sería finalmente la dirección de todo mi ser hacia la felicidad o la desgracia, la vida o la muerte, el cielo o el infierno.

Más que eso: puesto que ningún hombre jamás puede, ni pudo, vivir por sí y para sí solo, los destinos de millares de otros seres se verían afectados, unos remotamente, pero otros muy directamente y de cerca, por mis propias elecciones y decisiones, como mi propia vida se vería formada y modificada según las de ellos. Entraba en un universo moral en el cual me vería relacionado con todos los demás seres racionales y en el cual masas completas de nosotros, tan espesas como zumbadoras abejas, se arrastrarían unas a otras hacia un común destino de bien o mal, paz o guerra.

Creo que fue después de marchar mi madre al hospital cuando, un domingo, fui al local de los cuáqueros con mi padre. Me había explicado que la gente llegaba y se sentaba silenciosa, no haciendo nada, hasta que el Espíritu Santo movía a alguien a hablar. Me dijo también que un famoso caballero anciano, que era uno de los fundadores de los Boy Scouts de Norteamérica, se encontraría allí. Era Daniel Barba. Consiguientemente me senté entre los cuáqueros con tres preocupaciones más o menos iguales que corrían por mi cerebro. ¿Dónde estaba Daniel Barba? ¿No era posible, además de lla-

marse *barba*, que tuviese una en su mentón? ¿Y qué haría decir o hacer el Espíritu Santo a todas estas gentes?

He olvidado cómo fue contestada la tercera pregunta. Pero después de que el hombre sentado en la alta tribuna de madera, presidiendo a los cuáqueros, dio la señal de que la reunión había terminado, vi a Daniel Barba entre las personas, bajo un pequeño pórtico lleno de sol, fuera del local. Llevaba barba.

Fue casi ciertamente en el último año de su existencia, en 1921, cuando mi padre consiguió un empleo de organista en la iglesia episcopal de Douglaston. No fue un empleo que lo hiciera muy feliz ni que lo entusiasmara mucho. No andaba muy de acuerdo con el ministro. Pero empecé a ir a la iglesia los domingos, lo que me hace pensar que mi madre estaba en el hospital, porque yo tenía que vivir con Pop y Bonnemaman en Douglaston.

El templo sionista era un edificio blanco, de madera, con un campanario pequeño, bajo y cuadrado, que estaba en una colina, con altos árboles alrededor y un gran cementerio, y abajo, en una cripta, se hallaba enterrada la primera familia Douglas, que se había establecido allí en la costa del Sound unos centenares de años atrás. Recuerdo la procesión que salía de la sacristía, un coro de mujeres y hombres, vestidos de negro, con blancas sobrepellices y guiados por una cruz. Había ventanas con vidrios de color detrás del altar; una tenía un ancla como motivo, que me interesaba porque yo quería ir al mar y viajar por todo el mundo. Extraña interpretación de un símbolo religioso empleado generalmente para significar la estabilidad en la Esperanza, la virtud teologal de la Esperanza, dependencia de Dios. A mí me sugería todo lo contrario. Viaje, aventura, el ancho mar e ilimitadas posibilidades de heroísmo humano, siendo yo el héroe.

Había además un atril, en forma de águila con las alas desplegadas, sobre el cual descansaba una enorme Biblia. Cerca se veía una bandera norteamericana y más arriba se encontraba uno de aquellos pequeños tableros que se ven en las iglesias protestantes, en donde se leen los números de los himnos que hay que cantar, indicados con letreros blancos y negros. Quedé impresionado por la luz de las velas en el altar, por el orden de su colocación y por el canto de los himnos, mientras mi padre, oculto en alguna parte detrás del coro, tocaba el órgano.

Se salía de la iglesia con una especie de agradable sentimiento de que se había hecho algo que tenía que hacerse y eso era todo lo que entendía de ello. Ahora, cuando lo consi-

dero después de muchos años, veo que era una buena cosa que hubiese adquirido al menos ese algo de religión en mi niñez. Es ley de la naturaleza humana, escrita en su mismo ser y parte de él tanto como el deseo de construir casas, cultivar la tierra, casarse, tener hijos, leer libros, cantar canciones, que tenga uno que vivir con los demás hombres a fin de llegar al conocimiento de su común dependencia de Dios, su Padre y Creador. En realidad, este deseo es mucho más fundamental que cualquier necesidad puramente física.

En este mismo tiempo mi padre tocaba el piano todas las noches en un pequeño cine que se había inaugurado en la vecina ciudad de Bayside. En verdad necesitábamos ciertamente dinero.

III

Probablemente la principal razón de necesitar dinero era que mi madre sufría de un cáncer en el estómago.

Eso también fue otra cosa que no se me explicó. Todo lo referente a la enfermedad y a la muerte se me ocultaba más o menos, porque la consideración de estas cosas podía hacer morboso a un niño. Y puesto que yo estaba destinado a crecer con una visión amable, clara, optimista y bien equilibrada de la vida, nunca se me llevó al hospital a ver a mi madre, desde que se fue allí. Y esto era idea totalmente de ella.

Cuánto tiempo había estado enferma y sufriendo, llevando la dirección de la casa, no sin pobreza y dificultades, sin enterarnos de nada, no puedo decirlo. Pero su enfermedad probablemente cuenta en mi recuerdo de ella: delgada, pálida y con algo de severidad.

Con un egoísmo desacostumbrado aun en un niño, me alegré de marcharme de Flushing para ir a casa de mis abuelos de Douglaston. Allí podía hacer casi lo que quería, había abundancia de comida y teníamos dos perros y varios gatos con que jugar. No echaba de menos a mi madre y no lloraba cuando no se me permitía ir a verla. Estaba contento con correr por los bosques con los perros o trepar a los árboles, o molestar a los polluelos, o jugar en el limpio y pequeño estudio donde Bonnemaman a veces pintaba porcelana, que cocía en un pequeño horno.

Un día mi padre me dio a leer una nota. Era personalmente para mí y la letra era de mi madre. No pienso que ella me

hubiese escrito antes —nunca hubo ocasión—. Entonces comprendí lo que pasaba, aunque recuerdo que el lenguaje de la nota me resultaba confuso. Sin embargo, una cosa era del todo evidente. Mi madre me informaba por correo que estaba a punto de morir y que nunca me volvería a ver.

Me llevé la nota bajo el arce del patio de atrás, la leí y releí hasta que pude desentrañar su cabal sentido. Y un tremendo peso de tristeza y desaliento cayó sobre mí. No era la pena de un niño, con angustias de dolor y muchas lágrimas. Tenía algo de la opresiva perplejidad y melancolía del dolor adulto y, por lo tanto, tenía más peso porque no era natural. Supongo que la razón de esto estribaba en que tuve que llegar a la verdad por inducción.

¿Oración? No, la oración no se me ocurrió. ¡Qué fantástico parecerá a un católico... que un niño de seis años descubriera que su madre estaba muriendo y no supiera bastante para rezar por ella! No fue hasta que me hice católico, veinte años más tarde, que se me ocurrió finalmente orar por mi madre.

Mis abuelos no tenían coche, pero alquilaron uno para ir al hospital, cuando el desenlace llegó. Los acompañé en el coche, pero no me permitieron entrar al hospital. Acaso estuvo bien pensado. ¿Qué bien habría sacado de penetrar en tanto sufrimiento desnudo y sufrir una crisis emocional, sin una oración ni sacramento alguno para estabilizarla y ordenarla y sacar significado de todo ello? En ese sentido, mi madre tenía razón. La muerte, en esas circunstancias, no era más que fealdad; y si no se podía sacar ningún significado último, ¿por qué abrumar la mente de un niño con la vista de todo esto?

Me quedé afuera, en el coche, con el conductor alquilado. De nuevo, no sabía nada definitivo de lo que estaba pasando. Pero creo que había también por este tiempo una tendencia subconsciente a rechazar todo lo que pudiera darme certeza de que mi madre estaba realmente muriéndose; si lo hubiese querido averiguar, no me habría costado mucho.

Pareció un tiempo muy largo.

El coche estaba estacionado en un patio enteramente cercado de oscuros edificios de ladrillo, cubiertos de hollín. Por un lado había un cobertizo largo y bajo y la lluvia caía de los aleros, mientras nosotros permanecíamos sentados en silencio y escuchábamos las gotas que caían sobre la capota. El cielo estaba espeso de niebla y humo, y el penetrante olor del hospital y de la fábrica de gas se mezclaban con el sofocante olor del automóvil.

Cuando salieron por la puerta del hospital mi padre, Pop, Bonnemaman y el tío Harold, no necesité hacerles preguntas. Todos estaban abatidos de dolor.

Llegados a nuestra casa en Douglaston, mi padre se fue solo a una habitación, lo seguí y lo encontré llorando junto a la ventana.

Pensaría en los días anteriores a la guerra, cuando conociera a mi madre en París, cuando ella era tan feliz y alegre y bailaba y tenía la cabeza llena de ideas, planes y ambiciones para ella, para él y para sus hijos. No habían ido las cosas como planearan. Y ahora todo estaba concluido. Bonnemaman sacaba los grandes y pesados rizos de pelo rojo que habían caído de las tijeras cuando mi madre era una niña, y los envolvía en papel de seda, en el cuarto desocupado, llorando amargamente.

Alquilaron el mismo coche un día o dos más tarde, para otro viaje, y esta vez quedé definitivamente contento de permanecer en él.

Mi madre, por alguna razón, siempre había querido que se la incinerase. Creo que esto está muy de acuerdo con la estructura total de su filosofía de la vida: un cuerpo muerto era algo que debía ahuyentarse del modo más rápido posible. Recuerdo cómo era ella, en la casa de Flushing, con un trapo atado en torno a su cabeza para librarse del polvo, limpiando y barriendo y quitando el polvo a las habitaciones con la mayor energía e intensidad de propósito. Esto ayuda a uno a comprender su impaciencia con la carne inútil y marchita. Eso era algo que había que hacer sin tardanza. Cuando la vida ha terminado, que termine todo, definitivamente, para siempre.

Una vez más llovía, el cielo estaba oscuro. No puedo recordar si la prima Ethel (prima de mi madre, llamada Mrs. McGovern, enfermera) se quedó en el coche para evitar que yo me pusiera demasiado triste. Sin embargo me sentía muy afligido. Pero más lo habría estado si hubiese ido a aquel lugar fúnebre y espantoso y permanecido detrás de una vidriera para observar el ataúd de mi madre deslizándose despacio por entre las puertas de acero que conducían al horno.

IV

La muerte de mi madre había puesto una cosa en evidencia: mi padre no tenía nada más que hacer sino pintar. No

estaba atado a ningún sitio. Podía marchar a donde quisiera, para buscar temas y adquirir ideas, y yo era bastante grande para acompañarlo.

Y así, después de unos meses en la escuela de Douglaston, donde me habían promovido ya al segundo grado, en el anexo gris y maloliente de lo alto de la colina, mi padre regresó a Nueva York y me anunció que los dos nos íbamos a otro sitio.

Fue con una especie de sentimiento de triunfo que observé el East River ensancharse en Long Island Sound, mientras esperaba el momento en que el barco de Fall River, con aire de orgullo, pasara por la boca de la bahía de Bayside y avistara Douglaston, como pensaba, desde la superioridad del ancho mar, para deslizarse luego a enfilar un nuevo horizonte llamado Fall River, Cape Cod y Provincetown.

No pudimos conseguir un camarote, pero dormimos, si tal pudo llamarse, bajo cubierta, en el entrepuente atestado, entre ruidosas familias italianas y muchachos de color que pasaron la noche echando desperdicios bajo la débil luz, en tanto que las aguas parecían hablar en voz alta por encima de nuestras cabezas, indicando que nos hallábamos bajo la línea de flotación.

Por la mañana salimos del barco en Fall River, paseamos por la calle junto a las fábricas textiles y encontramos un comedor lleno de gente que compraba algo que comer en su camino al trabajo; nos sentamos al mostrador y comimos jamón y huevos.

Después de eso pasamos en un tren todo el día. Antes de cruzar el gran puente levadizo, negro, sobre el canal de Cape Cod, mi padre se apeó en una estación, fue a un almacén al otro lado de la calle y compró para mí una pastilla de chocolate Baker, con un envoltorio azul y un retrato de una mujer con un gorro pasado de moda y un delantal, sirviendo tazas de chocolate. Me sentí embargado de sorpresa y pavor ante tan enorme liberalidad. El dulce siempre había estado estrictamente racionado.

Después vino el largo viaje a través de las dunas de arena, deteniéndonos en cada estación, mientras yo permanecía sentado, con fatiga y casi en éxtasis, con el sabor de la pastilla de chocolate gruesa y rancia en mi boca, revolviendo en la mente los nombres de los lugares que íbamos pasando: Sandwich, Falmouth, Truro, Provincetown. El nombre de Truro especialmente me fascinaba. No me lo podía sacar de mi cabeza: Truro, Truro. Era un nombre que se me aparecía único, solitario como el borde del mar.

Aquel verano era abundante en bajas dunas arenosas y hierbas toscas, punzantes como alambres, que crecían en la blanca arena. El viento soplaba a través de la arena. Veía los rompientes del mar gris que venían hacia la tierra y contemplaba el océano. La geografía había empezado a convertirse en realidad.

Toda la ciudad de Provincetown olía a pescado muerto y había incontables barcas de pesca, de todos los tamaños, amarradas a lo largo de los muelles. Se podía correr todo el día por las cubiertas de las goletas: nadie lo impedía, ni le hacían a uno alejarse. Empecé a conocer el olor de las sogas, del alquitrán y de la sal, la blanca madera de las cubiertas y el típico olor de las algas bajo los diques.

Cuando tuve anginas, mi padre me leyó algo de un libro de John Masefield que contenía muchas ilustraciones de veleros, y el único castigo que recuerdo haber merecido aquel verano fue una suave reprimenda por negarme a comer una naranja.

A su tiempo regresamos a Douglaston y mi padre me dejó con mis abuelos, donde John Paul estuvo todo el tiempo. Yo había aprendido a dibujar goletas, bricbarcas, *clipers* y bergantines y entendía más de todas estas distinciones que ahora.

Tal vez volví al gris anexo desvencijado de la escuela primaria por espacio de un par de semanas, no más tiempo. Porque mi padre había encontrado un nuevo sitio adonde quería ir a pintar cuadros, y después de haberlo encontrado regresó para llevarse sus tableros de dibujo y a mí, y allí nos fuimos juntos. Era Bermuda.

Bermuda en aquellos días no tenía grandes hoteles ni campos de golf de que hablar. Era simplemente una isla curiosa, a dos o tres días de distancia de Nueva York, en la Corriente del Golfo, donde los británicos tenían una pequeña base naval y en donde no había automóviles ni mucho tampoco de ninguna otra cosa.

Tomamos un pequeño barco llamado el *Fort Victoria*, con una chimenea roja y negra y, sorprendentemente, poco después de haber salido del puerto de Nueva York, los peces voladores empezaron a saltar de entre la espuma que levantaba la proa del barco y a deslizarse por encima de la superficie de las cálidas olas. Aunque yo estaba muy ansioso por ver la isla por primera vez, se nos apareció de súbito y, ante mi sorpresa, allí se levantaba frente a nosotros, en las aguas purpúreas, verdes y blancas. Podían verse ya las casitas blancas,

coralinas, más limpias que el azúcar resplandeciendo al sol; alrededor de nosotros las aguas palidecían sobre los bajíos y tomaban el color de las esmeraldas, donde había arena, o de espliego donde había rocas bajo la superficie. Cruzamos zigzagueando por entre las boyas que señalaban el camino a través de los laberínticos arrecifes.

El *Calcutta* echó anclas frente al arsenal de Ireland Island, y mi padre me indicó Somerset, en donde, entre los cedros verdeoscuros, se hallaba el lugar donde íbamos a vivir. Sin embargo anocheció antes de que llegáramos allí. ¡Qué tranquilo y desierto estaba todo, en Somerset, en la espesa oscuridad! Nuestros pies pisaban suavemente el blanco polvo del camino solitario. Ninguna brisa movía las finas hojas de los plátanos, ni de las adelfas. Nuestras voces parecían altas cuando hablábamos. Sin embargo, la isla parecía muy hospitalaria. Los que pasaban al azar nos saludaban como si fuéramos antiguos conocidos.

La casa de huéspedes tenía una galería verde y muchas mecedoras. La pintura verdeoscura estaba falta de retoque. Los oficiales británicos, o lo que fueran, se hallaban sentados, fumaban sus pipas y conversaban, si alguna vez lo hacían, sobre cuestiones extremadamente profanas. Aquí mi padre dejó nuestros bártulos. Nos estaban esperando. Entre las sombras nos sentamos a cenar. Pronto me hice a la idea de que ésta era mi casa.

Es casi imposible ordenar el reajuste de nuestras vidas y nuestros planes de mes en mes durante mi infancia. No obstante, cada nuevo cambio me parecía razonable. A veces tenía que ir a la escuela, a veces no. En ocasiones mi padre y yo vivíamos juntos, otras veces me quedaba entre desconocidos y sólo lo veía de cuando en cuando. La gente se acercaba a nuestras vidas y se alejaba de ellas. Todo estaba en continuo cambio. Lo aceptaba todo. ¿Por qué tenía que ocurrírseme que nadie más viviese así? Para mí la cosa era tan natural como las variaciones del tiempo y las estaciones. Y una cosa sabía: en lo sucesivo podría correr por donde quisiese y hacer lo que gustara; la vida era muy agradable.

Cuando mi padre se marchó de la casa de huéspedes, me quedé y seguí viviendo en ella, porque la escuela estaba cerca. Él vivía en otra parte de Somerset, con personas que había conocido, y pasaba sus días en el trabajo, pintando paisajes. Realmente, después de ese invierno en Bermuda había terminado bastante trabajo para hacer una exposición y esto le dio suficiente dinero para regresar a Europa. En este tiem-

po iba yo a la escuela de niños blancos, que estaba próxima a un gran campo de criquet, y era constantemente castigado por mi inhabilidad para aprender los principios de la multiplicación y división.

Debió de ser difícil a mi padre tomar todas estas determinaciones. Quería que fuese a la escuela y quería que estuviese con él. Cuando ambas cosas dejaron de ser posibles al mismo tiempo, se decidió primeramente en favor de la escuela; pero después de considerar detenidamente la naturaleza del lugar donde tenía que vivir y la clase de conversación que oía allí, todo el día, con mi entendimiento abierto e impasible, me sacó de la escuela y me llevó a vivir con él. Me alegré mucho, porque me aliviaba de la carga de aprender la multiplicación y la larga división.

La única preocupación era que mi primera maestra pasaba por ese camino en bicicleta yendo a su casa y, si yo estaba jugando por el camino, tenía que esconderme por miedo de que mandara el inspector y me hiciera volver a la escuela. Un atardecer no la vi venir. Estaba entretenido en cavar por entre las matas que llenaban una cantera desierta y, al atisbar por entre las ramas, pude advertir que miraba hacia atrás, por encima del hombro, en tanto pedaleaba lentamente hacia la blanca colina.

Día tras día el sol brillaba sobre las aguas azules del mar, sobre las islas de la bahía, en su blanca arena de la entrada y en las casitas blancas esparcidas por la ladera. Recuerdo un día que miraba el firmamento y se me ocurrió adorar una de las nubes que en uno de sus extremos tomaba la forma de la cabeza de Minerva con un yelmo... como la cabeza de la dama armada de los grandes peniques británicos.

Mi padre me dejó en Bermuda con sus amigos, literatos y artistas, y marchó a Nueva York a hacer una exposición. Tuvo buena crítica y vendió muchos cuadros. Su estilo se había desarrollado, puesto que la muerte de mi madre lo había redimido de la jardinería. Se estaba haciendo al mismo tiempo más abstracto, más original y más simple, más definido en lo que tenía que decir. Creo que la gente de Nueva York no veía aún la plenitud de fuerza de su pintura ni la dirección hacia la cual se orientaba, porque el museo de Brooklyn, por ejemplo, compró la clase de cuadros de Bermuda que podían parecerse remotamente a Winslow Homer, más bien que las obras que mostraban la verdadera originalidad de mi padre. Y, por lo demás, no había mucho en común entre él y Winslow Homer, a excepción del mero hecho de haber pintado

acuarelas de escenas subtropicales. Como acuarelista era más parecido a John Marin, sin nada de la superficialidad de éste.

Después que la exposición se hubo clausurado y mi padre tuvo en el bosillo el dinero de los cuadros vendidos, regresé a Bermuda, encontrándome con que mi padre iba a salir para Francia, con sus amigos, dejándome en América.

V

La oficina de Pop siempre me pareció un lugar agradable. El olor a máquinas de escribir y cola y papelería de oficina tenía algo de puro y estimulante. Todo el ambiente era luminoso y activo y todos eran especialmente amigos, porque Pop era muy estimado. El término *dinámico* era singularmente apropiado para él. Siempre se afanaba con nerviosa energía y muchos se sentían felices cuando llegaba gritando por los departamentos, castañeteando los dedos y golpeando todos los pupitres con un ejemplar arrollado del *Evening Telegram*.

Pop trabajaba para Grosset y Dunlap, editores especializados en reimpresiones de novelas populares y en libros infantiles de tipo aventurero. Fueron ellos los que dieron al mundo a Tom Swift y todas sus inquietas andanzas, juntamente con los Rover Boys y Jerry Todd y demás. Había grandes salas de exposición abarrotadas de estos libros, donde podía ir y acurrucarme en un sillón de cuero y leer todo el día sin ser molestado hasta que Pop venía a llevarme a Childs, a comer pollo a lo rey.

Esto ocurría en 1923 y Grosset y Dunlap se hallaban en el pináculo de la prosperidad. Precisamente fue en este tiempo cuando Pop acertó con el gran golpe maestro de su carrera. Comunicó a sus jefes la idea de imprimir libros de películas populares, ilustrados con imágenes de las mismas, para vender en combinación con la publicidad dada a la cinta cinematográfica. Esta idea tomó rápido incremento y se mantuvo en su popularidad hasta más allá del año treinta, reportando grandes beneficios a la compañía; ésa había de ser la piedra angular de la estabilidad económica de Pop y, de hecho, de toda la familia, durante los quince años sucesivos.

Y así, *Bueyes negros*, los *Diez Mandamientos*, la *Ciudad eterna* y no sé qué más invadieron todas las tiendas y librerías de todas las pequeñas ciudades de Boston a San Francis-

co, llenas de fotos de Pola Negri y otras estrellas de la época.

En aquellos días las películas se filmaban aún ocasionalmente en Long Island y, más de una vez, mi hermano, yo y todos los amigos de la vecindad oíamos que se filmaba una que otra escena en Alley Pond. Una vez, bajo los árboles, presenciamos lo que tenía que ser una boda gitana entre Gloria Swanson y algún héroe olvidado. La idea era que los dos consentían en que sus muñecas fueran acuchilladas y atadas juntas para que sus sangres se mezclaran: tal era la boda gitana, según las ideas del que estaba produciendo esta obra maestra inmortal. Francamente, sin embargo, no sentíamos gran entusiasmo por todo esto. Como niños, teníamos bastante sentido para encontrarlo extremadamente pesado. Nos animamos mucho más cuando W.C. Fields vino a filmar parte de una breve comedia. Primeramente instalaron las cámaras frente a una vieja casa derruida. No recuerdo si nuestro héroe tenía que estar borracho o asustado, pero la puerta se abría violentamente y W.C. Fields salía apresurado y bajaba los peldaños en una forma que uno se asombraba de que llegara al final sin romperse las dos piernas y todas las costillas. Después que hubo hecho esto innumerables veces, con singular paciencia y tenacidad filosófica, los hombres trasladaron sus cámaras a lo alto de un montón de trastos viejos que estaban allí y filmaron lo que era evidentemente parte del mismo tema. Había una escarpada pendiente boscosa, cubierta de árboles y arbustos, que acababa en un acantilado de unos seis pies de altura. Al fondo de esto colocaron un par de vacas extremadamente mansas. Entonces W.C. Fields venía atropellado por entre los arbustos, en su misma huida histérica y tambaleante de alguna amenaza invisible. Mirando hacia atrás, no veía el acantilado y se despeñaba, viniendo a caer encima de las dos vacas mansas, que tenían que correr alocadas con él sobre sus lomos. Sin embargo, permitieron que Fields cayera sobre ellas con pesado golpe y allí se quedaron, pastando hierba y aparentando molestia, hasta que él saltó y volvió a trepar estoicamente por la colina para repetirlo todo de nuevo.

Menciono todo esto porque, en realidad, las películas eran verdaderamente la religión de la familia en Douglaston.

Ese verano de 1923 Pop y Bonnemaman se habían llevado a John Paul e ido a California, visitando a Hollywood con el carácter de algo más que simples turistas, ya que Pop conocía a mucha gente del cine por asuntos de negocios.

El viaje, no obstante, tuvo algo de la naturaleza de una peregrinación y nunca nos enteramos del final de lo que Jackie

Coogan les había dicho y cómo se había portado en su presencia, en una entrevista real, verdadera y personal.

Los otros héroes de Pop y Bonnemaman eran Doug y Mary. Admito que con *Robin Hood* y *El ladrón de Bagdad* dispensamos todos a Douglas Fairbanks una forma algo corrompida de adoración, pero ni yo ni John Paul sentimos gran entusiasmo por Mary Pickford. Pero, para Pop y Bonnemaman, Doug y Mary parecían resumir todos los ideales humanos posibles; en ellos estaba toda la perfección de la belleza y el ingenio, la majestad, la gracia, el decoro, la valentía y el amor, la alegría y la ternura, todas las virtudes y todo sentimiento moral digno de admiración, la verdad, la justicia, el honor, la piedad, la lealtad, el celo, la confianza, el deber cívico, el valor y, sobre todo, la fidelidad conyugal. Día tras día estos dos dioses fueron enaltecidos por su mutuo amor, su recíproca devoción conyugal, gloriosa, sencilla, sincera, piadosa, fiel. Todo lo que pudiera concebir el optimismo bueno, llano y confiado de la clase media, estaba reunido en un gran holocausto sentimental de alabanza, por mis abuelos inocentes y compasivos, y puesto a los pies de Doug y Mary. Fue un día triste en nuestra familia cuando Doug y Mary se divorciaron.

El lugar de adoración favorito de mi abuelo era el teatro Capitol de Nueva York. Cuando fue construido el teatro Roxy transfirió su homenaje a esa enorme masa de caramelo solidificado y, más tarde, no hubo capilla que conmoviera más su devoción que el Music Hall.

No hay necesidad de entrar en detalles de los disturbios y confusiones que mi hermano y yo solíamos crear en la casa de Douglaston. Cuando venían huéspedes que no nos gustaban nos ocultábamos bajo las mesas, o corríamos escaleras arriba y arrojábamos objetos abajo, al vestíbulo y al cuarto de estar.

Una cosa quisiera decir acerca de mi hermano John Paul. Mis más fieles recuerdos de él, en nuestra niñez, me llenan de punzante remordimiento al pensar en mi orgullo y dureza de corazón, en su natural humildad y amor.

Supongo que es corriente entre los hermanos mayores, cuando son todavía niños, sentirse degradados con la compañía de un hermano cuatro o cinco años más joven, a quien miran como a un bebé y tienden a patrocinar con desdén. Así, cuando Russ, Bill y yo hacíamos en los bosques casitas con tablas y papel alquitranado que recogíamos por los cimientos de las muchas casas baratas que los especuladores estaban entonces construyendo, tan velozmente como podían, por todo Douglaston, prohibíamos a John Paul, a Tommy, el

hermanito de Russ, y a sus amigos, que se nos acercaran. Si intentaban venir y entrar en nuestra casita, los ahuyentábamos a pedradas.

Cuando pienso en esa parte de mi niñez, el cuadro que se me ofrece de mi hermano John Paul es éste: de pie en un campo, a un centenar de yardas del grupo de zumaques en donde habíamos construido nuestra casita, se encuentra este niño perplejo, de cinco años, con pantalones cortos y una especie de chaqueta de cuero manteniéndose quieto, con sus brazos colgantes, mirando hacia nosotros, temeroso de acercarse más a causa de las piedras, insultado y entristecido y con los ojos llenos de indignación y pesar. Y sin embargo no se va. Nosotros le gritamos que se marche de ahí, que se escape y vaya a casa, y arrojamos un par de piedras más en esa dirección, pero él no se va. Le decimos que vaya a jugar a otro sitio. Él no se mueve.

Allí se queda, sin sollozar, sin llorar, pero irritado, infeliz, ofendido y terriblemente acongojado. Y, con todo, se siente fascinado por lo que estamos haciendo —clavando ripias por encima de nuestra casita—. Su tremendo deseo de estar con nosotros y hacer lo que hacemos no le permitirá marcharse. La ley escrita en su naturaleza dice que debe estar con su hermano mayor y hacer lo que él hace; no puede comprender por qué esta ley del amor está siendo tan bárbara e injustamente violada en su caso.

Muchas veces sucedió así. Y, en cierto sentido, esta terrible situación es el modelo y prototipo de todo pecado, la voluntad deliberada y formal de rechazar el amor desinteresado hacia nosotros por la razón puramente arbitraria de que simplemente no lo queremos. Deseamos separarnos de ese amor. Lo rechazamos completa y absolutamente, no queremos conocerlo, por el simple hecho de que no nos gusta ser amados. Acaso el íntimo motivo es que el ser amados desinteresadamente nos recuerda que necesitamos el amor de los otros, dependemos de la caridad de los demás para sobrellevar nuestras propias vidas. Rechazamos el amor, rechazamos la sociedad, en cuanto parece, a nuestra imaginación perversa, implicar alguna especie oscura de humillación.

Hubo un tiempo en que con mis magníficos amigos, habiendo formado una pandilla, pensábamos que éramos suficientemente poderosos para competir con los chicos polacos extremadamente robustos que habían constituido otra verdadera pandilla en Little Neck, a una milla de distancia. Acostumbrábamos acercarnos por su vecindad, mirando hacia la

dirección general de las carteleras, detrás de las cuales tenían sus cuarteles generales, y, desde una distancia segura, les gritábamos en son de desafío para que salieran a luchar.

Nadie salía. Tal vez no había nadie en casa.

Pero una tarde fría y lluviosa observamos que un número de tipos grandes y pequeños, que variaban de edad entre los diez y dieciséis años, la mayoría de ellos musculosos, con las gorras formalmente echadas sobre los ojos, iban acudiendo por distintas calles y concentrándose en el descampado de fuera de nuestra casa. Y allí se quedaron, con las manos en los bolsillos. No hicieron alboroto, ni gritaron, ni lanzaron desafíos; sólo permanecieron por los alrededores, con la vista fija en la casa.

Eran unos veinte o veinticinco. Nosotros éramos cuatro. La gravedad de la situación llegó cuando Frieda, nuestra doncella alemana, nos dijo que estaba muy atareada con la limpieza y que teníamos que salir de casa inmediatamente. Sin atender a nuestras propuestas, en extremo nerviosas, nos echó al camino de atrás. Hicimos un recorrido a través de varios patios y llegamos a la otra manzana y, finalmente, nos encontramos a salvo en la casa en que vivía Bill, que se encontraba al otro extremo del descampado y desde la cual divisábamos al callado y belicoso grupo de Little Neck, todavía apostado allí, con la evidente determinación de permanecer durante un buen tiempo.

Luego sucedió una cosa extraordinaria.

La puerta de entrada de nuestra casa, al otro extremo del descampado, se abrió. Mi hermanito John Paul bajó lentamente los peldaños, con cierta dignidad y calma. Cruzó la calle y entró en el descampado. Se fue en dirección a la pandilla de Little Neck. Todos se volvieron hacia él. Siguió caminando y penetró en el centro de ellos. Uno o dos sacaron sus manos de los bolsillos. John Paul sólo los miró, volviendo su cabeza a uno y otro lado. Atravesó por en medio de ellos y nadie lo tocó.

Así llegó a la casa en que estábamos. Nosotros no lo hicimos marchar.

VI

Mis abuelos eran protestantes, como muchos otros norteamericanos, pero no se podía saber con claridad qué clase de protestantes. Yo, su propio nieto, era incapaz de precisarlo.

Ponían dinero en los pequeños sobres que les llegaban de la iglesia sionista, pero nunca se acercaban a ese sitio. Y también contribuían al Ejército de Salvación y a una porción de otras cosas; por lo tanto no se podía decir qué eran por las instituciones que ayudaban a sostener. Desde luego, habían mandado a mi tío, en su adolescencia, a la escuela del coro de la catedral de San Juan de Dios, en el peñasco sobre Harlem, que era entonces una pacífica vecindad burguesa. Allí mandaron también a John Paul, a su debido tiempo. Igualmente se habló de mandarme a mí. Sin embargo, eso no los hacía episcopales. No patrocinaban la religión, sino la escuela y el ambiente. Como práctica, Bonnemaman acostumbraba leer los libritos negros de Mary Baker Eddy y creo que eso era lo que asimiló más próximo a la religión.

En conjunto la actitud general de esa casa era la suposición casi tácita de que todas las religiones eran más o menos laudables por motivos puramente naturales o sociales. En cualquier suburbio decente de una gran ciudad había que tropezar con alguna clase de iglesia, de vez en cuando. Era parte del escenario, como la escuela secundaria, la Y.M.C.A., el techo abovedado y el depósito de agua del cinematógrafo.

Las únicas excepciones a esta general aceptabilidad de religiones eran los judíos y los católicos. ¿Quién deseaba ser judío? Pero eso era cuestión de raza más que de religión. Los judíos eran judíos, pero no podían dejar de serlo. En cuanto a los católicos... parecía, en la mente de Pop, que había una cierta señal siniestra de malicia relacionada con la profesión de eso que llamaban la fe católica. De lo único que le oí hablar en contra con una marcada acritud o animosidad fue de la Iglesia Católica.

La principal razón era que él pertenecía a una especie de organización masónica, llamada, cosa extraña por cierto, los Caballeros Templarios. De dónde tomaron ese nombre, no lo sé; pero los originales Caballeros Templarios eran una orden religiosa militar dentro de la Iglesia Católica, que tenía íntima relación con los Cistercienses, de los cuales los Trapenses son una forma.

Siendo caballeros, los templarios tenían una espada. Pop guardaba la suya en el gabinete de su cuchitril y, después, durante un tiempo, la tuvo en el guardarropa, junto a la puerta de entrada, mezclada con los bastones y paraguas y con la enorme porra de policía que Pop creía que evidentemente podría ser útil en el caso de acercarse algún ladrón.

Supongo que en las reuniones de los Caballeros Templa-

rios, a las que concurría Pop cada vez menos frecuentemente, oyó cuán malvada era la Iglesia Católica. Probablemente lo venía oyendo desde su niñez. Es lo que oyen muchos niños protestantes.

Si había otra razón por la que él temía a la Iglesia de Roma, era la del hecho fortuito de que algunos de los políticos más corrompidos que cierta vez admitieron el soborno en una elección de Nueva York eran católicos. Para Pop, las palabras *Católico* y *Tammany* significaban más o menos lo mismo.

Ésta era una impresión que probablemente se mantuvo en él hasta sus últimos días, pero dejó de ser explícita cuando una mujer católica vino a vivir con nosotros como una especie de compañera de Bonnemaman, como ama de llaves y guardiana de toda la familia. No fue una adición temporal a la casa. Creo que todos apreciamos mucho a Elsie desde el principio y Bonnemaman llegó a depender tanto de ella que ésta se quedó y fue haciéndose cada vez más parte de la familia, hasta que finalmente entró del todo en ella casándose con mi tío. Con su llegada Pop ya no soltó más catilinarias contra Roma, excepto alguna palabra dura que se le escapaba sin proponérselo.

Ésta fue una de las pocas cosas aprendidas de Pop que echó raíces en mi mente y llegó a formar parte de mi actitud mental: el odio y sospecha frente a los católicos. No era nada claro. Se trataba simplemente de la profunda y casi subconsciente aversión ante esa cosa vaga y mala, que yo llamaba catolicismo, que vivía en los oscuros rincones de mi mentalidad, con los otros fantasmas, como la muerte y demás. Me causaba una especie de sentimiento frío y desagradable.

El diablo no es tonto. Puede hacer sentir a los hombres acerca del cielo de la manera como deberían sentir respecto al infierno. Puede hacerles temer los medios de la gracia en una forma tal como temen al pecado. Y lo hace así, no a la luz, sino en la oscuridad; no con realidades, sino con sombras; no con claridad y sustancia, sino con sueños y engendros de psicosis. Los hombres son tan pobres de entendimiento que unas pocas cosquillas bajo su espina dorsal serán bastante para alejarlos de descubrir la verdad.

Realmente, en este tiempo me sentía más y más positivamente apartado del pensamiento de ninguna religión, aunque sólo tenía nueve años. La razón era que una o dos veces tuve que ir a la escuela dominical y la encontré tan pesada que desde entonces, en vez de volver, me iba a jugar por los bosques. No creo que la familia lo sintiera mucho.

Durante todo este tiempo mi padre permanecía en el extranjero. Había ido primeramente al sur de Francia, al Rosellón, donde yo nací. Vivió antes en Banyuls, después en Collioure, pintando paisajes a lo largo de la costa mediterránea y en las rojas montañas, hacia Port Vendres y la frontera de Cataluña. Entonces, después de un tiempo, él y los que estaban con él se trasladaron al África y penetraron en el interior de Argelia, hasta un lugar del borde del desierto, y allí pintó algo más.

Llegaron cartas de África. Me mandó un paquete que contenía un pequeño albornoz, que podía usar, y una peculiar lagartija disecada. Por ese tiempo yo había reunido un pequeño museo de historia natural con piezas de hierro viejo que podían encontrarse en los alrededores de Long Island, como puntas de flecha y piedras de formas curiosas.

En esos años mi padre estaba pintando algunos de los mejores cuadros de su vida. Pero luego sucedió algo y recibimos carta de uno de sus amigos anunciándonos que se encontraba gravemente enfermo. La verdad era que se moría.

Cuando Bonnemaman me comunicó esta noticia, era bastante mayor para comprender lo que significaba y quedé profundamente afectado, lleno de pesadumbre y temor. ¿No volvería a ver nunca más a mi padre? Esto no podía ser. No sé si se me ocurrió rezar o no, pero creo que en esta ocasión lo hice, al menos una o dos veces, aunque ciertamente tenía muy poco de lo que podía llamarse fe. Si recé por mi padre fue probablemente sólo uno de esos movimientos ciegos, semiinstintivos de la naturaleza que conmueven a todos, incluso a un ateo en un momento de crisis, y que no prueban la existencia de Dios, precisamente, pero que muestran en verdad que la necesidad de adorar y conocer a Dios es algo profundamente enraizado en nuestras naturalezas dependientes y puramente inseparable de nuestra esencia.

Parece que durante días mi padre estuvo delirando. A nadie veíamos que supiera lo que le pasaba. Se esperaba que muriera de un momento a otro. Pero no murió.

Finalmente pasó la crisis de esta extraña enfermedad, recobró su conciencia y empezó a mejorar y ponerse bien.

Cuando pudo levantarse estuvo en condiciones de acabar algunos cuadros más, reunir sus cosas y marchar a Londres, donde hizo su exposición de más éxito, en las Galerías Leicester, a principios de 1925.

Regresó a Nueva York, al empezar el verano de aquel año. Llegó aureolado por el triunfo. Empezaba a ser un artista de

fama. Años atrás había sido elegido para ingresar en una de aquellas sociedades británicas más o menos importantes, de modo que podía escribir F.R.B.A.[1] después de su nombre —lo que nunca hizo—, y creo que ya figuraba en *Who's Who,* aunque era cosa por la que sentía supremo desprecio.

Pero ahora, lo que era mucho más importante para un artista, se había ganado la atención y el respeto de un crítico tan famoso y venerable como Roger Fry y la admiración de los hombres que no sólo sabían lo que era una buena pintura, sino que tenían dinero para comprarla.

Cuando desembarcó en Nueva York era una persona diferente —más diferente de lo que podía darme cuenta— del hombre que me había llevado a Bermuda dos años antes. Todo lo que observé, por el momento, fue que llevaba barba, la cual critiqué con energía, con la presunción provinciana tan desarrollada en los niños y adolescentes

—¿Vas a afeitártela ahora, o más adelante? —le pregunté cuando llegamos a la casa de Douglaston.

—No me la voy a afeitar ni ahora ni más tarde —dijo mi padre.

—Es una locura —repuse. Pero él no hizo caso. Se la afeitó un par de años más tarde, cuando ya me había acostumbrado a ella.

Sin embargo, tenía algo que decirme que hirió mis gustos mucho más que la barba. Habiéndome aclimatado, por entonces, a Douglaston, después de la desacostumbrada experiencia de residir dos años en el mismo lugar, me alegraba de estar allí, quería a mis amigos y gustaba de ir a bañarme en la bahía. Me habían dado una máquina de retratar con la que hacía fotos, que mi tío se encargaba de revelar en la tienda Pennsylvania, de la ciudad. Poseía un voleador de *baseball* con la palabra "Spalding" escrita con fuego en grandes letras. Pensaba que me gustaría ser *boy scout* y, realmente, había visto un gran certamen de *boy scouts* en el arsenal de Flushing, junto al local de los cuáqueros donde una vez vi de paso a Daniel Barba, con su barba.

Mi padre dijo:

—Vamos a Francia.

—¡Francia! —dije asombrado. ¿Por qué tenía alguien que ir a Francia?, pensaba yo. Lo cual prueba que era un niño muy estúpido e ignorante. Pero él me convenció de que sabía lo que decía. Y cuando todas mis objeciones fueron inútiles,

[1] Fellow Royal British Academy

me deshice en llanto. Mi padre no fue del todo insensible a ello. Con amabilidad me dijo que me alegraría de estar en Francia, cuando llegase allí, y me dio muchas razones para mostrarme que era una buena idea. Finalmente admitió que no partiríamos enseguida.

Con ese compromiso quedé por el momento consolado, pensando tal vez que el plan podía abandonarse después de un tiempo. Pero, afortunadamente, no fue así. El veinticinco de agosto de ese año empezó de nuevo el juego del rescate y zarpamos para Francia. Aunque no lo sabía, y no me habría interesado entonces, era la fiesta de San Luis de Francia.

Capítulo 2

NUESTRA SEÑORA DE LOS MUSEOS

I

¿Cómo pudo suceder que, habiéndose reunido las heces del mundo en la Europa occidental, habiéndose mezclado el godo, el franco, el normando y el lombardo con la podredumbre de la vieja Roma para formar un mosaico de razas híbridas, todas ellas notables por la ferocidad, el odio, la estupidez, la insidia, la codicia y la brutalidad... cómo pudo suceder que, de todo esto, salieran el canto gregoriano, los monasterios y las catedrales, los poemas de Prudencio, los comentarios e historias de Bede, las *Moralia* de Gregorio Magno, la *Ciudad de Dios* de San Agustín y su *Trinidad*, los escritos de San Anselmo, los sermones sobre los Cánticos de San Bernardo, la poesía de Caedmon y Cynewulf y Langland y Dante, la *Summa* de Santo Tomás y la oxoniense de Duns Scoto?

¿Cómo es que aún hoy un par de ordinarios albañiles franceses, o un carpintero y su aprendiz, saben construir un palomar o una granja que tiene más perfección arquitectónica que las masas de estupidez ecléctica que se levantan a costa de centenares de miles de dólares en los colegios de las universidades norteamericanas?

Cuando fui a Francia, en 1925, volviendo al país de nacimiento, regresaba también a las fuentes de la vida intelectual y espiritual del mundo al que pertenecía. Volvía al manantial de las aguas naturales, si se quiere, pero aguas purificadas por la gracia con tan poderoso efecto que ni aun la corrupción y decadencia de la sociedad francesa de nuestros días ha podido envenenarlas enteramente, ni reducirlas una vez más a su original y bárbara corrupción.

Y, sin embargo, fue Francia la que cultivó las más finas flores de la delicadeza y la gracia, la inteligencia, el ingenio, la comprensión, la proporción y el gusto. Hasta el campo, el paisaje francés, ya sea en las bajas colinas, las praderas lozanas, los manzanares de Normandía o en el perfil agudo, árido y enérgico de las montañas de Provenza, o en los vastos, ondulantes y coloridos viñedos de Languedoc, parece todo creado con una especial perfección para adecuado marco a

las mejores catedrales, las más interesantes ciudades, los monasterios más fervorosos y las mayores universidades.

Pero lo más maravilloso de Francia es cómo todas sus perfecciones armonizan en un conjunto. Ha poseído todas las habilidades, desde la cocina a la lógica y teología, desde la construcción de puentes a la contemplación, desde el cultivo de la viña hasta la escultura, desde la cría de ganado a la oración; y las poseyó más perfectamente, por separado y en conjunto, que cualquier otra nación.

¿Por qué es que las canciones de los pequeños niños franceses son más graciosas, su lenguaje más inteligente y sobrio, sus ojos más tranquilos y más profundos que los de los niños de otras naciones? ¿Quién puede explicar estas cosas?

Francia, me alegro de haber nacido en tu tierra y me alegro de que Dios me haya devuelto a ti, por una vez más, antes de que fuera demasiado tarde.

No sabía todas estas cosas de Francia la tarde lluviosa de setiembre en que desembarcamos en Calais, viniendo de Inglaterra, donde estuvimos de paso.

Ni participaba de la satisfacción entusiasta con que mi padre salió del barco y penetró en el alboroto de la estación francesa, invadida por el griterío de los mozos y el vapor de los trenes franceses, ni la comprendía.

Estaba cansado y me dormí antes de llegar a París. Desperté bastante tarde para sentir la impresión del oleaje de luces reverberando en las calles mojadas y la oscura corriente del Sena, cuando cruzamos uno de los incontables puentes, mientras a lo lejos los anuncios luminosos de la torre Eiffel deletreaban "C-I-T-R-O-E-N".

Las palabras Montparnasse, rue des Saint-Pères, Gare D'Orléans ocupaban mi mente sin proporcionarme ningún sentido ni explicación referente a las altas casas grises, las amplias marquesinas umbrosas de los cafés, y los árboles, la gente, las iglesias, los taxis veloces y los ruidosos autobuses verdes y blancos.

No tenía edad, a los diez años, de comprender nada de esta ciudad, pero ya sabía que Francia iba a gustarme; y luego, otra vez, ya estábamos en un tren.

Ese día, en ese expreso, yendo hacia el sur, hacia el *Midi*, descubrí a Francia. Descubrí esa tierra que es realmente, por lo que puedo decir, la tierra a la que pertenezco, si es que pertenezco a alguna, por ningún título documental sino por nacimiento geográfico.

Pasamos por encima del bronceado Loire, a través de un

puente muy largo en Orléans, y desde entonces me sentí en casa aunque no lo había visto antes, ni nunca más lo volveré a ver. Allí fue, también, donde mi padre me habló de Juana de Arco, y supongo que el pensamiento de ella estuvo conmigo, al menos en el fondo de mi mente, durante todo el día. Acaso este pensamiento, actuando como una especie de oración implícita por la veneración y el amor que encendía en mí, me ganó su intercesión en el cielo, de suerte que por ella pude alcanzar alguna clase de gracia real del sacramento de su tierra y contemplar a Dios, sin darme cuenta, en todos los álamos a lo largo de aquellos ríos, en todas las casas de bajo techo agrupadas en torno de las iglesias de pueblo, en los bosques, en las haciendas y los ríos cruzados por puentes. Pasamos por un lugar llamado Châteaudun. Cuando la tierra se hizo más rocosa llegamos a Limoges, con un laberinto de túneles que terminaba en una explosión de luz y un alto puente y un panorama de la ciudad que se apiñaba en la ladera de una colina empinada a los pies de una catedral de torres bajas. Y todo el tiempo estuvimos adentrándonos más y más en Aquitania, hacia las viejas provincias de Quercy y Rouergue, en donde, aunque no sabíamos con seguridad todavía nuestro destino, iba yo a vivir y beber en las fuentes de la Edad Media.

Al anochecer llegamos a una estación llamada Brive. Brive-la-Gaillarde. La oscuridad se acentuaba. El campo era de colinas, lleno de árboles, por más que rocoso, y se veía que las partes altas eran desnudas y agrestes. En los valles había castillos. Era demasiado oscuro para que pudiésemos ver Cahors. Y luego Montauban.

¡Qué ciudad más muerta! ¡Qué oscuridad y silencio, detrás del tren! Salimos de la estación a una plaza vacía y polvorienta, llena de sombras y una débil luz, acá y allá. En la desierta calle resonaban los cascos del caballo de un coche de alquiler, que iba recogiendo a algunas personas que habían bajado del expreso en la misteriosa ciudad. Tomamos nuestros equipajes y cruzamos la plaza hacia un hotel que allí había, uno de esos pequeños hoteles bajos, indefinidos, grises, con una débil bombilla que ardía en una ventana de abajo, iluminando un pequeño café con unas cuantas mesas de hierro y unos calendarios cubiertos de manchas de moscas, y los enormes volúmenes del Bottin que llenaba el desvencijado pupitre de la mujer de aspecto agrio y vestida de negro que presidía a los cuatro clientes.

Y sin embargo, en lugar de ser triste, era agradable. Y aun-

que yo no tenía ningún recuerdo consciente de todo esto, me parecía familiar, me sentía en casa. Mi padre abrió los postigos de madera de la habitación, miró hacia fuera la tranquila noche sin estrellas, y dijo:

—¿No hueles el aroma del bosque en el aire? Ése es el olor del *Midi*.

II

Cuando a la mañana nos despertamos y contemplamos el aire brillante de sol y vimos los bajos tejados, nos dimos cuenta de que habíamos llegado a un escenario diferente del último pasaje que habíamos visto a la luz del atardecer en el tren.

Nos hallábamos en la frontera de Languedoc. Todo era rojo. La ciudad estaba construida de ladrillo. Se erguía en una especie de montículo, por encima de los remolinos arcillosos del río Tarn. Casi podríamos habernos encontrado en una parte de España. Pero, ¡ay, estaba muerta aquella ciudad!

¿Por qué estábamos allí? No sólo era que mi padre quería continuar pintando en el sur de Francia. El nos había llegado ese año con algo más que una barba. Ya fuera de su enfermedad o no sé qué, pero algo le había persuadido de que no podía dejar la educación y el cuidado de sus hijos a otra gente y que tenía la responsabilidad de formarse una especie de hogar, en alguna parte, en donde pudiera al mismo tiempo continuar su trabajo y tenernos viviendo con él, creciendo bajo su vigilancia. Y, lo que es más, había llegado a estar definitivamente consciente de ciertas obligaciones religiosas respecto a nosotros y él mismo.

Estoy seguro de que nunca había dejado de ser un hombre religioso. Pero ahora —cosa que no recuerdo en mis primeros años— me dijo que rezara, que pidiera a Dios que nos ayudase, que le ayudara a pintar, que le ayudase a tener una exposición con éxito, que nos encontrara un lugar para vivir.

Cuando nos hubiésemos establecido, entonces, tal vez un año o dos más tarde, traería a John Paul también a Francia. Luego tendríamos un hogar. Hasta el momento, por supuesto, todo era indefinido. Pero la razón de haber venido a Montauban era que le habían dicho que había una escuela muy buena aquí.

La escuela en cuestión se llamaba el *Institut Jean Calvin*

y la recomendación había venido de unos distinguidos protestantes franceses que mi padre conoció.

Recuerdo que fuimos a visitar el lugar. Era un edificio grande, limpio y blanco, que daba al río. Había unos patios muy asoleados, llenos de verdor, y todas las habitaciones estaban vacías, porque era la época de las vacaciones de verano. No obstante, había algo que no gustaba a mi padre y, gracias a Dios, no fui mandado allí. En realidad no era tanto una escuela como una especie de residencia protestante donde un número de jóvenes (que pertenecían, la mayoría, a familias muy acomodadas) se hospedaban y recibían instrucción religiosa y vigilancia y, por lo demás, asistían a las clases del liceo local.

Así empecé a comprender oscuramente que, aunque mi padre deseaba mucho darme alguna clase de enseñanza religiosa, no apreciaba en absoluto al protestantismo francés. De hecho, supe más tarde por alguno de sus amigos que durante ese tiempo no fue escasa la probabilidad de que se convirtiera al catolicismo. Parece que se sintió muy atraído hacia la Iglesia, pero a la postre resistió la atracción a causa de todos nosotros. Pienso que entendía que su primer deber era aprovechar los medios ordinarios a su disposición para que yo y John Paul practicásemos cualquier religión más a nuestro alcance, pues si él se hacía católico habrían surgido grandes complicaciones en el resto de la familia y habríamos quedado acaso sin ninguna religión.

Se hubiera sentido mucho menos vacilante con tal de tener algunos amigos católicos de su nivel intelectual... alguien que le pudiera hablar inteligentemente acerca de la fe. Pero, por lo que yo sé, no tenía ninguno. Sentía un gran respeto por las gentes católicas que conocimos, pero eran muy calladas en cuanto a la Iglesia para decirle nada que pudiese comprender... y también eran generalmente personas muy tímidas.

Además, desde el primer día, se hizo claro que Montauban no era lugar para nosotros. No había realmente nada digno de pintar. Era una ciudad bastante buena, pero insulsa. Lo único que interesó a mi padre fue el museo Ingres, lleno de minuciosos dibujos de ese pintor, que había nacido en Montauban; aquella colección de bosquejos fríos y detallados no era bastante para mantener a nadie en un alto grado de inspiración por mucho más de quince minutos. Más característico de la ciudad era un fantástico monumento de bronce de Bourdelle, fuera del museo, que parecía representar un grupo de hombres de las rocas batallando en una masa de chocolate derretido.

Cuando fuimos a hacer averiguaciones en el *Syndicat d'Iniciative* sobre lugares para vivir, pudimos ver fotografías de algunas pequeñas ciudades que, como nos habían dicho, estaban en el valle de un río llamado el Aveyron, no muy lejos, al nordeste de la ciudad.

Por la tarde tomamos el extraño y anticuado tren de Montauban hacia el campo, sintiéndonos como los tres Reyes Magos, después de dejar a Herodes y Jerusalén, cuando avistaron de nuevo su estrella.

La locomotora tenía grandes ruedas, una máquina baja, ancha y una chimenea extraordinariamente alta, de suerte que parecía haberse escapado del museo, con la excepción de que era muy potente y hacía su trabajo bien. Los tres o cuatro cochecitos nos arrastraron vertiginosamente hacia un territorio que era en verdad sobrenatural.

La última ciudad, que tenía campanario de ladrillo en su iglesia, a la manera de todo el Languedoc, era Montricoux. Luego el tren penetró en el valle del Aveyron. Poco después ya estábamos cerca de Rouergue. Y empezamos a ver algo. No me di cuenta de dónde entramos hasta que el tren describió la gran curva del bajo río y vinimos a detenernos bajo los plátanos asoleados del andén de una diminuta estación y, mirando por la ventanilla, vimos que acabábamos de pasar por el fondo de un peñasco escarpado de cien o doscientos pies de altura, con un castillo del siglo trece en su cima. Era Bruniquel. A nuestro alrededor las colinas empinadas estaban espesas de bosque, pequeños robles nudosos, hincándose en la roca. A lo largo del río los esbeltos álamos centelleaban a la luz del atardecer y las aguas verdes giraban sobre las piedras. Las personas que entraban y salían del tren eran campesinos con blusas oscuras; en los caminos vimos a hombres que marchaban junto a las parejas de bueyes que tiraban de sus carros de dos ruedas; guiaban las tranquilas bestias con sus garrotes largos. Mi padre me dijo que toda aquella gente hablaba, no el francés, sino el antiguo *patois*, *langue d'oc*.

El próximo lugar era Penne. En el cruce de dos valles una breve escarpa rocosa nos remontó atrevidamente por encima del río, en curva y pronunciada ascensión, como un ala desplegada. En la cúspide se hallaban las ruinas de otro castillo. Más abajo, esparcidas por el risco, se divisaban las casas del pueblo y en algún sitio entre ellas la pequeña torre cuadrada de una iglesia y su abierto campanario en lo alto, con una campana visible.

El valle parecía estrecharse y profundizarse a medida que

el tren corría por su angosto camino de una sola vía entre el río y las rocas. A veces había bastante espacio entre nosotros y el río para contener un pequeño henar. En ocasiones un camino sucio y desierto o una huella de ganado se cruzaba en nuestra vía y divisábamos una casa, una barrera, y una de las furiosas campanas francesas lanzaba el fugaz grito angustioso de su clamor a través de las ventanillas del coche cuando pasábamos.

El valle se ensanchó un poco para contener el pueblo de Cazals, colgante al pie de la colina, más allá del río, cuando ya estábamos detrás, en la garganta. Mirando por la ventana podían verse los peñascos grises y amarillos que se elevaban tan alto que casi nos cerraban el cielo. Ahora empezábamos a distinguir cuevas, arriba, en las rocas. Más tarde subiría allí a visitar algunas de ellas. Cruzando túneles y más túneles, por encima de muchos puentes, por entre apoteosis de luz y verdor seguida de profunda sombra, llegamos al fin a la ciudad de nuestro destino.

Era muy antigua. Su historia se remontaba a la época romana los días del santo martirizado, su patrón. Antonino había traído el cristianismo a la colonia romana de este valle y más tarde fue martirizado en otro lugar, Pamiers, más abajo, en las colinas del pie de los Pirineos, cerca de Prades, donde nací.

Aun en 1925, Saint Antonin conservaba la forma de un *bourg* redondo, amurallado; sólo las murallas habían desaparecido, siendo reemplazadas en tres lados por una ancha calle circular sembrada de árboles, bastante espaciosa para llamarse bulevar, aunque apenas se veía en ella otra cosa que carretas de bueyes y polluelos. La ciudad misma era un laberinto de calles estrechas, con antiguas casas del siglo trece, la mayoría en ruinas. La ciudad medieval estaba allí, no obstante no estar las calles concurridas y en actividad, las casas y tiendas vacías de comercios prósperos y artesanos, y no haber quedado nada del color, la alegría y el bullicio de los tiempos medievales. A pesar de todo, caminar por aquellas calles era encontrarse en la Edad Media; nada había sido tocado por el hombre sino solamente por la ruina y el paso del tiempo.

Parece ser que uno de los más activos gremios de la ciudad había sido el de los curtidores, y las antiguas tenerías todavía estaban allí, a lo largo de la estrecha alcantarilla maloliente de un arroyo que corría por una cierta sección de la ciudad. En aquellos pasados días la ciudad entera estaba invadida por

la actividad de todo el trabajo perteneciente a una comunidad libre y próspera.

Y, como digo, el centro de todo ello era la iglesia.

Desgraciadamente la misma importancia de la capilla de Saint Antonin atrajo hacia sí la violencia en los días de las guerras religiosas. La iglesia que ahora se levantaba sobre las ruinas era enteramente moderna y no podíamos apreciar cómo sería la antigua, ni ver, reflejada en su obra y construcción, la actitud de los ciudadanos que la habían edificado. Aun ahora, a pesar de todo, la iglesia dominaba la ciudad y cada mediodía y atardecer lanzaba las campanas del Angelus sobre los tejados pardos y antiguos, llevando a los hombres el recuerdo de la Madre de Dios que velaba por ellos.

Y todavía —aunque no pensé en ello y era incapaz de hacerlo, ya que no comprendía el concepto de la Misa—, todavía varias veces a la mañana, bajo aquellos altos arcos, en el altar erigido sobre las reliquias del mártir, se celebraba aquella inmolación tremenda, secreta y evidente, tan secreta que no será nunca enteramente comprendida por ningún entendimiento creado y, con todo, tan evidente que su misma evidencia nos ciega con el exceso de claridad: el incruento Sacrificio de Dios bajo las especies del pan y del vino.

Aquí, en esta ciudad asombrosa y antigua, el mismo modelo del lugar, de las casas y calles y de su naturaleza misma, las colinas circundantes, los peñascos y árboles, todo centraba mi atención hacia el único e importante hecho central de la iglesia y lo que ella incluía. Aquí, adondequiera que fuese, me veía obligado por la disposición de todo lo que me rodeaba, a estar siempre, al menos virtualmente, consciente de la iglesia. Cada calle apuntaba más o menos al centro de la ciudad, a la iglesia. Cada vista de la ciudad, desde las colinas exteriores, enfilaba hacia el edificio largo y gris con su alto chapitel.

La iglesia había sido colocada en el paisaje de modo que fuese la clave de su inteligibilidad. Su presencia irradiaba una forma especial, una significación particular a todo lo demás que la vista contemplaba, a las colinas, los bosques, los campos, al blanco peñasco del Rocher d'Anglars y al rojo baluarte de la Roc Rouge, al río serpenteante y al valle verde de la Bonette, a la ciudad y el puente, hasta a las blancas quintas estucadas del burgués moderno que punteaban los campos y huertas fuera del recinto de las murallas derruidas; la significación así irradiada tenía un carácter sobrenatural.

Todo el paisaje, unificado por la iglesia y su chapitel apuntando al cielo, parecía decir: éste es el sentido de todas las

cosas creadas; nos crearon con el objeto exclusivo de que los hombres se sirvieran de nosotras para elevarse a Dios, para proclamar la gloria de Dios. Hemos sido moldeadas en toda nuestra perfección, cada una según su propia naturaleza y todas nuestras naturalezas ordenadas y armonizadas en conjunto, para que la razón del hombre y su amor pudiesen concordar en este único elemento final, esta clave dada por Dios a la significación del conjunto.

¡Ah, qué cosa es vivir en un lugar dispuesto en forma tal que os veis obligados, a pesar vuestro, a ser por lo menos un virtual contemplativo! ¡Un lugar en que vuestros ojos deben volverse todo el día, una y otra vez, hacia la Casa que oculta el Cristo Sacramentado!

Yo ni siquiera sabía quién era Cristo, ni que Él era Dios... No tenía la menor idea de que existiese una cosa que se llama el Santísimo Sacramento. Pensaba que las iglesias eran simplemente lugares donde la gente se reunía para cantar unos cuantos himnos. Y sin embargo os digo ahora, a vosotros, que ahora sois lo que antes era yo, descreídos, es ese Sacramento, y ese solo, el Cristo viviente en medio de nosotros, y sacrificado por nosotros, y para nosotros y con nosotros, en el puro y perpetuo Sacrificio, es Él solo Quien sostiene a nuestro mundo y nos salva a todos de ser hundidos inmediatamente en el abismo de nuestra eterna destrucción. Y yo os digo que hay un poder que emana de ese Sacramento, un poder de luz y verdad, aun hacia los corazones de los que no han oído nada de Él y parecen incapaces de fe.

III

Pronto alquilamos un departamento en una casa de tres pisos en el extremo de la ciudad, en la Place de la Condamine, donde celebraban el mercado ganadero. Pero mi padre tenía el proyecto de construir una casa propia y pronto compró un terreno en lo bajo de las laderas de la colina grande que cerraba el brazo occidental del valle de la Bonette. En la cúspide de la colina había una capillita, ahora abandonada, llamada *Le Calvaire*, y en la rocosa senda que atravesaba los viñedos, detrás de nuestro terreno, hubo antes una serie de capillas, indicando las catorce estaciones de la Cruz entre la ciudad y lo alto de la colina. Pero esa clase de piedad había muerto en el siglo diecinueve; no quedaron bastantes buenos católicos para mantenerla viva.

En cuanto mi padre empezó a hacer planes para construir su casa, recorrimos el campo mirando sitios y visitando también pueblos donde pudiera haber motivos buenos para pintar.

Así estaba constantemente entrando y saliendo de antiguas iglesias y tropezaba con las ruinas de capillas y monasterios antiguos. Vimos maravillosas ciudades de colina como Najac y Cordes. Cordes estaba aun más perfectamente conservada que Saint Antonin, pero no tenía la forma de nuestra ciudad edificada alrededor de su capilla, aunque se hallaba, naturalmente, centrada también en su iglesia. Pero Cordes había sido construida como una especie de fortificada estación veraniega de los condes de Languedoc y su principal atracción eran las casas más o menos fantásticas de los oficiales de la corte que iban allí a cazar con su señor.

Luego bajamos a las llanuras del sur y llegamos a Albi, con su roja catedral de Santa Cecilia mirando con ceño al río Tarn, como una fortaleza. Desde lo alto de esa torre contemplamos las llanuras de Languedoc, en donde todas las iglesias eran fuertes. Esta tierra estuvo mucho tiempo infestada de herejía y del falso misticismo que arrebató hombres a la iglesia y a los Sacramentos y les llevó a ocultarse para buscar su camino hacia un nirvana extraño y suicida.

Había una fábrica en Saint Antonin —la única fábrica del lugar— que empleaba a los únicos proletarios, tres o cuatro hombres, uno de los cuales era también el único comunista.

La fábrica construyó una variedad de máquina para levantar el heno sin esfuerzo desde la superficie de un campo hasta lo alto de un vagón. El hombre que la poseía, el capitalista de la ciudad, se llamaba Rodolausse. Tenía dos hijos que le atendían la instalación. Uno de ellos era alto, delgaducho, solemne, de pelo oscuro, con gafas de aros de cuerno.

Una noche estábamos sentados en uno de los cafés de la ciudad, local desierto, atendido por un hombre muy anciano. Rodolausse empezó a trabar conversación con mi padre y recuerdo su atenta pregunta sobre si éramos rusos. Se le debió ocurrir la idea por la barba.

Cuando supo que habíamos ido a vivir allí, nos ofreció inmediatamente la venta de su casa y nos invitó a comer, para que pudiésemos verla. La Simón de Montfort, como se llamaba, era una gran casa de campo, situada a una o dos millas de la ciudad, en la carretera de Caylus. Se levantaba sobre la ladera de una colina que daba al valle de la Bonette y se encontraba en la entrada de un profundo valle circular cubierto de bosque, en donde, como vimos, un pequeño arroyo lleno

de berro brotaba de un manantial puro. La casa misma era una construcción antigua y parecía como si De Montfort hubiese morado en ella. Pero también parecía como si todavía estuviese rondándola. Era muy oscura y tenebrosa, y, siendo oscura, no era sitio para un pintor. Además, era para nosotros demasiado cara. Mi padre prefería construir una casa propia.

Poco después de que empecé a ir a la escuela primaria local, donde me sentía con embarazo entre los niños franceses más pequeños y procuraba aprender el francés en la marcha del curso, mi padre ya había dibujado los planos de la casa que íbamos a construir en el terreno que compró al pie del Calvario. Tendría una sala grande, que serviría de estudio, comedor y cuarto de estar; arriba habría un par de alcobas. Eso era todo.

Trazamos los cimientos y mi padre y un obrero empezaron a cavar. Luego un rabdomante se presentó y nos descubrió el agua e hicimos un pozo. Junto al pozo mi padre plantó dos álamos —uno para mí y otro para John Paul— y al este de la casa proyectó un jardín grande para cuando llegase la próxima primavera.

Entretanto, nos habíamos hecho unos cuantos amigos. No sé si fue por mediación del capitalista, Rodolausse, o el radical-socialista Pierrot, el carretero, que entramos en contacto con el club local de rugby, o ellos con nosotros; pero una de las primeras cosas que sucedieron después de nuestra llegada fue que una delegación del club la "Avant-Garde de Saint Antonin" se presentó a mi padre para pedirle que fuese el presidente del club. Era inglés y, por lo tanto, presumían ellos, un experto en toda clase de deporte. Ciertamente, él había jugado al rugby en su escuela de nueva Zelanda. Así llegó a presidente del club y en ocasiones arbitraba sus bárbaros juegos, con peligro de su vida. No sólo las reglas habían cambiado desde sus tiempos, sino que había en Saint Antonin una interpretación especial de las reglas que nadie podía descubrir sin una particular revelación o el don de discernimiento de las almas. Sin embargo, conservó su vida durante toda la temporada.

Acostumbraba yo a acompañar, a él y al equipo, a todos los partidos que jugaban afuera, yendo hasta Figeac al nordeste, muy adentro del campo montuoso de Rouergue; a Gaillac, en las llanuras de Languedoc, al sur, ciudad con una de aquellas iglesias-fortalezas y un verdadero estadio para su equipo de rugby. Saint Antonin no era, naturalmente, llamado a jugar con los primeros equipos, sino simplemente a disputar un partido inicial mientras el público entraba para el principal partido.

En aquellos días todo el sur de Francia estaba dominado por una pasión furiosa y violenta de rugby y se lo jugaba con una energía sedienta de sangre que a veces acababa en lesiones mortales. En los partidos verdaderamente importantes el árbitro generalmente tenía que ser escoltado al final, desde el campo, por un guardia, y no era raro que tuviera que huir saltando la valla y a través de los campos. El único deporte que despertaba un entusiasmo más general y más intenso que el rugby eran las carreras de bicicletas a larga distancia. Saint Antonin estaba fuera del circuito de las grandes carreras, pero ocasionalmente se celebraba una que cruzaba por nuestras colinas y nosotros nos deteníamos al final de la larga subida a lo alto de Rocher d'Anglars y los observábamos ascendiendo lentamente la colina, con las narices casi tocando las ruedas delanteras de sus bicicletas, encorvados y jadeantes, con todos los músculos dislocados en enormes nudos. Las venas resaltaban en las frentes.

Uno de los miembros del equipo de rugby era un tipo pequeño, con cara de conejo, hijo del forrajero local, que poseía un coche y llevaba de acá para allá a la mayoría de jugadores, para los partidos. Una noche por poco se mató él y seis de nosotros cuando un conejo entró en las luces de la carretera, ante nuestra vista, y continuó corriendo en la dirección del coche. Inmediatamente, este bárbaro francés puso el pie en el acelerador y la emprendió tras el conejo. La blanca cola se agitaba a la luz, siempre a unos pies delante de las ruedas, pasando de un lado a otro del camino, para desviar el auto de su rastro; el coche solo no iba a cazarlo de ese modo. únicamente seguía rugiendo tras el conejo zigzagueando de una parte a la otra del camino y casi despidiéndonos a todos hacia la cuneta.

Los que estábamos amontonados en el asiento de atrás empezamos a ponernos nerviosos, especialmente al observar que llegábamos a lo alto de la muy escarpada colina que iba, con vueltas y revueltas, a parar al valle en que se asentaba Saint Antonin. Si seguíamos tras el conejo saltaríamos con seguridad por encima del terraplén y luego no pararíamos de dar tumbos hasta el río, unos centenares de pies abajo.

Alguien musitó una modesta queja:

—*C'est assez, hein? Tu ne l'attraperas pas!*

El hijo del forrajero no contestó nada. Se encorvó sobre el volante, con los ojos fijos en la carretera; la blanca cola, frente a nosotros, seguía escabulléndose de las ruedas del coche, zigzagueando desde el alto terraplén de un lado a la cuneta del otro.

Entonces llegamos a la cima. La oscuridad y soledad del

valle estaban ante nosotros. El camino empezaba a bajar.

Las quejas del asiento de atrás aumentaron y se convirtieron en un coro. Pero el conductor aceleró aun más. El coche marchaba terriblemente ladeado a través del camino; casi habíamos alcanzado al conejo. Pero no del todo. Estaba ahí nuevamente frente a nosotros.

—Lo alcanzaremos sobre la colina —exclamó el conductor—. Los conejos no pueden correr colina abajo; sus patas traseras son demasiado largas.

El conejo hacía maniobra de correr colina abajo, precisamente a unos cinco pies de nuestras ruedas delanteras.

Entonces alguien empezó a gritar:

—¡Cuidado, cuidado!

Llegábamos a una bifurcación del camino. El camino principal continuaba a la izquierda y otro bajaba por una pendiente más pronunciada, a la derecha. En medio había un muro. El conejo marchó derecho hacia el muro.

—¡Para, para! —suplicamos. Nadie podía saber qué camino tomaría el conejo y el muro se nos echaba encima.

—¡Alto! —gritó alguien.

El coche dio una tremenda sacudida y si hubiese habido espacio en la parte de atrás todos habríamos venido al suelo. Pero no estábamos muertos. El auto estaba todavía en el camino principal, lanzando sus rugidos al valle y, con gran alivio nuestro, no había ningún conejo dentro de nuestras luces.

—¿Lo atrapó usted? —pregunté esperanzado—. ¿Tal vez lo aplastó allí detrás?

—¡Oh!, no —repuso el conductor con tristeza—, tomó el otro camino.

Nuestro amigo el tronquista Pierrot era un hombre enorme y vigoroso, pero no jugaba en el equipo de fútbol. Era demasiado haragán y demasiado arrogante, aunque habría sido una adición decorativa al conjunto. Había otros tres o cuatro como él, voluminosos, con grandes bigotes negros y cejas hirsutas, tan bárbaros como las representaciones tradicionales de Gog y Magog. Uno de ellos acostumbraba jugar partidos enteros llevando una gorra de calle, gris y puntiaguda. Supongo que si hubiésemos jugado alguna vez en un día realmente caluroso habría salido al campo con un sombrero de paja. De cualquier manera, este elemento del equipo podría haber sido un magnífico asunto para el Aduanero Rousseau y Pierrot habría encajado admirablemente. Su único deporte era sentarse a la mesa de un café ingiriendo coñac. A veces, también hacía excursiones a Toulouse y, una vez, estando en el

puente, me hizo una horrible descripción de una riña que había tenido con un árabe, con un cuchillo, en la gran ciudad.

Fue Pierrot quien nos llevó al banquete de una boda en una hacienda junto a Caylus. Concurrí a varias de estas fiestas, en el tiempo que estuve en Saint Antonin, y nunca vi nada tan gargantuesco, tan bárbaro y desordenado. Los campesinos, leñadores y los demás que allí estaban comieron y bebieron de una manera tremenda; pero no perdieron su dignidad de seres humanos. Cantaron y bailaron y se hicieron bromas unos a otros, pero sin salirse de lo que permitían las buenas costumbres; de manera que en conjunto el ambiente era bueno y saludable y toda esta diversión estaba santificada por una ocasión sacramental.

Con este motivo Pierrot se puso su mejor traje negro y su gorra limpia, enganchó un calesín y nos dirigimos a Caylus. Era la hacienda de su tío o primo. El lugar estaba atestado de carros y carruajes; la fiesta era una cuestión comunal. Cada uno había aportado algo a la misma y mi padre trajo una botella de vino griego fuerte y tinto que casi pulverizó al dueño de la casa.

Había demasiados invitados para que cupieran en el gran comedor y cocina de la casa, con sus salchichas y ristras de cebollas colgando de las vigas. Uno de los graneros fue despejado y se instalaron mesas en él. Alrededor de la una de la tarde todos se sentaron y empezaron a comer. Después de la sopa, las mujeres empezaron a traer los principales platos de la cocina: había platos y más platos de carne. Conejo, ternera, carnero, cordero, vaca, en guiso y asados; y pollo, frito, cocido, a la brasa, asado, salteado, en fricandó, servido de esta y otra manera, con salsas de vino y demás clases de salsas, con nada más, prácticamente, que lo acompañara, excepto algún raro pedazo de patata, zanahoria o cebolla en el aderezo.

—Todo el año viven de pan, legumbres y trozos de salchicha —me explicó mi padre—; por lo tanto, ahora no quieren más que carne.

Supongo que daba la correcta explicación. Pero antes de que la comida estuviera medio terminada me levanté de la mesa y me fui tambaleando afuera, me apoyé contra el muro del granero y estuve observando los enormes y vistosos gansos que paseaban ufanos por el patio de la granja, arrastrando sus hígados tremendamente sobrealimentados por la sociedad, aquellos hígados que pronto se convertirían en la clase de *pâté de foie gras* que hasta ahora me dejó enfermo.

La fiesta duró hasta muy avanzada la tarde y por la noche algunos se quedaron todavía allí en el granero. Pero entre-

tanto el propietario de la hacienda, Pierrot, mi padre y yo habíamos salido a ver una antigua capilla abandonada que se hallaba en la propiedad. No sé lo que había sido: ¿una capilla, una ermita acaso? Pero ahora, de cualquier manera, estaba en ruinas. Tenía una hermosa ventana del siglo trece o catorce, carente por supuesto de su vidriería. Mi padre lo compró todo, con algo del dinero que había ahorrado de su última exposición, y a su tiempo empleamos las piedras, la ventana, los arcos de entrada y demás en la construcción de nuestra casa de Saint Antonin.

Cuando llegó el verano de 1926 estábamos bien establecidos en Saint Antonin, aunque las obras de la casa no habían empezado realmente todavía.

Durante este tiempo había aprendido el francés, o todo el francés que un muchacho de once años tiene que usar en el curso ordinario de su vida, y recuerdo cuántas horas pasé aquel invierno leyendo libros de lectura sobre los demás lugares maravillosos que había en Francia.

Pop nos había mandado dinero, por Navidad, y empleamos parte de él en la compra de una colección muy costosa de tres grandes volúmenes, llenos de ilustraciones, con el título de *Le Pays de France*. Nunca olvidaré la fascinación con que lo estudiaba, embargando mi mente con aquellas catedrales y antiguas abadías, aquellos castillos, ciudades y monumentos de la cultura que tanto habían cautivado mi corazón.

Recuerdo cómo contemplaba las ruinas de Jumièges y Cluny y me preguntaba qué aspecto habían tenido aquellas inmensas basílicas en sus días de gloria. Además estaba Chartres, con sus dos chapiteles desiguales, la nave vastísima de Bourges, el sublime coro de Beauvais, la extraña y chata catedral románica de Angulema y las cúpulas bizantinas de Périgueux. Contemplaba los apiñados edificios de la antigua *Grande Chartreuse*, agrupados en su solitario valle, con las altas montañas cargadas de abetos, que escalaban sus rocosas cimas desde uno y otro lado. ¿Qué clase de hombres habían vivido en aquellas celdas? No puedo decir que me preocupase mucho por eso al mirar las ilustraciones. No tenía curiosidad por las vocaciones monásticas ni reglas religiosas, pero sé que mi corazón era presa de una cierta nostalgia por respirar el aire de aquel valle solitario y escuchar su silencio. Quería estar en todos estos lugares que las estampas de *Le Pays de France* me mostraban. En verdad, el que yo no pudiese estar a la vez en todos ellos constituía para mí un problema y una fuente desconocida de angustia oscura y subconsciente.

IV

Aquel verano, con mucho disgusto de mi padre —pues él quería permanecer en Saint Antonin y trabajar en la casa y en su pintura—, Pop reunió una montaña de equipaje en Nueva York, movilizó a Bonnemaman, vistió a mi hermano John Paul con un traje nuevo y, armado de pasaportes y todo un haz de billetes de Thomas Cook e Hijo, ocupó el transatlántico *Leviathan* y partió para Europa.

Noticias de esta invasión habían estado perturbando a mi padre desde algún tiempo. Pop no estaba satisfecho con venir y pasar un mes o dos en Saint Antonin con nosotros. De hecho, no se encontraba nada ansioso por venir particularmente a esta ciudad, pequeña y olvidada. Quería seguir moviéndose y, puesto que tenía dos meses a su disposición, no veía motivos que le impideran recorrer Europa entera, desde Rusia a España y desde Escocia a Constantinopla. Sin embargo, disuadido de esta ambición napoleónica, consintió en restringir su apetito visitando Inglaterra, Suiza y Francia.

En mayo o junio nos llegó la información de que Pop había caído con su fuerza en Londres, limpiando el país de Shakespeare y otras partes de Inglaterra... y estaba ahora preparándose para cruzar el canal y ocupar el norte de Francia.

Fuimos instruidos para reunirnos y trasladarnos hacia el norte, para juntar las fuerzas con él en París, después de lo cual seguiríamos juntos la conquista de Suiza.

Entretanto teníamos en Saint Antonin visitantes pacíficos, dos amables señoras ancianas, amigas de la familia en Nueva Zelanda, y con ellas salimos, sin ninguna prisa, en nuestro viaje rumbo al norte. Todos queríamos ver Rocamadour.

Rocamadour es una capilla dedicada a la Madre de Dios, donde se venera una imagen de Nuestra Señora en una cueva, a mitad de camino, subiendo un peñasco, contra cuya ladera se construyó un monasterio en la Edad Media. La leyenda dice que el lugar fue primeramente elegido por el publicano Zaqueo, aquel que trepó al sicomoro para ver a Cristo cuando pasaba y a quien Cristo dijo que bajase y le hospedase en su propia casa.

En el momento de salir de Rocamadour, después de una breve visita que dejó en mi memoria el recuerdo de una larga tarde de verano, con golondrinas que revoloteaban alrededor del muro del antiguo monasterio contra el peñasco y en torno a la torre de la nueva capilla de lo alto, Pop estaba recorriendo todos los castillos en un ómnibus lleno de norteame-

ricanos. Cuando pasaron veloces por Chenonceaux, Blois y Tours, Pop, que llevaba los bolsillos repletos de monedas de diez y veinticinco céntimos y hasta de un franco y de dos francos, metía sus manos en ellos y lanzaba puñados de monedas a las calles cada vez que hallaban a su paso a un grupo de niños jugando. Y el paso polvoriento del ómnibus resonaba con su explosión de risa cuando los chicos se lanzaban tras las monedas en una arrebatiña salvaje.

Así cruzaron todo el valle del Loire.

Llegados a París, después de dejar a las ancianas señoras de Nueva Zelanda en un oscuro pueblo llamado Saint Céré, más al sur, hallamos a Pop y Bonnemaman atrincherados en el hotel más caro que pudieron encontrar. El *Continental* estaba más allá de sus medios, pero era en 1926 y el franco estaba tan bajo que la cabeza de Pop, trastornada con ello, había perdido todo sentido de los valores.

Los primeros cinco minutos en aquella habitación del hotel de París nos dijeron todo lo que necesitábamos saber sobre cómo serían las dos próximas semanas, en la vertiginosa excursión a Suiza que estaba a punto de empezar.

La habitación se hallaba abarrotada hasta las puertas con tanto equipaje inútil, que apenas podía uno moverse en ella. Bonnemaman y John Paul dejaron ver que se habían hundido en un estado de oposición más o menos callada y de pasiva resistencia a todas las manifestaciones exageradas de optimismo y entusiasmo de Pop.

Cuando Pop nos contó la campaña del Loire y la liberalidad con que había regado todos los pueblos desde Orléans a Nantes, nos dimos cuenta, por la callada pena de la expresión de Bonnemaman, cuando dirigió una mirada elocuente y suplicante a mi padre, cómo pensaba el resto de la familia sobre todo esto. Y viendo en lo que estábamos metidos, nos pusimos instintivamente del lado del oprimido. Era evidente que cada movimiento, de ahora en adelante, iba a ser pródigo en humillación pública y privada para las sensibilidades algo delicadas del resto de nosotros, desde Bonnemaman, que era extremadamente susceptible por naturaleza, a John Paul y yo mismo, que pronto veíamos o imaginábamos que otros se estaban riendo de Pop y nos sentíamos incluidos en la burla por implicación.

Así salimos para la frontera suiza, viajando en cómodas etapas de siete u ocho horas al día en el tren y deteniéndonos por la noche. El permanente entrar y salir de trenes, taxis y ómnibus del hotel obligaba a tener en cuenta constantemente

cada una de las dieciséis piezas del equipaje y la voz de mi abuelo resonaba a lo largo de los muros de las estaciones de ferrocarril de Europa.

—Marta, ¿dónde diablos dejaste aquel saco de piel de cerdo?

En cada pieza del equipaje, a modo de identificación, Pop había pegado un rosado sello norteamericano de dos centavos, divisa que había despertado crítica sarcástica e instantánea de mi parte y de John Paul.

—¿Qué piensas hacer, Pop? —preguntábamos con ironía—. ¿Vas a mandar esos cachivaches por correo?

El primer día no fue tan malo para mí y mi padre, porque aún estábamos en Francia. Vimos un poco de Dijon y el tren pasó por Besançon, en la carretera de Basle. Pero tan pronto como llegamos a Suiza las cosas cambiaron.

Por alguna razón encontramos a Suiza extremadamente aburrida. No era el paisaje de mi padre y de cualquier manera no tenía tiempo para dibujar o pintar nada, aunque hubiese querido. En cada ciudad, como primera ocupación, buscábamos el museo. Pero los museos no eran satisfactorios. Estaban llenos principalmente de enormes telas de algún artista nacional moderno, pinturas que representaban grandes y enormes verdugos que intentaban cortar las cabezas de los patriotas suizos. Además nos era siempre difícil encontrar el museo de buenas a primeras, porque no sabíamos alemán y no podíamos entender el sentido de las respuestas de la gente. Cuando por fin dábamos con él, en lugar del consuelo de unos cuadros decentes nos hallábamos inmediatamente encarados con otra inmensa caricatura roja y amarilla de este xenófobo suizo cuyo nombre he olvidado.

Finalmente nos dimos a bromear con lo de los museos, jugando y poniendo nuestros sombreros en las estatuas, lo cual podía hacerse porque siempre estaba el local totalmente desierto. Pero una o dos veces por poco tuvimos disgusto con los corpulentos guardianes suizos, que llegaron por sorpresa a nuestro rincón y nos hallaron haciendo mofa de las obras maestras ensombreradas, chanceándonos con los bustos de Beethoven y demás.

Realmente, el único gusto que sacó mi padre de toda la expedición fue un concierto de jazz que oyó en París, dado por una gran orquesta de un negro norteamericano... que no puedo imaginar quién era. Pienso que hace demasiado tiempo para ser Louis Armstrong; pero mi padre se sintió muy feliz con eso. Yo no fui. Pop no gustaba del jazz. Pero cuando llegamos a Lucerna había una orquesta en el hotel y nues-

tra mesa del comedor estaba tan pegada a ella que yo podía alcanzar y tocar el bombo. El que lo tocaba era un negro de quien inmediatamente me hice amigo, aunque era algo recatado. Las comidas resultaban muy interesantes con todo ese ruido de bombo en mis oídos, sintiéndome más fascinado por las actividades del que lo tocaba que por los melones y carnes servidos delante de nosotros. Éste fue el único placer que saqué de Suiza. Y entonces, casi inmediatamente, Pop hizo que nos cambiáramos de mesa.

El tiempo restante fue una larga lucha. Reñimos en los vaporcitos de recreo, reñimos en los funiculares, reñimos en lo alto de las montañas y al pie de las montañas, por las costas de los lagos y bajo las ramas pesadas de las siemprevivas.

En el hotel de Lucerna, John Paul y yo casi vinimos a las manos (Bonnemaman de parte de John Paul) por si los ingleses habían robado la música de *God save the king* de *May country 'Tis of Thee* o si los norteamericanos habían plagiado con *My country 'Tis of Thee* el *God save the king*. Por este tiempo, ya que estaba en el pasaporte británico de mi padre, me consideraba inglés.

Acaso el peor día de todos fue el que trepamos al Jungfrau... en un tren. Todo el camino estuve discutiendo con Pop, que pensaba que nos engañábamos, pues él sostenía que el Jungfrau no era tan elevado como las demás montañas de nuestro alrededor y que él se había embarcado en esta excursión con la tácita presunción de que el Jungfrau era la montaña más alta de todos estos contornos; ¡y, fijarse ahora, el Eiger y el Monch eran mucho más altos! Yo me acaloraba explicando que Jungfrau parecía más bajo porque estaba más lejos, pero Pop no comulgaba con mi teoría de la perspectiva.

Al llegar a la garganta de Jungfrau todos estábamos a punto de caernos de agotamiento nervioso; la gran altura hizo desmayar a Bonnemaman, Pop empezó a sentirse enfermo, yo tuve una gran crisis de lágrimas en el comedor, y cuando mi padre, yo y John Paul salimos al deslumbrador campo blanco de nieve sin gafas de color, todos sentimos dolores de cabeza; y así, el día, en conjunto, fue completamente horrible.

Luego, en Interlaken, aunque Pop y Bonnemaman tuvieron el inmenso consuelo de poder ocupar las mismas habitaciones que usaron sólo unos meses antes Douglas Fairbanks y Mary Pickford, John Paul humilló a toda la familia cayéndose en una laguna completamente vestido y corriendo hacia el hotel chorreando agua y algas verdes. Finalmente fuimos interrumpidos en nuestros chistes cuando una de las doncellas,

agotada por el esfuerzo de tener que servir a tantos centenares de turistas ingleses y norteamericanos, se desmayó mientras llevaba una bandeja cargada, desplomándose estrepitosamente con un revuelo de platos precisamente detrás de mi silla.

Nos alegramos de abandonar Suiza y regresar a Francia, pero al tiempo de llegarnos a Avignon se me había desarrollado tal disgusto por la acción de visitar, que no salí del hotel para ir a ver el Palacio de los Papas. Me quedé en la habitación y leí *Tarzán de los monos*, acabando todo el libro antes de que mi padre y John Paul regresasen de lo que fue probablemente lo único en realidad interesante con que tropezamos en todo el miserable viaje.

V

Pop había venido muy de mala gana a Saint Antonin y tan pronto como llegó ya intentó salir de nuevo. Las calles eran demasiado sucias. Le disgustaban. Pero Bonnemaman rehusó moverse hasta que todo el mes, o cualquier tiempo que hubieran planeado permanecer, hubiese transcurrido.

Con todo, uno de los actos oficiales de la familia que tuvo lugar durante este tiempo fue una excursión a Montauban y la inspección del liceo al que debían mandarme en el otoño.

Supongo que los claustros de ladrillo parecían bastante inocentes al sol de la tarde de finales de agosto, cuando estaban vacíos de diablos con blusas oscuras que debían llenarlos a finales de setiembre. Yo iba a colmar mi amargura en aquellos edificios, a su debido tiempo.

Pop, Bonnemaman, John Paul y todo el equipaje salieron en el expreso de París cuando agosto llegó a su fin. Entonces, en la primera semana de setiembre, llegó la fiesta patronal de Saint Antonin, con procesiones de antorchas, bailando todos la polca y el chotis bajo los faroles japoneses de la explanada. Existían muchas otras atracciones y diversiones, incluyendo cierta novedad caprichosa en las galerías de tiro. A un extremo de la ciudad había una paloma atada por la pata a lo alto de un árbol y todos le tiraban con una escopeta, hasta que fue muerta. Al otro extremo de la ciudad, junto a la margen del río, los hombres tiraban a un pollo atado a una caja flotante amarrada en el centro de la corriente.

Por mi parte entré en gran competencia con varios de los muchachos y jóvenes de la ciudad, saltando todos al río y nadando tras un pato que fue soltado del puente. Fue alcanzado por un buen chico llamado Jorge que estudiaba para maestro de escuela en la normal de Montauban.

Por este tiempo, también, a los once años y medio de edad, me enamoré de una muchachita pizpireta de rizos rubios llamada Henriette. Era una cuestión descabellada. Ella se fue a su casa y dijo a los padres que el hijo del inglés estaba enamorado de ella, su madre batió palmas y su casa retumbó de aleluyas en ese día. La próxima vez que la vi estuvo muy atenta, y durante uno de los bailes, con una especie de autorizada habilidad, me permitió que la fuera llevando alrededor de un árbol.

Luego lo artificioso del asunto se me reveló y me fui a casa. Mi padre me dijo:

—¿Qué es esto que oí sobre que ibas tras las muchachas, a tu edad?

Después de eso la vida se hizo más seria y unas semanas más tarde vestí mi nuevo uniforme azul y me fui al liceo.

Aunque por esta época sabía el francés completamente bien, el primer día, en aquel patio grande, enarenado, al rodearme aquellos rostros pequeños, fieros, gatunos, oscuros y ásperos, y cuando miré dentro de aquel montón de pares de ojos relucientes y hostiles, me olvidé de todas las palabras y no podía casi contestar a las preguntas furiosas que me hacían. Mi estupidez solamente les irritaba aun más. Empezaron a darme patadas, a tirar y retorcer mis orejas, a hacerme girar y a gritarme varias clases de insultos. Aprendí una fuerte dosis de indecencia y blasfemia en los primeros días, simplemente por ser el objeto directo o indirecto de sus ataques.

Después de esto todos me aceptaron y llegué a serles agradable, una vez que se acostumbraron a mi rostro inglés, pálido, de ojos azules y aparentemente estúpido. Sin embargo, cuando yo estaba despierto en el enorme dormitorio oscuro y escuchaba el ronquido de los animalitos que me rodeaban y oía a través de la oscuridad y el vacío de la noche el lejano chirrido de los trenes o el loco alarido metálico de una trompeta de un cuartel de tropas senegalesas, conocía por primera vez en mi vida las angustias de la desolación, el vacío y el abandono.

Al principio solía ir a casa casi todos los domingos, tomando el tren de Montauban-Villenouvelle a eso de las cinco y media de la mañana. Suplicaba a mi padre que me dejara sa-

lir de aquella escuela miserable, pero era en vano. Después de unos dos meses me acostumbré a ella y dejé de sentirme tan infeliz. La herida ya no era tan fresca; pero nunca fui feliz ni estuve en paz en el ambiente violento y desagradable de aquellos claustros de ladrillo.

Los niños con que me había asociado en Saint Antonin no habían sido de ningún modo ángeles, pero había una cierta sencillez y afabilidad en torno de ellos. Naturalmente, los muchachos que iban al liceo eran de la misma raza y el mismo molde, excepto que procedían de familias más acomodadas. Todos mis amigos de Saint Antonin eran hijos de obreros y campesinos, con quienes me sentaba en la escuela primaria. Pero cuando un par de centenares de estos muchachos meridionales franceses eran amontonados en la prisión de aquel liceo, un cambio sutil se operaba en su espíritu y mentalidad. De hecho, observé que cuando se estaba con ellos por separado, fuera de la escuela, eran benignos, pacíficos y hasta bastante humanos. Pero cuando estaban todos juntos parecía haber algún espíritu diabólico de crueldad, vicio, obscenidad, blasfemia, envidia y odio que los unía frente a toda bondad y a unos contra otros en una burla y crueldad bestiales y en una suciedad escandalosa y desenfrenada. El contacto con aquella manada de lobos se sentía muy claramente como el contacto con el cuerpo místico del diablo; y, especialmente los primeros días, los miembros de ese cuerpo no escatimaban tratarme a patadas sin misericordia.

Los estudiantes estaban divididos en dos grupos estrictamente separados y yo estaba entre "les petits", los de "quatrième" la clase cuarta, lo más bajo. Los mayores de nosotros tenían quince y dieciséis años y entre éstos había cinco o seis grandes camorristas ásperos, de espeso cabello negro que bajaba de sus frentes casi hasta las cejas. Eran físicamente más fuertes que los otros y, aunque menos inteligentes, más astutos en las artes del mal, más ruidosos en la obscenidad y en brutalidad, completamente desenfrenados cuanto tenían la mala luna. Naturalmente, no eran siempre desagradables y hostiles; pero, en cierto sentido, su amistad era más peligrosa que su enemistad y, por cierto, era esto lo que hacía mayor daño. Porque los buenos chicos que venían a la escuela pronto se hacían al hábito de tolerar todo lo desagradable de estos individuos, a fin de que no fueran golpeadas sus cabezas por no aplaudirlos. Y así toda la escuela, o al menos nuestra sección, estaba dominada por su influencia.

Cuando pienso en los padres católicos que mandaron a sus

hijos a una escuela como ésa, empiezo a preguntarme qué extravío había en sus cabezas. Más abajo, junto al río, en un edificio blanco, limpio y grande, se hallaba un colegio dirigido por los Padres Maristas. Nunca había estado dentro de él; en verdad, era tan limpio que me infundía respeto. Pero conocía a un par de muchachos que iban a él. Eran hijos de la pequeña señora que atendía la pastelería frente a la iglesia de Saint Antonin y los recuerdo como chicos excepcionalmente simpáticos, muy agradables y buenos. A nadie se le ocurrió despreciarlos por ser piadosos. ¡Qué distintos los productos del liceo!

Cuando medito sobre todo esto me abruma el pensamiento del formidable peso de responsabilidad moral que acumulan sobre sus hombros los padres católicos por no mandar a sus hijos a escuelas católicas. Los que no pertenecen a la Iglesia no comprenden esto. No puede esperarse que lo hagan. No ven en toda esta insistencia en las escuelas católicas más que una divisa para hacer dinero por medio del cual la Iglesia procura aumentar su dominio sobre las inteligencias de los hombres y su propia prosperidad temporal. Naturalmente muchos no católicos imaginan que la Iglesia es inmensamente rica, que todas las instituciones católicas hacen el dinero a montones, que todo el dinero se almacena en alguna parte para comprar vajillas de oro y plata al Papa y cigarros al Colegio de Cardenales.

¿Es extraño acaso que no pueda haber paz en un mundo en que se hace todo lo posible para garantizar que la juventud de todas las naciones crezca absolutamente sin disciplina moral ni religiosa, sin la menor sombra de vida interior ni de esa espiritualidad, caridad y fe que pueden, ellas solas, salvaguardar los tratados y acuerdos firmados por los gobiernos?

Hasta católicos, miles de católicos de todas partes, tienen la consumada audacia de llorar y quejarse de que Dios no oye sus oraciones de paz, cuando ellos han olvidado no sólo Su voluntad, sino los dictados ordinarios de la razón natural y prudencia y permiten que sus hijos crezcan según las normas de una civilización de hienas.

La experiencia de vivir con la clase de gente que encontré en el liceo era algo nuevo para mí, pero en grado, más bien que en calidad. Reinaba la misma animalidad, rudeza, insensibilidad y falta de conciencia que existían, hasta cierto punto, en mi carácter y que yo había encontrado en casi todas partes.

Pero estos niños franceses parecían ser mucho más rudos,

más cínicos y más precoces que los que había visto hasta ahora. ¿Cómo, entonces, podría identificarlos con el ideal de Francia que tenía mi padre y que hasta yo tenía entonces en una forma oscura e incipiente? Supongo que la única respuesta es que *corruptio optimi pessima*. Puesto que el mal es la falta de bien, la carencia de un bien que debía existir, y nada positivo en sí mismo, se sigue que el mayor mal se encuentra donde el mayor bien ha sido corrompido. Supongo que lo más repugnante de Francia es la corrupción de la espiritualidad francesa en petulancia y cinismo; de la inteligencia francesa en sofistería; de la dignidad y refinamiento franceses en mezquina vanidad y ostentación teatral; de la caridad francesa en concupiscencia carnal repulsiva, y de la fe francesa en sentimentalidad o ateísmo pueril. Se hallaba de todo esto en el liceo Ingres de Montauban.

No obstante, como digo, me adapté a la situación y entré en un grupo de amigos algo pacíficos que tenían más ingenio que obscenidad y eran, realmente, los niños más inteligentes de las tres clases inferiores. Digo inteligentes; quiero decir, también, precoces.

Pero tenían ideales y ambiciones y, de hecho, a mediados de mi primer año, recuerdo que todos estábamos escribiendo furiosamente novelas. En los días que salíamos de paseo, de dos en dos hacia el campo, en una larga formación que se rompía en grupos al extremo de la ciudad, mis amigos y yo nos juntábamos, caminando en tono de superioridad, con las gorras hacia atrás de nuestras cabezas y las manos en los bolsillos, como los grandes intelectuales que éramos, discutiendo de novelas. La discusión no se limitaba meramente a referir el argumento de lo que escribíamos: también había algo de crítica.

Por ejemplo: yo estaba metido en una gran historia de aventuras, cuya escena se situaba en la India y cuyo estilo estaba algo influido por Pierre Loti. Estaba escrita en francés. En un pasaje de la novela yo hacía aceptar al héroe, que se encontraba en dificultades económicas, un préstamo de dinero de la heroína. Este concepto despertaba ruidosos gritos de protesta de mis colegas, que imaginaban que ofendía todas las normas delicadas que se requieren en un héroe romántico. ¡Cómo, aceptar dinero de la heroína! *Allons donc, mon vieux, c'est impossible, ça! C'est tout à fait inouï!* No había pensado en eso absolutamente, pero hice el cambio.

Esa novela particular nunca se acabó, que yo recuerde. Pero sé que acabé al menos otra y probablemente dos, además de una que escribí en Saint Antonin antes de ir al liceo. Todas

estaban garrapateadas en cuadernos de ejercicios, profusamente ilustradas con pluma y tinta; y la tinta era generalmente azul marino.

Una de las principales de estas obras que recuerdo, estaba inspirada por *Lorna Doone* y *Westward Ho!* de Kingsley y se refería a un hombre que vivía en el siglo dieciséis. Los malvados eran todos católicos, aliados de España, y el libro terminaba en una tremenda batalla naval frente a la costa de Gales, que yo ilustraba con gran esmero. En un pasaje del libro, un cura, uno de los malvados, prendía fuego a la casa de la heroína. No dije esto a mis amigos. Pienso que se hubieran ofendido. Eran al menos católicos nominales y estaban entre los estudiantes que formaban de dos en dos para ir a la misa a la catedral las mañanas del domingo.

Por otra parte, no creo que hayan sido católicos muy bien formados, pues un día, saliendo del liceo hacia uno de aquellos paseos, pasamos por delante de dos religiosos con sotanas negras y negras y espesas barbas, que se encontraban en la plaza frente a la escuela, y uno de mis amigos me cuchicheó al oído: "¡Jesuitas!" Por alguna razón u otra le asustaban los jesuitas. Hoy, que sé más de órdenes religiosas, me doy cuenta de que no eran jesuitas, sino misioneros de la Pasión, con la blanca insignia de los pasionistas en sus pechos.

Al principio, los domingos, cuando permanecía en el liceo, me quedaba de *permanence* con los demás que no iban a misa a la catedral. Es decir, me sentaba en la sala de estudio y leía novelas de Julio Verne o Rudyard Kipling (me impresionaba mucho una traducción de *La luz que se apagó*). Pero, más tarde, mi padre dispuso que recibiera lecciones, con unos cuantos más, de un ministro protestante pequeño y grueso que venía al liceo a evangelizarnos.

Las mañanas del domingo nos juntábamos alrededor de la estufa del frío edificio octogonal que se había construido en uno de los patios como *temple* protestante para los alumnos. El ministro era un hombrecito grave y explicaba las parábolas del buen samaritano y el fariseo y el publicano y demás. No recuerdo que hubiera ninguna espiritualidad particularmente profunda en ello, pero nada le impedía mostrarnos las claras lecciones morales.

Me siento agradecido de haber adquirido al menos ese algo de religión, a una edad en que grandemente lo necesitaba: hacía años que había estado en el interior de una iglesia sin otro objeto que mirar ventanales de vidrios de color o el abovedado gótico. Sin embargo, era prácticamente inútil. ¿Cuál

es el bien de la religión sin dirección personal espiritual? ¿Sin sacramentos, sin medios de gracia excepto una oración suelta de vez en cuando, a intervalos, y un vago sermón ocasional?

Había también una capilla católica en el liceo, pero caía en ruinas y el cristal faltaba a la mayoría de los ventanales. Nadie jamás vio el interior de ella, porque estaba cerrada herméticamente. Supongo que allá, en los días en que se construyó el liceo, los católicos habían podido, a costa de varios años de paciente esfuerzo, conseguir esta concesión de los gobernantes que edificaron la escuela; pero a la larga no la aprovecharon mucho.

La única educación realmente valiosa de religión y moral que recibí de niño me vino de mi padre, no sistemáticamente, sino aquí y allá y en modo más o menos espontáneo, en el curso de conversaciones ordinarias. Mi padre nunca se dedicaba, con propósito deliberado, a enseñarme religión. Pero si algo espiritual había en su mente, salía con mayor o menor naturalidad. Y ésta es la clase de enseñanza religiosa que produce el mayor efecto. "Un buen hombre, del buen tesoro de su corazón produce buen fruto; y un mal hombre, del mal tesoro de su corazón produce eso que se llama mal. Pues de la abundancia del corazón la boca habla."

Y es precisamente este lenguaje "de la abundancia del corazón" que hace impresión y produce efecto en otras gentes. Damos oído y prestamos al menos una atención parcialmente respetuosa a cualquiera que en verdad esté convencido con sinceridad de lo que dice, no importa lo que sea, aunque sea opuesto a nuestras ideas propias.

No tenía la menor noción de lo que el pequeño pastor protestante nos decía sobre el fariseo y el publicano, pero nunca olvidaré una observación casual que mi padre hizo, en la cual me habló de la traición de San Pedro a Cristo y cómo, oyendo cantar el gallo, Pedro corrió a llorar amargamente. No recuerdo cómo vino, ni cuál era el contexto que lo sugirió: estábamos conversando al azar, de pie en el vestíbulo del piso que habíamos tomado en la Place de la Condamine.

Nunca se me ha borrado el cuadro vívido que imaginé, en ese momento, al salir Pedro y llorar amargamente. Me maravillo de cómo pude olvidar, durante tantos años, la comprensión que alcancé en ese momento de lo que sentía Pedro, y de lo que su traición significaba para él.

Mi padre no temía expresar sus ideas sobre la verdad y moralidad a cualquiera que pareciese necesitarlas, es decir, si

se presentaba una verdadera ocasión. No iba, naturalmente, a entrometerse en los asuntos de nadie. Pero una vez su indignación llegó al colmo y dio una lección de su sentir a una arpía de mujer francesa, una de esas *bourgeoises* maliciosas y de mala lengua, que daba rienda suelta a su odio hacia una vecina suya que se parecía mucho a ella misma.

Él le preguntó por qué pensaba ella que Cristo había dicho a los hombres que amaran a sus enemigos. ¿Suponía ella que Dios mandaba esto para Su beneficio? ¿Sacaba Él de ello algo que necesitase de nosotros? ¿O era más bien en provecho nuestro que nos había dado este mandamiento? Le dijo que si tenía algún sentido, ella amaría a los demás cuando menos por el bien y salud y paz de su propia alma, en vez de despedazarse con su propia envidia y rencor. Era el argumento de San Agustín, que la envidia y el odio intentan atravesar a nuestro prójimo con una espada, siendo así que la hoja no puede alcanzarle a menos que primero pase por nuestro cuerpo. Supongo que mi padre nunca había leído nada de San Agustín, pero le habría gustado.

Este incidente de la arpía nos recuerda algo de Léon Bloy. Mi padre no lo había leído tampoco, pero le habría gustado también. Tenían mucho en común, pero mi padre no participaba del fervor de Bloy. Si hubiese sido católico, su vocación de contemplativo lego se habría desarrollado según las mismas directrices. Pues estoy seguro de que tenía esa misma vocación. Pero, por desgracia, nunca se desarrolló realmente porque no llegó a los sacramentos. Sin embargo, estaban en él los gérmenes latentes de la misma pobreza espiritual y de todo el odio de Bloy hacia el materialismo y las espiritualidades falsas y valores mundanos de las gentes que se consideran cristianas.

En el invierno de 1926 mi padre fue a Murat. Murat está en el Cantal, la antigua provincia de la Auvergne, provincia católica. Está en las montañas de Francia central, montañas verdes, antiguos volcanes. Los valles son ricos en pastos y las montañas están cargadas de abetos o levantan sus verdes cúpulas al cielo, sin bosque, cubiertas de hierba. Los habitantes de esta tierra son celtas, en su mayoría. Los auverñeses han sido escarnecidos, en la tradición francesa, por su simplicidad y rusticidad. Son muy lerdos, pero muy buena gente.

En Murat, mi padre se hospedó con una familia que tenía una casita, una especie de granja pequeña, en la vertiente de una de las empinadas colinas fuera de la ciudad y yo fui allí a pasar las vacaciones de Navidad, ese año.

Murat era un lugar maravilloso. Había mucha nieve y las

casas con sus techos cubiertos de nieve sustituían el aspecto gris, azul y oscuro-pizarroso de los edificios agrupados en las faldas de tres colinas. La ciudad se apiñaba al pie de un peñasco coronado por una estatua colosal de la Inmaculada Concepción, que me parecía, entonces, demasiado grande, e indicaba demasiado entusiasmo religioso. Ahora me doy cuenta de que no indicaba ningún exceso religioso en absoluto. Estas gentes querían decir de un modo claro que amaban a Nuestra Señora, que debía ciertamente ser amada y reverenciada como Reina de gran poder y Señora de inmensa bondad y misericordia, poderosa en su intercesión por nosotros ante el trono de Dios, formidable en la gloria de su santidad y su plenitud de gracia como Madre de Dios. Pues ella ama a los hijos de Dios, que han venido al mundo con la imagen de Dios en sus almas y su amor poderoso es olvidado y no es comprendido, en la ceguera y estupidez del mundo.

Sin embargo, no saco a relucir la cuestión de Murat a fin de hablar de esta estatua, sino sobre los señores Privat. Eran la gente con quien nos hospedábamos y, mucho antes de llegar nosotros a Murat, cuando el tren estaba escalando el nevado valle, desde Aurillac, al otro lado del Puy du Cantal, mi padre me venía diciendo: "Espera hasta que veas a los Privat."

En cierto modo, tenían que contarse entre los más notables seres que jamás conocí.

Los auverñeses, por regla general, no son altos. Los Privat, ambos, no eran mucho más altos que yo, que tenía doce años, pero alto para mi edad. Supongo que el señor Privat tenía unos cinco pies y tres o cuatro pulgadas, pero no más. Pero era tremendamente ancho, hombre de gran fuerza. Parecía no tener cuello, pero su cabeza se levantaba de sus hombros en una columna sólida de músculo y hueso y, por lo demás, su sombra era casi completamente cuadrada. Usaba un sombrero negro de ala ancha, como la mayoría de los campesinos de la región, y daba a su rostro una mayor solemnidad cuando sus ojos sobrios y juiciosos miraban a uno pacíficamente desde abajo de las cejas regulares y aquella ancha ala regular encima de ellas. Estos dos planos, dos niveles de regularidad, aumentaban mucho la impresión de solidez, inmovilidad e impasibilidad que le acompañaban a todas partes, ya fuera en el trabajo o en el descanso.

Su mujer era más bien un pájaro, delgada, grave, formal, ágil, pero también dotada de aquella calma e impasibilidad que, como sé ahora, vienen de vivir junto a Dios. Llevaba

una pequeña cofia graciosa que encuentro casi imposible de describir, excepto diciendo que parecía como un pequeño pan de azúcar colocado encima de su cabeza y adornado con una tira de encaje negro. Las mujeres de Auvergne todavía usan esa cofia.

Es un grato placer para mí recordar gente tan buena y cariñosa y hablar de ella, aunque ya no conservo detalles. Recuerdo su simpatía y bondad para conmigo, su calma y su completa simplicidad. Inspiraban verdadero respeto y creo, en cierto modo, que eran realmente santos. Eran santos en el modo más efectivo y eficaz: santificados por llevar vidas ordinarias de una manera completamente sobrenatural, santificados por la oscuridad, por las habilidades usuales, por las tareas comunes, por la rutina, que recibía una forma sobrenatural de la gracia contenida y de la unión habitual de sus almas con Dios en fe profunda y caridad.

Su granja, su familia y su iglesia eran todo lo que ocupaba estas buenas almas; sus vidas eran completas.

Mi padre, que pensaba más y más en mi salud física y moral, se dio cuenta del tesoro que había encontrado con estos dos y, por consiguiente, Murat estaba más y más en su mente como lugar adonde iría y me pondría sano.

Aquel invierno, en el liceo, había pasado varias semanas en la enfermería con fiebres intermitentes y el verano siguiente, en que mi padre tuvo que ir a París, aprovechó la oportunidad de mandarme a Murat, a pasar unas semanas viviendo con los Privat, que me alimentarían con abundancia de leche y mantequilla y cuidarían de mí en todos los sentidos.

Aquellas fueron semanas que nunca olvidaré y, cuanto más pienso en ellas, tanto más comprendo que debo a los Privat algo más que leche y mantequilla y buena alimentación para mi cuerpo. Les soy deudor de mucho más que del cariño y atenciones que me dispensaron, de la bondad y delicada solicitud con que me trataron como a hijo propio, sin tener ningún parentesco efectivo ni natural. De niño y desde entonces también, siempre me he inclinado a resistir toda clase de afecto posesivo por parte de ningún otro ser humano... siempre he conservado este profundo instinto de mantenerme solo, de mantenerme libre. Y sólo con gente verdaderamente sobrenatural me he sentido en verdad a mis anchas, realmente en paz.

Por eso me alegró el amor que los Privat me mostraron y estaba dispuesto a amarlos en justa reciprocidad. Aquel amor no abrazaba, no sujetaba a uno, no intentaba aprisionarlo con demostraciones, ni enredar los pies en las redes de su egoísmo.

Acostumbraba correr por los bosques y escalar las montañas. Subí al Plomb du Cantal, que no es más que una colina enorme, con un muchacho que era, creo, sobrino de los Privat. Iba a una escuela católica regida, supongo, por sacerdotes. No se me había ocurrido que no todos los muchachos hablaban como los mocosos que conocí en el liceo. Sin pensar, solté alguna exclamación del tipo de las que se oían todo el día en Montauban y él se sintió ofendido y me preguntó que dónde se me había pegado ese género de lenguaje. Y sin embargo, en tanto me avergonzaba de mí mismo, quedé impresionado por la caridad de su reacción. Dejó el asunto al momento y parecía haberlo olvidado todo, dejándome con la impresión de que me disculpaba por el motivo de que yo era inglés y había usado la expresión sin saber lo que significaba.

Después de todo, haber ido a Murat fue una gracia excelente. ¿Me di cuenta de ella? No sabía lo que era una gracia. Y aunque quedé conmovido con la bondad de los Privat, no pude menos de ver cuál era su raíz y fundamento. Con todo, no se me ocurrió entonces el pensamiento de ser como ellos, de aprovecharme de su ejemplo de ningún modo.

Creo que solamente hablé con ellos una vez de religión. Estábamos sentados en el estrecho balcón, contemplando el valle, las colinas que tomaban un color azul oscuro en el crepúsculo de setiembre. De un modo u otro, algo surgió acerca de católicos y protestantes e inmediatamente experimenté toda la solidez y rectitud de los Privat vueltos en contra mía, atacándome como el frente de una fortificación inexpugnable.

Por consiguiente, empecé a justificar el protestantismo, como mejor pude. Pienso que dijeron probablemente que no veían cómo yo podía seguir viviendo sin una fe, sin una Iglesia. Por ello les di el argumento de que todas las religiones eran buenas: todas conducían a Dios, solamente que por distintos caminos, y cada hombre debía vivir según su propia conciencia y resolver las cosas según su manera propia y particular de verlas.

No me contestaron con ningún argumento. Simplemente se miraron uno a otro, se encogieron de hombros y el señor Privat dijo tranquila y tristemente: *Mais c'est impossible.*

Era una cosa terrible, espantosa, humillante, sentir todo su silencio, su calma y su fuerza vueltos contra mí, acusándome de ser extraño a ellos, aislado de su seguridad, alejado de su protección y de la fuerza de su vida interior por mi propia culpa, por mi obstinación, por mi ignorancia y mi inculto orgullo protestante.

Una de las cosas humillantes de eso era que yo los necesitaba para discutir y ellos despreciaban el argumento. Era como si comprendieran, y yo no, que mi actitud y mi deseo de argumento y discusión religiosa implicaban una absoluta carencia de fe, una dependencia de mis propias luces, adhesión exclusiva a mi propia opinión.

Lo que es más, parecía que ellos se daban cuenta de que yo no creía en nada y de que todo lo que pudiera decir que creía sería únicamente charla vacua. Sin embargo, no me daban la impresión de que esto fuera asunto trivial, algo que pudiera dispensarse en un niño, algo cuya resolución pudiera dejarse al tiempo, abandonado a sí mismo. Nunca había encontrado gente para la cual la fe fuera asunto de tanta importancia. Y no obstante, nada podían hacer directamente por mí. Pero lo que podían hacer estoy seguro de que lo hicieron y me alegro de que lo hicieran. Doy gracias a Dios desde el fondo de mi corazón de que se interesaran, tan profunda y vitalmente, en mi carencia de fe.

¿Quién sabe lo que debo a aquellas dos admirables personas? Todo lo que digo acerca de ello es asunto de suposición, pero, conociendo su caridad, es motivo de certeza moral para mí el que debo muchas gracias a sus oraciones y acaso últimamente la gracia de mi conversión y hasta de mi vocación religiosa. ¿Quién puede decirlo? Pero un día lo sabré y bueno es poder confiar en que los volveré a ver y les daré las gracias.

VI

Mi padre había ido a París para ser padrino en una boda de un amigo suyo de los pasados tiempos de Nueva Zelanda. El capitán John Chrystal había hecho carrera en el ejército y era oficial de húsares. Más adelante llegó a gobernador de una prisión; pero no era tan triste como eso pudiera suponer. Después de la boda el capitán y su esposa se fueron a pasar la luna de miel y la madre de la nueva señora Chrystal vino a Saint Antonin con mi padre.

La señora Stratton era una clase impresionante de persona. Era música y cantante, pero no recuerdo si había subido al escenario; de cualquier manera, no tenía un carácter muy teatral; más bien lo contrario, aunque poseía un cierto poder de atracción en torno de ella.

No era lo que se llamaría vieja, de ningún modo; era ade-

más una mujer de gran vitalidad y fuerza de carácter, con rica inteligencia y talento, ideas arraigadas y precisas sobre las cosas. Sus convicciones imponían respeto, como sus muchas aptitudes, sobre todo su abrumadora dignidad personal. Uno pensaba que debía haberse llamado *Lady* Stratton, o la condesa de algo.

Al principio me resentía en secreto de la gran influencia que de modo inmediato empezó a ejercer sobre nuestras vidas, y pensaba que dirigía demasiado nuestros asuntos, pero hasta podía darme cuenta de que sus puntos de vista y consejo y dirección eran algo muy valioso. Pero tan fuerte era su influencia que creo que se debió a ella más que a nadie el abandonar nosotros la idea de vivir permanentemente en Saint Antonin.

La casa estaba casi terminada y lista para ocupar. Era una bella casita, sencilla y sólida. Parecía buena para vivir en ella, con aquella única sala grande con la ventana medieval y un medieval hogar enorme. Mi padre hasta se había procurado una escalera de caracol, de piedra, y era por ella que se subía al dormitorio. El jardín alrededor de la casa, en el cual mi padre había trabajado tanto, resultaba magnífico.

Pero, por otra parte, mi padre viajaba demasiado para que la casa fuese útil. En el invierno de 1927 estuvo unos meses en Marsella y el resto del tiempo en Cette, otro puerto mediterráneo. Pronto tendría que ir a Inglaterra, pues por entonces estaba dispuesto para otra exposición. Todo este tiempo yo permanecía en el liceo, haciéndome cada vez más maduro en mi precocidad y acostumbrándome a la idea de crecer como francés.

En ese entonces fue mi padre a Londres para la exposición.

Era la primavera de 1928. El año escolar pronto terminaría. No pensaba mucho en el futuro... Todo lo que sabía era que mi padre estaría de regreso de Inglaterra dentro de unos días.

Era una mañana espléndida de sol de mayo cuando llegó al liceo y lo primero que me dijo fue que empaquetara mis cosas: nos íbamos a Inglaterra.

Miré en torno mío como un hombre al que le han quitado las cadenas de las manos. ¡Cómo brilló la luz en los muros de la prisión, cuyas puertas se abrían de par en par delante de mí, movidas por algún poder invisible y benéfico; mi huida del liceo era, creo, providencial!

En los últimos momentos en que tuve oportunidad de ha-

cerlo, saboreé los deleites feroces de gozar triunfante sobre los compañeros a quienes iba a dejar. Estaban de pie a mi alrededor, al sol, con sus brazos colgantes, con sus oscuras blusas y sus boinas, riendo y participando de mi emoción, no sin envidia.

Bajé luego por la tranquila calle en un carruaje, con mi equipaje al lado y hablándome mi padre de lo que íbamos a hacer. ¡Qué alegres resonaban los cascos del caballo en el suelo duro y blanco de la calle! ¡Qué risueños repercutían a lo largo de los muros pálidos y lisos de las polvorientas casas! "¡Libertad! —decían—, ¡libertad, libertad, libertad, libertad!", por la calle abajo.

Pasamos por el cobertizo grande y poligonal de una oficina de correos, lleno de restos de correos anteriores, y penetramos por la sombra moteada de los plátanos. Miré adelante, hacia la larga calle de la estación de Villenouvelle, donde había tomado el tren tantas veces en las primeras horas de la mañana, cuando iba a casa a pasar el domingo en Saint Antonin.

Cuando llegamos al pequeño tren e hicimos el trayecto por el que antes habíamos venido al valle del Aveyron, sentí realmente que mi corazón se oprimía ante la pérdida de mi siglo trece; pero, ¡ah!, hacía mucho que había dejado de pertenecernos. No habíamos podido asirnos por mucho tiempo al Saint Antonin del primer año: el amargo disolvente del liceo me había quemado toda su bondad y yo estaba cauterizado contra ella, me había vuelto bastante insensible; no tanto, sin embargo, que no me sintiera un poco triste al partir para siempre.

Es triste, también, que no viviéramos nunca en la casa que mi padre construyó. ¡Pero no importa! La gracia de aquellos días no se ha perdido enteramente, en modo alguno.

Antes de que realmente pudiera creer que estaba fuera del liceo para siempre, corríamos por la Picardía en el ferrocarril del norte. Muy pronto la atmósfera tomaría aquel difuso gris perla, indicativo de nuestra cercanía al Canal, mientras a lo largo de la línea leeríamos los carteles en inglés: "¡Visite Egipto!"

Luego, después de eso, el barco del Canal, los peñascos de Folkestone, blancos como la crema en la bruma asoleada, el rompeolas, las dunas verde-grises y la colección de primorosos hoteles alineados en lo alto de la roca: todas estas cosas me hacían feliz. Los gritos de "cockney" de los mozos y el olor de té fuerte en el bar de la estación traducían las ideas de lo que, hasta ahora, había sido siempre un país de vacaciones para mí, un país cargado de propiedades inspiradoras

de respeto, pero llenas de toda clase de comodidades, y en el cual cada nueva experiencia parecía llegar al alma a través de siete u ocho capas de aislamiento.

Inglaterra significaba todo esto para mí, en aquellos días, y continuó así durante un año o dos más, porque ir a Inglaterra significaba ir a la casa de tía Maud de Ealing.

La casa de ladrillo rojo de Carlton Road Nº 18, con el pequeño prado que era también una bolera y las ventanas mirando al terreno de hierba cercado que era el campo de criquet de Durston House, era una fortaleza de seguridad del siglo diecinueve. Aquí en Ealing, donde todas las normas victorianas permanecían atrincheradas en hileras de casas idénticas, la tía Maud y el tío Ben vivían en el mismo corazón y centro de la ciudadela y de hecho el tío Ben era uno de los comandantes.

El director jubilado de la escuela preparatoria de muchachos de Durston House, en Castlebar Road, tenía el aspecto de casi todos los lores de guerra de la sociedad victoriana: grandes, lagrimosos y solemnes. Era un hombre cargado de espaldas, con enorme bigote, blanco y caído, quevedos y ternos mal ajustados. Caminaba despacio y cojo, a causa de sus achaques, y requería muchos cuidados de todos, especialmente de la tía Maud. Cuando hablaba, aunque lo hacía reposada y distintamente, se conocía que tenía voz de trueno si quisiera emplearla, y a veces, cuando tenía que hacer alguna manifestación particularmente dramática, sus ojos se dilataban, miraban a uno en la cara, blandía su dedo y entonaba las palabras como el espíritu de Hamlet, entonces si ése había sido el punto final de alguna narración, se echaba hacia atrás en su asiento y reía tranquilamente, mostrando sus grandes dientes y recorriendo con su vista los rostros de los que estaban sentados a sus pies.

En cuanto a la tía Maud, creo que he encontrado muy poca gente en mi vida tan parecida a un ángel. Naturalmente, era entrada en años y sus vestidos, en especial sus sombreros, eran de un conservadurismo completamente extremo. Supongo que no había abandonado un detalle de las normas que eran populares en los tiempos de las Bodas de Diamante. Era una persona alegre y encantadora, una anciana alta, delgada, tranquila y humilde que aún, a pesar de sus años, conservaba algo de la muchacha victoriana sensible y tierna. Simpática, en sentido estricto y en amplio sentido familiar, era la palabra adecuada para ella: era una persona muy simpática. En cierto modo, su nariz afilada y sus labios delgados y sonrien-

tes hasta sugerían la expresión de uno que hubiese acabado de pronunciar esa palabra. "¡Qué simpática!"

Ahora que debía ir a la escuela en Inglaterra estaría cada vez más bajo su protección. Realmente, apenas había acabado de desembarcar cuando ya me llevó a una de aquellas expediciones de compras en la calle de Oxford que era el preludio inmediato de Ripley Court, una escuela de Surrey que estaba en manos de su cuñada, la señora Pearce, esposa de Robert, hermano difunto del tío Ben. Había muerto en un accidente ciclista, cuando, corriendo al fondo de una colina, no pudo doblar el recodo estrellándose contra un muro de ladrillo. Sus frenos le fallaron a mitad de camino.

Fue una de aquellas mañanas de la calle de Oxford, acaso no la primera, cuando la tía Maud y yo tuvimos una larga conversación sobre mi porvenir. Acabábamos de comprar para mí varios pares de pantalones de franela gris y un *sweater*, unos zapatos y unas camisas también de franela gris y uno de aquellos sombreros de ala caída, también de franela, que tienen que usar los niños ingleses; saliendo entonces de D. H. Evans, bajábamos por la calle de Oxford en lo alto de un ómnibus abierto, colocados delante, donde podía uno verlo todo.

—Dudo que Tom haya pensado en absoluto sobre su porvenir —dijo la tía Maud, y me miró, parpadeando y guiñando sus dos ojos en señal de animación. Yo era Tom. A veces se dirigía a uno en tercera persona, acaso como signo de alguna timidez delicada e íntima en abordar de golpe la cuestión.

Admití que había pensado un poco sobre el porvenir y lo que quería ser. Pero vacilaba algo en decirle que quería ser novelista.

—¿Cree usted que el escribir sería una buena profesión para alguien? —dije, a vía de ensayo.

—¡Sí, ciertamente, la literatura es una profesión magnífica! ¿Pero qué clase de literatura te gustaría escribir?

—He pensado que podría escribir novelas —dije.

—Me imagino que lo harías completamente bien, algún día —dijo la tía Maud amablemente, pero añadió—. Naturalmente, tú sabes que los escritores encuentran a veces difícil abrirse camino en el mundo.

—Sí, me doy cuenta de eso —dije reflexivamente.

—Acaso, si tuvieras alguna otra ocupación, como medio de ganarte la vida, podrías disponer de tiempo para escribir en tus momentos libres. Los novelistas empiezan a veces así, ¿sabes?

—Podría ser periodista —sugerí yo— y escribir para los periódicos.

—Puede ser una buena idea —dijo ella—. Un conocimiento de lenguas sería muy valioso en ese campo, también. Podrías prepararte para el puesto de corresponsal extranjero.

—Y escribir libros en mi tiempo libre.

—Sí, supongo que probablemente lo podrías hacer así.

Creo que hicimos todo el camino hasta Ealing hablando en este tono algo abstracto y utópico y finalmente nos apeamos y cruzamos Haven Green hacia Castlebar Road, donde tuvimos que entrar para alguna cosa.

No era la primera vez que había visto a la señora Pearce, directora de Ripley Court. Era una mujer voluminosa y de belicoso aspecto, con grandes bolsas bajo sus ojos. Estaba de pie en una habitación en donde había varias pinturas de mi padre. Había estado probablemente mirándolas y considerando el error y la inestabilidad de la manera de vivir de un artista, cuando la tía Maud mencionó que habíamos estado conversando sobre mi propio porvenir.

—¿Quiere ser un *dilettante* como su padre? —dijo la señora Pearce con rudeza, estudiándome con una expresión algo irritada a través de los lentes de sus gafas.

—Pensábamos que acaso podría ser periodista —dijo la tía Maud dulcemente.

—¡Tonterías! —dijo la señora Pearce—; que se dedique a los negocios y se procure un decente modo de vivir. No conviene que pierda su tiempo y se engañe a sí mismo. Podría en seguida asimilar algunas ideas sensatas en su cabeza desde el principio y prepararse para algo sólido y seguro, y no marchar por el mundo con la cabeza llena de sueños. —Y volviéndose hacia mí—: ¡Muchacho, no serás un *dilettante*! ¿Me oyes?

Ingresé en Ripley Court, aunque las vacaciones de verano estaban a punto de empezar, como si fuera algo así como un huérfano o un descarriado que necesitaba a la vez piedad y una atención especial y no sin sospecha. Era hijo de un artista y acababa de llegar después de dos años transcurridos en una escuela francesa y la combinación de artista y Francia constituía prácticamente todo aquello por lo que la señora Pearce y sus amigos sentían sospecha y disgusto. Además, para colmo de todo ello, yo no sabía latín. ¿Qué podía hacerse con un muchacho que ya tenía los catorce años cumplidos y no sabía declinar *mensa*... ni siquiera había abierto una gramática latina?

Por consiguiente, sufrí la humillación de descender una vez más al puesto inferior y sentarme con los niños más pequeños de la escuela y comenzar por el principio.

Pero Ripley era un lugar agradable y feliz después de la prisión del liceo. La enorme extensión verde oscura del campo de criquet y las profundas sombras de los álamos donde uno se sentaba esperando los turnos, y el comedor donde nos hartábamos de pan y mantequilla y compota a la hora del té y escuchábamos al señor Onslow leyendo en alta voz algo de las obras de Sir Arthur Conan Doyle, todo esto era lujo inmenso y paz después de Montauban.

La mentalidad de los muchachos ingleses, inocentes, de rostro colorado, era un cambio. Parecían ser mucho más agradables y mucho más felices... y en verdad tenían toda la razón para serlo, puesto que todos procedían de casas acomodadas y seguras y estaban por tanto protegidos del mundo por una gruesa muralla de ignorancia... muralla que iba a demostrar que no era ninguna protección contra nada, tan pronto como pasaran a sus distintas escuelas públicas, pero que, por el momento, los conservaba niños.

Los domingos nos vestíamos con el traje ridículo que los ingleses creen que es apropiado a los jóvenes e íbamos en marcha a la iglesia del pueblo, en donde todo un crucero nos estaba reservado. Nos sentábamos en filas, con nuestras oscuras chaquetas de Eton y nuestros cuellos de Eton, blancos como la nieve, chocando con la barbilla, y nuestras cabezas bien cepilladas y peinadas dobladas sobre las hojas de nuestros himnarios. A la postre iba realmente a la iglesia.

Las noches del domingo, después del largo paseo por el campo, a través de los lozanos campos de Surrey, nos reuníamos otra vez en la sala de ejercicios de madera de la escuela, nos sentábamos en bancos, cantábamos himnos y escuchábamos al señor Onslow leyendo en alta voz el *Pilgrim's Progress*.

Así, precisamente en el tiempo en que más lo necesitaba, adquirí un poco de fe natural y encontré muchas ocasiones de rezar y elevar mi pensamiento a Dios. Era la primera vez que había visto a gente arrodillarse públicamente junto a sus camas antes de acostarse y la primera vez que me había sentado a comer después de una acción de gracias.

Durante los dos años siguientes creo que fui casi sinceramente religioso. Por consiguiente, era también, hasta cierto punto, feliz y estaba en paz. No creo que hubiera nada muy sobrenatural en ello, aunque estoy seguro de que la gracia estaba obrando en todas nuestras almas de algún modo oscuro e incierto. Pero al menos estábamos cumpliendo nuestros deberes naturales para con Dios... y, por lo tanto, satisfaciendo

nuestra necesidad; pues nuestros deberes y nuestras necesidades en todas las cosas fundamentales para las cuales fuimos creados, vienen a parar en la práctica a la misma cosa.

Más adelante, como prácticamente todos los demás en nuestra sociedad estúpida y atea, yo había de considerar estos dos años como "mi fase religiosa". Me alegro de que eso parezca muy gracioso. Pero es triste que sea gracioso en tan pocos casos. Porque pienso que prácticamente todos pasan por una tal fase y para la mayoría de ellos eso es todo lo que es, una fase y nada más. Si es así, es culpa suya; pues la vida en esta tierra no es simplemente una serie de "fases" por las que cruzamos más o menos pasivamente. Si la tendencia a venerar a Dios y adorarlo en verdad por la bondad y orden de nuestras vidas no es más que una cosa transitoria y emocional, ésa es culpa nuestra. Es así solamente porque así lo hacemos y porque tomamos lo que es sustancialmente un ímpetu moral, profundo, poderoso y constante, sobrenatural en su origen y dirección, y lo reducimos al nivel de nuestros caprichos y deseos, débiles, inestables y fútiles.

La oración es bastante atractiva cuando se considera en medio de una buena comida e iglesias de campo, asoleadas y alegres, y el paisaje verde inglés. Ciertamente, la Iglesia de Inglaterra significa todo esto. No hay en verdad mucha unidad doctrinal, mucho menos un vínculo místico entre las gentes, muchas de las cuales han cesado de creer en la gracia o sacramentos. La cosa que las mantiene unidas es la atracción poderosa de su propia tradición social y la fuerte tenacidad con que se adhieren a ciertas normas sociales y costumbres, más o menos por amor a ellas. La Iglesia de Inglaterra depende, en su existencia, casi enteramente de la solidaridad y conservadurismo de la clase gobernante inglesa. Su fuerza no está en nada sobrenatural, sino en los fuertes instintos raciales y sociales que mantienen unidos a los miembros de esta casta; los ingleses se adhieren a su Iglesia del modo que se adhieren a su Rey y a sus antiguas escuelas: a causa de un complejo grande, vago y agradable, de disposiciones subjetivas con respecto al paisaje inglés, los antiguos castillos y las casas de campo, los partidos de criquet en las largas tardes de verano, las tertulias de té en el Támesis, el *croquet*, la carne de vaca asada, el fumar en pipa, la despensa de Navidad, el *Punch* y el *Times* de Londres y todas aquellas otras cosas cuyo solo pensamiento produce una especie de sentimiento cálido e inefable en el corazón inglés.

Me encontré en medio de todo esto tan pronto como in-

gresé en Ripley Court y fue bastante fuerte en mí para hacer palidecer y naturalizar todo lo que pudiera haber sido sobrenatural en mi atracción a rezar y amar a Dios. Y, consiguientemente, la gracia que me fue dada se ahogó, no en seguida, sino gradualmente. Todo el tiempo que viví en este ambiente pacífico de invernadero, de criquet, cuellos de Eton y niñez sintética, fui piadoso, acaso sinceramente. Pero tan pronto como los frágiles muros de esta ilusión se derrumbaron... es decir, tan pronto como fui a una escuela pública y vi que, bajo su sentimentalidad, los ingleses eran tan brutales como los franceses... no hice ningún esfuerzo por mantener lo que me parecía ser una máscara más o menos manifiesta.

Por entonces, naturalmente, no podía razonar sobre todo esto. Aunque mi inteligencia hubiese estado bastante desarrollada para hacerlo, no habría encontrado la perspectiva para razonarlo. Además, todo esto entraba en mis emociones y sentimientos, más que en mi inteligencia y voluntad... gracias a la vaguedad e insustancialidad de la doctrina anglicana tal como se predica, en la práctica, desde muchos púlpitos.

Es una cosa terrible pensar en la gracia que se malgasta en este mundo y en la gente que se pierde. Acaso una explicación de la esterilidad e ineficacia del anglicanismo en el orden moral es, aparte de su falta de contacto vital con el Cuerpo Místico de la Iglesia Verdadera, la injusticia social y la opresión de clase en que se basa; pues, ya que es principalmente una religión de clase, contrae el delito de la clase de la que es inseparable. Pero esto es una tesis que no estoy preparado para discutir.

Ya era casi demasiado mayor para Ripley Court, teniendo entonces catorce años, pero tenía que estudiar bastante latín para poder hacer al menos un examen aceptable en un concurso de beca para alguna escuela pública. En cuanto a la escuela adonde debía ir, el tío Ben hizo una elección algo autorizada, en su calidad de director jubilado de una escuela preparatoria. Puesto que mi padre era pobre, y artista, no había que pensar en ninguna de las grandes escuelas como Harrow o Winchester... aunque Winchester era aquella por la cual el tío Ben sentía el mayor respeto, habiendo realizado su ambición de mandar muchos de sus alumnos allí con becas. La razón era doble: no solamente que mi padre no podía ser considerado capaz de pagar las cuentas (aunque, de hecho, Pop había de pagarlas, desde América) sino que los exámenes para beca serían demasiado difíciles para mí.

La elección final fue considerada por todos como muy acertada. Fue una oscura pero decente escuelita de los Midlands,

una antigua fundación, con una cierta tradición propia. Recientemente había subido un tanto de calidad a causa de la obra de su director, que estaba a punto de jubilarse. Todo esto era lo que tío Ben sabía y me contaba y la tía Maud lo confirmaba, diciendo:

—Estoy segura de que encontrarás que Oakham es una escuela muy simpática.

Capítulo 3

LO HORRIPILANTE DEL INFIERNO

I

En otoño de 1929 fui a Oakham. Había algo muy agradable y pacífico en el ambiente de esta pequeña ciudad de mercado, con su escuela y su antigua iglesia del siglo catorce con el chapitel gris, levantándose en medio de un ancho valle del Midland.

Era oscura, ciertamente. El único derecho de Oakham a la fama era el ser la capital del condado y de hecho la única verdadera ciudad del condado más pequeño de Inglaterra. Ni siquiera había carreteras importantes ni líneas de ferrocarril que atravesasen Rutland, excepto para la Gran Carretera del Norte que bordeaba la frontera de Lincolnshire.

En este tranquilo retiro, bajo los árboles de raíces abundantes, tenía que pasar tres años y medio preparándome para una carrera. Tres años y medio era un tiempo corto; pero, cuando hubieron transcurrido, era yo una persona muy diferente de aquel muchacho de catorce años, cohibido, desmañado y bastante sincero, pero interiormente infeliz, que llegó con una maleta, un sombrero de fieltro, un baúl y una sencilla caja de madera con golosinas.

Entretanto, antes de que ingresase en Oakham y me acomodase en el rincón alumbrado con luz de gas, propio para ratas, de Hodge Wing que se llamaba la "Nodriza", las cosas se habían ido sucediendo para complicar y entristecer aun más mi vida.

En las vacaciones de Pascua de Resurrección de 1929 había estado con mi padre en Canterbury, donde él trabajaba, pintando cuadros principalmente en el grande y tranquilo recinto de la catedral. Yo había pasado muchos de mis días paseando por los alrededores de Canterbury y el tiempo transcurría en calma, excepto en la importante ocasión de una película de Charlie Chaplin que llegó, tarde en verdad, a Canterbury. Se llamaba "La quimera del oro".

Cuando terminaron las vacaciones y regresé a Ripley Court, mi padre se trasladó a Francia. Lo último que supe de él era que estaba en Rouan. Luego, un día, a finales de curso, cuan-

do los once de criquet de la escuela fueron a Ealing para jugar con Durston House, quedé sorprendido al ver que me habían nombrado para ir de marcador. No había, por supuesto, ninguna probabilidad de que yo fuera como algún elemento del equipo, puesto que fui desde el principio un jugador sin porvenir. En el camino hacia la ciudad, en el ómnibus, o en alguna parte, me enteré de que mi padre estaba en Ealing, en casa de la tía Maud, y que estaba enfermo. Ésta era la razón de haberme mandado, supongo; durante el intervalo del té tendría yo una ocasión de ir corriendo a la casa que daba al campo de criquet y ver a mi padre.

El ómnibus nos descargó en la callejuela que conducía al campo. En el menudo pabellón, el otro marcador y yo abrimos nuestros grandes y verdes libros reglamentarios y anotamos los nombres de uno y otro equipo en las casillas de abajo de la gran página rectangular. Después, con nuestros lápices afilados esperamos que la primera pareja entrase a palear, marchando pesadamente con sus enormes espinilleras blancas.

El empañado sol de junio caía sobre el campo. Más allá, en donde los álamos se balanceaban ligeramente en la bruma, se encontraba la casa de la tía Maud y podía distinguir la ventana en el remate de ladrillo donde probablemente se hallaba mi padre.

Pronto empezó el partido.

No podía creer que mi padre estuviese enfermo. Si lo estuviera, pensaba yo que habrían hecho más ruido sobre la cuestión. Durante el intervalo del té, fui, crucé la puerta de madera verde del muro del jardín de la tía Maud, entré en la casa y subí escaleras arriba. Mi padre estaba en cama. No podía decirse por su aspecto cuán enfermo estaba; pero yo lo deduje del modo de hablar y de sus movimientos. Parecía moverse con dificultad y dolor y no tenía mucho que decir. Cuando yo le pregunté qué era lo que tenía, dijo que nadie parecía saberlo.

Regresé al pabellón de criquet algo entristecido e inquieto. Me dije a mí mismo que probablemente mejoraría en una semana o dos. Y pensé que esta suposición había sido acertada cuando, a finales de curso, me escribió que iría a pasar el verano en Escocia, donde un amigo suyo, que tenía una casa en Aberdeenshire, lo había invitado a ir a descansar y reponerse.

Tomamos uno de aquellos trenes nocturnos de King's Cross. Mi padre parecía bastante bien, aunque al llegar a Aberdeen el mediodía siguiente, después de pararnos en una serie de estaciones escocesas, grises y tristes, se sintió cansado y poco hablador.

Hicimos una parada larga en Aberdeen, y decidimos salir a echar un vistazo a la ciudad. Salimos de la estación a una calle ancha, desierta y empedrada. Lejos había un puerto. Vimos gaviotas y los mástiles y chimenea de lo que parecían ser un par de pesqueros al arrastre. Pero el lugar parecía haber sido azotado por la peste. No había un alma a la vista. Ahora que lo pienso, debió de haber sido domingo, pues por muerto que sea Aberdeen no habría estado tan completamente desierto en un día laborable. Todo el lugar era tan lóbrego como una tumba, y el repulsivo aspecto de todo aquel granito hostil y deshabitado nos deprimió tanto que inmediatamente nos volvimos a la estación, nos sentamos en el bar y pedimos un sancocho, que poco o nada levantó nuestros ánimos.

Era muy entrada la tarde cuando llegamos a Insch. El sol asomaba para mandar oblicuos rayos a las lejanas colinas de brezo que constituían el paraje de los guacos de nuestro anfitrión. El aire estaba puro y en calma, cuando salimos de la ciudad abandonada, que más nos parecía un poblado que una ciudad, hundido en el yermo.

Durante los primeros días mi padre permaneció en su habitación, bajando para las comidas. Una o dos veces salió al jardín. Bien pronto ni siquiera bajó para las comidas. El doctor nos hacía frecuentes visitas y comprendí que mi padre no mejoraba en absoluto.

Por último, un día me llamó a su cuarto.

—Tengo que regresar a Londres —me dijo.

—¿Londres?

—Tengo que ir a un hospital, hijo mío.

—¿Estás peor?

—No mejoro nada.

—¿No han descubierto todavía lo que tienes, padre?

Sacudió la cabeza, diciendo:

—Ruega a Dios que me dé salud. Pienso que estaré bien a su debido tiempo. No te pongas triste.

Pero yo estaba triste.

—Te gusta esto, ¿verdad? —me preguntó.

—¡Oh!, se está bien, creo.

—Tú te quedarás aquí. Es gente muy amable. Cuidarán de ti y te irá bien. ¿Te gustan los caballos?

Admití sin indebida excitación o entusiasmo que las jacas estaban bien. Había dos. Las dos sobrinas de la familia y yo pasábamos parte del día cuidándolas y limpiando sus pesebres y parte del día montándolas. Pero, en cuanto a mí, era demasiado trabajo. Las sobrinas, adivinando esta actitud mía

poco deportista, tendían a serme algo hostiles y a mandarme en forma un poco dominadora. De dieciséis o diecisiete años de edad, parecían no tener en sus cabezas más que caballos, no hallándose en su estado normal sino cuando llevaban calzones de montar.

Mi padre se despidió, lo llevamos al tren y se fue a Londres, al hospital de Middlesex.

Pasaron los días de verano, los días fríos de niebla, algunos días brillantes de sol. Me interesaba cada vez menos por el establo y las jacas y antes de mediados de agosto las sobrinas me habían abandonado fastidiadas, dejándome en mi propio e infeliz aislamiento, en mi mundo sin caballos, sin caza ni tiro, sin tartanas y sin las reuniones de Braemar y todas las demás nobles instituciones.

En cambio, me sentaba en las ramas de un árbol a leer las novelas de Alejandro Dumas, volumen tras volumen, en francés, y, más tarde, en rebelión con el mundo de los caballos, pedía prestada una bicicleta que solía estar por los alrededores y salía al campo, a mirar los grandes y antiguos círculos de piedra donde los druidas se habían congregado antaño para ofrecer sacrificios humanos al sol naciente... cuando *había* un sol naciente.

Un día estaba en la casa desierta, solo con Athos, Portos, Aramis y D'Artagnan (siendo Athos mi favorito y, en cierto sentido, aquel en quien deseaba proyectarme). Sonó el teléfono. Pensé por un momento dejarlo llamar y no responder, pero al fin contesté. Era un telegrama para mí. Al principio no podía entender las palabras, cuando la mujer escocesa de la oficina de telégrafos las pronunciaba. Después, cuando las comprendí, no las creía.

Decía el mensaje: "Entrando puerto Nueva York. Todos bien." Y venía de mi padre en el hospital de Londres. Intenté discutir con la mujer del otro lado del cable para que dijera que venía de mi tío Harold, que había estado viajando por Europa aquel año. Pero ella no quería hablar de nada más que de lo que veía delante de su nariz. El telegrama estaba firmado *tu padre* y venía de Londres.

Colgué el receptor y el suelo huyó de mis pies. Anduve arriba y abajo de la casa silenciosa y vacía. Me senté en uno de los grandes sillones de cuero de la sala de fumar. No había nadie. No había nadie en toda la inmensa casa.

Me senté en la sala, oscura y triste, incapaz de pensar, de moverme, con todos los innumerables elementos de mi aislamiento agolpándose sobre mí desde todos los lados: sin ho-

gar, sin familia, sin patria, sin padre y al parecer sin amigos, sin paz interior o confianza o luz o comprensión propia... sin Dios, también, sin Dios, sin cielo, sin gracia, sin nada. Y, ¿qué le pasaba a mi padre, allá en Londres? No podía imaginármelo.

Lo primero que hizo mi tío Ben cuando entré en la casa de Ealing fue contarme la verdad con las entonaciones dramáticas que daba a sus manifestaciones más importantes.

Sus ojos se dilataron, me fijó la mirada y mostró sus grandes dientes, pronunciando cada sílaba con tremenda distinción y énfasis, al decir.

—Tu padre tiene un tumor maligno en el cerebro.

Mi padre estaba acostado en una sala del hospital. No tenía mucho que decir. Pero no estaba tan malo como yo había temido por el telegrama que me enviara. Todo lo que decía era lúcido e inteligible y quedé consolado, en el sentido de que una razón fisiológica clara me parecía excluir el pensamiento de la locura. Mi padre no había perdido la razón. Pero podía verse ya la mala hinchazón creciendo en su frente.

Me dijo, quedamente, que iban a intentar operarlo, pero temían no poder hacer gran cosa. De nuevo me pidió que rezara.

No le hablé del telegrama.

Al salir del hospital, ya comprendí lo que iba a suceder. Permanecería allí acostado otro año, acaso dos o tres años más. Y luego moriría... a menos que lo mataran antes en una mesa de operaciones.

Desde aquellos días los doctores han descubierto que se pueden cortar secciones enteras del cerebro en estas operaciones y con ello salvar la vida, la razón y todo. En el año 1929 evidentemente no conocían esto. Era el destino de mi padre morir lenta y penosamente en los años en que los médicos estaban precisamente llegando al punto del descubrimiento.

¡Oakham, Oakham! ¡La lobreguez gris de las noches invernales en aquella buhardilla donde siete u ocho de nosotros nos fatigábamos a la luz de gas, entre cajas de golosinas, ruidosos, ansiosos, malhablados, riñendo y gritando! Había uno que tenía un *ukulele* que no sabía tocar. Pop acostumbraba enviarme secciones de rotograbado oscuro de los periódicos dominicales de Nueva York, y cortábamos las fotos de los artistas y las pegábamos en las paredes.

Me rompí la cabeza con los verbos griegos. Bebíamos vino de uva y comíamos pedazos de patata hasta que nos sumíamos en el silencio, sentados aparte, atontados y asqueados. Bajo la luz de gas escribía cartas a mi padre, al hospital, car-

tas en papel de notas color crema, con membrete azul del remate de la fachada de la escuela.

Después de tres meses la cosa iba mejor. Había sido promovido al quinto superior y trasladado a un nuevo estudio de abajo, con más luz, aunque estaba atestado y era un lío. Estudiábamos a Cicerón e historia europea... del siglo diecinueve, con una dosis de frío desdén dedicado a Pío Nono. En la clase de inglés leíamos *The Tempest,* el *Nun's Priest's Tale* y el *Pardoner's Tale*, y el capellán de la escuela nos enseñaba trigonometría. Conmigo no tenía éxito. A veces intentaba enseñarnos algo de religión. Pero tampoco tenía éxito en esto.

De cualquier modo, su enseñanza religiosa consistía principalmente en observaciones éticas más o menos vagas, una extraña mezcla de ideales de caballerosidad inglesa y sus nociones favoritas de higiene personal. Todos sabían que era fácil que su clase degenerase en una demostración de algunos extremos prácticos sobre el remar, sentándose el capellán en una mesa y mostrándonos cómo había que tirar de un remo.

No había deporte de remo en Oakham, ya que no había agua. Pero el capellán había sido un remero "azul" en Cambridge, en su tiempo. Era un hombre alto, vigoroso, bello, con pelo gris en las sienes y una desarrollada barbilla inglesa, una frente sin arrugas en la que podían leerse frases como "yo estoy por el juego limpio y el sano deporte".

Su más importante sermón fue sobre el capítulo trece de los Primeros Corintios... capítulo maravilloso, en verdad. Pero su exégesis era un tanto extraña. Sin embargo, era típica de él y en cierto modo de toda su Iglesia. La interpretación del capellán de la palabra "caridad" en este pasaje (y en toda la Biblia) era que simplemente significaba "todo lo que queremos decir cuando llamamos 'caballero' a una persona". En otras palabras, caridad significaba noble deportismo, criquet, lo decente, llevar la clase correcta de vestidos, usar la cuchara adecuada, no ser un grosero o un entrometido.

Allí se erguía, en el sencillo púlpito, elevaba su barbilla por encima de las cabezas de todas las hileras de muchachos con chaquetas oscuras y decía: —Podemos recorrer todo este capítulo de San Pablo y poner simplemente la palabra "caballero" en lugar de "caridad" siempre que encontremos ésta. Si hablo con las lenguas de los hombres y de los ángeles, y no soy un caballero, me he convertido en sonido metálico o en hueco tambor... Un caballero es paciente, es amable; un caballero no envidia, no trata con engaño; no es engreído... un caballero nunca falta a su palabra...

Y así continuaba. No lo acusaré de acabar el capítulo con las palabras siguientes: "Y ahora quedan la fe, la esperanza y la caballerosidad..." aunque era el final lógico de su razonamiento.

Los muchachos escuchaban con tolerancia estos pensamientos. Pero yo creo que San Pedro y los doce Apóstoles habrían quedado algo sorprendidos ante la idea de que Cristo había sido azotado y golpeado por los soldados, maldecido y coronado de espinas, sometido a indecibles burlas y finalmente clavado en la Cruz y dejado sangrar hasta morir, a fin de que nosotros pudiésemos llegar a ser caballeros.

Con el tiempo yo había de entrar en argumentaciones furiosas con el capitán de fútbol sobre esta materia, pero ese día aún estaba por llegar. En tanto estuve entre los de catorce y quince años de Hodge Wing, tuve que adaptar mi conducta con vistas a los mandones de la escuela, al menos en su presencia. Éramos disciplinados por el constante temor de aquellas pomposas y ceremoniosas sesiones de vituperio, dispuestas con formalidad de ritual, en las cuales una docena aproximadamente de reos eran citados en una de las cañadas de la colina Brooke, o en el camino de Braunston, molidos a bastonazos, obligados a cantar necias canciones y a tener que oírse vituperados por sus defectos sociales y morales.

Cuando entré en el sexto curso, lo que ocurrió un año después, quedé más directamente bajo la influencia y guía del nuevo director, F. C. Doherty. Era joven para director, de unos cuarenta años, alto, con una gran cabeza de pelo negro, tremendo fumador de cigarrillos y enamorado de Platón. Debido a los cigarrillos solía gustarle dar la clase en su propio estudio, cuando razonablemente podía, pues allí le era posible fumar cigarrillo tras cigarrillo, ya que en las aulas no podía fumar en absoluto.

Era un hombre liberal y nunca me di cuenta de lo mucho que le debía hasta que salí de Oakham. Si no hubiese sido por él, probablemente habría perdido años en el quinto curso, intentando pasar en matemáticas el certificado de la escuela. Él vio que yo podía pasar mucho más fácilmente el certificado superior especializándome en francés y en latín donde, aunque el examen de estas materias era muy duro, no había matemáticas. Y el certificado superior significaba mucho más que el otro.

Fue él quien, desde el principio, empezó a prepararme para la universidad haciéndome aspirar a una beca de Cambridge. Y fue él quien hizo seguir la inclinación de mi inteligencia

hacia las lenguas modernas y literatura, aunque eso significaba que yo tenía que pasar mucho tiempo estudiando solo en la biblioteca, puesto que no había verdadero curso "moderno" en Oakham por entonces.

Esto representaba mucha generosidad suya, ya que él era muy adicto a los clásicos y especialmente a Platón y le habría gustado que todos nosotros hubiésemos participado de este contagio. Sin embargo, este contagio —que, a mis ojos, no era poco mortal— era algo a lo que me resistía con toda mi voluntad. No sé exactamente por qué odiaba a Platón; pero después de las primeras diez páginas de *La República* decidí que no podía aguantar a Sócrates ni a sus amigos y no creo que me haya curado de esa repugnancia. Difícilmente puede haber habido ninguna seria razón intelectual de mi aversión hacia estos filósofos, aunque tengo un disgusto congénito por el idealismo filosófico. Pero nosotros leíamos *La República* en griego, lo que significaba que nunca nos adentrábamos lo suficiente para captar las ideas muy bien. La mayor parte del tiempo me veía perdido en la gramática y la sintaxis y no disponía de más tiempo para más hondas dificultades.

Con todo, después de un par de meses de lo mismo, llegué a un estado en que expresiones como "el Bien, lo Verdadero y lo Bello" me sumían en una especie de indignación reprimida, porque representaban el gran pecado del platonismo: la reducción de toda realidad al nivel de pura abstracción, como si las sustancias concretas e individuales no tuviesen realidad esencial propia, sino que fueran solamente sombras de alguna esencia ideal, universal y remota, archivada en un gran índice, en tarjetas, en alguna parte del cielo, mientras los demiurgos rodeaban el Logos entonando su euforia en notas intelectuales inglesas, altas, aflautadas. El platonismo encajaba muy bien dentro de las ideas de religión que tenía el director, las cuales eran profundamente espirituales e intelectuales. También él era un poco más de alta Iglesia que la mayoría de la gente de Oakham. Sin embargo, no era más fácil descubrir, concretamente, lo que él creía, que descubrir lo que los demás creían en aquel lugar.

Tuve diferentes maestros en la hora semanal dedicada a instrucción religiosa (fuera de la capilla diaria). El primero sólo rebuscaba en el Tercer Libro de los Reyes. El segundo, un hombre pequeño de Yorkshire, que tenía la virtud de ser muy definido y franco en todo lo que decía, una vez nos expuso la prueba de Descartes sobre su existencia y la existencia de Dios. Nos decía que, en cuanto a él, ése era el fundamento de lo

que entendía por religión. Yo aceptaba el *Cogito ergo sum* con menos reserva de lo que debía, aunque pudiera haber tenido bastante sentido para darme cuenta de que cualquier prueba de lo que es evidente por sí debe ser necesariamente ilusoria. Si no hay principios evidentes por sí, como base para llegar a conclusiones que no son inmediatamente claras, ¿cómo se puede construir ninguna clase de filosofía? Si tenéis que probar hasta los axiomas básicos de vuestra metafísica, no tendréis nunca una metafísica, porque nunca tendréis una prueba estricta de nada, pues vuestra primera prueba os llevará a una infinita regresión, probando que probáis lo que estáis probando y así sucesivamente, hasta el umbral de las tinieblas en donde hay el llorar y el rechinar de dientes. Si Descartes creía que era necesario probar su propia existencia, por el hecho de que estaba pensando y que su pensamiento existía por consiguiente en algún sujeto, ¿cómo probaba él, en primer lugar, que pensaba? Pero en cuanto al segundo paso, que Dios debe existir porque Descartes tenía una idea clara de él... eso nunca me convenció, ni entonces ni en ningún momento, ni ahora tampoco. Hay pruebas de la existencia de Dios mucho mejores que ésa.

Por lo que se refiere al director, cuando nos daba instrucción religiosa, lo que hizo durante mi último año de Oakham, nos hablaba de Platón y nos decía que leyéramos a A. E. Taylor, lo que hice, pero bajo presión y no mareándome intentando comprender lo que leía.

II

En 1930, después de cumplir los quince años y antes de que muchas de estas cosas ocurriesen, empezó a prepararse el camino para mis variadas rebeliones intelectuales con un súbito y muy definido sentido de independencia, un despertar de mi propia individualidad que, por ser natural a esa edad, tomó un insano giro egotístico. Todo parecía coadyuvar a envalentonarme para separarme de los demás y seguir mi propio camino. Por un momento, en el torbellino y confusión de la adolescencia, había sido humillado por mis interiores sufrimientos y, teniendo una cierta fe y religión, me había sometido más o menos de grado y hasta con satisfacción a la autoridad de los otros y a los usos y costumbres de los que me rodeaban.

Pero en Escocia había empezado a mostrar mis dientes y a luchar contra la humillación de ceder a los demás y ahora

estaba levantando un duro centro de resistencia contra todo lo que me desagradaba, ya fueran las opiniones o deseos de los demás, o sus órdenes, o sus mismas personas. Yo acostumbraba a pensar lo que quería y hacer lo que quería, a seguir mi camino. Si los que intentaban cerrarme el paso tenían autoridad para ello, tenía que ser al menos exteriormente cortés en mi resistencia; pero mi resistencia no era menos decidida: hacía mi voluntad, seguía mi camino.

Cuando Pop y Bonnemaman volvieron a Europa en 1930, me abrieron prácticamente las puertas del mundo de par en par y me dieron mi independencia. La crisis económica de 1929 no había arruinado enteramente a Pop: no tenía todo su efectivo invertido en compañías que se hundieron, pero el efecto indirecto sobre él había sido tan serio como lo fue ordinariamente en los demás hombres de negocios.

En junio de 1930 todos vinieron a Oakham: Pop, Bonnemaman y John Paul. Fue una visita tranquila. Ya no tomaban las ciudades tempestuosamente. La depresión había operado ese cambio. Además, ahora estaban acostumbrados a viajar por Europa. El temor y el azoramiento que habían constituido un elemento tan fuerte en su euforia de los tiempos pasados estaban apaciguados un tanto. Sus viajes eran relativamente —pero sólo relativamente— tranquilos.

Tenían un par de habitaciones grandes en la laberíntica "Fonda de la Corona" de Oakham y una de las primeras cosas que hizo Pop fue llevarme aparte a una de ellas y hablarme en una forma que significaba una emancipación.

Creo que fue la primera vez en mi vida que se me trató como si fuera una persona completamente mayor para tener cuidado de mí en todo y dar mi opinión en una conversación de negocios. En realidad nunca había podido hablar inteligentemente sobre negocios. Pero escuchaba a Pop exponiendo nuestros asuntos financieros como si lo comprendiese todo y, cuando hubo terminado, yo había, realmente, entendido los puntos esenciales.

Nadie sabía lo que iba a suceder en el mundo en los siguientes diez o veinte años. Grosset y Dunlap mantenían el negocio y, por lo tanto, también Pop; pero nadie podía vaticinar cuándo se hundiría el negocio, ni si él se vería envuelto. Pero a fin de asegurar que John Paul y yo pudiésemos terminar los estudios y hasta continuar en la universidad y disponer de algo para no pasar hambre en tanto buscábamos un empleo después, Pop había tomado el dinero que pensaba dejarnos en su testamento y nos lo había colocado en donde

estuviera lo más seguro posible, en una especie de póliza de seguro, que nos daría un tanto al año. Él hizo los cálculos en un pedazo de papel y me enseñó todas las cifras; yo movía la cabeza con aire de inteligencia. No capté los detalles, pero comprendí que debía pasar muy bien hasta alrededor de 1940. Pero, de cualquier modo, antes de que transcurriesen un par de años, Pop descubrió que la grande y mágica póliza de seguro no marchaba tan rectamente como había esperado, por lo que cambió sus planes de nuevo, con una pérdida de un poco de dinero en alguna parte.

Cuando todo estuvo hecho, Pop me dio el pedazo de papel con todas las cifras escritas, se sentó erguido en su silla, miró por la ventana, pasando su mano por encima de la cabeza calva y dijo:

—Todo está arreglado. Me pase lo que me pasare, vosotros dos estáis asegurados. No tenéis que preocuparos por unos cuantos años, sea como fuere.

Quedé emocionado por la importancia de la cuestión y por la gran generosidad de Pop. Porque, después de todo, tal era su acción. Lo que él intentaba hacer era disponerlo todo de suerte que aun estando él arruinado, nosotros pudiéramos valernos por nosotros mismos. Afortunadamente, nunca se arruinó.

Ese día, en Oakham, Pop coronó su generosidad y reconocimiento de mi madurez con una concesión completamente asombrosa. No sólo me dijo que me dejaba fumar, sino que hasta me compró una pipa. Yo tenía quince años, hay que tenerlo en cuenta, y Pop siempre había estado en contra del fumar. Además, estaba prohibido por las ordenanzas de la escuela... ordenanzas que había estado quebrantando todo aquel año, más por el motivo de afianzar mi independencia que por el placer de encender y volver a encender aquellas pipadas húmedas y picantes de picadura de Rodesia.

Cuando llegaron las vacaciones hubo otro gran cambio. Quedó decidido que ya no pasaría más mis vacaciones con la tía Maud u otros parientes de los suburbios o afueras de Londres. Mi padrino, un viejo amigo de mi padre, de Nueva Zelanda, que era entonces un especialista de Harley Street, me invitó a quedarme en su casa de la ciudad cuando yo estuviese en Londres; eso significaba que la mayor parte del día y de la noche estaría más o menos libre para hacer lo que se me antojara.

Tom —mi padrino— iba a ser la persona que más respeté y admiré y por ende la que tuvo la mayor influencia sobre mí en esta época de mi vida. Me concedió también crédito de ser más inteligente y maduro de lo que era, y esto por su-

puesto me complacía mucho. Más adelante tenía él que descubrir que esta confianza estaba mal colocada.

La vida en el piso en donde Tom y su esposa vivían era muy ordenada y divertida. Se tomaba el desayuno en la cama, servido por una doncella francesa, en una bandeja chica: café o chocolate en una diminuta taza, tostada o panecillos y huevos fritos, para mí. Después del desayuno, que tenía lugar a eso de las nueve, sabía que tenía que esperar un poco para tomar un baño, por lo que me quedaba en la cama alrededor de una hora más, leyendo una novela de Evelyn Waugh o algún autor parecido. Luego me levantaba y tomaba mi baño, me vestía y salía a buscar alguna diversión: pasear por el parque, ir a un museo o a alguna tienda de gramófonos a escuchar una serie de discos animados y después comprar uno, para pagar el privilegio de escuchar todos los demás. Acostumbraba ir a la casa Levy, al piso alto de uno de aquellos grandes edificios de la curva de Regent Street, porque importaban todos los últimos Victor y Brunswick y de Okeh de Norteamérica y me encerraba en una de aquellas pequeñas barracas con vidrieras, tocaba todos los Duke Ellington y Louis Armstrong y los viejos King Oliver y todas las demás cosas que he olvidado. *Basin Street Blues, Beale Street Blues, Saint James Infirmary* y los demás lugares que tenían inscripciones azules: todas estas cosas empecé de repente a conocerlas mucho por vía indirecta y vituperables rumores y presumo que vivía imaginativamente en todos los barrios bajos de todas las ciudades del sur: Memphis, New Orleans y Birmingham, lugares que no había visto nunca. No sabía dónde estaban aquellas calles, pero ciertamente sabía algo de verdad sobre ellas, que yo averiguaba en aquel piso alto de Regent Street y en mi estudio de Oakham.

Regresaba entonces a casa de mi padrino y almorzábamos en el comedor, sentados a la mesita, que siempre me pareció tan pequeña y delicada que tenía miedo de moverla por temor de que todo se viniera abajo y los lindos platos franceses se destrozaran en el suelo y esparcieran la comida francesa por el encerado. Todo lo de aquel piso era pequeño y delicado. Armonizaba con mi padrino y su esposa. Era él un hombrecito que marchaba tranquila y rápidamente sobre menudos pies, o permanecía junto al hogar con un cigarrillo entre sus dedos, esmerado y escrupuloso como debiera ser un doctor. Y tenía algo de los labios contraídos de los médicos... la contracción de los labios que algunos adquieren apoyándose sobre los cuerpos abiertos.

La esposa de Tom era delicada. Ciertamente, casi parecía frágil. Era francesa e hija de un gran patriarca protestante, de larga barba blanca, que dominaba el calvinismo francés desde la Rue des Saints-Pères.

Todo lo de su piso estaba en proporción con su estatura, delicadeza, precisión, esmero y agudeza. Sin embargo, no digo que pareciese la casa de un doctor... menos aun la casa de un doctor inglés. Los doctores ingleses parecen buscar siempre clases pesadas y deprimentes de mobiliario. Tom no era la clase de especialista que siempre usa levita y cuello de pajarita. Su piso era brillante y lleno de objetos que yo temía romper y, en general, me asustaba andar demasiado pesadamente por temor de hundirme en el suelo.

Lo que más me admiraba en Tom e Iris, desde el principio, era que lo sabían todo y todo lo tenían en su propio lugar. Desde el momento que descubrí que no sólo se le permitía a uno hacer broma con los conceptos e ideales de la clase media, sino que le animaban a que uno lo hiciera en aquel pequeño y brillante gabinete, en donde balanceábamos tazas de café sobre nuestras rodillas, me sentí feliz. Pronto desarrollé una maledicencia deslenguada y en gran escala en contra de todos aquellos con quienes no andaba de acuerdo o cuyos gustos e ideas chocaban conmigo.

Ellos, a su vez, me prestaron todas las novelas y me contaron las distintas obras teatrales, escucharon con gusto a Duke Ellington y tocaban para mí sus discos de la Argentina. Por ellos tenía que enterarme de los nombres de autores que la gente citaba más frecuentemente en la literatura moderna: Hemingway, Joyce, D. H. Lawrence, Evelyn Waugh, Céline con su *Voyage au bout de la nuit,* Gide y todos los demás con la excepción de que no se preocupaban mucho de los poetas. Tuve noticias de T. S. Eliot por el profesor de inglés de Oakham, que acababa de llegar de Cambridge y me leyó en alta voz "Los Hombres Huecos".

Fue Tom, una vez que estuvimos en París, quien me llevó a ver una serie de cuadros de Chagall y otros varios como él, aunque no le gustaba Braque ni los cubistas y nunca participó de mi entusiasmo por Picasso. Me indicó que había algún mérito en las películas rusas y en René Clair; pero nunca entendió a los hermanos Marx. Por él descubrí la diferencia entre el Café Royal y el Café Anglais y muchas otras cosas de la misma naturaleza. También podía nombrar a los miembros de la nobleza inglesa que tomaban drogas.

Realmente, todas estas cosas implicaban una tabla algo es-

tricta de valores; pero valores que eran del todo mundanos y cosmopolitas. Valores eran, sin embargo, y uno los observaba con una fidelidad altamente agradable. Solamente mucho más tarde descubrí que todo esto implicaba una valoración no sólo estética sino también algo mundanamente moral, fundidos inseparablemente la moral y los valores artísticos en el orden singular del gusto. Era una ley escrita y para comprenderla se necesitaba inteligencia y armonizar finamente con la psicología de ellos; pero allí estaba, una ley moral estricta, que nunca expresó ningún odio abierto al mal, ni siquiera condenación directa y explícita de otros pecados que el fariseísmo burgués y la hipocresía de la clase media, que ellos atacaban sin tregua. Con todo, su código consideraba otros desórdenes morales con la burla tranquila y mordaz. La gran dificultad conmigo y mi fracaso era que no veía, por ejemplo, que su interés en D. H. Lawrence como arte estaba, en un modo algo sutil, desconectado de cualquier propaganda de sus ideas acerca de cómo debe vivir un hombre. O más bien, la distinción era aun más sutil; estribaba entre su interés y gusto ante esas ideas, y el hecho, que daban por descontado, que era algo vulgar practicarlas del modo como hacía Lawrence. Ésta era una distinción que no capté hasta que fue demasiado tarde.

Hasta el tiempo que fui a Cambridge, me desarrollé rápidamente bajo su influencia, y en muchos aspectos el desarrollo fue valioso y bueno; y, por supuesto, no debe haber duda acerca de la bondad y sinceridad del interés que tuvieron por mí, ni de su generosidad al dedicarse de todo corazón a mi cuidado y educación, en su estilo irregular y no oficial.

Fue Tom quien me aseguró claramente que debía prepararme para el servicio inglés diplomático o al menos consular y no escatimó ningún esfuerzo para ver que yo adelantara sólidamente, de cualquier modo posible, hacia ese fin. Él sabía prever una infinidad de pequeños detalles que había que tener en cuenta antes de que surgieran... el valor, por ejemplo, de "dedicarse al foro", que simplemente significaba comer un cierto número de cenas en uno de los colegios de abogados, para llenar el mínimo de requisitos necesarios de un estudiante de leyes en Londres, y el pago de una cuota por una distinción menor que sería útil en la carrera diplomática. La cosa fue que nunca asistí a esas cenas y me atrevo a esperar que no seré menos considerado en el cielo por no haberlo hecho.

III

Era el verano de 1930, antes de que muchos de estos acontecimientos hubiesen tenido lugar. Quiero decir, el verano en que Pop me había confiado la parte de mi herencia y abierto las puertas para que me desbocara y fuera un hijo pródigo, sin necesidad de que me alejara de mi casa terrenal para ese objeto. Podía comer muy bien los desperdicios de los cerdos sin el inconveniente de ir a lejanos países para buscarlos.

La mayor parte de ese verano estuvimos todos juntos en Londres. La razón era que pudiésemos estar cerca del hospital para visitar a mi padre. Recuerdo la primera de esas visitas.

Hacía varios meses que había estado en Londres y sólo de paso, por lo que apenas había visto a mi padre desde que había ingresado en el hospital el otoño anterior.

Así, todos nosotros fuimos a visitarlo. Mi padre estaba en una sala. Llegamos demasiado temprano y tuvimos que esperar. Estábamos en un ala nueva del gran hospital. El suelo se veía reluciente y limpio. Vagamente deprimidos por el olor de enfermos y desinfectante, ese olor especial que todos los hospitales tienen, estuvimos sentados en un corredor por más de media hora. Había comprado *El italiano sin maestro* de Hugo y empecé a aprender algunos verbos, allí sentado, con John Paul impaciente en el banco junto a mí. El tiempo transcurría lentamente. Por último, el reloj que habíamos estado observando llegó a la hora fijada; subimos en un ascensor. Todos sabían dónde estaba la sala —era diferente de las demás—. Pienso que lo trasladaron dos o tres veces. Había sufrido más de una operación. Pero ninguna con éxito.

Entramos en la sala. Mi padre estaba en la cama, a la izquierda. Cuando lo vi, comprendí en seguida que no había esperanza de que viviera mucho tiempo. Su cara estaba hinchada. Sus ojos no eran claros, pero, sobre todo, el tumor había levantado una tremenda hinchazón en su frente.

Le dije: "¿Cómo estás, padre?"

Me miró y alargó la mano, en forma imprecisa y desalentada y me di cuenta de que ya ni siquiera podía hablar. Pero, al propio tiempo, se dejaba ver que nos conocía, sabía lo que pasaba; su mente estaba lúcida, lo comprendía todo.

La tristeza de su gran desamparo cayó súbitamente sobre mí como una montaña. Me sentí aplastado. Las lágrimas brotaron de mis ojos. Nadie dijo nada más.

Oculté mi rostro en la manta y lloré. Estaba vivísimamente

dolorido. Nos sentíamos del todo impotentes. Nadie podía hacer nada.

Cuando al final levanté el rostro y sequé mis lágrimas, observé que los ayudantes habían puesto biombos alrededor de la cama. Me sentía demasiado desgraciado para avergonzarme de mi demostración poco inglesa de dolor y sentimiento. Así nos marchamos.

¿Qué podía inferir yo de tanto sufrimiento? No había manera para mí, ni para ninguno más de la familia, de evitarlo. Era una herida viva para la que no había adecuado alivio. Había que soportarlo como un animal. Nos encontrábamos en la condición de casi todo el mundo, la situación de los hombres sin fe en presencia de la guerra, la enfermedad, el dolor, el hambre, el sufrimiento, la peste, el bombardeo, la muerte. Había que resistirlo como un animal mudo. Procurad evitarlo, si podéis. Pero debéis llegar al fin al punto en que no es posible evitarlo más. Procurad aturdiros, si queréis, de suerte que no os duela tanto. Pero tendréis que aguantar una parte. Y al fin os devorará.

Realmente, la verdad que muchos nunca entienden, hasta que es demasiado tarde, es que cuanto más intentáis evitar el sufrimiento tanto más sufrís, porque motivos menores y más insignificantes empiezan a torturaros, en proporción a vuestro temor de sufrir. El que más hace para evitar el sufrimiento es, al final, el que sufre más: su sufrimiento le llega de cosas tan pequeñas y triviales que uno puede decir que ya no es objetivo en absoluto. Es su propia existencia, su propio ser, lo que es a la vez el sujeto y el origen de su dolor; su misma existencia y conciencia, su mayor tortura. Ésta es una de las grandes perversiones por medio de las cuales el demonio usa nuestras filosofías para extraernos toda nuestra naturaleza interior y desentrañar nuestras facultades para siempre, volviéndolas en contra de nosotros mismos.

Todo el verano fuimos regular y fielmente al hospital una o dos veces por semana. No podíamos hacer otra cosa que sentarnos allí, mirar a mi padre y decirle cosas que él no podía contestar. Pero entendía lo que decíamos.

Cierto que si no podía hablar había otras cosas que aún podía hacer. Un día encontré su cama cubierta de hojas de papel de notas azul, sobre las que había estado dibujando. Y los dibujos eran verdaderos dibujos. Pero no representaban nada de lo que jamás había visto... retratos de pequeños santos, airados, de aspecto bizantino, con barbas y grandes aureolas.

De todos nosotros, mi padre era el único que realmente tenía algo de fe. No dudo de que él tenía mucha, que tras los muros de su aislamiento, su inteligencia y su voluntad incólumes y no embarazadas en modo esencial por la parcial obstrucción de ninguno de sus sentidos, se habían vuelto hacia Dios y se comunicaban con Dios, que estaba con él y en él y que le daba, como creo yo, luz para entender y hacer uso de su sufrimiento en su propio bien y perfeccionar su alma. Era un alma grande, de amplias miras, llena de natural caridad. Un hombre de honradez intelectual excepcional, de sinceridad y pureza de comprensión. Y esta aflicción, esta terrible y espantosa enfermedad que lo iba hundiendo implacablemente hacia las garras de la tumba, no lo estaba destruyendo después de todo.

Las almas son como los atletas, que necesitan competidores dignos de ellas si tienen que ser probadas, agrandadas y empujadas al pleno uso de sus facultades y premiadas según su capacidad. Mi padre estaba en lucha con este tumor; ninguno de nosotros comprendía la batalla. Lo creíamos agotado, pero lo estaba haciendo grande. Creo que Dios ya le estaba midiendo aquella realidad que debía ser su premio, pues él creía ciertamente mucho más de lo que cualquier teólogo exigiría de un hombre que creyera explícitamente como "necesidad de medios"; por ello era elegible para este premio y su lucha era auténtica, no en vano, ni perdida, ni desperdiciada.

En las vacaciones de Navidad sólo lo vi una o dos veces. No mejoraba. Pasé la mayor parte de mis vacaciones en Estrasburgo, donde Tom así lo había dispuesto por razón de los idiomas: alemán y francés. Estuve en una gran *pension* protestante en la Rue Finkmatt, bajo la tutela no oficial de un profesor de la universidad, amigo de la familia de Tom y del patriarca protestante.

El profesor Hering era un hombre bondadoso y agradable, con su barba roja, uno de los pocos protestantes que haya conocido jamás que le impresionara a uno como si fuera plenamente santo; es decir, poseía cierta paz interior profunda, que probablemente adquirió de su contacto con los Padres de la Iglesia, pues era profesor de teología. No hablábamos mucho de religión, no obstante. Una vez que unos estudiantes lo visitamos, uno de ellos me explicó los puntos esenciales del unitarismo, y cuando le pregunté al profesor después sobre ello, dijo que estaba bien, de un modo que indicaba que aprobaba, en tono ecléctico y académico, todas estas formas de

fe; o más bien que se interesaba en ellas como manifestaciones objetivamente sugestivas de un instinto fundamentalmente humano, mirándolas más o menos con ojos de sociólogo. Porque lo cierto es que a veces la teología protestante, en ciertas circunstancias, viene a parar en una combinación de sociología e historia religiosa, pero no lo acusaré de enseñarla enteramente en ese sentido, pues no tengo en verdad idea de cómo la enseñaba.

Bajo la inspiración del ambiente fui a una escuela luterana y estuve sentado durante un largo sermón en alemán que no comprendí. Pienso que ésa fue toda la veneración de Dios que hice en Estrasburgo. Estaba más interesado en Josefine Baquer, una muchacha de color, alta y flaca, de alguna ciudad americana como Saint Louis, que vino a uno de los teatros a cantar *J'ai deux amours, mon pays et Paris*.

Luego regresé al colegio, después de ver a mi padre un momento, de paso por Londres. Haría solamente una semana que estaba de regreso cuando me llamaron al estudio del director, que me dio un telegrama que anunciaba que mi padre había muerto.

La dolorosa cuestión había concluido. Mi inteligencia no lo comprendía. Nada me parecía poder razonar. Un hombre con una poderosa inteligencia, un gran talento y un gran corazón; y, lo que era más, el hombre que me había traído al mundo, alimentado, cuidado, moldeado mi alma y a quien estaba unido por todos los vínculos del afecto, admiración y reverencia; ese hombre estaba muerto por un tumor en el cerebro.

Tom hizo imprimir una nota necrológica en el *Times*, encargándose de que el entierro fuera razonable; pero fue todavía una de aquellas incineraciones. Esta vez tuvo lugar en Golders Green, con la única diferencia de que el ministro dijo más oraciones, la capilla parecía más capilla y Tom había hecho que cubrieran el féretro con una mortaja muy bella de seda de algún lugar de Oriente, China, Bali o la India.

Pero al final quitaron la mortaja e hicieron correr el féretro por una de aquellas puertas de corredera, y entonces, en la intimidad siniestra del grande e intrincado horno de incineración, lejos de nuestra vista, fue quemado el cuerpo, y nos marchamos.

No obstante, todo eso no tiene importancia y puede olvidarse. Pero yo espero que, en el seno de Cristo viviente, veré de nuevo a mi padre; es decir, creo que Cristo, que es el Hijo de Dios y que es Dios, tiene poder para elevar a todos los que han muerto en Su gracia a la gloria de Su propia Resu-

rrección y participar, cuerpo y alma, en la gloria de Su Divina herencia, cuando llegue el día final.

La muerte de mi padre me dejó triste y deprimido durante un par de meses. Pero eso finalmente pasó. Cuando así fue, me encontré completamente libre de todo lo que impedía el movimiento de mi voluntad para obrar a su antojo. Imaginé que era libre. Fueron necesarios cinco o seis años para descubrir en qué cautiverio había entrado. En este año, también, la dura corteza de mi alma seca expulsó los últimos vestigios de religiosidad que alguna vez había albergado. No había lugar para ningún Dios en aquel templo vacío, lleno de polvo y basura, que entonces era tan celoso en guardar contra todos los intrusos, a fin de dedicarlo a la veneración de mi propia y estúpida voluntad.

Me convertí en el hombre completo del siglo veinte. Pertenecía al mundo en que vivía. Me hice ciudadano verdadero de mi propio siglo repugnante: el siglo de los gases venenosos y las bombas atómicas. Un hombre viviendo en el umbral del Apocalipsis, un hombre con la sangre envenenada, viviendo en la muerte. Baudelaire podía verdaderamente dirigirse a mí, lector, entonces: *Hypocrite lecteur, mon semblable, mon frère...*

IV

Entretanto, hubo un descubrimiento mío, un poeta que era poeta en verdad, poeta romántico, pero ampliamente distinto de aquellos contemporáneos, con quienes él tenía poco que ver. Creo que mi amor por William Blake tenía en sí algo de la gracia de Dios. Es un amor que nunca ha muerto, que ha contado muy profundamente en el desarrollo de mi vida.

A mi padre siempre le había agradado Blake, intentando explicarme lo bueno suyo cuando yo era un niño de diez años. Lo gracioso de Blake es que aunque las *Canciones de inocencia* parecen como poemas de niños y casi han sido escritas para niños, son para muchos de éstos, incomprensibles. O, al menos, lo eran para mí. Acaso si las hubiese leído cuando tenía cuatro o cinco años habría sido diferente. Pero a los diez sabía demasiado. Sabía que los tigres no ardían en las selvas de la noche. Eso era muy tonto, pensaba yo. Los niños son de mente muy positivista.

Era menos positivista cuando tenía dieciséis años. Podía aceptar las metáforas de Blake y ya empezaban, un poco, a

asombrarme y conmoverme, aunque no podía captar su profundidad y poder. Me gustaba Blake inmensamente. Lo leía con más paciencia y atención que a cualquier otro poeta. Pensaba más en él. Y no podía entenderlo. No quiero decir que no pudiese entender los Libros Proféticos —¡nadie puede hacerlo!—, sino que no podía darle un contenido, no sabía cómo hilvanar sus ideas.

Un domingo gris de la primavera paseé solo por Brooke Road y subí hasta la colina a una distancia de tiro de rifle. Era un espinazo de colina largo, desnudo y feo, con unos pocos árboles aislados en lo alto, dominando una extensa vista del valle de Catmos, con la ciudad en su centro, agrupada en torno del chapitel gris y agudo de la iglesia. Me senté en una saliente de la cúspide de la colina y contemplé el ancho valle, desde el norte, donde estaban las perreras de los sabuesos de Cottesmore, hasta Lax Hill y Manton al sur. Enfrente estaba Burley House, en lo alto de su colina. A mis pies, unas cuantas casas de ladrillo rojo parecían desgajarse de la ciudad hacia el fondo de la ladera.

Y todo el tiempo reflexioné, aquella tarde, sobre Blake. Recuerdo cómo me concentré y dediqué a ello. Era raro que alguna vez pensara realmente en tal cosa por propio impulso. Pero intentaba fijar qué clase de hombre era él. ¿Qué sentía? ¿Qué creía? ¿Qué predicaba?

Por un lado hablaba de los "curas de negras vestiduras que venían a envolver con zarzales mis alegrías y deseos". Y, sin embargo, por el otro lado aborrecía a Voltaire y Rousseau, a todos sus congéneres, todo lo que defendían, detestaba todo deísmo materialista, todas las religiones naturales, elegantes y abstractas del siglo dieciocho, el agnosticismo del diecinueve y, en suma, la mayoría de actitudes comunes de nuestros tiempos.

Átomos de Demócrito,
De Newton las partículas de luz,
Son arenas en playa del Mar Rojo
Donde brillan las tiendas de Israel...

Era absolutamente incapaz de reconciliar en mi mente, dos cosas que parecían tan contrarias. Blake era un revolucionario y, con todo, odiaba a los mayores y más típicos revolucionarios de su tiempo, se declaraba opuesto sin reservas a los que, se me antojaba a mí, parecían encarnar algunos de sus propios ideales más característicos.

¡Qué inhábil era yo para comprender una cosa tal como los ideales de William Blake! ¿Cómo había posibilidad de darme cuenta de que su rebelión, con todas sus extrañas heterodoxias, era fundamentalmente la rebelión de los santos? Era la rebelión del amante de Dios viviente, la rebelión de uno cuyo deseo de Dios era tan intenso e irresistible que condenaba, con toda su fuerza, toda la hipocresía y mezquina sensualidad del escepticismo y el materialismo que inteligencias frías y triviales colocan como barreras infranqueables entre Dios y las almas de los hombres. Los curas que él veía marchar con negras vestiduras —él no conocía católicos entonces, no había visto probablemente nunca a ningún sacerdote católico— eran símbolos, en su mente, de la piedad débil, oportunista y farisaica de aquellos cuyo dios no era sino una materialización de sus propios deseos estrechos y convencionales y sus hipócritas temores.

No distinguía ninguna religión particular o secta como el objeto de su desdén: él simplemente no podía soportar la piedad y religiosidad falsas, en las que el amor de Dios era borrado de las almas de los hombres por el formalismo y las convenciones, sin ninguna caridad, sin la luz y vida de una fe que lleva al hombre delante de Dios. Si en una página de Blake estos sacerdotes de negras vestiduras eran figuras espantosas y hostiles, en otra, el "Monje gris de Carlomagno" era un santo y un héroe de caridad y fe, luchando por la paz del Dios verdadero con todo el fervoroso amor que era la única realidad por la que vivía Blake. A finales de su vida, Blake dijo a su amigo Samuel Palmer que la Iglesia católica era la única que enseñaba el amor de Dios.

Por supuesto que no estoy recomendando el estudio de William Blake a todas las inteligencias como el camino perfecto hacia la fe y hacia Dios. Blake es realmente difícil y oscuro y hay en él algo de la confusión de casi todos los sistemas místicos heterodoxos y heréticos que siempre florecieron en el Oeste... y esto es decir mucho. Sin embargo, por la gracia de Dios, al menos en mi opinión, él se mantuvo muy incontaminado de todos sus extravagantes símbolos, precisamente porque era un hombre tan bueno y sano y porque su fe era tan real y su amor de Dios tan poderoso y sincero.

La providencia de Dios tenía que hacer uso ocasionalmente de Blake para despertar algo de fe y amor en mi alma... a pesar de todas las nociones engañosas y todas las posibilidades casi infinitas de error que subrayan sus imágenes fantásticas y violentas. No quiero, por consiguiente, aparentar como

si lo canonizara. Pero he de confesar mi deuda con él, la verdad que puede ser curiosa para algunos, aunque realmente no es así: que por Blake vendría un día, por vía indirecta, a la única Iglesia verdadera, al único Dios viviente, a través de su Hijo, Jesucristo.

V

En tres meses del verano de 1931 maduré súbitamente como una cizaña.

No puedo decir qué es más humillante: el recuerdo del tierno adolescente que era en junio o el voluble y experimentado ejemplar que era en octubre cuando regresé a Oakham con la cabeza llena de sofistería total y bien arraigada, de la que estaba a la vez consciente y orgulloso.

El principio fue así: Pop me escribió que fuera a América. Me hice un traje enteramente nuevo. Me dije: "En el barco voy a conocer a una bella muchacha y me voy a enamorar."

Con estos ánimos subí al barco. El primer día estuve sentado en una silla de cubierta y leí la correspondencia de Goethe y Schiller que me había sido impuesta como deber, en preparación de los exámenes para la beca de la universidad. Lo que es peor, no sólo aceptaba esta imposición, sino que entonces me convencí de que era interesante.

El segundo día ya casi había averiguado quiénes iban en el barco. El tercer día ya no estaba interesado en Goethe ni en Schiller. El cuarto día me encontraba dentro de la perturbación que andaba buscando.

Era un viaje de diez días.

¡Preferiría pasar dos años en un hospital que padecer nuevamente aquella angustia! ¡Aquel amor devorador, emocional, apasionado de la adolescencia, que hunde sus garras dentro de vosotros y os consume día y noche y roe en las entrañas de vuestra alma! ¡Todas las torturas de la duda, la ansiedad, la imaginación, la esperanza y la desesperación por que pasáis cuando sois niños, intentando salir de vuestro cascarón, para hallaros solamente en medio de una legión de emociones agresivas contra las cuales no tenéis defensa! Es como ser desollado vivo. Nadie puede pasarlo dos veces. Esta clase de asunto amoroso puede realmente acontecer sólo una vez en la vida de un hombre. Después de eso ya ha encallecido. Ya no es capaz de tantos tormentos. Puede sufrir, pero no de

tantos motivos sin importancia. Después de una crisis tal tiene experiencia y la posibilidad de una segunda vez ha dejado de existir, porque el secreto de la angustia era su propia y completa sinceridad. Ya no es capaz de tan totales y absurdas sorpresas. No importa lo ingenuo que un hombre sea, lo evidente no puede asombrarle para siempre.

Fui presentado a esta singular muchacha por un sacerdote católico que venía de Cleveland y jugaba al tejo en mangas de camisa y sin cuello romano. Conoció a todos los del barco desde el primer día y, en cuanto a mí, dos días habían transcurrido antes de que siquiera me diese cuenta de que ella estaba en el barco. Viajaba con un par de tías y las tres no se mezclaban mucho con los demás pasajeros. Se estaban en sus tres sillas de cubierta y nada tenían que ver con los caballeros de coloridas gorras y lentes que andaban de un sitio para otro del paseo de cubierta.

Al principio, cuando la conocí, tuve la impresión de que no era mayor que yo. Lo cierto era que duplicaba mi edad; pero se puede tener dos veces dieciséis años sin ser viejo, como comprendo ahora, dieciséis años después del acontecimiento. Era pequeña y tierna como si fuera de porcelana. Pero tenía unos grandes ojos muy abiertos, californianos, y no temía hablar en una voz que era a la vez ingenua e independiente y ofrecía sugestión de cansancio en torno de ella, como si velara mucho por la noche.

A mis ojos deslumbrados inmediatamente se convirtió en la heroína de todas las novelas y me postré en la cubierta, a sus pies. Podía haberme puesto un collar en el cuello y pasearme desde aquel momento tirado de una cadena. En vez de eso pasé los días contándoles, a ella y a sus tías, todo lo referente a mis ideales y ambiciones, y ella a su vez intentaba enseñarme a jugar al *bridge*. Ésa es la prueba más segura de su conquista, pues nunca consentí que nadie más probara tal cosa conmigo, ¡nunca! Pero ni aun ella tuvo éxito en esta empresa.

Conversábamos. La herida abierta dentro de mí sangraba y crecía más. Su perfume y el aroma peculiar de los cigarrillos sin nicotina que fumaba me perseguían a todas partes y me torturaban en mi camarote.

Me contaba cómo una vez, en un famoso club nocturno de una famosa ciudad, una persona famosa, un príncipe de sangre real, había fijado sus ojos intensamente en ella durante un tiempo largo y que, al final, se levantó y empezó a caminar en dirección a su mesa cuando sus amigos lo hicieron sentarse y comportarse.

Pude ver que todos los condes y duques que querían casarse con gente como Constance Bennett querían también casarse con ella. Pero los condes y duques no estaban a bordo de este glorioso paquebote que nos llevaba a todos pacíficamente a través de las mansas y oscuras olas del Atlántico norte. Lo que me anonadó fue el no haber aprendido a bailar.

Avistamos Nantucket Light en la tarde de un domingo y tuvimos que anclar de cuarentena aquella noche. Luego el buque se deslizó por los Estrechos surcando las tranquilas aguas, y las luces de Brooklyn resplandecían en el puerto como piedras preciosas. El barco estaba animado con la música y una vida eufórica que vibraba dentro del casco y trascendía a la noche de julio por todas las ventanillas. Había fiestas en todas las cámaras. Dondequiera que uno fuese, especialmente en cubierta, por el tiempo sereno, se encontraba uno en medio de vistas cinematográficas —la proyección de la última película—.

Hice una declaración de mi amor imperecedero. No querría, no podría jamás amar a nadie más sino a ella. Era imposible, inconcebible. Si ella iba a los confines de la Tierra, el destino nos reuniría de nuevo. Las estrellas en sus cursos, desde el principio del mundo, habían planeado este encuentro, que era el hecho central de toda la historia del universo. Amor como éste era inmortal. Conquistaba el tiempo y rebasaba la trivialidad de la historia humana. Y así sucesivamente.

Ella me habló, a su vez, suave y dulcemente. Lo que sonaba más o menos así: "No sabes lo que estás diciendo. Esto no puede ser. No nos encontraremos nunca más." Y lo que significaba era: "Eres un buen muchacho. Pero, por el amor de Dios, crece antes de que nadie se burle de ti." Fui a mi camarote y derramé sollozos en mi diario durante un rato, y luego, contra todas las leyes del amor, me entregué pacíficamente al sueño.

Sin embargo, no pude dormir mucho tiempo. A las cinco estaba de pie nuevamente, paseando inquieto por cubierta. Hacía calor. Una niebla gris se posaba sobre los Estrechos. Cuando despejó, otros buques anclados empezaron a mostrar sus siluetas en la niebla. Uno de ellos era un transatlántico de la Estrella Roja, en el cual, como supe por la prensa al desembarcar, un pasajero estaba en aquel preciso momento ocupado en colgarse.

En el último momento antes de desembarcar le saqué a ella una foto que, con gran pesar mío, salió borrosa. Estaba tan ávido de su retrato que me acerqué demasiado con la

máquina y quedó desenfocada. Fue una pieza de justicia poética que me llenó de pena durante meses.

Naturalmente, toda la familia estaba en el muelle. Pero el cambio era devastador. Con mi corazón dispuesto a explotar con tiernas emociones me hallaba de súbito rodeado de todas las cariñosas, pacíficas y agradables solicitudes de casa. Todos querían hablar. Sus voces estaban llenas de preguntas e información. Me llevaron a dar un paseo por Long Island y me indicaron dónde vivía la señora Hearst y todas las cosas. Pero yo sólo sacaba la cabeza del coche por la ventanilla y observaba los árboles verdes que giraban en torbellino a nuestro paso; estaba deseando haberme muerto.

No decía a nadie lo que me pasaba y esta reserva fue el principio de cierta separación entre nosotros. Desde ese momento en adelante nadie pudo saber a ciencia cierta lo que hacía o pensaba. Iba a Nueva York, no regresaba a casa para comer y no decía a nadie en dónde había estado.

La mayor parte del tiempo no había estado en ningún sitio especial; iba al cine y después vagabundeaba por las calles, miraba las multitudes, comía salchichas y bebía jugo de naranja en Nedicks. Una vez, con gran entusiasmo, entré en una taberna clandestina. Cuando supe que el lugar había sido allanado por la policía unos días más tarde, crecí tanto en mi propia estimación que empecé a obrar como si me hubiese escapado de las reuniones más turbulentas de la ciudad.

Bonnemaman era la que más sufría por mi reserva. Durante años se había sentado en casa preguntándose lo que hacía Pop en la ciudad todo el día, y ahora que yo estaba adquiriendo los mismos hábitos de vagabundeo le era muy natural imaginarse también extrañas cosas acerca de mí.

Pero lo único malo que hacía era deambular por la ciudad fumando cigarrillos y paladeando mi dulce sensación de independencia.

Averigüé que Grosset y Dunlap publicaban más que Rover Boys. Hacían reimpresiones de escritores como Hemingway y Aldous Huxley y D. H. Lawrence y yo las devoraba todas, en la fría galería-dormitorio de la casa de Douglaston, en tanto las polillas de la noche de verano venían a dar y vibrar contra las pantallas, atraídas por mi luz, que ardía hasta altas horas.

Muchas veces corría a la habitación de mi tío para tomar el diccionario, y cuando él averiguaba qué palabras buscaba arqueaba las cejas y decía: "¿Pero qué estás leyendo?"

A finales de verano regresé a Inglaterra en el mismo buque

en que había venido. Esta vez la lista de pasajeros incluía a algunas muchachas de Bryn Mawr y algunas de Vassar y otras de alguna parte más, todas las cuales iban a completar estudios en Francia. Parecía como si todos los demás de a bordo fueran detectives. Algunos eran detectives profesionales. Otros aficionados; todos me hicieron a mí y a las chicas de Bryn Mawr el objeto de sus incansables investigaciones. Pero de cualquier manera el barco estaba dividido en estos dos grupos: de un lado los jóvenes, de otro los de más edad. Nos sentábamos en el fumador todos los días lluviosos, tocando discos de Duke Ellington en el gramófono portátil que pertenecía a una de las muchachas. Cuando nos cansábamos de eso recorríamos todo el barco buscando cosas graciosas que hacer. La bodega estaba llena de ganado y había también una manada de perros raposeros allí abajo. Solíamos bajar a jugar con los perros. En El Havre, al descargar el ganado, una de las vacas se soltó y corrió alocada por todo el muelle. Una noche tres de nosotros subimos al castillo de proa, donde ciertamente no debíamos estar. Otra vez tuvimos una fiesta con los operadores de radio y me enzarcé en una gran discusión sobre el comunismo.

Ésa era otra cosa que había sucedido aquel verano: había empezado a hacerme a la idea de que era comunista, aunque no estaba muy seguro de lo que era el comunismo. Hay mucha gente así. No hacen poco daño con su inercia cabal y estúpida, perdidos entre los campos, en la tierra de nadie de su propia confusión. Son fácil caza para cualquiera. Pueden volverse fascistas con la misma facilidad con que pueden ser empujados hacia la línea de los que son verdaderamente rojos.

El otro grupo se componía de gente de mediana edad. El núcleo lo formaban los tipos corridos, de roja faz, que pasaban el tiempo bebiendo, jugando y peleando entre sí y metiendo escándalo alrededor de los jóvenes, que eran asimismo despreciables y bárbaros.

La verdad es que hacíamos una larga lista de bar, las muchachas de Bryn Mawr y yo, pero nunca nos embriagábamos, porque bebíamos despacio y pasábamos todo el tiempo hartándonos de sardinas con tostada y todas las demás golosinas que constituyen la provisión de los transatlánticos ingleses.

De cualquier manera, puse pie una vez más en el suelo de Inglaterra, vestido con un traje de *gangster* que Pop me había comprado en la casa Wallach, llenos de guata los hombros. Sobre mis ojos llevaba un sombrero nuevo, gris pálido,

y andaba por Inglaterra satisfecho con la conciencia de que me había hecho una reputación fantástica sin mucha molestia.

La separación de las generaciones de a bordo me había complacido. Me había lisonjeado hasta lo más íntimo. Completaba la confianza en mí mismo, garantizaba mi propia afirmación. Era precisamente lo que quería. Cualquier otro mayor que yo simbolizaba autoridad. Y la vulgaridad de los detectives y la estupidez de la demás gente de mediana edad que había creído todos sus cuentos sobre nosotros me henchía de un sentido agradablemente justificable de desprecio por toda su generación. Por consiguiente concluía que era entonces libre de toda autoridad, que nadie podía darme consejos que tuviese que escuchar. Porque el consejo era sólo la capa de la hipocresía o la debilidad o la vulgaridad o el temor. La autoridad la constituían los viejos y los débiles, y tenía sus raíces en su envidia de las alegrías y placeres de los jóvenes y fuertes...

Finalmente, cuando llegué a Oakham, varios días después de empezar el curso, estaba convencido de que yo era el único de todo el lugar que sabía algo de la vida, desde el director para abajo.

Era ahora prefecto de una casa de Hodge Wing con un gran estudio y unos cuantos sillones de mimbre ligeramente torcidos y llenos de almohadones. En las paredes colgaban estampas de Médici de Manet y algunos otros impresionistas y fotos de diversas Venus grecorromanas de los museos de Roma. Y mi estantería de libros se completaba con una variedad grande de novelas de brillantes colores y folletos, todos los cuales eran tan incendiarios que no habría ninguna necesidad especial de que la Iglesia los pusiese en el *Index*, pues todos habrían sido condenados *ipso facto*... la mayoría de ellos por la misma ley natural. No nombraré los que recuerdo, porque algún tonto podría ir inmediatamente a leerlos todos; pero podría mencionar que uno de los folletos era el *Manifiesto Comunista* de Marx... no porque me preocupase seriamente de las injusticias hechas a la clase trabajadora, que eran y son muy reales, pero demasiado serias para la vanidad de mi cabeza vacía... sino simplemente porque creía que estaba muy a tono con la decoración en que hacía girar mis fantasías.

Se me había hecho evidente que era un gran rebelde. Imaginaba que súbitamente me había elevado por encima de los errores, estupideces y equivocaciones de la sociedad moderna —hay bastantes sobre qué elevarse, lo admito— y que ha-

bía tomado mi puesto en las filas de los que levantaban sus cabezas, cuadraban los hombros y marchaban hacia el futuro. En el mundo moderno los hombres siempre están levantando sus cabezas y marchando hacia el futuro, aunque no tengan la menor idea de lo que creen que es o podría significar el futuro. El único futuro hacia el cual parece que caminamos, de hecho positivo, está preñado de mayores y más terribles guerras, guerras bien planeadas para hacer saltar nuestras enhiestas cabezas de encima de nuestros cuadrados hombros.

En este estudio editaba la revista de la escuela, que había caído en mis manos en otoño, leía a T. S. Eliot y aun intenté escribir yo mismo un poema sobre Elpenor, de Homero, emborrachándose y cayendo desde el tejado de un palacio. Su alma volaba hacia las sombras del infierno. El resto del tiempo tocaba discos de Duke Ellington o participaba en discusiones de política y religión.

¡Aquellos argumentos vanos y absurdos! Mi consejo a un hombre ordinario religioso, suponiendo que alguien tuviera que desear mi consejo en este punto, sería evitar los argumentos sobre religión, especialmente sobre la existencia de Dios. No obstante, a los que saben algo de filosofía recomendaría el estudio de las pruebas de Duns Scoto sobre la existencia actual de un Ser Infinito, que se dan en la Segunda Distinción del Primer Libro de la *Opus Oxoniense*... en latín, que es lo suficientemente difícil como para dar a uno muchos dolores de cabeza. Se admite generalmente que, en precisión, agudeza y alcance, ésta es la prueba más perfecta, completa y concienzuda de la existencia de Dios que haya sido jamás elaborada por hombre alguno.

Dudo si habría hecho mucho bien traer ante mí estas consideraciones en aquellos días en que precisamente doblaba los diecisiete años y pensaba que lo sabía todo en filosofía sin haber aprendido nada nunca. Sin embargo, tenía deseos de aprender. Me sentía llamado a la filosofía. Era una atracción que el director se había esforzado en implantar en nuestras almas; pero no había, ni podía haber, ningún curso de filosofía en Oakham. Quedaba abandonado a mis propios recursos.

Recuerdo un día que mencioné todo esto a Tom, mi tutor. Salíamos de la puerta de su casa, hacia Harley Street, y le expliqué mi deseo de estudiar filosofía y conocer a los filósofos.

Él, siendo doctor, me aconsejó que dejara a la filosofía sola: pocas cosas había, dijo, que fueran una pérdida mayor de tiempo.

Afortunadamente, ésta era una de las cuestiones en que decidí no hacer caso de su consejo. De cualquier modo, seguí

adelante y procuré leer algo de filosofía. No llegué nunca muy lejos con ella. Me era muy difícil manejarme solo. Los hombres que están sumidos en apetitos y deseos sensuales no están muy bien dispuestos para manejar ideas abstractas. Hasta en el orden puramente natural se requiere una cierta cantidad de pureza de corazón para que un entendimiento se encuentre suficientemente libre y despejado como para resolver los problemas de la metafísica. Digo una cierta cantidad, sin embargo, porque estoy seguro de que nadie necesita ser un santo para ser un metafísico inteligente. Me atrevo a afirmar que hay muchos metafísicos en el infierno.

No obstante, los filósofos a quienes me sentía atraído no eran los mejores. En su mayor parte solía extraer sus libros de las bibliotecas y los volvía sin haberlos abierto. Ya estaba bien. Con todo, durante las vacaciones de Pascua de Resurrección, a los diecisiete años, me puse seria y celosamente a intentar comprender a Spinoza.

Había ido a Alemania, solo como de costumbre, durante las vacaciones. En Colonia compré una gran mochila, que colgué de mis hombros, partiendo para el valle del Rin a pie, con un jersey azul y un viejo par de saquitos de franela, de suerte que en las posadas del camino me preguntaban si era un marinero holandés separado de una de las barcas del río. En la mochila, que ya era bastante pesada, llevaba un par de novelas inmorales y la edición de Spinoza de la biblioteca Everyman. ¡Spinoza y el valle del Rin! Ciertamente tenía yo un fino sentido de lo adecuado. Los dos iban muy bien juntos. Sin embargo, estaba con retraso de ochenta años. Lo único que faltaba era que fuese un estudiante inglés o americano de Heidelberg: entonces la mezcla habría sido perfecta con sus ingredientes de mediados del siglo XIX.

Cogí, en este viaje, más de unos cuantos errores intelectuales, semicomprendidos. Antes de llegar a Coblenza sentí molestia en un pie. Alguna clase de infección parecía desarrollarse bajo una de las uñas. Pero no era especialmente doloroso y no hacía caso. No obstante, marchaba desagradablemente, y así, después de alcanzar San Goar, desistí con disgusto. Además el tiempo se había puesto malo y me había perdido en el bosque, por intentar seguir la imaginaria ruta del caminante llamada el Rheinhöheweg.

Regresé a Coblenza, me instalé en una habitación sobre una gran cervecería llamada el *Neuer Franziskaner* y continué mi deshilvanado estudio de Spinoza y mis modernos novelistas. Puesto que comprendía a éstos mucho mejor que al

filósofo, pronto lo abandoné y me concentré en las novelas.

Unos cuantos días después volví a Inglaterra, pasando por París, donde se encontraban Pop y Bonnemaman. Allí recogí unos libros más, aun peores, y regresé al colegio.

Unos días después de haber regresado empecé a sentirme enfermo. Al principio creía que solamente estaba indispuesto a causa del pie lastimado y un fuerte dolor de muelas, que empecé pronto a sufrir.

Me enviaron al dentista de la escuela, Dr. McTaggart, que vivía en un gran edificio de ladrillo, como un cuartel, en el camino de la estación. Me conocía bien, pues siempre tenía algo con mis dientes. Su teoría era que había que matar los nervios de los dientes y ya lo había hecho con la mitad de los míos. Por lo demás, se movía alegremente dando vueltas al gran sillón en que yo me sentaba, mudo y medio helado de terror. Y cantaba, mientras manipulaba rápidamente con su instrumental: "No será boda elegante — sin tener coche flamante, — pero estarás admirable, — en asiento confortable, — de una *bici* para dos." Entonces empezaba a demoler mis muelas, con renovado gusto.

Esta vez golpeó la muela y pareció grave.

—Tendrá que salir —dijo.

No lo sentí. Me hacía daño y quería librarme de ella lo más pronto posible.

Pero el Dr. McTaggart dijo:

—No puedo darle nada para matarle el dolor, ¿sabe?

—¿Por qué no?

—Hay mucha infección y se ha extendido más allá de las raíces.

Acepté su razonamiento, confiado:

—Bueno, siga.

Y me eché hacia atrás en el sillón con temor, mientras él iba saltando a su caja de instrumental cantando "No será boda elegante"; sacó un fórceps de feo aspecto.

—¿Listos? —dijo, tirando atrás el sillón y blandiendo el instrumento de tortura.

Afirmé con la cabeza, presintiendo que había palidecido hasta las raíces del cabello.

Pero la muela salió rápidamente con un golpe grande y vivo de dolor y me dejó escupiendo porquería verde y roja en el remolino susurrante de la escupidera azul de al lado del sillón del dentista.

—¡Ah, por Dios! —dijo el Dr. McTaggart—. No me gusta mucho eso, debo decírselo.

Regresé cansado a la escuela, reflexionando que no era realmente tan terrible después de todo la extracción de una muela sin novocaína.

Sin embargo, en lugar de mejorar, me sentí peor. Al anochecer estaba verdaderamente enfermo, y aquella noche —aquella noche de insomnio— pasó con una confusión enfermiza y dolor general. A la mañana siguiente tomaron mi temperatura y me acostaron en la enfermería, donde al fin pude dormir.

Eso no me hizo mejorar nada. Deduje de un modo vago que nuestra directora, la señorita Harrison, estaba preocupada por mí y comunicó sus preocupaciones al director, en cuya propia casa se encontraba esta enfermería particular.

Luego llegó el médico de la escuela. y se marchó de nuevo. Volviendo con el Dr. McTaggart, quien, esta vez, no cantaba.

Los oí convenir en que yo iba a llenarme de gangrena para mi propio bien. Decidieron abrir un gran agujero en la encía, para ver si podían extraer el foco de infección de allí y luego, habiéndome dado un poco de éter, siguieron adelante. Me desperté con la boca llena de porquería, instándome ambos doctores a que me apresurara a echarla.

Cuando se hubieron ido, me acosté de nuevo en la cama y cerré los ojos pensando: "Tengo la sangre envenenada."

Entonces mi mente volvió al pie lastimado en Alemania. Bueno, lo contaría cuando volviesen otra vez.

Enfermo, cansado, medio dormido, sentía la palpitación de la herida en mi boca. La sangre envenenada.

La habitación estaba muy tranquila. Era algo oscuro, también. En tanto yacía acostado en cama, con mi cansancio, dolor y disgusto, sentí por un momento la sombra de otro visitante que entraba en la habitación.

Era la muerte que venía a erguirse junto a mi cama.

Mantuve los ojos cerrados, más por apatía que por otra cosa. Pero de todas maneras no había necesidad de abrir los ojos para ver al visitante, para ver a la muerte. La muerte es algo que veis muy claramente con ojos del centro de vuestro corazón: ojos que ven, no reaccionando ante la luz, sino reaccionando a una especie de estremecimiento de dentro de la médula de vuestra vida.

Con esos ojos, esos ojos interiores, abiertos ante aquella frialdad, yacía medio dormido y miraba al visitante, la muerte.

¿Qué pensaba yo? Todo lo que recuerdo era que me sentía embargado por una profunda y tremenda apatía. Me sentía tan enfermo y disgustado que no hacía mucho caso de si mo-

ría o vivía. Acaso la muerte no vino muy junto a mí, o me dio una mirada buena, o yo me habría asustado más.

Pero, sea como fuese, estaba acostado allí en una especie de sopor y decía: "Ven, no me importa." Luego me quedé dormido.

¡Qué tremenda misericordia fue que la muerte no obedeciera mi deseo, aquel día, en que solamente tenía diecisiete años de edad! ¡Qué cosa habría sido si los escotillones que estaban preparados para mí se hubiesen abierto y mostrado su negrura y me hubiesen tragado en medio de aquel sueño! ¡Ah!, os lo digo, es una bendición sin par que despertara de nuevo, aquel día, o la siguiente noche, o en la semana o dos que siguieron después.

Estaba acostado allí, sin otra cosa en mi corazón que apatía. Había algo de orgullo y despecho en ello: como si fuera culpa de la vida que yo tuviera que sufrir un poco de incomodidad; por eso mostraba mi desprecio y odio de la vida y hubiera muerto, como si eso fuera una venganza de alguna clase. ¿Venganza de qué? ¿Qué era la vida? ¿Algo existente fuera de mí, separado de mí mismo? No os preocupéis, no entré en especulaciones. Sólo pensaba: "Si tengo que morir... ¿y qué? ¿De qué manera me preocupo? Muera yo, pues, y he acabado."

La gente religiosa, los que tienen fe y aman a Dios y comprenden lo que es la vida y lo que la muerte significa y saben lo que es un alma inmortal, no entienden lo que pasa a los que no tienen fe y que ya han desechado a sus almas. Encuentran difícil concebir que alguien pueda enfrentarse con la muerte sin ningún escrúpulo. Pero debieron darse cuenta de que millones de hombres mueren de la manera que yo estaba dispuesto a morir, de la manera que entonces podría haber muerto.

Pudieran decirme: "Seguramente tú pensabas en Dios y querías pedirle misericordia."

No. Por lo que recuerdo, el pensamiento de Dios, el pensamiento de la oración ni siquiera entró en mi mente, ni aquel día, ni en los demás que estuve enfermo, ni en todo aquel año, por esa cuestión. Pues si el pensamiento vino a mí, fue solamente una ocasión para ser negado y rechazado. Recuerdo que en aquel año, cuando estábamos en la capilla y recitábamos el credo de los Apóstoles, solía mantener mis labios sellados, con plena deliberación y propósito, como si declarara que mi propio credo era: "No creo en nada." O al menos pensaba que no creía en nada. Por entonces había deja-

do una fe cierta, fe en Dios, que es la Verdad, a cambio de una fe incierta y vaga en las opiniones y autoridad de los hombres, folletos y periódicos... fluctuantes, cambiantes y contradictorios, que ni siquiera entendía con claridad.

Quisiera dar a los que creen en Dios alguna idea del estado en que se encontraba entonces un alma como la mía. Pero es imposible hacerlo en términos de prosa sobria, recta y mesurada. Y, en cierto sentido, la imagen y la analogía serían aun más engañosas, por el mero hecho de que tendrían vida en sí y darían la noción de alguna entidad real, de alguna clase de energía, algo de actividad. Y mi alma estaba simplemente muerta. Estaba vacía, era como un vacío espiritual, por lo que al orden sobrenatural se refiere. Eran sus facultades como cáscaras secas de lo que debían haber sido.

Un alma es una cosa inmaterial. Es un principio de actividad, es un "acto" una "forma", un principio energético. Es la vida del cuerpo y debe tener también una vida propia. Pero la vida del alma no es inherente a ningún sujeto físico, material. Así, comparar un alma sin gracia a un cuerpo sin vida es sólo una metáfora. Pero es muy verdadera.

Santa Teresa tuvo una visión del infierno. Se vio confinada a un estrecho agujero de un muro ardiente. La visión la aterrorizó sobre todo por el sentido de la espantosa importancia de este confinamiento y ardor. Todo es simbólico, por supuesto. Pero una intuición poética del significado del símbolo aportaría algo de la experiencia de un alma que está reducida a un límite casi infinito de desamparo y privación por el hecho de morir en pecado, estando así separada eternamente del principio de toda actividad vital que, para el alma en su propio orden, significa intelección y amor.

Pero yo entonces yacía en esta cama, gangrenado, y mi alma estaba podrida con la corrupción de mis pecados. No me preocupaba de si vivía o moría.

Lo peor que puede pasarle a cualquiera en esta vida es perder todo sentido de estas realidades. Lo peor que pudo haberme pasado nunca era esta consumación de mis pecados en abominable frialdad e indiferencia, aun en presencia de la muerte.

Lo que es más, nada había que yo pudiese hacer por mí. No había medios en absoluto, medios naturales a mi alcance, para salir de aquel estado. Sólo Dios podía ayudarme. ¿Quién rezó por mí? Un día lo sabré. Pero en la economía del amor de Dios, es por plegarias de otros que se dan estas gracias. Fue por las oraciones de alguien que amaba a Dios que hube

de ser liberado, aquel día, de aquel infierno en que ya estaba confinado sin saberlo.

El gran don que Dios me hizo fue que me mejorara. Me envolvieron y me pusieron en una camilla, con mantas por toda mi cara, de donde sólo salía mi nariz, y me llevaron al rectángulo de piedra donde jugaban mis amigos al "quad-criquet" con una pala chata y una pelota gris de tenis. Se mantenían a un lado, consternados, mientras yo pasaba camino del sanatorio de la escuela.

Había explicado al doctor lo de mi pie y vinieron a cortarme la uña del dedo y encontraron el pie todo gangrenado. Me dieron antitoxina y no tuvieron que amputarme el dedo. El Dr. McTaggart venía cada día o dos a tratarme el lugar infectado de mi boca y gradualmente empecé a mejorar, a comer, a incorporarme y a leer de nuevo mis novelas asquerosas. Nadie pensó en prohibirlas porque nadie más se había enterado de los autores.

Cuando estaba en el sanatorio escribí un largo ensayo sobre la novela moderna... Gide, Hemingway, Dos Passos, Jules Romain, Dreiser y demás, para el premio inglés de Bailey, y gané una porción de libros encuadernados en cuero por mis esfuerzos.

Hubo dos intentos para convertirme a gustos menos repugnantes. El profesor de música me prestó una colección de discos de la misa en si menor de Bach, que me gustó y a veces tocaba en mi gramófono portátil, que tenía conmigo en la habitación alegre y espaciosa que daba al jardín del director. Pero la mayor parte del tiempo tocaba los discos más escandalosos y ruidosos, dirigiendo el gramófono hacia el edificio de las clases, a unas ochenta yardas más allá de los arriates de flores, con la esperanza de que mis compañeros, que estudiaban con ahínco las Geórgicas de Virgilio, tendrían envidia de mí.

El otro préstamo fue el de un libro. Vino el director, un día, y me dio un librito azul de poemas. Miré el nombre del lomo: "Gerard Manley Hopkins." Nunca lo había oído. Pero abrí el libro y leí la "Noche estrellada", el poema de la cosecha y los primeros poemas profusos y elaborados. Observé que el hombre era católico y cura y, más aún, jesuita.

No pude decidirme sobre si me gustaba o no su verso.

Era elaborado e intrincado y en algunos lugares opulento y exagerado, pensaba. Con todo, no dejaba de ser original y tenía algo de vitalidad, música y profundidad. De hecho los poemas posteriores eran todos demasiado profundos para mí y no pude sacar de ellos casi nada.

No obstante, acepté al poeta, con reservas. Devolví el libro al director, le di las gracias y nunca olvidé completamente a Hopkins, aunque no había de leerlo otra vez durante varios años.

Salí del sanatorio al mes o seis semanas. Con el final de junio, llegó nuestro gran examen... el certificado superior, que hice en francés, alemán y latín. Luego marchamos de vacaciones y me dispuse a esperar hasta setiembre para los resultados de los exámenes. Pop, Bonnemaman y John Paul estuvieron de nuevo en Europa por el verano y todos pasamos un par de meses en un hotel grande y triste de Bournemouth, en lo alto de un peñasco, mirando al mar con una serie de blancos balcones de hierro, plateados, de suerte que resplandecían al sol del pálido verano inglés, en las nieblas matinales. No entraré en las emociones de aquel verano, en que una muchacha y yo nos conocimos allí, entre tormentas sentimentales alternadas con riñas juveniles, durante las cuales solía escaparme de Bournemouth a las dunas de Dorset y vagabundeaba todo el día por el campo, procurando recobrar mi equilibrio.

Pero a finales del verano, cuando ella regresó a Londres y mi familia también tomó el buque en Southampton y fue a su casa, llené mi mochila y me marché al New Forest, con una pequeña tienda de campaña; me sentaba bajo algunos pinos, al borde de un terreno comunal, a un par de millas de Brockenhurst. ¡Oh, la tremenda soledad de aquella primera noche en el bosque! Las ranas cantaban en la nauseabunda corriente, las luciérnagas jugaban en el argomón, y ocasionalmente un coche solitario pasaba por el camino distante, haciendo resaltar el silencio con el sonido que moría a su paso. Me sentaba a la puerta de mi tienda, intentando con dificultad digerir los huevos y tocino que había freído y la botella de sidra que había sacado del pueblo.

Ella dijo que me escribiría una carta, dirigida a la oficina de correos de Brockenhurst, tan pronto como llegase a su casa, pero yo pensaba que este lugar del campo al borde de un terreno comunal era demasiado triste. Además el agua de la corriente no sabía bien y pensé que me intoxicaría, de modo que me desplacé hacia Beaulieu, en donde no tenía que comer de mi propia cocina, sino que comía en una posada. Pasé la tarde acostado en la hierba, enfrente de la antigua abadía cisterciense, lamentándome extremadamente de mi aburrimiento y la soledad de mi tierno amor. Al mismo tiempo, sin embargo, revolvía en mi mente si iba a una "Gymkhana", que

es una especie de espectáculo de caballos de aficionados educados, a mezclarme con la clase media del condado, a encontrar acaso una muchacha aun más bella que aquella por la que me parecía suspirar hasta la muerte. Empero, cuerdamente decidí evitar las tentaciones de tan insípido asunto.

En cuanto a la abadía cisterciense, que era el escenario de estas meditaciones, no pensé en ella. Había recorrido las ruinas de las construcciones, me había detenido en la iglesia parroquial que había dado sobre el refectorio de los monjes y había gustado un poco del silencio y paz del césped bajo los árboles, donde había estado el claustro. Pero todo era con el espíritu excursionista corriente con que el ordinario inglés moderno visita una de sus antiguas abadías. Si al azar se pregunta qué clase de hombres vivían antaño en tales lugares, o por qué vivían así, no se pregunta si la gente intenta aun hoy hacer lo mismo. Esto le sonaría como una impertinencia. Pero por entonces yo había perdido prácticamente todo interés en tales especulaciones. ¿Para qué iba a preocuparme de monjas y monasterios? El mundo iba a abrirse delante de mí, con todas sus diversiones, todo sería mío y con mi inteligencia y mis cinco sentidos aguzados robaría todos sus tesoros, asaltaría sus arcas y las vaciaría todas. Tomaría lo que gustara y lo demás lo desecharía. Si sentía simplemente que echaba a perder los lujos que no quería usar, los estropearía y usaría mal, para hacer mi real gusto, porque era el dueño de todo. No importaba que no tuviera mucho dinero, tendría bastante y mi ingenio haría lo demás. Tenía conciencia de que los mejores placeres pueden alcanzarse sin mucho dinero... o sin ninguno en absoluto.

Me encontraba en casa de un compañero de la escuela cuando llegaron en setiembre los resultados del certificado superior y no pude dar rienda suelta a toda mi vanidad por mi éxito, porque él había fracasado. Sin embargo, él y yo teníamos que ir juntos a Cambridge para los exámenes de beca ese diciembre.

Andrew era hijo de un párroco del campo en la isla de Wight y había sido capitán de criquet en Oakham. Llevaba lentes con aros de cuerno y tenía una gran barbilla que mantenía erguida y un rizo de cabello negro que caía sobre su frente; era uno de los intelectuales de la escuela. Solíamos trabajar, o más bien sentarnos, en la biblioteca de Oakham, con muchos libros abiertos delante nuestro, pero hablando de asuntos impertinentes y bebiendo un mal brebaje purpúreo llamado Vimto, de botellas que ocultábamos bajo la mesa o tras los volúmenes del diccionario de biografías nacionales.

Él había descubierto un libro negro llamado, creo, *Bosquejo del conocimiento humano*, que acababa de llegar a la biblioteca, lleno de información sobre psicoanálisis. En verdad entraba en detalles de adivinanza psicoanalítica por la inspección de los excrementos, que nunca encontré en ninguna otra parte y de lo cual yo aún mantenía bastante sentido para reírme en aquel tiempo. Más tarde, en Cambridge, el psicoanálisis había de proveerme de una especie de filosofía de la vida y aun de seudorreligión que casi acabó enteramente conmigo. Por entonces, Andrew había perdido todo su interés en ello.

Cuando fuimos a la universidad para sufrir los exámenes de la beca, en las pesadas y húmedas nieblas de diciembre, pasé mucho tiempo devorando la *Fantasía del inconsciente* de D. H. Lawrence que, aun como psicoanálisis, es completamente irresponsable y, como reza, una fantasía. Lawrence recogió una serie de términos como "ganglio lumbar", los mezcló y coció con su propia veneración del instinto del sexo, para producir la fantástica mezcolanza que yo leía reverentemente como si fuera algo así como un revelación sagrada, sentado en las habitaciones de un estudiante que gustaba de Picasso, pero que había marchado por las vacaciones de Navidad. Andrew, por su parte, estaba en el colegio de St. Catherine, aterrorizado por un preceptor que tenía reputación de ser una persona muy feroz. Toda aquella semana estuve sentado bajo los cabrios altos y silenciosos del vestíbulo de Trinity College, llenando las hojas de papel de oficio con mis opiniones referentes a Molière, Racine, Balzac, Victor Hugo, Goethe y demás y unos días después todo había concluido, miramos el *Times* y esta vez ambos, Andrew y yo, habíamos tenido éxito. Éramos becarios, él en el colegio de St. Catherine y yo en Clare, en tanto su compañero de estudios, Dickens, que era la otra única persona de Oakham además de mí que gustaba de discos animados, obtuvo otra beca en St. John.

Mi satisfacción era muy grande. Había acabado con Oakham... No es que me disgustara la escuela, pero me alegraba de mi libertad. Ahora, por último, me imaginaba que era realmente mayor e independiente, podía extender mis manos y tomar todo lo que quisiera.

Durante las vacaciones de Navidad comí y bebí tanto y fui a tantas fiestas que enfermé.

Pero me rehíce, sacudí el polvo y el 31 de enero del Año Nuevo, mi cumpleaños, Tom me llevó al Café Anglais, me

agasajó con champaña y al día siguiente salía camino de Italia.

Ya en Avignon previ que iba a quedarme sin dinero antes de llegar a Génova. Tenía una carta de crédito contra un banco de allí, de modo que desde Avignon escribí a Tom pidiéndole dinero. De Marsella salí a pie a lo largo de la costa, andando por el camino blanco de la montaña, mirando el reluciente mar azul, teniendo en mi costado una botella de ron y en la mochila algunas de las mismas novelas. En Cassis todos los restaurantes estaban abarrotados de gente que había salido de Marsella aquel día, pues era domingo, y tuve que esperar mucho tiempo por mi *bouillabaisse*. Oscurecía al llegar al feo puertecito de La Ciotat, bajo su peñasco de pan de azúcar. Cansado, me senté en el malecón y contemplé la luna.

En Hyères tuve que aguardar un par de días antes de que llegara el dinero y, cuando llegó, la carta que iba con él estaba cargada de duros reproches. Tom, mi tutor, aprovechaba mi gran parquedad para llamarme también la atención sobre otras faltas mías y me sentí humillado. Así, después de un mes de preciosa libertad, recibía la primera indicación de que mis deseos no podían ser absolutos: debían de estar condicionados y modificados por los contactos y colisiones con los deseos e intereses de los otros. Esto era algo que me costaría tiempo asimilar y en verdad que en el orden natural nunca llegaría a entenderlo. Creía en el bello mito de pasarlo bien en tanto no perjudicara al prójimo. No podéis vivir por vuestro solo placer y vuestra sola conveniencia sin dañar y lesionar inevitablemente los sentimientos y los intereses de prácticamente todos los que conocéis. Pero, ciertamente, en el orden natural —no importa qué ideales teoréticamente sean posibles—, la mayor parte de las personas viven más o menos para sí mismas y para sus propios intereses y placeres o para los de su familia o grupo y, por ende, están constantemente interfiriendo en los designios de los demás y perjudicándose y lesionándose unos a otros, lo intenten o no.

Partí de Hyères de nuevo, esta vez más cansado y deprimido, marchando por entre los pinos, bajo el sol ardiente, mirando las rocas, las amarillas mimosas, las casitas de campo sonrosadas y la luz reverberando en el mar. Aquella noche descendí por una alta colina, en la oscuridad, a un pueblecito llamado Cavalaire y pernocté en una casa de huéspedes llena de sombríos tenedores de libros retirados que bebían *vin-rosé* con sus esposas, bajo la luz macilenta de débiles bombillas eléctricas; fui a acostarme y soñé que estaba en la prisión.

En Saint Tropez tenía una carta de presentación para un

amigo de Tom, un hombre tuberculoso que vivía en una casa asoleada en lo alto de una colina; en ese lugar conocí a un par de norteamericanos que habían alquilado una casa de campo en las colinas, detrás de Cannes, y que me invitaron para cuando pasara por allí.

En el camino de Cannes me vi envuelto en una tormenta, al atardecer, en las montañas del Esterel y fui recogido por un chófer que conducía un gran Delage de lujo. Me descolgué la mochila del hombro, la arrojé al asiento de atrás y me acomodé, con el calor del motor que se filtraba por las tablas hacia mis pies cansados y húmedos. El chófer era un inglés que dirigía un negocio de autos de alquiler en Niza. Manifestó que acababa de recoger a la familia Lindberg saliendo del barco en Villefranche y los había llevado a alguna parte de por aquí. En Cannes me guió a un lugar muy insípido, un club de conductores y marineros ingleses de los yates de las gentes ricas que invernaban en la Riviera. Allí comí jamón y huevos y contemplé a los choferes que jugaban elegantemente al billar, e iba sintiéndome deprimido por el olor de Londres de que se llenaba la sala... el aroma de los cigarrillos y de la cerveza inglesa. Todo ello traía a la memoria las nieblas de las que creía haber escapado.

Encontré entonces la quinta de los que conocí en Saint Tropez, permanecí allí un par de días y por último, rendido de caminar y viendo que probablemente me aburriría el resto del camino costanero, subí al tren y me fui a Génova.

Acaso el aburrimiento que experimentaba tenía sus raíces en alguna causa física, porque a la mañana siguiente que desperté en Génova con un grupo de pintores italianos de brocha gorda, que trabajaban en el tejado fuera de mi ventana, me sentí indispuesto y tenía un gran forúnculo en el codo, que procuré zafiamente curar con mis tratamientos privados, sin lograr efecto alguno.

Cobré mi carta de crédito y subí en otro tren hacia Florencia, en donde tenía otra carta de presentación para un escultor. En Florencia helaba. Viajé en trolebús a través del Arno, di con el camino empinado de la colina donde vivía mi hombre y la escalé en el helado silencio de una noche de invierno toscano. Creí al principio que nadie iba a responder a mi llamada en la gran puerta que sonaba a hueco, pero en seguida salió un viejo cocinero italiano que me condujo al estudio, en donde me di a conocer y expliqué que tenía un forúnculo en el codo. El cocinero sacó entonces agua caliente, me senté en el polvo seco de yeso y entre las astillas de piedra de alre-

dedor de la base de algún trabajo semiacabado, conversando con el escultor, en tanto su cocinero fijaba un emplasto en mi forúnculo.

El artista era hermano del primer director de Oakham, el que había precedido a Doherty. Yo había visto algunos de sus bajorrelieves que decoraban la fachada de la capilla de la escuela. Menor en edad que su hermano, el ex director era una persona amable, cargado de hombros, con pelo gris, y tenía mucha de la genialidad del antiguo director. Me dijo:

—Pensaba bajar a la ciudad a ver la película de Greta Garbo esta noche. ¿Le gusta Greta Garbo?

Contesté que sí.

—Muy bien —dijo—; entonces iremos.

Pero Florencia era demasiado fría, y pensaba que el forúnculo no mejoraba. Por lo que al día siguiente partí, camino de Roma. Estaba cansado de cruzar lugares. Quería dar término a mi viaje en donde hubiera alguna posibilidad de quedarme.

El tren marchaba con lentitud por las montañas de Umbría. El cielo azul resplandecía sobre las rocas. El compartimiento hubiera estado vacío a no ser por mí y nadie entró hasta una de las últimas estaciones antes de Roma. Todo el día estuve fijándome en las colinas desnudas, en el paisaje ascético y agreste. En alguna parte de allí, en una de aquellas montañas, San Francisco había estado rezando y el serafín con las alas ígneas, rojas de sangre, había aparecido delante de él con el Cristo en medio de aquellas alas; y, de las heridas, otras heridas habían sido marcadas en las manos y los pies y costado de San Francisco. Si yo hubiera pensado en eso, aquel día, habría sido todo lo que necesitaba para completar el desaliento de mi alma pagana, pues el forúnculo no mejoraba y tenía otro dolor de muelas. Mi cabeza ardía afiebrada y me preguntaba si el envenenamiento de la sangre estaría resurgiendo otra vez.

Heme allí, con toda la libertad que me había estado prometiendo durante tanto tiempo. El mundo era mío. ¿Cómo no me gustaba? Estaba haciendo precisamente lo que quería y, en vez de estar colmado de felicidad y bienestar, era desgraciado. El amor del placer está destinado por su misma naturaleza a anularse a sí mismo y acabar en fracaso. Pero yo era uno de los últimos hombres que hubiera sido convencido por la sabiduría de un San Juan de la Cruz en aquellos extraños días.

Entraba ahora en una ciudad que da testimonio vivo de estas verdades a los que saben verla, a los que saben dónde

buscarla... a los que saben comparar la Roma de los Césares con la Roma de los mártires.

Estaba entrando en la ciudad que había sido transformada así por la Cruz. Casas cuadradas de blancos departamentos empezaban a aparecer en espesos racimos al pie de las desnudas colinas verde-grises, con grupos de cipreses aquí y allá y, a poco andar, vi, sobre los techos de los edificios, elevarse en la oscuridad la poderosa mole de la cúpula de San Pedro. La certidumbre de que no era una fotografía me embargó de un gran temor reverente.

Mi primera preocupación en Roma fue encontrar a un dentista. La gente del hotel me envió a uno cercano. Un par de monjas se hallaban en la sala de espera. Al salir ellas, entré. El dentista tenía barba castaña. No confiaba en mi conocimiento del italiano para un asunto tan importante como un dolor de muelas. Le hablé en francés. Y él me miró la muela.

Él sabía que lo que pensaba estaba mal dicho, pero desconocía la palabra técnica en francés.

—¡Ah! —dijo— . Usted tiene un *colpo d'aria*.

Comprendí bastante fácilmente que había cogido un enfriamiento en mi muela... según este hombre de la barba castaña. Pero aún la cobardía me cerraba la boca y estaba satisfecho con no discutir que creía que de ningún modo era un enfriamiento, sino un absceso.

—Lo trataré con rayos ultravioleta —dijo el dentista. Con una mezcla de alivio y escepticismo me sometí a este proceso trivial e indoloro. No hizo nada más que aliviar el dolor. Pero salí con calurosas afirmaciones del dentista de que desaparecería completamente por la noche.

Lejos de desaparecer durante la noche, hizo lo que a esas horas hacen todos los dolores de muelas: mantenerme despierto, con gran desesperación mía, que maldecía mi destino.

A la mañana siguiente me levanté y fui tambaleando a consultar a mi amigo *colpo d'aria*. Lo encontré bajando la escalera con su barba arreglada y sombrero negro, guantes y botines. Solamente entonces me di cuenta de que era domingo. Consintió, sin embargo, en dar una mirada a mi muela helada.

En una mezcla de francés e italiano me preguntó si podía soportar el éter. Dije que sí, que podía. Puso un pañuelo limpio sobre mi nariz y boca y dejó caer un par de gotas de éter en él. Respiré profundamente y el dulce olor cortante entró en mi conciencia y el zumbido de pesadas dínamos empezó. Yo temía que él mismo no respirara bastante profundamente, o que su mano se desprendiera y derramara toda la botella en mi rostro.

Sin embargo, un minuto o dos más tarde volví a despertarme y él estaba blandiendo las raíces rojas e inflamadas de la muela ante mi cara, exclamando:

—*C'est fini.*

Me mudé del hotel y encontré una *pensione* con ventanas que daban a la asoleada fuente del Tritón, en medio de la Piazza Barberini, el hotel Bristol, el cine Barberini y el palacio Barberini, y la doncella me trajo un poco de agua caliente para tratar el forúnculo de mi brazo. Fui a acostarme y procuré leer una novela de Máximo Gorki que rápidamente me hizo dormir.

Había estado en Roma antes, en unas vacaciones escolares de Pascua de Resurrección, durante una semana. Había visto el Foro, el Coliseo, el museo Vaticano y la basílica de San Pedro. Pero no había visto realmente Roma.

Esta vez comencé de nuevo, con la falsa idea, común entre los anglosajones, de que la Roma verdadera es la Roma de las ruinas feas, la Roma de todos aquellos templos mutilados, empotrados entre las colinas y los barrios bajos de la ciudad. Procuré reconstruir en mi mente la antigua ciudad... Sueño que no se realizó muy bien a causa del griterío insistente de los vendedores de postales que me asediaban por todas partes. Tras unos pocos días de intentar lo mismo, súbitamente se me antojó que no valía la pena molestarse. Era evidente, sólo por las masas de piedra y ladrillo que aún representaban los palacios, templos y baños, que la Roma imperial debió de haber sido una de las ciudades más odiosas, feas y deprimentes que el mundo jamás ha visto. En realidad, las ruinas con cedros, cipreses y pinos de ancha copa esparcidos entre ellas eran mucho más placenteras que lo que debió haber sido la realidad total.

A pesar de ello vagabundeaba por los museos, especialmente el de los Baños de Diocleciano, que ha sido también, en un tiempo, un monasterio cartujo —de no muy probable éxito— y estudiaba Roma en un gran libro erudito que comprara, junto con un Baedeker de segunda mano, en francés.

Después de pasar el día en museos, bibliotecas y librerías y entre las ruinas, regresaba a casa y leía mis novelas. De hecho, estaba empezando también a escribir una mía, aunque no llegué muy lejos con ella mientras estuve en Roma.

Llevaba conmigo una porción de libros... una extraña mezcla: Dryden, los poemas de D. H. Lawrence, algunas novelas de Tauchnitz y el *Ulises* de James Joyce en una edición de lujo de papel de la India, brillante y costosa, que presté a alguien, más tarde, y no me devolvió.

Las cosas marchaban como generalmente iban conmigo. Pero después de una semana —no sé cómo empezó— me encontré examinando más iglesias que templos en ruinas. Acaso fueron los frescos en el muro de una antigua capilla —en ruinas también— al pie del Palatino, al borde del Foro, los que primero despertaron mi interés en otra Roma muy diferente. De allí había un paso a los santos Cosme y Damián, cruzando el Foro, con un gran mosaico, en el ábside, de Cristo bajando a juicio en un cielo azul oscuro, con una sugestión de fuego en las pequeñas nubes bajo sus pies.

El efecto de este descubrimiento fue formidable. Después de toda la estatuaria insulsa, aburrida y semipornográfica del Imperio, ¡qué cosa era dar con el genio de un arte lleno de vitalidad espiritual, seriedad y pudor... un arte que era tremendamente serio, vivo, elocuente y apremiante en todo lo que tenía que decir! Sin pretensión, sin fingimiento, sin nada de teatral en torno suyo. Su solemnidad había llegado a lo más asombroso por su simplicidad... y por la sombra de los lugares donde yacía oculto, por su servicio a fines superiores, fines arquitectónicos, litúrgicos y espirituales que ni siquiera empezaba a comprender, pero que no podía dejar de vislumbrar, ya que la naturaleza de los mosaicos mismos, su posición y todo lo circunstante lo proclamaban en alta voz.

Estaba fascinado por estos mosaicos bizantinos. Empecé a frecuentar las iglesias donde podían encontrarse y, como consecuencia indirecta, todas las otras iglesias que eran más o menos del mismo período. Así, sin saber nada de ello, me convertí en un peregrino. Estaba visitando inconsciente e inintencionadamente todas las grandes capillas y rebuscando sus santuarios con algo del ansia, avidez y deseo de un verdadero peregrino, aunque no realmente por la misma razón. Pero no era por una razón equivocada tampoco. Pues estos mosaicos y frescos y todos los antiguos altares, tronos y santuarios fueron proyectados y construidos para la instrucción de gentes que no eran capaces de entender inmediatamente algo más elevado.

Nunca supe qué reliquias y qué cosas maravillosas y santas estaban ocultas en las iglesias cuyas puertas, pasadizos y arcos se habían convertido en el refugio de mi inteligencia. La cuna de Cristo y el pilar de la Flagelación, la Cruz verdadera y las cadenas de San Pedro, las tumbas de los grandes mártires, la tumba de la niña Santa Inés y la mártir Santa Cecilia, del Papa San Clemente y del gran diácono San Lorenzo que fue quemado en unas parrillas. Estas cosas no me hablaban a

mí, o al menos no sabía que me hablasen. Pero las iglesias que las guardaban lo hacían y también el arte de sus muros.

Ahora, por primera vez en mi vida, empecé a averiguar Quién era esta Persona que los hombres llamaban Cristo. Era oscuro, pero era un conocimiento verdadero de Él, en cierto sentido, más verdadero de lo que sabía y de lo que admitía yo. Fue en Roma donde mi comprensión de Cristo se formó. Allí fue donde vi por primera vez a Quien ahora sirvo como a mi Dios y a mi Rey y que posee y gobierna mi vida.

Es el Cristo del Apocalipsis, el Cristo de los Mártires, el Cristo de los Padres. Es el Cristo de San Juan y de San Pablo, de San Agustín y San Jerónimo y de todos los Padres... y de los Padres del Desierto además. Es Cristo Dios, Cristo Rey, "pues en Él reside la plenitud de la Divinidad corpóreamente y tú te sacias en Él, que es la Cabeza de toda soberanía y poder... Pues en Él están todas las cosas creadas en el cielo y en la tierra, visibles e invisibles, sean tronos o dominios o soberanías o poderes, todas las cosas fueron creadas por Él y en Él. Y Él es ante todo y por Él todas las cosas subsisten... porque en Él se ha complacido el Padre en que existiera toda plenitud... Que es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura..."[1] "El primogénito de los muertos y el príncipe de los reyes de la Tierra, Que nos ha amado y borrado nuestros pecados en Su propia Sangre, nos ha dado un reino y sacerdotes para llevarnos a Dios Su Padre."[2]

Los santos de aquellos días olvidados han dejado en las paredes de sus iglesias palabras que por la gracia peculiar de Dios podía en cierta medida aprehender, aunque no podía descifrarlas todas. Pero, sobre todo, la fuente más real e inmediata de esta gracia era Cristo mismo, presente en aquellas iglesias, en todo Su poder y en Su Humanidad, en Su Carne Humana y Su Presencia material, física y corpórea. ¡Con qué frecuencia me quedaba solo enteramente en estas iglesias con el tremendo Dios y no sabía nada de ello... excepto que tenía que saber algo, como digo, oscuramente! Y era Él que me estaba enseñando Quién era Él, más directamente de lo que yo podía darme cuenta.

Estos mosaicos me decían más de lo que jamás había sabido de la doctrina de un Dios de infinito poder, sabiduría y

---

[1] Col. I y II.

[2] Apoc. I.

amor que, con todo, se había hecho Hombre y revelado en Su Humanidad la infinitud de poder, sabiduría y amor que era Su Divinidad. Por supuesto que yo no comprendía ni creía estas cosas explícitamente. Pero puesto que estaban implícitas en cada línea de los cuadros que contemplaba con tanta admiración y amor, seguramente las comprendía implícitamente... tenía que ser así, en tanto la inteligencia del artista alcanzaba mi inteligencia propia y le hablaba de su concepción y su pensamiento. Así, no pude menos de captar algo del amor de aquel antiguo artesano, Cristo, el Redentor y Juez del Mundo.

Era casi natural que yo quisiera descubrir algo de la significación de los mosaicos que veía... del Cordero en actitud de degollado y de los veinticuatro ancianos arrojando sus coronas. Había comprado un texto de la Vulgata y estaba leyendo el Nuevo Testamento. Había olvidado todos los poemas de D. H. Lawrence, excepto cuatro que tenía sobre los cuatro Evangelistas, basados en los símbolos tradicionales de Ezequiel y el Apocalipsis de las cuatro criaturas místicas. Una noche en que leía estos poemas llegué a sentirme tan asqueado con su falsedad y trivialidad que arrojé el libro y empecé a preguntarme a mí mismo por qué perdía el tiempo con un hombre de tan poca importancia como éste. Pues era evidente que él había fracasado casi por completo en entender el sentido verdadero del Nuevo Testamento, que había adulterado en los intereses de una religión personal, fabricada en casa, que no sólo era caprichosa sino llena de aterradoras semillas, todas ellas dispuestas a florecer en odiosas plantas como las que estaban germinando en el jardín no escardado de Alemania, en la atmósfera húmeda del Nazismo.

Así por una vez di de lado a mi favorito. Leía más y más de los Evangelios y mi amor por las antiguas iglesias y sus mosaicos aumentaba de día en día. Pronto ya no las visitaba meramente por el arte. Había algo más que me atraía: una especie de paz interior. Me gustaba estar en estos santos lugares. Tenía una especie de convicción fuerte y profunda de que yo era de allí, que mi naturaleza se llenaba de profundos deseos y necesidades que sólo podían satisfacerse en las iglesias de Dios. Recuerdo que una de mis capillas favoritas era la de San Pedro en Cadenas, y no la apreciaba por ninguna obra de arte que hubiera allí, puesto que la gran atracción, el gran "número", lo más conspicuo de aquel lugar es el Moisés de Miguel Angel. Pero siempre me había cargado extremadamente aquel ceño cornudo y atravesado y la hendidura de la

rodilla. Me alegro de que la obra no pudiera hablar, porque habría soltado probablemente algunas expresiones muy pesadas.

Quizá lo que me atraía a aquella iglesia era el Apóstol mismo a quien estaba dedicada. No dudo de que rezaba seriamente por mí para librarme de mis cadenas, cadenas mucho más pesadas y más terribles de lo que jamás fueron las suyas.

¿Dónde más me gustaba ir? Santa Prudenziana, Santa Práxedes, sobre todo Santa María Mayor y la Laterana, aunque tan pronto como se hacía pesado el ambiente con melodrama barroco me asustaba y la paz y el sentido oscuro y sutil de devoción que había adquirido me abandonaban.

Hasta ahora, sin embargo, no había habido ningún movimiento de mi voluntad, nada que llegara a una conversión, nada para sacudir la tiranía de hierro de la corrupción moral que tenía en grilletes a todo mi ser. Pero eso también había de venir. Vino de un extraño modo, súbitamente, de un modo que no intentaré explicar.

Estaba en mi habitación. Era de noche. La luz encendida. De repente me pareció que mi padre, que ahora hacía más de un año que había muerto, estaba allí conmigo. El sentido de su presencia era tan vívido, tan real y sobrecogedor como si él me hubiera tocado el brazo o hablado conmigo. Todo pasó en un relámpago, pero en aquel relámpago, instantáneamente, me sentí abrumado con una visión súbita y profunda de la miseria y corrupción de mi propia alma, fui atravesado hondamente con una luz que me hizo comprender algo de la condición en que me encontraba, me llené de horror ante lo que vi, todo mi ser se rebeló contra lo que dentro de mí había, mi alma deseaba huida, liberación y libertad de todo eso, con una intensidad y un apremio sin igual con todo lo que había conocido hasta entonces. Ahora pienso que por primera vez en toda mi vida empecé verdaderamente a rezar... rezando, no con mis labios, con mi entendimiento, con mi imaginación, sino rezando desde las raíces de mi vida y mi ser, rogando al Dios que nunca había conocido para que viniera a sacarme de las tinieblas de Su desconocimiento y me ayudara a libertarme de los miles de cosas terribles que retenían mi voluntad esclavizándola.

Hubo muchas lágrimas con esto, que me hicieron bien, y todo el tiempo, aunque había perdido aquel sentido vívido y angustioso de la presencia de mi padre en la habitación, lo tenía en mi mente, le hablaba así como a Dios, como si fuera una especie de intermediario. No digo esto en ningún sentido que pudiera interpretarse de que creyera que estaba entre

los santos. Realmente no sabía qué pudiera eso significar entonces y ahora que lo sé vacilaría en decir que creyera yo que estuviese en el Cielo. Juzgando por mi memoria de la experiencia diría que era "como si" me hubiese sido mandado del Purgatorio. Pues, después de todo, no hay razón para que las almas del Purgatorio no debieran ayudar a los de la Tierra con sus plegarias e influencia, precisamente como los del Cielo; aunque generalmente necesitan nuestra ayuda más que nosotros la suya. Pero en este caso, aceptando que mi presunción contiene algo de verdad, las cosas eran al contrario.

Sin embargo, ésta no es una reflexión en la que insistiría mucho. No ofrezco ninguna explicación definitiva. ¿Cómo sé que no fuera meramente mi propia imaginación, o algo que pudiera reducirse a una causa puramente natural, psicológica, la parte de mi padre? Es imposible decirlo. Siempre he tenido gran antipatía por lo que huele a nigromancia... movimiento de mesas y comunicaciones con los muertos, y nunca intentaría deliberadamente entrar en tal cosa. Pero ya fuera imaginación o nervios o lo que fuese, puedo decir en verdad que sentí muy vívidamente como si mi padre estuviera presente allí, y las consecuencias que he descrito siguieron a esto, como si él me hubiese comunicado sin palabras una luz interior de parte de Dios, sobre las condiciones de mi propia alma... aunque ni siquiera estaba yo seguro de tener un alma. Lo que me parece moralmente cierto es que esto era realmente una gracia, una gracia extraordinaria. Si la hubiese aprovechado, mi vida podría haber sido muy diferente y mucho menos desgraciada durante los años que habían de venir.

Hasta ahora no había rezado nunca en las iglesias que había visitado. Pero recuerdo la mañana que siguió a esta experiencia. Recuerdo cómo escalé el Aventino desierto, bajo un sol de primavera, con mi alma despedazada de contrición, pero despedazada y limpia, dolorida pero sana como si se le hubiese extirpado un absceso, como si fuera un hueso roto y soldado de nuevo. Era verdadera contrición, también, pues no creo que fuera capaz de mera atrición ya que no creía en el infierno. Fui a la iglesia de los dominicos, Santa Sabina. Y fue una experiencia definida, algo que llegó a una capitulación, una rendición, una conversión, no sin lucha, aun entonces, para ir deliberadamente a la iglesia sin otro propósito que arrodillarme y rezar a Dios. Ordinariamente no me arrodillaba nunca en estas iglesias y nunca prestaba atención formal u oficial a Aquel de quien era la casa. Pero ahora tomé agua bendita en la puerta, marché rectamente a la barandilla

del altar, me arrodillé y dije, despacio, con toda la fe que había en mí, el Padrenuestro.

Me parece casi increíble que no hiciera más que esto, pues me queda el recuerdo de una experiencia tal que parecería haber exigido al menos media hora de fervorosa plegaria y lágrimas. Lo memorable es que no había rezado en absoluto durante años.

Otra cosa que los católicos no comprenden sobre los conversos es el embarazo tremendo y angustioso y la autoconciencia que experimentan al rezar públicamente en una iglesia católica. El esfuerzo que exige vencer todos los temores extraños e imaginarios al creer que todos os miran y que os creen loco o ridículo, es algo que cuesta un tremendo esfuerzo. Y ese día en Santa Sabina, aunque la iglesia estaba casi del todo vacía, crucé el suelo de piedra con el temor mortal de que una pobre italiana, devota y vieja, me seguía con ojos sospechosos. Al arrodillarme, dudaba yo de si saldría ella corriendo para acusarme en seguida a los sacerdotes, con horror escandaloso, de venir a rezar en su iglesia... ¡como si los católicos estuvieran perfectamente satisfechos de tener un grupo de turistas heréticos recorriendo sus iglesias con completa indiferencia e irreverencia, y se irritaran si uno de ellos llegaba a un conocimiento de la presencia de Dios como para arrodillarse unos segundos y rezar una plegaria!

Sin embargo, recé, después miré toda la iglesia, entré en un aposento en donde había un cuadro de Sassoferrato y saqué mi rostro por una puerta hacia un claustro, diminuto y sencillo, donde el sol brillaba sobre un naranjo. Después de eso salí con un amplio sentimiento de que había renacido, crucé la calle y marché por los campos suburbanos a otra iglesia desierta, donde recé, siendo ahuyentado por unos carpinteros y su andamiaje. Me senté afuera, al sol, sobre un muro, y saboreé la alegría de mi paz íntima, imaginando cómo mi vida iba ahora a cambiar, cómo me haría mejor

VI

Fue una esperanza pálida, no obstante. Pero la última semana que estuve en Roma fue muy feliz y llena de gozo y en una de aquellas tardes tomé el trolebús de San Paolo y subí después a un desvencijado ómnibus que ascendía por una carretera hacia una hondonada poco profunda de un valle de

las colinas bajas, al sur del Tíber, al monasterio trapense de Tre Fontane. Entré en la antigua iglesia, oscura y austera, y me gustó. Pero me intimidaba visitar el monasterio. Pensaba que los monjes estarían demasiado ocupados en sus celdas castigándose con disciplinas. Anduve arriba y abajo en la tarde silenciosa, bajo los eucaliptos, y el pensamiento crecía dentro de mí: "Quisiera hacerme monje trapense."

Había muy poco peligro de eso, entonces. El pensamiento era sólo sueño de un día... y supongo que es un sueño que asalta a muchos hombres que no creen en nada. ¿Hay algún hombre que haya pasado toda una vida sin vestirse, en su fantasía, con el hábito de monje y encerrarse en una celda en que se encuentra espléndido de heroica austeridad y soledad, en tanto todas las señoritas que hasta ahora fueron frías con sus afectos en el mundo vienen a golpear las puertas del monasterio, gritando: "¡Sal, sal!"?

En definitiva, supongo, eso es a lo que llegó mi sueño aquel día. No tenía idea de lo que eran los monjes trapenses, ni de lo que hacían, excepto que guardaban silencio. Cierto que también pensaba que vivían en celdas como los cartujos, completamente solos.

En el ómnibus, de regreso a San Paolo, di con un estudiante de la Academia Americana a quien conocía. Viajaba con su madre, a la que me presentó; conversamos sobre el monasterio y dije que deseaba ser monje. La madre del estudiante me miró con horror y asombro tan extremados que me sentí un poco disgustado en verdad.

Los días pasaron. Vinieron cartas de América diciéndome que tomara el barco y me trasladara allá. Me despedí finalmente del vendedor italiano de máquinas de escribir y de los demás huéspedes de la *pensione*, incluso la señora que dirigía el establecimiento y cuya madre se había escandalizado con pensamientos de muerte cuando toqué *St. Louis Blues* en el piano, enviándome a la doncella a rogar que cesara.

Con pesar en el corazón vi por última vez la Piazza Barberini y el gran bulevar curvo que desembocaba en ella; los jardines de Pincio, la cúpula de San Pedro en la lejanía y la Piazza di Spagna; pero, sobre todo, tenía pesar y vacío en mi corazón al dejar mis amadas iglesias... San Pietro in Vincoli, Santa Maria Maggiore, San Giovanni in Laterano, Santa Prudenziana, Santa Prasede, Santa Sabina, Santa Maria sopra Minerva, Santa Maria in Cosmedin, Santa Maria in Trastevere, Santa Agnese, San Clemente, Santa Cecilia...

El tren cruzaba el Tíber. La pequeña pirámide y los cipre-

ses del cementerio inglés donde Keats fue enterrado desaparecieron. Rememoraba alguna alusión de Plauto a una gran colina de basura y cascos que antaño había en esta parte de la ciudad. Entramos luego en la desnuda llanura entre Roma y el mar. A esta distancia se encontraban San Paolo y las colinas bajas que ocultaban el monasterio trapense de Tre Fontane. "¡Oh, Roma! —dije en mi corazón—, ¿te volveré a ver?"

Durante los primeros dos meses luego de desembarcar en Nueva York e ir a la casa de Douglaston, seguí leyendo la Biblia subrepticiamente. Temía que alguien pudiera burlarse de mí. Y puesto que dormía en la galería-dormitorio, que daba al vestíbulo de arriba por unas puertas vidrieras y que, de cualquier modo, compartía con mi tío, ya no me atrevía a rezar de rodillas antes de acostarme, aunque estoy seguro de que todos se habrían sentido complacidos y edificados. La verdadera razón de esto era que no tenía la humildad de no preocuparme de lo que la gente pensaba o decía. Temía sus observaciones, aun amables, aun de aprobación. ¡En verdad que es como la quintaesencia del orgullo odiar y temer hasta la aprobación bondadosa y legítima de los que nos aman! Quiero decir, disgustarse como de un patrocinio humillante.

No es ocasión de decir todos los detalles de cómo este fervor religioso, real pero temporal, se enfrió y desapareció. Por Pascua florida fuimos a la iglesia donde mi padre había sido organista, la Iglesia de Sion, con el blanco chapitel irguiéndose dentro de las acacias de la colina, entre nosotros y la estación. Allí me irrité con los servicios y mi orgullo aumentaba la irritación y la complicaba. Acostumbraba a pasear por los alrededores de la casa o sentarme a la mesa diciendo qué lugar más terrible era la iglesia sionista y condenando todo lo que defendía.

Un domingo fui a la casa de reunión de los cuáqueros de Flushing, donde mi madre se había sentado con los *amigos*. Me senté allí también, en un hondo banco de atrás, cerca de una ventana. El local estaba bastante lleno. Las personas eran en su mayoría de mediana edad o viejas y nada había que las distinguiera de modo evidente de la congregación de una iglesia metodista o bautista o episcopal o cualquiera otra protestante, excepto que se sentaban en silencio, aguardando la inspiración del Espíritu Santo. Me gustaba eso. Me gustaba el silencio. Se estaba tranquilo. Allí, mi timidez empezó a declinar y cesé de mirar alrededor y criticar a la gente; entré, algo superficialmente, dentro de mi alma y algunas resoluciones buenas empezaron a tomar forma allí.

Esto no duró mucho, pues, de repente, una de las señoras de mediana edad pensó que el Espíritu Santo rondaba detrás de ella para inducirla a hablar. Sospeché en secreto que había venido a la reunión para hacer un discurso, pues buscó dentro de su bolso, en tanto se levantaba y exclamó con voz grave y alta:

—Cuando estuve en Suiza saqué esta foto del famoso Lion de Lucerne... —Sacó un retrato. Muy cierto que era el famoso Lion de Lucerne. Lo sostuvo y procuraba mostrarlo a todos los *amigos* de su alrededor, al mismo tiempo que explicaba que creía que era una muestra del valor suizo, de la hombría, paciencia y todas las demás virtudes del suizo relojero que ella mencionaba y que he olvidado ahora.

Los *amigos* lo aceptaban con paciencia, sin entusiasmo ni disgusto. Pero salí del local diciéndome:

—Son como los demás. En otras iglesias es el ministro quien maneja los lugares comunes; aquí puede hacerlo cualquiera.

Creo que tenía bastante buen sentido todavía para saber que sería locura buscar un grupo de personas, una sociedad, una religión, una iglesia, de la que toda mediocridad fuese totalmente excluida. Pero cuando leí las obras de William Penn y las encontré tan sobrenaturales como el catálogo de Montgomery Ward, perdí interés en los cuáqueros. Si hubiera hojeado algo de Evelyn Underhill pudiera haber sido diferente.

Pienso que uno podría encontrar mucha seriedad y adoración pura y humilde de Dios y mucha caridad sincera entre los cuáqueros. En verdad, vais a encontrar un poco de esto en cada religión. Pero nunca he visto ninguna prueba de elevarse por encima del orden natural. Están llenos de virtudes naturales y algunos de ellos son contemplativos en el sentido natural de la palabra. Tampoco están excluidos de las gracias de Dios si Él quiere. Pues Él los ama, no retirará Su luz a las buenas gentes de ninguna parte. Con todo, no puedo ver que lleguen a ser más que lo que dicen que son: una "Sociedad de Amigos".

Aquel verano, mientras iba en un tren sucio y lento a Chicago para ver la Feria mundial, recogí dos folletos sobre los Mormones en el pabellón de religión, pero el cuento de los libros santos descubiertos por revelación en una colina de la parte superior del Estado de Nueva York no me convenció y no me convertí. Las delgadas paredes rojas y amarillas de los palacios de la feria, extendidos entre el lago y los barrios bajos y los tinglados, me divertían con su ruido, y por primera vez paseé al aire libre del Medio Oeste, llano y sin fin.

Por pura baladronada tomé un empleo de barquero por unos días frente a una exhibición secundaria en una parte de la feria llamada Calles de París, cuyo carácter se evidencia con ese nombre. La facilidad con que obtuve el empleo me asombró y lisonjeó, dándome un sentido de poder e importancia el ser elevado de súbito de la clase de los que son escamoteados de su dinero al nivel de los que lo escamoteaban. Sin embargo, en un par de días también descubrí que acaso no me había levantado por encima de los "peleles" después de todo, puesto que el patrón de la exhibición secundaria estaba más dispuesto a pagarme con promesas y palabras fantásticas que en dólares, por mis servicios. Además, era muy cansador estar al calor y al polvo desde el mediodía hasta la medianoche, desgañitándose en aquel mar de cabezas tocadas de sombreros de paja y hombres vestidos de dril y sirsaca o en camisas de cuello abierto y ropas bañadas del sudor sano del Medio Oeste. La franqueza absolutamente abierta, sin disfraz y despreocupada, del paganismo de Chicago, de esta Feria y de esta parte particular de la Feria y, aparentemente, de todo el país que representaba, me asombraba después de las reservas de Inglaterra y la lujosa pornografía de Francia.

Cuando regresé a Nueva York había perdido mucho de mi interés temporal en la religión. Mis amigos de esa ciudad tenían una religión propia: un culto de Nueva York, de la manera peculiar en que Manhattan expresaba la grandeza, la pompa, la algazara, la animalidad franca y la vulgaridad de este paganismo norteamericano.

Solía ir al Burlesque y rondar por la calle catorce con Reg Marsh, un antiguo amigo de mi padre, famoso por pintar todas estas cosas en sus cuadros. Reginald Marsh era (y supongo que todavía es) un hombre de tipo grueso y corto de talla que daba la impresión de ser un luchador retirado, de peso ligero. Tenía una manera particular de hablar por el ángulo de la boca y, al mismo tiempo, un rostro con algo de infantil y angelical cuando miraba el mundo a través de los ojos ingenuos, desinteresados y sin crítica del artista, aceptándolo todo como lo encontraba, considerándolo todo como asunto posible de una de sus composiciones hogarthianas, con tal que tuviera vida.

Nos llevábamos muy bien, a causa de la armonía de nuestros puntos de vista, adorando yo la vida como tal y adorándola él especialmente en el bullicio fuerte y salvaje de la ciudad populosa y frenética que amaba. Sus lugares favoritos de devoción eran Union Square y el Irving Place Burlesque, re-

bosantes de sudor y cigarrillos baratos y a punto de incendiarse o hundirse en cualquier momento. Presumo que su catedral era Coney Island. Todo el que ha visto sus cuadros conoce bien eso de Reg Marsh.

Todo aquel verano haraganeé por su estudio de la calle catorce, fui con él a muchas de las fiestas a que era invitado y aprendí mi itinerario de Nueva York.

Pero cuando llegó setiembre zarpé para Inglaterra una vez más. Esta vez hice la travesía en el *Manhattan*, un buque de lujo, turbulento y deslumbrante, lleno de espías nazis que trabajaban de camareros y odiaban a los pasajeros judíos. El viaje fue agitado. Una noche miré al fondo de un profundo pozo de escalera y vi a seis o siete pasajeros medio borrachos que sostenían una lucha general en el blando piso de linóleo de la cubierta inferior. Una tarde, en medio de una de aquellas soporíferas diversiones sintéticas que se disponen para los pasajeros de los transatlánticos —creo que debieron haber sido carreras de caballos—, un dentista norteamericano que estaba de pie, con voz estentórea, desafiaba a un sastre francés a que saliera a reñir con él en el paseo de cubierta. El desafío no fue aceptado, pero todos los negociantes y turistas saboreaban el delicioso escándalo, pues no había nadie de a bordo que no estuviera enterado de que detrás de todo eso estaba la hija de alguien que era un prominente doctor en leyes de Washington.

En Plymouth nos ubicaron a aquellos de nosotros que íbamos a Londres en una lancha chata en medio del puerto y una vez más contemplé los bajos verde-pálidos de Inglaterra. Desembarqué con uno de los fríos más intensos que jamás experimenté en mi vida.

Y así, en la marea de todas estas circunstancias de confusión, penetré en el ambiente oscuro y siniestro de Cambridge y empecé mi carrera universitaria.

VII

Acaso para vosotros el ambiente de Cambridge no sea oscuro ni siniestro. Acaso no estuvisteis nunca allí más que en mayo. Ni visteis nada sino el fino sol de primavera medio velado en las nieblas y flores de los jardines a lo largo de los Backs, sonriendo en los ladrillos y piedras de color de alhucema de Trinity y St. John's o de mi propio colegio, Clare.

Hasta quiero admitir que algunos pudieran vivir allí tres años, o hasta toda una vida, tan protegidos que nunca sientan el suave hedor de corrupción que los rodea... el olor sutil y penetrante de decadencia que lo invade todo y ataca de manera terrible a la juventud superficial, la algazara de los estudiantes que llena aquellos antiguos edificios. Pero para mí, con mis apetitos ciegos, resultaba imposible no precipitarme a tomar un enorme bocado de esta fruta podrida. Todavía siento el amargo gusto después de no pocos años.

Mi primer año pasó muy rápido. Fue un asunto vertiginoso que empecé en las tardes oscuras y breves del otoño inglés y acabé después de una corta serie de largos atardeceres de verano sobre el río. Todos aquellos días y noches fueron sin amor, horribles. No pudieron dejar de ser todo lo que hubiera deseado que no fueran.

Estaba rompiéndome la cabeza por intentar lograr de la vida lo que se piensa que puede sacarse de ella cuando se tienen dieciocho años. E iba con una cuadrilla de íntimos que usaban chalinas en torno de sus cuellos y que habrían ladrado toda la noche en las resonantes sombras del Petty Cury si no se hubiesen visto obligados a ir a su casa a acostarse a una hora determinada.

Al principio esto era desconcertante. Me llevó un mes o dos desenvolverme en este medio semilíquido nebuloso en cuyas heces estaba últimamente destinado a establecerme. Encontré a mis amigos de Oakham. De buenas a primeras nos reunimos en son de protección y solíamos pasar mucho tiempo los unos en las habitaciones de los otros, aunque la residencia de Andrew estaba muy lejos, en los descampados, más allá del hospital de Addenbrocke. Iba allí en bicicleta a través de un mundo misterioso de edificios nuevos consagrados a la química, y al final del viaje bebía té y tocaba *St. Louis Blues* en el piano. Dickens se hallaba mucho más cerca. Estaba en los alrededores del rincón de mi morada. Se iba por dos o tres patios de St. John's College y se cruzaba el río. Estaba en el llamado Edificio Nuevo. Su habitación daba directamente al río, y él, Andrew y yo solíamos desayunar allí y echar pedazos de tostada a los patos mientras él nos hablaba de Pavlov y los reflejos condicionados.

A medida que el año transcurría me fui apartando de ellos, especialmente de Andrew, que acabó por ser el dirigente del espectáculo de Footlights aquel año. Era algo así como cantor. Mis amigos no tenían interés en el canto y sí algo de desprecio, realmente, por los Footlights y todo lo que represen-

taban. Recuerdo que casi me hice amigo de uno o dos jóvenes serios y algo complicados que aprendían lenguas modernas conmigo y pertenecían a mi colegio, pero sus reticencias me fastidiaban. Ellos, a su vez, se disgustaban por la cordialidad franca con que me asía a la vida.

En la habitación debajo de la mía, en mi casa, vivía un hombre de Yorkshire de roja cara redonda que era pacifista. Tenía también muchas reservas. Pero el Día del Armisticio hizo una gran demostración y todos los jugadores y remeros mal educados le arrojaron huevos. No supe nada de ello hasta que vi las fotos en el diario de la noche.

No me habría gustado tampoco hacerme amigo de él: era demasiado insípido y tímido. Pero lo cierto es que el casero decidió venir a mi habitación a insultar al pobre hombre en tanto yo escuchaba pacientemente, no sabiendo el modo de hacerlo callar. Antes de terminar el año el casero estaba más disgustado conmigo que con cualquier otro huésped de los que había conocido antes, o, probablemente, en mucho tiempo.

Pienso que fue después del armisticio, cuando finalmente hube conocido a unas doscientas personas diferentes, cuando me arrojé dentro de la multitud que estaba gravitando en el otro polo de la vida de Cambridge.

Éramos los que hacíamos todo el ruido cuando había una "cena-bomba". Vivíamos en el Lion Inn. Entrábamos y salíamos del "Red Cow".

En aquel año la mayoría de mis amigos estuvieron encerrados alguna vez y al final no pocos de nosotros fuimos suspendidos. No puedo recordar quiénes eran la mayoría de ellos... excepto a Julian. Él se destaca con bastante lucidez. Llevaba lentes con aros de cuerno y parecía, no diré un norteamericano, sino un francés que quiere parecer norteamericano. Sabía contar historias muy complicadas con un acento norteamericano demasiado nasal para ser verdadero. Era nieto o bisnieto de un poeta victoriano y vivía en la casa del anciano en la isla de Wight. Se alojaba en una gran casa-conejera de Market Hill que iba a ser derribada a finales de año para hacer sitio a un edificio nuevo perteneciente a Caius College. Antes de que llegaran los demoledores, los amigos de Julian habían empezado ya la ruina de la casa intentando destruir la sección precaria de la misma en donde vivía él. Me parece recordar algún disgusto cuando alguien arrojó una taza de té por la ventana de estas habitaciones y casi dio en la cabeza del decano de Kings que pasaba por la calle.

Allí vivía también un sujeto lacónico, de cara lívida, que

procedía de Oundle y guiaba un coche de carreras. Se sentaba tranquilo y quieto la mayor parte del tiempo, con el misticismo extraño y calenturiento del conductor de carreras en sus venas, mientras los demás de nosotros conversábamos y chillábamos. Pero cuando se ponía al volante de su coche —que no se le permitía guiar, como estudiante de primer curso— se transformaba en una rara especie de ser medio espiritual poseído por una vida misteriosa perteneciente a otro mundo espantoso. La prohibición de conducir no podía, por supuesto, contenerlo. De vez en cuando desaparecía. Luego regresaba relativamente feliz y se sentaba a jugar al póker con alguien que le acompañara. Pienso que al final fue suspendido completamente por sus bárbaras expediciones, que acabaron con él cuando intentaba bajar en su coche por una de las sendas zigzagueantes del peñasco de Bournemouth.

Pero, ¿por qué excavo todo este antiguo escenario y reconstruyo las confusiones de mi Pompeya mental después que bastantes años ya las han cubierto? ¿Vale siquiera el evidente comentario de que en todo esto yo estaba borrando los últimos restos de vitalidad espiritual de mi propia alma, procurando con toda mi fuerza romper y destruir la imagen de divina libertad que me había sido inculcada por Dios? Con todo el vigor y la fuerza de mi ser estaba tratando de esclavizarme con las cadenas de mi insufrible disgusto. Nada hay de nuevo ni extraño en el proceso. Pero lo que la gente no advierte es que ésta es la crucifixión de Cristo, en la que Él muere una y otra vez en los individuos que fueron creados para participar del gozo y la libertad de Su gracia, y que Le niegan.

La tía Maud murió en noviembre. Me trasladé a Ealing y asistí al entierro.

Era una tarde gris y lluviosa, casi tan oscura como la noche. Por todas partes las luces estaban encendidas. Era uno de aquellos días cortos, oscuros y brumosos de principios del invierno inglés.

El tío Ben estaba sentado en una silla de ruedas, maltrecho y delgado, con un casquete negro en la cabeza: esta vez no parecía realmente un espíritu. Parecía haber perdido la facultad del habla y miraba en torno suyo con fría incomprensión, como si toda esta historia de un entierro fuera un insulto gratuito a su inteligencia. ¿Por qué se esforzaban en decirle que la tía Maud había muerto?

Entregaron el delgado cuerpo de mi pobre ángel victoriano al barro de Ealing y enterraron con ella mi niñez. De un modo oscuro, semiconsciente, comprendí esto y quedé aterrado. Ella

era quien había presidido en cierto sentido mis días más inocentes. Y ahora veía aquellos días sepultados con ella.

La Inglaterra que yo había visto con los ojos claros de su simplicidad también había muerto para mí. Ya no podía creer en las bonitas iglesias de campo, los pueblos tranquilos, los olmos a lo largo del terreno comunal en donde los jugadores de criquet esperan vestidos de blanco mientras el "bowler" hace un recorrido, pensativamente, por su cuenta, detrás del rastrillo.

Las enormes nubes blancas que cruzan por encima de Sussex, los encantados chapiteles con campanas de las antiguas ciudades del condado, los cercados de la catedral llenos de árboles, los decanatos que repican con cornejas... nada de esto me pertenecía ya, pues lo había perdido todo. Su frágil tejido de asociaciones encantadas se había roto y desaparecido y yo me había hundido en la superficie de la antigua Inglaterra, hacia el infierno, el vacío y el horror que Londres estaba alimentando en su avaricioso corazón.

Fue la última vez que vi a alguien de mi familia en Inglaterra.

Tomé el último tren de regreso a Cambridge, y estaba tan agotado que me quedé dormido y desperté en Ely; tuve que volver atrás, de suerte que llegué mucho después de medianoche. Me sentí ofendido al ser encerrado por lo que no era, pensaba yo, culpa mía. Fue la primera de las dos veces que estuve encerrado aquel año.

¿Seguiré la curva de la estación hasta el fondo de la oscuridad del invierno y despertaré los fantasmas indecentes de bajo los árboles de los Backs, más allá del Edificio Nuevo de Clare y de algunas habitaciones de la carretera de Chesterton? Cuando empezó la primavera, procuré remar en el cuarto bote de Clare, aunque por poco me mató. Pero al menos, puesto que se consideraba que estábamos de adiestramiento, me levanté temprano unas semanas e iba al colegio a desayunarme y me acostaba sin sentirme demasiado agotado por la noche.

Me parece recordar que en estos días había un poco de sol. Caía sobre las ventanas antiguas de la residencia del profesor Bullough de Caius. Era una habitación amplia y agradable con alineaciones de libros y con ventanas que daban a la hierba de dos patios. Estaba bajo el nivel de aquellos campos de césped y se tenía que bajar un par de peldaños para entrar en su gabinete. Su gabinete estaba en dos niveles y en el ángulo tenía un alto atril medieval. Allí estaba él, erudito algo ascético, alto, delgado, gris, traduciéndonos plácidamente el Dante, mientras unos diez o doce alumnos, hombres y muje-

res, se sentaban en las sillas y seguían la traducción en nuestros textos italianos.

En el período invernal habíamos empezado con el *Infierno*, progresando con lentitud, tomando cada día parte de un Canto. Ahora el Dante y Virgilio habían atravesado el helado corazón del infierno, donde el demonio de tres cabezas torturaba a los mayores traidores, y habían trepado al pacífico mar, al pie de la montaña de los siete círculos del Purgatorio. Y ahora, en la Cuaresma cristiana, que yo estaba observando sin mérito ni razón, por deporte que había llegado a odiar porque no tenía éxito en él, escalábamos de círculo en círculo el Purgatorio.

Pienso que el gran beneficio que saqué de Cambridge fue este conocimiento del genio lúcido y poderoso del mayor poeta católico... mayor en talla, aunque no en perfección ni santidad. A causa de su genio, yo estaba dispuesto a aceptar todo lo que decía sobre tales cosas como el purgatorio y el infierno, al menos provisionalmente, en tanto tenía el libro ante mis ojos, en sus propios términos. Eso ya era mucho. Supongo que habría sido demasiado esperar algo de aplicación de sus ideas a mí mismo, en el orden moral, sólo porque tuviera una especie de sensibilidad estética para ellas. No; me parece que yo estaba armado y encerraba dentro de mi yo defectible y ciego, con siete capas de impermeabilidad, los pecados capitales que sólo el fuego del purgatorio o el divino Amor (son lo mismo) podían quemar. Pero ahora era libre para alejarme del ataque de aquellas llamas desviando simplemente mi voluntad de ellas: y ella estaba por entonces habitual y permanentemente alejada e inmunizada. Había hecho todo lo posible para tornar mi corazón intangible para la caridad y lo había fortificado, como esperaba, inexpugnablemente en mi impenetrable egoísmo.

Al mismo tiempo, podían oír y escuchar, con satisfacción y cierta aplicación, el lento y majestuoso progreso de los mitos y símbolos en que el Dante estaba construyendo una completa síntesis poética de filosofía y teología escolásticas. Y aunque ninguna de sus ideas arraigó en mi mente, que era demasiado tosca y haragana para asimilar nada tan puro, quedó sin embargo en mí una especie de neutralidad armada en presencia de todos estos dogmas que me inclinaba a tolerar de un modo vago y general, globalmente, en tanto era necesario para la comprensión del poema.

Esto, como lo veo, era una forma de gracia: la mayor gracia en el orden positivo que saqué de Cambridge.

Todas las demás fueron negativas. Eran sólo gracias en el sentido de que Dios en Su misericordia me permitía huir tan lejos como pudiera de Su amor, pero al mismo tiempo preparando confrontarme, al final de todo ello y en el fondo del abismo, cuando pensara yo que había ido lo más lejos posible de Él. *Si ascendero in coelum, tu illic es. Si descendero in infernum, ades.* Pues en mi mayor desgracia Él vertía, en mi alma, bastante luz para ver cuán miserable era y admitir que era culpa mía y obra mía. Siempre tenía que ser castigado debido a mis pecados por mis pecados mismos y darme cuenta, al menos oscuramente, de que era castigado a arder en las llamas de mi propio infierno y pudrirme en el infierno de mi voluntad corrupta hasta que me viera obligado al final, por mi intensa miseria, a abandonar mi voluntad. Había probado algo de esto antes: pero no era nada comparado con la amargura que pronto empezó a embargarme aquel año en Cambridge.

La simple comprensión de la propia desgracia de uno no es la salvación: puede ser la ocasión de salvación, o puede ser la entrada a un pozo más profundo del infierno, y yo tenía que caer mucho más profundamente de lo que me daba cuenta. Pero, al menos, comprendí dónde estaba y empecé a intentar salir.

Algunos pueden pensar que la Providencia era muy extraña y cruel permitiéndome escoger los medios que entonces escogí para salvar mi alma. Pero la Providencia, que es el amor de Dios, es muy sabia en apartarse de la obstinación de los hombres, y en no tener nada que hacer con ellos, dejarlos a sus propios recursos, en tanto se inclinan a gobernarse a sí mismos, para mostrarles a qué extremos de ineficacia y pesar es capaz de arrastrarlos su propio desamparo.

Toda la ironía y crueldad de esta situación vinieron, no de la Providencia, sino del demonio, que pensaba que defraudaba a Dios con mi alma mezquina, estúpida y falta de interés.

Así fue, entonces, como empecé a adquirir todos los libros de Freud y Jung y Adler de la biblioteca grande y lujosa de la Unión y a estudiar, con la paciencia y aplicación que me permitían mis dolores de cabeza, los misterios de la represión sexual y los complejos y la introversión y la extraversión y todo lo demás. Yo, con la principal preocupación de que mi alma y todas sus facultades iban a florecer porque nada había que controlara mis apetitos —y manaban en un tumulto incoherente de pasión desordenada—, llegué a la conclusión de que la causa de toda mi desgracia era la represión sexual. Y

para hacer la cosa más sutilmente intolerable, consideré en definitiva que uno de los mayores crímenes de este mundo era la introversión y, en mis esfuerzos por ser un extravertido, entré en un curso de reflexiones y constantes autoexámenes, estudiando todas mis respuestas y analizando la calidad de todas mis emociones y reacciones de tal modo que no pude menos de convertirme en lo que precisamente no quería: un introvertido.

Día tras día leía a Freud, pensando que yo era muy instruido y científico cuando, realmente, era tan científico como una vieja mujer estudiando libros sobre ocultismo, procurando decirse la buena suerte y aprendiendo a pronosticar el futuro por las líneas de la palma de su mano. No sé si llegué a estar cerca de necesitar una celda bien cerrada: pero si hubiese enloquecido, creo que el psicoanálisis habría sido el principal responsable de ello.

Entretanto, había recibido varias cartas de mi tutor. Eran severas y se hicieron más severas cada vez, hasta que, finalmente, en marzo o abril, recibí un brusco requerimiento para que fuera a Londres.

Tuve que aguardar un tiempo muy largo en la sala de espera, donde volví las páginas de todos los números de *Punch* de dos años atrás. Supongo que esto era parte de un plan deliberado para sondear mi moral, dejándome solo en una habitación lúgubre y oscura, con todos aquellos números de esa triste revista.

Por último, después de una hora y media, fui invitado a subir la escalera estrecha del consultorio. El piso estaba encerado y de nuevo experimenté este sentido de inseguridad en mi andar, alegrándome de cruzar la habitación, hacia la silla, junto al pupitre, sin caerme y quebrarme una cadera.

Con frialdad cortés y demoledora, acompañada de una débil sugestión de desprecio, Tom me ofreció un cigarrillo. Ello implicaba que iba a necesitarlo. Por lo tanto, claramente, lo rechacé.

Sin embargo, los quince o veinte minutos que siguieron fueron de los más penosos y desconsoladores por los que jamás he pasado: no por nada que me dijera, pues él no estuvo irritado, ni siquiera duro. De hecho, ni siquiera recuerdo exactamente lo que dijo. Lo que me hizo sufrir fue que me pidió muy brusca y fríamente una explicación o defensa de tanta estupidez y cosa desagradable, como que me justificara haciendo parecer posible para una criatura racional vivir de aquel modo. Toda la amargura y el vacío de ello se me hicieron

evidentes y mi lengua difícilmente funcionaba. Las palabras que murmuraba sobre mis "equivocaciones", "no queriendo perjudicar a otros", me sonaban extremadamente necias y baratas. Por lo cual me alegré de salir de allí y tan pronto como estuve en la calle fumé abundantes cigarrillos.

Los meses pasaron y las cosas no cambiaron en absoluto. Después de las vacaciones de Pascua florida fui llamado por mi preceptor para que explicara por qué no asistía a la mayoría de las clases y algunas cosas más. Esta vez no me sentí tan incómodo. En cuanto a los exámenes que estaban por llegar —iba a tomar la primera parte del *Tripos* de Lengua Moderna en francés e italiano—, pensaba que podría pasarlos, como efectivamente hice, alcanzando un segundo en ambos. Los resultados me fueron radiotelegrafiados por un amigo cuando ya estaba en el buque rumbo a América —una de aquellas travesías de diez días de Londres. Cruzábamos el estrecho de Dover, el sol daba en los blancos peñascos y mis pulmones se ensanchaban con el aire fresco.

Proyectaba regresar el año próximo y lo había dispuesto todo para tener una habitación en el antiguo patio de Clare, justo sobre la puerta que conducía al puente. Habría estado frente al jardín del rector. Pero, ciertamente, considerando la clase de estudiante que era yo, ése era el lugar peor que podía haber elegido para alojarme: pues estaba justamente entre el rector y el preceptor decano. De todas maneras, ya no regresé a Cambridge como alumno de la universidad.

Ese verano Tom me mandó una carta a Nueva York sugiriéndome que valía más que abandonara la idea de entrar en el servicio diplomático inglés y que Cambridge era, de aquí en adelante, inútil. Volver sería perder tiempo y dinero. Él pensaba que sería razonable que me quedara en América.

No me llevó cinco minutos ponerme de acuerdo con él. No sé si era enteramente subjetivo, pero creía descubrir en Europa un tipo de veneno sutil, algo que me corrompía, algo cuyo pensamiento y olor me enfermaban, me repelían.

¿Qué era? ¿Algún moho moral, cuyas esporas flotaban en aquel aire húmedo, en aquella brumosa semioscuridad?

El pensamiento de que yo no me veía obligado a regresar a aquellas nieblas húmedas y fétidas me llenaba de inmenso alivio... alivio que compensaba el dolor de mi orgullo herido, la vergüenza de un relativo fracaso. Digo que ya no me veía obligado a regresar: tendría que volver bastante tiempo para figurar en la cuota y entrar en América permanentemente, pues ahora sólo estaba en el país con visado temporario. Pero

eso no importaba tanto. El sentimiento de que no tenía que quedarme era otra liberación.

Una vez más me pregunto si la aprensión no era subjetiva... acaso sí. Pues no acuso a toda Inglaterra de la corrupción que había descubierto en una sola parte de ella. Ni vitupero a Inglaterra por esto como nación, como si sólo ella estuviera infectada del morbo suave y asqueroso que parecía estar pudriendo toda Europa, en las clases altas sobre todo.

Era algo que no había visto ni sabido en la Inglaterra de aquellos primeros días de la infancia, paseando inocentemente por el campo, mirando las iglesias de pueblo y leyendo las novelas de Dickens, vagando, en fin, por los riachuelos en las excursiones con mi tía y mis primos.

¿Qué había de malo en esta tierra, en todas estas gentes? ¿Por qué estaba todo tan vacío?

Sobre todo, ¿por qué la misma turbulencia de los futbolistas, los jugadores de rugby, los jugadores de criquet, los remeros, los cazadores y bebedores de Lion y los bailarines chabacanos del *Rendezvous*... por qué era todo su ruido tan idiota y huero y ridículo? Me parecía que Cambridge y, hasta cierto punto, toda Inglaterra pretendía con un esfuerzo elaborado, aplicado, consciente y hasta en algunos casos valeroso, aparentar que estaba viva. Había mucho de representación. Era una charada vasta y complicada, con vestuario y escenario costosos y detallados y una porción de canciones inadecuadas; y, sin embargo, todo era intolerablemente insípido, porque la mayoría de las gentes estaban ya moralmente muertas, asfixiadas por la corriente de su té fuerte y amarillo o por el olor de sus tabernas y cervecerías o por el moho de los muros de Oxford y Cambridge.

Hablo de lo que recuerdo: acaso la guerra que salió de todo esto hizo algo para cambiarlo o remediarlo.

Para los que nada tenían sino este vacío en medio de ellos, no hay duda de que las cosas que tuvieron que hacer y sufrir durante la guerra llenaría ese vacío con algo más fuerte y más elástico que su orgullo... o los destruyó completamente.

La Europa que finalmente abandoné para siempre, ya a fines de noviembre de 1934, era un continente triste e intranquilo, lleno de presagios.

Por supuesto, había mucha gente que decía: "No habrá guerra..." Pero Hitler se había adueñado del poder en Alemania para mucho tiempo y aquel verano todos los periódicos neoyorquinos de la noche se habían llenado de pronto con las noticias del asesinato de Dollfuss en Austria y la con-

centración de tropas italianas en la frontera austríaca. Era una de las noches en que estaba en Coney Island, con Reginald Marsh, y paseaba entre el torbellino de luces y bullicio bebiendo vasos de cerveza fina y helada, comiendo salchichas cargadas de mostaza, y preguntándome si pronto estaría en uno u otro ejército, o tal vez muerto.

Era la primera vez que había experimentado el frío acero del temor de la guerra en mis entrañas. Mucho aún tenía que suceder. Era sólo 1934.

Y ahora, en noviembre, cuando abandonaba Inglaterra para siempre —el buque salía tranquilamente de las aguas de Southampton por la noche—, la tierra que dejaba detrás de mí parecía silenciosa, con el silencio que precede a la tormenta. Era una tierra cerrada y embozada en capas de niebla y oscuridad, con la gente en sus habitaciones, detrás de los espesos muros de sus casas, esperando el primer rugido del trueno así que los nazis empezaran a calentar los motores de cien mil aviones.

Tal vez no sabían que esperaban todo esto. Acaso creían que no tenían nada mejor para ocupar sus mentes que la boda del príncipe Jorge con la princesa Marina que había tenido lugar el día anterior. Hasta yo mismo estaba más interesado en el pensamiento de algunos que dejaba, que en el ambiente político de aquel preciso momento. Y, no obstante, aquel ambiente era algo que no se podía ignorar de ninguna manera.

Había visto bastantes cosas, actos y apetitos, que habían de justificar y volcar sobre el mundo las toneladas de bombas que un día empezarían a caer a millones. ¿Sabía yo que mis pecados eran suficientes como para haber destruido toda Inglaterra y Alemania? Todavía no se ha inventado una bomba que sea la mitad de poderosa de lo que es un solo pecado mortal... y, sin embargo, no hay poder positivo en el pecado, sólo negación, sólo aniquilación: acaso por eso es tan destructivo, es una nada y, donde está, nada queda: un blanco, un vacío moral.

Sólo la infinita misericordia de Dios nos ha impedido despedazarnos y destruir toda Su creación mucho tiempo ha. Los hombres creen que es en cierta manera una prueba de que no existe ningún Dios misericordioso, el que tengamos tantas guerras. Por el contrario, considerad cómo a pesar de siglos de pecado, codicia, lujuria, crueldad, odio, avaricia, opresión e injusticia, producidas y criadas por las libres voluntades de los hombres, la raza humana puede aún recobrarse, cada vez, y puede producir hombres y mujeres que vencen el mal con el bien, el odio con el

amor, la codicia con la caridad, la lujuria y crueldad con la santidad. ¿Podría ser todo esto posible sin el amor misericordioso de Dios, derramando Su gracia sobre nosotros? ¿Puede haber alguna duda sobre de dónde vienen las guerras y de dónde viene la paz, cuando los hijos de este mundo, excluyendo a Dios de sus conferencias de paz, sólo tratan de traer mayores guerras cuando más hablan de paz?

Sólo hemos de abrir los ojos y mirar en torno nuestro para ver lo que nuestros pecados hacen al mundo y lo que han hecho. Pero no sabemos ver. Nosotros somos aquellos a quienes se ha dicho por los profetas de Dios: "Tienen oídos para oír, y no oyen; tienen ojos para ver, y no ven."

No hay una flor que se abre, ni una semilla que cae al suelo, ni una espiga de trigo que se dobla del extremo de su tallo al viento que no predique y proclame al mundo la grandeza y misericordia de Dios.

No hay un acto de bondad o generosidad, ni un acto de sacrificio hecho o una palabra de paz y dulzura pronunciada, ni una plegaria de niño rezada, que no cante himnos a Dios delante de Su trono, a los ojos de los hombres y delante de sus caras.

¿Cómo puede ser que, transcurridas las miles de generaciones de asesinos desde Caín, nuestro oscuro antepasado sediento de sangre, algunos de nosotros puedan todavía ser santos? La quietud, el retiro y la placidez de los verdaderos buenos del mundo proclaman la gloria de Dios.

Todas estas cosas, todas las criaturas, cada movimiento de gracia, cada acto ordenado de la voluntad humana, nos llegan como profetas de Dios. Pero, a causa de nuestra obstinación, sólo alcanzan a cegarnos más.

"Ciegan el corazón de estas gentes y hacen sus oídos sordos, y cierran sus ojos: no sea que vean con sus ojos y oigan con sus oídos y entiendan con su corazón y se conviertan, y Yo los sane."

Nos negamos a oír el millón de voces diferentes por las que Dios nos habla y cada negativa nos endurece más y más contra Su gracia... y, con todo, Él continúa hablándonos: ¡y decimos que no tiene misericordia!

"Pero el Señor trata con paciencia por amor de vosotros, no queriendo que perezca nadie, sino que todos nos convirtamos a la penitencia."

¡Madre de Dios, con qué frecuencia en los últimos siglos has bajado, hablándonos en nuestras montañas, grutas y colinas, diciéndonos lo que había de sucedernos y no te hemos

escuchado! ¿Cuánto tiempo continuaremos siendo sordos a tu voz y precipitaremos nuestras cabezas en los abismos del infierno que nos odia?

Señora, cuando por la noche abandoné la Isla que antes fue tu Inglaterra, tu amor me acompañaba, aunque no pudiese saberlo, ni pudiera hacerme consciente de ello. Y era tu amor, tu intercesión por mí, que disponía las aguas delante de mi barco, dejándome abierto el camino para otro país.

No estaba seguro de adónde iba, no podía ver lo que haría cuando llegara a Nueva York. Pero tú veías más lejos y más claro que yo y abrías los mares delante de mi barco, cuyo camino me conducía a través de las aguas, a un lugar con el que nunca había soñado y que ya entonces me preparabas para que fuera mi rescate, mi abrigo y mi hogar. Cuando yo creía que no había Dios, ni amor, ni misericordia, tú me guiabas al centro de Su amor y Su misericordia y me llevabas sin saber yo nada de ello, a la casa que me ocultaría en el secreto de Su Faz.

Gloriosa Madre de Dios, ¿volveré otra vez a desconfiar de ti o de tu Dios, ante Cuyo trono eres irresistible en tu intercesión? ¿Volveré mis ojos alguna vez de tus manos, de tu rostro y de tus ojos? ¿Miraré alguna vez a otra parte que no sea cara a cara tu amor, para buscar consejo verdadero, para conocer mi camino, en todos los días y momentos de mi vida?

Como tú has obrado conmigo, obra también con todos los millones de hermanos míos que viven en la misma desgracia que conocí entonces: guíalos a pesar suyo, guíalos con tu formidable influencia, ¡oh Santa Reina de las almas y refugio de los pecadores!, condúcelos a tu Cristo del modo que me condujiste a mí. *Illos tuos misericordes oculos ad nos converte, et Jesum, benedictum fructum ventris tui, nobis ostende.* Muéstranos a tu Cristo, Señora, después de este destierro nuestro, sí: pero muéstranoslo ahora, muéstranoslo aquí, mientras somos todavía peregrinos.

Capítulo 4

LOS NIÑOS EN EL MERCADO

I

Tenía un largo camino que recorrer. Tenía que cruzar más que el Atlántico. Acaso la Estigia, por ser sólo una laguna, no parece tan terriblemente ancha. No es su anchura lo que la hace difícil de cruzar, especialmente cuando intentáis salir del infierno y no quedar en él. Así esta vez, aun cuando salí de Europa, aún permanecía en el infierno. Pero no era por falta de procurarlo.

Fue una travesía tempestuosa. Cuando era posible, paseaba por las cubiertas anchas y vacías que chorreaban la rociada del mar. O iba hacia delante, donde podía ver la proa embistiendo las montañas de agua que se hundían sobre nosotros. Y me asía de la barandilla mientras el buque zigzagueaba y se remontaba hacia el cielo húmedo, cabalgando sobre el mar que fluía debajo de nosotros en tanto todos los puntales y mamparas crujían y se quejaban.

Cuando llegamos a los Grand Banks, las aguas se calmaron y hubo una nevada; la nieve yacía en las tranquilas cubiertas y las blanqueaban en la oscuridad del atardecer. A causa de la paz de la nieve, imaginaba yo que las ideas nuevas engendraban dentro de mí la paz interior.

La verdad es que estaba en lo intrincado de una conversión. No era la verdadera conversión, pero era una conversión. Tal vez era un mal menor. No dudo mucho de que lo fuera. Pero no era, por todo eso, mucho bien. Me estaba haciendo comunista.

Expresado así, suena mucho como si dijera: "Me dejaba crecer el bigote". Realmente, aun no podía dejarme crecer el bigote. O no me atreví a intentarlo. Y supongo que mi comunismo era aproximadamente tan maduro como mi cara... el rostro inglés, huraño y perplejo de la foto de mi tarjeta de cuota. Sin embargo, por lo que sé, éste era un paso casi tan sincero y completo a una conversión moral como podía yo hacer entonces con mis propias luces y deseos, tales como entonces eran.

Una porción de cosas me habían sucedido desde que aban-

doné la reclusión relativa de Oakham y había sido libre de dar rienda suelta a todos mis apetitos en el mundo; era la hora de una gran revisión de mis valores. No podía eludir esa verdad. Era demasiado desgraciado, y, evidentemente, había demasiado error en mi hedonismo extraño, vago y egoísta.

No tuve que hacer mucha reflexión sobre el año que había pasado en Cambridge para que ella me mostrara que todos mis sueños de fantásticos placeres y deleites eran locos y absurdos y que todo lo que había alcanzado se había reducido a cenizas en mis manos y que yo mismo, por añadidura, me había vuelto una especie muy desagradable de persona... vana, egocéntrica, disoluta, débil, irresoluta, indisciplinada, sensual, obscena y orgullosa. Era yo una confusión. Hasta la vista de mi rostro en el espejo era suficiente para disgustarme.

Cuando me pregunté las razones de todo esto, el terreno estaba bien preparado. Mi mente apuntaba ya a lo que parecía ser una puerta abierta de mi cárcel espiritual. Hacía unos cuatro años que había leído por primera vez el Manifiesto Comunista y nunca lo había olvidado completamente. Una de aquellas vacaciones de Navidad, en Estrasburgo, había leído, en unos libros sobre la Rusia soviética, cómo todas las fábricas trabajaban horas extraordinarias y todos los ex mujiks mostraban grandes sonrisas en sus caras, dando la bienvenida a los aviadores rusos a su regreso de los vuelos polares, llevando ramas de los árboles en sus manos. Entonces iba con frecuencia a ver películas rusas, que eran muy buenas desde el punto de vista técnico, aunque probablemente no tan buenas como pensaba, en mi gran ansiedad por darles mi aprobación.

Por último, abrigaba en mi mente el mito de que la Rusia soviética era la amiga de todas las artes y el único lugar en donde el arte verdadero podía encontrar refugio en un mundo de fealdad burguesa. Dónde adquirí esa idea es difícil de averiguar y cómo me las arreglé para pegarme a ella durante tanto tiempo es más difícil aún, cuando se considera todas las fotos que circulaban y que cualquiera podía ver, mostrando la Plaza Roja con cuadros gigantescos de Stalin en las paredes de los edificios más feos del mundo... sin mencionar las vistas del proyectado monumento a Lenin, como una enorme montaña de escultura de jabón y el padrecito del comunismo de pie en lo alto alargando una de sus manos. Luego, cuando fui a Nueva York en verano, encontré el *New Masses* tirado por los estudios de mis amigos y, por otra parte, una cantidad de personas que conocí eran miembros del partido o estaban muy cerca de serlo.

Así pues, cuando me llegó la hora de emplear mi provisión espiritual, era lógico que lo hiciera proyectando toda mi condición en la esfera de la historia económica y la lucha de clases. En otras palabras, la conclusión a que llegué era que no tenía que censurarme tanto a mí mismo por mi desgracia, sino a la sociedad en que vivía.

Consideraba la persona que ahora era, la persona que había estado en Cambridge, lo que yo había hecho de mí mismo, y veía bastante claramente que era producto de mis tiempos, mi sociedad y mi clase. Era yo algo que había sido producido por el egoísmo e irresponsabilidad del siglo materialista en que vivía. Sin embargo, lo que no veía era que mi propio tiempo y clase solamente representarían una parte accidental en esto. Dieron a mi egoísmo y orgullo y a mis otros pecados un carácter peculiar de petulancia débil y arrogante, propia de este particular siglo: pero eso era solamente en la superficie. Por debajo, era la misma vieja historia de codicia, lujuria y amor propio, de las tres concupiscencias criadas en la maleza fértil y podrida de lo que se llama técnicamente "el mundo", en cada edad, en cada clase.

"Si cualquier hombre ama el mundo, la caridad del Padre no está en él. Pues todo lo que hay en el mundo es la concupiscencia de la carne y la concupiscencia de los ojos y el orgullo de la vida." Es decir, todos los hombres que viven solamente según sus cinco sentidos y no buscan nada más allá de la satisfacción de sus apetitos naturales de placer, reputación y poderío, se separan de aquella caridad que es el principio de toda vitalidad espiritual y felicidad porque sólo ella nos protege del estéril yermo de nuestro egoísmo abominable.

Es verdad que la sociedad materialista, la llamada cultura que ha nacido bajo las tiernas misericordias del capitalismo, ha producido lo que parece ser el límite último de esta mundanidad. En ninguna parte, excepto acaso en la sociedad análoga de la Roma pagana, ha habido nunca un florecimiento tal de lujurias y vanidades baratas, mezquinas y repulsivas como en el mundo del capitalismo, donde no hay mal que no se fomente y estimule por hacer dinero. Vivimos en una sociedad cuya política entera consiste en excitar todos los nervios del cuerpo humano y mantenerlos al más alto punto de tensión artificial, para llevar todo deseo humano al límite y crear tantos deseos nuevos y pasiones sintéticas como sean posibles, a fin de abastecerlos con los productos de nuestras fábricas e imprentas, estudios de cine y todo lo demás.

Siendo hijo de artista, nací enemigo juramentado de todo

lo que claramente podía llamarse "burgués", y ahora sólo tenía que expresar esa aversión en términos económicos y extenderla para cubrir más terreno del que había cubierto antes... es decir, incluir a algo que pudiera clasificarse como semifascista, como D. H. Lawrence y muchos de los artistas que pensaban que eran rebeldes sin serlo realmente... y tenía mi nueva religión dispuesta para uso inmediato.

Era una religión fácil y manual... demasiado fácil en verdad. Me decía que todos los males del mundo eran el producto del capitalismo. Por consiguiente, todo lo que había que hacer para librarse de los males del mundo era librarse del capitalismo. Esto no sería muy difícil, pues el capitalismo contenía los gérmenes de su propia decadencia (y eso es ciertamente una verdad muy clara que nadie se molestaría en negar, ni aun los defensores más estúpidos del sistema ahora vigente: pues nuestras guerras son bien elocuentes en lo que tienen que decir sobre el asunto). Una minoría activa y culta... y esta minoría se entendía compuesta de los elementos más inteligentes y vitales de la sociedad, iba a tener la doble tarea de hacer a la clase oprimida, el proletariado, consciente de su propio poder y destino como futuro poseedor de todos los medios de producción y "minar desde dentro" a fin de ganar el control del poder por todos los medios posibles. Alguna violencia, sin duda, sería necesaria probablemente, pero sólo a causa de la reacción inevitable del capitalismo por el uso de métodos fascistas para mantener al proletariado en la sumisión.

Era al capitalismo a quien había que censurar por todo lo desagradable, hasta por la violencia de la revolución misma. Ahora, por supuesto, la revolución había dado el primer paso victorioso en Rusia. La dictadura del proletariado ya se había implantado allí. Tenía que extenderse por el resto del mundo antes de que pudiera decirse que la revolución había sido realmente un éxito. Pero una vez que así hubiera sido, derribado completamente el capitalismo, el semiestado, o dictadura del proletariado, sería un asunto temporal. Sería una especie de tutor de la revolución, un tutor de la nueva sociedad sin clases, durante su minoridad. Pero tan pronto como los ciudadanos del nuevo mundo sin clases hubieran exterminado la codicia extraída de ellos por educación con métodos cultos, desaparecerían los últimos vestigios del "Estado" y habría un nuevo mundo, una nueva edad de oro, en la cual toda propiedad sería tenida en común, al menos todas las riquezas capitales, toda la tierra, medios de producción y demás, y nadie

desearía apoderarse de ellas para sí; de este modo ya no habría pobreza, ni más guerras, ni más miseria, ni más hambre, ni más violencia. Todos serían felices. Nadie sería esclavizado en el trabajo. Todos cambiarían amigablemente sus mujeres siempre que así lo quisieran, y sus hijos serían criados en incubadoras grandes y brillantes, no por el Estado porque no habría ningún Estado, sino por aquella cantidad irracional, grande y bella, la encantadora y deliciosa cantidad desconocida de la nueva "Sociedad sin clases".

No creo siquiera que fuese bastante cándido para tragarme todo el asunto de la última bienaventuranza que seguiría a la desaparición del Estado... leyenda más ingenua y mucho más simplificada que la feliz tierra de caza del indio más primitivo. Pero simplemente presumía que las cosas serían resueltas por los hombres adecuados, a su debido tiempo. Por el momento, lo que se necesitaba era librarse del capitalismo.

Lo que me hizo parecer el comunismo tan plausible fue mi carencia de lógica, que no sabía distinguir entre la realidad de los *males* que el comunismo intentaba vencer y la validez de su diagnosis y el remedio elegido.

Pues no puede haber duda de que la sociedad moderna está en una condición terrible, que sus guerras y depresiones, sus barrios bajos y todos sus otros males son principalmente los frutos de un injusto sistema social, sistema que debe reformarse y purificarse o, si no, ser reemplazado. Sin embargo, si estáis equivocados, ¿me hace esto tener razón? Si sois malos, ¿prueba esto que yo soy bueno? La principal debilidad del comunismo es que es, él mismo, sólo otra casta del mismo materialismo que es la fuente y raíz de todos los males que tan claramente ve, y, evidentemente, nada más que otro producto del agotamiento del sistema capitalista. En verdad, parece elaborado con las ruinas de la misma ideología que una vez penetró en la estructura intelectual, vasta y amorfa, que sostuvo el capitalismo en el siglo diecinueve.

No sé cómo nadie que pretenda saber algo de historia puede ser tan ingenuo para suponer que, después de todos estos siglos de sistemas sociales corrompidos e imperfectos, va a salir de ellos al final algo perfecto y puro... el bien del mal, lo inmutable, estable y eterno de lo variable y mudable, lo justo de lo injusto. Pero acaso la revolución es una contradicción de la evolución y por lo tanto significa la sustitución de lo injusto por lo justo, del mal por el bien. Y, sin embargo, es asimismo ingenuo suponer que miembros de la misma especie humana, sin haber cambiado nada más que sus ideas, den

la vuelta y produzcan una sociedad perfecta, siendo así que, en el pasado, no han sabido producir sino imperfección y, a lo más, la más ligera sombra de justicia.

No obstante, como digo, tal vez la esperanza que súbitamente empezó a crecer en mi pecho en tanto permanecía en la cubierta de este buque, en viaje de diez días, yendo a Nueva York, vía Halifax, era ampliamente subjetiva e imaginaria. La asociación de ese estado, en mi mente, con el aire fresco y el mar, un sano sentimiento y una porción de buenas resoluciones, coincidiendo con unas pocas nociones superficiales del marxismo, me habían hecho —como a tantos otros— un comunista en mi fantasía, e iba a ser uno de los centenares de miles de hombres que viven en Norteamérica que gustan de comprar algún folleto comunista, escuchan sin rencor a un orador comunista y expresan abierto disgusto por los que atacan al comunismo, justamente porque saben que hay mucha injusticia y sufrimiento en el mundo y, en alguna parte, aprehendieron la idea de que los comunistas son los que se esfuerzan muy sinceramente por hacer algo sobre ello.

Se añadía a esto mi personal convicción, resultado del esfuerzo inseguro y mal dirigido de reforma moral, de que debía ahora dedicarme al bien de la sociedad y aplicar mi inteligencia, al menos hasta cierto punto, a los tremendos problemas de mi tiempo.

No sé cuánto bien había en esto: pero pienso que había alguno. Era, supongo, el conocimiento de mi egoísmo, mi deseo de repararlo desarrollando una especie de conciencia política y social. Por el momento, en mi primer fervor, me sentía anhelante de hacer sacrificios para este fin. Quería dedicarme a las causas de la paz y justicia del mundo. Quería hacer algo positivo para interrumpir y desviar el concentrado impulso que estaba arrastrando a todo el mundo a otra guerra... y sentía que había algo que podía hacer, no solo, sino como miembro de un grupo activo.

Era una tarde brillante y helada cuando, habiendo pasado Nantucket Light, vimos la larga línea costera, baja y amarilla, de Long Island resplandeciendo pálidamente al sol de diciembre. Pero cuando entramos en el puerto de Nueva York las luces ya se estaban encendiendo, centelleando como joyas en los edificios duros y bien delineados. La ciudad grande y afable que era a la vez joven y vieja, sensata e inocente, gritaba en la noche invernal cuando pasamos la Battery y nos dirigimos al North River. Me alegraba mucho de ser inmigrante una vez más.

Bajé al muelle con un gran sentimiento de confianza y posesión. "¡Nueva York, eres mía! ¡Te amo!" Es el alegre abrazo que da a sus enamorados la ciudad grande y alocada; pero últimamente presumo que es para la ruina de ellos. Ciertamente no probó ser nada bueno para mí.

Con mi mente en la fermentación en que estaba, pensé por un momento inscribirme en los cursos de la Escuela Nueva de Investigación Social, en el lujoso y oscuro edificio de la calle doce, pero fácilmente me persuadí de que valía más acabar un curso regular universitario y alcanzar un grado. Y por lo tanto empecé todos los complicados preámbulos de admisión en Columbia.

Salí del ferrocarril subterráneo a la calle 116. Por todos los alrededores del colegio había montones de nieve sucia y aspiraba yo el aire húmedo y débilmente estimulante de Morningside Heights en tiempo invernal. Los edificios grandes y feos miraban al mundo con una especie de indiferencia sin presunción y la gente apresurada entraba y salía por las puertas vidrieras sin nada del vestuario de fantasía del estudiante de Cambridge... sin corbatas multicolores y chaquetas ligeras y chalinas, ni ternos y calzones de montar, ni afectaciones de ninguna clase, sino solamente con los abrigos sencillos y parduscos de las masas de la ciudad. Se tenía la impresión de que todas estas gentes eran a la vez más serias y más humildes, más pobres, más inteligentes acaso y, ciertamente, más aplicadas que las que había conocido en Cambridge.

Columbia está, en su mayor parte, despojada del ritual académico de fantasía. Los birretes y togas se reservan para las ocasiones a que, por cierto, nadie está realmente obligado a asistir. Me mezclé yo en una de ellas por puro accidente, varios meses después que obtuve mi grado, arrollado en una funda de cartón, por una de las ventanillas del departamento de inscripción, tipo oficina de correos, del vestíbulo de la universidad.

Comparada con Cambridge, esta enorme fábrica fuliginosa estaba llena de luz y aire fresco. Flotaba en el aire una vitalidad intelectual auténtica, al menos relativamente hablando. Acaso la razón era que la mayoría de los estudiantes tenían que trabajar para pagar cada hora de clase. Por eso apreciaban lo que adquirían, aunque no había mucho que apreciar en ello. Impresionaba la nueva biblioteca, grande, brillante y lujosa, con un sistema complicado de *tiquets* y luces, en el principal pupitre de préstamos; de allí pronto salí con un montón de libros debajo del brazo, libros que me excita-

ban más de lo que ahora puedo comprender. Creo que no eran los libros mismos, sino mi sentido de energía y resolución, los que me hacían pensar que todo era más interesante de lo que en realidad era.

¿Qué encontraba, por ejemplo, para subyugarme, en un libro de estética de un hombre llamado Yrjö Hirn? No lo puedo recordar. A pesar de mi disgusto congénito por el platonismo, era feliz con las *Enéadas* de Plotino, en la traducción de Marsilio Ficino en latín. La verdad es que hay una considerable diferencia entre Platón y Plotino, pero no soy lo bastante filósofo para saber en qué consiste. Gracias a Dios, nunca más tendré que intentar averiguarlo tampoco. Pero de cualquier modo, arrastré este enorme volumen al ferrocarril subterráneo y lo llevé en el ferrocarril de Long Island hacia la casa de Douglaston, donde tenía una habitación con un gran armario, cerrado con vidrieras, lleno de folletos comunistas y libros de psicoanálisis, en el cual la pequeña Vulgata que comprara en Roma yacía olvidada y fuera de lugar...

Por alguna razón me interesé vivamente en Daniel Defoe, leí toda su vida y me sumergí en la mayoría de los extraños trabajos periodísticos de literatura que él realizó además de *Robinson Crusoe*. Hice un héroe para mí de Jonathan Swift, a causa de su literatura. Hacia mayo de aquel año recuerdo que fui a la librería de Columbia y vendí un ejemplar de los ensayos de T. S. Eliot y unas cuantas otras cosas de las que me estaba desembarazando en reacción consciente contra lo refinado... como si todo eso fuera demasiado burgués para mi nueva personalidad seria y práctica.

Luego, debido al plan de estudios amplio y general de una universidad norteamericana, que, en vez de procurar enseñar a uno alguna cosa completamente, se esfuerza por dar a sus estudiantes un conocimiento superficial de todo, me encontré suavemente interesado en cosas como la geología y la economía, maldiciendo interiormente un curso vago y grande de acontecimientos del día llamado "Civilización contemporánea", que era impuesto a todos los estudiantes de segundo año sin tener en cuenta sus gustos.

Pronto estuve atiborrado de toda la jerga económica y seudocientífica adecuada para un buen hombre de Columbia y me aclimaté al nuevo ambiente que había encontrado tan simpático. Eso era verdad. Columbia, comparada con Cambridge, era un lugar amistoso. Cuando se tenía que ir a ver a un profesor, ayudante o decano sobre algo, le decía a uno, más o menos sencillamente, lo que necesitaba uno saber. La úni-

ca molestia era que generalmente había que esperar una media hora antes de poder ver a alguien. Pero llegado el momento, no había evasivas misteriosas ni nada del pomposo andarse por las ramas, en medio de sutiles alusiones académicas y unas cuantas ingeniosidades insípidas, que era lo que se podía alcanzar de casi todos en Cambridge, donde cultivaban una manera especial propia y tenían su estilo individual y peculiar. Supongo que esta artificialidad es algo que hay que esperar en una universidad. Para que un hombre pueda ser absolutamente sincero con una generación tras otra de estudiantes se requiere, o una simplicidad sobrenatural, o, en el orden natural, una especie de humildad heroica.

Había —y aún hay— un hombre en Columbia, o más bien uno entre varios, que era muy notable por esta especie de heroísmo: Mark Van Doren.

El primer semestre que estuve en Columbia, justamente después de mi vigésimo aniversario, en el invierno de 1935, Mark daba parte de su "Serie Inglesa" en una de aquellas aulas de Hamilton Hall, con ventanas que se abrían, entre grandes columnas, a la senda alambrada de South Field. Había doce o quince individuos, algo despeinados, muchos de ellos con lentes, haraganeando. Uno de ellos era mi amigo Robert Gibney.

Era una clase de literatura inglesa y no tenía tendencia especial de ninguna clase. Era simplemente lo que tenía que ser: la literatura inglesa del siglo dieciocho. En ella se trataba la literatura, no como historia, ni como sociología, ni como economía, ni como una serie de casos clínicos de psicoanálisis, sino, *mirabile dictu*, simplemente como literatura.

Pensaba para mis adentros: ¿quién es este excelente Van Doren que, empleado para enseñar literatura, enseña justamente eso; habla de literatura, libros, poemas y obras teatrales; no sale por la tangente sobre biografías de los poetas o novelistas, no introduce en los poemas de otros una cantidad de mensajes subjetivos que nunca estuvieron allí? ¿Quién es este hombre que no tiene que fingir y llenar una gran laguna de ignorancia enseñando un cúmulo de opiniones y conjeturas y hechos útiles que pertenecen a alguna otra materia? ¿Quién es este que realmente ama lo que tiene que enseñar y no aborrece en secreto toda la literatura ni odia la poesía, en tanto pretende ser su profesor?

Que Columbia tuviera en su seno hombres como éste que, en vez de destruir sutilmente toda la literatura enterrándola y ocultándola bajo una capa de impertinencias, realmente puri-

ficaba y educaba las percepciones de sus alumnos enseñándoles a leer un libro y a distinguir un libro bueno de uno malo, la literatura auténtica de la apócrifa y su imitación servil: todo esto me llenaba de profundo respeto por mi nueva universidad.

Mark entraba en el aula y, sin floreos, empezaba a hablar sobre lo que tenía que hablar. Muchas veces hacía preguntas. Sus preguntas eran muy buenas y, si procurabais contestarlas inteligentemente, os encontrabais diciendo excelentes cosas que ignorabais que supieseis y que no habíais sabido, ciertamente, antes. Él las había "educido" de vosotros, por su pregunta. Sus clases eran literalmente "educación"... os sacaban cosas de vosotros, hacían que vuestra inteligencia exhibiera explícitas sus propias ideas. No creáis que Mark simplemente suministraba pensamientos propios a sus alumnos, que les hacía luego asimilar como si fueran de ellos. Lejos de eso. Lo que él tenía era el don de comunicarles algo de su interés vital en las cosas, algo de su manera de acercarse a ellas: pero los resultados eran completamente inesperados a veces... y por eso quiero decir buenos, en un sentido que no había anticipado él, arrojando luces que no había previsto.

Un hombre que puede pasar año tras año —aunque Mark era joven entonces y es joven ahora— sin tener tiempo que perder en lisonjear y halagar a sus alumnos con alguna clase de teatralidad, ni con chistes, ni con explosiones de carácter, ni con diatribas periódicas —clases enteras pasadas en amenazas e imprecaciones, para disimular el hecho de que el profesor mismo había venido sin prepararse—, uno que puede hacerlo sin estos elementos inesenciales, a la vez honra su vocación y la hace fructífera. No sólo eso, sino que su vocación, en reciprocidad, lo perfecciona y ennoblece. Y si es la manera como debiera ser, aun en el orden natural: ¡cuánto más en el orden de la gracia!

Mark, lo sé yo, no es extraño al orden de la gracia: pero considerando su obra de maestro simplemente como misión en el nivel natural... puedo ver que la Providencia se está sirviendo de él como instrumento más directamente de lo que se daba cuenta. Por lo que puedo ver, la influencia del entendimiento sobrio y sincero de Mark, y su modo de tratar la materia con perfecta honradez y objetividad, sin evasivas, estaban preparando remotamente mi mente para recibir la buena semilla de la filosofía escolástica. No hay nada extraño en esto, pues Mark mismo había intimado, al menos, con algunos de los escolásticos modernos, como Maritain y Gilson, y

era amigo de los neotomistas americanos, Mortimer Adler y Richard McKeon, que habían empezado en Columbia pero habían tenido que trasladarse a Chicago, porque Columbia no estaba bastante madura para saber qué hacer con ellos.

La verdad es que el temperamento de Mark era profundamente escolástico en el sentido de que su clara inteligencia buscaba directamente las esencias de las cosas e investigaba el ser y la sustancia bajo la cubierta del accidente y las apariencias. Para él la poesía era, verdaderamente, una virtud del entendimiento práctico, no simplemente un vago rebosar de emociones, gastando el alma y no perfeccionando ninguna de nuestras facultades esenciales.

Era debido a este virtual escolasticismo suyo que Mark no se permitía incurrir en los ingenuos errores de los que procuran ver alguna doctrina particular favorita en todo poeta que les gusta de cada nación o cada edad. Mark aborrecía la presumida audacia con que críticos de segunda categoría del ala izquierda encuentran esbozos de materialismo dialéctico en todos los que escribieron desde Homero y Shakespeare hasta cualquiera que les guste de los tiempos recientes. Si el poeta es a capricho suyo, entonces se lo ve claramente predicando la lucha de clases. Si no le gusta, entonces pueden demostrar que era realmente un precursor del fascismo. Y todos sus héroes literarios son caudillos revolucionarios, todos sus villanos favoritos son capitalistas y nazis.

Fue una cosa muy buena para mí que diera con alguien como Mark Van Doren en ese tiempo particular, porque en mi nueva adoración del comunismo corría el peligro de aceptar dócilmente cualquier clase de estupidez, con tal de que pensara que era algo que pavimentaba el camino de los Campos Elíseos de la sociedad sin clases.

II

Hay una clase de leyenda en Nueva York, fomentada por los periódicos de Hearst, sobre que Columbia era un foco comunista. Se suponía que todos los profesores y estudiantes eran rojos, excepto acaso el rector de la universidad, Nicholas Murray Butler, que vivía en solitaria miseria en su gran casa de ladrillo de Morningside Drive. No dudo de que la miseria del pobre anciano era real y que su aislamiento de mu-

chos de la universidad era verdadero. Pero la afirmación de que todos los de la universidad eran comunistas estaba lejos de ser cierta.

Sé, por lo que a la facultad se refiere, que la universidad de Columbia estaba dispuesta en círculos concéntricos, en torno de un núcleo sólido de rancidez honrada: los veteranos, los amados de los síndicos y los alumnos y la guardia intelectual de honor de Butler. Además había un círculo interior de sociólogos, economistas y jurisconsultos, cuyo mundo era un misterio para mí y que ejercían una influencia poderosa en Washington bajo el New Deal. Sobre ellos y sus satélites nunca supe nada, excepto que no eran ciertamente comunistas. Luego venía la pequeña constelación de pragmatistas de la escuela de filosofía y todos los millares de pálidos hijos espirituales suyos, de las selvas de Teachers College y New College. No eran comunistas tampoco. Irradiaban una poderosa influencia por todo el Medio Oeste americano y estaban en gran escala influidos por aquellos sobre quienes procuraban influir, de suerte que Teachers College siempre defendía lo incoloro y la mediocridad y el *conductismo* ingenuo y desventurado. Estos tres grupos constituían entonces la Columbia real. Supongo que todos se enorgullecían de su liberalismo, pero eso es precisamente lo que eran: "liberales", no comunistas, y atraían sobre sus cabezas todo el desprecio que los comunistas podían arrojarles por su posición de compromiso habitual.

No entiendo mucho de política. Además, estaría fuera del campo de mi vocación actual si intentara hacer cualquier análisis político de algo. Pero puedo decir que había, en ese tiempo, bastantes comunistas o simpatizantes comunistas entre los estudiantes, especialmente en Columbia College, donde la mayoría de los estudiantes más inteligentes eran rojos.

Los comunistas tenían el control de la prensa del colegio y eran fuertes en algunas otras publicaciones y en la junta estudiantil. Pero este comunismo del colegio era más un asunto del ruido que de otra cosa, al menos por lo que se refiere a la masa del partido.

The Spectator siempre estaba emprendiendo alguna clase de campaña y llamando a mítines de masa, huelgas y demostraciones. Luego los muchachos de la fraternidad, que se dedicaban a jugar de "fascistas" en este juego de niños, se levantaban en los edificios de clase y abrían las mangueras de vapor hacia los que estaban en torno de un orador comunista. Todo se publicaba en el *Journal* de Nueva York aquella

noche y todos los alumnos se ahogaban en su sopa de ternera en Columbia Club.

Por el tiempo que llegué a Columbia los comunistas habían decidido celebrar sus mítines junto al reloj de sol de la calle 116, en medio del espacio muy abierto entre la antigua biblioteca cupulada y South Field. Esto estaba bien fuera del alcance de las mangueras de vapor del edificio del periodismo y Hamilton Hall. El primer mitin a que asistí allí fue muy tranquilo. Era contra el fascismo italiano. Hubo uno o dos discursos... por alumnos que se ejercitaban en el arte. Los que estaban a su alrededor eran principalmente miembros de la Liga Nacional de Estudiantes, que estaban presentes por sentido del deber o partidismo. Unos cuantos transeúntes curiosos se detuvieron un rato, de paso al ferrocarril subterráneo. No había mucha animación. Una muchacha con una greña de cabello negro estaba de pie, enarbolando un cartel con algún juicio sobre el fascismo. Alguien me vendió un folleto.

En seguida di con el hombrecito rechoncho, serio, tranquilo, de sobretodo gris, un comunista de la parte baja de la ciudad, sin sombrero, de pelo negro, que dirigía el asunto. No era estudiante. Era el verdadero comunista. Éste era su oficio: formar y educar el material que se le ofrecía en Columbia. Tenía un ayudante, un joven, y los dos estaban atareados. Me dirigí a él y empecé a hablarle. Cuando me escuchó y prestó atención a mis ideas y pareció aprobar mi interés, quedé muy halagado. Tomó mi nombre y dirección y me dijo que fuera a las reuniones de la Liga.

Pronto estuve andando arriba y abajo, por delante de la *Casa Italiana*, llevando dos letreros, en el frente y atrás, acusando a Italia de la injusticia de la invasión de Etiopía que acababa de empezar o estaba a punto de serlo. Puesto que la acusación era manifiestamente cierta, sentía algo de satisfacción en proclamarla silenciosamente, de piquete. Éramos dos o tres. Durante hora y media o dos estuvimos subiendo y bajando por el pavimento de la avenida de Amsterdam, en la tarde gris, llevando nuestras horrendas acusaciones, mientras el fogoso sentimiento de justificación ardía intensamente en nuestros corazones, aun a pesar del fastidio externo.

Durante todo este tiempo nadie se acercó a la *Casa Italiana*, y hasta empezaba a preguntarme si habría alguien en su interior. La única persona que se nos acercó fue un joven italiano con aspecto de jugador de fútbol de primer curso e intentó entrar en discusión. Pero era demasiado callado. Se fue murmurando que los periódicos de Hearst eran muy excelen-

tes debido a los premios que ofrecían, en abierta competición, a sus muchos lectores.

No me acuerdo de cómo terminó lo de los piquetes: si aguardamos a alguien que viniera a relevarnos, o si decidimos sólo que habíamos hecho bastante y soltamos nuestros letreros y nos marchamos. Pero de cualquier modo experimentaba el sentimiento de que había hecho algo que era bueno, aunque sólo fuera un gesto: pues no parecía ciertamente haber realizado nada. Pero al menos había hecho algo así como una pública confesión de fe. Había dicho que estaba contra la guerra... contra toda guerra. Que creía que las guerras eran injustas. Que pensaba que sólo podían arruinar y destruir al mundo... Alguien preguntará cómo me las arreglé para sacar todo esto del cartel que llevaba. Pero por lo que recuerdo, ésa era la línea del partido... al menos era la línea ostentada ante el público.

Aún puedo oír el canto cansado y resuelto de los estudiantes en las demostraciones del colegio: "¡Libros, no barcos de guerra!" "¡Abajo las guerras!" No se hacía distinción. Era guerra tal como esa que odiábamos y de la cual decíamos que no queríamos más. Queríamos libros, no barcos de guerra, decíamos. Todos nos consumíamos en la sed de conocimiento, de mejoramiento espiritual e intelectual. Y ahora los malvados capitalistas obligaban a los gobiernos a enriquecerlos comprando armamentos y construyendo buques de guerra, aviones y tanques, cuando el dinero debiera gastarse en volúmenes culturales amables para nosotros los estudiantes. Ahora estábamos en el umbral de la vida, gritábamos: nuestras manos se abrían para la educación y la cultura. ¿Iba el gobierno a ponernos en ellas un fusil y mandarnos a otra guerra imperialista? La línea de razonamiento detrás de todo esto clamaba definitivamente, en 1935, que toda guerra era una guerra imperialista. La guerra, según la línea del partido en 1935, era una diversión exclusivamente capitalista. Era pura y simplemente un recurso para enriquecer a los fabricantes de armamentos y a los banqueros internacionales, acumulando para sí fortunas con la sangre de los trabajadores y estudiantes.

Uno de los grandes acontecimientos políticos de esa primavera fue una "huelga de paz". Nunca pude comprender completamente por virtud de qué principio un estudiante podía llegar a considerarse en huelga no asistiendo a una clase. Supongo que equivalía a una especie de desafío de la autoridad: pero era un desafío que no costaba nada a nadie, excepto acaso al estudiante mismo. Y, además, estaba yo muy acos-

tumbrado a no asistir a las clases siempre que se me antojaba y me parecía algo altisonante expresarlo con el nombre de "huelga". Sin embargo, otro de aquellos días grises estuvimos de "huelga" y esta vez hubo varios centenares de alumnos del colegio secundario superior y hasta uno o dos miembros de la facultad subieron a la tribuna y dijeron algo.

No eran todos comunistas, pero todos los discursos tenían más o menos el mismo ingrediente: que era absurdo siquiera pensar en una cosa tal como la guerra en nuestro tiempo. Nadie quería la guerra: no había justificación alguna para guerra de ninguna clase de parte de nadie y, por consiguiente, si estallaba una guerra sería ciertamente el resultado de una intriga capitalista y se le debía oponer firme resistencia por todos, cualesquiera que fueran sus conciencias.

Ésa era la clase de posición que me atraía, que seducía mi mente en ese tiempo. Parecía cortar por en medio todas las complejidades con su simplicidad arrolladora e inflexible. Toda guerra era simplemente injusta, y así era. Lo que había que hacer era plegarse de brazos y negarse a luchar. Si todos lo hacían así, no habría más guerras.

Ésa no podía haber sido la posición comunista, pero al menos yo pensaba que lo era. De cualquier modo, el tema de este particular mitin era el "compromiso de Oxford". Las palabras de ese compromiso estaban escritas con enormes letras en un cartel grande que colgaba suelto al aire por encima de la tribuna de los oradores y todos los oradores agitaban sus brazos hacia él y lo ensalzaban, lo repetían y nos lo recomendaban con ahínco, y al fin todos lo tomamos, lo aclamamos y solemnemente nos empeñamos con él.

Tal vez, actualmente, todos hayan olvidado qué era el compromiso de Oxford. Era una resolución que había sido aprobada por la Unión de Oxford, que decía que ellos, estos particulares estudiantes de Oxford, simplemente se negarían a luchar por el Rey y la Nación en cualquier guerra. El hecho de que una mayoría de los que se encontraron en una reunión de un círculo universitario en debate, una noche, votara de ese modo no comprometía ciertamente a toda la universidad, ni siquiera a ninguno de los votantes, según decía la resolución, y fueron otros grupos estudiantiles, de todo el mundo, quienes la habían transformado en un "compromiso". Este "compromiso" fue aceptado luego por centenares de miles de estudiantes de todas las clases de escuelas, colegios y universidades, con algo de solemnidad que pudiera aparentar como si se comprometiesen con él... del modo que hacíamos

en Columbia ese día. Todo esto estaba generalmente inspirado por los rojos, que eran muy adictos al compromiso de Oxford aquel año...

Sin embargo, al año siguiente estalló la Guerra Civil Española. Lo primero que oí sobre esa guerra fue que uno de los principales oradores de la huelga de la paz de 1935, que había sido tan entusiasta de ese glorioso compromiso de no combatir en ninguna guerra, luchaba en el Ejército Rojo contra Franco y toda la L. N. E. estaba boicoteando a todo el que parecía creer que la guerra de España no era sacrosanta ni una cruzada de los trabajadores contra el fascismo.

Lo que me deja perplejo es lo siguiente: ¿qué pensábamos todos los de la escuela superior de Columbia, incluyéndome a mí mismo; qué hacíamos cuando aceptábamos aquel compromiso? ¿Qué significaba un compromiso para nosotros? ¿Cómo podíamos obligarnos? Los comunistas no creen en cosas tales como una ley natural o la ley de la conciencia, aunque lo simulen. Siempre están clamando contra la injusticia del capitalismo y, no obstante, de hecho, dicen muy a menudo con idéntico ardor que el mismo concepto de justicia es simplemente un mito inventado por las clases dirigentes para seducir y engañar al proletariado.

Por lo que puedo recordar, parece que lo que muchos de nosotros estábamos haciendo, cuando aceptamos aquel compromiso, era sólo expresar una manifestación pública, y hacerla con números suficientes, como esperábamos, para influir en los políticos. No había intención de atarnos con obligación alguna. La idea no se nos ocurrió nunca. Muchos de nosotros probablemente pensábamos en secreto que éramos dioses de cualquier modo y por lo tanto la única ley que teníamos que obedecer eran nuestras inefables y mezquinas voluntades. Era suficiente decir que no queríamos ir a la guerra por nadie: eso era bastante. Y si, después, cambiábamos nuestras ideas... bien, ¿no éramos nuestros propios dioses?

Es un universo refinado y complejo el universo comunista: gravita hacia la estabilidad, armonía, paz y orden en los polos de un oportunismo que es completamente irresponsable y errante. Su única ley es hacer lo que parezca aprovechable para sí según el momento. Por otra parte, eso parece haberse convertido en la regla de todos los partidos políticos modernos. No tengo nada que decir sobre el caso. No confieso asombrarme ni descorazonarme porque tal cosa haya sido posible. Dejad a los muertos que entierren a sus muertos: tienen ellos ciertamente bastantes que enterrar. Es el fruto de su

filosofía el que así sea: es todo lo que necesitan que se les recuerde. Pero no podéis hacérselo creer.

Me había formado una especie de retrato ideal del comunismo en mi mente y ahora encontraba que la realidad era un desengaño. Supongo que mis sueños de un día eran los suyos también. Pero ningún sueño es real.

Había pensado que los comunistas eran gentes tranquilas, fuertes y definidas, con ideas muy claras de lo que estaba mal en todo. Hombres que conocían la solución y estaban dispuestos a pagar cualquier precio para aplicar el remedio. Su remedio era simple, justo y puro y resolvería definitivamente los males de la sociedad, haría a los hombres felices y traería la paz al mundo.

Ciertamente algunos de ellos eran tranquilos, fuertes y tenían algo de la paz mental que procedía de convicciones definidas y de una devoción real a su causa, salida de motivos de una caridad natural vaga y un sentido de justicia. Pero lo malo de sus convicciones era que las constituían prejuicios extraños y obstinados, incrustados en sus mentes por el encantamiento de estadísticas, sin ningún fundamento intelectual sólido. Y habiendo decidido que Dios es una invención de las clases dirigentes, habiéndolo excluido y con Él todo el orden moral, pretendían establecer una especie de sistema moral aboliendo toda la moralidad en su misma fuente. De hecho, la misma palabra moralidad les era algo repugnante. Querían hacerlo todo justo y negaban los criterios que nos han legado para distinguir entre lo justo y lo injusto.

Por ello, es una muestra de la inestabilidad intelectual del comunismo y de la debilidad de sus fundamentos filosóficos, que la mayoría de los comunistas son, virtualmente, gentes ruidosas, superficiales y violentas, despedazadas por mezquinos celos, odios de facción, envidias y rivalidades. Gritan y alardean y generalmente dan la impresión de que se odian profundamente unos a otros, aunque se suponga que pertenecen a la misma secta. En cuanto al odio interseccional que prevalece entre las diferentes ramas del radicalismo, es mucho más agrio y virulento que el odio más o menos absoluto y abstracto hacia el gran enemigo general, el capitalismo. Todo esto es una explicación de cosas tales como las ejecuciones al por mayor de los comunistas que han desplazado sus cátedras a una posición demasiado prominente en la antesala de la utopía que se cree que es la Unión Soviética.

III

Mi parte activa en la revolución del mundo no fue muy importante. Duró, en conjunto, unos tres meses. Estuve de piquete en la *Casa Italiana*, asistí a la huelga de paz y pienso que hice alguna clase de discurso en la gran aula del segundo piso de la escuela de comercio, donde la L. N. E. celebraba sus mítines. Acaso fue un discurso sobre el comunismo de Inglaterra... tópico sobre el cual no sabía en absoluto nada; en ese caso, viví lealmente según la tradición de la oratoria roja. Vendí algunos folletos y revistas. No sé lo que había en ellos, pero puedo deducir su contenido por las grandes caricaturas negras de los capitalistas bebiendo la sangre de los trabajadores.

Finalmente, los rojos celebraron una fiesta. Y en un lugar de categoría, en un piso de la Park Avenue. Esta ironía fue lo único divertido de ello. Aunque después de todo no era tan irónico. Era la casa de una muchacha de Barnard que pertenecía a la Liga de los Jóvenes Comunistas, cuyos padres habían salido de fin de semana. Pude hacerme un buen retrato de ellos por el aspecto del mobiliario y por los volúmenes de Nietzsche, Schopenhauer, Oscar Wilde e Ibsen que llenaban las estanterías de libros. Tenían un gran piano, magnífico, en el que alguien tocó a Beethoven en tanto los rojos se agrupaban sentados en el suelo. Más tarde formamos un grupo, estilo fogata de campamento de *boy scouts*, en el cuarto de estar, entonando pesadas canciones comunistas, incluso aquella clásica antirreligiosa: "Habrá pastel en el cielo cuando tú mueras."

Un pequeño sujeto de dientes de gamo y lentes con montura de cuerno señalaba dos ventanas de un rincón de una de las habitaciones. Ordenaron un recorrido de Park Avenue en una dirección y la calle que cruza la ciudad en otro. "¡Qué lugar para un nido de ametralladoras!", observó él. La expresión venía de un adolescente de la clase media. Era pronunciada en un piso de Park Avenue. No había visto él evidentemente nunca una ametralladora, excepto en el cine. Si hubiese habido una revolución en marcha por el momento, se habría contado probablemente entre los primeros a quienes habrían hecho saltar la cabeza los revolucionarios. En cualquier caso, él, como todos nosotros, había acabado de hacer famoso el compromiso de Oxford que decía que él no combatiría en ninguna clase de guerra...

Una razón por la que encontraba yo la fiesta tan aburrida

era que nadie sentía entusiasmo por traer algo de beber, excepto yo. Finalmente una de las muchachas me animó, en tono formal, para que saliera a buscar botellas de whisky de centeno de una licorería de los alrededores de la esquina de la Tercera Avenida, y cuando hube bebido algo del contenido me invitó a una habitación y me confirmó como miembro de la Liga de Jóvenes Comunistas. Tomé el nombre de partido de Frank Swift. Cuando levanté la cabeza del papel la muchacha había desaparecido como un sueño no demasiado inspirador, y me fui a casa en el ferrocarril de Long Island con el secreto de un nombre que he tenido mucha vergüenza de revelar a nadie hasta este momento en que estoy más allá de la humillación.

Asistí solamente a una reunión de la Liga de los Jóvenes Comunistas, en el aposento de un estudiante. Fue una discusión larga sobre por qué el camarada Fulano no asistía a ninguna de las reuniones. La respuesta fue que su padre era demasiado burgués para permitirlo. Después de eso salí a pasear por la calle desierta y dejé que la reunión terminara como quisiera.

Era agradable estar al aire fresco. Mis pasos resonaban en las oscuras piedras. Al final de la calle la luz pálida de ámbar de un bar me llamaba amorosamente desde abajo de las vigas de acero del ferrocarril aéreo. El local estaba vacío. Tomé un vaso de cerveza, encendí el cigarrillo y saboreé el primer momento dulce de silencio y alivio.

Ése fue el fin de mis días de revolucionario. Decidí que sería más sensato si quedaba justamente como "compañero de viaje". La verdad es que mi inspiración de hacer algo por el bien de la humanidad había sido muy débil y abstracta desde el principio. Estaba todavía interesado en hacer el bien por una sola persona en el mundo... yo mismo.

Llegó mayo, los árboles de Long Island estaban verdes y cuando el tren procedente de la ciudad pasó por Bayside y empezó a cruzar las paredes de Douglaston, podía verse la niebla suave y pálida del atardecer de verano flotando sobre la bahía y podían contarse los barcos que habían sido puestos a flote después del invierno, cabeceando, amarrados frente al extremo del pequeño dique. Ahora, en los largos atardeceres, el comedor todavía tenía luz con los rayos del sol cuando Pop llegaba a casa a cenar, cerrando de golpe la puerta principal, silbando al perro y dando un golpe en el tablero de la mesa de la sala con el diario de la noche, para hacer saber a todos que había llegado.

Pronto John Paul llegó a casa de su escuela de Pennsylva-

nia, mis exámenes terminaron y no teníamos nada que hacer más que ir a nadar y haraganear por la casa tocando discos animados. Por la noche íbamos a algún horrible cine donde casi nos moríamos de fastidio. No teníamos coche, y mi tío no nos permitía tocar el Buick de la familia. No me habría convenido, de todas maneras, porque nunca aprendí a conducir. Así muchas veces hacíamos un viaje hasta Great Neck y luego andábamos las dos o tres millas por la carretera ancha cuando el espectáculo había terminado.

¿Por qué íbamos a todos esos cines? Ése es otro misterio. Pero pienso que John Paul, yo y nuestros variados amigos debíamos de haber visto todas las películas que se produjeron, sin excepción, desde 1934 a 1937. Muchas de ellas eran simplemente horribles. Lo que es más, se hacían peores de semana en semana y de mes en mes y cada día las detestábamos más. En mis oídos todavía resuena la música falsa y alegre que acostumbraba anunciar el *Fox movietone* y los noticieros de la Paramount con la cámara giratoria que viraba su dirección hacia la cara de uno. Mi mente aún repite las entonaciones de Pete Smith y Fitzpatrick en las charlas de viaje diciendo: "Y ahora, adiós a la bella Nueva Gales del Sur."

Sin embargo, confieso una secreta lealtad a la memoria de mis grandes héroes: Chaplin, W. C. Fields, Harpo Marx y muchos otros cuyos nombres he olvidado. Pero sus películas eran preciosas y, por lo demás, nos encontrábamos perversamente admirando a los malvados y aborreciendo a los héroes. La verdad es que los malvados eran casi siempre los mejores actores. Nos deleitábamos con todo lo que hacían. Estábamos casi siempre en peligro de ser expulsados del local por nuestra estruendosa risa en escenas que se suponía que eran muy conmovedoras, tiernas y simpáticas a los sentimientos más delicados del alma humana... las lágrimas de Jackie Cooper, la valiente sonrisa de Alice Faye detrás de los barrotes de una prisión.

Los cines pronto se convirtieron en una especie de tormento para mí y mi hermano y ciertamente para todos mis amigos más íntimos. No podíamos apartarnos de ellos. Estábamos hipnotizados por aquellas luces amarillas vacilantes y los grandes carteles de Don Ameche. No obstante, tan pronto como entrábamos, el sufrimiento de tener que estar sentado y mirar estupideces tan colosales se hacía tan agudo que a veces nos sentíamos físicamente enfermos. Al cabo, no podía ya estar sentado durante una función. Era como encender cigarrillos, tomar unas chupadas y arrojarlos, asqueado por el mal gusto de la boca.

En 1935 y 1936, John Paul se fue a Cornell y yo regresé a Columbia, lleno de toda clase de entusiasmos colegiales de manera que en un momento de locura di mi nombre para la tripulación de peso ligero de la universidad. Después de un par de días en el Harlem River y luego el Hudson, en que procuráramos remar hasta Yonkers y regresar en lo que parecía un pequeño huracán, decidí que no quería morir tan joven y evité cuidadosamente la casilla de botes todo el resto del tiempo que estuve en el colegio.

Pero octubre es una estación bella y peligrosa en Norteamérica. El tiempo es seco y frío y la tierra está cubierta de rojo, dorado y carmesí y todas las lasitudes de agosto han rezumado de vuestra sangre y sois presa de ambición. Es un tiempo maravilloso para iniciar cualquier empresa. Vais al colegio y todos los cursos de los planes parecen espléndidos. Los nombres de las materias todas parecen abrir el camino a un nuevo mundo. Vuestros brazos se llenan de cuadernos de notas nuevos y limpios, esperando su uso. Pasáis por las puertas de la biblioteca y el olor de millares de libros bien conservados envuelve vuestra cabeza con un placer puro y sutil. Tenéis un sombrero nuevo, un nuevo *sweater* acaso o un traje completo nuevo. Hasta los níqueles y los cuartos de dólar en vuestro bolsillo se sienten nuevos y los edificios brillan al sol glorioso.

En esta estación de resoluciones y ambiciones, en 1935, me inscribí en los cursos de español, alemán, geología, derecho constitucional y literatura francesa del Renacimiento y no recuerdo qué cosas más. Empecé a trabajar por *The Spectator*, el anuario y *The Review* y continué trabajando por *Jester* como ya había hecho la primavera última. Me encontré empeñado en una de las fraternidades.

Era una casa grande y sombría detrás de la biblioteca nueva. En el piso bajo había una sala grande de apuestas, tan oscura como una *morgue*, un comedor y unas escaleras que subían a un grande y oscuro cuarto de estar, entablado, en donde se celebraban bailes y tertulias para beber cerveza. Encima de eso había dos pisos de alcobas donde sonaban constantemente los teléfonos y todo el día uno u otro estaba cantando en el cuarto de duchas. En alguna parte del edificio había una habitación secreta que no debo revelarte, lector, a ningún precio, aun a trueque de la vida misma. Y allí fui eventualmente iniciado. La iniciación con sus variadas torturas duraba alrededor de una semana y alegremente acepté penitencias que, si fueran impuestas en un monasterio, por un

motivo sobrenatural, en vez de por ningún otro razonable, promoverían tal escándalo que todas las casas religiosas serían cerradas y la Iglesia Católica probablemente pasaría tiempos difíciles si no salía del país.

Cuando eso hubo terminado obtuve un prendedor de oro y esmalte en mi camisa. Mi nombre estaba grabado en su parte de atrás y me sentí muy orgulloso de él durante un año. Luego fue a parar al lavadero con una camisa y nunca volvió.

Supongo que había dos razones por las cuales pensaba que debía unirme a una fraternidad. Una era la falsa, que pensaba yo que me ayudaría a "hacer relaciones" como suele decirse, y conseguir un maravilloso empleo al salir del colegio. La otra, más verdadera, era que imaginaba que encontraría así ocasiones múltiples para fiestas y diversiones, que conocería a muchas señoritas interesantes en los bailes que se celebrarían en aquel mausoleo. Estas dos esperanzas resultaron ilusorias. En realidad, pienso que estaba experimentando los efectos de octubre.

De cualquier modo, cuando John Paul se fue a Cornell, toda la familia, excepto yo, marchó a Ithaca en el Buick y regresó con palabras e ideas que llenaron la casa de una especie de tensión colegial durante un par de semanas. Todos hablaban de fútbol, cursos y fraternidades.

Ciertamente, el primer año de John Paul en Cornell resultó triste, del mismo modo que mi primer año en Cambridge... cosa que no tardó mucho en hacerse evidente cuando las cuentas que él no podía pagar empezaron a presentarse en casa. Pero aun fue más claro para mí cuando lo vi de nuevo.

Era por naturaleza una persona feliz y optimista y no se desanimaba con facilidad. Tenía una inteligencia clara y rápida y un carácter tan sensitivo como bien equilibrado. Ahora su inteligencia parecía ensombrecida un poco con alguna oscura confusión interior y su felicidad estaba amargada por una impaciencia triste y sin objeto. Aunque mantenía todos sus intereses y los aumentaba, el aumento era en extensión, no en profundidad, y el resultado era una especie de dispersión de fuerzas, una disipación de la inteligencia y la voluntad en una variedad de fútiles objetos.

Se mantuvo durante algún tiempo, con gran incertidumbre, en el umbral de una fraternidad de Cornell, y hasta se dejó poner un prendedor de compromiso, y entonces, después de un par de semanas, se lo quitó y se escapó. Con tres amigos alquiló una casa en una de aquellas calles empinadas y umbrías de Ithaca, y tras eso el año fue un desorden largo y

sórdido, del que no sacaba ninguna satisfacción. Llamaban al lugar *Grand Hotel* y tenían papelería impresa con ese título, con el cual llegaban cartas fragmentarias e inconexas a Douglaston, que nos embargaron a todos de inquietud. Cuando volvió de Cornell, John Paul parecía cansado y disgustado.

Supongo que es verdad, al menos teóricamente, que los hermanos se vigilan y ayudan unos a otros en la fraternidad. En mi fraternidad de Columbia, sé que los miembros más sensatos solían reunirse y mover sus cabezas un poco cuando alguien llevaba su libertinaje demasiado lejos. Cuando había algún disgusto verdadero, el interés de los hermanos era sincero y dramático, pero inútil. Siempre había disgustos en una casa de fraternidad.

El disgusto que sobrevino el año después que fui iniciado, fue la desaparición de uno de los hermanos, a quien llamaremos Fred.

Fred era un individuo alto, cargado de espaldas y melancólico, con oscuro pelo corto en sus cejas. Nunca tenía mucho que decir y le gustaba apartarse y beber en sombría soledad. Lo único que vívidamente recuerdo de él es que estaba junto a mí, durante una de las ceremonias peculiares de la iniciación, cuando todos los brindis tenían que engullirse con pan y leche por una razón especial. Mientras intentaba yo con desesperados esfuerzos tragarme los enormes bocados, este Fred me vigilaba con espantosos gritos de: "¡Come, come!" Debió haber sido algún tiempo después de Navidad cuando desapareció.

Entré en el local una noche y estaban agrupados, sentados en sillas de cuero, conversando seriamente: "¿Dónde está Fred?" era el tema inquietante de la discusión. No había sido visto por espacio de dos días. ¿Se trastornaría su familia si alguien llamaba a su casa para ver si estaba allí? Evidentemente, pero tenía que hacerse: no había ido a su casa tampoco. Un hermano suyo había estado visitando desde entonces todos sus lugares habituales. La gente procuraba reconstruir la situación en que había sido visto la última vez. En qué disposiciones había salido últimamente de la puerta de casa. Las acostumbradas, por supuesto: silencio, melancolía, probable intención de embriagarse. Pasó una semana y Fred no fue encontrado. El gran interés de los hermanos era inútil. El asunto Fred fue abandonándose y, después de un mes, la mayoría de nosotros lo habíamos olvidado. Transcurridos dos meses, el misterio quedó finalmente aclarado.

—Encontramos a Fred —me dijo alguien.

—¿Sí? ¿Dónde?
—En Brooklyn.
—¿Está bien?
—No, está muerto. Lo encontraron en el Gowanus Canal.
—¿Qué hizo? ¿Se arrojó?
—Nadie sabe lo que hizo. Ha estado allí mucho tiempo.
—¿Cuánto tiempo?
—No sé, un par de meses. Lo identificaron por las empastaduras de sus dientes.

Fue un cuadro que no se ha borrado enteramente de mí. Nuestro famoso curso de Civilización Contemporánea me había llevado, una tarde, a visitar el depósito de cadáveres de Bellevue, donde había visto hileras y más hileras de neveras que contenían los cadáveres azules y entumecidos de los hombres ahogados con el resto del desecho humano de la gran ciudad del mal: los muertos que habían sido recogidos en las calles echados a perder por el alcohol puro. Los muertos que fueron encontrados y cuya causa había sido el hambre, helados, yaciendo en donde habían intentado dormir, sobre un montón de periódicos viejos. Los muertos pobres de Randalls Island. Los muertos morfinómanos. Los muertos asesinados. Los atropellados. Los suicidas. Los muertos negros y chinos. Los muertos de enfermedad venérea. Los muertos de causas desconocidas. Los muertos por los bandidos. Todos serían expedidos para su entierro al East River, en una gabarra, a una de aquellas islas donde también quemaban desperdicios.

¡Civilización contemporánea! Una de las últimas cosas que vimos a la salida del depósito de cadáveres fue la mano de un hombre conservada en un jarro, parda y asquerosa. No estaban seguros de si era un criminal o no, y querían tener una parte de él, después de que habían mandado el resto a los incineradores. En la sala de autopsias un hombre con su tronco abierto apuntaba al techo su nariz afilada y muerta. Los doctores tenían su hígado y riñones en las manos y los rociaban con un chorro de agua de una manguerita de goma. No he olvidado nunca el silencio horrible y denso de la *morgue* de la ciudad en Bellevue, donde recogen los cuerpos de los que murieron de civilización contemporánea, como Fred.

Sin embargo, durante ese año estaba tan ocupado, enfrascado en actividades y trabajos, que no tenía tiempo de pensar mucho en estas cosas. La energía de aquel octubre dorado y el estímulo de los días invernales, brillantes y fríos cuando el viento cortante como un cuchillo venía de las resplandecientes Palizadas, me llevó todo el año en lo que parecía ser una

agradable condición. Nunca he hecho tantas cosas diferentes a la vez ni con tan aparente éxito. Había descubierto en mí algo de capacidad para el trabajo, para la actividad y para el goce con que no había soñado nunca. Todo empezaba a hacerse fácil, como suele decirse.

No era que estuviese estudiando realmente fuerte ni trabajara mucho; pero de pronto me había encontrado con una misteriosa destreza para llevar en marcha un centenar de intereses diferentes al mismo tiempo. Era una especie de acto estupendo de prestidigitación, una *tour-de-force*, y lo que me sorprendía más era que me las ingeniaba para llevarlo todo sin desfallecer. En primer lugar, llevaba unos dieciocho puntos en mis cursos... cantidad media. Había descubierto la manera más sencilla de cumplir el mínimo de requisitos en cada uno.

Existía, además, el "cuarto piso". El cuarto piso de John Jay Hall era el lugar en donde se encontraban todas las oficinas de las publicaciones estudiantiles, el Club de la Alegría, la Junta estudiantil y todo lo demás. Era la parte más bulliciosa y agitada del colegio. No era alegre, propiamente hablando. Apenas vi jamás, en ninguna parte, antipatías, disputas y celos a la vez tan mezquinos, tan exteriorizados y agudos. Todo el piso estaba constantemente hirviendo con el intercambio de insultos de oficina a oficina. Constantemente, todo el día, desde la mañana hasta la noche, la gente estaba escribiendo artículos y dibujando caricaturas llamándose unos a otros fascistas. O bien se llamaban unos a otros por teléfono y se juraban odio imperecedero en los términos más vulgares. Todo era intelectual y verbal, tan depravado como pudiera ser, pero nunca se hizo concreto, nunca descendió al encarnizamiento físico. Por esta razón pienso que todo era más o menos un juego que todos jugaban con fines que eran remotamente estéticos.

Se suponía que el colegio estaba, aquel año, en un estado de fermentación intelectual. Todos sentían y hasta decían que había un número desacostumbrado de inteligencias brillantes y originales en el colegio. Creo que era hasta cierto punto verdad. Ad Reinhardt era ciertamente el mejor artista que ha dibujado en *Jester*, acaso en cualquier otra revista de colegio. Sus ediciones de *Jester* eran verdaderas revistas. Pienso que en proyectos y disposiciones de cubierta podría haber dado lecciones a algunos redactores de arte de la parte baja de la ciudad. Todo lo que publicaba era original y también cómico, porque, por primera vez en muchos años, *Jester* tenía verdaderos escritores que colaboraban en él y no era precisamente una antología de los mismos chistes rancios y obscenos que

habían venido circulando por todo el sistema pesado de las revistas de colegio norteamericanas durante dos generaciones. Por entonces Reinhardt se había graduado y también el director del *Spectator* de 1935, Jim Wechsler.

Mi primer contacto con el cuarto piso había sido algo circunspecto, a la manera de Cambridge. Fui a mi consejero, profesor McKee, le pregunté cómo ir allí y me dio una carta de presentación para Leonard Robinson, que era director de *The Columbia Review*, la revista literaria. No sé lo que Robinson habría hecho con una carta de presentación. De cualquier manera, nunca fui a verlo. Cuando me presenté a la oficina de la *Review* di la nota a Bob Giroux, redactor asociado; la miró, se rascó la cabeza un poco y me dijo que escribiera, si se me ocurría alguna idea.

Por el 1936 Leonard Robinson había desaparecido. He oído hablar mucho de Robinson, pero todo acaba en nada muy claro, de manera que siempre he tenido la impresión de que, sea como fuere, vive en las nubes. Ruego que vaya al cielo.

En cuanto a la *Review*, Robert Paul Smith y Robert Giroux la editaban juntos y era buena. No sé si la palabra "dinamismo" les vendría bien aplicada, pero Smith y Giroux eran ambos buenos escritores. También Giroux era católico y una persona extrañamente plácida para el cuarto piso. No tomaba parte en sus contiendas y, de hecho, no se lo veía mucho por allí. John Berryman era más bien la estrella del *Review* aquel año. Era la persona de aspecto más formal del colegio.

No había oficina en ese piso donde no tuviera yo algo que hacer, excepto el Club de la Alegría, la Junta estudiantil y el gran local donde los entrenadores de fútbol tenían sus pupitres. Escribía cuentos para el *Spectator* y columnas que querían ser graciosas; escribía cosas para el anuario y procuraba vender ejemplares —tarea ingrata—. El anuario era lo único que nadie quería: era caro e insípido. De él llegué con el tiempo a ser director, sin ningún beneficio claro para mí, ni el libro, ni Columbia, ni el mundo.

Nunca me sentí particularmente atraído a trabajar en la universidad, pero tenían un piano en su sala que estaba casi siempre vacía; por eso solía ir allí a tocar *jazz* furioso, a la manera que me había enseñado a mí mismo... manera que molestaba a todos los oídos excepto el mío. Era un modo de soltar vapor... una forma de atletismo, si se quiere. Había descompuesto más de un piano con este método.

El lugar en que estaba más ocupado era la oficina del *Jester*. Nadie realmente trabajaba allí, sólo se reunían a eso del

mediodía a golpear violentamente con las palmas de la mano en los grandes armarios de archivo, vacíos, haciendo un estruendoso ruido que resonaba arriba y abajo del corredor y a veces era contestado desde la oficina de la *Review* al otro lado del vestíbulo. Allí generalmente iba y sacaba de la cartera de cuero que llevaba, abombada de libros, manuscritos y dibujos que ponía en las manos del director. El director aquel año era Herb Jacobson, que publicaba todas mis peores caricaturas muy ampliamente en los lugares más destacados de la revista.

Creí que tenía algo de que enorgullecerme cuando llegué a redactor de arte de *Jester* a finales de aquel año. Robert Lax tenía que ser director y Ralph Toledano redactor jefe, y nos llevábamos muy bien. El año siguiente *Jester* estaba bien compuesto debido a Toledano y bien escrito por causa de Lax y algunas veces era popular entre las masas debido a mí. Cuando era realmente cómico, no era popular en absoluto. Las ediciones sólo cómicas de verdad eran principalmente obra de Lax y Bob Gibney, el fruto de las ideas que se les ocurrían a las cuatro de la mañana en su habitación del piso alto de Furnald Hall.

La principal ventaja de *Jester* era que nos pagaba la mayoría de gastos de enseñanza. Éramos absolutamente felices con ello y vagábamos por el colegio con pequeñas coronas de oro colgando de nuestras cadenas de reloj. En verdad, ésa era la única razón de tener yo una cadena de reloj. Reloj no tenía.

No he hecho más que empezar la lista de todas las cosas que me ocupaban aquellos días. Por ejemplo, di mi nombre a Miss Wegener en la oficina de nombramientos. Miss Wegener era —y espero que todavía sea— una especie de genio. Se sentaba todo el día detrás de su pupitre, en aquella oficina pequeña y aseada de la casa del alumno. No importaba cuántos habían hablado con ella, siempre parecía inalterable y en paz. Cada vez que uno iba a verla, había una o dos llamadas de teléfono y ella hacía una nota en un pedacito de papel. En verano nunca parecía molesta por el tiempo caluroso. Siempre le sonreía a uno con una sonrisa que era a la vez eficiente y simpática, agradable y, con todo, un poco impersonal. ¡Era otra persona que tenía vocación y vivía por ella!

Uno de los mejores empleos que me consiguió fue el de guía e intérprete en el tejado-observatorio del edificio del R. C.A., Centro de Rockefeller. Era una ocupación tranquila. Tan tranquila, en verdad, que resultaba aburrida. Se tenía que estar simplemente allí y hablar con los que llegaban saliendo del ascensor con todas sus preguntas. Y por esto se ganaban vein-

tisiete dólares y medio a la semana, que era paga muy buena en 1936. También trabajaba en otra oficina de *Radio City*, para personas que trataban en publicidad con todos los fabricantes de copas y recipientes de papel. Para ello hacía caricaturas que decían que se le cortaría la boca al que bebiese en un vaso ordinario. Por cada caricatura me pagaban seis dólares. Me hacía sentir como un jefe el entrar y salir por las puertas del edificio del R.C.A. con mis bolsillos llenos de dinero. Miss Wegener también se despedía de mí en el ferrocarril subterráneo, con pequeñas tiras de papel con las direcciones de casas en donde me entrevistaba con ricas señoras judías para dar clases de repaso de latín a sus hijos, lo que significaba ganar dos o dos dólares y medio por hora, sentado, en tanto hacían éstos su trabajo de casa.

También di mi nombre para el equipo de *cross country*. El hecho de que el entrenador no tuviera inconveniente en aceptarme es indicación suficiente de una razón por la cual fuimos el peor equipo de *cross country* de colegio del Este aquel año. Así, por las tardes, daba vueltas y más vueltas por la senda sucia de carbón de South Field. Cuando llegó el invierno recorría el camino pavimentado de madera hasta que tenía ampollas en las plantas de los pies y estaba tan cojo que apenas podía andar. A veces iba hasta Van Cortland Park y corría por los senderos arenosos y rocosos a través de los bosques. Cuando hacíamos carreras con algún otro colegio, no era yo nunca absolutamente el último en llegar a la meta... había siempre otros dos o tres de Columbia detrás de mí. Era uno de los que nunca llegaban hasta que la multitud había perdido el interés y empezado a dispersarse. Tal vez habría tenido más éxito como corredor de larga distancia si hubiese ido al entrenamiento abandonando el fumar y la bebida y me hubiese acostado a horas regulares.

Pero no. Tres o cuatro noches a la semana mis hermanos de fraternidad y yo bajábamos precipitados al ferrocarril subterráneo, negro y rugiente, hacia la calle 52, donde vagabundeábamos por los clubes nocturnos, pequeños, ruidosos y caros, que habían florecido en los solares de las viejas tabernas clandestinas de los sótanos de aquellas sórdidas casas de piedra parda. Allí nos sentábamos durante horas, apretados en habitaciones oscuras, codo a codo con una cantidad de forasteros rudos y sus muchachas, mientras todo el local se mecía y agitaba con tormentas de *jazz*. No había sitio para bailar. Sólo nos amontonábamos allí entre las paredes azules, hombro con hombro y codo con codo, agachados, ensordecidos y

taciturnos. Si uno movía el brazo para beber casi hacía saltar al vecino de su taburete. Los mozos se abrían paso hacia adelante y atrás a través del mar de caras hostiles, llevándose el dinero de todos.

No era que nos emborracháramos. No, era esta cosa extraña de sentarse en un local lleno de gente y beber sin hablar casi, dejándose ensordecer por el *jazz* que vibraba por todo aquel mar de cuerpos, envolviéndolos en una especie de ambiente fluido. Era una extraña parodia animal de misticismo el sentarse en estos ruidosos locales, con el ruido penetrándole a uno y el ritmo saltando y vibrando en la médula de los huesos. No podía llamarse a nada de eso un pecado mortal, *per se*. Nos sentábamos allí, eso era todo. Si al día siguiente teníamos mareos, era debido más al fumar y agotamiento nervioso que a otra cosa.

¡Con qué frecuencia, después de una noche de éstas, perdí todos los trenes para casa, de Long Island, y fui a dormir en un canapé en alguna parte, en la casa de la fraternidad o en el aposento de algún conocido de los alrededores de la población! Lo peor de todo era ir a casa en el ferrocarril subterráneo, con la suerte de que uno pudiera alcanzar un ómnibus en Flushing. No hay nada tan lúgubre como la estación de ómnibus de Flushing, en la hora gris y silenciosa de romper el alba. Había siempre al menos uno o dos de aquellos mismos personajes cuyos prototipos había visto en el depósito de cadáveres. Y tal vez había un par de soldados ebrios que intentaban regresar a Fort Totten. Entre todos éstos estaba yo, cansado y a punto de caerme, encendiendo el cigarrillo número cuarenta o cincuenta del día... el que se llevaba los últimos jirones de forro de mi garganta.

Lo que me desalentaba más de todo era la vergüenza y desesperación que invadían todo mi ser cuando salía el sol y todos los trabajadores iban a trabajar: hombres sanos, despiertos y tranquilos, con ojos claros y algún fin racional delante de ellos. Esta humillación y sentimiento de mi miseria, de la inutilidad de lo que había hecho era lo más próximo a la contrición que podía sentir. Era la reacción de la naturaleza. No probaba nada sino que estaba aún, al menos, moralmente vivo, o más bien que aún tenía alguna débil capacidad para la vida moral dentro de mí. La expresión "moralmente vivo" podría oscurecer el hecho de que estaba muerto espiritualmente. ¡Lo estaba hacía mucho tiempo!

IV

En el otoño de 1936 Pop murió. El modo de morir fue éste: había estado yo en una excursión al campo de geología de Pennsylvania, y regresado tarde una noche de domingo, después de un viaje muy frío por New Jersey, volviendo de las minas de carbón y canteras de pizarra, en un Ford abierto. El viento helado del Delaware Water Gap todavía lo sentía en mi carne. Fui a acostarme sin ver a nadie. Todos estaban en sus habitaciones al tiempo de llegar a casa.

A la mañana siguiente miré en la habitación de Pop: estaba sentado en la cama con aspecto extrañamente desdichado y confuso.

—¿Cómo te encuentras? —dije.

—Deshecho —respondió. Nada había de sorprendente en eso. Él siempre enfermaba. Supuse que había cogido otro resfriado. Dije yo:

—Duerme un poco más, entonces.

—Sí —dijo—, pienso que lo haré.

Me volví al cuarto de baño, me apresuré a vestirme y beber mi café y correr al tren.

Aquella tarde estaba en la pista, en el pálido sol de noviembre, de alcanzar un trabajo fácil. Bajé al lado umbrío del campo, enfrente de la biblioteca. Había un alumno de penúltimo año que trabajaba en el anuario, de pie detrás de la alta valla de alambre, en la esquina más cercana de John Jay, donde estaban los arbustos y álamos. Al llegar a la vuelta me llamó y pasé al otro lado de la valla.

—Tu tía acaba de telefonear —me dijo—. Tu abuelo ha muerto.

No pude decir nada.

Regresé corriendo por el campo y bajé a tomar una ducha rápida y vestirme y marchar a casa. No había tren, a no ser uno de aquellos lentos que se arrastraban por la isla medio vacíos, con largas paradas en cada estación. Pero comprendí que no había ninguna prisa particular. No podía devolverlo a la vida.

¡Pobre viejo Pop! No me sorprendía de que hubiese muerto o que hubiese muerto de ese modo. Supuse que su corazón le había fallado. Era típica de él esa clase de muerte: siempre tenía prisa, siempre iba delante del tiempo. Y ahora, después de toda una vida larga de impaciencia, esperando a Bonnemaman que se arreglara para ir al teatro o venir a cenar o bajar a abrir los regalos de Navidad, después de todo eso, no

había tolerado la tardanza en morir. Se nos había escapado, en su sueño, sin premeditación, según el estímulo del momento.

Echaría de menos a Pop. En el último año o durante los dos últimos habíamos salido bastante juntos. Me llevaba a menudo a almorzar con él en la parte baja de la ciudad y allí me contaba todas sus preocupaciones y conversaba sobre las perspectivas de mi futuro —yo había vuelto a la idea antigua de hacerme periodista—. Había una gran simplicidad en Pop. Era una sencillez e ingenuidad que pertenecían a su naturaleza: era algo peculiarmente norteamericano. O, al menos, pertenecía a los norteamericanos de su generación, este optimismo bondadoso, afectuoso, vasto y universal.

Cuando llegué a casa supe dónde encontraría su cuerpo. Subí a su alcoba y abrí la puerta. La única sorpresa desagradable fue encontrar que las ventanas estaban abiertas y la habitación invadida por el aire frío de noviembre. Pop, que en su vida había temido todas las corrientes y vivido en casas de excesiva calefacción, ahora yacía bajo una sábana en esta cámara mortuoria helada. Era la primera muerte que había tenido lugar en la casa que él había construido para su familia veinticinco años antes.

Entonces pasó una cosa extraña. Sin pensarlo yo, ni discutirlo en mi mente, cerré la puerta, me puse de rodillas junto a la cama y recé. Supongo que era precisamente la espontánea respuesta de mi amor hacia el pobre Pop... la manera evidente de hacer algo por él, de reconocer toda su bondad para conmigo. Y, sin embargo, había visto otras muertes sin rezar, ni siquiera sentirme atraído a hacerlo. Dos o tres veranos antes había muerto un viejo pariente mío y lo único que se me ocurrió fue la observación de que su cuerpo sin vida ya no era más que una pieza de mobiliario. No sentía que hubiera alguien allí, sino sólo una *cosa*. Esto no me enseñó lo que enseñaba Aristóteles sobre la existencia del alma...

Pero ahora sólo quería rezar.

Desgraciadamente, sabía que Bonnemaman iba a entrar a decirme que mirara el cuerpo, y pronto oí sus pisadas en el vestíbulo. Me incorporé antes de que abriera la puerta.

—¿No vas a mirarlo? —me dijo.

No dije nada. Levanté el extremo de la sábana y miré el rostro muerto de Pop. Estaba pálido; estaba muerto. Dejé caer la sábana, salimos juntos de la habitación, me senté y conversé con ella alrededor de una hora, mientras el sol iba poniéndose.

Todos sabíamos que esto sería el fin de Bonnemaman también. Aunque nuestra familia había sido de aquellas curiosas

casas modernas en las cuales todos están continuamente discutiendo y riñendo y en las cuales ha habido durante años una malla oscura y complicada de disputas y celos contenidos, Bonnemaman había sido tremendamente adicta a su esposo. Pronto empezó a languidecer, pero fue meses antes de que muriera finalmente.

Primero se cayó y se quebró un brazo. Se compuso lenta y penosamente. Pero, en tanto, se iba tornando una anciana encorvada y silenciosa, con el rostro algo huraño. Cuando llegó el verano ya no podía dejar la cama. Luego vinieron las alarmas por la noche, cuando pensábamos que se moría y permanecíamos horas junto a su cama, escuchando el áspero ronquido entrecortado en su garganta. Entonces yo también rezaba, mirando el rostro mudo y desvalido que ella volvía hacia mi cara. Esta vez era yo más consciente de lo que hacía y rezaba para que ella viviese, aunque en cierto sentido era evidentemente mejor que muriera.

Decía yo, dentro de mí mismo: "Tú que la creaste, déjala seguir viviendo." La razón de que dijera esto era que la vida era el único bien de que estaba cierto. Y si la vida era el gran valor, la principal realidad, su prolongación dependía de la voluntad (de otro modo, ¿por qué rezar?) del supremo Principio de toda la vida, la última Realidad, Aquel que es Puro Ser, Aquel que es la Vida en sí misma, Aquel que, simplemente, es. Implícitamente estaba yo reconociendo todo esto. Ya había rezado dos veces, aunque continuaba pensando que no creía en nada.

Bonnemaman vivió. Creo que ello tenía algo que ver con la gracia, con algo que fue concedido a Bonnemaman por Dios, en aquellas últimas semanas que continuó viviendo, sin habla y desvalida en su lecho, para salvar su alma. Finalmente, en agosto, murió, se la llevaron y dieron fin a su cuerpo como al de todos los demás. Era el verano de 1937.

Pop había muerto en noviembre de 1936. Ya en aquel otoño había empezado yo a sentirme enfermo. Todavía me mantenía procurando hacer todas las cosas que hacía... siguiendo mis cursos, editando el anuario, trabajando y corriendo en el equipo de *cross country* sin ir al entrenamiento...

Un día competimos con Army y Princeton. No fui el último, pero, como de costumbre, fui el vigésimo tercero o el vigésimo cuarto de unos treinta. Cuando llegué al final de la carrera, simplemente me desplomé y estuve echado en el suelo, esperando que mi estómago explotara. Me sentía tan mal que no hacía caso de lo que la gente pensara. No intenté pa-

recer valiente, ni hacer chistes sobre mí, ni ocultar cómo me sentía. Estuve echado allí hasta que me sentí mejor, luego me levanté y me marché y nunca volví a los cuartos del ropero. El entrenador no se molestó en venir a buscarme. Nadie procuró persuadirme para que volviera al equipo. Todos estábamos igualmente satisfechos: yo había terminado. Sin embargo, no me ayudó mucho desembarazarme de esta carga.

Un día entraba en la ciudad en el tren de Long Island. Llevaba una cartera llena de trabajo atrasado que debía ser entregado aquel día. Después de eso tenía una cita con alguien con quien me gustaba mucho tenerla. Mientras el tren pasaba por los tinglados de Long Island mi cabeza empezó súbitamente a rodar. No es que temiera vomitar, sino que era como si el centro de equilibrio dentro de mí se hubiese inesperadamente desplazado, como si estuviera a punto de hundirme en un tenebroso abismo de vacío sin fin. Me levanté y estuve de pie en el portillo de entre los coches vagones para tomar el aire, pero mis rodillas temblaban tanto que temí deslizarme por las cadenas de entre los coches y acabar bajo las ruedas, por lo que me volví, me apoyé contra la pared y me estuve quieto. Este extraño vértigo vino y se fue, mientras el tren cruzaba el túnel bajo el río, y todo lo de mi alrededor se oscureció y empezó a rugir. Creo que la cosa había pasado cuando llegamos a la estación.

Estaba asustado. Lo primero que se me ocurrió fue ir a buscar al médico de casa del Pennsylvania Hotel. Me examinó y auscultó el corazón, tomó la presión de mi sangre, me dio algo para beber y me dijo que estaba sobreexcitado. Me preguntó qué hacía para vivir. Le contesté que iba al colegio y hacía muchas otras cosas además. Me aconsejó que abandonara algunas. Luego sugirió que debía ir a acostarme y dormir e irme a casa cuando me sintiera mejor.

Así me encontré de pronto en una habitación del Pennsylvania Hotel, acostado, procurando dormir. Pero no pude.

Era una habitación pequeña y estrecha, aun cuando la ventana parecía llenar casi toda la pared que estaba frente a mí. Podía oírse el ruido del tránsito que ascendía de la calle 32. Pero la habitación en sí misma era tranquila, con una quietud extraña, siniestra.

Permanecía acostado en la cama y escuchaba la sangre palpitando rápidamente dentro de mi cabeza. Apenas podía mantener los ojos cerrados. Sin embargo, no quería abrirlos tampoco. Temía que, apenas mirara la ventana, el extraño martilleo del interior de mi cabeza volvería a empezar.

¡Aquella ventana! Era enorme. Parecía bajar hasta el suelo. Acaso la fuerza de la gravedad arrastraría la cama, conmigo en ella, hasta el borde del abismo aquel y me precipitaría en el vacío.

Lejana, muy lejana en mi mente, oíase una vocecita seca y burlona que decía: "¿Y qué, si te arrojaras por esa ventana...?"

Me volví en la cama y procuré dormir. Pero la sangre tamborileaba más y más en mi cabeza. No podía dormir.

Pensé: "Tal vez tenga un trastorno nervioso."

Luego, otra vez, vi aquella ventana. Su mera vista me hacía rodar la cabeza. El solo pensamiento de que estaba más alto que el suelo casi me hizo saltar.

El doctor entró, me vio acostado allí completamente despierto y dijo:

—Creía haberle dicho que durmiera.

—No puedo dormir —dije. Me dio una botella de medicina y se marchó de nuevo. Todo lo que yo quería era salir de aquella habitación.

Cuando él se hubo ido, me levanté, bajé las escaleras, pagué la habitación y tomé un tren para mi casa. No me sentí mal en el tren yendo a casa. Ésta estaba vacía. Me acosté en una cosa del cuarto de estar que llamaban la *chaiselongue* y me puse a dormir.

Cuando Elsa entró en casa, dijo:

—Pensaba que iba usted a quedarse a cenar en la ciudad.

Le respondí:

—Me sentí mal, por eso vine a casa.

¿Qué me pasaba? Nunca lo averigüé. Pienso que era una especie de trastorno nervioso. En relación con él, tuve gastritis, y me pareció que empezaba a formárseme una úlcera en el estómago.

Los médicos me prescribieron dieta y una medicina. El efecto de ambas cosas era más bien psicológico que otra cosa. Cada vez que iba a comer algo, estudiaba lo que había, sólo elegía algunas cosas y las comía con cierta escrupulosidad consciente. Recuerdo una de las cosas que me dijeron que comiera: helados. No tuve inconveniente en comer helados, especialmente en verano. ¡Qué delicioso no sólo disfrutar este manjar, sino también alimentar mi imaginación con pensamientos de su carácter saludable! Podía casi verlo bondadoso, blando y misericordioso, cubriendo la incipiente úlcera con su sustancia fresca y saludable.

Todo el resultado de esta dieta fue enseñarme este trivial entretenimiento, este culto de los alimentos que imaginaba

que eran suaves y saludables. Me hizo pensar en mí mismo. Era un juego, una manía, algo como había sido el psicoanálisis. Hasta a veces entré en la discusión de alimentos y sus valores y cualidades en relación con la salud, como si fuera yo una autoridad en la materia. Por lo demás, vagabundeaba con mi mente fija en el estómago y comía más y más helados.

Mi vida estaba ahora dominada por algo. No lo había conocido antes: el miedo. ¿Era en realidad algo enteramente nuevo? No, pues el miedo es inseparable del orgullo y la lujuria. Pueden ocultarlo por un tiempo; pero es el reverso de la moneda. La moneda se había vuelto y yo miraba el otro lado: el águila que tenía que roerme las entrañas durante cerca de un año, ¡Prometeo de pacotilla en que me había convertido! Era humillante esta extraña cautela que acompañaba todos mis actos, esta vigilancia autoconsciente. Era una humillación que había merecido más de lo que sabía. Había más justicia en ella de lo que podía comprender.

Había rehusado prestar atención alguna a las leyes morales de que dependen nuestra vitalidad y salud; por eso ahora me veía reducido a la condición de una vieja tonta, preocupándome por una serie de reglas imaginarias de salud, grados del valor de la alimentación y un millar de detalles minuciosos de conducta que son en sí completamente ridículos y estúpidos y que, sin embargo, me perseguían con sanciones dudosas y terribles. Si como esto, puedo enloquecer. Si no como aquello, puedo morir por la noche.

Me había vuelto al fin un verdadero hijo del mundo moderno, completamente enredado en preocupaciones mezquinas e inútiles acerca de mí mismo, casi incapaz de considerar siquiera o comprender nada de lo que era realmente importante para mis intereses propios y verdaderos.

Aquí estaba yo, cuatro años apenas desde que había abandonado Oakham y me había lanzado al mundo que pensaba que iba a saquear y despojar de todos sus placeres y satisfacciones. Había hecho lo que pretendía y ahora encontraba que era yo quien estaba vaciado, despojado y desentrañado. ¡Qué cosa más extraña! Llenándome me había vaciado. Apoderándome de las cosas, lo había perdido todo. Devorando placeres y alegrías, había encontrado dolor, angustia y temor. Ahora, finalmente, como una pieza de justicia poética, cuando estaba reducido a este extremo de miseria y humillación, me dejaba llevar por un asunto amoroso en el cual era tratado del modo que había tratado yo a no pocas personas en estos últimos años.

La muchacha vivía en mi misma calle y tenía yo el privile-

gio de verla marcharse con mis rivales diez minutos después de haberse negado a salir conmigo, afirmando que estaba cansada y quería estar en su casa. Ni siquiera se molestaba en ocultar el hecho de que me encontraba divertido cuando no había otra cosa mejor con que ocupar su mente. Solía regalarme con descripciones de lo que ella consideraba un buen rato y de la clase de tipos que admiraba y le gustaban... que eran precisamente los hueros y superficiales que me ponían la carne de gallina cuando los veía sentados juntos en el Stork Club. Era la voluntad de Dios que para mi justo castigo tomara yo todo esto con la más abyecta mansedumbre, que me sentara a pedir como un perro faldero, hasta que al fin conseguía una caricia en la cabeza o alguna otra pequeña muestra de afecto.

Esto no podía durar mucho tiempo, y no duró. Pero salí de ello castigado y abyecto, aunque no aproximadamente tan abyecto como debía haber sido, y volví a la humillación casi idéntica de mis helados.

Tal era la muerte del héroe, del gran hombre que había querido ser. Externamente —pensaba— era yo un gran éxito. Todos sabían quién era en Columbia. Los que no lo habían averiguado, pronto lo sabrían cuando apareciese el anuario, lleno de dibujos míos. Era él bastante para decirles más acerca de mí de lo que me proponía decirles, supongo. No tenían que ser muy agudos para penetrar en la muda expresión de autosatisfacción de todos aquellos retratos. Lo único que me sorprende es que nadie me reprochó o se burló abiertamente de mí por tan ignominiosa vanidad. Nadie me lanzó huevos, nadie dijo una palabra. Y, no obstante, sé cuán capaces eran de decir muchas palabras, no escogidas con gusto, acaso, pero bastante mortales.

Las heridas dentro de mí eran, supongo, bastantes. Estaba sangrando mortalmente.

Si mi naturaleza hubiera sido más obstinada en agarrarse a los placeres que me asqueaban, si me hubiese negado a admitir que estaba herido por esta fútil búsqueda de satisfacción en donde no podía encontrarse y si mi constitución nerviosa y moral no se hubieran hundido bajo el peso de mi vacío propio, ¿quién puede decir lo que con el tiempo me habría sucedido? ¿Quién podría decir dónde habría acabado?

Había ido muy lejos para encontrarme en este callejón sin salida; pero la misma angustia y desamparo de mi posición era algo a lo que rápidamente sucumbía. Era mi derrota, que había de ser la ocasión de mi rescate.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 1

CON UN GRAN PRECIO

I

Hay una paradoja yacente en el mismo corazón de la existencia humana. Debe ser percibida antes de que ninguna felicidad duradera sea posible en el alma de un hombre. La paradoja es ésta: la naturaleza del hombre, en sí misma, puede hacer poco o nada para resolver sus problemas más importantes. Si no seguimos más que nuestras naturalezas, nuestras filosofías, nuestro nivel de ética, acabaremos en el infierno.

Esto sería un pensamiento desconsolador, si no fuese puramente abstracto. Porque, en el orden concreto de las cosas, Dios dio al hombre una naturaleza que fue ordenada a una vida sobrenatural. Creó al hombre con un alma que no fue hecha para llegar a la perfección dentro de su propio orden, sino para ser perfeccionada por Él en un orden infinitamente más allá del alcance de los poderes humanos. Nunca fuimos destinados a llevar vidas puramente naturales, y por lo tanto nunca fuimos destinados en el plan de Dios a una beatitud puramente natural. Nuestra naturaleza, que es un don gratuito de Dios, nos fue dada para ser perfeccionada y realzada por otro don gratuito que no le es debido.

Este don gratuito es la "gracia santificante". Perfecciona nuestra naturaleza con el don de una vida, una intelección, un amor, un modo de existencia infinitamente por encima de su propio nivel. Si un hombre tuviera que llegar aun al pináculo abstracto de la perfección natural, la obra de Dios ni siquiera estaría medio hecha: estaría sólo a punto de empezar, pues la verdadera obra es la de la gracia y las virtudes inculcadas y los dones del Espíritu Santo.

¿Qué es la "gracia"? Es la vida propia de Dios, participada por nosotros. La vida de Dios es Amor. *Deus caritas est*. Por la gracia podemos participar del amor infinitamente desinteresado de Aquel que es tan pura realidad que no necesita nada y por lo tanto no puede en modo concebible explotar nada con fines egoístas. En realidad, fuera de Él no hay nada, y

todo lo que existe existe por el don gratuito de su existencia, de suerte que una de las ideas que es absolutamente contradictoria a la perfección de Dios es el egoísmo. Es metafísicamente imposible para Dios ser egoísta, porque la existencia de todo lo que es depende de Su don, de Su desinterés.

Cuando un rayo de luz hiere un cristal, da al cristal una nueva cualidad. Y cuando el amor infinitamente desinteresado de Dios obra en un alma humana, lo mismo viene a suceder. Ésa es la vida llamada gracia santificante.

El alma del hombre, abandonada a su nivel natural, es un cristal potencialmente lúcido, abandonado en la oscuridad. Es perfecta en su propia naturaleza, pero carece de algo que puede sólo recibir de fuera y por encima de ella. Pero cuando la luz en ella brilla, se transforma en cierta manera en la luz y parece perder su naturaleza en el esplendor de una naturaleza más elevada, la naturaleza de la luz que está en ella.

Así la bondad natural del hombre, su capacidad de amor que debe siempre en algún sentido ser egoísta si permanece en el orden natural, se transfigura y transforma cuando el Amor de Dios brilla en ella. ¿Qué sucede cuando un hombre se pierde completamente en la Vida Divina dentro de sí? Esta perfección es sólo para los que son llamados los santos... para los que más bien *son* los santos y que viven sólo en la luz de Dios. Pues los que se llaman santos según la opinión humana de la tierra pueden muy bien ser demonios y su luz puede muy bien ser oscuridad. Pues por lo que se refiere a la luz de Dios, somos lechuzas. Nos ciega y tan pronto como nos hiere estamos en la oscuridad. Personas que nos parecen santas a nosotros muy a menudo no lo son y las que no parecen santas lo son muy a menudo. Los más grandes santos son a veces los más oscuros —Nuestra Señora, San José—.

Cristo estableció Su Iglesia, entre otras razones, a fin de que los hombres pudiesen guiarse unos a otros hacia Él y en el proceso santificarse a sí mismos y unos a otros. Pues en esta obra es Cristo que nos arrastra a Él por la acción de nuestros prójimos.

Debemos reprimir las inspiraciones que nos llegan de las profundidades de nuestra conciencia en contra de la revelación que nos es dada, con garantías divinamente ciertas, por los que han heredado en medio de nosotros el puesto de los Apóstoles de Cristo... por los que nos hablan en Nombre de Cristo y como si fuera en Su propia Persona. *Qui vos audit me audit; qui vos spernit, me spernit.*

Cuando se llega a aceptar la propia autoridad de Dios en

cosas que no pueden conocerse en modo posible de otra manera, excepto como reveladas por Su propia autoridad, la gente considera una locura inclinar sus oídos y escuchar. Las cosas que no pueden conocerse de cualquier otra manera, no las aceptarán de esta fuente. Y, no obstante, aceptarán mansa y pasivamente los más horribles embustes de los periódicos, cuando no necesitan más que alargar sus cuellos para ver la verdad delante de ellos, por encima de la hoja que sostienen en sus manos.

Por ejemplo, el mismo pensamiento de un *imprimatur* al frente de un libro —la aprobación de un obispo, permitiendo que se imprima el libro sobre los fundamentos de que contiene sana doctrina— es algo que hace casi enloquecer de indignación a algunas gentes.

Un día, en el mes de febrero de 1937, me encontraba con cinco o diez dólares sueltos que querían salir de mi bolsillo. Me hallaba en la Quinta Avenida, por una razón u otra, y me sentí atraído por el escaparate de la librería de Scribner, repleto de relucientes libros nuevos.

Aquel año me había inscrito en un curso de literatura francesa medieval. Mi mente volvía, en cierto modo, a las cosas que recordaba de los antiguos días de Saint Antonin. La sencillez profunda, ingenua y rica de los siglos doce y trece empezaba a hablarme de nuevo. Había escrito un ensayo sobre una leyenda de un "Jongleur de Notre Dame", relacionado con una historia de los Padres del Desierto, de la *Patrología latina* de Migne. Era empujado al ambiente católico y podía sentir su influjo benéfico, aun en el orden meramente natural, obrando ya dentro de mí.

Ahora, en el escaparate de Scribner, veía un libro titulado *El espíritu de la filosofía medieval*. Entré, lo tomé de la estantería, miré el cuadro de su contenido y la página del título que era engañosa, porque decía que el libro se componía de una serie de clases dadas en la universidad de Aberdeen. Eso no era recomendación, para mí especialmente. Pero me despistó respecto a la posible personalidad y carácter de Etienne Gilson, que escribió el libro.

Lo compré, entonces, junto con otro libro que he olvidado completamente, y camino de mi casa, en el tren de Long Island, desenvolví el paquete para deleitarme con mis adquisiciones. Fue sólo entonces cuando vi, en la primera página de *El espíritu de la filosofía medieval*, los caracteres pequeños que decían *"Nihil Obstat... Imprimatur"*.

El sentimiento de disgusto y decepción me hirió como un

cuchillo en la boca del estómago. ¡Sentí como si hubiese sido defraudado! ¡Tendrían que haberme avisado que era un libro católico! Entonces nunca lo habría comprado. Ciertamente, estuve tentado de arrojarlo por la ventana a las casas de Woodside... para desembarazarme de él como de algo peligroso e impuro. Tal es el terror que se despierta en la inteligencia moderna ilustrada, con un poco de latín inocente y la firma de un sacerdote. Es imposible comunicar, a un católico, el número y complejidad de asociaciones de temor que pueden acompañar a una cosa tan insignificante como ésta. Está en latín... una lengua difícil, antigua y oscura. Eso implica, para la mente que tiene raíces en el protestantismo, toda clase de secretos siniestros, que se supone que los sacerdotes abrigan y ocultan de los hombres comunes en esta lengua desconocida. Luego, el mero hecho de que formulen juicio sobre el carácter de un libro y permitan a la gente leerlo: eso en sí está cargado de terror. Inmediatamente conjura todos los excesos reales e imaginarios de la Inquisición.

Eso es algo de lo que sentí al abrir el libro de Gilson: pues debéis comprender que mientras admiraba la *culture* católica, siempre había tenido miedo de la Iglesia Católica. Ésa es una posición algo común en el mundo de hoy. Después de todo, no había comprado un libro de filosofía medieval sin darme cuenta de que sería filosofía católica: pero el *imprimatur* me decía que lo que yo leyera estaría de completo acuerdo con esa cosa temible y misteriosa, el Dogma católico, y el hecho me hirió con un *impacto* en contra del cual toda mi persona reaccionó con repugnancia y temor.

Ahora, a la luz de todo esto, considero que fue seguramente una gracia real que, en vez de desembarazarme del libro, lo leyera entonces. No todo, es verdad: pero más de lo que acostumbraba leer de los libros que profundizan. Cuando pienso en el número de libros que tenía en mi estantería del cuartito de Douglaston que había sido el cuchitril de Pop... libros que había comprado y ni siquiera leído, estoy más asombrado que nunca ante el hecho de que entonces leyera éste: y lo que es más, lo recordara.

El gran concepto que adquirí de sus páginas fue algo que tenía que revolucionar toda mi vida. Está todo contenido en una de aquellas voces compuestas, técnicas, secas y extrañas, que los escolásticos eran tan propensos a usar: la palabra *aseitas*. En esta sola palabra que puede aplicarse sólo a Dios y que expresa su atributo más característico, descubrí un concepto enteramente nuevo de Dios... un concepto que

me mostró de golpe que la fe de los católicos no era de ningún modo el dolor de cabeza vago y algo supersticioso de una edad tan poco científica como yo había creído que era. Por el contrario, aquí estaba una noción de Dios que era al mismo tiempo profunda, precisa, simple y exacta y, lo que es más, preñada de inferencias que ni siquiera podía empezar a apreciar, pero que pude valorar al menos débilmente, con mi falta de preparación filosófica.

Aseitas: el equivalente español es una traducción literal, aseidad. Simplemente significa la facultad de un ser para existir absolutamente en virtud de sí mismo, no como causado por sí mismo, sino como no necesitando una causa, ninguna otra justificación de su existencia excepto que su misma naturaleza es existir. Sólo puede haber un Ser tal: que es Dios. Y decir que Dios existe *a se*, de y por razón de Sí Mismo, es decir meramente que Dios es el Ser Mismo. *Ego sum qui sum*. Esto significa que Dios debe gozar de "completa independencia, no sólo por lo que se refiere a todo lo exterior, sino también con respecto a todo lo interior de Sí Mismo".

Esta noción hizo tan profunda impresión en mí que escribí una nota a lápiz sobre lo alto de la página: "Aseidad de Dios — Dios es ser *per se*". La observo ahora en la página, pues he llevado el libro conmigo al monasterio y, aunque no estaba seguro de dónde había ido a parar, lo encontré en las estanterías de la habitación del padre Abad y lo tengo aquí delante de mí.

Señalé otros tres pasajes, por eso tal vez lo mejor sería copiarlos abajo. Mejor que lo que yo pudiera decir, comunicarán el *impacto* del libro en mi mente.

> Cuando Dios dice que es [expone la primera frase así acotada], y si lo que dice Él ha de tener algún sentido inteligible para nuestras mentes, puede sólo significar esto: que Él es el puro acto de existir.

Acto puro: excluyendo por lo tanto toda imperfección en el orden de existir. Por lo tanto excluyendo todo cambio, todo "devenir", todo principio o fin, toda limitación. Pero de esta plenitud de existencia, si yo la hubiese podido considerar bastante profundamente, habría encontrado pronto que la plenitud de toda perfección podía fácilmente argüirse.

Pero otra cosa que me conmovió fue una distinción importante hecha por el autor. Distinguía él entre los conceptos de *ens in genere* —la noción abstracta de ser en general— y *ens infinitum*, el Ser Infinito concreto y real, que, Él Mismo,

trasciende todas nuestras concepciones. Y por eso subrayaba las siguientes palabras, que debían ser mi primer paso hacia San Juan de la Cruz:

Más allá de todas las imágenes sensibles y todas las determinaciones conceptuales, Dios Se afirma como el acto absoluto de ser en su pura realidad. Nuestro concepto de Dios, un mero y débil término análogo de una realidad que lo rebasa en todas las direcciones, puede hacerse explícito en el juicio: El ser es el ser, una afirmación absoluta de eso que, estando más allá de todo objeto, contiene en sí mismo la razón suficiente de los objetos. Y es por eso que podemos justamente decir que el mismo exceso de carácter positivo que oculta el ser divino de nuestros ojos es, no obstante, la luz que ilumina todo lo demás, *ipsa caligo summa est mentis illuminatio.*

Su cita latina era del *Itinerarium* de San Buenaventura.

La tercera frase de Gilson que subrayé en aquellas pocas páginas dice como sigue:

Cuando San Jerónimo dice que Dios es Su propio origen y la causa de Su propia substancia, no quiere decir, como Descartes, que Dios en cierto modo Se afirma en el ser por Su omnipotente poder como por una causa, sino simplemente que no debemos buscar fuera de Dios una causa de la existencia de Dios.

Pienso en la razón de que estos juicios, y otros como ellos, hiciesen tan profunda impresión en mí, profundizasen en mi alma. Y era ésta: Nunca había tenido una idea adecuada de lo que los cristianos querían decir con Dios. Simplemente había dado por sentado que el Dios en quien creían los hombres religiosos y a quien atribuían la creación y el gobierno de todas las cosas, era un personaje ruidoso, dramático y apasionado, un ser vago, celoso, oculto, la objetivación de todos sus propios deseos, esfuerzos e ideales subjetivos.

La verdad es que el concepto de Dios que yo siempre había alimentado y que había acusado a los cristianos de enseñar al mundo, era un concepto de un ser simplemente imposible. Era infinito y, con todo, finito; perfecto e imperfecto; eterno y, con todo, cambiante... sujeto a todas las variaciones de la emoción, amor, pesar, odio, venganza, de que son presa los hombres. ¿Cómo podía ser esta cosa fatua y emocional, sin principio y sin fin, el creador de todo? Había tomado yo la letra muerta de la Escritura en su sentido más

muerto, y me había matado, según la expresión de San Pablo: "La letra mata, pero el espíritu vivifica."

Creo que una causa de mi profunda satisfacción con la que entonces leí fue que Dios había sido reivindicado en mi inteligencia. Hay en todo entendimiento una exigencia natural de un concepto verdadero de Dios: nacemos con la sed de conocerlo y verlo, y por esto no puede ser de otra manera.

Sé que muchos son, o se llaman, "ateos" simplemente porque son ahuyentados y disgustados por juicios acerca de Dios formulados en términos imaginarios y metafóricos, que ellos no pueden interpretar ni comprender. Rechazan estos conceptos de Dios, no porque desprecien a Dios, sino porque acaso piden una idea de Él más perfecta de la que generalmente encuentran; y porque juicios ordinarios figurados de Dios no pudieron satisfacerlos, se alejan y piensan que no hay otros: o, peor todavía, se niegan a escuchar la filosofía, en el terreno que no es sino un tejido de palabras sin sentido, hiladas para la justificación de las mismas falsedades antiguas y desahuciadas.

¡Qué alivio fue para mí, entonces, descubrir no sólo que ninguna idea nuestra, mucho menos ninguna imagen de los sentidos podía delimitar la esencia de Dios, sino también que *no deberíamos* permitirnos quedar satisfechos con tal conocimiento de Él!

El resultado fue que inmediatamente adquirí un inmenso respeto por la filosofía católica y la fe católica. Y ese último hecho fue el más importante de todos. Ahora al menos reconocía que la fe era algo que tenía un significado muy definido y una necesidad muy lógica.

Si esta dosis era muy buena, era todo lo que podía hacer por el momento. Podía reconocer que los que pensaban acerca de Dios tenían una buena manera de considerarlo y que los que creían en Él realmente creían en alguien y que su fe era más que un sueño. Más lejos que eso me parecía que no podía ir, por el momento.

¡Cuántos hay en la misma situación! Están frente a las colecciones de las bibliotecas y vuelven las páginas de la *Summa* de Santo Tomás con una especie de curiosa reverencia. Hablan en sus grupos estudiantiles de "Tomás", "Scoto", "Agustín", "Buenaventura" y están familiarizados con Maritain y Gilson, han leído todos los poemas de Hopkins... y ciertamente conocen más de lo mejor de la tradición católica literaria y filosófica que muchos católicos de esta tierra. Van ellos a veces a misa y se asombran de la dignidad y sobriedad

de la antigua liturgia. Están impresionados por la organización de una iglesia en la cual en todas partes los sacerdotes, aun los menos dotados, pueden predicar al menos algo de una doctrina formidable, profunda y unificada, y dispensar misteriosamente ayuda a todos los que acuden a ellos con preocupaciones y necesidades.

En cierto sentido, estos hombres tienen un aprecio mejor de la Iglesia y el catolicismo del que muchos católicos tienen: un aprecio que es destacado e intelectual y objetivo. Pero nunca entran en la Iglesia. Se están de pie y mueren de hambre a las puertas del banquete —al banquete al cual seguramente se dan cuenta de que están invitados—, mientras aquellos más pobres, más estúpidos, menos dotados, menos educados, a veces hasta menos virtuosos que ellos, entran y se llenan en aquellas espléndidas mesas.

Cuando hube dejado de leer este libro y cesado de pensar explícitamente en sus argumentos, su efecto empezó a mostrarse en mi vida. Empecé a tener deseo de ir a la iglesia... y un deseo más sincero y maduro, más profundamente asentado del que jamás había sentido antes. Después de todo, nunca antes tuve tan gran necesidad.

El único sitio en que podía pensar era la iglesia episcopal de la carretera, la antigua iglesia sionista, entre las acacias, donde mi padre un tiempo había tocado el órgano. Creo que la razón de esto era que Dios quería que yo volviera a escalar el camino del que me había despeñado. Había llegado a despreciar la Iglesia de Inglaterra, la "Iglesia episcopal protestante", y Él quería que yo suprimiera todo lo que había de orgullo y autocomplacencia aun en eso. No me dejaba ser católico, habiendo detrás de mí un desprecio de otra iglesia que no era la clase justa de desprecio, sino un desprecio pecaminoso en sí, arraigado en el orgullo y expresado en el ultraje.

Esta vez volví a la iglesia sionista, no para juzgarla, no para condenar al pobre ministro, sino para ver si podía hacer algo para satisfacer la oscura necesidad de fe que empezaba a hacerse sentir en mi alma.

Era una iglesia bastante simpática. Era agradable sentarse allí, en el pequeño edificio blanco y bonito, con el sol filtrándose por los ventanales, las mañanas de domingo. El coro de los hombres con sobrepelliz y las mujeres y los himnos que todos cantábamos no me llevaban precisamente al éxtasis: pero al menos ya no hacía burla de ellos en mi corazón. Y cuando llegó la hora de decir el Credo de los Apóstoles, me

levanté y lo dije, con los demás, esperando dentro de mí mismo que Dios me daría algún día la gracia de creerlo realmente.

El ministro aborrecía a los católicos, como la mayoría de los ministros protestantes. Siempre se mostraba muy amistoso conmigo y solía entrar en conversaciones de cuestiones intelectuales y literatura moderna, hasta de hombres como D. H. Lawrence, con quien estaba completamente familiarizado.

Parece que él contaba mucho con esta clase de conversaciones, consideraba parte esencial de su ministerio estar al corriente de los más recientes libros, para mantener contacto con las gentes por ese medio. Pero ésa era precisamente una de las cosas que hicieron estéril para mí la experiencia de ir a su iglesia. No le gustaba o no comprendía lo que se consideraba más "avanzado" en la literatura moderna, y, realmente, uno no lo esperaba; no se le pedía eso de él. No obstante, era de literatura moderna y de política que él hablaba, no de religión ni de Dios. Presentía uno que el hombre no conocía su vocación, no sabía lo que tenía que ser. Había tomado sobre sí una función en la sociedad que no era la suya y que no era, en verdad, una función necesaria en absoluto.

Cuando se ponía a predicar sobre alguna verdad de la religión cristiana, admitía prácticamente en el púlpito, como lo hacía en privado con cualquiera que se preocupase de hablar de ello, que él no creía muchas de estas doctrinas, aun en la forma extremadamente diluida en que se servía a los protestantes. ¿La Trinidad? ¿Qué tenía él que ver con la Trinidad? Y en cuanto a las extrañas nociones medievales sobre la Encarnación, ¡bueno!, eso era simplemente pedir demasiado de un hombre razonable.

Una vez predicaba un sermón acerca de "La música en la Iglesia Sionista" y me mandó a decir que yo debía asistir con toda seguridad, pues le oiría mencionar a mi padre. Eso es como lo típico de la oratoria protestante de púlpito en los sectores más "liberales". Fui, por deber, aquella mañana, pero antes de que llegara a la parte en que tenía yo que estar personalmente interesado, sufrí un ataque de mi vértigo y salí al aire. Cuando el sermón se predicaba, estaba yo sentado en las gradas de la iglesia, al sol, conversando con el macero, o como se llamara, que iba vestido oscuramente.

No puedo decir que fuera a esta iglesia muy a menudo; pero la medida de mi celo puede juzgarse por el hecho de que una vez fui en medio de la semana: Miércoles de Ceniza o Jueves Santo. Había una o dos mujeres allí y yo, escondido

en un banco de atrás. Dijimos unas plegarias. Pronto hubo terminado. Por la hora que era, me había animado a tomar el tren de Nueva York e ir a Columbia durante el día.

II

Ahora hablaré de la parte real que Columbia parece haber sido destinada a desempeñar en mi vida dentro de los designios providenciales de Dios. ¡Pobre Columbia! Fue fundada por protestantes sinceros como colegio predominantemente religioso. Lo único que recuerdo de eso es el lema de la Universidad: *In lumine tuo videbimus lumen...* una de las líneas más profundas y más bellas de los salmos. "En Tu luz, veremos la luz." Es, precisamente, más o menos la gracia. Es una línea que pudiera servir de piedra fundamental de toda la cultura cristiana y escolástica y que, simplemente, nada tiene que ver con las normas de educación de la moderna Columbia. Podría con provecho cambiarse por *In lumine Randall videbimus Dewey.*

Sin embargo, cosa bastante rara, era en esta fábrica-colegio que el Espíritu Santo esperaba para mostrarme la luz, en Su propia luz. Y uno de los principales medios que usó Él y por medio de los cuales operó, fue la amistad humana.

Dios ha querido que todos dependiéramos unos de otros para nuestra salvación, y que compitiésemos todos juntos por nuestro mutuo bien y nuestra salvación común.

La Escritura nos enseña que esto es especialmente verdad en el orden sobrenatural, en la doctrina del Cuerpo Místico de Cristo, que mana necesariamente de la enseñanza cristiana sobre la gracia.

"Sois el cuerpo de Cristo y miembros unos de otros... Y el ojo no puede decir a la mano: no necesito tu ayuda; ni tampoco la cabeza a los pies, no os necesito... Y si un miembro sufre algo, todos los miembros sufren con él; y si un miembro se deleita, todos los demás con él se regocijan."

Por eso ahora es el momento de decir una cosa que no pude comprender entonces, pero que ha llegado a ser muy clara para mí: que Dios me trajo a mí y a una media docena de otros juntamente a Columbia, y nos hizo amigos, de manera que nuestra amistad obrara poderosamente para rescatarnos de la confusión y la miseria en que habíamos venido a encontrarnos, en parte por culpa nuestra y en parte por una

serie compleja de circunstancias que podrían agruparse bajo el título del "mundo moderno", "sociedad moderna". Pero la calificación de "moderno" es innecesaria y acaso injusta. El término tradicional del Evangelio, "el mundo", lo traducirá bastante bien.

Toda nuestra salvación empieza en el nivel de las cosas comunes, naturales y ordinarias. (Es por eso que toda la economía de los Sacramentos, por ejemplo, descansa, en su elemento material, sobre cosas sencillas y ordinarias como el pan, el vino, el agua, la sal y el aceite.) Y así fue conmigo. Los libros, las ideas, los poemas y las novelas, los cuadros y la música, los edificios, las ciudades, las casas, las filosofías, habían de ser los materiales sobre los que la gracia obrara. Pero estas cosas no son ellas mismas bastante. El instinto fundamental del miedo de mi propia conservación entró, de un modo inferior, en esta enfermedad extraña y medio imaginaria que nadie supo diagnosticar completamente.

La guerra próxima, todas las incertidumbres, confusiones y temores que derivaron necesariamente de ella, toda la demás violencia e injusticia que había en el mundo, hubieron de desempeñar un papel muy importante.

Todas estas cosas estaban unidas, fundidas, vitalizadas y preparadas para la acción de la gracia, en mi alma y en las almas, o al menos una o dos, de mis amigos, meramente por nuestra amistad y asociación continuada. Ello fermentó en nuestra participación común de ideas, miserias, dolores de cabeza, perplejidades, temores, dificultades, deseos, malestares y todo lo demás.

He mencionado ya a Mark Van Doren. No sería cabalmente verdadero decir que él era una especie de núcleo en torno del cual se formó este conglomerado de amigos: eso no sería exacto. No todos nosotros seguimos sus cursos y los que los seguimos no lo hicimos todos al mismo tiempo. Y, sin embargo, nuestro respeto común por la cordura y sabiduría de Mark obró mucho para hacernos conscientes de cuanto nosotros mismos teníamos en común.

Acaso fue para mí, personalmente, más que para otros, que el curso de Mark influyó de esta manera. Pienso en un incidente particular.

Era el otoño de 1936, justo al comienzo del nuevo año escolar... uno de aquellos primeros días brillantes y ansiosos en que cada uno se siente presa de ambición. Era el principio del año en que Pop iba a morir y mi resistencia se hundiría bajo el peso de los placeres y ambiciones que yo estaba de-

masiado débil para llevar: el año en que estaría todo el tiempo con vértigos y en que aprendería a temer el ferrocarril de Long Island como si fuera una especie de monstruo y a huir de Nueva York como si fuera la boca muy abierta de algún abrasador dios azteca.

Aquel día no preveía nada de esto. Mis venas aún reventaban de entusiasmos materiales y políticos con los que había venido antes a Columbia y, ciertamente, de acuerdo con su dirección general. Me había inscrito en cursos más o menos sociológicos, económicos e históricos. En la oscuridad de la semiconversión extraña y medio consciente que había asistido a mi marcha de Cambridge, había propendido yo más y más a sentir sospecha por la literatura, la poesía —cosas a las cuales mi temperamento me llevaba—, sobre la base de que pudieran guiarme a algún vano esteticismo, a una filosofía de "escape".

Esto no me había arrastrado a ningún menosprecio de gente como Mark. No obstante, me había parecido más importante seguir algún curso de historia, más bien que algo de lo que me quedaba todavía de él que cursar.

Así estaba ahora subiendo por una de las escaleras llenas de gente de Hamilton Hall, hacia el aula donde pensaba que tenía que darse este curso. Miré dentro del aula. La segunda fila estaba ocupada por las cabezas despeinadas de los que al mediodía se sentaban en las oficinas editoriales del *Jester* y hacían volar aviones de papel por la habitación o dibujaban en las paredes.

Más alto que todos ellos y más serio, con una cara larga, como de caballo, y una gran melena de pelo negro encima, Bob Lax meditaba sobre algún pesar impenetrable y esperaba que entrara alguien para empezar a hablar. Fue cuando me hube quitado el sobretodo y depositado mi carga de libros que me di cuenta de que ésta no era la clase que tenía que seguir yo, sino el curso de Van Doren sobre Shakespeare. Por lo cual me levanté para salir. Pero al llegar a la puerta di media vuelta y volví a sentarme donde había estado, y me quedé. Más tarde fui a cambiarlo todo en la oficina de inscripción y asistí a esa clase durante el resto del año.

Fue el mejor curso que jamás tuve en el colegio. Me hizo mucho bien, y de muy diferentes maneras. Fue el único lugar en donde oí decir algo verdaderamente sensato sobre alguna de las cosas que eran realmente fundamentales —vida, muerte, tiempo, amor, pesar, miedo, sabiduría, sufrimiento, eternidad—. Un curso de literatura no debería nunca ser un cur-

so de economía o filosofía o sociología o psicología: ya he explicado que era una de las grandes virtudes de Mark no hacerlo así. Sin embargo, el material de la literatura y especialmente el drama son en modo principal los actos humanos... es decir, los actos libres, los actos morales.

En realidad, la literatura, el drama, la poesía, formulan ciertos juicios sobre estos actos que no pueden expresarse de otra manera. Por eso precisamente echaréis de menos todo el sentido más profundo de Shakespeare, el Dante y los demás si reducís sus juicios vitales y creadores sobre la vida y los hombres a los términos secos y de hecho de la historia, o la ética, o alguna otra ciencia. Pertenecen a un orden diferente.

Sin embargo, la gran fuerza de algo como *Hamlet*, *Coriolano* o el *Purgatorio* o los *Sonetos Sagrados* de Donne reside precisamente en el hecho de que son una especie de comentario de ética y psicología y hasta de metafísica, hasta de teología. O, a veces, es al revés, y estas ciencias pueden servir de comentario sobre estas otras realidades, que llamamos obras teatrales, poemas.

Todo aquel año estuvimos, realmente, hablando de las fuentes más profundas del deseo humano, la esperanza y el temor; considerábamos las realidades más importantes, no por cierto en términos de algo ajeno a Shakespeare y a la poesía, sino precisamente en sus propios términos, con intuiciones ocasionales de otro orden. Y, como he dicho, el modo equilibrado, sensato y claro de ver las cosas de Mark, a la vez simple y, con todo, capaz de sutileza, siendo fundamentalmente escolástico, aunque no necesaria y explícitamente cristiano, presentaba estas cosas en forma que las hacía vivir dentro de nosotros, con una vida que era saludable, permanente y productiva. Esta clase fue una de las pocas cosas que pudieron persuadirme a subir al tren e ir a Columbia definitivamente. Fue, aquel año, mi única salud, hasta que me encontré y leí el libro de Gilson.

También fue este año cuando empecé a descubrir quién era Bob Lax y que en él había una combinación de la claridad de Mark y mi confusión y miseria... y algo más, que era suyo propio.

Para nombrar a Robert Lax de otro modo: era una combinación de Hamlet y Elías. Un profeta potencial, pero sin su vehemencia. Un rey, pero un judío también. Una mente llena de intuiciones formidables y sutiles que cada día encontraba menos y menos que decir sobre ellas, resignándose a per-

manecer callado. En sus vacilaciones, aunque sin embarazo ni nerviosismos, a menudo enroscaba sus largas piernas alrededor de una silla, de siete diferentes modos, mientras procuraba encontrar una palabra con que empezar. Hablaba mejor sentado en el suelo.

El secreto de su solidez constante creo que ha sido siempre una especie de espiritualidad natural, instintiva, una clase de dirección constante al Dios viviente. Lax siempre ha creído que se encontraba en un callejón sin salida, medio consciente de que, después de todo, no sería un callejón sin salida, sino Dios, la infinitud.

Tenía una mente naturalmente dispuesta, desde la misma cuna, a una cierta afinidad con Job y San Juan de la Cruz. Ahora sé que nació tan contemplativo como nunca probablemente podrá él apreciar en qué grado.

Para resumir, hasta los que habían pensado siempre que era demasiado "poco práctico" habían tendido siempre a venerarle... de la manera que los que valoran la seguridad material inconscientemente veneran a los que no temen a la inseguridad.

En aquellos días una de las cosas que teníamos más en común, aunque acaso no hablásemos de ello tanto, era el abismo que se abría a nuestros pies a dondequiera que fuésemos, que nos daba vértigos y temor de trenes y altos edificios. Por alguna razón, Lax albergó una confianza implícita en todas mis ideas de lo que era bueno y malo para la salud física y mental, acaso porque era yo muy definido en mis gustos y aversiones. Temo que no le hiciera mucho bien, no obstante. Pues aun cuando tenía yo mi abismo imaginario, que se ensanchaba inconmensurablemente y se hacía diez veces más vertiginoso cuando tenía un mareo, mis ideas con frecuencia tendían a algún local particular donde oíamos esta banda especial y bebíamos esta particular bebida hasta que cerraban, a las cuatro de la mañana.

Pasaron los meses y la mayoría del tiempo me estaba sentado en Douglaston, dibujando caricaturas para el negocio de recipientes de papel y procurando hacer todas las demás cosas que tenía que hacer. En verano, Lax fue a Europa y yo continué estacionado en Douglaston, escribiendo una novela larga y estúpida sobre un jugador de fútbol de colegio que se mezclaba con una serie de huelgas de una fábrica textil.

No me gradué ese junio aunque nominalmente pertenecía a la clase de ese año: tenía todavía que seguir uno o dos cursos, por haber ingresado en Columbia en febrero. En el otoño

de 1937 regresé a la escuela, entonces con mi mente un poco más libre, puesto que no estaba sobrecargado ya con ninguna de las tareas desagradables e inútiles del cuarto piso. Podía escribir y hacer los dibujos que me gustaban para *Jester*.

Empecé a hablar más con Lax y Ed Rice, que estaba dibujando ahora cuadros mejores y más cómicos que nadie para la revista. Por primera vez vi a Sy Freedgood, quien poseía una intelectualidad vehemente y compleja, que a veces gustaba él de presentar en forma de amabilidad sospechosa. Estaba enamorado de un vocabulario mucho más técnico del que cualquiera de nosotros poseía y trabajaba en algo en la escuela graduada de filosofía. Seymour solía conscientemente aparentar una extensa serie de maneras diferentes de duplicidad, de las que estaba orgulloso, y había llevado la *mendacium jocosum* o "mentira chistosa" a su mayor extensión y frecuencia. Se podía a veces medir la falsedad de sus respuestas por su prontitud: cuanto más rápidas más falsas. La razón de esto era, probablemente, que pensaba en alguna otra cosa, algo muy abstruso y lejos de la esfera de la pregunta de uno y no podía molestarse él en hacer recorrer a su mente todo aquel camino para pensar en la contestación verdadera.

Para Lax, Gibney y yo no había inconveniente en esto, por dos razones. Puesto que Seymour generalmente daba sus respuestas falsas a cuestiones prácticas, de hecho su falsedad no importaba: todos éramos demasiado poco prácticos. Además sus respuestas falsas eran ordinariamente más interesantes que la verdad. Finalmente, ya que de cualquier modo sabíamos que eran falsas, teníamos la costumbre de ver todos sus juicios en el orden común del hecho con una especie de norma doble, estableciendo una comparación entre lo que había dicho y la verdad probable, y esto arrojaba mucha luz irónica e interesante sobre la vida en conjunto.

En su casa de Long Beach, donde toda su familia vivía en un estado de alboroto y confusión, había un perro grande y estúpido que salía al encuentro de todos con su cabeza gacha y las orejas caídas y un aire amistoso y de culpa. La primera vez que vi al perro, pregunté: —¿Cómo se llama?

—Prince —dijo Seymour, con un extremo de su boca.

Era un nombre al que la bestia respondía alegremente. Presumo que respondía a cualquier nombre, no importando cómo le llamara uno, tan satisfecho estaba de que tan sólo se le llamara, siendo como él sabía un perro extremadamente tonto.

Estaba, pues, yo, en la acera, con el perro, gritando: "¡Eh, Prince; eh, Prince!" La esposa de Seymour, Helen, se acer-

có, me oyó gritar y no dijo nada, imaginando, sin duda, que era alguna manera que yo tenía de bromear con el animal. Más tarde, Seymour o alguien me dijo que "Prince" no era el nombre del perro, pero me lo dijeron en tal forma que tuve la idea de que su nombre era ciertamente "Rex". Así, algún tiempo después de esto le llamaba "¡Eh, Rex; eh Rex!" Varios meses más tarde, después de muchas visitas a la casa, supe que el perro no se llamaba ni Prince ni Rex, sino "Bunky".

Los teólogos morales dicen que la *mendacium jocosum* en sí no pasa de pecado venial.

Seymour y Lax ocupaban juntos uno de los dormitorios, pues Bob Gibney, con quien Lax había compartido el mismo aposento el año anterior, se había graduado ahora y se encontraba en Port Washington con muy semejantes disposiciones a las que me encontraba yo en Douglaston, frente a un muro cerrado no demasiado distinto, el final de su callejón sin salida. Venía en ocasiones a la ciudad a ver a Dona Eaton, que tenía una casa en la calle 112, pero ningún empleo, y estaba más animada con su incertidumbre que los demás de nosotros, porque lo peor que pudiera ocurrirle era que se quedara al fin sin dinero y tuviera que regresar a su casa de Panamá.

Gibney no era lo que se llamaría piadoso. En realidad, tenía una actitud que se diría comúnmente impía, aunque creo que Dios comprendía bastante bien que su violencia y sarcasmos encubrían un sentido de profunda congoja metafísica... una angustia que era real, aunque no bastante humilde para ser de utilidad a su alma. Lo que era materialmente impiedad en él se dirigía más contra las ideas y nociones comunes que veía o consideraba que eran totalmente inadecuadas, y acaso representaba ello subjetivamente una especie de celo indirecto por la puridad de Dios, esta rebelión contra el lugar común, la vulgaridad, la mediocridad, la religiosidad.

Durante el año que había transcurrido, supongo que debió de haber sido en la primavera de 1937, Gibney, Lax y Bob Gerdy habían estado conversando sobre convertirse al catolicismo. Bob Gerdy era un estudiante de segundo año muy inteligente, con el rostro de un niño y mucho pelo rizado encima, que tomaba la vida en serio y, enterado de que se dictaban cursos de filosofía escolástica en la escuela graduada, había seguido uno de ellos.

Gibney estaba interesado en la filosofía escolástica de muy parecida manera a la de James Joyce... respetaba la intelec-

tualidad de ella, particularmente la de los tomistas, pero no había bastante fuerza afectiva en su interés para llevarle a ninguna clase de conversión.

Durante los tres o cuatro años que traté a Gibney, siempre estaba esperando alguna especie de "signo", alguna especie de sacudida interior sensible y tangible de Dios, para que le hiciera empezar alguna experiencia mística. Y mientras aguardaba y aguardaba que esto llegara, hacía él todas las cosas que normalmente excluyen y anulan la acción de la gracia. Así que, por aquellos días, ninguno de ellos se convirtió al catolicismo.

El más formal de todos ellos, en este asunto, era Lax: había nacido con el sentido más profundo de Quién era Dios. Pero no se movía sin los otros.

Y luego estaba yo. No obstante haber leído *El espíritu de la filosofía medieval* y descubierto que la concepción católica de Dios era algo formidablemente sólido, no había progresado un paso más allá de este reconocimiento, excepto que un día había ido a mirar el *De diligendo Deo* de San Bernardo en el catálogo de la biblioteca de la universidad. Era un libro que Gilson mencionaba con frecuencia: pero cuando me informé de que no existía una buena edición sino en latín, no lo saqué.

Noviembre de 1937. Un día, Lax y yo marchábamos a la parte baja de la ciudad en uno de los ómnibus que se tomaban en la esquina de la calle 110 y Broadway. Habíamos recorrido el borde meridional de Harlem, pasando por lo alto del Central Park y el lago sucio de botes de remos. Bajábamos por la Quinta Avenida, bajo los árboles. Lax me hablaba de un libro que había estado leyendo: *El fin y los medios*, de Aldous Huxley. Me habló de él de tal modo que nació mi deseo de comprarlo en seguida. Fui a la librería de Scribner, lo adquirí, lo leí, escribí un artículo sobre él y entregué el artículo a Barry Ulanov que era director de *Review* en aquel entonces.

Aceptó el artículo con una sonrisa irónica y lo publicó. La sonrisa era por la conversión que significaba, quiero decir conversión mía, así como de Huxley, aunque uno de los puntos que intentaba yo desarrollar era que acaso la conversión de Huxley no debiera tomarse con tanta sorpresa.

Huxley había sido uno de mis novelistas favoritos en los tiempos en que yo tenía dieciséis y diecisiete años y había construido una filosofía extraña y superficial basada en todas las novelas que estaba leyendo. Ahora todos hablaban de la

manera como Huxley había cambiado. La charla era de lo más agradable debido al abuelo anciano y agnóstico de Huxley... y su hermano biólogo. Actualmente el hombre predicaba el misticismo.

Huxley era demasiado agudo e inteligente y tenía demasiado sentido del humor para dar uno de los pasos en falso que ordinariamente hacen aparecer tales conversiones ridículas y torpes. No podía uno reírse de él, muy bien... al menos por algún disparate concreto. No era de las conversiones del grupo de Oxford, completadas con una confesión pública.

Por el contrario, había leído él amplia, profunda e inteligentemente en todas las especies de literatura mística cristiana y oriental y había salido con la asombrosa verdad de que todo esto, lejos de ser una mezcolanza de sueños, magia y charlatanismo, era muy real y muy serio.

No sólo existía ese orden sobrenatural, sino que, como hecho de experiencia concreta, era accesible, muy a la mano, una fuente muy próxima, inmediata y muy necesaria de vitalidad moral y que podía alcanzarse muy sencilla, muy fácilmente, por medio de la oración, la fe, la abnegación, el amor.

El sentido de su título era éste: no podemos servirnos de malos medios para alcanzar un buen fin. El principal argumento de Huxley era que estábamos sirviéndonos de unos medios que hacían precisamente imposibles de alcanzar los fines buenos: la guerra, la violencia, las represalias, la rapacidad. E intuía nuestra imposibilidad de emplear los medios propios del hecho de que los hombres estaban sumidos en las tendencias materiales y animales de un elemento de la naturaleza de ellos que era ciego, imperfecto y antiespiritual.

El principal problema es abrirnos paso hacia nuestro camino, libres de la sumisión a este elemento más o menos inferior y reafirmar el dominio de nuestra inteligencia y voluntad: reivindicar para estas facultades, para todo el espíritu, la libertad de acción que debe necesariamente tener si hemos de vivir sin ser bestias salvajes despedazándonos unos a otros. Y la gran conclusión de todo esto era: debemos practicar la oración y el ascetismo.

¡Ascetismo! El solo pensamiento de tal cosa era una revolución completa en mi mente, tanto la palabra había defendido esa perversión misteriosa y repugnante de la naturaleza, el masoquismo de los hombres que habían enloquecido en una sociedad desquiciada e injusta. ¡Qué idea! Negar los deseos de la propia carne y hasta practicar ciertas disciplinas que castigaban y mortificaban esos deseos; hasta este día, ta-

les cosas no habían logrado más que ponerme la carne de gallina. Pero, por supuesto, Huxley no ponderaba el aspecto físico de la mortificación y el ascetismo... y eso estaba bien, en cuanto estaba él más interesado en abordar el mismo corazón del asunto y mostrar el principio positivo último que sustenta la necesidad de abnegación.

Mostraba que esta negación no era algo absoluto, buscado por sí mismo, sino que era una reivindicación liberadora de nuestras personalidades reales, una liberación del espíritu de sus limitaciones y lazos que eran intolerables, suicidas... de una servidumbre de la carne que debe últimamente destruir nuestra entera naturaleza, sociedad y mundo.

No sólo eso; una vez que el espíritu fuera liberado, vuelto a su propio elemento, no pararía aquí: encontraría el Espíritu absoluto y perfecto, Dios. Entraría en unión con Él; y, lo que es más, esta unión no sería algo vago y metafórico, sino que sería un hecho de experiencia real. Lo que esa experiencia significaba, según Huxley, habría sido o no el nirvana de los budistas, que es la negación última de toda experiencia y toda realidad cualquiera; pero de cualquier modo, en alguna parte dentro del tema, citaba pruebas de que era y podría ser una experiencia real y positiva.

El lado especulativo del libro —su parte más fuerte— estaba plagado, sin duda, de extrañas doctrinas en razón de su mismo eclecticismo. El elemento práctico, que era débil, no inspiraba confianza, especialmente cuando procuraba exponer un programa social concreto. Huxley no parecía dominar el término cristiano "Amor", que sonaba extraordinariamente vago en sus contextos... y que debe ser, no obstante, el corazón y la vida de todo verdadero misticismo. Pero de todo ello saqué estos dos grandes conceptos de un orden sobrenatural espiritual y la posibilidad de contacto real experimental con Dios.

Creían algunos que Huxley estaba a punto de ingresar en la Iglesia, pero *El fin y los medios* está escrito por un hombre que no se encontraba bien con el catolicismo. Citaba a San Juan de la Cruz y a Santa Teresa de Ávila indistintamente con escritores cristianos menos ortodoxos, como Meister Eckhart, y en conjunto prefería el Oriente. Me parece a mí que descartando la tradición de materialismo de su familia se hubiera remontado por el viejo surco protestante hacia las herejías que consideran la creación material un mal en sí mismo, aunque no recuerdo bastante de él para acusarlo de sostener tal cosa. Sin embargo, eso explicaría su simpatía por el

budismo y por el carácter nihilista que prefería dar a su misticismo y hasta a su ética. Esto también lo hacía sospechoso, como lo habían sido los albigenses, y por la misma razón, respecto a los sacramentos y vida litúrgica de la Iglesia, y también respecto a doctrinas como la Encarnación.

En todo eso no estaba yo interesado. Mi odio a la guerra y la propia miseria de mi situación particular y la crisis general del mundo me hacían aceptar de todo corazón esta revelación de la necesidad de una vida espiritual, una vida interior, incluyendo alguna clase de mortificación. Estaba contento de aceptar esta última verdad puramente como materia de teoría, o, al menos, aplicarla más intensamente a una pasión que no era tan fuerte en mí mismo y no necesitaba ser mortificada: la de la ira, el odio, mientras descuidaba las que realmente necesitaban ser reprimidas, como la gula y la lujuria.

Pero el efecto más importante del libro en mí fue hacerme empezar el saqueo de la biblioteca de la universidad en busca de libros de misticismo oriental.

Recuerdo aquellos días invernales, a finales de 1937 y principios de 1938, días pacíficos en que me sentaba en el gran cuarto de estar de Douglaston, con el pálido sol entrando por la ventana junto al piano, donde una acuarela de Bermuda, de mi padre, colgaba de la pared.

La casa estaba muy tranquila, con Pop y Bonnemaman desaparecidos de ella y John Paul fuera, procurando pasar sus cursos en Cornell. Me sentaba horas, con los grandes volúmenes en cuarto de las traducciones francesas del padre jesuita Wieger de centenares de textos orientales extraños.

He olvidado los títulos, hasta los autores, y nunca entendí una palabra de lo que decían. Tenía la costumbre de leer de prisa, sin detenerme, o deteniéndome muy raramente para tomar una nota, y todos estos misterios requerían una gran cantidad de pensamiento, aun tratándose de un hombre que supiera algo de ellos, para descifrarlos. Yo era completamente extraño a tales cosas. Por consiguiente, la mezcolanza enorme y estrambótica de mitos, teorías, aforismos morales y parábolas elaboradas hicieron poca o ninguna impresión verdadera en mi mente, excepto que dejé los libros con la impresión de que era el misticismo algo esotérico y muy complicado y que todos estábamos dentro de algún Ser enorme en quien estábamos incluidos y del cual salíamos y que lo que había que hacer era incluirnos de nuevo dentro de él por medio de un sistema de disciplinas elaboradas, sujetas más o menos al dominio de nuestra propia voluntad. El Ser Abso-

luto era la Nada infinita, intemporal, pacífica e impersonal.

Lo único práctico que saqué de ello fue un sistema de dormirme, por la noche, cuando no se podía dormir. Uno se pone bien horizontal en la cama, sin almohada, brazos y piernas estirados y relajados los muslos, y se dice a uno mismo:

—Ahora no tengo pies, ahora no tengo pies... ni pies... ni piernas... ni rodillas.

A veces realmente surtía efecto: se lograba llegar a sentir como si los pies y las piernas y el resto del cuerpo se hubiesen transformado en aire y desvanecido. La única sección con la que casi nunca surtía efecto era mi cabeza; y si no me había quedado dormido antes de que se alejara ésta, cuando intentaba hacerla desaparecer, instantáneamente el pecho, el estómago, las piernas y los pies, todo volvía a la vida con una realidad muy exasperante y no podía dormirme en horas. Generalmente, sin embargo, conseguía dormirme muy rápidamente con este truco. Supongo que era una variedad de autosugestión, una especie de hipnotismo, o bien un relajamiento simplemente muscular, con la ayuda de un poco de esfuerzo de parte de una fantasía activa.

Últimamente, supongo que todo el misticismo oriental puede reducirse a técnicas que hacen lo mismo, pero en una forma mucho más sutil y avanzada; y si eso es cierto, no es misticismo en absoluto. Permanece puramente en el orden natural. Eso lo hace malo, *per se*, según las normas cristianas, pero no lo hace bueno, en relación con lo sobrenatural. Es simplemente más o menos útil, excepto cuando se mezcla con elementos que son estrictamente diabólicos: entonces, por supuesto, estos sueños y aniquilaciones están destinados a suprimir toda actividad moral vital, mientras abandonan la personalidad al dominio de algún principio nefando, ya propio, ya fuera de uno mismo.

Con todo esto en mi cabeza fui a recibir mi diploma de bachiller en artes por una de las ventanillas de la oficina de registro, e inmediatamente después inscribí mi nombre en algunos cursos de la escuela graduada de inglés.

La experiencia del año último, con el repentino hundimiento de toda mi energía física y la disminución del impetuoso vigor de mis ambiciones mundanas, había significado que me apartara con terror de la idea de algo tan activo e incierto como el oficio periodístico. Esta inscripción en la escuela graduada representaba el primer paso remoto de una retirada de la lucha por el dinero y la fama, de la vida activa y mundana de conflicto y competencia. Si alguna cosa tenía que ser,

sería maestro y viviría el resto de mi vida en la paz relativa del seno de un colegio, leyendo y escribiendo libros.

Que la influencia del libro de Huxley no me había levantado realmente, de ningún modo, del orden natural de la noche a la mañana, es evidente por el hecho de que decidí especializarme en la literatura inglesa del siglo dieciocho y elegí mi materia de tesis de maestro en artes de alguna parte de ese siglo. De hecho, ya estaba medio decidido sobre un asunto, hacia la época en que la última capa de nieve sucia se había fundido en los bordes de South Field. Era un novelista desconocido de la segunda mitad del siglo dieciocho llamado Richard Graves. Lo más importante que escribió fue una novela llamada el *Quijote espiritual*, que era, en la tradición de Fielding, una sátira contra la clase más exaltada de metodistas y otras sectas de entusiastas religiosos de Inglaterra en aquel tiempo.

Tenía que trabajar con el profesor Tyndall, y ésta había sido precisamente su materia favorita. Era un agnóstico y racionalista que tomaba un interés profundo y divertido en todas las perversiones extrañas del instinto religioso que ha presenciado nuestro mundo en los últimos quinientos años. Justamente estaba acabando él un libro sobre D. H. Lawrence que discutía, no demasiado cariñosamente, el intento de Lawrence de construir una religión propia sintética, fabricada en casa con los materiales de todo el desecho espiritual semipagano que encontraba al paso. Todos los amigos de Lawrence se molestaron mucho con el libro cuando se publicó. Recuerdo que en aquel año uno de los tópicos favoritos de Tyndall en la conversación eran los milagros de la madre Cabrini, que acababa de ser beatificada. Se divertía con éstos, también, porque, como para todos los racionalistas, era para él artículo de fe que los milagros no podían acontecer.

Recuerdo con qué indecisión entré en la primavera, procurando resolver el problema de una materia con finalidad. Sin embargo, la cosa salió por sí misma muy de repente: tan de repente que no recuerdo qué fue lo que lo determinó. Un día salía corriendo de la biblioteca Carpenter y pasaba a lo largo de las vallas alambradas junto a los patios de tenis, al sol, con mi mente convencida de que había solamente un hombre posible del siglo dieciocho para estudiarlo yo: el poeta que menos tenía que ver con su siglo y estaba más en oposición con todo lo que éste defendía.

Acababa de tener en mis manos la edición minúscula, esmeradamente impresa, de Nonesuch Press, de los *Poemas de William Blake*, y ahora sabía lo que sería probablemente

mi tesis. Entraría en sus poemas y en algún aspecto de sus ideas religiosas.

En la librería de Columbia compré la misma edición de Blake, a crédito. (La pagué dos años más tarde.) Tenía una cubierta azul y supongo que está ahora oculta en alguna parte de la biblioteca de nuestro monasterio, la parte a la cual nadie tiene acceso. Y ya está bien. Creo que el trapense ordinario sólo se aturdiría con peligro con los "Libros Proféticos", y los que aún podrían aprovecharse de Blake tienen una porción de otras cosas que leer que son todavía mejores. Por mi parte, ya no lo necesito. Ha hecho su obra en mí, y la hizo muy completamente. Espero que lo veré en el cielo.

Pero, ¡ah, qué cosa era vivir en contacto con el genio y la santidad de William Blake aquel año, aquel verano escribiendo la tesis! Tenía un principio de aprecio de su grandeza por encima de los demás de su tiempo de Inglaterra; pero desde esta distancia, desde la colina en donde estoy ahora, mirando atrás puedo realmente apreciar su estatura.

Compararlo con los hombres de finales del siglo dieciocho sería absurdo. No lo haré: ¡todos aquellos personajillos engreídos, palabreros y rancios! En cuanto a los otros románticos, ¡qué débiles e histéricas parecen sus inspiraciones al lado del fuego tremendamente genuino y espiritual de William Blake! Hasta Coleridge, en los raros momentos en que llegó a la cima de la verdadera facultad creadora, era todavía sólo un artista, un imaginativo, no un vidente; un creador, pero no un profeta.

Acaso todos los grandes románticos sabían juntar palabras más perfectamente que Blake, y sin embargo él, con todos sus errores de lenguaje, resultó el mejor poeta, porque suya era la inspiración más profunda y más sólida. Escribió poesía mejor cuando tenía doce años que Shelley en toda su vida. Y era porque a los doce años había visto ya, creo, a Elías, hallándose bajo un árbol en los campos del sur de Londres.

El problema de Blake era intentar adaptarse a una sociedad que no lo entendía a él ni a su clase de fe y amor. Más de una vez, inteligencias presumidas e inferiores creyeron que era su deber llevar a este hombre de la mano y dirigirlo y formarlo, intentar canalizar lo que reconocían como "talento" en alguna clase de canal convencional. Y siempre significaba esto el menosprecio frío y sin cordialidad de todo lo que le era vital y real en el arte y en la fe. Tuvo años de toda índole de persecución mezquina, por parte de muy diferentes sectores, hasta que finalmente Blake se separó de sus su-

puestos protectores y abandonó toda esperanza de alianza con un mundo que lo creía loco, y siguió su derrotero.

Al adoptar esta actitud y establecerse de grabador para siempre, ya no fueron necesarios los Libros Proféticos. En la última parte de su vida, habiendo descubierto al Dante, se puso en contacto, a través de él, con el catolicismo, que describía como la única religión que enseñaba realmente el amor de Dios, y sus últimos años fueron relativamente llenos de paz. Nunca parece haber sentido ningún deseo de expulsar a un sacerdote de la Inglaterra donde el catolicismo estaba todavía, prácticamente, fuera de la ley; pero murió con un rostro flameante y grandes canciones de gozo rebosaban de su corazón.

Al tiempo que Blake obraba en mi sistema, me hice cada vez más consciente de la necesidad de una fe vital y de la total irrealidad e insustancialidad del racionalismo muerto y egoísta que había estado helando mi inteligencia y mi voluntad durante los siete años últimos.

Al finalizar el verano iba yo a formar conciencia de que el único modo de vivir era en un mundo que estuviese saturado de la presencia y realidad de Dios.

Decir eso es decir mucho; y no quiero decirlo de una manera que exprese más que la verdad. Tendré que limitar el juicio diciendo que para mí se trataba todavía más de una comprensión intelectual que de otra cosa: no había tocado aún las raíces de mi voluntad. La vida del alma no es conocimiento, es amor, ya que el amor es el acto de la facultad suprema, la voluntad, por la que el hombre se une formalmente con el objeto final de todos sus anhelos... por la que el hombre se hace uno con Dios.

III

En la puerta de la habitación de uno de los dormitorios, en que Lax y Sy Freedgood vivían en un estado de caos, había un gran cuadro gris, una litografía. Su tema era un hombre, un hindú, de ojos muy abiertos y expresión más bien de espanto, sentado con las piernas cruzadas y con vestiduras blancas. Pregunté por él, y no pude descifrar si la contestación era de burla o respetuosa. Lax dijo que alguien había arrojado un cuchillo al cuadro y que el cuchillo había rebotado y

casi cortó la cabeza a todos los presentes. En otras palabras, me dio a entender que el cuadro tenía algo intrínsecamente sagrado en torno suyo: eso explicaba el respeto y burla que manifestaban hacia él todos mis amigos. Esta mezcolanza era su tipo de reconocimiento de lo sobrenatural, o lo que se consideraba sobrenatural. Cómo llegó aquel cuadro a esa puerta de aquella habitación, es una historia extraña.

Representaba a un mesías hindú, un salvador enviado a la India en nuestros tiempos, llamado Jagad-Bondhu. Su misión se relacionaba con la paz y hermandad universales. Había muerto no mucho antes, dejando una fuerte corriente de seguidores en la India. Desempeñaba, por decirlo así, el papel de un santo que había fundado una nueva orden religiosa, aunque era considerado más que un santo: era la última encarnación de la divinidad, según la creencia hindú en una multiplicidad de encarnaciones.

En 1932 se entregó una carta oficial a uno de los monasterios de esta nueva "orden", de las afueras de Calcuta. La carta procedía de la feria mundial de Chicago, que tenía que celebrarse al año siguiente. Cómo se tuvo noticias de este monasterio, no me lo puedo imaginar. La carta era un anuncio formal de un "Congreso mundial de religiones". Estoy escribiendo de memoria todo esto, pero ésa es la sustancia de la historia: invitaron al abad de este monasterio a que mandara un representante.

Tengo esta descripción del monasterio: se llama Sri Angan, que significa el "Patio de Recreo". Consiste en un cercado y muchas chozas o "celdas", para emplear un término occidental. Los monjes son hombres tranquilos y sencillos. Viven de lo que llamaríamos una vida litúrgica, muy próximamente identificados con el ciclo de las estaciones y de la naturaleza; en realidad, la principal característica de su adoración parece ser esta identificación profunda y armoniosa con todos los seres vivientes, en la alabanza de Dios. Su alabanza misma se expresa en canciones, acompañadas de tambores e instrumentos primitivos, flautas, caramillos. Hay mucha danza ceremonial. Añadido a eso, hay un profundo anhelo puesto en forma de "oración mental", que es ampliamente contemplativa. El monje entra en ella cantando suavemente líricas aspiraciones hacia Dios, y luego permanece en absorción pacífica en el Absoluto.

Por lo demás, su vida es extremadamente primitiva y frugal. No llega a lo que llamaríamos austera. Creo que no hay penitencias exageradas ni mortificaciones. Pero, sin embar-

go, el nivel general de pobreza de la sociedad hindú en conjunto impone a estos monjes una norma de vida que muchos religiosos occidentales encontrarían probablemente imposible de seguir. Sus prendas de vestir consisten en un turbante, alguna cosa arrollada al cuerpo y una túnica. Sin zapatos. Tal vez la túnica es sólo para viajar. Su alimentación... algo de arroz, algunas legumbres, un pedazo de fruta.

De todo lo que hacen, conceden la mayor importancia a la oración, a la alabanza de Dios. Tienen un sentido muy desarrollado del poder y eficacia de la oración, basado en una fina comprensión de la bondad de Dios. Toda su espiritualidad es infantil, sencilla, primitiva si se quiere, próxima a la naturaleza, ingenua, optimista, feliz. Pero lo importante es, aunque no sea más que el pleno florecimiento de la virtud natural de la religión, con las demás virtudes naturales, incluyendo una caridad natural poderosa, que todavía la vida de estos monjes paganos es de tal pureza y santidad y paz, en el orden natural, que puede avergonzar la conducta actual de muchos religiosos cristianos, a pesar de sus ventajas de acceso constante a todos los medios de la gracia.

Éste era el ambiente en que cayó la carta de Chicago como una piedra pesada. El abad quedó complacido con la carta. No sabía lo que era la feria mundial de Chicago. No sabía que todas estas cosas no eran más que artificios para acumular dinero. El "Congreso mundial de religiones" se le aparecía como algo más que el proyecto fatuo de unas cuantas mentes inquietas, aunque sinceras probablemente. Le pareció ver en él el primer paso hacia la realización de las esperanzas de su bienamado mesías, Jagad-Bondhu: paz mundial, universal hermandad. Acaso ahora todas las religiones se unirían en una gran religión universal y todos empezarían a alabar a Dios como hermanos, en vez de despedazarse unos a otros.

De cualquier manera, el abad eligió a uno de sus monjes y le dijo que tenía que ir a Chicago, al Congreso mundial de religiones.

Esto era una misión importante. Era algo mucho más terrible que una orden dada, por ejemplo, a un capuchino recién ordenado para que fuera en misión a la India. Eso sería meramente la cuestión de un misionero adoctrinado yendo a ocupar una plaza que le había sido asignada. Pero aquí era un hombrecito que había nacido al borde de una selva, al que se le decía que saliera de un monasterio contemplativo para ir no sólo al mundo, sino al corazón de una civilización cuya violencia y materialismo apenas podía él valorar y que ponía

la carne de gallina en todo su cuerpo. Lo que es más, se le dijo que emprendiera este viaje *sin dinero*. No que el dinero le fuera prohibido, sino simplemente que no tenían ninguno. Su abad pudo recaudar bastante para proporcionarle un billete para un poco más de la mitad de la distancia. Después de eso, el cielo se encargaría de él.

Por el tiempo que conocí a este pobre monjecito que había venido a América sin dinero, había estado viviendo en el campo unos cinco años y había adquirido el grado de doctor en filosofía en la universidad de Chicago. La gente se refería a él como doctor Bramachari, aunque creo que Bramachari es simplemente un término genérico hindú de monje... y que pudiera casi traducirse: "Hermanito-sin-el-grado-de-doctor".

Cómo pudo sortear todo el expedienteo que se encuentra entre Norteamérica y el viajero sin dinero, es algo que nunca comprendí completamente. Pero parece que los funcionarios, después de interrogarlo, asombrados de su simplicidad, o bien harían algo ilegal a favor suyo, o bien le harían algún donativo para burlar los múltiples legalismos. Algunos de ellos hasta le prestaron buenas sumas de dinero. De cualquier modo, desembarcó en Norteamérica.

El único contratiempo fue que cuando llegó a Chicago el Congreso mundial de religiones había terminado.

En este tiempo, una sola mirada a los edificios de muestras, que ya se estaban derribando, le dijo todo lo que necesitaba saber sobre el Congreso mundial de religiones. Pero una vez que estuvo allí, no tuvo muchas preocupaciones. La gente lo veía por en medio de las estaciones de ferrocarril, esperando que la Providencia hiciera algo por su misión. Se sentirían intrigados por su turbante y blanca vestidura (que estaba en parte ocultada por un sobretodo pardo de invierno). Observaban que llevaba un par de "keds", y acaso era eso solo bastante para despertar su curiosidad. Frecuentemente era invitado a dar conferencias en los clubes sociales y religiosos, en las escuelas y colegios, y más de una vez habló desde los púlpitos de las iglesias protestantes. De esta manera se las arreglaba para ganarse la vida. Además, siempre era hospedado hospitalariamente por gentes que conocía, y financiaba las etapas de su viaje dejando cándidamente su bolsillo abierto en la mesa del cuarto de estar, por la noche, antes de marcharse.

La boca abierta del bolsillo hablaba elocuentemente a los corazones de sus anfitriones, diciendo: "Como ves, estoy vacío." O, acaso: "Como ves, estoy en mis últimos quince cen-

tavos." Estaba con frecuencia con algo por la mañana. Tenía bastante. ¿Cómo tropezó con Sy Freedgood? Pues, la esposa de Seymour estudiaba en Chicago, y allí conoció a Bramachari, luego Seymour lo conoció. Bramachari vino a Long Beach una o dos veces, salió en un bote a vela de Seymour y escribió un poema que dio a Seymour y Elena. Era muy feliz con Seymour, porque no tenía que contestar a tantas preguntas estúpidas, pues, después de todo, un grupo de individuos que lo patrocinaban, eran personas caprichosas, medio maniáticas y teósofos que creían tener alguna clase de derecho sobre él. Lo cansaban con sus excentricidades, aunque era un hombrecito amable y paciente. Pero en Long Beach lo dejaban en paz, aunque la vieja abuela de Seymour no se convencía fácilmente de que él no fuera el enemigo hereditario del pueblo judío. Se movía ella por la habitación contigua, encendiendo pequeñas lámparas religiosas contra el intruso.

Era a finales del año escolar, junio de 1938, en que Lax y Seymour ya tenían una enorme caja en medio de la habitación, que empezaban a llenar de libros, cuando tuvieron noticias de que Bramachari venía otra vez a Nueva York.

Bajé a encontrarlo en la Estación Central con Seymour, y no sin cierta excitación reprimida, pues Seymour me lo había condimentado con una soberbia selección de embustes sobre la habilidad de Bramachari de flotar en el aire y andar sobre el agua. Pasó mucho tiempo antes de encontrarlo en la multitud, aunque uno pensara que un hindú con turbante y ropa blanca y un par de *Keds* habría sido una visión memorable. Pero a todos los que preguntamos, referente a tal persona, no tenían idea de haberla visto.

Habíamos mirado por los alrededores unos diez o quince minutos, cuando un gato pasó con marcha cautelosa a través de la muchedumbre, nos cruzó con una mirada extraña y desapareció.

—Ése es él —dijo Seymour—. Se ha transformado en gato. No le gusta llamar la atención. Está reconociendo el lugar. Ahora sabe que estamos aquí.

Casi en seguida, mientras Seymour preguntaba a un mozo si había visto a alguien parecido a Bramachari y el mozo decía que no, Bramachari surgió detrás de nosotros.

Vi a Seymour ladearse y decir, en su estilo peculiar y afable:

—¡Ah!, Bramachari, ¿cómo está usted?

Allí teníamos delante a un hombrecito tímido, con una sonrisa ancha, mostrando todos sus dientes en medio de su ros-

tro moreno. Y sobre su cabeza llevaba un turbante con oraciones hindúes escritas sobre él en rojo. Y, en sus pies, bastante sujetos, zapatos con suela de goma.

Estreché su mano, aun preocupado por la posibilidad de que comunicara alguna clase de contacto eléctrico. Pero no lo hizo. Subimos a Columbia en el ferrocarril subterráneo, con toda la gente mirándonos con ojos muy abiertos, mientras yo hacía preguntas a Bramachari sobre todos los colegios que había visitado. ¿Le gustaba Smith, le gustaba Harvard? Cuando salimos al aire en la calle 116, lo interrogué sobre cuál le gustaba más, y me dijo que todos eran iguales para él: no se le había ocurrido que uno pudiera tener alguna preferencia especial en tales cosas.

Caí en un silencio reverente y medité sobre este pensamiento.

Entonces tenía yo veintitrés años y, ciertamente, era superior a esta edad en algunos aspectos. Seguramente debiera ya saber con claridad que los lugares no interesaban especialmente. Pero no, daba mucha importancia a los lugares y tenía gustos y aversiones muy definidos por las localizaciones, especialmente colegios, puesto que siempre pensaba encontrar uno que fuera a la vez agradable para vivir y enseñar.

Después de eso me hice muy amigo de Bramachari y él de mí. Nos llevábamos muy bien, especialmente porque comprendía que yo procuraba buscar mi camino hacia una firme convicción religiosa, hacia una vida que estuviera centrada, como la suya, en Dios.

Lo que me sorprende ahora es que nunca intentó explicarme sus propias creencias religiosas... excepto algunas cosas del culto externo, y eso más tarde. Me habría dicho sin duda todo lo que quería saber si se lo hubiese pedido, pero no era yo bastante curioso. Lo más útil para mí era oír su valoración de la sociedad y las creencias religiosas con que se había encontrado en América: anotar todo eso en el papel requeriría otro libro.

Nunca era sarcástico, irónico ni despiadado en sus críticas; en realidad, no emitía muchos juicios, especialmente adversos. Simplemente formulaba juicios de hecho, y entonces soltaba su risa... que era tranquila e ingenua y expresaba su completo asombro ante la misma posibilidad de que la gente viviera del modo que la veía vivir en torno suyo.

Desbordaba su risa ante el bullicio y violencia de la vida de la ciudad norteamericana y todas las evidentes locuras como programas de radio y anuncios de cartelera. Era alguno de

los idealismos sinceros con que tropezó que le impresionaban cómicamente. Una de las cosas que le pareció más cómica fue la avidez con que los ministros protestantes acostumbraban acercarse a preguntarle si la India actualmente estaba casi convertida al protestantismo... o catolicismo, en otro caso. La principal razón que daba del fracaso de cualesquiera misioneros cristianos para causar impresión profunda en las tremendas poblaciones del Asia era el hecho de que ellos se mantenían a un nivel social que estaba demasiado por encima de los indígenas. La Iglesia de Inglaterra, ciertamente, pensaba que convertiría a los indios manteniendo una separación estricta... los blancos en una iglesia, los indígenas en otra iglesia diferente: los dos grupos escuchando los sermones sobre el amor fraternal y la unidad.

Pero todos los misioneros cristianos, según él, se resentían del mismo inconveniente: vivían demasiado bien, con demasiada comodidad. Se preocupaban de sí mismos en una forma que hacía imposible a los hindúes mirarlos como santos... sin mencionar el hecho de que comían carne, que los hacía repugnantes a los indígenas.

No sé nada acerca de los misioneros; pero estoy seguro de que, según nuestros niveles de vida, la vida suya es ardua y difícil y que, ciertamente, no se puede considerar cómoda. En comparación con la vida de América y Europa, representa un tremendo sacrificio. Sin embargo, supongo que harían peligrar literalmente sus vidas si intentaran subsistir en los niveles de vida con que tiene que contentarse la inmensa mayoría de asiáticos. Parece duro esperar de ellos que vayan descalzos y duerman sobre esteras y vivan en chozas. Pero una cosa es cierta: los paganos tienen sus propias ideas de santidad y hay una que incluye un elemento destacado de ascetismo. Según Bramachari, la impresión preponderante entre los hindúes parece ser que los cristianos no saben lo que significa ascetismo. Por supuesto, hablaba principalmente de misioneros protestantes, pero supongo que se aplicaría a cualquiera que fuera a un clima tropical desde uno de los sedicentes países "civilizados".

Por mi parte, no veo razón de desaliento. Bramachari decía simplemente algo que había sido, mucho tiempo ha, familiar a los lectores de los Evangelios. A menos que el grano de trigo, cayendo al suelo, muera, permanezca solo: únicamente si muere da mucho fruto. Los hindúes no nos buscan para que les mandemos hombres que construyan escuelas y hospitales, aunque esas cosas son buenas y útiles en sí mis-

mas... y tal vez grandemente necesitadas en la India; quieren saber si tenemos santos para mandarles.

No me cabe duda de que muchos de nuestros misioneros son santos, y que pueden hacerse mayores santos también. Eso es todo lo que se necesita. Después de todo, San Francisco Javier convirtió a centenares de miles de hindúes en el siglo dieciséis y fundó sociedades cristianas en el Asia, bastante fuertes para sobrevivir varios siglos sin ninguna ayuda material de fuera del mundo católico.

Bramachari no me decía nada que no supiera acerca de la Iglesia de Inglaterra, o acerca de las otras sectas protestantes con que él había entrado en contacto. Pero estaba yo interesado en oír su opinión sobre los católicos. Ellos, por supuesto, no lo invitaron a predicar en sus púlpitos, pero había entrado en algunas iglesias católicas por curiosidad. Me dijo que éstas eran las únicas en que realmente sentía él que la gente rezaba.

Sólo allí la religión parecía haber alcanzado un grado de vitalidad entre nosotros, por lo que él podía ver. Sólo para los católicos el amor de Dios parecía ser un asunto de interés real, algo que ahondaba en sus naturalezas, no meramente especulación piadosa y sentimiento.

No obstante, cuando describía su visita a un monasterio benedictino grande del Medio Oeste, empezó a sonreír sarcásticamente. Dijo que le habían mostrado una cantidad de talleres, maquinarias e imprentas y lo habían llevado por toda la "instalación" como si estuvieran envueltos en todos sus edificios y empresas. Sacó la impresión de que estaban más absortos en imprimir, escribir y enseñar que en la oración.

Bramachari no era de la clase de hombres que se impresiona con frases como: "Hay un cuarto de millón de dólares de valor de cristalería de color en esta iglesia... el órgano tiene seis teclados y contiene tambores, campanas y un ruiseñor mecánico... el retablo es un auténtico bajorrelieve de un artista italiano real y vivo."

Menos respeto aun tenía por los casos descentrados, las sectas extrañas y excéntricas, los cientistas cristianos, el grupo de Oxford y todos los demás. Eso era, en cierto sentido, muy alentador. No que me preocupara yo por ellos, sino porque me confirmaba en mi respeto hacia él.

Generalmente no daba a sus palabras una forma de consejo; pero el consejo que me dio es algo que no olvidaré fácilmente: "Hay muchos libros místicos bellos escritos por los cristianos. Debiera usted leer las *Confesiones* de San Agustín y *La imitación de Cristo*."

Por supuesto, yo había oído hablar de ellos; pero él hablaba como si diera por sentado que la mayoría de la gente en Norteamérica no tenía idea de que tales libros existieran. Parecía él sentir que se hallaba en posesión de una verdad que llegaría a muchos norteamericanos como nueva... como si hubiera algo en su propia herencia cultural que hubiesen olvidado desde mucho tiempo y pudiera él recordárselo. Repitió lo que había dicho, no sin cierta formalidad:

—Sí, usted debe leer esos libros.

No era frecuente que hablara con esta clase de énfasis.

Ahora que vuelvo a esos días, me parece muy probable que una de las razones por la que Dios le hizo recorrer todo el camino desde la India, fue para que pudiera decir precisamente eso.

Después de todo, es algo irónico que yo me hubiera vuelto, espontáneamente, hacia el Este, leyendo sobre misticismo, como si hubiera poco o nada en la tradición cristiana. Recuerdo que me sumergí en aquellos pesados tomos del padre Wieger con el sentimiento de que todo esto representaba el más alto desarrollo de la religión en la Tierra. La razón puede haber sido que salí de *El fin y los medios* de Huxley con el prejuicio de que el cristianismo era una religión menos pura, porque estaba más "inmersa en la materia"... es decir, porque no desdeñaba emplear una liturgia sacramental que descansaba en la atracción de las cosas creadas a los sentidos a fin de elevar las almas de los hombres hacia más altos fines.

Ahora me decían que debía volver a la tradición cristiana, a San Agustín... ¡y me lo decía un monje hindú!

Empero, aunque no hubiese recibido nunca ese consejo, acaso habría acabado en los Padres de la Iglesia y el escolasticismo de todas maneras, porque un afortunado descubrimiento en el curso de mi trabajo sobre la tesis de Magister Artium me puso recta y definidamente en esa pista.

Tal descubrimiento era un libro que desataba todos los nudos del problema que me había propuesto resolver en mi tesis. Era *Arte y escolasticismo* de Jacques Maritain.

IV

La última semana de aquel año escolar en Columbia había sido un tanto caótica. Lax y Freedgood habían estado haciendo vanos esfuerzos para reunir sus bártulos e irse a su casa. Bramachari vivía en su aposento, encaramado sobre un mon-

tón de libros. Lax intentaba acabar una novela para el curso del profesor Nobbe sobre el arte de la novela y todos sus amigos se habían ofrecido voluntariamente a hacerse cargo de una parte del libro y escribirla, simultáneamente; pero al final resultó más o menos un asunto con tres distintos puntos de vista... el de Lax, el mío y el de Dona Eaton. Cuando Nobbe tuvo la obra entre sus manos no pudo entenderla en absoluto, pero nos dio un *si menor*, con lo que quedamos más que satisfechos.

La madre de Lax había bajado a la ciudad para vivir junto a él en las últimas semanas furiosas antes de la graduación, para hacerse cargo de él si desfallecía. Tenía que tomar la mayoría de sus comidas en el piso que ella había alquilado en Butler Hall. A veces iba yo a ayudarle a mordiscar los variados alimentos reconstituyentes.

Al mismo tiempo planeábamos una excursión en una barcaza de petróleo por el Hudson y el Canal Erie hasta Buffalo... porque el cuñado de Lax se dedicaba al negocio de petróleo. Después de eso iríamos a la ciudad en que vivía Lax, que era Olean, en aquel ángulo del estado de Nueva York.

En "día de clase" nos apoyábamos contra la ventana de la habitación de Lax y bebíamos una botella de champaña contemplando el sol de South Field, observando a la gente que empezaba a reunirse bajo los árboles delante de Hamilton, donde pronto oiríamos algunos discursos y estrecharíamos la mano de Nicholas Murray Butler.

No era asunto mío en absoluto graduarme en junio. Mi graduación había terminado cuando recogí mi grado en la oficina de inscripción, en febrero último. No obstante, pedí prestados el birrete y la toga con que Dona Eaton se había graduado en Barnard un año antes y fui a sentarme con todos los demás, burlándome de los discursos, con el filo de mi sobriedad ligeramente embotado por la celebración que acababa de tener lugar con champaña en Furnald.

Finalmente todos nos levantamos y subimos despacio, en fila, por los peldaños de madera desgastados, hacia la tribuna improvisada, para estrechar las manos de las autoridades académicas. El presidente Butler era mucho más pequeño de lo que me había figurado. Parecía muy desgraciado y murmuraba una cosa u otra a cada estudiante, al tiempo de estrecharle la mano. No se oía. Me habían dado a entender que durante los últimos seis o siete años la gente había tenido la costumbre de insultarlo, en estas ocasiones, como una forma de adiós.

Yo no dije nada. Sólo estreché su mano y pasé. El siguiente con quien me encontré era el decano Hawkes, que miró con sorpresa por debajo de sus espesas cejas blancas y rezongó:

—Pero, ¿qué está usted haciendo aquí?

Sonreí y seguí adelante.

No hicimos la excursión en la barca de petróleo, pero fuimos a Olean en tren, y por primera vez vi la parte del mundo en que un día iría a aprender a ser muy feliz... y ese día no estaba ahora muy lejano.

Es la asociación de esa felicidad que hace que la parte superior del estado de Nueva York aparezca, en mi memoria, como tan bella. Pero objetivamente es así, no hay duda de eso. Aquellos profundos valles y millas y millas de colinas cubiertas de bosques, altas y ondulantes; los anchos campos, los enormes graneros rojos, las albas granjas y las ciudades pacíficas; todo esto me parecía más y más impresionante y hermoso bajo los largos rayos oblicuos del sol poniente después que hubimos pasado Elmira.

Se experimentaba algo del sentimiento de la grandeza de Norteamérica y se desarrollaba un sentido continental de la extensión del país y del cielo vasto y despejado, en tanto el tren continuaba milla tras milla y hora tras hora.

¡Y el color, la lozanía, la grandeza, la riqueza de la tierra! Su pureza. La salubridad. Era nuevo y, con todo, era un país viejo. Un país maduro. Había sido purificado y colonizado durante más de un centenar de años.

Cuando salimos a Olean, aspiramos su salud y escuchamos su silencio.

No permanecí allí más de una semana, impaciente por regresar a Nueva York, a causa de estar, como de costumbre, enamorado.

Pero una de las cosas que tuvimos que hacer fue dejar el camino real, una tarde, en marcha al territorio reservado a los indios, para contemplar las construcciones de ladrillo sencillo de un colegio dirigido por franciscanos.

Se llamaba Colegio de San Buenaventura. Lax tenía un sentimiento agradable por el lugar. Su madre siempre seguía cursos allí, por las noches... cursos de literatura de los frailes. Era él buen amigo del padre bibliotecario y le gustaba la biblioteca. Entramos en el parque y nos detuvimos junto a unos edificios.

Pero cuando Lax intentó sacarme del coche, no quise.

—Salgamos de aquí —dije.

—¿Por qué? Es un lugar agradable.

—Está bien, pero salgamos de aquí. Vamos al territorio reservado para los indios.

—¿No quieres ver la biblioteca?

—Puedo ver bastante desde aquí. Vámonos.

No sé qué era. Tal vez me espantaba el pensamiento de monjes y sacerdotes en torno mío... el miedo elemental de los ciudadanos del infierno, en presencia de algo que sabe a vida religiosa, votos religiosos, consagración oficial a Dios, por mediación de Cristo. Demasiadas cruces. Demasiadas imágenes sagradas. Demasiada quietud y alegría. Demasiado optimismo piadoso. Hacía que me sintiera incómodo. Tenía que huir.

Cuando regresé a Nueva York, una de las primeras cosas que hice fue deshacerme, por último, de la casa de Douglaston. La familia, en verdad, se había disuelto prácticamente con la muerte de mis abuelos y yo podría trabajar algo más no teniendo que perder tanto tiempo en los ferrocarriles subterráneos y el tren de Long Island.

Un día lluvioso de junio, pues, hice un trato con Herb, el taxista de color de Douglaston, y me condujo con todos mis sacos y libros, mi gramófono portátil, mis discos animados y cuadros para poner en la pared y hasta una raqueta de tenis que nunca usé, hacia la parte alta de la ciudad, a una residencia de la calle 114, precisamente detrás de la biblioteca de Columbia.

En todo el camino estuvimos discutiendo las razones posibles de la muerte misteriosa de Rodolfo Valentino, un día famosa estrella de cine, pero no era esto ciertamente lo que llamaríamos un acontecimiento de actualidad. Valentino había muerto al menos diez años atrás.

—Es un agradable aposento el que ha adquirido aquí— dijo Herb, aprobando la habitación que alquilaba yo por siete cincuenta a la semana. Era brillante, limpia y con mobiliario nuevo y tenía una gran vista de montón de carbón, en un patio junto a los campos de tenis del colegio, con South Field y los peldaños de la antigua biblioteca cupulada más lejos. Abarcaba el panorama hasta un par de árboles.

—Presumo que va usted a tener un tiempo muy animado, ahora que se separó de sus parientes —observó Herb, al tiempo de despedirse.

Además de cualquier otra cosa que haya podido ocurrir en aquella habitación, fue en ella donde empecé a rezar de nuevo más o menos regularmente; allí añadí, como Bramachari

había sugerido, *La imitación de Cristo* a mis libros, y, por fin, allí había de ser guiado por un impulso casi físico a ir en busca de un sacerdote.

Llegó julio, con sus grandes calores brumosos, y Columbia se llenó de millares de señoras rollizas con lentes y vestidos rosados, del Medio Oeste, y gentes grises en trajes de sirsaca, todos los directores *secos* de escuela secundaria de Indiana y Kansas y Iowa y Tennessee, con sus venas encogidas de positivismo y todas las reacciones del *conductista* flameando detrás de sus lentes, mientras meditaban en las verdades que aprendían en aquellas aulas sofocantes.

Los libros se amontonaban más y más en mi pupitre de la sala de lectura de la escuela graduada y en mi propio aposento. Estaba en el núcleo de mi tesis, cometiendo centenares de errores que no podría descubrir durante varios años porque estaba metido en algo fuera de mi alcance. Afortunadamente, nadie más los descubrió tampoco. Por mi parte era muy feliz y aprendía muchas cosas. La disciplina del trabajo mismo era buena para mí y ayudaba a curarme, más que ninguna otra cosa, de la ilusión de que mi salud era pobre.

En medio de todo esto fue donde descubrí la filosofía escolástica.

La materia que finalmente había escogido era "La Naturaleza y el Arte en William Blake". No me daba cuenta de lo providencial que era este asunto entonces. Lo que significaba, era un estudio de la reacción de Blake contra toda clase de literalismo, naturalismo y mezquino realismo clásico en el arte, a causa de su ideal propio, que era esencialmente místico y sobrenatural. En otras palabras, el tema, si lo trataba yo del todo sensatamente, no podía dejar de curarme de todo el naturalismo y materialismo de mi filosofía, además de resolver todas las inconsecuencias y contradicciones manifiestas que habían persistido en mi mente durante años, sin poder yo explicarlas.

Después de todo, desde mi misma niñez había comprendido que la experiencia artística, en su más alto grado, era realmente un término análogo natural de experiencia mística. Producía una especie de percepción intuitiva de la realidad por mediación de una clase de identificación afectiva con el objeto contemplado... el modo de percepción que los tomistas llaman "connatural". Esto significa simplemente un conocimiento que llega, por decirlo así, por la identificación de naturalezas; de la manera que un hombre casto comprende la naturaleza de la castidad porque está saturado de ella... es

parte de su propia naturaleza, puesto que el hábito es una segunda naturaleza. El conocimiento *inconnatural* de la castidad sería el de un filósofo que, para emplear el lenguaje de la *Imitación*, pudiera definirla, pero no la poseyera.

Había aprendido de mi padre que era casi blasfemia considerar la función del arte como simplemente reproducir alguna clase de placer sensible o, a lo mejor, despertar las emociones a un transitorio estremecimiento. Siempre había entendido que el arte era contemplación y que implicaba la acción de las facultades más altas del hombre.

Cuando pude un día descubrir la clave de Blake, en su rebelión contra el literalismo y naturalismo en el arte, vi que sus Libros Proféticos y sus demás versos sueltos representaban una rebelión contra el naturalismo en el orden moral también.

¡Qué revelación fue ésa! Pues a los dieciséis años me había imaginado que Blake, como los otros románticos, glorificaba la pasión, la energía natural por sí mismas. ¡Lejos de eso! Lo que glorificaba él era la transfiguración del amor natural del hombre, sus facultades naturales, en los fuegos purificados de la experiencia mística, y que, en sí, implicaba una purificación ardua y total, por la fe, el amor y el deseo, de todo el materialismo mezquino, lugar común e ideales terrenales de sus amigos racionalistas.

Blake, en su arrolladora lógica, había desplegado una perspicacia moral que acababa con todas las falsas distinciones de una moralidad mundana e interesada. Por eso veía él que, en la legislación de los hombres, algunos males se habían erigido en normas de lo justo por las cuales otros males habían de ser condenados; y las normas del orgullo o codicia se habían establecido en el tribunal para pronunciar una acusación abrumadora e inhumana contra todos los esfuerzos sanos normales de la naturaleza humana. El amor estaba fuera de la ley y se convertía en lujuria, la piedad era absorbida por la crueldad, y así Blake sabía cómo:

A través de las calles gritos de ramera
tejerán un sudario a la vieja Inglaterra.

Había oído yo ese grito y ese eco. Había visto ese sudario envolvente. Pero no había comprendido nada de todo eso. Había intentado resolverlo en una cuestión de leyes sociológicas, de fuerzas económicas. Si hubiese podido escuchar a Blake en aquellos viejos días, me habría dicho él que la socio-

logía y la economía, divorciadas de la fe y la caridad, se transforman en nada sino las cadenas de su demonio Urizen, viejo y helado. Pero ahora, leyendo a Maritain, en relación con Blake, veía desaparecer todas estas dificultades y contradicciones.

Yo, que siempre había sido antinaturalista en el arte, había sido un naturalista puro en el orden moral. No es raro que mi alma estuviera enferma y desgarrada; pero ahora la herida sangrante se cicatrizaba con la idea de la virtud cristiana, ordenada a la unión del alma con Dios.

La palabra virtud, ¡qué destino ha tenido en los últimos trescientos años! El hecho de que casi en ninguna parte de los países latinos esté tan despreciada y ridiculizada, es testimonio de que sufrió principalmente de la mutilación experimentada en manos de calvinistas y puritanos. En nuestros propios días la palabra deja en los labios de los muchachos de la escuela secundaria una mancha de petulancia y se utiliza en los teatros por las posibilidades que ofrece al sarcasmo lascivo y asqueroso. Todos se burlan de la virtud, que ahora tiene, como sentido primario, una afectación de gazmoñería practicada por los hipócritas e impotentes.

Cuando Maritain —que no se preocupa de tales trivialidades—, en toda su simplicidad, siguió usando el término en su sentido escolástico y pudo aplicarlo al arte, una "virtud del entendimiento práctico", la misma novedad del contexto fue bastante para desinfectar mi mente de todas las miasmas dejadas en ella por el prejuicio ordinario contra la "virtud", el cual, si en alguien era fuerte, lo era en mí. Nunca fui un enamorado del puritanismo. Llegué al final a la concepción sana de la virtud... sin la cual no puede haber felicidad, porque las virtudes son precisamente los poderes por los que podemos llegar a adquirir la felicidad: sin ellas no puede haber alegría, porque son los hábitos que coordinan y canalizan nuestras energías naturales y las dirigen a la armonía, perfección y equilibrio, a la unidad de nuestra naturaleza consigo misma y con Dios, que debe, al fin, constituir nuestra paz perdurable.

Por el tiempo en que estaba dispuesto a empezar la redacción verdadera de mi tesis, esto es, por los comienzos de setiembre de 1938, la base de la conversión estaba más o menos completa. ¡Qué fácil y suavemente se había hecho todo, con todas las gracias externas que habían sido dispuestas, a lo largo de mi senda, por la bondadosa Providencia de Dios! Había tardado poco más de un año y medio, contando desde el tiempo en que leí *El espíritu de la filosofía medieval* de

Gilson, para transformarme, de "ateo" —como me consideraba—, en uno que aceptaba todo el pleno alcance y posibilidades de la experiencia religiosa hasta el más alto grado de gloria.

No sólo aceptaba todo esto, intelectualmente, sino que ahora empezaba a desearlo. Y no sólo empezaba a desearlo, sino que empezaba a hacerlo eficazmente: comenzaba a querer emplear los medios necesarios para realizar esta unión, esta paz. Empezaba a desear dedicar mi vida a Dios, a Su servicio. La idea era todavía vaga y oscura y demasiado poco práctica en el sentido de que ya soñaba con la unión mística cuando ni siquiera conservaba los más elementales rudimentos de la ley moral. Pero, sin embargo, estaba convencido de la realidad de la meta y confiado en que podría realizarse; cualquier elemento de presunción que hubiera en esta confianza estoy seguro de que Dios la disculpaba, en Su misericordia, a causa de mi simplicidad y desamparo y porque realmente empezaba a estar dispuesto a hacer lo que pensaba que Él quería que hiciese para llevarme a Él.

Pero, ¡ah!, ¡qué ciego, débil y enfermo estaba, aunque creyera ver adónde iba y medio comprendiera el camino! ¡Qué alucinados estamos a veces con las nociones claras que sacamos de los libros! Nos hacen creer que realmente comprendemos cosas de las cuales no tenemos ningún conocimiento práctico. Recuerdo cuán sabia y entusiásticamente podía hablar durante horas sobre el misticismo y el conocimiento experimental de Dios, y todo el tiempo estaba atizando los fuegos del argumento con whisky y soda.

De esa manera transcurrió aquel Día del Trabajo, por ejemplo. Fui a Filadelfia con Joe Roberts, que tenía una habitación en la misma casa que yo y que había estado en todas las batallas del cuarto piso de John Jay, en los pasados cuatro años. Se había graduado y trabajaba en una revista comercial de sombreros de mujer. Una noche entera estuvimos sentados, con un amigo suyo, en una casa grande y oscura de la carretera en las afueras de Filadelfia, discutiendo y discutiendo sobre el misticismo, fumando cigarrillo tras cigarrillo y embriagándonos gradualmente. Finalmente, presa de entusiasmo por la pureza de corazón que engendra la visión de Dios, fui con ellos a la ciudad, después de cerrar los bares, a una taberna clandestina, donde completamos la obra de enfangarnos.

Mis contradicciones internas se resolvían, es cierto, pero aún sólo en el plano de la teoría, no de la práctica; no por

falta de buena voluntad, sino porque todavía estaba completamente encadenado y engrillado por mis pecados y mis afectos.

Creo que si hay una verdad en el mundo que la gente necesita aprender, especialmente hoy, es ésta: el entendimiento es sólo teóricamente independiente del deseo y del apetito en la práctica ordinaria real. Es constantemente cegado y pervertido por los fines y objetos de la pasión, y la prueba que nos ofrece con tanta muestra de imparcialidad y objetividad está preñada de interés y propaganda. Hemos llegado a ser maravillosos en la alucinación propia; tanto más, porque nos hemos dado a la preocupación de convencernos a nosotros mismos de nuestra infalibilidad absoluta. Los deseos de la carne —y con eso entiendo no sólo los deseos pecaminosos, sino hasta los apetitos ordinarios normales de comodidad, tranquilidad y respeto humano— son fuentes copiosas de toda clase de error y juicio falso; y porque tenemos estos anhelos dentro de nosotros, nuestros entendimientos (que, si operaran solos en un vacío, registrarían, ciertamente, con pura imparcialidad lo que vieran) nos lo presentan deformado y acomodado a las normas de nuestro deseo. Por consiguiente, aun cuando obremos con la mejor de las intenciones y nos imaginemos que hacemos un gran bien, podemos hacer verdaderamente un tremendo daño material y contradecir todas nuestras intenciones buenas. Hay caminos que a los hombres parecen buenos, pero cuyo fin está en las profundidades del infierno.

La única respuesta al problema es la gracia, la gracia, docilidad a la gracia. Estaba yo todavía en la posición precaria de ser mi propio guía y mi intérprete de la gracia. ¡Es una cosa maravillosa que llegara al puerto después de todo!

Algún día de agosto cedí por fin a un impulso que había estado obrando en mí largo tiempo. Todos los domingos había salido a Long Island para pasar el día con la misma muchacha que me había hecho regresar con tanta prisa de la casa de Lax en Olean. Pero cada semana, cuando llegaba el domingo, sentía un deseo creciente de quedarme en la ciudad para ir a alguna iglesia.

Al principio había pensado vagamente en tratar de encontrar a algunos cuáqueros e ir a sentarme con ellos. Aún quedaba en mí algo de la idea favorable sobre los cuáqueros que había adquirido de niño y que la lectura de William Penn no había podido superar.

Pero, bastante naturalmente, con el trabajo que hacía en la biblioteca, un fuerte impulso empezaba a afirmarse y me sentía arrastrado mucho más imperativamente a la Iglesia

Católica. Por último, la tendencia se hizo tan fuerte que no pude resistirla. Visité a mi muchacha y le dije que no iba a salir ese fin de semana, que había resuelto ir a misa por primera vez en mi vida.

¡La primera vez de mi vida! Eso era verdad. Había vivido varios años en el continente, había estado en Roma, había estado entrando y saliendo de mil catedrales e iglesias católicas y, sin embargo, no había oído misa. Si alguna se estaba celebrando en las iglesias que visitaba, me había escapado siempre, con alocado pánico protestante.

No olvidaré fácilmente lo que sentí aquel día. Primero, había en mí esta tendencia dulce, fuerte, suave y pura que decía: "¡Vé a misa! ¡Vé a misa!" Era algo completamente nuevo y extraño, esta voz que parecía moverme, esta convicción firme y creciente de lo que necesitaba hacer. Tenía una suavidad, una simplicidad que no podía explicarme fácilmente. Cuando cedí a ella, no se regocijó sobre mí, no me atropelló en su afán furioso de caer sobre su presa, sino que me llevó serenamente, con dirección determinada.

Eso no quiere decir que mis emociones se rindieran a ella del todo tranquilamente. Todavía estaba en verdad un poco asustado de ir a una iglesia católica, con propósito deliberado, con toda la demás gente, y acomodarme en un banco y abandonarme a los misteriosos peligros de esa cosa fuerte y rara que llaman su "misa".

Dios hizo un domingo muy bello. Y puesto que era la primera vez que había pasado realmente un domingo sobrio en Nueva York, me sorprendí de la atmósfera pura y tranquila de las calles vacías de la parte alta de la ciudad. El sol era resplandeciente. Al final de la calle, cuando salí por la puerta principal, pude ver una explosión de verdor, el río azul y las colinas de Jersey al otro lado.

Broadway estaba vacío. Un trolebús solitario bajaba veloz por delante del colegio Barnard y pasaba por la Escuela de Periodismo. Entonces, desde la torre alta, gris y lujosa de la iglesia Rockefeller, campanas enormes empezaron a repicar. Indicaban muy bien la misa de once de la pequeña iglesia de ladrillo de Corpus Christi, oculta detrás del colegio de maestros de la calle 121.

¡Qué brillante me parecía el pequeño edificio! En verdad, era completamente nuevo. El sol resplandecía en los limpios ladrillos. La gente entraba por la puerta completamente abierta, hacia la fresca oscuridad y, de repente, todas las iglesias de Italia y Francia se me aparecieron. La riqueza y plenitud

del ambiente de catolicismo que no había podido evitar de percibir y amar de niño, resurgieron en mí como un torrente: pero ahora iba a entrar en él, plenamente, por primera vez. Hasta ahora no había conocido más que la superficie exterior. Era una iglesia alegre y limpia, con grandes ventanas llanas, columnas y pilastras blancas y un sencillo santuario muy iluminado. Su estilo era una mezcla ecléctica, pero mucho menos pervertido de incongruencias que la corriente iglesia católica de América. Tenía una especie de carácter de oratorio del siglo diecisiete, aunque con un dejo colonial americano de sencillez. La mezcla era efectiva y original: pero aunque todo esto me afectaba, sin pensar en ello, la cosa que me impresionó más fue que el local estaba lleno, absolutamente lleno. Estaba lleno no sólo de señoras ancianas y caballeros agotados, con un pie en la tumba, sino de hombres y mujeres, niños, jóvenes y viejos... especialmente jóvenes: gente de todas las clases y todas las categorías con un sólido cimiento de trabajadores y trabajadoras con sus familias.

Encontré un lugar que esperaba que sería oscuro, en un lado, hacia atrás; fui a él sin hacer la genuflexión y me arrodillé. Al arrodillarme, lo primero que observé fue una muchachita, muy bonita además, acaso de quince o dieciséis años, arrodillada erguida y orando muy en serio. Quedé muy impresionado de ver que alguna persona que fuera joven y bella pudiese con tanta sencillez hacer de la oración la razón verdadera, formal y principal de ir a la iglesia. Se arrodillaba claramente de aquel modo porque así quería, no a fin de alardear, y rezaba con una concentración que, aunque no el recogimiento profundo de un santo, era bastante seria para indicar que no pensaba en todos los demás que estaban allí.

¡Qué revelación fue descubrir personas comunes reunidas en un local, más conscientes de Dios que unas de otras: no para exhibir allí sus sombreros o sus vestidos, sino para rezar o al menos para cumplir una obligación religiosa, no humana! Pues hasta los que pudieran haber estado allí por algún motivo mejor que el de ser obligados a asistir estaban al menos libres de la presión afectada y humana que nunca está ausente de una iglesia protestante, donde la gente se reúne en definitiva como gente, como vecinos y siempre tienen al menos medio ojo para otro, cuando no los dos ojos.

Por hallarnos en verano, la misa de once era rezada; pero no había asistido esperando oír música. El sacerdote ya estaba en el santuario con los acólitos, ocupado en una cosa u otra que no podía ver muy bien; la gente rezaba para sí y yo

estaba sumido en el conjunto: altar y presencia de la gente. Todavía no me había desembarazado de mi temor. Viendo a los retrasados hacer con prisa la genuflexión antes de acomodarse en el banco me di cuenta de mi omisión y experimenté la sensación de que la gente me señalaba como pagano, aguardando que me olvidara de algunas genuflexiones más antes de echarme o, al menos, lanzarme miradas de reproche.

Pronto todos estuvimos de pie. No sabía para qué era. El sacerdote estaba al otro extremo del altar y, como después supe, leía el Evangelio. En seguida observé que alguien ascendía al púlpito.

Se trataba de un sacerdote joven, tal vez no mucho más de treinta y tres o treinta y cuatro años de edad. De rostro ascético y delgado, realzaba su ascetismo con una nota de intelectualidad por sus lentes engastados en cuerno, aunque sólo era uno de los ayudantes y no se consideraba a sí mismo intelectual, ni nadie más, aparentemente, lo consideraba así. Pero, de cualquier manera, ésa fue la impresión que produjo en mí: su sermón, bastante sencillo, no lo desmintió.

No fue largo: pero para mí resultó muy interesante oír a este joven hablando tranquilamente a la gente en un lenguaje que era llano, aunque teñido de terminología escolástica, sobre un tema de doctrina católica. ¡Qué clara y sólida era la doctrina!; pues detrás de aquellas palabras uno sentía la fuerza plena, no sólo de la Escritura sino de siglos de tradición unificada, continua y consistente. Sobre todo, era una tradición vital: no había nada estudiado o anticuado en ella. Estas palabras, esta terminología, esta doctrina, estas convicciones fluían de los labios del joven sacerdote como algo que era muy íntimamente parte de su propia vida. Más aún, comprendía yo que la gente estaba familiarizada con todo ello y eso era también, en la proporción debida, parte de su vida: estaba como integrado en su organismo espiritual al modo del aire que respiraban o el alimento que comían obraba en su sangre y carne.

¿Qué decía él? Que Cristo era el Hijo de Dios. Que, en Él, la Segunda Persona de la Santa Trinidad, Dios, había asumido una Naturaleza Humana, un Cuerpo Humano y Alma, y había tomado Carne y morado entre nosotros, lleno de gracia y verdad; y que este Hombre a Quien los hombres llamaban el Cristo, era Dios. Era a la vez Hombre y Dios: dos Naturalezas hipostáticamente unidas en una Persona o *suppositum*, un individuo Que era una Persona Divina, habiendo asu-

mido para Sí una Naturaleza Humana. Sus obras eran las obras de Dios: Sus actos eran los actos de Dios. Él nos amaba: Dios, y caminó entre nosotros; Dios, y murió por nosotros en la Cruz, Dios de Dios, Luz de Luz, Dios Verdadero de Dios Verdadero.

Jesucristo no era simplemente un hombre, un buen hombre, un gran hombre, el mayor profeta, un maravilloso sanador, un santo; era algo que hacía palidecer todas estas palabras triviales hasta su inaplicabilidad. Era Dios. Pero, no obstante, no era meramente un espíritu sin un cuerpo verdadero, Dios ocultándose tras un cuerpo ilusorio: era también realmente un Hombre, nacido de la Carne de la Virgen Más Pura, formado de su carne por el Espíritu Santo. Y lo que Él hizo, en esa Carne, en la Tierra, no lo hizo sólo como Hombre sino como Dios. Nos amó como Dios, sufrió y murió por nosotros, Dios.

¿Y cómo lo sabíamos? Porque nos fue revelado en las Escrituras y confirmado por la enseñanza de la Iglesia y de la poderosa unanimidad de la Tradición Católica desde los primeros Apóstoles, desde los primeros Papas y los Padres de la Tierra, por los Doctores de la Iglesia y los grandes escolásticos, hasta nuestros días. *De Fide Divina*. Si lo creyerais recibiríais luz para intuirlo, para comprenderlo en cierta medida. Si no lo creyerais, nunca lo comprenderíais; no sería ello más que escándalo o locura.

Nadie puede creer estas cosas meramente por quererlo, de propia volición. A menos que uno reciba gracia, luz verdadera e impulso de la mente y voluntad de parte Dios, no puede siquiera hacer un acto de fe viviente. Es Dios quien nos da la fe; nadie viene a Cristo a menos que el Padre lo atraiga.

No sé lo que habría sucedido en mi vida si me hubiese sido dada esta gracia en los días en que casi había descubierto la Divinidad de Cristo en los antiguos mosaicos de las iglesias de Roma. ¿Qué cantidades de pecados mortales contra mí mismo y contra Cristo se habrían evitado... toda la inmundicia que había arrojado sobre Su imagen en mi alma durante aquellos últimos cinco años que yo había estado flagelando y crucificando a Dios dentro de mí?

Fácil es decir, después de todo ello, que Dios había previsto probablemente mis infidelidades y no me había dado nunca la gracia en aquellos días porque veía Él cómo la malgastaría y despreciaría; y tal vez ese desprecio sería mi ruina. Pues no hay duda de que una de las cosas por las que no se da la gracia a las almas es porque están saturadas sus voluntades

de codicia, crueldad y egoísmo que su negativa sólo las saturaría aun más... Pero ahora había sido llevado hacia la imagen de alguna clase de humildad por la miseria, confusión, perplejidad y temor interior secreto y mi alma trabajada era mejor terreno para recibir la buena semilla.

El sermón era lo que más necesitaba oír aquel día. Cuando la misa de los catecúmenos hubo terminado, yo, que ni siquiera era un catecúmeno, sino sólo un pagano ciego, sordo y mudo, tan relajado y sórdido como algo que saliera de la oscuridad de la Roma Imperial, o Corinto o Éfeso, no podía comprender nada más.

Todo se hizo completamente misterioso cuando la atención se reconcentró en el altar. Cuando el silencio se hizo más y más profundo, y las campanillas empezaron a sonar, me sentí atemorizado de nuevo y, finalmente, haciendo la genuflexión con premura en mi rodilla izquierda, me apresuré a salir de la iglesia en medio de la parte más importante de la misa. Pero ya estaba bien. En cierta manera, supongo que respondía yo a una clase de instinto litúrgico que me decía que no me incumbía la celebración de los Misterios como tales. No tenía idea de lo que representaban; pero el hecho era que Cristo, Dios, estaría visiblemente presente en el altar en las Sagradas Especies. Y estaba allí, sí, en Su amor para conmigo: también allí estaba en Su soberanía y Su poder, ¿y qué era yo? ¿Qué había en mi alma? ¿Qué era yo a Sus ojos?

Era litúrgicamente adecuado que saliera disparado al final de la misa de los catecúmenos, cuando el *ostiarii* ordenado debiera estar allí para hacerlo. De todas maneras, se hizo.

Ahora bajaba pausadamente por Broadway, al sol, y mis ojos miraban alrededor de mí un nuevo mundo. No podía comprender qué había pasado para hacerme tan feliz, por qué estaba tan en paz, tan contento de la vida, pues todavía no me había acostumbrado al puro sabor que acompaña una gracia real... En verdad, no era imposible que una persona oyera y creyera un tal sermón y se sintiera justificado, es decir, recibiera gracia santificante en su alma como un hábito y comenzara, desde ese momento, a vivir la vida divina y sobrenatural una vez para siempre. Pero eso es algo sobre lo que no especularé.

Todo lo que sé es que entraba en un nuevo mundo. Hasta los feos edificios de Columbia estaban transfigurados en él y por todas partes había paz en estas calles destinadas a la violencia y al bullicio. Sentado afuera del sombrío y pequeño restaurante Childs de la calle 111, detrás de una sucia enramada

colgante, desayunando, me parecía encontrarme en los Campos Elíseos.

V

Mi lectura se hacía cada vez más católica. Me sentía absorbido en la poesía de Hopkins y en sus libros de apuntes... aquella poesía que sólo me había impresionado un poco seis años antes. Ahora también estaba profundamente interesado en la vida de Hopkins como jesuita. ¿Qué era aquella vida? ¿Qué hacían los jesuitas? ¿Qué hacía un sacerdote? Apenas sabía dónde empezar a averiguar todas estas cosas: pero habían comenzado a ejercer una misteriosa atracción sobre mí.

Y he aquí una cosa extraña. Por entonces había leído el *Ulises* de James Joyce dos o tres veces. Seis años antes —en una de aquellas vacaciones invernales de Estrasburgo— había procurado leer *Retrato del Artista* y me había estancado en la parte acerca de su crisis espiritual. Algo de ello me había desanimado, aburrido y desalentado. No quería leer sobre tal cosa; y finalmente entré en la mitad de la "Misión". Cosa extraña, un día, durante este verano —pienso que fue antes de la primera vez que fui a Corpus Christi—, volví a leer *Retrato del Artista* y quedé entusiasmado precisamente con esa parte del libro, con la "Misión", con el sermón del sacerdote sobre el infierno. Lo que me impresionaba no era el temor del infierno, sino la habilidad del sermón. Ahora, en vez de ser rechazado por el pensamiento de tal predicación —que era acaso la intención del autor—, me sentía estimulado y edificado por ella. El estilo en que el sacerdote hablaba en el libro me complacía con su eficiencia, solidez e ímpetu: una vez más hubo algo eminentemente satisfactorio en el pensamiento de que estos católicos sabían lo que creían, sabían lo que tenían que enseñar y todos enseñaban lo mismo y lo enseñaban con coordinación, finalidad y gran efecto. Esto era lo que me conmovió en primer lugar, más que la materia real de su doctrina... es decir, hasta que oí el sermón de Corpus Christi.

Así, pues, continué leyendo a Joyce, cada vez más fascinado con las descripciones de sacerdotes y vida católica que salían aquí y allá en sus libros. Estoy seguro de que en esto sorprenderá a mucha gente como una cosa extraña en verdad. Creo que el mismo Joyce sólo tenía interés en reconstruir el Dublin que había conocido tan objetiva y vitalmente como supo. Era ciertamente muy vívido en todas las faltas de

la sociedad católica irlandesa y prácticamente no le quedaba simpatía por la Iglesia que había abandonado; pero en su intensa lealtad a la vocación de artista por la cual la había abandonado (y las dos vocaciones no son *per se* irreconciliables; sólo lo fueron a causa de las circunstancias peculiares subjetivas del propio caso de Joyce) quería ser tan exacto como pudiese en la reconstrucción de su mundo como verdaderamente era.

Por consiguiente, leyendo a Joyce, penetraba yo en su Dublin, respiraba el aire de sus barrios bajos físicos y espirituales; y no era el lado más católico de Dublin que siempre pintaba. Pero en el fondo estaba la Iglesia, sus sacerdotes, sus devociones, la vida católica en todos sus grados, desde los jesuitas hasta los que se pegan al repulgo de las vestiduras de la Iglesia. Este fondo me seducía ahora, junto con el carácter de tomismo que un día era el de Joyce. Si él había abandonado a Santo Tomás, no había ido mucho más abajo de Aristóteles .

Entonces, por supuesto, leí los poetas metafísicos una vez más —especialmente a Crashaw—, estudié su vida, además, y su conversión. Eso significaba otra avenida que conducía más o menos directamente a los jesuitas. Así, a finales de agosto y comienzos de setiembre de 1938, mi vida empezó a ser asediada, interiormente, por los jesuitas. Eran los símbolos de mi nuevo respeto por la vitalidad y coordinación del apostolado católico. Acaso, en el fondo de mi mente, era mi mayor héroe jesuita el glorioso Padre Rothschild de *Cuerpos despreciables*, de Evelyn Waugh, que intrigaba con todos los diplomáticos y salía por la noche en motocicleta cuando todos los demás estaban agotados.

Mas, con todo esto, todavía no estaba dispuesto para permanecer junto a la fuente. No había siquiera ningún debate interior sobre si debía hacerme católico. Me contentaba con estar parado y admirar. Por lo demás, recuerdo una tarde en que mi muchacha había venido a la ciudad a verme y recorríamos las calles de la parte alta de la ciudad, que le propuse la diversión, algo desalentadora, de ir al Seminario de la Unión Teológica a pedir el catálogo de sus cursos, el cual me puse a leer mientras dábamos vueltas por Riverside Drive. Con ello no se enfadó abiertamente, pues era una muchacha paciente y buena. Pero sí podía verse que estaba un poco aburrida, de paseo con un hombre que no estaba seguro de si debía entrar en un seminario teológico.

No había nada muy atractivo en aquel catálogo. Tenía que

agitarme mucho más con el artículo sobre los jesuitas de la *Enciclopedia Católica*... jadeante con el pensamiento de tantos noviciados, terceros períodos y qué sé yo... tanto escudriñamiento, tanta enseñanza. ¡Qué monstruos de eficiencia deben ser estos jesuitas!, me quedé pensando, así que leía y volvía a leer el artículo. Y acaso, de vez en cuando, procuraba describirme con mi rostro afilado por el ascetismo, su palidez intensificada por contraste con una sotana negra, proclamando cada rasgo a un santo jesuita, un jesuita de inteligencia maestra. Creo que el elemento de inteligencia maestra era uno de los aspectos más fuertes de esta oscura atracción.

Aparte de esta tontería, no me acerqué a la iglesia, en la práctica, más que añadiendo un "Avemaría" a mis oraciones nocturnas. Ni siquiera fui a misa otra vez, en seguida. El siguiente fin de semana visité a mi muchacha una vez más; probablemente fue después de eso que marché en la expedición a Filadelfia. Requería no sé qué; y pertenece a la historia formar y vitalizar estas resoluciones que eran todavía sólo entidades vagas y fluctuantes en mi mente y voluntad.

Una de aquellas calurosas noches de fines del verano el ambiente de la ciudad se tornó de pronto terriblemente tenso con noticias que propalaban las radios. Antes de enterarme de ellas, empecé a sentir la tensión. De repente me di cuenta de que los murmullos tranquilos y dispares de radios diferentes de distintas casas se habían imperceptiblemente fundido en una voz unificada, ominosa y fuerte, que se dirigía a mí de distintas direcciones, me seguía calle abajo y llegaba de otros ángulos tan pronto como yo intentaba alejarme de cualquiera de sus fuentes particulares.

Oí: "Alemania... Hitler... a las seis de esta mañana el ejército alemán... los nazis..." ¿Qué habían hecho?

En seguida entró Joe Roberts a decir que estaba a punto de estallar una guerra. Los alemanes habían ocupado Checoslovaquia; se marchaba a una guerra.

La ciudad sentía como si una puerta del infierno hubiese sido entreabierta y una ráfaga de su aliento hubiese soplado para secar los espíritus de los hombres.

La gente vagaba por los puestos de periódicos con desaliento.

Joe Roberts y yo estuvimos sentados en mi habitación, donde no había radio, hasta mucho después de medianoche, bebiendo cerveza embotellada, fumando cigarrillos y haciendo bromas necias y fuertes, pero, un par de días más tarde, el primer

ministro inglés había volado con premura para ver a Hitler y habían concertado un nuevo acuerdo agradable en Munich, que eliminaba todo lo que pudiera haber provocado una guerra, y volvía a Inglaterra. Se apeaba en Croydon y salía dando traspiés del avión diciendo: "Paz a tiempo para nosotros."

Estaba yo muy desalentado. Me hallaba lejos de pensar en la maraña política intrincada y sórdida que alimentaba la confusión. Había abandonado la política más o menos desesperanzado, por este tiempo. Ya no me interesaba en tener ninguna opinión sobre el movimiento y libre juego de fuerzas que eran todas más o menos inicuas y corrompidas; era un asunto demasiado laborioso e incierto intentar descubrir algún grado de verdad y justicia en todas las pretensiones ruidosas y artificiales que ostentaban los variados bandos.

Todo lo que pude ver era un mundo en que cada uno decía que odiaba la guerra y en que todos éramos arrastrados a una guerra con un ímpetu que al final se hacía bastante vertiginoso para afectar mi estómago. Todas las contradicciones internas de la sociedad en que vivía yo empezaban a la postre a converger sobre su corazón. No podía tardar mucho su desmembramiento. ¿Adónde iría a parar? En aquellos días el porvenir estaba oscurecido, cerrado por la guerra como por un muro impenetrable. Nadie sabía si alguien en absoluto saldría de ella con vida. ¿Quiénes estarían peor, los civiles o los soldados? La distinción entre sus suertes iba a abolirse, en la mayoría de países, por la guerra aérea, por los nuevos aviones, por todas las maravillosas bombas nuevas. ¿Cuál sería el final de ella?

Yo personalmente odiaba la guerra, con todos los motivos que conducían y estaban detrás de las guerras. Pero podía ver que ahora mis gustos y aversiones, creencias o incredulidades no significaban absolutamente nada en el orden político exterior. No era yo más que un individuo y el individuo había dejado de contar. Nada significaba yo en este mundo, excepto que probablemente sería un número en la lista de los que iban a ser reclutados. Adquiriría una pieza de metal con mi número en ella, para colgar de mi cuello, a fin de facilitar la tramitación del expedienteo que seguiría necesariamente a la disposición de mis restos, y que sería el último vestigio de actividad mental que cubriría mi perdida personalidad.

Todo esto era tan completamente inconcebible que mi mente, como casi todas las mentes que estaban en la misma situación, simplemente cesaba de romperse la cabeza con ella y volvía a dirigir su atención a la rutina ordinaria de la vida.

Tenía que pasar mi tesis a máquina, leer una porción de libros y además pensaba preparar un artículo sobre Crashaw que acaso mandaría a T. S. Eliot para su *Criterion*. No sabía que *Criterion* había impreso su última edición y que la reacción de Eliot a la situación que tanto me desalentaba había de acabar con su revista.

Pasaron los días y las radios volvieron a su murmullo separado e individual, para no unificarse de nuevo en su espantoso grito durante otro año. Setiembre, según pienso, debía de estar medio transcurrido.

Pedí prestado al Padre Leahy la vida de Hopkins, de la biblioteca. El día era lluvioso. Había trabajado en la biblioteca por la mañana. Había ido a comprar un almuerzo de treinta y cinco centavos en una de aquellas cocinitas recogidas de Broadway... aquella en que el profesor Gerig, de la escuela graduada de francés, se sentaba diariamente en silencio, ante una mesita, comiendo bretones. Luego, por la tarde, bajaría al Central Park West a dar una lección de latín a un joven que estaba enfermo en cama y que ordinariamente venía a la academia dirigida por mi casero, en la planta baja de la casa donde yo vivía.

Volví a mi aposento. La lluvia caía suavemente en los patios de tenis vacíos al otro lado de la calle y la enorme y antigua biblioteca cupulada estaba hundida en su gris fúnebre, enarcando una ceja de cíclope hacia South Field.

Me llevé el libro acerca de Gerard Manley Hopkins. El capítulo hablaba de Hopkins en Balliol, en Oxford. Pensaba él hacerse católico. Escribía cartas al cardenal Newman (todavía no era cardenal) sobre su propósito de convertirse al catolicismo.

De pronto algo empezó a agitarse dentro de mí, algo que comenzaba a empujarme, a impulsarme. Era un movimiento que hablaba como una voz.

"¿Qué esperas? —decía—. ¿Por qué estás sentado aquí? ¿Por qué vacilas todavía? ¡Tú sabes lo que debes hacer! ¿Por qué no lo haces?"

Me agitaba en la silla, encendí un cigarrillo, miré por la ventana la lluvia, me esforzaba por acallar la voz. "No obres por impulsos —pensaba yo—. Esto es locura. Esto no es racional. Lee tu libro."

Hopkins escribía a Newman, en Birmingham, sobre su indecisión.

"¿Qué esperas? —decía la voz nuevamente dentro de mí—. ¿Por qué estás sentado ahí? Es inútil titubear más tiempo. ¿Por qué no te levantas y vas?"

Me levanté y di inquieto vueltas por la habitación. Es absurdo —pensaba—. De todos modos el padre Ford no estaría allí a esta hora. Sólo perdería el tiempo.

Hopkins había escrito a Newman, y Newman le había contestado, diciéndole que fuera a verlo a Birmingham.

De repente no pude aguantarlo más. Dejé el libro, me puse el impermeable y bajé la escalera. Salí a la calle. La crucé y anduve junto a la valla gris de madera, hacia Broadway, bajo la llovizna.

Entonces todo mi interior empezó a cantar... a cantar con paz, a cantar con fuerza, a cantar con convicción.

Tenía que andar nueve cuadras. Luego doblé la esquina de la calle 121, y la iglesia de ladrillo y el presbiterio estuvieron delante de mí. Me detuve en el umbral, toqué la campanilla y aguardé.

Cuando la criada abrió la puerta, dije:

—¿Puedo ver al padre Ford?

—¡Pero el padre Ford está fuera!

Pensé: "Bueno, no es una pérdida de tiempo, de todas maneras." Le pregunté cuándo esperaba ella que regresase. Volvería más tarde, pensaba yo.

La criada cerró la puerta. Bajé a la calle. Vi entonces al padre Ford que venía por la esquina de Broadway. Se acercaba con la cabeza inclinada, con un andar rápido y pensativo. Fui a su encuentro y le dije:

—Padre, ¿puedo hablarle sobre una cosa?

—Sí —dijo, levantando su cabeza, sorprendido—. Sí, ciertamente, entre en casa.

Nos sentamos en el pequeño locutorio junto a la puerta. Y dije yo:

—Padre, quiero hacerme católico.

VI

Salí del presbiterio con tres libros bajo el brazo. Esperaba poder empezar a tomar instrucciones en seguida, pero el clérigo me había dicho que leyera estos libros, orara, pensara y viera cuál era mi sentimiento dentro de una semana o diez días. No le hice objeción; pero la vacilación de mi mente de una hora antes parecía haberse desvanecido tan completamente que quedé asombrado y un poco confundido por esta demora. Quedó, pues, determinado que iría por las noches, dos veces por semana.

—El padre Moore será su instructor —dijo el sacerdote.

Había cuatro ayudantes en Corpus Christi, pero presumí que el padre Moore iba a ser aquel a quien había oído predicar el sermón sobre la Divinidad de Cristo, y, en verdad, era él que, en los designios de la Providencia, había sido encargado de esta obra de mi salvación.

Si las gentes apreciaran más lo que significa ser convertido del paganismo rancio y salvaje, del nivel espiritual de un caníbal o de un antiguo romano, a la fe viviente y a la iglesia, no pensarían en el catecismo como una cosa trivial y sin importancia. Ordinariamente la palabra sugiere las instrucciones corrientes por las que los niños han de pasar antes de la primera comunión y confirmación. Aun cuando sea una cosa natural, es uno de los acontecimientos más tremendos del mundo esta instalación de la palabra de Dios en un alma. Requiere una conversión demostrar esto de modo inconcluso.

No estaba nunca aburrido. No descuidaba nunca una instrucción, aun cuando me costaba el sacrificio de alguna de mis antiguas diversiones y atracciones, que tenían un poder tan grande sobre mí, y así como había sentido impaciencia por la demora desde el momento en que había llegado a aquella primera decisión súbita, ahora empezaba a arder de deseo del bautismo, a rechazar las insinuaciones e intentar determinar cuándo sería recibido en la Iglesia.

Mi deseo se hizo mucho más vehemente todavía a finales de octubre, pues seguí la Misión con los hombres de la parroquia, escuchando dos veces al día los sermones de dos padres paulistas, oyendo misa y arrodillándome en la bendición delante de Cristo, que se revelaba gradualmente en mí.

Cuando empezó el sermón sobre el infierno, hacía, naturalmente, comparaciones mentales con el sermón del *Retrato del Artista* de Joyce, y reflexionaba sobre él en una forma despersonalizada, como si fuera yo una tercera persona separada observándome, oyendo este sermón y viendo de qué modo me afectaba. Ciertamente éste fue el sermón que debiera haberme hecho el mayor bien, y, por cierto, lo hizo.

Es algo muy extraordinario que cualquiera se trastorne por tal tema. ¿Por qué debiera atormentarse alguien con el pensamiento del infierno? Para nadie es obligatorio ir allí. Los que van, van por su propia elección, contra la voluntad de Dios, y sólo pueden entrar en el infierno despreciando y resistiendo toda la obra de la Providencia y la gracia. Su propia voluntad los lleva allí, no la de Dios. Condenándolos, Él sólo ratifica la propia decisión de ellos... decisión que Él ha deja-

do enteramente a su propia elección. Y no hará Él a nuestra debilidad la sola responsable de nuestra condenación. Nuestra debilidad no debiera asustarnos: es la fuente de nuestra fuerza. *Libenter gloriabor in infirmitatibus meis ut inhabitet in me virtus Christi.* El poder se hace perfecto en la enfermedad, nuestro mismo desamparo es el derecho más potente a esa Divina Misericordia que llama a Sí a los pobres, a los pequeños, a los abrumados.

Mi reacción al sermón del infierno fue, en verdad, lo que los escritores espirituales llaman "confusión"... pero no era la confusión turbulenta y emocional que procede de la pasión y del amor propio. Era un sentimiento de pesar callado y dolor paciente ante la idea de estos sufrimientos tremendos y terribles que merecía yo y en los cuales estaba con mucha posibilidad de caer, en mi presente condición; pero al mismo tiempo, la magnitud del castigo me daba una comprensión especial y particular de la grandeza del mal del pecado. El resultado final fue un ahondar más y despertar de mi alma, un aumento verdadero de profundidad espiritual, un adelanto en la fe, amor y confianza en Dios, en Quien sólo podía buscar salvación de estas cosas. Por ello deseaba el bautismo tanto más seriamente.

Vi al padre Moore después del sermón del infierno y le dije que esperaba que iría él a bautizarme pronto. Se puso a reír, contestando que no tardaría mucho tiempo. Estábamos a principios de noviembre.

Mientras tanto, otro pensamiento iba tomando forma en el fondo de mi mente... un deseo oscuro de hacerme sacerdote. Esto era algo que tendía yo a mantener separado del pensamiento de mi conversión y hacía todo lo posible para conservarlo en el último término. No lo mencionaba ni al padre Ford ni al padre Moore, por la razón principal de que en mi mente significaba como admitir que llevaba el pensamiento con más seriedad de lo que quería llevarlo... Casi venía a ser un primer paso hacia la petición de ingreso en un seminario.

No obstante —es una cosa rara— había también en mi mente una especie de convicción semiformada de que a otra persona debía consultar acerca de tomar los hábitos antes de llevar la cuestión a la rectoría. Este hombre era seglar, alguien que nunca había visto, y era realmente extraño que me sintiera inclinado tan espontáneamente a presentarle el asunto, como si fuera la única persona lógica para darme consejo. Al cabo, fue a él al primero que consulté... quiero decir, aquel de quien primeramente en serio pedí consejo, pues había ha-

blado mucho de ello a mis amigos antes de acercarme a él.

Este hombre era Daniel Walsh, sobre quien había oído hablar mucho a Lax y Gerdy. Gerdy había seguido su curso de Santo Tomás de Aquino en la escuela graduada de Filosofía; y ahora que el nuevo año escolar empezaba, mi atención se centraba en este curso. No tenía nada directamente que ver con mi preparación para los exámenes del grado de M. A. de enero. Ahora los grados para una carrera universitaria se habían convertido en algo sin importancia en comparación con el gran objeto que embargaba mi mente y todos mis deseos.

Me inscribí en el curso, y Dan Walsh resultó ser otro de los destinados de manera providencial para moldear y dirigir mi vocación. Él fue quien me indicó el camino hacia el lugar donde ahora estoy.

Cuando escribía sobre Columbia y sus profesores, no pensaba en Dan Walsh; él no pertenecía realmente a Columbia. Era de la facultad del Colegio del Sagrado Corazón de Manhattanville e iba a Columbia dos veces por semana para explicar Santo Tomas y Duns Scoto. Su clase era reducida y, por lo que se refiere a Columbia, como una vereda académica. Eso era, en cierto sentido, una recomendación adicional... estaba fuera del camino ancho y bullicioso del pragmatismo que conduce entre sus márgenes de flores artificiales a las puertas de la desesperación.

Walsh personalmente no tenía nada de la altanera suficiencia del profesor ordinario; no necesitaba esta armadura frágil y artificial para su humildad. No necesitaba ocultarse detrás de trucos y vanidades, como tampoco Mark Van Doren; ni siquiera necesitaba ser brillante. En su sonriente sencillez solía anularse enteramente en la mente sólida y poderosa de Santo Tomás. Cualquier brillantez que se permitiera ostentar en sus conferencias, la remitía toda a su fuente, el Ángel de las Escuelas.

Dan Walsh había sido estudiante y colaborador de Gilson, y conocía bien a Gilson y Maritain. Tiempo después me presentó a Maritain en el Club del Libro Católico, donde este muy santo filósofo había dado una conferencia sobre Acción Católica. Sólo hablé unas cuantas palabras convencionales con Maritain, pero la impresión que se adquiría de este francés gentil y condescendiente, con mucho pelo gris, era de una gran bondad, sencillez y santidad. Eso era bastante; no necesitaba uno hablar con él. Me alejé sintiéndome muy complacido de que existiera una tal persona en el mundo y confiando en que me incluiría de algún modo en sus oraciones.

El mismo Dan se había impregnado grandemente de esta sencillez y santidad, y acaso la impresión que producía él era tanto más poderosa a causa de su mandíbula cuadrada, que presentaba una especie de rudeza potencial. Pero no; allí se sentaba él, este hombrecito rechoncho, que tenía algo del aspecto de un boxeador bonachón, sonriendo y hablando con la alegría más infantil y angelical simplicidad acerca de la *Summa Theologica*.

Su voz era baja, y cuando hablaba, medio apologéticamente buscaba en los rostros de sus oyentes signos de comprensión, y, al encontrarlos, parecía sorprendido y satisfecho.

Muy pronto me hice amigo de él, le informé sobre mi tesis y las ideas que intentaba desarrollar, quedando muy complacido. Una cosa que percibió en seguida fue algo de que estaba yo lejos de poder darme cuenta; y fue que la inclinación de mi mente era esencialmente "agustiniana". No había seguido el consejo de Bramachari de leer a San Agustín, y no tomé la valoración de Dan acerca de mis ideas como si tuviera toda la fuerza directiva que en ella había potencialmente... pues ni siquiera venía envuelta con sugerencia ni consejo.

Por supuesto, ser llamado "agustiniano" por un tomista pudiera no ser en todo caso un cumplido. Pero viniendo de Dan Walsh, que era un verdadero filósofo católico, era un cumplido de verdad.

Pues él, como Gilson, tenía la virtud muy rara y admirable de poder elevarse por encima de las mezquinas diferencias de escuelas y sistemas y ver la filosofía católica en su conjunto, en su unidad matizada, en su verdadera catolicidad.

Por consiguiente, ser llamado "agustiniano" por Dan Walsh era un cumplido, a pesar de la oposición tradicional entre las escuelas tomista y agustiniana, no confinándose el término agustiniano a los filósofos de esa orden religiosa, sino abrazando a todos los descendientes intelectuales de San Agustín. Es un gran cumplido encontrarse partícipe de la misma herencia espiritual que San Anselmo, San Bernardo, San Buenaventura, Hugo y Ricardo de San Víctor y también Duns Scoto. Del contenido de su curso comprendí que quería decir que mi inclinación no era tanto hacia el carácter intelectual, dialéctico y especulativo del tomismo, como hacia el estilo espiritual, místico, voluntarista y práctico de San Agustín y sus seguidores.

Su curso y su amistad fueron muy valiosos en la preparación del paso que estaba a punto de dar. Pero, a medida que el tiempo pasaba, decidí abandonar la idea de hacerme sa-

cerdote por aquel momento. Por eso nunca lo mencioné a Dan en aquellos días.

Al empezar noviembre mi mente se llenó con este pensamiento: bautizarme y entrar al fin en la vida sobrenatural de la Iglesia. Era todavía infinitamente pobre y desdichado en mi apreciación de lo que iba a tener lugar dentro de mí. Estaba a punto de afirmarme en la costa, al pie de la alta montaña de siete círculos de un purgatorio más profundo y más arduo de lo que podía imaginarme y no tenía del todo conciencia de la subida que iba a tener que afrontar.

Lo esencial era empezar la subida. El bautismo era ese principio, y muy generoso, por parte de Dios. Pues, aunque fui bautizado condicionalmente, espero que Su misericordia ahogó toda la culpabilidad y castigo temporal de mis veintitrés años negros de pecado en las aguas de la fuente bautismal y me concedió un nuevo comienzo. Pero mi naturaleza humana, mi debilidad y la tendencia de mis malos hábitos todavía tenían que ser combatidos y vencidos.

Hacia fines de la primera semana de noviembre el padre Moore me informó que sería bautizado el día dieciséis. Salí de la rectoría esa noche más feliz y más contento de lo que jamás había estado en mi vida. Miré el calendario para ver la fiesta del santo de ese día, e indicaba Santa Gertrudis.

Sólo fue en los últimos días antes de ser liberado de mi esclavitud de muerte cuando tuve la gracia de sentir algo de mi debilidad y desamparo. No fue una luz muy vívida que se me dio sobre la cuestión, pero estaba plenamente consciente, al fin, de cuán pobre y miserable cosa era. En la noche del quince de noviembre, la víspera de mi bautismo y primera comunión, estuve en mi casa acostado, despierto y temeroso por miedo de que algo fuera mal al día siguiente. Para humillarme aun más, acostado allí, me embargó el temor de que no pudiera guardar el ayuno eucarístico. Significaba sólo pasar de medianoche hasta las diez sin beber agua ni tomar alimento, pero de pronto este acto insignificante, que no equivale en realidad más que a una señal abstracta, un gesto de buena voluntad, creció en mi imaginación hasta parecerme hallarse más allá de mis fuerzas... como si tuviera que pasar sin alimento ni bebida diez días, en vez de diez horas. Me quedó bastante sentido para comprender que era esto una de aquellas curiosas reacciones psicológicas con que nuestra naturaleza, no sin ayuda del demonio, se esfuerza por confundirnos y evitar lo que la razón y la voluntad demandan acerca de ello; por lo tanto no me preocupé, tratando de dormir.

Por la mañana, al levantarme habiendo olvidado preguntar al padre Moore si lavar los dientes era contra el ayuno eucarístico o no, no me los lavé, y enfrentándome con un problema semejante por los cigarrillos, resistí a la tentación de fumar.

Bajé la escalera y salí a la calle para ir a mi feliz ejecución y renacimiento.

El cielo estaba brillante y frío. El río centelleaba como el acero. Soplaba un viento puro en la calle. Era uno de aquellos días de otoño llenos de vida y triunfo, propios para los grandes principios, y, a pesar de ello, no estaba yo del todo exaltado, pues permanecían aún en mi mente estas aprensiones vagas, medio animales, de las ceremonias que habían de tener lugar en la iglesia. ¿Estaría mi boca tan seca que no podría tragar la Hostia? Si sucedía eso, ¿qué haría yo? No lo sabía.

Gerdy se unió a mí cuando entraba yo en Broadway. No recuerdo si Ed Rice nos alcanzó en Broadway o no. Lax y Seymour llegaron después que estuvimos en la iglesia.

Ed Rice era mi padrino. Era el único católico entre nosotros... el único católico entre mis íntimos amigos. Lax, Seymour y Gerdy eran judíos. Estuvieron muy callados, y yo también. Rice era el único que no estaba acobardado ni embarazado ni tímido.

Todo fue muy sencillo. Primeramente me arrodillé en el altar de Nuestra Señora, donde el padre Moore recibió mi abjuración de herejía y cisma. Entonces fuimos al bautisterio, en un rinconcito oscuro junto a la puerta principal.

Yo estaba de pie en el umbral. El padre preguntó:

—*¿Quid petis ab ecclesia Dei?*

—*¡Fidem!*

—*¿Fides quid tibi praestat?*

—*Vitam aeternam.*

Entonces el joven sacerdote empezó a rezar en latín, mirando gravemente y en calma la página del *Rituale* a través de los lentes de sus gafas. Y yo, que pedía vida eterna, estaba de pie y lo miraba, captando una palabra de latín aquí y allá.

Se volvió hacia mí

—*¿Abrenuntias Satanae?*

En un triple voto renuncié a Satán, sus pompas y sus obras.

—¿Crees en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra?

—*¡Credo!*

—¿Crees en Jesucristo Su único Hijo, que nació y sufrió?

—*¡Credo!*

—¿Crees en el Espíritu Santo, en la Santa Iglesia Católica, la Comunión de los santos, la remisión de los pecados, la resurrección del cuerpo y la vida eterna?

—*¡Credo!*

¡Qué montañas cayeron de mis hombros! ¡Qué velos de noche oscura saltaron de mi entendimiento, para dejar entrar la íntima visión de Dios y Su verdad! Pero estaba absorto en la liturgia, esperando la próxima ceremonia. Había sido una cosa que me asustaba algo... o más bien, que asustaba la legión que había morado en mí durante veintitrés años.

Ahora el sacerdote sopló en mi frente. Dijo: —*Exi ab eo, spiritus immunde*: Sal de él, espíritu inmundo, y cede el lugar al Espíritu Santo, el Paracleto.

Era el exorcismo. No los vi salir, pero debieron ser más de siete. Nunca había podido contarlos. ¿Volverían alguna vez? ¿Se cumpliría aquella terrible amenaza de Cristo, aquella amenaza del hombre cuya casa estaba limpia y ordenada sólo para ser ocupada de nuevo por el primer demonio y muchos otros peores que él mismo?

El sacerdote, y Cristo en él —pues era Cristo quien hacía estas cosas, por mediación de su ministro visible, en el sacramento de mi purificación—, sopló otra vez en mi frente.

—Tomás, recibe el Espíritu Santo con este aliento y recibe la Bendición de Dios. La paz sea contigo.

Entonces empezó nuevamente a rezar y a santiguarme con cruces, y en seguida llegó la sal, que puso en mi lengua... la sal de la sabiduría, para que tuviera yo el sabor de las cosas divinas; finalmente derramó el agua sobre mi cabeza y me llamó Tomás, "si no estás ya bautizado".

Después de eso marché al confesionario, donde uno de los otros ayudantes me aguardaba. Me arrodillé en la sombra. Por el alambre oscuro y espeso de la rejilla que había entre los dos, vi al padre McGough, con su cabeza doblada y descansando en su mano, inclinando su oído hacia mí. "¡Pobre hombre!", pensé. Representaba ser muy joven y siempre me había parecido tan inocente que dudaba de cómo iba a identificar y comprender las cosas que iba a decirle.

Pero uno a uno, es decir, especie por especie, como mejor pude, arranqué todos aquellos pecados por sus raíces, como las muelas. Algunos de ellos eran difíciles, pero lo hice rápidamente, procurando acercarme al número de veces que todas estas cosas habían sucedido... No se podían contar, sólo adivinar.

No tuve tiempo de experimentar cuán aliviado estaba cuando salí dando tumbos, pues tenía que ir a la parte delantera

de la iglesia donde el padre Moore me vería y saldría a empezar su —y mi— misa. Pero siempre, desde ese día, he amado los confesionarios.

Ya él estaba en el altar, con su blanca vestidura, abriendo el libro. Yo estaba arrodillado junto a la barandilla del altar. El brillante santuario era completamente mío. Podía oír el murmullo de la voz del sacerdote y mirar, de suerte que pudiese saber cuándo tenía que estar de pie y arrodillarme de nuevo, pues todavía no estaba yo muy seguro de estas ceremonias ordinarias. Pero cuando las campanillas tocaron supe lo que sucedía. Vi la elevada Hostia... el silencio y simplicidad con que Cristo una vez más triunfaba, encumbrado, atrayendo todas las cosas hacia Sí, atrayéndome hacia Sí mismo.

Pronto la voz del sacerdote se hizo más alta, rezando el *Pater Noster*. En seguida, el acólito rezó el *confiteor* en un rápido murmullo. Era para mí. El padre Moore se volvió e hizo una gran cruz de absolución y sostuve levantada la pequeña Hostia.

"Mira al Cordero de Dios; mira al Que quita los pecados del mundo."

Mi primera Comunión empezó a venir hacia mí, gradas abajo. Era el único en la barandilla del altar. El Cielo era enteramente mío... ese Cielo en el cual, cuando uno lo participa, no hay división ni disminución. Pero esta soledad era una especie de recordatorio de la singularidad con que este Cristo, oculto en la pequeña Hostia, se daba por mí, para mí y consigo, la entera Divinidad y Trinidad —un nuevo gran aumento del poder y amplitud de su presencia que había empezado sólo unos minutos antes en la fuente bautismal—.

Abandoné la barandilla del altar y volví al banco donde los otros estaban arrodillados como cuatro sombras, cuatro irrealidades, y oculté mi rostro en las manos.

En el Templo de Dios en que acababa de convertirme, el Unico eterno y Puro Sacrificio era ofrecido al Dios que moraba en mí: el sacrificio de Dios a Dios, yo sacrificado junto con Dios, incorporado en Su Encarnación. Cristo nacido en mí, nuevo Belén, y sacrificado en mí, Su nuevo Calvario y encumbrado en mí: ofreciéndome al Padre, mi Padre y Suyo, para recibirme en Su amor infinito y especial... no el amor que tiene por todas las cosas que existen... pues la mera existencia es una prenda del amor de Dios, sino el amor de aquellas criaturas que son atraídas a Él en y con el poder de Su propio amor hacia Sí mismo.

Pues ahora había entrado en el movimiento eterno de esa

gravitación que es la misma vida y espíritu de Dios: la gravitación de Dios hacia las profundidades de Su infinita naturaleza, Su bondad sin fin. Y Dios, ese centro que está en todas partes y cuya circunferencia no está en ninguna parte, encontrándome, por la incorporación a Cristo, incorporado a este movimiento inmenso y tremendo de gravitación que es el amor, que es el Espíritu Santo, me llamaba.

Él me llamaba a mí desde Sus inmensas profundidades.

Capítulo 2

LAS AGUAS DE CONTRADICCIÓN

I

¡Qué bellas y qué terribles son las palabras con que Dios habla al alma de aquellos que ha llamado a Sí, a la Tierra de Promisión que es participación en Su propia vida... esa tierra amable y fértil que es la vida de la gracia y la gloria, la vida interior, la vida mística! Son palabras amables para los que las oyen y obedecen; pero, ¿qué son para los que las oyen sin comprensión ni respuesta?

Pues la Tierra que tú vas a poseer no es como la tierra de Egipto de que saliste y en donde cuando la semilla está sembrada, llegan las aguas para regarla a la manera de jardines. Sino que es una tierra de colinas y llanuras, que espera la lluvia del cielo.

Y el Señor tu Dios siempre la visita, y Sus ojos están en ella desde el principio del año hasta su fin.

Si, pues, obedecéis mis mandamientos, que os ordeno este día, que améis al Señor vuestro Dios y le sirváis de todo corazón, y con toda vuestra alma.

Él dará a vuestra tierra la lluvia primeriza y la tardía, para que podáis cosechar vuestro grano, y vuestro vino, y vuestro aceite, y vuestro heno para alimentar vuestro ganado, y para que podáis comer y llenaros.

Estad vigilantes, no sea que vuestro corazón sea engañado y abandonéis al Señor para servir extraños dioses y adorarlos: y el Señor irritado cierre el cielo y la lluvia no descienda, ni la tierra dé su fruto, y perezcáis rápidamente lejos de la tierra excelente que el Señor quiere daros...

Había cruzado yo, como los judíos, el Mar Rojo del Bautismo. Entraba en un desierto... un desierto terriblemente cómodo y propicio, con todas las pruebas atemperadas a mi debilidad... donde tendría ocasión de dar a Dios gran gloria con simplemente confiar en Él y obedecerle, cruzando el camino que no estaba de acuerdo con mi propia naturaleza y juicio. Me conduciría a una tierra que no podía imaginar ni

comprender. Sería una tierra distinta de la de Egipto, de la cual había salido: la tierra de la naturaleza humana cegada y engrillada por la perversidad y el pecado. Sería una tierra en la cual el trabajo de las manos del hombre y su ingenio contaban poco o nada; pero en donde Dios dirigía todas las cosas, en donde sería esperado que obrara yo tanto y tan íntimamente bajo Su guía que sería como si Él pensara con mi mente, como si quisiera con mi voluntad.

A esto era llamado yo. Para esto había sido creado. Para este Cristo que había muerto en la Cruz, para esto estaba bautizado ahora, y tenía dentro de mí al Cristo viviente, fundiéndome en Sí mismo en el fuego de Su amor.

Ésta era la llamada que me llegaba con mi Bautismo, trayendo consigo una responsabilidad espantosa si dejaba de responder a ella. Pero, en cierto sentido, me era casi imposible oírla y contestarla. Acaso se requería como un milagro de gracia hacia mí para contestarla en seguida, espontáneamente y con completa fidelidad... y ¡oh, qué cosa habría sido si lo hubiese hecho así!

Pues era ciertamente verdad que me fue abierta ese día la puerta hacia reinos inmensos. Eso era algo que no podía dejar de comprender, aunque oscura y vagamente. La comprensión, es cierto, era tan remota y negativa que sólo me llegaba por vía de contraste con la trivialidad y pequeñez de la experiencia humana normal... la conversación de mis amigos, el aspecto de la ciudad y el hecho de que cada paso Broadway abajo me hundía más y más en el abismo del anticlímax.

El padre Moore nos había sorprendido cuando íbamos a salir por la puerta y nos precipitó a la rectoría para el desayuno. Ése era un buen suceso. Tenía algo del carácter de mi buena Madre, la Iglesia, regocijándose por haber encontrado su moneda perdida. Nos sentamos todos en torno de la mesa y nada había allí incompatible con la felicidad que entonces sentí de toda esta alegría, porque la caridad no puede ser incompatible consigo misma; ciertamente todos estaban contentos de lo que se había hecho, primero de todos yo, el padre Moore y después en diferente grado, Lax, Gerdy, Seymour y Rice.

Luego de eso salimos para descubrir que no teníamos ningún lugar adonde ir; esta irrupción de lo sobrenatural había trastornado todo el contenido de un día natural, normal.

Eran más de las once, próxima la hora de almorzar, y acabábamos de desayunarnos. ¿Cómo podríamos almorzar? Y si, a las doce, no almorzábamos, ¿qué teníamos que hacer?

De nuevo la voz que había dentro de mí me habló y miré

una vez más la puerta que no podía comprender, hacia el país que me parecía sin sentido porque estaba demasiado lleno de significaciones que no podía intuir. "La tierra que vas a poseer no es como la tierra de Egipto de la que saliste... Pues mis pensamientos no son tus pensamientos, ni tus caminos mis caminos, dice el Señor... Busca al Señor en tanto pueda ser encontrado, visítalo mientras esté cerca... ¿Por qué gastas dinero en lo que no es pan y tu trabajo en lo que no te satisface?"

Yo oía todo esto y, sin embargo, parecía no poder intuirlo ni comprenderlo. Acaso, en cierto modo, existía una especie de imposibilidad moral de que hiciera lo que hubiera hecho, porque simplemente no sabía aún lo que era rezar, hacer sacrificios, abandonar el mundo, llevar lo que se llama la vida sobrenatural. ¿Cuáles eran las cosas que hubiera hecho y que no podían siquiera ocurrírseme hacer?

Habría empezado en seguida, en primer lugar, a ir a la Comunión todos los días. Eso se me ocurrió, pero al principio pensaba que ordinariamente no se hacía. Además creía que era menester confesarse cada vez que se quería ir a la Comunión. Por supuesto, la salida natural de eso hubiera sido seguir frecuentando al padre Moore y hacerle preguntas.

Ésa era la segunda cosa que hubiera hecho: buscar dirección espiritual constante y completa. Seis semanas de instrucciones, después de todo, no eran mucho y, ciertamente, no tenía sino los más elementales rudimentos de conocimiento de la práctica real de la vida católica y si no hubiese adoptado la suposición absolutamente trágica de que ahora mi período de aprendizaje estaba listo y concluido, no hubiera habido tal confusión en ese primer año posterior a mi bautismo. Probablemente lo peor que pude haber hecho fue vacilar en preguntar sobre las cuestiones que se me ocurrían, haberme avergonzado demasiado de mi debilidad para acercarme al padre Moore ante las necesidades reales y fundamentales de mi alma.

Dirección era lo que más necesitaba y de la cual era menos solícito en valerme. Por lo que recuerdo sólo me acerqué a pedir al padre Moore algunos consejos triviales... ¿Qué era un escapulario, en qué se distinguían un breviario y un misal, dónde podría adquirir un misal?

La idea del sacerdocio había sido dejada de lado, por el momento. Tenía bastantes buenos motivos para hacerlo así: era demasiado pronto, tal vez, para pensar en eso. No obstante, cuando dejé de pensar en mí mismo explícitamente como posible candidato para una vocación especial alta y ardua en la iglesia, tendía automáticamente a relajar mi volun-

tad y debilitar mi vigilancia, a ordenar mis actos sólo a una vida ordinaria. Necesitaba yo un alto ideal, un objeto difícil, y el sacerdocio me proporcionaba uno. Concurrían muchos factores concretos a esto. Si iba a entrar en un seminario o monasterio algún día, tendría que empezar a adquirir algunos de los hábitos de los religiosos o seminaristas... vivir más sosegadamente, abandonar tantas diversiones y tanta mundanidad, estar muy atento para evitar todo aquello que amenazaba llevar las pasiones a su antiguo desorden.

Pero sin este ideal estaba en peligro constante y verdadero de abandono e indiferencia y la verdad es que, después de recibir la inmensa gracia del bautismo, después de todas las luchas de persuasión y conversión, tras todo el largo camino que había recorrido, a través de tanta tierra de nadie que se extiende en torno a los confines del infierno, en vez de hacerme un católico generoso, ardiente y fuerte, me deslizaba simplemente entre las filas de los millones de cristianos tibios, sosos, haraganes e indiferentes que viven una vida que es todavía medio animal y que escasamente ofrecen resistencia para mantener el soplo de gracia vivo en sus almas.

Había empezado a rezar, a rezar verdaderamente. Había leído libros sobre misticismo y, lo que es más, en el momento del bautismo, ¡si lo hubiera sabido!, la vida mística real —la vida de la gracia santificante y las virtudes teologales infusas y los dones del Espíritu Santo— estaba abierta para mí en toda su plenitud; sólo tenía que entrar en ella y ayudarme a mí mismo y pronto habría adelantado rápidamente en la oración. Pero no lo hice. Ni siquiera sabía lo que era la oración mental ordinaria, ni podía practicar eso completamente desde el principio; pero, lo que es aun peor, fue cuatro o cinco meses antes que aprendí a rezar el Rosario propiamente, aunque tenía uno y acostumbraba en ocasiones a decir los *Paters* y *Aves* sin saber qué más se requería.

Uno de los grandes defectos de mi vida espiritual en ese primer año era falta de devoción a la Madre de Dios. Creía en las verdades que enseña la iglesia acerca de Nuestra Señora, decía el "Avemaría" cuando rezaba, pero eso no era bastante. La gente no se da cuenta del tremendo poder de la Santísima Virgen. No sabe quién es, que por sus manos vienen todas las gracias porque Dios ha querido que ella participe así en Su obra de salvación de los hombres.

En cuanto a mí, en aquellos días, aunque creía en ella, Nuestra Señora ocupaba en mi vida poco más del lugar de un bello mito... pues en la práctica no le prestaba más que la clase

de atención que uno da a un símbolo o a una cosa de poesía. Era la Virgen que estaba en las puertas de las catedrales medievales. Era la que había visto en todas las estatuas del *Musée de Cluny* y cuyos cuadros, por ese motivo, habían decorado las paredes de mi estudio de Oakham.

Pero ése no es el lugar que corresponde a María en la vidas de los hombres. Es la Madre de Cristo todavía, Su Madre en nuestras almas. Es la Madre de la vida sobrenatural en nosotros. La santidad nos viene por su intercesión. Dios ha querido que no haya otro medio.

Yo no tenía ese sentido de su dependencia ni de su poder. No sabía qué necesidad tenía de confianza en ella. Tenía que descubrirlo por experiencia.

¿Qué podía hacer yo sin amor de la Madre de Dios, sin un objetivo espiritual claro y elevado, sin dirección espiritual, sin comunión diaria, sin una vida de oración? Pero lo que más necesitaba era el sentido de la vida sobrenatural y mortificación sistemática de mis pasiones y de mi naturaleza insensata.

Cometí la terrible equivocación de entrar en la vida cristiana como si fuera meramente la vida natural investida de una especie de modo sobrenatural por la gracia. Pensé que todo lo que tenía que hacer era continuar viviendo como había vivido antes, pensando y obrando como antes lo hacía, con la única excepción de evitar el pecado mortal.

Nunca se me ocurrió que si continuaba viviendo como lo había hecho antes, sería simplemente incapaz de evitar el pecado mortal. Pues antes de mi bautismo había vivido para mí solo. Había vivido para la satisfacción de mis deseos y ambiciones, para placer, comodidad, reputación y éxito. El bautismo había traído consigo la obligación de reducir todos mis apetitos naturales a la subordinación de la voluntad de Dios: "Pues la sabiduría de la carne es un enemigo de Dios: pues no está sujeta a la ley de Dios, ni puede estarlo. Y los que están en la carne, no pueden agradar a Dios... y si vivís según la carne, moriréis: pero si por el Espíritu mortificáis los actos de la carne viviréis. Pues cualesquiera que sean, guiados por el Espíritu de Dios, son los hijos de Dios." *Spiritu ambulate, et desideria carnis non perficietis.*

Santo Tomás explica las palabras de la Epístola a los Romanos muy clara y sencillamente. La sabiduría de la carne es una opinión de que los fines ordinarios de nuestros apetitos naturales son los bienes a los cuales la *totalidad de la vida del hombre* debe ordenarse. Por lo tanto inclina la voluntad inevitablemente a violar la ley de Dios.

Hasta donde los hombres están dispuestos a preferir su propia voluntad a la voluntad de Dios, puede decirse que odian a Dios; pues, por supuesto, no pueden odiarlo en Sí mismo. Pero Lo odian en los Mandamientos que violan. Pero Dios es nuestra vida: la voluntad de Dios es nuestro alimento, nuestra carne, el pan de nuestra vida. Odiar nuestra vida es entrar en la muerte y, por consiguiente, la prudencia de la carne es la muerte.

Lo único que me salvó fue mi ignorancia. Porque de hecho positivo, ya que mi vida después del bautismo era muy parecida a lo que había sido antes de él, me hallaba en la condición de los que desprecian a Dios por amar el mundo y su propia carne más que a Él. Y porque así estaba mi corazón, me encontraba destinado a caer en pecado mortal, puesto que casi todo lo que hacía tendía, por virtud de mi tendencia habitual a complacerme a mí mismo antes que todo lo demás, a obstruir y desvirtuar la obra de la gracia en mi alma.

Pero no me daba clara cuenta de todo esto. A causa de la conversión completa y profunda de mi entendimiento, creía que estaba enteramente convertido. Porque creía en Dios, en las enseñanzas de la iglesia y estaba dispuesto a sentarme toda la noche discutiendo sobre ellas con todos los recién llegados, me imaginaba que hasta era un cristiano celoso.

Pero la conversión del entendimiento no es bastante. En tanto la voluntad, la *domina voluntas*, no perteneciese completamente a Dios, hasta la conversión intelectual estaba condenada a permanecer precaria e indefinida. Pues aunque la voluntad no puede obligar al entendimiento a ver un objeto distinto de lo que es, puede apartarlo del objeto completamente e impedirle la consideración de esa cosa en absoluto.

¿Dónde estaba mi voluntad? "Donde esté tu tesoro, allí estará tu corazón también", y yo no había depositado tesoros para mí en el cielo. Estaban todos en la tierra. Quería ser escritor, poeta, crítico, profesor. Quería gozar de todas las clases de placeres del entendimiento y de los sentidos y a fin de tener estos placeres no vacilaba en colocarme en situaciones que sabía que acabarían en desastre espiritual... aunque generalmente estaba tan cegado por mis propios apetitos que nunca consideré claramente este hecho hasta que fue demasiado tarde y el daño consumado.

Por supuesto, hasta donde llegaban mis ambiciones, sus objetos eran justos en sí mismos. No hay nada de malo en ser un escritor o un poeta... al menos espero que no lo haya; pero el mal consiste en querer serlo para satisfacción de las

propias ambiciones y sólo para elevarse al nivel requerido por la propia egolatría interna.

Porque escribía para mí y para el mundo, las cosas que escribía estaban emponzoñadas de pasiones, egoísmos y pecados de los cuales brotaban. Un mal árbol da malos frutos, si es que da frutos en alguna medida.

Iba a misa, naturalmente, no sólo cada domingo, sino algunas veces durante la semana también. No estaba mucho tiempo lejos de los sacramentos... ordinariamente iba a confesar y comulgar, si no cada semana, cada quince días. Frecuentaba mucha lectura que pudiera llamarse "espiritual", aunque no leía espiritualmente. Devoraba libros tomando notas aquí y allá y recordando cualquier cosa que creyera que sería útil en un debate... es decir, para mi engrandecimiento, a fin de apropiarme estas cosas y brillar con su luz, como si su verdad me perteneciese. En ocasiones visitaba una iglesia por las tardes, para rezar o hacer las Estaciones de la Cruz.

Todo esto habría sido bastante para un católico ordinario, con toda una vida de práctica fiel de su religión detrás de sí; pero para mí no podía en modo alguno ser bastante. Un hombre que acaba de salir del hospital, que casi ha muerto allí y ha sido despedazado en una mesa de operaciones, no puede inmediatamente empezar a llevar la vida de un trabajador ordinario. Después de la mutilación espiritual porque he pasado yo, no me será posible hacerlo sin los sacramentos diarios y sin mucha oración, penitencia, meditación y mortificación.

Me llevó tiempo descubrirlo: pero escribo lo que he descubierto al fin, para que cualquiera que esté ahora en la situación en que estaba yo entonces pueda leerlo y saber qué hacer para salvarse de un gran peligro e infelicidad. A ese tal diría yo: Quienquiera que seas, la tierra a la que Dios te ha conducido no es como la tierra de Egipto de la que saliste. No puedes ya vivir aquí como vivías allí. Tu antigua vida y tus anteriores hábitos están crucificados ahora, no debes buscar vivir ya más para tu propia satisfacción, sino abandonar tu juicio en las manos de un director sabio, sacrificar tus placeres y comodidades por el amor de Dios y dar a los pobres el dinero que ya no necesitas gastar en aquellas cosas.

Sobre todo, come tu pan diario sin el cual no puedes vivir y ven a conocer a Cristo Cuya Vida te alimenta en la Hostia; Él te dará un sabor de gozos y deleites que trascienden todo lo que hayas experimentado antes y que harán fácil el tránsito.

II

La primera mañana de 1939 fue gris. Tenía que resultar un año gris... muy gris. Pero ahora soplaba un viento frío desde el mar, por donde paseaba yo, entre las blancas casas vacías, al lugar desmantelado en que se encuentra la iglesia de San Ignacio Mártir. El viento hizo algo para ayudar a despertarme, pero no mejoró mucho mi humor. El año nuevo empezaba mal.

La noche anterior, víspera de Año Nuevo, había asistido a una fiesta en la casa de la suegra de Seymour, que era doctora, en Long Beach. Había sido un asunto embarullado, sin orden, en que permanecimos en una habitación que servía de sala de espera de la doctora, sentados en el suelo, tocando diferentes clases de tambores y bebiendo no recuerdo qué. Pero sea lo que fuere que bebíamos, me puso de mal humor.

La única persona de la casa desentendida de todo era Bramachari, que se había quitado el turbante y, sentándose en una silla, no hacía caso del bullicio. Más tarde, John Slate, que también tenía mala luna, porque le habían sacado una muela, intentó atarme con el turbante de Bramachari, por lo que el monje se fue a casa —es decir, a la casa de Seymour— a dormir.

Rato después lancé un bote de piña a una luz de la calle y también me fui a acostar. Dormía en la misma habitación que Bramachari y, por consiguiente, cuando empezó a clarear, él se incorporó y empezó el canto de sus oraciones matinales, despertándome. Como no podía volver a dormirme aun cuando sus plegarias llevaban a la contemplación, fui a una misa más temprana de lo que había pensado. Esto me hizo bien. Como de costumbre, descubrí que lo único bueno de tales días, o cualesquiera otros, era la misa.

¡Qué cosa más rara que no viera cuánto significaba eso y llegara por último a la comprensión de que era sólo por Dios que tenía que vivir yo, que Dios tenía que ser el centro de mi vida y de todo lo que hiciera!

Tenía que tardar aproximadamente un año para extraer esa verdad de todos mis deseos revueltos y vanos; a veces se me ocurre que los dolores de cabeza que tenía en tanto la descubría tenían algo que ver con lo que pasaba en la historia del mundo.

Pues el 1939 tenía que ser eso, el año en que la guerra, que todos habían temido, empezó por fin a enseñarnos con su lógica inexorable que el temor de la guerra no es bastante.

Si no se quiere el efecto, hágase algo para apartar las causas. Es inútil amar la causa y temer el efecto, sorprendiéndose cuando el efecto inevitablemente sigue a la causa.

Por entonces había adquirido bastante buen sentido para darme cuenta de que la causa de las guerras es el pecado. Si hubiese aceptado el don de la santidad ofrecido en mis manos cuando estaba junto a la pila bautismal en noviembre de 1938, ¿qué podría haber sucedido en el mundo? Los hombres no tienen idea de lo que puede hacer un santo: la santidad es más fuerte que todo el infierno. Los santos están saturados de Cristo en la plenitud de Su poder Real y Divino; tienen conciencia de ello y se entregan a Él para que pueda ejercer Su poder por mediación de los actos más mínimos y al parecer más insignificantes para la salvación del mundo.

Pero el mundo no alcanzó de mí mucho de eso.

Llegó el fin de enero. Recuerdo que cuando rendí mis exámenes de M. A. fui a comulgar dos días seguidos, y ambos me sentí muy feliz, y, por otra parte, afronté muy bien los exámenes. Después de eso pensé que me era necesario ir a Bermuda una semana, sentarme al sol e ir a bañarme y montar en bicicleta por aquellos caminos blancos y vacíos, descubriendo de nuevo las vistas y olores que habían pertenecido a un año de mi primera infancia. Encontré gente que gustaba marchar toda la noche en carruaje cantando: "Alguien está en la cocina con Dinah, arañando en el viejo banjo." El tiempo era tan bueno que regresé a Nueva York moreno y lleno de salud, con mi bolsillo repleto de instantáneas de los forasteros con quienes había estado bailando y navegando en yates. Regresé justo a tiempo para ver a Bramachari salir para la India, al fin, en el *Rex*. Viajaba con los cardenales que se ausentaban para elegir al nuevo Papa.

Fui luego a Greenwich Village a firmar un contrato de inquilinato de un piso de una sola habitación y empecé a trabajar en mi tesis doctoral de Filosofía. Supongo que la casa de Perry Street era parte del ambiente adecuado a un intelectual como me imaginaba que era, y, ciertamente, me sentí mucho más importante en esta espaciosa habitación con un baño y hogar y ventanas francesas que daban a un desvencijado balcón, de lo que me había sentido en el cuarto pequeño de diez pies de ancho detrás de la Biblioteca de Columbia. Además, tenía ahora un reluciente teléfono nuevo, enteramente mío, que sonaba con un timbre profundo, discreto y susurrante como si me invitara amablemente a investigaciones caras y adulteradas.

Por cierto, no recuerdo nada muy importante ocurrido con ese teléfono, excepto que solía fijar citas con una enfermera que estaba colocada en una de las clínicas de la Feria Mundial que se inauguraba aquel año en Flushing Meadows. También fue ocasión de una serie de cartas furiosamente sarcásticas a la compañía de teléfonos a causa de dificultades mecánicas y monetarias.

Con el que más hablaba por este teléfono era con Lax. Él tenía un teléfono que no le costaba nada, pues vivía en el hotel Taft, encargado de la educación de los hijos del gerente, y tenía acceso a una nevera llena de pollos fríos a todas las horas del día y de la noche. Las principales noticias que me comunicó, desde su punto de vista, fueron, primero, la aparición de *Finnegan's Wake* de Joyce y, segundo, la elección del papa Pío XII.

Era una de aquellas primeras mañanas primaverales en que el sol nuevo y caliente se llena de toda clase de delicias, cuando tuve noticias del Papa. Había estado sentado en el balcón con un par de zapatos de lona azules, bebiendo Coca-cola y tomando el sol. Cuando digo sentado en el balcón, quiero decir sentado en las buenas tablas y dejando colgar mis pies por el sitio en donde las tablas estaban rotas. Esto era lo que hacía muchas veces, por las mañanas, aquella primavera: observar Perry Street desde el este, donde llegaba pronto a una manzana de pisos de ladrillo, hasta el oeste, en que terminaba en el río, y podían verse las chimeneas de los buques anclados.

Cuando no estaba sentado en este balcón sin hacer nada, estaba en la habitación, en el sillón más hondo, estudiando las cartas de Gerard Manley Hopkins, procurando comprender manuales variados de prosodia y llenando pequeñas fichas blancas de notas. Pues era mi plan escribir un ensayo de tesis doctoral sobre Hopkins.

La máquina de escribir siempre abierta en el pupitre, estaba a veces ocupada cuando tenía algún libro que criticar, pues había hecho críticas ocasionales para las secciones bibliográficas dominicales del *Times* y *Herald Tribune*. Pero, lo que era mejor, a veces lograba sacar, con trabajo y angustia, algún poema.

Nunca pude escribir versos antes de convertirme al catolicismo. Había probado, pero nunca realmente con éxito, y era imposible mantener viva bastante ambición para continuar ensayando. Había empezado una o dos veces en Oakham y escrito dos o tres cosas miserables en Cambridge. En Colum-

bia, cuando me creí rojo, tuve una idea estúpida para un poema, sobre obreros que trabajan en un muelle y bombarderos que volaban sobre sus cabezas. Como se ve, ominoso. Cuando estuvo en el papel era tan tonto que ni siquiera las revistas del cuarto piso quisieron imprimirlo. Otro verso que pude producir antes de mi bautismo fue una línea ocasional para el *Jester*.

En noviembre de 1938 adquirí una súbita facilidad para los versos *skeltónicos,* ásperos y descarnados... eso duró alrededor de un mes y murió. No valían mucho, pero uno de ellos ganó un premio que no merecía. Pero ahora tenía muchas clases de sonidos que resonaban en mis oídos y a veces exigían verterse al papel. Cuando sus ritmos y tonos seguían a Andrew Marvell, los resultados eran mejores. Siempre me gustó Marvell; no me decía tanto como Donne o Crashaw (cuando Crashaw escribía bien), pero, no obstante, había algo en su temperamento por lo que sentía una atracción personal especial. Sus estados de ánimo eran míos más que los de Crashaw o aun de Donne.

Mientras vivía en Perry Street era difícil escribir poemas. Los versos llegaban lentos, y cuando estaba todo hecho resultaban muy pocos. Rimaban generalmente en tetrámetro yámbico, porque me sentía incómodo con cualquier rima que sonase a trillada; la rima era desmañada y extraña a veces.

Tenía una idea y recorría las calles, entre los almacenes, hacia el mercado de volatería al pie de la calle 12, y salía a la dársena de los pollos intentando componer cuatro líneas de verso en mi cabeza y me sentaba al sol. Después de haber mirado los brulotes y las barcazas viejas y vacías, a los demás haraganes y el Stevens Institute sobre su mole más allá del río en Hoboken, escribía el poema en un pedazo de papel sobrante y me iba a casa a pasarlo a máquina.

Por lo general lo mandaba inmediatamente a alguna revista. ¡Cuántos sobres hice engullir al buzón verde de la esquina de Perry Street, precisamente antes de llegar a la séptima avenida! Y todo lo que allí metía regresaba... excepto lo de las críticas bibliográficas.

Cuanto más fracasaba, tanto más me convencía de que era importante para mí conseguir la impresión de mi trabajo en revistas como la *Southern Review* o *Partisan Review* o el *New Yorker*. Mi principal interés era ahora verme impreso. Era como si no pudiera satisfacerme completamente con que era real hasta que pudiera alimentar mi ambición con estas glorias triviales; mi antiguo egoísmo estaba ahora maduro y

concentrado en este deseo de verme exteriorizado en una personalidad pública, impresa y oficial, que pudiese admirar a mi gusto. Esto era en lo que realmente creía: la reputación, el éxito. Quería vivir en los ojos, las bocas y las mentes de los hombres. No era tan bruto que quisiera ser conocido y admirado por todo el mundo; había una cierta satisfacción ingenua en la idea de ser sólo apreciado por una minoría particular, que daba una fascinación especial a esta tendencia interior mía. Pero cuando mi mente se absorbía en todo eso, ¿cómo podía llevar una vida sobrenatural, la vida a la cual era llamado? ¿Cómo podía amar a Dios, cuando todo lo que hacía se dirigía, no a Él sino a mí mismo y no confiaba en Su ayuda, sino que me apoyaba en mi propia sabiduría y talento?

Lax me censuró por todo esto. Toda su actitud para con la literatura estaba salvada de tal estupidez y tenía sus raíces en la santidad, en la caridad, en el desinterés. De modo característico concebía la función de los que sabían escribir y que tenían algo que decir, en términos de la salvación de la sociedad. El cuadro de América de Lax —delante del cual ha estado doce años con sus brazos colgados en el desamparo— es la pintura de un país lleno de gentes que quieren ser bondadosas, agradables y felices, amar las cosas buenas y servir a Dios, pero no saben cómo. Les rodean todas las clases de fuentes de información, que sólo conspiran a aturdirlas más y más. La de Lax es una visión del día en que se dirigirán a la radio y alguien empezará a decirles lo que han estado realmente queriendo oír y necesitando saber. Encontrarán a alguien que sea capaz de hablarles del amor de Dios en un lenguaje que ya no sonará a trillado ni enloquecido, sino con autoridad y convicción: la convicción nacida de la santidad.

No estoy seguro de si esta concepción suya implicaba necesariamente una vocación específica, una misión definida y particular; pero, en cualquier caso, suponía él que era algo que debiera estar claro para mí, para Gibney, para Seymour, para Mark Van Doren, para algunos escritores que él admiraba, acaso hasta para alguien que no sabía hablar, sino que sólo sabía tocar una trompeta o un piano. Era claro para él mismo también; pero él, personalmente, esperaba definidamente ser "enviado".

De cualquier modo, aunque había ido yo delante de él a las fuentes de la gracia, Lax era mucho más sabio que yo y tenía una visión más clara, y, por cierto, correspondía mucho más verdaderamente a la gracia de Dios que yo; él había visto lo que constituía lo único importante. Creo que él ha dicho lo

que tenía que decir a muchos más además de mí; pero ciertamente la suya era una de las voces por las cuales el insistente Espíritu de Dios estaba decidido a enseñarme el camino que tenía que seguir.

Otra de aquellas veces que resultaron ser históricas por lo que se refiere a mi alma, fue cuando Lax y yo bajábamos paseando por la sexta avenida, una noche de primavera. La calle estaba revuelta con zanjas y montones de material y señales de linternas rojas donde estaban cavando el subterráneo, y nosotros seguimos nuestro camino a lo largo de las fachadas de las tiendas oscuras y pequeñas, yendo ciudad abajo hasta Greenwich Village. He olvidado lo que estábamos discutiendo, pero al final Lax se volvió de repente y me hizo la pregunta:

—¿Pero tú qué quieres ser?

No podía decir "quiero ser Thomas Merton, el famoso escritor de todas aquellas críticas bibliográficas de las últimas páginas de la *Time Book Review*", o "Thomas Merton, el profesor ayudante de francés de primer año del Instituto Social de Vida Nueva para el Progreso y Cultura", por lo que puse el asunto en el plano espiritual, donde sé que pertenecía, y dije:

—No lo sé; presumo que quiero ser un buen católico.

—¿Qué quiere decir "ser un buen católico"?

La explicación que di era bastante defectuosa, expresaba mi confusión y descubría cuán poco había pensado de verdad sobre ello.

Lax no la aceptó.

—Lo que deberías decir —me dijo—, lo que deberías decir es que quieres ser un santo.

¡Un santo! El pensamiento me impresionó como algo misterioso.

—¿Cómo quieres que yo llegue a santo?

—Queriéndolo —dijo Lax simplemente.

—No puedo ser un santo —dije—, no puedo ser un santo. —Y mi mente se ensombreció con una confusión de realidades e irrealidades: el conocimiento de mis propios pecados y la falsa humildad que hace decir a los hombres que no saben hacer las cosas que *deben* hacer, que no pueden alcanzar el nivel que *deben* alcanzar; la cobardía que dice: "me contento con salvar mi alma, con alejarme del pecado mortal", pero que significa, con esas palabras: "no quiero abandonar mis pecados y mis afectos".

Lax agregó: —No. Todo lo que se necesita para ser un santo

es querer serlo. ¿No crees que Dios te hará aquello para lo que te creó, si tú consientes en permitirle que lo haga? Todo lo que tú tienes que hacer es desearlo.

Mucho tiempo antes, Santo Tomás de Aquino había dicho lo mismo... y es algo evidente para cualquiera que llegó a entender los Evangelios. Después que Lax se hubo ido, medité sobre ello, y se me hizo evidente.

Al día siguiente dije a Mark Doren:

—Lax va diciendo que todo lo que un hombre necesita para ser un santo es querer serlo.

—Naturalmente —dijo Mark.

Todo éstos eran mucho mejores cristianos que yo. Comprendían a Dios mejor que yo. ¿Qué hacía yo? ¿Por qué era tan tardo, tan confundido, tan incierto en mis direcciones y tan inseguro?

A gran precio compré el primer volumen de las obras de San Juan de la Cruz, me sentaba en la habitación de Perry Street y volvía las primeras páginas, subrayando pasajes aquí y allá con lápiz. Pero me exigiría más que eso hacerme santo; porque estas palabras que subrayaba, aunque me asombraban y deslumbraban con su importancia, eran todas demasiado simples para que yo las comprendiese. Eran demasiado desnudas, demasiado limpias de toda duplicidad y compromiso para mi complejidad, pervertida por mis apetitos. Sea como fuere, me alegro de que al menos pudiera reconocerlas, oscuramente, como dignas del mayor respeto.

III

Cuando llegó el verano subarrendé el piso de Perry Street a la esposa de Seymour y me fui hacia la parte superior del Estado, a las colinas detrás de Olean. El cuñado de Lax tenía una quinta, en lo alto de una colina, desde donde podían verse millas por encima de Nueva York y Pennsylvania... millas de cúspides azules de colina y riscos arbolados, millas de bosques tiznados aquí y allá, en las semanas secas, de humo, y descuartizados en el valle vecino, por los leñadores. Todo el día y toda la noche el silencio del bosque era quebrado por el ruido de las bombas de petróleo, y cuando cruzaba por los árboles podía ver largos brazos de metal moviéndose de arriba abajo rudamente en las sombras del claro, porque las colinas estaban llenas de petróleo.

Benjie, el cuñado de Lax, nos entregó esta casa y nos per-

mitió vivir allí, confiando más de lo que debiera en nuestra habilidad para vivir en una casa más de una semana sin destruirla parcialmente.

Lax, Rice y yo nos trasladamos a la quinta y buscamos sitio para poner nuestras máquinas de escribir. Había una habitación grande con una enorme chimenea de piedra, las obras de Rabelais y una mesa que pronto estropeamos, alimentándonos en ella de emparedados de fricandó, judías en conserva y los dichosos litros de leche. Había una galería que se orientaba hacia las colinas y en donde provisionalmente montamos un trapecio. Era muy agradable sentarse en las gradas de esta galería, contemplar el valle en el atardecer tranquilo y tocar los tambores. Teníamos un par de *bongós*, tambor doble cubano que se toca con las dos manos y da varios sones diferentes, según dónde y cómo se golpee.

A fin de asegurarnos muchos libros bajamos a la Biblioteca del Colegio de San Buenaventura, en donde esta vez, por haber sido bautizado, ya no me espanté de los frailes. El bibliotecario era el padre Ireneo, que nos miró a través de sus lentes y reconoció a Lax con ingenua sorpresa. Siempre parecía sorprendido y contento de ver a cualquiera. Lax nos presentó a él: —Éste es Ed Rice; éste, Tom Merton.

—Ah, señor Rice... señor Myrtle. —El padre Ireneo nos hizo entrar a ambos, con una expresión de niño estudioso en los ojos y nos estrechó la mano con desenvoltura.

—Merton —corrigió Lax—, Tom Merton.

—Sí, mucho gusto en conocerlo, señor Myrtle —insistió el padre Ireneo.

—Estuvieron también en Columbia —agregó Lax.

—¡Ah, Columbia! —dijo el padre Ireneo—. Yo estudié en la Escuela de Bibliotecarios de Columbia. —Luego nos llevó a su biblioteca, y con despreocupada confianza nos abandonó todas las estanterías. Nunca se le ocurría poner límite alguno a los apetitos de los que parecían querer los libros. Si deseaban libros, ¡bueno!, esto era una biblioteca. Tenía él muchos libros, para eso era una biblioteca. Uno podía tomar tantos libros como quisiera y guardarlos hasta que los hubiese terminado; estaba asombrosamente desprovisto de formulismo este franciscano feliz y pequeño. Cuando llegué a conocer a los frailes un poco mejor, averigüé que este rasgo era muy general. Los que aman los sistemas rígidos y metódicos tienen su vida de penitencia completamente libre para ellos si ingresan en los franciscanos, y especialmente si llegan a ser superiores. Pero, por lo que sé, el padre Ireneo nunca ha sido

despojado de sus libros en mayor escala que cualquier otro bibliotecario, y, en conjunto, la pequeña biblioteca del Colegio de San Buenaventura fue siempre una de las más ordenadas y pacíficas que he visto.

Pronto salimos del rimero de libros con nuestros brazos llenos.

—¿Podemos llevarnos todos éstos, padre?

—Claro, claro, magnífico, sírvanse.

Firmamos una especie de sencillo talón y nos estrechamos las manos.

—Adiós, señor Myrtle —dijo el fraile, y se quedó en la puerta abierta y cruzó sus manos en tanto bajábamos los escalones con nuestro despojo.

Aún no sabía que había descubierto un lugar en donde iba a averiguar algo sobre la felicidad.

Los libros que nos llevamos a la quinta apenas fueron abiertos en todo el verano; pero de cualquier modo estaban allí, a nuestra mano, en caso de que tuviéramos necesidad de leer algo. Pero realmente no fueron necesarios, pues al fin hallamos sitios muy adecuados para nuestras máquinas de escribir y todos empezamos a escribir novelas. Rice escribió una novela llamada *El Caballo Azul*. Le llevó unos diez días. Constaba de unas ciento cincuenta páginas, ilustrada. Lax escribió varios fragmentos de novela que pronto refundió en una llamada *El Palacio de las Lentejuelas*. Pero el asunto que yo emprendí fue creciendo más y más y a la postre tenía unas quinientas páginas y se tituló primero *Estrechos de Dover*, luego *La noche antes de la batalla* y después *El Laberinto*. En su forma final era más breve y había sido casi redactada de nuevo; la llevé a varios editores, pero con mucho pesar mío nunca se imprimió... al menos lo sentí en aquellos días, pero ahora me felicito mucho de que aquellas páginas escaparan a la publicidad.

Era en gran parte autobiográfica, y por lo tanto entraba en algún terreno que el libro presente hubiera abarcado; pero entraba en mucho más terreno que he evitado abarcar esta vez. Además encontraba su redacción más fácil y más divertida si mezclaba algunos personajes imaginarios en mi propia historia. Es una manera agradable de escribir. Cuando la verdad se hacía insípida, podía crear una diversión con un hombre necio llamado Terence Metrotone. Más tarde lo cambié por Terence Park, después de mostrar la primera redacción del libro a mi tío, que me confundió por deducir que Terence Metrotone era una especie de anagrama mío. Eso, en reali-

dad, era humillante, pues había puesto en ridículo al personaje.

El mero placer de sentarse en lo alto de esta montaña arbolada, con millas de campo y cielo sin nubes para contemplar, pájaros para escuchar todo el día y la sana actividad de escribir página tras página de novela, afuera, bajo un árbol, frente al garaje, hizo aquellas semanas felices, en cierto modo natural.

Podríamos haber hecho aun más de lo que hicimos. Creo que todos teníamos un vago sentimiento de poder ser ermitaños en esa colina; pero ninguno de nosotros sabía realmente cómo yo, que era en cierto modo el más expresivo, así como el menos sensato, siempre que se trataba de cuestiones de conducta y decisiones referentes al bien y al mal, todavía experimentaba las tentaciones más fuertes de bajar a los valles a ver lo que había en los cines, o mover las máquinas de servicio automático, o beber cerveza.

Lo mejor que podíamos hacer para expresar nuestros oscuros deseos de vivir vidas que fueran aisladas y en cierto sentido consagradas era dejarnos crecer las barbas, lo que hicieron ellas más o menos lentamente. La de Lax acabó siendo la mejor. Negra y solemne. La de Rice, algo escabrosa, pero parecía magnífica cuando hacía una mueca, porque tenía dientes grandes y ojos oblicuos como de esquimal. Yo me envanecía con la creencia secreta de que me asemejaba a Shakespeare. Todavía la llevaba cuando fui a Nueva York, más tarde, y me fui con ella a la Feria Mundial. Estaba de pie, barbudo, en una exhibición secundaria que se relacionaba con África, y un joven, que no era explorador, pero usaba un equipo blanco de explorador, me tomó por explorador de verdad debido a la barba, acosándome con hábiles preguntas sobre el África Central. Creo que ambos manejábamos nuestro conocimiento de aquella famosa cinta cinematográfica *Oscuro Rapto*.

La quinta habría hecho una buena ermita, y ahora desearía que hubiéramos explotado más sus posibilidades. Lax era el único que se determinaba a levantarse, a veces, muy temprano por la mañana, alrededor de la salida del sol. Por mi parte, ordinariamente dormía hasta las ocho, luego freía un par de huevos, tragaba un cazo de harina de maíz y empezaba a escribir de nuevo. Cuando más me acerqué a servirme de la soledad para la meditación fue al pasar unas cuantas noches debajo de un melocotonero en la alta hierba que pudiera haber sido un prado, leyendo, por fin, las *Confesiones* de San Agustín y pasajes de la *Summa* de Santo Tomás.

Había aceptado el principio de Lax acerca de que la santidad era posible a los que la deseaban y lo archivé en mi cabeza con todos mis demás principios... y aún nada hacía por servirme de él. ¿Qué maldición había en mí, que no podía traducir la creencia en acción, mi conocimiento de Dios en una campaña concreta para poseerlo a Él, que era, bien lo sabía yo, el único verdadero? No, me contentaba con especular y discutir; creo que mi conocimiento era demasiado un simple asunto de consideración natural o intelectual. Después de todo, Aristóteles colocaba la felicidad natural más alta en el conocimiento de Dios que le era accesible a él, un pagano; pienso que probablemente tenía razón. Las alturas que pueden alcanzarse con la especulación metafísica introducen a un hombre en un reino de placer puro y sutil que ofrece los deleites casi más permanentes que puede uno encontrar en el orden natural. Cuando se sube un peldaño más y se basan las especulaciones sobre premisas reveladas, el placer se hace más profundo y perfecto todavía. Pero aun cuando la materia puedan ser los misterios de la fe cristiana, la manera de contemplarlos, especulativa e impersonal, puede no trascender el plano natural, al menos hasta donde llegan las consecuencias prácticas.

En tal caso, se entra, no en la contemplación, sino en una especie de gula intelectual y estética... una forma de egoísmo alta, refinada y hasta virtuosa. Y cuando no conduce a ningún movimiento de la voluntad hacia Dios, a ningún amor eficaz de Él, es estéril y mortal esta meditación y podría hasta llegar accidentalmente a ser, bajo ciertas circunstancias, una variedad de pecado... al menos una imperfección.

La experiencia me ha enseñado un gran principio moral, que es éste: no es práctico proyectar las acciones sobre la base de una vasta lista de dos columnas de posibilidades, con pecados mortales a un lado y las cosas que "no son pecado mortal" en el otro... uno para ser evitado, el otro aceptado sin discusión.

Esta división irremediablemente engañosa de posibilidades es lo que sirve a grandes masas de católicos de completa teología moral. No es tan mala cuando están tan ocupados en trabajar para ganarse la vida que el alcance de posibilidades está más o menos restringido y determinado; mas ayúdeles Dios cuando van de vacaciones o cuando la noche del sábado se acerca. La embriaguez incompleta es *per se* un pecado venial. Luego aplíquese el principio de dos columnas. Se corre el dedo por la columna de pecados mortales *per se*. Ir a

ver una película en que un hombre y una mujer se apalean de lo lindo unos centenares de pies de cinta no es un pecado mortal *per se*. Ni lo es la borrachera incompleta, ni el juego, y así sucesivamente. Todos estos actos pertenecen al orden de ocupaciones que no son ilícitas. Luego, son lícitas. Por lo tanto, si alguien dice, no importa con qué autoridad, que uno *no* debe hacer estas cosas... es un hereje. Si no están muy atentos los hombres, pueden caer en la posición de sostener que es virtuoso ir al cine, a jugar, a semiemborracharse...

Yo sé de lo que hablo, porque ésa era la manera como intentaba vivir aun en aquellos días. ¿Queréis ver el principio de doble columna en acción? He aquí un ejemplo de una porción de cosas que no eran pecados mortales en sí mismas. Lo que eran *per accidens* temo decirlo; las abandono a la misericordia de Dios; pero eran cometidas por uno a quien llamaba Él a una vida de perfección, dedicada al gozo de servirle y amarle a Él solo...

Llegó un carnaval a Bradford. Para nosotros eso significaba un par de vueltas en una lancha de transporte y un juego de *bingo*, el "látigo", un hombre con uniforme blanco y un casco explosivo por disparo de una escopeta hacia una red. Entramos en el coche y tomamos la carretera de Rock City, a través de los oscuros bosques animados con el tamborileo de las bombas de petróleo.

Fue un gran carnaval. Parecía llenar el fondo de un estrecho valle, uno de los valles zigzagueantes en que se oculta Bradford; el lugar resplandecía de luces. Los cañones de las chimeneas de la refinería de petróleo se elevaban, más allá de las luces, como los guardianes del infierno. Entramos en el blanco resplandor y el ruido de música eléctrica frenética y el aroma denso y dulce de golosinas.

—¡Eh, muchachos, venid acá si queréis!

Volvimos nuestras barbas tímidamente hacia el hombre en mangas de camisa, tocado con un sombrero de fieltro, apoyándose fuera de su barraca. Pudimos ver el tablero de color, los números. Nos acercamos. Empezó a explicarnos que por la bondad de su corazón, grande y tonto, dirigía este juego de suerte que era tan fácil y sencillo que realmente equivalía a una especie de caridad pública, un medio de dotar a los jóvenes inteligentes y honrados como nosotros de un bello patrimonio.

Escuchamos su explicación. No era de aquellos juegos en que se ganaba una caja de maíz reventón, eso era evidente. De hecho, aunque empezara con veinticinco centavos, la suma

doblaba cada tiro; por supuesto, así se formaba el premio, y el premio era en dólares.

—Todo lo que tenéis que hacer es pasar la pelotilla dentro de estos agujeros y...

Él explicó precisamente en qué agujeros tenía que entrar la pelotilla. Cada vez tenía que lograrse una combinación nueva y diferente de números.

—Depositáis veinticinco centavos —dijo nuestro bienhechor— y estáis a punto de ganar dos dólares y cincuenta centavos. Si por casualidad no acertáis la primera vez, tanto mejor para vosotros, porque con cincuenta centavos ganaréis cinco dólares... con un dólar os llevaréis diez... con dos serán veinte.

Depositamos nuestros veinticinco centavos e hicimos pasar las pelotillas por los agujeros malos.

—Bueno para vosotros —dijo el hombre—; ahora estáis en trance de ganar doble. —Y todos depositamos cincuenta centavos.

—¡Magnífico, insistid, estáis por ganar más y más cada vez... no podéis errar, es in-e-vi-ta-ble!

Nos birló un billete de dólar a cada uno.

—Así se hace, hombres, así se hace —exclamó, en tanto hacíamos pasar la pelotita por los agujeros malos otra vez.

Me detuve y le pedí que nos repitiera las reglas del juego una segunda vez. Lo hizo, y escuché atentamente. La cosa era como pensaba. No tenía yo la más vaga idea de lo que hablaba. Había que lograr ciertas combinaciones de números, y por mi parte era imposible comprender qué combinaciones eran. Nos decía simplemente para qué se tiraba, luego añadía rápidamente todos los números y anunciaba:

—Errasteis por poco. Probad de nuevo, estáis tan cerca que no podéis fallar. —Y la combinación cambiaba de nuevo.

En unos dos minutos y medio se había hecho con todo nuestro dinero, excepto un dólar que yo guardaba cuidadosamente para el resto del carnaval y para cerveza. ¿Cómo, nos preguntó, podíamos tener el ánimo de abandonar ahora? Estábamos a punto de copar, recuperando todas nuestras pérdidas y ganando una suma que nos daba vértigos: trescientos cincuenta dólares.

—Hombres —dijo—, no podéis abandonar ahora; tiráis vuestro dinero si abandonáis. Eso no tiene sentido, ¿verdad? No hicisteis todo el camino hasta aquí sólo para tirar vuestra pasta. Obrad con juicio, muchachos. ¿No sabéis que *tenéis* que ganar?

Rice dibujó en su cara aquella amplia mueca que significaba: "Vámonos de aquí."

—No tenemos más dinero —dijo alguien.

—¿No tenéis billetes de viaje —preguntó el filántropo.

—No.

Nunca vi a nadie tan absorto y solemne como estaba Lax, en aquel momento, con su barba negra y su cabeza inclinada hacia todos aquellos números incomprensibles. Me miró, yo lo miré a él, y el hombre dijo:

—Si queréis ir corriendo a casa y tomar un poco de dinero más, yo guardaré el juego abierto para vosotros. ¿Qué os parece?

Dijimos: —Mantenga el juego abierto, que volveremos.

Entramos en el coche y recorrimos, en el mayor silencio, quince millas o lo que hubiera de distancia hasta la quinta y otras quince millas de regreso, con treinta y cinco dólares y el resto del dinero que teníamos; pero los treinta y cinco dólares sólo eran para el juego.

Cuando el bienhechor de los pobres nos vio a los tres entrar de nuevo por aquella puerta, realmente parecía sorprendido y un poco asustado. Las expresiones de nuestros rostros debieron haber sido algo de espanto, y acaso imaginó él que habíamos ido a casa no sólo para tomar nuestro dinero, sino nuestras pistolas.

Subimos a la barraca.

—Mantuvo este juego abierto para nosotros, ¿eh?

—Sí, ciertamente, hombres, el juego está abierto.

—Explíquelo otra vez.

Lo explicó de nuevo. Nos dijo lo que teníamos que lograr para ganar... parecía imposible equivocarse. Depositamos el dinero en el mostrador y Lax hizo pasar la pelotita... por los agujeros malos.

—¿Eso es todo, muchachos? —dijo el príncipe de la caridad.

—Eso es todo. —Dimos media vuelta y nos marchamos.

Con el dinero que había guardado en mi bolsillo fuimos a los otros lugares que habríamos hecho bien en evitar, vimos todo lo del carnaval y luego entramos en Bradford, donde, bebiendo cerveza en un bar, empezamos a sentirnos mejor e iniciamos el alivio de nuestras heridas contando una serie de embustes fantásticos a algunas muchachas que conocimos en el bar... Eran doncellas que trabajaban en el sanatorio antituberculoso de Rocky Crest, en la montaña, a una milla y media de la quinta.

Recuerdo que, a medida que la noche iba transcurriendo, llegó a haber una audiencia numerosa y abigarrada de forasteros agrupados alrededor de la mesa donde dábamos conocimiento de la juerga que manejábamos y controlábamos. Se llamaba asociación de festejos panameño-norteamericanos y eran tan espléndidos que hacían del presente carnaval de Bradford una exhibición secundaria. No obstante, el efecto se estropeó cuando llegaron un par de hombres robustos de Bradford con ninguna muestra de interés en nuestra narración, y dijeron:

—Si os vemos, muchachos, otra vez aquí con esas barbas, os haremos saltar las cabezas.

Entonces Rice se puso de pie y dijo:

—¿Sí? ¿Quieres pelea?

Todos salieron a la calle, hubo palabreo por uno y otro lado, pero nada de pelea, lo cual fue bastante bueno. Eran muy capaces de hacernos comer aquellas barbas.

Al final hallamos nuestro camino de casa, pero Rice no se atrevió a entrar en el garaje por temor de errar la puerta. Se detuvo en seco en la calzada, abrimos las puertas del coche y rodamos hacia la hierba, dirigiendo nuestra vista empañada hacia las estrellas, en tanto la tierra se mecía y hundía debajo de nosotros como un barco que se va a pique. Lo último que recuerdo de aquella noche fue que Rice y yo nos levantamos al fin, entramos en la casa y hallamos a Lax sentado en un sillón del cuarto de estar, hablando alto y murmurando una serie de juicios esmerados y bien razonados que se dirigían a un montón de ropa sucia, liada y dispuesta para al lavadero, que alguien había dejado en otro sillón al otro lado del cuarto.

IV

Cuando regresamos a Nueva York, a mediados de agosto, el mundo que yo había ayudado a moldear se disponía finalmente a romper su cáscara, mostrar su mala cabeza y devorar a otra generación de hombres.

En Olean nunca leíamos periódicos y nos alejábamos de las radios por principio; en cuanto a mí, lo que ocupaba mi mente era la publicación de la nueva novela. Habiendo encontrado un número viejo de *Fortune* tirado en la casa de Benjie, había leído un artículo sobre publicidad, y sobre la

base de ese artículo había hecho lo que acaso fuera la peor elección posible de editor... la clase de gente que de buena gana lo reimprimía todo en el *Saturday Evening Post* en letras de diamante sobre láminas de oro. No estuvieron dispuestos a simpatizar con la cosa disparatada y ramplona que compuse en la montaña. E iban a tardar mucho tiempo en venir a decírmelo.

Por mi parte, vagaba por Nueva York con la incomparable angustia de un autor novel en espera de la suerte de su primer libro... agonía que no tiene parangón con nada, si se exceptúan los tormentos del amor adolescente. Debido a mi angustia, era arrastrado, bastante naturalmente, a la oración ferviente, aunque interesada. Pero, después de todo, Dios no se cuida de si nuestras plegarias son interesadas. Quiere que lo sean. Pedid y recibiréis. Es una clase de orgullo insistir en que ninguna de nuestras oraciones debieran nunca ser peticiones de nuestras propias necesidades, pues esto es sólo otra manera sutil de intentar ponernos en el mismo plano de Dios... obrando como si no tuviéramos necesidades, como si no fuéramos criaturas, no dependientes de Él y dependientes, por Su propia voluntad, de las cosas materiales también.

Me arrodillé, pues, junto a la barandilla del altar de la pequeña iglesia mejicana de Nuestra Señora de Guadalupe, en la calle catorce, adonde iba a veces a comulgar, y pedí con gran intensidad de deseo la publicación del libro, si tenía que ser para gloria de Dios.

El hecho de que pudiera hasta con calma suponer que había alguna posibilidad de que el libro diera gloria a Dios, prueba las profundidades de mi ignorancia y la ceguera espiritual; pero, de cualquier manera, eso era lo que pedía. Mas ahora me doy cuenta de que fue muy bueno que elevara aquella plegaria.

Es artículo de fe común entre los católicos que cuando Dios promete contestar nuestras oraciones, no promete darnos exactamente lo que pedimos. Pero podemos siempre estar seguros de que si no nos da eso es porque tiene, en cambio, algo mucho mejor que darnos. Eso significa la promesa de Cristo de que recibiremos todo lo que pidamos en Su nombre. *Quodcumque petimus adversus utilitatem salutis, non petimus in nomine Salvatoris.*

Creo que recé tan bien como pude, considerando lo que era yo, con gran confianza en Dios y en Nuestra Señora, y sabía que sería atendido. Sólo ahora empiezo a darme cuenta de cuán bien fui atendido. En primer lugar, el libro nunca se publicó, y eso resultó beneficioso. En segundo lugar, Dios me contestó con un favor que ya había rechazado yo y prácticamente cesado de desear. Me devolvió la vocación que había abandonado semiinconsciente, me abrió de nuevo las puertas que se habían cerrado cuando no supe qué hacer con mi bautismo y la gracia de aquella primera comunión.

Pero antes de que hiciera Él esto tenía yo que pasar por alguna oscuridad y sufrimiento.

Recuerdo que aquellos días de finales de agosto fueron terribles para todo el mundo. Eran días grises de gran calor y bochorno, y el peso de la opresión física de la atmósfera se añadía inconmensurablemente al agobio de las noticias de Europa, que se hacían más ominosas día a día.

Parecía que, al fin, habría realmente guerra. Algún sentimiento de la excitación estética, cobarde y pervertida con que los nazis aguardaban la emoción de este terrible espectáculo se hizo sentir negativamente, y con fuerza centuplicada, en la repugnancia y asco con que el resto del mundo esperaba el abrazo de este colosal instrumento de muerte. Era un peligro que tenía, adherido a sí, un elemento casi incalculable de deshonor, insulto, degradación y vergüenza. El mundo estaba frente, no sólo a la destrucción, sino a la destrucción con la mayor profanación posible: la profanación de lo más perfecto en el hombre, su razón y su voluntad, su alma inmortal.

Todo esto era oscuro para muchas personas y se hacía sentir sólo con una mezcla de repugnancia, desamparo y temor. No comprendían que el mundo se había convertido ahora en un retrato de lo que la mayoría de los individuos habían hecho de sus propias almas. Habíamos entregado nuestras inteligencias y voluntades para ser violadas y profanadas por el pecado, por el infierno mismo, y ahora, para enseñanza inexorable y recompensa nuestras, todo esto iba a tener lugar por todas partes ante nuestros ojos, física y moralmente, en el orden social, de suerte que al menos algunos de nosotros pudiéramos tener alguna idea de lo que habíamos hecho.

En aquellos días, yo, personalmente, me di cuenta de ello.

Recuerdo una noche de fines de agosto en que viajaba en el ferrocarril subterráneo, observando de pronto que nadie leía el periódico de la noche, aunque los cables estaban calientes de noticias. La tensión había llegado a ser tan grande que hasta esta ciudad, la más vigorosa, se había hecho a un lado para defenderse contra las agujas de un estímulo tan atormentador. Por una vez todos experimentaban lo que Lax, Gibney, Rice y yo habíamos experimentado durante dos años ante los periódicos y sus noticias.

Había algo más en mi mente... el reconocimiento: "Yo mismo soy responsable de esto. Mis pecados han hecho esto. No es Hitler el único que ha empezado esta guerra: yo tengo mi participación en ella también..." Era un pensamiento muy entristecedor y, sin embargo, su luz profunda y penetrante, con su misma verdad, aliviaba mi alma un poco. Decidí ir a confesar y comulgar el primer viernes de setiembre.

Las noches transcurrían penosamente. Recuerdo una en que viajaba de Long Island, donde había almorzado en casa de Gibney en Port Washington. El hombre con quien viajaba tenía radio en el coche y marchábamos por el Parkway vacío escuchando una voz tranquila y cansada de Berlín. Las voces de estos comentaristas habían perdido toda su euforia. No había aquel júbilo vehemente y doctrinario con que los locutores de noticias ordinariamente dan la impresión de que lo saben todo de todo. Esta vez veía uno que nadie sabía lo que iba a suceder, y todos lo admitían. Cierto, todos estaban de acuerdo en que la guerra iba a estallar. Pero, ¿cuándo? ¿Dónde?

No podían precisarlo.

Todos los trenes que se dirigían a la frontera alemana habían sido detenidos. Todo el servicio aéreo, interrumpido. Las calles estaban vacías. Sentíase la impresión de que las cosas estaban despejándose para el primer gran ataque aéreo, aquel que a todos había estado preocupando, sobre el cual habían escrito H. G. Wells y demás, aquel ataque que haría desaparecer a Londres en una noche...

La noche del jueves anterior al primer viernes de setiembre fui a confesar en la iglesia de San Patricio, y luego, con estupidez característica, me detuvo en Dillon's, un bar adonde íbamos siempre, al otro lado de la calle desde la puerta del escenario del Center Theater. Gibney y yo solíamos sentar-

nos allí esperando que terminara la función y haraganeábamos hasta la una o las dos de la madrugada con varias muchachas que conocíamos, que representaban algunas escenas en el teatro. Esta noche, antes de que la función finalizara, me encontré con Jinny Burton, que no intervenía en la función, pero que podía tomar parte en muchas funciones mejores que aquélla. Dijo que se iba a su casa de Richmond el día del Trabajo. Me invitó a acompañarla. Quedamos en encontrarnos en la estación de Pennsylvania la mañana siguiente.

Cuando llegó la mañana, me desperté temprano y oí las radios. No pude entender bien lo que decían, pero las voces ya no estaban cansadas: había mucho vocerío destemplado que indicaba que algo había sucedido realmente.

Yendo a misa descubrí lo que era. Habían bombardeado Varsovia. La guerra había empezado.

En la iglesia de San Francisco de Asís, cerca de la estación de Pennsylvania, se celebraba una misa cantada. El sacerdote estaba de pie en el altar, bajo el mosaico abovedado del ábside, y su voz se elevaba con las solemnes cadencias del Prefacio de la Misa... aquellas palabras antiguas, espléndidas y santas de la Iglesia inmortal. *Vere dignum et justum est aequum et salutare nos tibi semper et ubique gratias agere. Domine sancte, Pater omnipotens, aeterne Deus...*

Era la voz de la Iglesia, la Esposa de Cristo que está en el mundo pero que no es de él, cuya vida trasciende y sobrevive a las guerras, persecuciones y revoluciones y a toda la maldad, crueldad e injusticia de los hombres. Es ciertamente digno y siempre justo darte las gracias en todas las cosas, Santo Señor, Padre omnipotente, eterno Dios: tremenda oración que reduce todas las guerras a su pequeñez real e insignificante ante la faz de la eternidad. Es una oración que abre la puerta a la eternidad, que salta de la eternidad y vuelve otra vez a ella, llevando consigo nuestras inteligencias en su sabiduría profunda y pacífica. Siempre y en todas las cosas darte las gracias, Padre omnipotente. ¿Era así como cantaba esta iglesia, este Cuerpo único, que ya había empezado a sufrir y sangrar de nuevo en otra guerra?

Ella le daba las gracias, en la guerra, en su sufrimiento, no por la guerra y el sufrimiento, sino por su amor, que sabía que la estaba protegiendo a ella y a nosotros en esta nueva

crisis. Levantando sus ojos hacia Él, veía al eterno Dios solo entre todas estas cosas, se interesaba en su acción sola, no en la destructora crueldad de las causas secundarias, sino sólo en su amor, su sabiduría. Y a Él la Iglesia, su Esposa, daba alabanza a través de Cristo, a través de quien todas las jerarquías angelicales lo alaban...

Me arrodillé junto a la barandilla del altar, y en este primer día de la segunda guerra mundial recibía de la mano del sacerdote a Cristo en la Hostia, al mismo Cristo que era clavado de nuevo en la cruz por efecto de mis pecados y de los pecados de todo el mundo egoísta, estúpido e idiota de los hombres.

No hubo alegría especial en ese fin de semana de Virginia. En la tarde del sábado, cuando salíamos de Richmond para ir a Urbanna, donde la familia de Jinny tenía un bote que iba a tomar parte de una regata, supimos la noticia del hundimiento del *Athenia*, y luego, aquella noche, de repente, me acometió un agudo dolor en una muela de juicio cariada. Rabié toda la noche y al día siguiente me fui atontado a la regata, deshecho por falta de dormir y con una mandíbula presa del dolor.

En el muelle, donde había un surtidor de combustible para los botes a motor y un tanque rojo, lleno de Coca-cola helada, permanecimos apartados del sol en la entrada de un gran cobertizo que olía a cordajes y brea y escuchábamos a un hombre que hablaba por la radio desde Londres.

Su voz era tranquilizadora. La ciudad no había sido bombardeada aún.

Dejamos el portal, pasamos por la borda del estuario abierto del Rappahannock, ardiendo al sol, y todo el mundo hacía chistes sobre el *Bremen*. El gran transatlántico alemán había zarpado de Nueva York sin aviso y había desaparecido. De vez en cuando alguna voz atiplada, con intencionada pronunciación meridional gritaba:

—Ahí está el *Bremen*.

Llevaba una botella de medicina en el bolsillo, y con un fósforo y un poco de algodón me limpiaba la furiosa muela cariada.

No obstante, cuando regresé a Nueva York, resultó que la guerra no iba a ser tan implacable, después de todo... al me-

nos así parecía. La lucha era encarnizada en Polonia, pero en el oeste no ocurría nada. Ahora que la terrible tensión había terminado, la gente estaba más tranquila y confiada que antes de iniciarse la lucha.

Fui a un dentista que golpeó y astilló en mi mandíbula hasta que me sacó la muela de juicio, después volví a Perry Street, me eché en la cama y toqué antiguos discos de Bix Beiderbecke, el trompetero de Paul Whiteman, y limpié mi boca sangrante con desinfectante púrpura hasta que humeó toda ella.

Tenía cinco cavidades en mi mandíbula.

Pasaron los días. La ciudad estaba tranquila y confiada. Incluso empezaba a alegrarse de nuevo. Sucediera lo que sucediese, era evidente que Norteamérica no iba a entrar en la guerra en seguida; muchos decían que continuaría así como ahora durante años, en estado de espera armada y en acecho, con los grandes ejércitos alineados en sus inexpugnables áreas fortificadas. Era como si el mundo entrase en una nueva era extraña en que la pretensión de paz se había definido en lo que era, un estado de hostilidad permanente que, con todo, no estaba completamente dispuesto a luchar. Algunos creían que íbamos a estar así unos veinte años.

Por mi parte, no pensaba nada de eso, excepto que el humor ceñudo de la posición de Rusia en la guerra no podía menos de sorprenderme, pues ahora, después de ruidosa gritería y una lluvia de lágrimas de cocodrilo sobre la traición de Chamberlain contra Checoslovaquia el año anterior, los rojos se habían aliado cómodamente con Alemania y bendecían con dulce sonrisa la aniquilación de Polonia, dispuestos ellos mismos a poner en práctica bajos designios propios respecto a los finlandeses.

La línea del partido se había desplazado ciertamente y arrollado en muchos nudos desde los días de la Huelga de la Paz de 1935 y el Compromiso de Oxford. Un día se nos había hecho creer que todas las guerras eran de agresión y las guerras de agresión eran el producto del capitalismo enmascarándose detrás del fascismo y todos los otros movimientos con camisas de color, y que por consiguiente nadie debería luchar. Ahora resultaba que lo que había que hacer era ayudar a la guerra agresiva de los Soviets contra Finlandia y aprobar el apoyo ruso a la agresión alemana en Polonia.

Pasaban los días de setiembre y las primeras señales de otoño comenzaban a verse en la claridad del aire brillante. Los días de calor habían terminado. Se entraba en aquella estación de los nuevos comienzos, en que volvería a trabajar en mi doctorado en Filosofía y en que confiaba en la posibilidad de alcanzar algún empleo de maestro en Columbia, en el Colegio o en el Anexo.

Éstas eran las cosas en que pensaba cuando una noche Rice, Bob Gerdy y yo estábamos en Nick's, en la Plaza de Sheridan, sentados al mostrador curvo mientras la sala se arrullaba con el jazz. Pronto Gibney entró con Peggy Wells, que era una de las muchachas de aquel espectáculo del Teatro del Centro cuyo nombre he olvidado. Nos sentamos junto a una mesa, a conversar y beber. Era lo mismo que las otras noches que pasábamos en esos lugares. Era más o menos insípido, pero no podíamos pensar en hacer otra cosa y parecía que no encontrábamos el momento de ir a acostarnos.

Después de irse a casa Rice y Gerdy, Gibney, Peggy y yo nos quedamos allí. Se hicieron las cuatro de la madrugada. Giben no quería salir para Long Island, y Peggy vivía en la parte alta de la ciudad, por la calle ochenta y pico.

Vinieron hasta Perry Street, que quedaba al volver la esquina.

No era nada desacostumbrado para mí dormir en el suelo, o en un sillón o canapé demasiado estrecho y corto para ser cómodo... era como vivíamos y como vivían millares de personas como nosotros. Permanecíamos levantados toda la noche y por fin íbamos a dormir adondequiera que hubiese sitio para dejar caer el cuerpo agotado.

Es raro que no hubiésemos pensado nunca en ello, que si alguien nos hubiera insinuado dormir en el suelo como penitencia, por amor de Dios, lo hubiéramos tomado como una ofensa a nuestra inteligencia y dignidad de hombres. ¡Qué idea más bárbara! ¡Incomodarse como penitencia! Sin embargo, nos parecía completamente lógico de esa manera como final de una noche dedicada al placer. Demuestra ello cuán lejos irá contradiciéndose la sabiduría del mundo. "Del que no tiene, será quitado hasta eso que tiene."

Supongo que tuve unas cinco o seis horas de sueño intermitente y a eso de las once todos estábamos despiertos, sen-

tándonos desgreñados y medio atontados, hablando, fumando y tocando discos. Las cadencias finas, antiguas y algo elegíacas del mucho tiempo ya difunto Beiderbeck resonaban en la habitación. Desde donde estaba sentado, en el suelo, podía ver más allá de los tejados un retazo de cielo puro de otoño.

A eso de la una de la tarde salí a buscar algo de desayuno, volviendo con huevos revueltos, tostadas y café en una porción de recipientes de cartón, de diferentes formas y tamaños, y los bolsillos llenos de paquetes nuevos de cigarrillos. Pero no sentía el gusto al tabaco. Comimos y conversamos y por último pusimos en orden todas las cosas y alguien tuvo la idea de ir a dar un paseo hasta el muelle de los pollos. Y nos dispusimos a marchar.

En alguna parte, en medio de todo esto, una idea se me había ocurrido, una idea que era algo alarmante y bastante trascendente por sí misma, pero mucho más asombrosa en tales circunstancias. Tal vez muchos no creerán lo que estoy diciendo.

Mientras estábamos allí en el suelo tocando discos y comiendo este desayuno surgió la idea: "Voy a ser sacerdote."

No puedo decir lo que la provocó: no era una reacción de repugnancia especialmente intensa por estar cansado y tan desinteresado en esta vida que aún llevaba, a pesar de su inutilidad. No era la música, ni el aire de otoño, pues esta convicción que se había instalado de repente en mí, ya madura, no era algo morboso y obsesionante como siempre es una tendencia emocional. No era un objeto de pasión o capricho. Era una atracción fuerte, dulce, profunda e insistente que de súbito se dejó sentir, pero no como un movimiento de apetito hacia ningún bien sensible. Era algo en el orden de la conciencia, un sentimiento nuevo, profundo y claro, de que esto era lo que realmente debía hacer.

Cuánto tiempo estuvo la idea en mi mente antes de que la expresara, no puedo decirlo. Pero pronto dije al azar:

—¿Sabéis?, creo que debiera ingresar en un monasterio y hacerme sacerdote.

Gibney había oído eso antes y pensó que yo estaba bromeando. La manifestación no despertó ningún debate ni comentario y, de cualquier manera, no era cosa a la que Gibney

se mostrara esencialmente opuesto. En cuanto a él, cualquier vida tenía sentido excepto la de un hombre de negocios.

Al salir por la puerta de la casa pensaba yo:

"Voy a ser sacerdote."

Cuando estuvimos en el muelle de los pollos, mi espíritu estaba embargado con la misma idea. Alrededor de las tres o las cuatro de la tarde Gibney salió para ir a su casa de Port Washington. Peggy y yo nos quedamos contemplando el río sucio un rato más. Luego fui con ella al ferrocarril subterráneo. En la sombra, bajo la línea del ferrocarril aéreo, en la décima avenida, dije:

—Peggy, créeme, voy a entrar en un monasterio y hacerme sacerdote.

No me conocía muy bien y, de todos modos, no tenía ideas especiales sobre eso de ser sacerdote. No tenía mucho que decir. De cualquier forma, ¿qué esperaba yo que ella dijera?

Me alegré, por último, de encontrarme solo. En esa calle muy ancha que es continuación de la octava avenida, donde los camiones bajan veloces y ruidosos —no recuerdo su nombre—, había una pequeña biblioteca católica y una pastelería alemana en que a menudo hacía mis comidas. Antes de ir a la pastelería a hacer dos comidas en una, me dirigí a la biblioteca católica de Santa Verónica. El único libro sobre Órdenes religiosas que parecían tener era un librito de color verde acerca de los jesuitas, pero me lo llevé y lo leí en tanto comía en la pastelería.

Ahora que estaba solo, la idea tomaba una forma diferente y más lógica. Muy bien: había aceptado la posibilidad del sacerdocio como real y adecuada para mí. Me quedaba, en cierto sentido, hacerla decisiva.

¿Qué significaba eso? ¿Qué se requería? Mi inteligencia tanteaba una respuesta. ¿Qué era lo que tenía yo que hacer, aquí y ahora?

Debí de estar mucho tiempo ante el librito y estos pensamientos. Cuando salí a la calle de nuevo, era de noche. Las calles transversales, en verdad, estaban completamente oscuras. Supongo que eran alrededor de las siete.

El instinto me impulsaba a ir a la calle dieciséis, a la iglesia jesuítica de San Francisco Javier. Nunca había estado en ella. No sé lo que buscaba: tal vez pensaba principalmente hablar con alguno de los Padres de allí... no lo sé.

Cuando llegué a la calle dieciséis, todo el edificio estaba oscuro y vacío y las puertas de la iglesia cerradas. Hasta la calle estaba desierta. Estuve a punto de irme defraudado, cuando observé una puerta de una especie de sótano debajo de la iglesia.

Ordinariamente no habría notado tal puerta. Se bajaban un par de escalones y allí estaba, medio oculta debajo de la escalera que subía a la puerta principal de la iglesia. No había otra señal sino de que la puerta estaba cerrada herméticamente.

Pero algo me impulsaba: "Prueba esa puerta."

Bajé los dos escalones; puse mi mano en el pesado puño de hierro. La puerta cedió y me encontré en una iglesia más baja y la iglesia estaba llena de luces y gente y el Santísimo Sacramento estaba expuesto en un monumento en el altar y al fin me di cuenta de lo que tenía que hacer y por qué había sido llevado allí.

Sería un oficio de novena, tal vez una Hora Santa, no lo sé: pero tocaba a su fin. Apenas encontré sitio y caí sobre mis rodillas, empezaron a cantar el *Tantum Ergo*... Todas estas personas, trabajadores, ancianas, estudiantes, empleados, cantaban el himno en latín al Santísimo Sacramento escrito por Santo Tomás de Aquino.

Fijé los ojos en el monumento, en la Hostia blanca.

Y entonces, súbitamente, se me hizo claro que toda mi vida estaba en crisis. Mucho más de lo que podía imaginarme o comprender o concebir ahora dependía de una palabra... de una decisión mía.

No había moldeado mi vida para esta situación. No me había preparado para esto. Nada había estado más lejos de mi mente. Se añadía, por consiguiente, una solemnidad al hecho de que había sido llamado aquí bruscamente para responder a una pregunta que se había preparado, no en mi mente, sino en las profundidades infinitas de una Providencia eterna.

No lo veía claramente entonces, pero creo ahora que pudiera haber sido algo de la naturaleza de una última oportunidad. Si hubiera vacilado o rechazado en aquel momento... ¿qué habría sido de mí?

Pero el camino de la nueva tierra, la tierra prometida, la

tierra que no era como el Egipto donde persistía en vivir, se me abría de nuevo; y yo experimenté instintivamente que era sólo por un momento.

Era un momento de crisis, pero de interrogación; un momento inquisitivo, mas un momento de gozo. Tardé un minuto en ordenar mis pensamientos sobre la gracia que de repente se había albergado en mi alma, y en adaptar los débiles ojos de mi espíritu a su luz desacostumbrada, y durante aquel momento toda mi vida quedó en suspenso al borde de un abismo; pero esta vez el abismo era de amor y de paz, el abismo era Dios.

Sería en cierto sentido un acto ciego e irrevocable el arrojarme. Pero si dejaba de hacerlo... No importaba volverme a mirar detrás de mí lo que abandonaría. ¿No estaba bastante hastiado de todo aquello?

Ahora la decisión me encaraba:

—¿Quieres realmente ser sacerdote? Si lo quieres, dilo...

El himno finalizaba. El sacerdote recogía los extremos del velo humeral en sus manos que sostenían la base del monumento y lo elevaba lentamente delante del altar; se volvió para dar la bendición a las personas.

Miré rectamente a la Hostia y supe, ahora, a Quién miraba, y dije:

—Sí, quiero ser sacerdote, lo quiero con todo mi corazón. Si es Tu voluntad, hazme sacerdote... hazme sacerdote.

Cuando las hube dicho me di cuenta, en cierta medida, de lo que había hecho con esas últimas palabras, qué poder había puesto en movimiento en favor mío, qué unión quedaba sellada entre mí y ese poder con mi decisión.

TERCERA PARTE

Capítulo 1

EL NORTE MAGNÉTICO

I

Una vez más empezaron las clases en la universidad. Los vientos agradables de otoño jugaban con las hojas amarillentas de los álamos, delante de los dormitorios del colegio, y muchos jóvenes salían de los ferrocarriles subterráneos y marchaban gravemente y con rapidez por el colegio con pequeños catálogos azules de cursos debajo de sus brazos, sus corazones ávidos del deseo de comprar libros y ahora, en esta estación de nuevos comienzos, yo tenía realmente algo nuevo para empezar.

Un año antes había surgido en mi mente la convicción de que el que iba a darme el mejor consejo acerca de dónde y cómo hacerme sacerdote era Dan Walsh. Había llegado a esta conclusión antes de conocerlo o sentarme a escuchar sus conferencias alegres e ingenuas sobre Santo Tomás. Así, en este día de setiembre de 1939, la convicción iba a dar su fruto.

Dan no se encontraba ese día en el colegio de Columbia. Fui a una de las cabinas telefónicas de Livington Hall y lo llamé.

Era un hombre con amigos ricos y esa noche había sido invitado a cenar con alguien en Park Avenue, aunque ciertamente de Park Avenue no había nada en él y su sencillez. Pero quedamos en encontrarnos en la parte baja de la ciudad y alrededor de las diez de aquella noche estaba yo en el vestíbulo de uno de esos pisos, grandes, relucientes y mal ventilados, esperando que saliera del ascensor.

Tan pronto como estuvimos fuera, al aire fresco de la noche, Dan se volvió hacia mí y dijo:

—¿Sabe?, la primera vez que lo vi pensé que tenía usted vocación para el sacerdocio.

Me sentía asombrado y avergonzado. ¿Producía yo realmente esa impresión? Me hacía experimentar como un sepulcro blanqueado, considerando lo que era yo en mi interior. En conjunto, acaso habría sido más tranquilizador si él se hubiera sorprendido.

No se sorprendía, estaba muy complacido. Se alegraba de hablar de mi vocación, del sacerdocio y de las Órdenes religiosas. Eran cosas a las cuales había dedicado una cierta atención y, en conjunto, creo que mi elección de consejero fue muy acertada. Fue una buena inspiración y, de hecho, tenía que resultar mucho mejor de lo que comprendí al principio.

El lugar más tranquilo en que pudimos pensar de aquellos alrededores fue el bar para caballeros en el Biltmore, un gran salón lleno de sillas cómodas, apacible, artesonado y medio vacío. Nos sentamos en un rincón apartado y fue allí, estando dos reunidos en Su nombre y en Su caridad, que Cristo imprimió la primera forma definida y dirección a mi vocación.

Se hizo muy sencillamente. Hablamos de varias Órdenes religiosas diferentes, y Dan sugirió algunos sacerdotes que podía yo consultar; finalmente prometió darme una nota de presentación para uno de ellos.

Yo había leído aquí y allá sobre los jesuitas, los franciscanos, los dominicos, los benedictinos, hojeando la *Enciclopedia Católica* en la Biblioteca de consulta de South Hall y recorriendo los montones de libros de las librerías. Había fijado mi atención en la Regla de San Benedicto y no saqué mucho provecho de este precipitado conocimiento... Todo lo que recordaba era que el santo parecía un poco enojado porque los monjes de su tiempo no podían persuadirse de pasar sin vino. Había mirado en un librito francés acerca de los dominicos y allí topé con un fragmento de información que me hizo detener y pensé: "¿Quién quiere dormir en un dormitorio común?" La imagen de mi mente fue la de la sala superior, larga, fría y nueva del Liceo, con hilera tras hilera de camas de hierro y una cantidad de individuos flacos en camisa de dormir.

Hablé a Dan Walsh sobre los jesuitas, pero dijo que no conocía jesuitas y, por mi parte, el mero hecho de que él no pareciese tener ninguna reacción particular, positiva ni negativa, respecto a esa Orden, alejó la preferencia débil y vaga que hasta ahora le había concedido en mi mente. Instintivamente había torcido ese camino primero de todo, porque había leído la vida de Gerard Manley Hopkins y estudiado sus poemas, pero nunca había habido ninguna atracción verdadera llamándome a esa clase de vida. Estaba ordenada a un grado de intensidad activa y rutina militar que eran ajenas a mis necesidades. Dudo si me habrían retenido en su noviciado... pero si lo hubiesen hecho, me habrían encontrado probablemente un gran inadaptado. Lo que necesitaba era la soledad para expandirme en amplitud y profundidad y ofrecer-

me más desnudo a la mirada de Dios, más o menos a la manera de una planta que extiende sus hojas al sol. Eso significaba que necesitaba una Regla que estuviera casi enteramente orientada a liberarme del mundo y a unirme con Dios, no una Regla que me hiciera apto para luchar por Dios en el mundo. Pero no averigüé todo eso en un día.

Dan habló de los benedictinos. En sí misma, la vocación me atraía: una vida litúrgica en alguna abadía grande de las profundidades del país. Pero a la hora de la verdad pudiera transformarse en estar clavado en un pupitre de una espléndida escuela preparatoria de New Hampshire por el resto de mi vida... o, peor aun, actuando de cura párroco agregado remotamente a tal escuela preparatoria, viviendo en una separación más o menos permanente del centro claustral y litúrgico que me había atraído primeramente.

—¿Qué piensa usted de los franciscanos? —dijo Dan.

Tan pronto como mencioné San Buenaventura, resultó que tenía muchos amigos allí y que conocía la casa muy bien; de hecho le habían concedido una especie de grado honorario allí aquel verano. Sí, me gustaban los franciscanos. Su vida era muy sencilla y sin formulismo y el ambiente de San Buenaventura era agradable, feliz y pacífico. Una cosa que me atraía hacia ellos era una cierta libertad de obligación espiritual, de los sistemas y la rutina. No importa cuánto haya cambiado la Regla original de San Francisco, pienso que su espíritu y su inspiración son todavía lo fundamental en la vida franciscana. Y es una inspiración arraigada en la alegría, porque está guiada por la prudencia y la sabiduría que sólo son reveladas a los pequeños... la alegre sabiduría de los que han tenido la gracia y la intrepidez de abandonarlo todo en un arranque inflexible y andar por el mundo descalzos con la simple confianza de que si tienen algún contratiempo. Dios vendrá a sacarlos de él nuevamente.

No es esto algo que esté sólo reservado a los franciscanos: está en el corazón de cada vocación religiosa y, si no lo está, la vocación poco significa. Pero, si no los franciscanos, al menos San Francisco lo redujo a sus límites lógicos y al mismo tiempo lo revistió de un sencillo lirismo del siglo trece que lo hacía doblemente atractivo para mí.

No obstante, el lirismo debe distinguirse cuidadosamente de la sustancia real de la vocación religiosa, que es esa pobreza tremenda y heroica, pobreza de cuerpo y espíritu, que hace del fraile literalmente un vagabundo. Pues, después de todo, "mendicante" no es más que una palabra caprichosa

en lugar de vagabundo y si un franciscano no sabe ser un vagabundo en este sentido pleno completo y total, está condenado a ser un poco infeliz e insatisfecho. Tan pronto como adquiere algunos artículos especiales para su uso y comodidad y se hace sosegado y respetable y espiritualmente sedentario tendrá, sin duda, tiempo feliz y agradable, pero siempre roerá en su corazón la nostalgia de aquella abnegación inflexible, que puede, ella sola, darle alegría porque lo precipita rectamente en los brazos de Dios.

Sin pobreza, el lirismo franciscano suena a mezquino, sentimental, desmañado y falso. Su tono es agrio y todas sus armonías algo forzadas.

Temo que en ese tiempo era el lirismo lo que me atraía más que la pobreza, pero realmente no creo que estuviera en una posición de conocerlo mejor. Era demasiado pronto para mí para poder hacer la distinción. Sin embargo, recuerdo que admitía que una de las ventajas de su Regla, en cuanto a mí, era la de ser fácil.

Después de todo, me asustaba algo, a la verdad, de todas las reglas religiosas en conjunto y este nuevo paso hacia un monasterio no era algo que se me ofreciese, como muy inminente, incluido en la carrera que quería emprender. Por el contrario, mi mente estaba llena de recelos sobre el ayuno y clausura y todas las largas oraciones, la vida de comunidad, la obediencia monástica y la pobreza, y había muchos espectros extraños bailando a las puertas de mi imaginación, dispuestos a entrar, si yo se lo permitía. Si lo hacía, me demostraban cómo iba a enloquecer en un monasterio, cómo mi salud se derrumbaría, mi corazón enfermaría y quedaría deshecho y devuelto al mundo como un náufrago físico y moral sin esperanza.

Todo esto, por cierto, se basaba en la suposición de que yo tenía una salud débil, pues eso creía aún. Acaso hasta cierto punto era verdad, no lo sé. Pero el temor de enfermar no había hecho nada, en los pasados años, para impedirme velar toda la noche y vagabundear por la ciudad en busca de diversiones muy poco sanas. Sin embargo, cuando se trataba de un poco de ayuno o de pasar sin carne o vivir dentro de los muros de un monasterio, instantáneamente empezaba a temer a la muerte.

Lo que al fin descubrí fue que tan pronto como empecé a ayunar y a negarme placeres y dedicar el tiempo a la oración y meditación y a los variados ejercicios que pertenecen a la vida religiosa, rápidamente superé toda mi mala salud, me encontré sano y fuerte y muy feliz.

Esa noche particularmente me convencí de que no podía abrazar sino la más fácil de las reglas religiosas.

Cuando Dan comenzó a hablar de la orden religiosa que lo llenaba del mayor entusiasmo, pude participar de su admiración pero no tenía el deseo de ingresar en ella. Era la Orden de los Cistercienses, los Cisterciences de la Estricta Observancia. El mismo título me hizo estremecer, y también su nombre más común: los trapenses.

Un día, seis años antes —parecía más lejano—, en que sólo contemplé los muros del monasterio trapense de Tre Fontane, en las afueras de Roma, el capricho de hacerme trapense había entrado en mi adolescente inteligencia: pero si había sido algo más que un simple sueño de un día, no había penetrado en mi cabeza en absoluto. Ahora que realmente estaba pensando en serio ingresar en un monasterio, la misma idea de trapenses casi me dejaba tembloroso.

—El verano último —dijo Dan— pasé un retiro en un monasterio trapense de Kentucky. Se llama Nuestra Señora de Gethsemaní. ¿Ha oído usted hablar de él?

Y comenzó a hablarme del lugar... Que había estado con unos amigos y le habían conducido hasta el monasterio. Era la primera vez que habían estado allí. Aunque vivían en Kentucky, apenas sabían que existiesen los trapenses. Su patrona se había molestado por los letreros acerca de las mujeres para que se retiren del recinto bajo pena de excomunión y ella había observado con pavor cómo la pesada puerta se cerraba detrás de él, tragándolo dentro de aquel edificio terrible y silencioso.

(Desde donde estoy sentado y escribo en este momento, miro por la ventana, a través del jardín de la tranquila hospedería, con los cuatro plátanos y las grandes flores rojas y amarillas alrededor de la estatua de Nuestra Señora. Puedo ver la puerta por donde entró Dan y por donde entré yo. Más allá de la casa del portero hay una baja colina verde donde había trigo este verano. Afuera, más lejos aun, oigo el ruido del tractor *diesel;* no sé lo que están arando.)

Dan había permanecido en el monasterio trapense una semana. Me contó la vida de los monjes. Me habló de su silencio. Dijo que nunca hablaban y la impresión que obtuvo fue que nunca conversaban en absoluto con nadie.

—¿No se confiesan siquiera? —preguntó.

—Claro que sí. Y pueden hablar con el Abad. El director de retiro hablaba con los huéspedes. Era el padre James. Decía que era una cosa buena que los monjes no tuvieran que

hablar... con toda la mezcla de hombres que tienen allí, les va mejor no decir palabra: abogados, granjeros, soldados y muchachos de escuela, todos viven juntos, van a todas partes juntos y lo hacen todo juntos. Están en el clero juntos, salen a trabajar juntos, se sientan juntos en el mismo lugar cuando leen y estudian. Es una buena cosa que no hablen.

—¡Ah!, ¿así que cantan en coro?

—Cierto —dijo Dan—, cantan las Horas Canónicas y la Misa Mayor. Están en el coro varias horas al día.

Me sentí aliviado de que los monjes fueran al coro y ejercitasen sus cuerdas vocales. Temía que tanto silencio las apagaría completamente.

—Y trabajan en los campos —dijo Dan—. Tienen que proporcionarse la subsistencia cultivando y haciendo provisión. Cultivan la mayor parte de lo que comen, cuecen su propio pan y se hacen el calzado...

—Supongo que ayunan mucho —dije.

—Oh, sí, ayunan más de medio año, y nunca comen carne ni pescado, a menos que estén enfermos. Tampoco toman huevos. Viven de legumbres y queso y cosas así. Me dieron un queso cuando estuve allí y lo llevé a la casa de mis amigos. Cuando llegamos, lo entregaron al repostero negro. Le dijeron, "¿Sabes qué es eso? Es queso de los monjes." No podía imaginárselo, lo miró un rato y luego tuvo una idea. Así que levantó su cabeza con una gran sonrisa y dijo: "Ah, sí, ya sé todo lo que quieren decir: ¡*monjes*! Son como cabras."

Pero yo estaba pensando en todo ese ayuno. La vida me asombraba, pero no me atraía. Parecía fría y terrible. El monasterio ahora existía en mi mente como una gran prisión gris con ventanas enrejadas, llena de caracteres tercos y extenuados con sus capuchas echadas sobre sus rostros.

—Están muy sanos —dijo Dan— y son grandes hombres fuertes. Algunos son gigantes.

(Desde que vine al monasterio he procurado encontrar a los "gigantes" de Dan. No puedo dar razón bastante fácil más que de uno o dos. Pero creo que debió de ver a los demás en la oscuridad... o acaso entra en la explicación el hecho de que Dan no es muy alto.)

Me sentaba en silencio. En mi corazón había una mezcla de regocijo y congoja, regocijo ante el pensamiento de tanta generosidad, desaliento porque me parecía una negación tan fuerte, cruel y excesiva de los derechos de la naturaleza.

Dan dijo: —¿Cree usted que le gustaría esa clase de vida?

—¡Oh, no —dije—, no es posible! ¡Eso no es para mí! No

podría aguantarlo. Me mataría en una semana. Además, tengo que comer. No puedo pasar sin carne, lo necesito para mi salud.

—Bien —dijo Dan—, es una cosa buena que usted se conozca muy bien.

Por un momento se me ocurrió que ironizaba, pero no había una sombra de ironía en su voz y nunca la había. Era demasiado bueno, demasiado cariñoso y demasiado sencillo para la ironía. Él pensaba que yo sabía lo que decía y así lo tomó.

La conclusión de aquella noche fue que decidí ir a ver a los franciscanos, pues, después de todo, convinimos ambos en que ellos parecían ser los mejores para mí.

Me dio una nota para su amigo el padre Edmundo, del monasterio de San Francisco de Asís de la calle 31.

II

El monasterio de los franciscanos de la calle 31, de Nueva York, es una construcción gris poco atractiva, oprimida entre varios grandes edificios y habitada por sus sacerdotes muy atareados. No el menos atareado de ellos, en esos tiempos, era el padre Edmundo, el amigo de Dan Walsh, y, sin embargo, no estaba tan ocupado que no pudiera hablar conmigo prácticamente a cualquier hora que me acercara a verlo. Era un hombre muy amable, lleno de alegría franciscana, bondadoso, disciplinado por el trabajo duro aunque no abrumado por él, pues su sacerdocio que le mantenía junto a Cristo y a las almas, lo endulzaba y humanizaba.

Desde el primer momento que le conocí, ya supe que tenía un buen amigo en el padre Edmundo. Me interrogó acerca de mi vocación, preguntándome cuánto tiempo hacía que me bautizaron, qué era lo que me atraía a los franciscanos, qué hacía en Columbia, y cuando hube hablado con él un rato empezó a animarme con la idea de hacerme fraile.

—No veo ninguna razón que impida finalmente que usted solicite el ingreso al noviciado en agosto próximo —dijo.

¡En agosto próximo! Eso estaba muy lejos. Ahora que mi mente se había decidido, sentía impaciencia por empezar. No obstante, no había esperado ser admitido inmediatamente por ninguna Orden. Pero le pregunté:

—Padre, ¿no hay posibilidad de ingresar más pronto?

—Admitimos a todos los novicios juntos en un grupo —di-

jo—. Empiezan en Paterson en agosto, luego van juntos todo el tiempo hasta su ordenación. Es la única manera de que podamos dirigirlos. Si usted ingresase en cualquier otro tiempo, iría perdido en todo el plan. ¿Ha tenido usted mucha filosofía?

Le hablé de los cursos de Dan Walsh, y caviló un momento.

—Acaso habría alguna posibilidad de que empezara el noviciado en febrero —dijo, pero no parecía estar muy esperanzado. Sin duda que lo que él pensaba era que yo podría saltar medio año de filosofía y así alcanzar a los otros de la casa de estudios de la parte alta de la ciudad, adonde serían enviados después del año de noviciado.

—¿Vive usted con sus padres? —me preguntó.

Le dije que hacía mucho tiempo que habían muerto y que no me quedaba familia, excepto un tío y un hermano.

—¿Es su hermano católico también?

—No, padre.

—¿Dónde está? ¿Qué hace?

—Asiste a Cornell. Tiene que salir de allí en junio próximo.

—Bien —dijo el padre Edmundo—, y de usted, ¿qué? ¿Tiene bastante de que vivir? No pasará necesidad, ¿verdad?

—Oh, no, padre, puedo ir pasando. Tengo una cátedra de inglés en el Anexo de Columbia este año y además de eso me dan una subvención becaria para costearme los cursos de doctorado.

—Aproveche esa cátedra —dijo el fraile—; eso le irá muy bien. Trabaje en ese doctorado asimismo. Haga todo lo que pueda y estudie un poco de filosofía. El estudio no lo perjudicará en absoluto. Después de todo, si ingresa en la Orden, probablemente acabará enseñando en el colegio de San Bona o Siena. Le gustaría eso, ¿verdad?

—Oh, ciertamente —dije, y era la verdad.

Bajé las gradas del monasterio hacia la calle bulliciosa, con mi corazón colmado de felicidad y paz.

¡Qué transformación hacía esto en mi vida! Ahora, por último, Dios se había convertido en el centro de mi existencia. Le había bastado esta decisión mía para hacerlo así. Aparentemente, en mi caso, tenía que ser de esa manera.

Estaba todavía sin ninguna formación espiritual formal, pero iba frecuentemente a confesar, en especial a la Iglesia de San Francisco, en donde se inclinaba más a darme consejo que los sacerdotes seculares. En un confesionario de San Francisco un buen sacerdote un día me dijo, muy insistentemente:

—Vaya a comulgar cada día, cada día.

Por ese tiempo, ya me había hecho un comulgante diario, pero sus palabras me confortaron y fortalecieron, su énfasis me dejó satisfecho. En verdad tenía razón para estarlo, pues esas comuniones diarias estaban transformando mi vida casi visiblemente, de día en día.

No me daba cuenta de esto en aquellas hermosas mañanas: apenas estaba consciente de que era tan feliz. Tuvo que ser otro quien despertara mi atención hacia ello.

Bajaba por la séptima avenida una mañana. Debía de ser diciembre o enero. Acababa de salir de la pequeña Iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, de comulgar, e iba a desayunarme a una cantina cerca del Loew's Sheridan Theater. No sé en qué estaba pensando, pero en mi marcha casi tropecé con Mark, que se dirigía al ferrocarril subterráneo, yendo a Columbia para sus clases matinales.

—¿Adónde va usted? —dijo. La pregunta me sorprendió, pues no parecía haber razón para preguntarme adónde iba, y sólo pude contestar: "A desayunar."

Más adelante, Mark se refirió al encuentro y dijo:

—Pero, ¿qué era lo que le daba ese aire de felicidad, en la calle, allí?

Eso era lo que le había impresionado y por ello me había preguntado adónde iba. No era adonde iba lo que me hacía feliz, sino de dónde venía. Pero, como digo, esto me sorprendió a mí también, porque no había prestado realmente atención al hecho de que era feliz... lo cual era verdad.

Cada día lo empezaba ahora con la Misa y Comunión, ya en Nuestra Señora de Guadalupe, ya en la iglesia de San Francisco de Asís.

Después de eso volvía a Perry Street y me ponía a trabajar en la nueva redacción de la novela que me había sido devuelta cortésmente por uno de aquellos jóvenes altos, delgados, inquietos, de lentes con montura de cuero, que se encuentran en las oficinas de los editores. (Me había preguntado si probaba de escribir en un nuevo estilo experimental y luego se había acurrucado detrás de su pupitre como si yo pudiera arrojarle un cuchillo por su impertinencia.)

A eso de las doce iba a tomar un sándwich en algún establecimiento y leía las noticias sobre rusos y finlandeses o el atrincheramiento francés en la Línea Maginot, desde donde salía una partida de seis hombres a alguna parte de la Lorena para disparar tres tiros de fusil a un alemán imaginario.

Por la tarde tenía que ir a Columbia, sentarme en un aula

y oír alguna conferencia de literatura inglesa, después de lo cual iba a la Biblioteca a leer los comentarios de Santo Tomás sobre la *Metafísica* de Aristóteles que yo me había reservado en mi pupitre de la sala de lectura de la escuela graduada. Esto era motivo de gran consternación para algunas Hermanas de San José que ocupaban pupitres cercanos y que, pasado un tiempo, se hicieron tímidamente amigas al enterarse de que iba a hacerme franciscano en el verano.

Alrededor de las tres de la tarde, tenía la costumbre de ir a Corpus Christi, o a Nuestra Señora de Lourdes que estaba aun más cerca, para hacer las Estaciones de la Cruz. Esta plegaria meditativa y fácil me proporcionaba otro camino, más valioso de lo que me daba cuenta, para entrar en la participación de los méritos de la Pasión de Cristo y renovar dentro de mí la vida que se había alumbrado con la comunión de aquella mañana.

En esos días requería no poco esfuerzo para ir a una iglesia y seguir las catorce estaciones diciendo plegarias orales, pues no estaba todavía acostumbrado a la oración. Por consiguiente, hacer las Estaciones de la Cruz era aun más laborioso que consolador y exigía sacrificios. Era muy parecido con todas mis devociones. No llegaban fácil ni espontáneamente y muy rara vez traían consigo ninguna satisfacción fuerte y sensible. No obstante, el esfuerzo de hacerlas acababa en una paz profunda y fortalecedora, una paz que era escasamente perceptible, pero que profundizaba y que, así que mis pasiones se aplacaban, se hacía más y más real y segura y, por último, quedaba conmigo permanentemente.

También en ese tiempo intenté por primera vez algo de oración mental. Había comprado un ejemplar de los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio, muchos meses antes, pero lo dejé abandonado en la estantería... hasta cuando regresé de Olean y me hice cargo del aposento de la señora de Seymour, a quien lo había subarrendado, y encontré un par de pequeñas notas a lápiz al margen, frente a los pasajes que pudieran interpretarse como siniestros y jesuíticos. Uno de ellos era sobre la muerte; el otro se refería a tener que correr los visillos cuando se quería meditar.

Por mi parte he sentido mucho tiempo espanto por los *Ejercicios Espirituales*, habiendo adquirido en alguna parte la falsa impresión de que si uno no tenía cuidado lo sumergirían en el misticismo antes de que se diera cuenta. ¿Cómo podía estar seguro de que no volaría por el aire tan pronto como dedicase mi mente a la primera meditación? He descubierto desde

entonces que hay muy poco peligro de que vuele alrededor de mi casa con la oración mental. Los *Ejercicios Espirituales* son vulgares y prácticos... siendo su principal objeto facilitar a todos los jesuitas atareados la liberación de sus inteligencias de su trabajo y la vuelta a Dios con un mínimo de pérdida de tiempo.

Quisiera haber podido seguir los *Ejercicios* bajo el techo de una casa jesuítica, dirigidos por uno de sus sacerdotes. No obstante, los hice, bajo mi propia dirección, estudiando las reglas de conducta que se dan en el libro y siguiéndolas hasta donde podía alcanzar a comprender de qué trataban todas. Nunca manifesté una palabra de lo que hacía a ningún sacerdote.

Por lo que recuerdo dediqué todo un mes a los *Ejercicios*, empleando una hora cada día. Tomaba una hora tranquila, por la tarde, en mi habitación de Perry Street, y como ahora vivía en la parte de atrás de la casa, no había ruidos que me molestaran. Había realmente un completo silencio. Con las ventanas cerradas, pues era invierno, ni siquiera podía oír ninguna de las cinco mil radios de la vecindad.

El libro decía que la habitación había de oscurecerse y corrí los visillos de manera que sólo quedaba bastante luz para ver las páginas y contemplar el Crucifijo de la pared sobre mi cama. El libro me invitaba también a considerar qué clase de postura debía tomar para mi meditación. Me dejaba mucha libertad de elección, siempre que permaneciese más o menos de la manera como estaba, una vez que me hubiese acomodado y no diera vueltas por la habitación rascándome la cabeza y hablando conmigo mismo.

Así que pensé y recé un rato sobre este importante problema, finalmente decidí hacer mis meditaciones sentado, con las piernas cruzadas, en el suelo. Creo que los jesuitas habrían tenido una impresión desagradable si hubiesen entrado y me hubieran visto haciendo sus *Ejercicios Espirituales* sentado allí como Mahatma Gandhi. Pero iba muy bien. Mucho tiempo mantuve mis ojos en el Crucifijo o en el suelo, cuando no tenía que mirar el libro.

Y así, habiendo rezado, sentado en el suelo, empecé a considerar la razón de por qué Dios me había traído al mundo:

El hombre fue creado para este fin: que alabara a Dios, Nuestro Señor y Lo reverenciara y Lo sirviera y, haciendo estas cosas, salvara su alma. Todas las demás cosas de la faz de la Tierra fueron creadas para el hombre, para ayudarlo a alcanzar el fin para el cual

fue creado. De donde se sigue que el hombre debe servirse de estas cosas en tanto lo ayuden hacia ese fin y debe apartarse de ellas en tanto son obstáculos para la consecución de su fin... Por lo tanto, es necesario que nos volvamos indiferentes a todas las cosas creadas, en tanto es permitido a nuestra libre voluntad... de tal modo que, por lo que a nosotros se refiere, no deberíamos desear la salud más que la enfermedad ni las riquezas más que la pobreza, el honor más que la ignominia, una vida larga más que una vida corta y así sucesivamente, deseando y eligiendo sólo aquellas cosas que más eficazmente nos conducen al fin para el cual fuimos creados.

Las verdades grandes, simples y radicales de la "Fundación" eran, creo yo, demasiado grandes y demasiado radicales para mí. Yo solo, ni siquiera arañé la superficie de ellas. Recuerdo vagamente que fijé mi mente en esta idea de indiferencia a todas las cosas creadas en sí mismas, a la enfermedad y la salud, y me sentí suavemente aterrado. ¿Quién era yo para entender tal cosa? Si me resfriaba casi me ahogaba de aspirinas y limonada caliente y me hundía en la cama con no disimulada alarma. Y aquí estaba un libro que pudiera decirme acaso que debía poder permanecer tan frío como una nevera en presencia de una muerte violenta. ¿Cómo podía comprender lo que significaba y cuánto quería decir la palabra "indiferente", si no había alguien que me lo dijera? No disponía de medio para ver la distinción entre indiferencia de la voluntad e indiferencia de los sentimientos... siendo los últimos prácticamente una cosa desconocida, aun en la experiencia de los santos. Así, preocupado con esta gran dificultad de mi creación, perdí el fruto verdadero de esta meditación fundamental, que habría sido una aplicación de sus ideas a todas las cosas a las cuales era yo más afecto, y que siempre tendían a darme disgustos.

Sin embargo, el verdadero valor de los *Ejercicios* me alcanzó cuando llegué a las variadas contemplaciones, especialmente los misterios de la vida de Cristo. Seguí dócilmente todas las reglas de San Ignacio sobre la "composición de lugar" y me senté en la Casa Santa de Nazaret con Jesús, María y José, y consideraba lo que hacían, escuchaba lo que decían y así sucesivamente. Despertaba afectos, tomaba resoluciones, acababa con un coloquio y finalmente hacía un breve examen retrospectivo de cómo había obrado la meditación. Todo esto era tan nuevo e interesante, el esfuerzo de saberlo me absorbía tanto, que estaba demasiado ocupado para distracciones. La parte más vital de cada meditación era siem-

pre la aplicación de los sentidos (oyendo al alarido de los condenados en el infierno, oliendo su podredumbre que ardía, viendo a los demonios que venían a arrastrarme con los demás y así sucesivamente).

Por lo que recuerdo, había un punto teológico que me hacía una impresión muy profunda, mayor que cualquier otra cosa. En algún momento de la primera semana, después de haber considerado la malicia del pecado mortal, había dirigido la atención a la maldad del pecado venial. Allí, súbitamente, mientras el horror del pecado mortal había quedado algo abstracto en mí, simplemente porque había tantos aspectos y puntos de vista en la cuestión, vi claramente la malicia del pecado venial precisamente como una ofensa contra la bondad y cariño amoroso de Dios, sin ningún respeto al castigo. Dejé esa meditación con una convicción profunda del desorden y malicia que hay en preferir la voluntad y satisfacción propias a la voluntad de Dios para cuyo amor fuimos creados.

En la gran meditación sobre las "Dos Banderas", en donde tenéis que alinear el ejército de Cristo en un campo y el ejército del demonio en el otro y preguntaros cuál elegís, entré demasiado en el ambiente de Cecil B. de Mille para aprovecharlo, pero en las consideraciones sobre una elección de estado en la vida que seguía, ocurrió una cosa extraña, que me espantó un poco. Fue el único incidente que tuvo sabor de intervención sobrenatural exteriorizada en el retiro.

Ya había hecho mi elección de un estado de vida. Iba a ser franciscano. Por consiguiente, me movía con estos pensamientos sin interés demasiado personal. Me rompía la cabeza en consideraciones acerca de lo que debe hacer un hombre con sus bienes terrenales... meditación que hubiera sido útil a alguien que realmente tuviera bienes de que disponer... cuando sonó el timbre de la puerta. Di mano al tirador que abría la puerta de la calle y fui a la escalera, pensando que acaso era Gibney u otro amigo.

Era un hombrecito con sobretodo color de ratón, a quien nunca había visto.

—¿Es usted Thomas Merton? —me dijo, así que llegó a mi descansillo.

No lo negué, entró en la habitación y se sentó en la cama.

—¿Escribió esa crítica del libro sobre D. H. Lawrence en la sección bibliográfica del *Times* del domingo último? —me preguntó.

Pensé que yo había metido la pata. Había criticado favorablemente un libro de Tyndall sobre Lawrence, bajo quien ha-

bía hecho mi tesis en Columbia. Había escrito él precisamente el libro que se calculaba que haría enloquecer de dolor y rabia a todos los que habían hecho de Lawrence un mesías. Yo había recibido ya una carta furiosa por correo por haber simplemente criticado tal libro y pensaba que ahora alguien venía a matarme si no me retractaba.

—Sí —dije—, escribí la crítica. ¿No le gustó?

—¡Oh!, no la leí —dijo el hombrecito—; pero el señor Richardson la leyó, y me lo dijo todo.

—¿Quién es el señor Richardson?

—¿No lo conoce? Vive en Norwalk. Estuve hablando con él acerca de la crítica de usted sólo ayer.

—No conozco a nadie en Norwalk —dije. No podía descifrar si este señor Richardson le gustaba o no la crítica y me tenía sin cuidado. No parecía tener ninguna relación con la visita del hombre, después de todo.

—He estado viajando todo el día —dijo pensativamente—. Estuve en Elizabeth, New Jersey; luego en Bayonne, New Jersey; después en Newwark. Más tarde, cuando regresaba en el Hudson Tube, pensé en el señor Richardson y cómo había hablado acerca de usted, y pensé en venir a verlo.

Ya estaba. Había estado en Elizabeth y Bayonne y Newwark y ahora se sentaba en mi cama, con su gabán color de ratón y su sombrero en la mano.

—¿Vive usted en New Jersey? —dije por cortesía.

—Oh, no, naturalmente que no; vivo en Connecticut —dijo rápidamente. Había abierto yo la puerta a una mayor confusión. Entró en detalles geográficos intrincados sobre dónde vivía y cómo llegó a asociarse con este señor Richardson en Norwalk. Luego, dijo:

—Cuando vi el anuncio en el periódico, decidí trasladarme a New Jersey.

—¿El anuncio?

—Sí, el anuncio de la plaza que buscaba en Elizabeth y no la conseguí. Ahora ni siquiera tengo bastante dinero para regresar a Connecticut.

Finalmente empecé a ver de qué se trataba.

El visitante estuvo enredándose en un recuento largo, serio e infinitamente complicado de todos los empleos que le habían fallado en New Jersey, y yo, con un pavor y agitación extraños, comencé a pensar en dos cosas: "¿Cuánto dinero tengo que darle?" y "¿Cómo entró aquí precisamente cuando estaba en medio de esa meditación acerca de dar todos los bienes a los pobres?..."

La posibilidad de que acaso fuera un ángel disfrazado con ese gabán de color ratón, me impresionó con una fuerza tanto más efectiva porque era tan evidentemente absurda. Y, con todo, cuanto más pensaba en ello, tanto más me convencía de la propiedad de Dios de mandarme un ángel con instrucciones para probar de bromear conmigo hablando como un personaje de aquellas novelas cortas turbadoras que se imprimen en el *New Yorker.*

De cualquier manera, me puse las manos en mis bolsillos y empecé a vaciarlos, depositando cuartos peniques y níqueles sobre el pupitre. Por supuesto, si el hombre era un ángel, entonces todo el asunto no era sino una aparición; debía darle todo lo que llevaba conmigo y pasar sin cena. Dos cosas me frenaban. Primera, el deseo de cenar, y, segunda, el hecho de que el forastero parecía darse cuenta de que estaba yo conmovido por secretos pensamientos y los exteriorizaba en forma de molestia. De todas maneras, imaginándose que yo estaba en cierto sentido trastornado, dio muestras de tener prisa en tomar lo poco que ya había reunido para él, como si fuera mucho.

Se apresuró a marcharse, llevándose un billete de un dólar y las monedas sueltas a sus bolsillos, dejándome en un estado de asombro tal, que, positivamente, no podía sentarme con las piernas cruzadas y continuar la meditación. Todavía dudaba yo de si tenía que bajar corriendo a la calle tras él y darle el otro dólar que aún me quedaba.

Pero, aplicando la norma de San Ignacio a las circunstancias presentes, había hecho muy bien. Le había dado unos tres quintos de mi capital líquido.

Acaso, en cierto modo, es mejor que no se lo diera todo y dejara de cenar. Me hubiera infatuado con una vanidad tan exagerada y repulsiva —suponiendo que no muriera de miedo y llamara a un amigo mío para que me ayudara algo— que no habría habido ningún mérito absolutamente en ello. A causa de todo eso, aun cuando su historia no guardase relación con nada y fuera muy estúpida, y aun cuando no fuera un ángel, era mucho más si se aplica la norma de Cristo sobre cualquier cosa que uno haya hecho al menor de sus pequeños.

De cualquier manera, dio algún sentido a esa meditación.

III

Aquella era también la estación en que, tres noches por semana, daba yo una clase de composición inglesa en una de las aulas de la Escuela de Comercio de Columbia. Como todas las clases del Anexo, era una mezcla de todo género. Había un químico rudo y de mal genio que era un centro de oposición potencial, porque seguía el curso por obligación. Se exigía a todos los estudiantes hacer una serie sistemática de cursos sobre cualquier asunto. Asistía un joven negro formal e impresionable que se sentaba en la primera fila, vestido con un esmerado traje gris y me miraba atentamente a través de sus lentes todo el tiempo que duraba la clase. Se encontraba un estudiante de intercambio de la Universidad de Roma y una de aquellas señoras de mediana edad que había seguido cursos como éste durante años y que trataba temas esmerados y polémicos y ocupaba con una modestia serena y consciente su legítimo puesto como estrella de la clase. Esto la autorizaba a hablar más que otros y hacer más preguntas inauditas.

Una vez que yo había insistido en que se ciñeran a la determinación concreta y tangible en la descripción de lugares y cosas, un irlandés llamado Finegan que había estado sentándose azorado y sin prometer nada en una fila de atrás, de repente explotó con una fecundidad de detalle material minucioso e inconexo que era imposible refrenar. Empezó entrando en descripciones de fábricas de calzado que le hacían imaginar a uno que lo enterraban bajo cincuenta toneladas de maquinaria. Aprendí con asombro y temor, que los maestros tienen un poder misterioso y mortal de dar rienda suelta a fuerzas psicológicas en las mentes de los jóvenes. La rapidez, el entusiasmo feliz con que respondían a indirectas y sugestiones —pero con la respuesta equivocada— era bastante para hacer salir escapado a un hombre a vivir en los bosques.

Pero a mí me gustaba mucho la enseñanza... especialmente la enseñanza de esta clase, en la cual la mayoría de los estudiantes tenían que trabajar para vivir y valoraban su curso porque tenían que costeárselo con sus propios ahorros. Enseñar a gente así es muy lisonjero: la clase siempre está ávida de adquirir cualquier cosa que uno pueda darles, y el mero hecho de que lo deseen tanto le da a uno la impresión de poder darles todo lo que quieran.

Por mi parte quedaba más o menos en libertad para seguir adelante y enseñarles según mis propias ideas. Ahora, si se va a escribir, debe uno primero de todo tener algo sobre qué

escribir, y si un hombre empieza a enseñar composición inglesa, implícitamente se obliga a enseñar a los estudiantes cómo tomar bastante interés en las cosas sobre las cuales hay que escribir. Pero es también imposible para alguien aprender a escribir a menos que también lea. Así, un curso de composición, si no es acompañado en alguna parte, a lo largo del plan, de un curso de literatura, debería asimismo dedicar un poco de tiempo a enseñar a la gente a leer, o al menos a interesarse en un libro.

Por lo tanto, empleé la mayor parte del tiempo lanzando ideas que pudieran o no pudieran ser importantes en la vida y en la literatura, dejándolos discutir sobre ello. Los debates eran mejores cuando incluían también la discusión de las ideas favoritas de los estudiantes, así que eran expresadas por escrito. Resultó que, aunque no todos tenían ideas, tenían todos un ansia definida de ideas y convicciones, desde el joven que escribía un tema sobre cuán feliz había sido un verano en que había logrado un trabajo de pintar una iglesia, a la sosegada ama de casa católica que se sentaba en una fila de en medio, mirándome con una sonrisa tranquilizadora y un aire de complicidad amistosa siempre que la discusión se acercaba a los bordes de la religión. Era una clase muy animada, en conjunto.

Pero sólo tenía que durar un trimestre. Y cuando se acercó enero, me dijeron en la oficina que iban a darme una clase de gramática pura y estricta en el período de la primavera.

La gramática era algo de que no sabía nada absolutamente, y sólo una vigilancia muy constante la había alejado de la vista en la clase de composición. Además, puesto que iba a ingresar en el monasterio en verano, me afirmé en la idea de que tenía que tomarme unas vacaciones últimas, y ya hojeaba libros sobre México y Cuba, procurando decidir dónde gastaría el dinero que ya no iba a necesitar para subsistir en el mundo.

Manifesté a los jefes de mi departamento que no podía enseñar gramática en la primavera porque quería prepararme para la vida del claustro. Me preguntaron qué me impulsaba a hacer tal cosa y tristemente movieron sus cabezas, pero no intentaron discutírmelo. Me dijeron que podía regresar si cambiaba de idea... lo que casi sonaba como si dijeran: "Te recuperaremos cuando te hayas desilusionado y hayas abandonado esta idea fantástica como un mal negocio."

Ya que aún tenía algún dinero que me llegaba de la Universidad por mi subvención becaria, me inscribí en dos cursos de

primavera. Uno de ellos era un estudio superior sobre Santo Tomás, con Dan Walsh, que acabó con dos de nosotros asistiendo a leer el *De ente et Esentia* en su habitación, en una casa dirigida por una anciana que había hecho una especie de carrera para sí albergando los New York Giants bajo su techo en la estación de *baseball*.

Mientras estaba aún dudando de si podría ir a México o sólo a Cuba, se presentó la Cuaresma a la vista, y lo dejé para después de Cuaresma. Después, un día que trabajaba en la biblioteca, empecé a sentir dolores en el estómago, a sentirme débil y enfermo. Dejé mis libros, fui a ver a un médico que me colocó en una mesa, golpeó en mi estómago y dijo, sin vacilación:

—Sí, la tiene usted.

—¿Apendicitis?

—Sí. Mejor es que se saque eso.

—¿En seguida?

—Bien, podría. ¿Para qué esperar? Sólo tendría molestias con ella.

E inmediatamente llamó al hospital.

Bajé la escalera de piedra parda de la casa del doctor, pensando que estaría agradablemente en el hospital, con monjas cuidando de mí, pero al mismo tiempo ya tenía visiones de desgracias, accidentes fatales, deslices del cuchillo que me llevarían a la tumba... Recé muchas oraciones a Nuestra Señora de Lourdes y fui a mi casa de Perry Street a buscar un cepillo de dientes y un ejemplar del *Paradiso* del Dante.

Luego regresé a la parte alta de la ciudad. En la estación subterránea de la calle catorce había un borracho. Estaba realmente borracho. Echado en medio de los torniquetes, obstruyendo el paso de todos. Algunos lo empujaron y le dijeron que se levantara y apartase de allí, pero él ni siquiera podía tenerse de pie. Pensé para mí mismo: "Si intento levantarlo y apartarlo de allí, mi apéndice reventará y yo también quedaré echado allí, en los torniquetes, junto a él." Con mi nerviosismo templado por un cálido sentimiento agradable de presunción y complacencia, cogí al borracho por los hombros y lo levanté trabajosamente, apartándolo de los torniquetes y apoyándolo contra la pared. Refunfuñó débilmente en son de protesta.

Luego, felicitándome mentalmente por mi gran solicitud y caridad hacia los borrachos, crucé el torniquete y bajé para tomar el tren hacia el hospital de Washington Heights. Al mirar hacia atrás, por encima del hombro, desde el fondo de la

escalera, pude ver al borracho que se arrastraba lenta y penosamente de nuevo hacia el torniquete, donde una vez más se echó y quedó tendido en medio de la entrada, obstruyendo el paso como había hecho antes.

Era de noche cuando salí de la estación a la parte alta de la ciudad y empecé a subir tramos de peldaños monumentales a lo alto del montículo en que se asentaba el Hospital de Santa Isabel. El hielo resplandecía en las ramas de los árboles y aquí y allá se desprendían carámbanos que caían y se quebraban en la calle. Escalé los peldaños del hospital, entré en la sala limpia y reluciente y vi un crucifijo y una monja franciscana, de blanco, y una imagen del Sagrado Corazón de Jesús.

Me sentía muy enfermo al cesar el efecto del éter, y me llené de punzadas por tomar un sorbo clandestino de agua antes de lo que debiera haberlo hecho. Pero una monja que estaba de servicio nocturno me trajo un vaso que sabía a lo que luego resultó ser: anisado. Me fortaleció considerablemente. Después de eso, cuando pude comer de nuevo, empecé a incorporarme y a leer a Dante en la cama; el resto de los diez días fueron en verdad un paraíso.

Cada mañana, temprano, después de lavarme los dientes y haberme hecho la cama la enfermera, me quedaba acostado tranquilo, en feliz expectación del sonido de la campanilla que bajaba a la sala, y que significaba comunión. Podía contar las puertas por que entraba el sacerdote, a medida que se detenía en las diferentes habitaciones y salas. Luego, con las monjas arrodilladas a la puerta, venía a mi cama con el copón.

—*Corpus Domini Nostri Jesu Christi custodiat animam tuam in vitam aeternam.*

Y se iba. Se podía oír la campanilla desapareciendo corredor abajo. Bajo la sábana, mis manos se cruzaban tranquilamente con mi rosario entre los dedos. Era un rosario que John Paul me había dado por Navidad; como no sabía él la diferencia entre un rosario y otro, se había dejado engañar en alguna tienda piadosa y había comprado unas cuantas que parecían buenas pero que cayeron a pedazos en seis meses. Era una clase de rosario más apropiada para mirar que para usar. Pero el afecto de que era portador era tan fuerte como débil el rosario, y por ello, mientras las cuentas se mantuvieron unidas, las usé con preferencia a las cuentas de maderas, fuertes, baratas y negras, hechas para trabajadores y ancianas lavanderas irlandesas, que había comprado por veinticinco centavos en el sótano de Corpus Christi durante la misión.

—¿Comulga usted cada día? —dijo el italiano de la cama próxima. Había cogido una fuerte pulmonía paleando nieve toda la noche para el WPA.

—Sí; voy a ser sacerdote.

—¿Ve ese libro? —le dije más tarde—. Es el *Paradiso* del Dante.

—El Dante —dijo el italiano. Se acostó en la cama con sus ojos fijos en el techo y no dijo más.

Esto de acostarse en la cama y ser alimentado, por decirlo así, con una cuchara, era más que lujo: estaba también lleno de significación. No podía darme cuenta por el momento... y no quería; pero un par de años más adelante vi que todo esto expresaba mi vida espiritual de entonces.

Pues ahora, por fin, había nacido; pero era sólo un recién nacido todavía. Vivía, tenía una vida interior verdadera, pero débil y precaria. Todavía me criaba y alimentaba de leche espiritual.

La vida de la gracia, al fin, se había hecho, al parecer, constante, permanente. Débil y sin fuerza como estaba, caminaba, no obstante, por el camino que era la libertad y la vida. Había encontrado mi libertad espiritual. Mis ojos empezaban a abrirse a la luz poderosa y constante del cielo, y mi voluntad aprendía por último a ceder al gobierno sutil, suave y amoroso de aquel amor que es la vida sin fin. Por una vez, por primera vez en mi vida, había sido, no días, ni semanas, sino meses, un extraño al pecado. Tanta salud era tan nueva para mí, que pudiera haber sido demasiada.

Me alimentaba no sólo de la leche racional de cada consuelo espiritual posible, sino que parecía no haber ningún beneficio, ninguna comodidad, ninguna felicidad inocente, hasta de orden material, que pudiera serme negada.

Así, me encontraba de pronto rodeado de todo lo que podía protegerme contra la turbación, contra el salvajismo, contra el sufrimiento. Por supuesto, mientras estuve en el hospital hubo algunos dolores físicos, algunas molestias muy pequeñas; pero, en conjunto, todo el que ha sufrido una operación ordinaria de apendicitis sabe que realmente es sólo una excursión. Y eso fue ciertamente para mí. Terminé todo el *Paradiso*, en italiano, y leí parte del *Prefacio a la Metafísica* de Maritain.

Pasados diez días salí para irme a Douglaston, a la casa donde mis tíos aún vivían y me invitaron a descansar hasta que pudiera valerme de los pies. Eso significaba dos semanas más de lectura sosegada y sin molestia. Podía encerrarme en

la habitación que había sido antes el "cuchitril" de Pop, hacer meditaciones y rezar, como hice, por ejemplo, en la tarde del Viernes Santo. Por lo demás, mi tía deseaba hablar todo el día acerca de los redentoristas, cuyo monasterio había estado precisamente abajo en la calle cuando ella era una muchachita de Brooklyn.

A mediados de la semana de Pascua florida fui a ver a mi doctor; me quitó los vendajes y dijo que ya me encontraba bien para ir a Cuba.

Pienso que fue en esa isla brillante donde la bondad y solicitud que me acompañaban adondequiera que dirigiese mis débiles pasos alcanzaron su grado máximo. Sería difícil creer que nadie fuera tan bien cuidado como yo lo fui; nadie ha visto nunca una criatura terrenal guardada tan celosamente y tan eficazmente, querida, guiada, vigilada y dirigida con un cuidado tan atento y previsor como el que me acompañó en aquellos días. Caminaba a través de fuegos y ponía mi cabeza en las bocas de tales leones, que volverían blancos hasta los cabellos de la cabeza de un teólogo moral; todo el tiempo caminé en mi nueva sencillez y apenas conocí lo que había a mi paso, tan solícitos eran mis ángeles acompañantes en apartar los escándalos de la senda de mis pies y en poner almohadas bajo mis rodillas dondequiera que parecía que iba a tropezar.

No creo que un santo que hubiera sido elevado al estado de unión mística pudiera cruzar las calles peligrosas y lupanares de La Habana con una contaminación notablemente menor de la que parezco haber contraído yo. Sin embargo, esta ausencia de turbación, esta aparente inmunidad frente a la pasión o el accidente, era algo que yo daba por descontado en calma. Dios me daba un sabor de aquel sentido de propiedad a la cual la gracia da una especie de derecho en los corazones de todos sus hijos. Pues todas las cosas son de ellos y ellos son de Cristo y Cristo es de Dios. Poseen el mundo, porque han renunciado a la propiedad de cualquier cosa del mundo y de sus propios cuerpos, y han cesado de escuchar las injustas pretensiones de la pasión.

Por supuesto, conmigo no se trataba de ninguna abnegación real. Si no escuchaba mis pasiones era porque, en el misericordioso beneficio de Dios, habían cesado de alborotar... por el momento. Despertaron, momentáneamente, pero sólo cuando estaba fuera de lugar peligroso, en una ciudad muy insípida y soñolienta llamada Camagüey, en donde prácticamente todo el mundo estaba en cama a las nueve de la noche y donde intenté leer la *Autobiografía* en español de

Santa Teresa bajo las palmeras grandes y magníficas de un jardín enorme que tenía enteramente para mí.

Me decía que la razón de haber venido a Cuba era hacer una peregrinación a Nuestra Señora de Cobre. E hice, en verdad, una especie de peregrinación. Pero era una de aquellas peregrinaciones medievales que consistían en nueve décimas partes de vacaciones y una décima parte de peregrinación. Dios toleraba todo esto y aceptaba la peregrinación en los mejores términos en que pudiera interpretarse, porque ciertamente me rodeó de gracias por todo mi vagabundeo de Cuba, gracias de la clase que aun una persona sin espiritualidad profunda puede apreciar como tales; y ésa es la clase de persona que era yo entonces y soy ahora todavía.

A cada paso que daba se abría un nuevo mundo de gozos, gozos espirituales, placeres de la mente, la imaginación y los sentidos en el orden natural, pero en el plano de la inocencia y bajo la dirección de la gracia.

Había una explicación natural parcial de esto. Estaba aprendiendo una cosa que no podía aprenderse completamente, excepto en una cultura que sea al menos exteriormente católica. Uno necesita el ambiente de catolicismo francés o español o italiano antes de que haya alguna probabilidad de una experiencia completa y total de todos los goces naturales y sensibles que desbordan de la vida sacramental.

Pero aquí, a cada paso, encontraba el camino de iglesias grandes, frescas y oscuras, algunas de ellas con altares espléndidos reluciendo con retablos esculpidos o ricos de caoba y plata; maravillosos jardines rojos de llama florecían entre los santos o el Santísimo Sacramento.

En los nichos había aquellas encantadoras estatuas vestidas, aquellas virgencitas cinceladas, milagrosas y emotivas, cubiertas de sedas y negro terciopelo, entronizadas sobre altares mayores. Aquí, en capillas laterales, se encontraban aquellas *pietàs* cargadas del impetuoso dramatismo español, con espinas y clavos, cuya sola vista atravesaba la inteligencia y el corazón, y por todo el ámbito de la iglesia había muchos altares dedicados a santos blancos y negros; en todos los rincones había cubanos en oración, pues no es verdad que los cubanos descuiden su religión... o no es tan cierto como complacientemente piensan los norteamericanos, basando sus juicios en las vidas de los jóvenes ricos y lívidos que vienen al norte desde la isla, a pasar sus días en el juego alto de los dormitorios de los colegios jesuitas.

Yo vivía como un príncipe en esa isla, como un millonario

espiritual. Cada mañana, levantándome a las siete o siete y media y saliendo a la calle caliente de sol, podía encontrar rápidamente el camino de cualquiera de una docena de iglesias, iglesias nuevas o tan antiguas como el siglo diecisiete. Casi tan pronto como entraba por la puerta podía recibir la comunión, si lo deseaba, pues el sacerdote salía con un copón lleno de hostias antes de la misa y durante y después de ella... y cada quince o veinte minutos comenzaba una misa nueva en un altar diferente. Éstas eran las iglesias de las órdenes religiosas... Carmelitas, Franciscanos, los Agustinos americanos del Santo Cristo, o los Padres de la Merced... adondequiera que me dirigiese había alguien dispuesto a alimentarme con la fuerza infinita del Cristo que me amaba y que empezaba a demostrarme, con una prodigalidad inmensa, sutil y generosa, cuánto me amaba.

Había mil cosas que hacer, mil maneras de hacer fácilmente una acción de gracias; cada cosa se prestaba a la comunión: podía oír otra misa, podía rezar el rosario, hacer las estaciones de la cruz o, si sólo me arrodillaba donde estaba, adondequiera que volviese los ojos veía santos de madera o yeso, o los que parecían ser santos de carne y sangre... y hasta los que no eran probablemente santos eran bastante nuevos y pintorescos para estimular mi mente con muchas significaciones y mi corazón con plegarias. Cuando abandonaba la iglesia no faltaban mendigos para ofrecerme la oportunidad de dar limosna, que es una manera fácil y sencilla de borrar pecados.

A menudo salía de una iglesia e iba a oír una nueva misa en otra, especialmente si el día era domingo, y escuchaba los sermones armoniosos de los sacerdotes españoles, cuya misma gramática estaba llena de dignidad, misticismo y cortesía. Después del latín, me parece que no hay lengua tan apropiada para la oración y para hablar de Dios como el español, pues es una lengua a la vez fuerte y ágil, tiene su precisión, tiene en sí la cualidad del acero, que le da la exactitud que necesita el verdadero misticismo y, empero, es suave, también, gentil y flexible, lo que requiere la devoción, es cortés, suplicante y galante; se presta, de modo sorprendente, muy poco a la sentimentalidad. Tiene algo de la intelectualidad del francés, pero no la frialdad que la intelectualidad toma en el francés; nunca desborda en las melodías femeninas del italiano. El español no es nunca un idioma débil, nunca flojo, aun en los labios de una mujer.

El hecho de que, mientras todo esto continuaba en el púl-

pito, hubiera cubanos tocando campanillas y voceando números de la lotería afuera en la calle, era una cosa indiferente. Para un pueblo que se supone que es excitable, los cubanos tienen una exagerada dosis de paciencia con todas las cosas que atacan los nervios norteamericanos y ponen frenéticas a las personas, como el ruido persistente y estridente. Pero, por mi parte, no hacía más caso de eso del que hacían los nativos.

Cuando estaba saciado de oraciones, podía volver a las calles, paseando entre las luces y las sombras, deteniéndome a beber enormes vasos de jugos de fruta helados en los pequeños bares, hasta que regresaba a casa a leer a Maritain o Santa Teresa hasta la hora de almorzar.

Luego me dirigía a Matanzas, Camagüey y Santiago... montado en un bárbaro ómnibus, a través de la campiña cubana gris aceitunada, llena de campos de caña de azúcar. Todo el camino recé rosarios y contemplé los grandes ceibos solitarios, esperando que la Madre de Dios se me apareciese en uno de ellos. Parecía no haber razón de que así no fuera, pues todas las cosas del cielo estaban sólo un poco lejos de mi alcance. Por eso me detenía a mirar, a mirar, semiesperanzado. Pero no vi aparecer a Nuestra Señora, bella, en ninguno de los ceibos.

En Matanzas me mezclé en el paseo donde toda la población daba vueltas y más vueltas alrededor de la plaza en el fresco de la noche, los hombres en una dirección y las muchachas en otra, e inmediatamente me hice amigo de cincuenta y una personas diferentes, de todas las edades. La noche acabó haciendo yo un largo discurso en español mal pronunciado, rodeado de hombres y muchachos, en una multitud abigarrada que incluía a los rojos de la población y a sus intelectuales, a los graduados de la escuela de los padres Maristas y algunos estudiantes de derecho de la Universidad de La Habana. El tema era la fe y la moral e hizo impresión, y, de rechazo, su aceptación por parte de ellos produjo una gran impresión en mí también, pues muchos de ellos se alegraban de que alguien, un extranjero, viniera a hablar de estas cosas, y oí a uno, que acababa de unirse a la multitud, que decía:

—¿Es católico ese norteamericano?

—Hombre —dijo el otro—, es católico, y un católico muy bueno. —El tono en que dijo esto me hizo tan feliz que, cuando fui a acostarme, no podía dormir. Estaba echado en la cama y miraba a través del mosquitero hacia las estrellas relucientes que brillaban sobre mí, viéndolas por la ventana del

todo abierta, que no tenía cristales ni marco, sino sólo una gruesa persiana de madera contra la lluvia.

En Camagüey encontré una iglesia dedicada a la Soledad, Nuestra Señora de la Soledad, una pequeña imagen vestida, en una hornacina sombría: apenas podía uno verla. ¡La Soledad! Una de mis mayores devociones; no se la encuentra, ni se oye nada acerca de ella en este país, excepto que una antigua misión de California fue dedicada a ella.

Finalmente, mi ómnibus marchó rugiendo a través de la llanura seca, hacia la muralla azul de las montañas: Oriente, el fin de mi peregrinación.

Cuando hubimos cruzado la sierra divisoria y bajábamos por los verdes valles hacia el mar Caribe, vi la basílica amarilla de Nuestra Señora de Cobre, de pie en una prominencia, sobre los tejados metálicos del pueblo minero que emergía de las profundidades de una honda concavidad de verdor, defendida por peñascos y pendientes escarpadas cubiertas de matorral.

—¡Ahí estás, Caridad del Cobre! Es a ti a quien he venido a ver; tú pedirás a Cristo que me haga su sacerdote y yo te daré mi corazón, Señora; si quieres alcanzarme este sacerdocio, yo te recordaré en mi primera misa de tal modo que la misa será para ti y ofrecida a través de tus manos, en gratitud a la Santa Trinidad, que se ha servido de tu amor para ganarme esta gran gracia.

El ómnibus se abrió camino hacia abajo por la falda de la montaña, rumbo a Santiago. El ingeniero de minas que había subido en lo alto de la cordillera divisoria estuvo hablando todo el camino cuesta abajo en inglés, que había aprendido en Nueva York, contándome el soborno que había enriquecido a los políticos de Cuba y de Oriente.

En Santiago cené en la terraza de un gran hotel, frente a la catedral. Al otro lado de la plaza se hallaba el armazón de un edificio de cinco pisos que parecía como si hubiese sido resquebrajado por una bomba; pero el destrozo había ocurrido en un terremoto, no mucho tiempo antes. Hacía bastante tiempo para que los carteles de la valla que se había levantado delante tuvieran tiempo de haberse deshecho, y estaba pensando yo: acaso empieza a ser tiempo de otro terremoto. Miraba las dos torres de la catedral, dispuestas a balancearse y a caer encima de mi cabeza.

El ómnibus que me llevó a Cobre la semana siguiente era el más peligroso de todos los furiosos ómnibus que son el terror de Cuba. Creo que hizo la mayor parte del viaje a ochen-

ta millas por hora sobre dos ruedas; varias veces pensé que iba a hacer explosión. Recé rosarios todo el camino hacia la capilla, en tanto pasaban los árboles como una gran mancha verde amarilla. Si Nuestra Señora hubiera intentado aparecérseme, probablemente ni siquiera habría alcanzado un reflejo de ella.

Subí por la senda que contorneaba el montículo en que se asienta la basílica. Entrando por la puerta, quedé sorprendido de que el suelo fuera tan reluciente y la casa tan limpia. Estaba en el fondo de la iglesia, junto al ábside, en una especie de oratorio detrás del altar mayor, y allí, encarándose conmigo, en una pequeña capilla, estaba la Caridad, la virgencita alegre y negra, cubierta con una corona y vestida con magníficos ropajes, que es la Reina de Cuba.

No había nadie más en el local sino una piadosa sirvienta de mediana edad, con vestido oscuro, que estaba ansiosa por venderme una porción de medallas; me arrodillé delante de la Caridad e hice mi oración y mi promesa. Me deslicé en la basílica después de eso, me arrodillé donde podía ver a la Caridad y donde podía estar realmente solo y rezar, pero la piadosa mujer, impaciente por hacer su venta, o acaso temerosa de que yo pudiera hacer alguna mala pasada en la basílica, vino a atisbar por la puerta.

Desilusionado y resignado me levanté y salí a comprar una medalla; recibí alguna moneda suelta para los pobres y me marché, sin tener ocasión de decir todo lo que quería a la Caridad ni llevar muchas noticias de ella.

En el pueblo compré una botella de una especie de gaseosa y me detuve debajo del techo metálico de la entrada de la tienda del pueblo. En alguna parte, en una de las chozas, con un armonio, se tocaba *Kyrie eleison, Kyrie eleison, Kyrie eleison*.

Regresé a Santiago.

Pero cuando estaba en la terraza del hotel, almorzando, la Caridad del Cobre tuvo una palabra que decirme. Me entregó una idea para un poema que se compuso tan suave, fácil y espontáneamente en mi espíritu, que todo lo que tuve que hacer fue acabar de comer, subir a mi habitación y pasarlo a máquina, casi sin una corrección.

Así que el poema resultó ser ambas cosas: lo que tenía que decirme y lo que yo tenía que decirle. Era una canción para la Caridad del Cobre; era, por lo que a mí se refiere, algo nuevo, el primer poema verdadero que jamás había escrito o, de cualquier manera, el que me gustó más. Señalaba el cami-

no a otros muchos poemas; abría la puerta y me hacía tomar un rumbo cierto y directo que había de durar varios años.

El poema decía:

Las blancas muchachas elevan
sus cabezas cual árboles,
las negras muchachas reflejos
de flamenco en las calles lanzan.

Las blancas muchachas entonan
con notas de agua cristalina,
las negras muchachas conversan
en bajos sones como el barro.

Las blancas muchachas extienden
sus brazos como nubes,
las negras muchachas sus ojos
cierran cual alas:
ángeles dóblanse hacia abajo
como campanas,
ángeles miran hacia arriba
absortos cual muñecas,
porque del cielo las estrellas
esplenden en un escenario;
y del mosaico, que es la tierra,
todas las piezas
suéltanse como pájaros
y levantan el vuelo.

Cuando regresé a La Habana descubrí algo más también, algo ampliamente más importante. Fue algo que me hizo comprender, de pronto, no sólo intelectual, sino experimentalmente, la verdadera inutilidad de lo que había esperado casi deliberadamente: las visiones en los ceibos. Esta experiencia abría otra puerta, no un camino a una manera de escribir, sino un camino hacia un mundo infinitamente nuevo, un mundo que estaba fuera de este mundo nuestro por entero y que infinitamente lo trascendía, que no era un mundo, sino que era Dios mismo.

Estaba en la iglesia de San Francisco de La Habana. Era domingo. Había ido a comulgar en alguna otra iglesia, creo que en El Cristo, y ahora había venido aquí a oír otra misa. El templo atestado de gente. En el frente, delante del altar, ha-

bía hileras y más hileras de niños, apiñados. No recuerdo si eran de la primera comunión o no; pero eran de esa edad. Estaba lejos, en la parte de atrás de la iglesia, pero podía ver las cabezas de todos aquellos niños.

Llegó la hora de la consagración. El sacerdote elevó la Hostia, luego el cáliz. Cuando depositó el cáliz en el altar, de repente un fraile, con su ropa parda y cordón blanco, se levantó ante los niños y a la vez todas las voces de éstos rompieron a cantar: —*Creo en Dios...*

"Creo en Dios Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra..."

El Credo. Pero aquel grito, "¡Creo en Dios!", era alto, vibrante, espontáneo, alegre, triunfante; era una gran aclamación que salía de todos aquellos niños cubanos, una gozosa afirmación de fe.

Luego, tan pronto como la aclamación, y tan definida, mil veces más brillante, se formó en mi espíritu una conciencia, una intelección, una comprensión de lo que acababa de celebrarse en el altar, en la consagración: de la consagración en una forma que Le hizo pertenecerme.

¿Pero qué cosa era esta conciencia? ¡Era intangible y sin embargo me hirió como un rayo! Era una luz tan brillante que no tenía comparación con ninguna luz visible, y tan profunda y tan íntima que parecía como una neutralización de todas las experiencias menores.

Sin embargo, lo que más me impresionó fue que esta luz era en cierto sentido "ordinaria"... era una luz (y esto es lo que me suspendió el aliento) que se ofrecía a todos, a todo el mundo, y no había fantasía ni cosa extraña en ella. Era la luz de la fe intensificada y reducida a una claridad extrema y súbita.

Era como si yo hubiese sido de repente iluminado siendo deslumbrado por la presencia de Dios.

La razón de que esta luz deslumbrara y neutralizara era que no había y no podía haber, simplemente, nada en ella de sentido e imaginación. Cuando la llamo luz es una metáfora que empleo, mucho tiempo después del acontecimiento. Pero en el momento, otra cosa abrumadora de esa conciencia era que anulaba todas las imágenes, todas las metáforas, y cortaba toda la madeja de especies y fantasmas con que naturalmente elaboramos nuestro pensamiento. No hacía caso de ninguna experiencia de los sentidos para dar directamente al corazón de la verdad, como si se hubiera establecido un súbito e inmediato contacto entre mi entendimiento y la Verdad que aho-

ra en realidad estaba física y sustancialmente delante de mí, en el altar. Pero este contacto no era algo especulativo y abstracto: era concreto y experimental y pertenecía al orden del conocimiento, sí, pero más todavía al orden del amor.

Otra cosa sobre ella es que esta luz estaba muy por encima y más allá del nivel de cualquier deseo o apetito de que jamás hubiera sido yo consciente. Estaba purificada de toda emoción y limpia de todo lo que tuviera sabor de anhelos sensibles. Era amor tan puro y directo como la visión, y volaba rectamente a la posesión de la Verdad que ella amaba.

El primer pensamiento articulado que vino a mi mente fue:

—El Cielo está aquí, enfrente de mí. ¡El Cielo, el Cielo!

Duró sólo un momento, pero dejó un gozo intenso, una paz pura y una felicidad que duraron horas, y fue algo que nunca he olvidado.

Lo extraño de esta luz era que aunque parecía tan "ordinaria", en el sentido que he indicado, y tan accesible, no había manera de volverla a poseer. De hecho, no sabía siquiera cómo empezar a reconstruir la experiencia o traerla de nuevo si lo quería, excepto haciendo actos de fe y amor. Pero fácil era de ver que no podía hacer nada para dar a ningún acto de fe esa cualidad peculiar de evidencia súbita: era un don y tenía que venir de alguna otra parte, de más allá y por encima de mí.

No obstante, que nadie piense que por esta luz que un día se me apareció en la misa, en la iglesia de San Francisco de La Habana, tuviera yo la costumbre de entender las cosas así claramente, o que estuviera muy adelantado en la oración. No, mi oración continuaba siendo principalmente vocal. La oración mental que hacía no era sistemática, sino la oración meditativa y afectiva más o menos espontánea que venía y marchaba, según mi lectura, aquí y allá.

Muchas veces mi oración no era tanto oración como motivo de anticipar, en la esperanza y el deseo, mi entrada en el noviciado franciscano, un cierto trabajo de imaginación sobre cómo sería, de suerte que, a menudo, no rezaba absolutamente, sino que soñaba despierto.

IV

Los meses pasaban rápidamente, pero no bastante rápidamente para mí. Ya era junio de 1940; pero los meses que restaban hasta agosto, en que las puertas del noviciado se

abrirían para recibir treinta o cuarenta postulantes nuevos, parecían infinitamente lejanos.

No permanecí mucho tiempo en Nueva York cuando regresé de Cuba. Estuve sólo unos días, en los cuales fui al monasterio de la calle 31 y supe por el padre Edmundo que mi solicitud de admisión había sido aceptada y que habían llegado algunos de los documentos necesarios. Era bueno que así fuera, porque los postulantes que ingresan en una orden religiosa necesitan documentos de cada diócesis en donde hayan vivido moralmente un año continuo desde sus catorce años, así como certificación de nacimiento y una serie de otras cosas más.

Pero era precisamente el tiempo en que los ejércitos alemanes penetraban en Francia. En el momento de desembarcar yo en Nueva York habían abierto su primera gran brecha entre las líneas francesas y se había hecho al fin evidente que las defensas inexpugnables de la Línea Maginot eran un mito. En verdad, sólo era cuestión de días antes de que las terribles divisiones motorizadas de los nazis, siguiendo el camino despejado por la Luftwaffe, cruzaran el desmoralizado ejército francés y envolvieran a la nación traicionada con brazos de acero. Estuvieron en París en unos quince días, luego se encontraron en el Loire, por último los periódicos se llenaron de emborronadas fotografías del coche comedor, mudo y aislado en el parque de Compiègne, donde Hitler hizo tragar a los franceses el documento del armisticio de 1918.

Así también, si la certificación matrimonial de mis padres de la iglesia de Santa Ana, en Soho, Londres, no hubiese venido aquel año, ya nunca habría venido. No sé si el archivo de la parroquia de Santa Ana sobrevivió a la guerra relámpago que estaba a punto de desencadenarse sobre la cabeza de la ciudad enorme y oscura, llena de pecados y miserias, en cuyas nieblas había paseado antes con una complacencia tan sabia.

Todo parecía claro. Pasaría un mes, después otro y pronto marcharía, con mi maleta, a una calle gris e inimaginable de Paterson, Nueva Jersey, hacia un pequeño monasterio de ladrillo que no podía representarme muy bien. Pero lo gris de la ciudad quedaría atrás en la puerta, y sabía, aunque no tuviera ilusiones especiales sobre el noviciado de San Antonio tampoco, que en el interior encontraría la paz. Empezaría mi retiro, y después de un mes, o poco más, me pondría el pardo sayal y el cordón blanco de fraile y caminaría con sandalias y la cabeza afeitada, en silencio, hacia una capilla no de-

masiado bella. Pero de cualquier manera, allí tendría a Dios. Lo poseería. Le pertenecería.

Entretanto, iría a la parte alta de la ciudad. Lo mejor en que podía pensar era visitar a Lax, Rice, Gerdy y al meridional de cabeza roja, Jim Knight, todos los cuales vivían en la quinta de la colina Olean. Pero, de paso, estaría en Ithaca a ver a mi hermano en Cornell.

Acaso ésta fuera la última vez que vería a John Paul antes de entrar en el noviciado. No podía decirlo.

Era el año en que tenía que graduarse en Cornell, pero las cosas habían ido mal y no pudo graduarse. La expresión aburrida, extraviada y perpleja que arrugaba su frente, la inquietud de su porte, el estrépito sin alegría de su risa me dijeron todo lo que necesitaba saber acerca de la carrera escolar de mi hermano. Reconocí todas las señales del vacío espiritual que había seguido mis pasos de Cambridge a Columbia.

Tenía un Buick de segunda mano que guiaba de aquí para allá, todo el día, bajo las pesadas ramas colgantes de los árboles del colegio. Su vida era una peregrinación constante y desordenada de arriba abajo entre el colegio y la población del valle, de sus clases a Willard Straight Hall a sentarse en la terraza con sus condiscípulos, a beber sodas al sol y contemplar el panorama vasto y luminoso, tan brillante y fuertemente colorido como una ilustración de la Revista Nacional Geográfica. Vagaba de la biblioteca de la universidad a su aposento de la población, de allí al cine y después a todos aquellos antros de la ciudad cuyos nombres he olvidado o nunca supe, donde los estudiantes de Cornell se apostaban alrededor de las mesas en una semioscuridad insípida y ambarina y llenaban el aire con su alboroto, el humo de sus cigarrillos y el clamoreo de sus gracias aterradoras.

Sólo permanecí con él en Ithaca un par de días y cuando me levanté por la mañana para ir a misa y comulgar bajó a arrodillarse conmigo y oír misa y me vio ir a comulgar. Me dijo que había hablado con el capellán de los estudiantes católicos, pero no pude aclarar si su atracción verdadera era la fe, o el hecho de que el capellán estaba interesado en volar. John Paul, como supe más tarde, bajaba muchos días al aeropuerto de Ithaca para aprender a volar en un avión.

Después que hubimos desayunado volvió al colegio para sufrir un examen en una materia de Historia Oriental o Literatura Rusa y yo subí al ómnibus que debía llevarme a Elmira, en donde tomaría el tren para Olean.

La quinta estaba llena; eso quería decir que había muchos

más platos sucios apilados en la cocina después de aquellas comidas peligrosas de sospechosas carnes fritas. Pero cada uno estaba atareado con algo y los bosques seguían tranquilos y el sol era tan brillante como nunca sobre el paisaje amplio y vaporoso de las montañas ondulantes frente a nosotros.

En seguida llegó Seymour de Nueva York con su esposa Elena y vino a la quinta Peggy Wells, y más tarde Nancy Flagg, que iba a Smith y para quien Lax había escrito un poema en el *New Yorker*. Gibney y Seymour treparon hasta las copas de árboles de treinta pies y montaron allí una plataforma de unos diez pies de largo, entre los árboles, que se alcanzaba con una escalera al lado de uno de ellos. Era tan alta que Lax ni siquiera la escalaba.

Entretanto, a primeras horas de la mañana, fuera de la habitación en que vivían las muchachas, se veía a Peggy Wells sentada leyendo una de aquellas ediciones de lujo de la Biblia, como literatura, en alta voz, para sí misma. Cuando Nancy Flagg estaba allí se sentaba al sol, se peinaba el largo cabello, que era de color dorado rojizo maravilloso y que espero que nunca se cortara pues daba gloria a Dios. En aquellos días creo que Peggy Wells leía la Biblia en alta voz a Nancy Flagg. No lo sé. Más tarde Peggy Wells paseaba por los bosques rumiando sola algo sobre las *Categorías* de Aristóteles.

Rice, Knight y Gerdy se sentaban aparte, principalmente en el garaje o sus alrededores, pasando a máquina o discutiendo novelas o historias cortas comerciales. Lax se dejaba la barba, meditaba y a veces anotaba en papel pensamientos para una novela, o conversaba con Nancy Flagg.

En cuanto a mí, encontré un buen sitio donde podía sentarme en un barrote de la valla a lo largo de la calzada, contemplar las colinas lejanas y rezar el rosario. Era un lugar tranquilo y asoleado, los otros no venían mucho por allí, y no se podían oír los ruidos de la casa. Allí encontré la mayor felicidad, en aquellos días de junio.

Estaba demasiado lejos la población para ir a comulgar cada mañana... tenía que bajar dando saltos a campo traviesa. Por eso pedí a uno de mis amigos, el padre José, un padre que había ido al colegio de San Buenaventura desde Nueva York para enseñar en la escuela de verano, si podía quedarme allí un par de semanas.

Viendo que yo iba a ingresar en la Orden en agosto, no fue difícil persuadir al prefecto para que me dejara ir y que-

darme en la sala grande y arruinada del gimnasio, ocupada por tres o cuatro estudiantes pobres y seminaristas que tenían empleos temporarios en la casa como telefonistas y operarios de garaje, durante el verano.

Por ese tiempo todos los clérigos de las diferentes casas de estudios de la Provincia venían al colegio de San Buenaventura en el verano y supongo que seguirán haciéndolo, ahora que la guerra ha terminado. En aquellas semanas empecé a entrar en la vida franciscana, a gustar el sabor de cómo era este país y a conocer un poco lo agradable, alegre y suave de su vida libre de formulismo.

La escuela de verano no había empezado todavía, y los clérigos disponían de tiempo de sobra para sentarse en la escalinata de la biblioteca y gimnasio y contarme historias de cómo les había ido durante el noviciado. Comencé a tener alguna idea de una vida que era, en su apreciación, un tanto severa, pero que estaba llena de sus momentos más alegres.

El monasterio de San Antonio, decían ellos, era el lugar más caluroso que habían visto nunca; en la época de verano, la capilla era sofocante y estaba llena de un apestoso olor de cera de todas las velas encendidas. Luego había algún trabajo que hacer. Tenían que fregar pisos, lavar platos y trabajar en el jardín. Pero entonces se disponía de algún tiempo y había recreo además. Me enteré de insinuaciones humillantes que había que esperar, aquí y allá, pero todos convenían en que el superior de los novicios era una buena persona, que les gustaba. Me dijeron que también me gustaría a mí.

La impresión general que saqué fue que todo lo desagradable y duro se juntaba en el año del noviciado canónico, que después de eso las cosas se suavizaban y se hacían fáciles y agradables como eran ahora: ciertamente estos clérigos, como yo los veía, llevaban una vida que ningún esfuerzo de la imaginación podía llamar dura. Aquí vivían en este colegio, entre estas bellas colinas verdes, circundadas de bosques y campos, en un rincón de Norteamérica, donde el verano nunca es caluroso, y que abandonarían mucho antes de que llegara el tiempo frío. Disponían de mañanas y tardes enteras para leer o estudiar y había horas en que podían jugar al *baseball* o tenis o dar paseos en los bosques o hasta ir a la población, marchando de dos en dos, solamente con trajes negros y cuellos romanos.

Me contaron historias detalladas de los modos que tenían de sortear los reglamentos fáciles que prohibían la demasiada familiaridad con los seglares y, por supuesto, las buenas fa-

milias católicas caían sobre ellos en su ansiedad de invitar a los jóvenes franciscanos a ir a sentarse en sus salas de recibir y festejarlos con pasteles y bebidas dulces.

Por mi parte, ya decidía en mi mente que haría uso de todas estas oportunidades para huir a leer, rezar y escribir algo, cuando llevara mi sayal pardo y calzara esas mismas sandalias.

Entretanto, me levantaba cuando los clérigos lo hacían —supongo que no era mucho más temprano de las seis de la mañana— e iba a misa con ellos y después de todos ellos recibía la comunión; luego iba a desayunar con los empleados de la granja, donde una monjita con vestido blanco y azul nos traía harina de maíz y huevos fritos, pues llevaban la cocina unas Hermanas de una de aquellas innumerables pequeñas congregaciones franciscanas.

Después del desayuno me dirigía a la biblioteca, aspirando el aire frío matinal en tanto el rocío se fundía en las praderas. El padre Ireneo me daba la llave del aula de filosofía y allí podía pasar la mañana muy solo, leyendo a Santo Tomás, a mi gusto, con un crucifijo de madera grande y sencillo al extremo del aula para que yo lo mirara cuando levantaba los ojos del libro.

No creo que haya sido tan feliz en mi vida como lo era entonces en aquella biblioteca silenciosa, volviendo las páginas de la primera parte de la *Summa Theologica* y aquí y allá sacando notas de la bondad, la omnipresencia, la sabiduría, el poder, el amor de Dios.

Por la tarde penetraba en los bosques o iba a lo largo del río Alleghany, que fluía entre los árboles, bordeando el fondo de los extensos pastos.

Volviendo las hojas de *Vidas de los Santos*, de Butler, había buscado algún nombre para tomar en la religión —en verdad, era un problema en que había empleado una cantidad indebida de tiempo—. La provincia era grande, y había tantos frailes en ella que habían tomado todos los nombres... no se podía encontrar un nombre que algún otro que ya no llevara. Sabía de antemano que no podía ser un Juan Bautista o un Agustín o Jerónimo o Gregorio. Tendría que encontrar algún nombre extranjero como Paphnutius (que era la sugerencia del padre Ireneo). Finalmente di con un franciscano que se llamaba Bl. Juan Español y pensé que sonaría espléndidamente.

Consideraba la posibilidad de corretear con mi sayal pardo y sandalias, me imaginaba que oía al superior de los novicios diciendo: "Hermano Juan Español, vaya allí a fregar aquel

piso." O bien que sacaba la cabeza de su habitación y decía a uno de los otros novicios: "Vé a buscar al hermano Juan Español y tráelo acá", y luego iba yo humildemente por el corredor, con mis sandalias —o más bien *nuestras sandalias*—, con la vista baja, con el porte rápido pero correcto de un joven fraile que sabía su obligación: el hermano Juan Español. Ello hacía un cuadro agradable.

Cuando regresé a la quina de la colina y tímidamente admití que pensaba que tomaría el nombre de hermano Juan Español, Seymour por lo menos creyó que era una buena elección. Seymour tenía debilidad por todo lo que parecía contener alguna alusión y acaso en el fondo de su mente pensaba en Torquemada y en la Inquisición, aunque no creo que el Juan Español en cuestión tuviera nada que ver con eso. Pero he olvidado de dónde era aquel santo en la historia.

Toda esta preocupación de elegir un nombre caprichoso puede parecer que no es más que inocente tontería, y supongo que sea así. Pero, sin embargo, ahora me doy cuenta de que era un signo de defecto profundo y radical en la vocación que así llenaba mi corazón y ocupaba mi imaginación en esos días de verano de 1940.

Es verdad que era llamado al claustro. Esto se había hecho abundantemente claro. Pero las disposiciones con que me preparaba ahora para entrar en el noviciado franciscano eran mucho más imperfectas de lo que podía comprender. Escogiendo a los franciscanos había seguido lo que era en apariencia una atracción perfectamente legítima... una atracción que pudiera muy bien haber sido un signo de la voluntad de Dios, aun cuando no era tan completamente sobrenatural como pensaba. Había elegido esta Orden porque creía que podría soportar su Regla sin dificultad, porque me atraía la vida de la enseñanza y literatura que brindaría y mucho más por el medio ambiente en que viviría con toda probabilidad. Dios muy a menudo acepta disposiciones que no son mejores que éstas, y aun algunas que son mucho peores, y las convierte en una verdadera vocación a Su tiempo.

Pero conmigo no tenía que ser así. Tenía que ser guiado por un camino que no podía entender, tenía que seguir una senda que estaba más allá de mi elección. Dios no quería nada de mis gustos naturales, caprichos y selecciones hasta que se hubiesen apartado de su antiguo rumbo, de sus viejos hábitos y dirigido hacia Él, por Su propia obra. Mi elección natural, mi gusto en escoger un modo de vida, eran del todo indignos de confianza. Ya mi egoísmo se afianzaba y reclamaba toda

esta vocación para sí, revistiendo el futuro con toda clase de placeres naturales y satisfacciones que fortalecerían y defenderían mi yo contra las molestias y preocupaciones de la vida en el mundo.

Además, dependía casi enteramente de mis fuerzas y de mis virtudes —¡como si tuviera algunas!— para hacerme un buen religioso y vivir según mis obligaciones en el monasterio. Dios no quiere eso. No nos pide que abandonemos el mundo como un favor a Él.

Dios llama a los hombres —no sólo religiosos, sino a todos los cristianos— para ser la "sal de la tierra". Pero el sabor de la sal, dice San Agustín, es una vida sobrenatural y perdemos nuestro sabor si, dejando de confiar en Dios, sólo nos guiamos, en nuestras acciones, por el mero deseo de bienes temporales o por el temor de su pérdida: "No seáis solícitos, por lo tanto, diciendo qué comeremos o qué beberemos o con qué nos vestiremos. Pues tras todas estas cosas van los paganos. Vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas." Y decía a todos: "Si cualquiera quiere seguirme, niéguese a sí mismo y lleve su cruz diariamente y sígame. Pues quienquiera que salve su vida la perderá; pero el que pierda su vida, por mi amor, la salvará."

No importa en qué Orden religiosa entra un hombre, ni si su Regla es fácil o rigurosa, eso poco importa; si su vocación ha de ser realmente fructífera debe costarle algo, debe ser un sacrificio real. Debe ser una cruz, una renunciación verdadera de los bienes naturales, hasta de los bienes naturales más altos.

Puesto que yo era la persona que era, y puesto que estaba tan perfectamente adherido a los bienes materiales y tan inmerso en mi propio yo, tan lejos de Dios y tan independiente de Él, tan dependiente de mí mismo y mis poderes imaginarios, era necesario que no ingresara en un monasterio sintiendo de la manera que sentía respecto a los franciscanos.

La verdad era simplemente ésta: hacerme franciscano, especialmente en aquel preciso momento de la historia, no significaba en absoluto sacrificio alguno, por lo que a mí se refería. Aun la renunciación de los placeres legítimos de la carne no me costaba tanto como pudiera parecer. Había sufrido tanta tribulación e inquietud por su causa que me regocijaba ante la perspectiva de paz, ante una vida protegida del fuego y angustia de la pasión con el voto de castidad.

Aun esto era una merced más bien que motivo de dolor... tanto más era así cuanto que imaginaba, en mi estúpida inex-

periencia, que la lucha contra la concupiscencia había sido ganada ya, que mi alma era libre, que tenía poco o nada de qué preocuparme ya.

No, todo lo que tenía que hacer sería entrar en el noviciario, sufrir un año de molestias tan ligeras que apenas se notarían y, después de eso, todo estaría lleno de deleites espléndidos y fáciles... amplia libertad, mucho tiempo para leer, estudiar y meditar, camino ancho para seguir mis gustos y deseos de todas las cosas de la inteligencia y el espíritu. En realidad, entraba en una vida de los más altos placeres naturales posibles: pues hasta la oración, en cierto sentido, puede ser un placer natural.

Sobre todo, debe recordarse que el mundo estaba en guerra y, aun ahora, en la quinta, nos sentábamos junto a la chimenea por la noche y comentábamos la Ley Selectiva del Servicio que pronto pasaría a Washington, ignorando cómo sería y qué haríamos con ella.

Para Lax y Gibney esta ley implicaba un problema complicado de conciencia. Se preguntaban hasta si la guerra era lícita en absoluto; y si así era, si podrían justificarse entrando como combatientes. En cuanto a mí, no había problema, puesto que estaría en un monasterio y la cuestión quedaría resuelta automáticamente...

Pienso que es muy evidente que tal vocación exigía más de una prueba. Dios no iba a consentirme escapar de las miserias del mundo yendo a un refugio de mi propia elección. Me tenía preparado otro camino. Tenía varias preguntas. Quería formularme acerca de esta vocación mía preguntas que no podría responder.

Entonces, cuando no pudiera responderlas, Él me daría las respuestas y encontraría el problema resuelto.

Era una cosa extraña: no lo tomaba como aviso; pero una noche leía el capítulo noveno del Libro de Job y quedé asombrado y aturdido por una serie de líneas que no podría olvidar:

> Y Job contestó y dijo: "En verdad sé que es así, que el hombre no puede justificarse comparado con Dios. Si Él quiere discutirle, no puede responderle, uno por mil... Es sabio en el corazón y poderoso en la fuerza: ¿quién Le ha resistido y ha tenido paz?... Él, que mueve la tierra de su sitio, y los soportes de ésta tiemblan. Él, que manda al sol y éste no se levanta: y tapa las estrellas como bajo un sello."

Era una fresca noche de verano. Estaba sentado en la calzada, fuera del garaje abierto que se había convertido en un dormitorio general, ya que no teníamos ahora coche que poner allí. Rice, Lax, Seymour y yo habíamos llevado nuestras camas allí para dormir al aire libre. Con el libro en mi regazo miraba las luces de los coches serpenteando por el camino desde el valle. Miraba la oscura silueta de las colinas arboladas y las estrellas que salían en el cielo oriental.

Las palabras del texto de la Vulgata sonaban y resonaban en mi corazón: "*Quid facit Arcturum et Oriona...*" "Qué hace Arturo y Orión y las Híades y las partes interiores del sur..."

Había algo profundo y perturbador en las líneas. Pensaba que sólo me conmovían como poesía; y sin embargo, también sentía, bastante oscuramente, que había algo personal en ellas. Dios a menudo nos habla directamente en la Escritura. Es decir, reviste las palabras llenándolas de gracias reales así que las leemos, y significados no descubiertos son súbitamente sembrados en nuestros corazones, si atendemos, leyendo con mentes que estén en oración.

No tenía aún el arte de leer de ese modo, pero, sin embargo, estas palabras tenían un oscuro fuego en ellas, de tal manera que empecé a sentirme abrasado y seco.

Si él viene a mí, no Le veré: si parte, no le comprenderé... Si me examina súbitamente, ¿quién responderá?, o, ¿quién puede decir: por qué haces Tú eso?

Había algo en las palabras que parecía amenazar toda la paz que había estado gustando los meses pasados, una especie de anuncio de acusación que levantaría el velo a realidades olvidadas. Me había dormido en mi dulce seguridad. Vivía como si Dios sólo existiera para hacerme favores temporales...

Dios, cuya cólera ningún hombre puede resistir, y ante Quien se inclinan para que sostenga el mundo.

¿Qué soy yo pues, para responderle y tener palabras con Él?

Y si Él me oyera, cuando llamo, no creería que ha oído mi voz.

Pues me aplastará en un torbellino y multiplicará mis heridas, aun sin causa...

"¡Aun sin causa!" Y mi espíritu intranquilo empezaba ya a defenderse contra este Dios irrazonable que no podía ser injusto, que no podía ser irrazonable.

Si quisiera justificarme, mi propia boca me condenará; si quisiera mostrarme inocente Él me probará que soy malvado.

...y multiplicará mis heridas, aun sin causa.

Cerré el libro. Las palabras hirieron en lo hondo. Eran más de lo que jamás podría comprender. Pero la impresión que causaron debiera haber sido como un aviso de que estaba a punto de descubrir algo sobre su significado.

El golpe era repentino.

Tenía que entrar dentro de unas semanas en el noviciado. Ya recibía aquellas últimas cartas minuciosas del superior de los novicios, con las listas impresas de las cosas que tenía que llevar conmigo al monasterio. Eran pocas. El único objeto extraño de la lista era "un paraguas".

La lista me hacía feliz. La leí y releí. Empezaba a sentir la misma excitación agradable que solía experimentar en la boca del estómago cuando estaba a punto de salir para el campo en verano...

Entonces Dios me hizo una pregunta. Me hizo una pregunta sobre mi vocación.

O mejor, Dios no tenía que hacerme preguntas. Sabía todo lo que Él necesitaba saber acerca de mi vocación. Permitió al demonio, como pienso, que me hiciera algunas preguntas, no para que el demonio obtuviera informes, sino para que yo pudiera aprender algo.

Hay una cierta clase de humildad en el infierno que es una de las cosas peores del infierno, y que está infinitamente lejos de la humildad de los santos, que es la paz. La falsa humildad del infierno es una vergüenza abrasadora inacabable ante el estigma inevitable de nuestros pecados. Los pecados de los condenados los sienten éstos como una vestidura de intolerables insultos que no pueden eludir, camisas de Neso que los abrazan para siempre y de las que no pueden desprenderse.

La angustia de este conocimiento de sí es inevitable aun en la tierra, en tanto queda algún amor propio en nosotros: porque es el orgullo que experimenta el fuego de esa vergüenza. Únicamente cuando todo orgullo, todo amor propio se ha consumido en nuestras almas por el amor de Dios, quedamos liberados de lo que es el combustible de esos tormentos. Es sólo después de haber perdido todo amor de nosotros mismos en nuestro interés cuando los pecados pasados cesan de ser para nosotros causa de sufrimiento o de la angustia de la vergüenza.

Pues los santos, cuando recuerdan sus pecados, no recuerdan los pecados sino la misericordia de Dios y, por lo tanto, aun el mal pasado se vuelve para ellos una causa presente de gozo y sirve para glorificar a Dios.

El orgulloso es quien ha de ser quemado y devorado por la horrible humildad del infierno... Pero, en tanto estamos en esta vida, hasta esa angustia abrasadora puede transformarse en gracia y debiera ser causa de gozo.

El Edén en que había vivido yo se había desvanecido. Me encontraba en extramuros. No sabía qué espadas flameantes me cerraban el paso a la puerta, cuyo nuevo hallazgo se había hecho imposible. Estaba de nuevo en el frío, desnudo y solo.

Entonces todo empezaba a alejarse, especialmente mi vocación hacia el monasterio.

No es que se me ocurriera dudar de ser franciscano, de ingresar en el claustro, de hacerme sacerdote. El deseo era más fuerte que nunca ahora que era arrojado a la oscuridad de esta soledad fría. Era prácticamente la única cosa que me había quedado, la única cosa para cubrirme y darme calor; y, sin embargo, era un alivio pequeño, porque la misma presencia del deseo me torturaba por contraste con el súbito desamparo que había surgido tormentoso de las recónditas profundidades de mi corazón.

Mi deseo de ingresar en el claustro era alivio pequeño en verdad, pues súbitamente se me había encarado la angustiosa duda, la pregunta sin respuesta: ¿Tengo yo realmente esa vocación?

De repente recordé quién era yo, quién había sido. Estaba atónito: desde setiembre último parecía haber olvidado que hubiese pecado nunca.

Y ahora de súbito me daba cuenta de que ninguno de los hombres a quienes había hablado de mi vocación sabía quién era realmente yo. No sabía nada de mi pasado. Ignoraba cómo había vivido antes de entrar en la iglesia. Me habían aceptado simplemente porque era superficialmente presentable, tenía una expresión muy franca y parecía ser sincero y tener una buena dosis de sentido y buena voluntad. Ciertamente eso no era bastante.

Ahora el terrible problema se me encaraba: "Tengo que ir a hacer saber todo esto al padre Edmundo. Acaso hará las cosas muy diferentes." Después de todo, no es bastante simple desear entrar en un monasterio.

Una atracción al claustro no es siquiera el elemento más

importante de una vocación religiosa. Uno ha de tener las adecuadas aptitudes morales, físicas e intelectuales. Tiene uno que ser *aceptado* y aceptado con ciertos supuestos.

Cuando me miraba a la luz de esta duda, empezaba a parecer rotundamente imposible que nadie en su sano juicio pudiera considerarme elemento apto para el sacerdocio.

Inmediatamente lié el petate y salí para Nueva York.

Parecía un viaje largo, muy largo, mientras el tren serpenteaba a través de los verdes valles. Al tiempo que bajábamos por el Delaware hacia Callicoon, donde los franciscanos tienen su seminario menor, el cielo se había nublado. Descendíamos lentamente y empezaron a desfilar las primeras casas del pueblo en el camino junto a la vía férrea. Un muchacho que había estado nadando en el río subía corriendo por un sendero a través de la alta hierba, huyendo del cariz de la tormenta que estaba a punto de estallar. Su madre lo llamaba desde el pórtico de una casa.

Pasó por mi conciencia vagamente el sentimiento de mi situación sin hogar.

Cuando hubimos doblado el recodo y pude ver la torre de piedra del seminario en la cúspide de la colina entre los árboles, pensé: "No viviré nunca en ti; se acabó."

Entré en Nueva York aquella noche y llamé al padre Edmundo, pero estaba demasiado ocupado para verme.

Así que marché a la casa de Douglaston.

—¿Cuándo vas al noviciado? —me preguntó mi tía.

—Acaso no vaya —dije. No me hicieron preguntas.

Fui a comulgar y recé seriamente para que se hiciera la voluntad de Dios... y así se hizo. Pero estaba entonces lejos de poderlo comprender.

El padre Edmundo escuchó lo que yo tenía que decir. Le conté mi pasado y todas las perturbaciones que había tenido. Él estuvo muy amistoso y lleno de bondad.

Pero si había abrigado alguna esperanza de que ahuyentaría todas mis dudas con una sonrisa, pronto fui desengañado. Dijo:

—Bueno, Tom, escuche: suponga que me deja pensarlo y rezar un poco. Vuelva dentro de un par de días. ¿Está bien?

—¿Dentro de un par de días?

—Venga mañana.

Esperé otro día. Mi espíritu se llenó de angustia e inquietud. Recé: "Dios mío, déjame entrar en el monasterio. Pero de cualquier modo, sea lo que quieras, hágase Tu voluntad."

Por supuesto, ahora comprendo todo el asunto. Mi espíri-

tu estaba lleno de ideas extrañas, exageradas. Me encontraba en una especie de pesadilla. No podía ver nada a derechas. Pero el padre Edmundo lo vio bastante claramente todo.

Vio que era un reciente converso a la iglesia, no hacía aún dos años. Vio que había tenido una vida desplazada, que mi vocación no era de ningún modo segura, que estaba trastornado con dudas y recelos. El noviciado estaba lleno, de todos modos. Y cuando un noviciado está abarrotado de postulantes año tras año, es oportuno reflexionar sobre la calidad de las vocaciones que van llegando. Cuando hay tal multitud, hay que tener cuidado que unos pocos que son menos deseables no floten en la marea con los demás...

Por eso, el día siguiente, me dijo con bastante bondad que yo debía escribir al Provincial y decirle que había recapacitado sobre mi solicitud.

No podía decir nada; sólo podía inclinar mi cabeza y mirar en torno mío las ruinas de mi vocación.

Hice algunas preguntas desmayadas, intentando comprender mi camino y averiguar si mi caso era del todo sin esperanza. Naturalmente, el padre no quería comprometerme ni comprometer a su Orden para nada y no pude siquiera alcanzar lo que pudiera semejar una vaga promesa para el futuro.

Parecía no haber duda de que ahora quedaba excluido del sacerdocio para siempre.

Prometí que escribiría en seguida y que ratificaría mi imperecedera lealtad a los frailes menores haciendo eso.

—Haga eso —dijo el padre—. El Provincial quedará complacido.

Cuando bajaba la escalinata del monasterio, estaba tan aturdido que no sabía qué hacer. Todo lo que pude pensar fue ir por la séptima avenida a la iglesia de los capuchinos, junto a la estación. Entré en la iglesia, me arrodillé en la parte de atrás y, viendo que había un sacerdote que confesaba, me levanté en seguida y ocupé mi sitio en la corta fila que llevaba a su confesionario.

Estuve arrodillado en la oscuridad hasta que la puerta se abrió con un golpe y vi a un sacerdote delgado, con barba, que se parecía algo a James Joyce. Todos los capuchinos de este país tienen esa especie de barba. El sacerdote no estaba de humor para aguantar tonterías y yo mismo me sentía confuso y desacertado y no podía explicarme con propiedad, de modo que él se enteró de mi historia poco claramente. Con toda evidencia decidió que yo sólo me lamentaba y procuraba burlar la decisión tomada por alguna Orden religiosa que me

había expulsado de su noviciado, probablemente por alguna buena razón.

Todo era tan sin esperanza que, por último, a pesar mío, empecé a atorarme y a sollozar y ya no pude seguir hablando. Así que el sacerdote, juzgando probablemente que yo era algún individuo emocional e inestable y estúpido, empezó a decirme en términos muy enérgicos que ciertamente no pertenecía al monasterio, todavía menos al sacerdocio y, de hecho, me dio a entender que estaba simplemente perdiendo el tiempo e insultando el Sacramento de la Penitencia justificando la piedad de mí mismo en su confesionario.

Cuando salí de esa prueba estaba completamente deshecho. No podía retener las lágrimas que corrían entre los dedos de las manos con que ocultaba mi rostro. Así recé ante el Tabernáculo y el ara a Cristo crucificado sobre el altar.

Lo único que sabía, además de mi tremenda miseria, era que ya no debía considerar que tuviese vocación para el claustro.

Capítulo 2

EL VERDADERO NORTE

I

Hacía mucho calor en Church Street. La calle estaba deshecha y el polvo giraba al sol como oro alrededor de los ómnibus serpenteantes, los camiones y taxis. Había aglomeración de gente en las aceras.

Me encontraba al amparo de los muros blancos y relativamente frescos del edificio de la nueva oficina de correo. Luego, de pronto, penetrando en la multitud, vi a mi hermano, que debía estar en Ithaca. Salía del edificio y marchaba con decisión y rápido movimiento. Casi tropezó conmigo.

—¡Oh, hola! —dijo—. ¿Sales para Douglaston? Te llevaré. Tengo el coche aquí, en la misma esquina.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

Bajo la puerta arqueada del gran edificio había proclamas de alistamiento en la Armada, el Ejército y la Infantería de Marina. La única duda en mi mente era sobre dónde había intentado alistarse.

—¿No has leído acerca del proyecto de esta nueva Reserva Naval que tienen? —dijo. Sabía yo algo de ello. Aquí intentaba él ingresar. La cosa estaba prácticamente decidida.

—Haces un crucero —explicó— y luego obtienes un nombramiento.

—¿Es tan fácil como eso?

—Bueno, presumo que tienen necesidad de hombres. Por supuesto, hay que tener estudios.

Cuando le dije que no iba a entrar en el noviciado después de todo, dijo:

¿Por qué no ingresas en la Reserva Naval?

—No —respondí—, no, gracias.

En seguida dijo: —¿Qué es ese paquete que llevas debajo del brazo? ¿Compraste libros?

—Sí.

Cuando hubo abierto el coche, rasgué el papel del paquete y saqué la caja de cartón que contenía la serie de cuatro libros, encuadernados en cuero negro y grabados en oro.

Le entregué uno de los volúmenes. Era bruñido y olía a nuevo. Las páginas estaban ribeteadas en oro. Había marcadores rojos y verdes.

—¿Qué son? —dijo John Paul.

—Breviarios.

Los cuatro libros representaban una decisión. Decían que si no podía vivir en el monasterio procuraría vivir en el mundo como si fuera un monje de un monasterio. Decían que iba a acercarme lo más próximo posible a la vida que no se me permitía llevar. Si no podía usar el hábito religioso, me uniría al menos a una Orden Tercera y haría todo lo posible para obtener una plaza enseñando en algún colegio católico, en donde podría vivir bajo el mismo techo que el Santísimo Sacramento.

Ya estaba descartado el vivir como los demás en el mundo. Ya no habría más compromisos con la vida que procuraba, a cada recodo, envenenarme. Tenía que dar mi espalda a todas estas cosas.

Dios me había alejado del claustro: era asunto Suyo.

Me había dado también una vocación para vivir la clase de vida que la gente de los claustros llevaba. Si no podía ser religioso, sacerdote... era asunto de Dios. Pero, sin embargo, quería que yo llevara un poco de la vida de un sacerdote o de un religioso.

Había dicho algo al padre Edmundo acerca de ello, en un sentido general, y él había estado de acuerdo. Pero no le hablé de los Breviarios. No se me ocurrió siquiera hacerlo. Yo había dicho: "Voy a procurar vivir como un religioso."

Él pensaba que eso estaba muy bien. Si yo enseñaba y vivía en un colegio, eso estaría perfectamente, sería magnífico. Se alegraba de que quisiera ingresar en la Orden Tercera, pero no parecía darle gran importancia.

Por mi parte, no sabía completamente qué significaba una Orden Tercera secular en la América moderna. Pero, pensando en los terciarios franciscanos de la Edad Media y en sus grandes santos, me daba cuenta de un modo oscuro de que había, o al menos debiera haber, grandes posibilidades de santificación en una Orden Tercera.

Sentía un poco de sospecha de que no resultara, después de todo, que era poco más, en las inteligencias de muchos de sus miembros, que una sociedad para ganar indulgencias. Pero, en cualquier caso, no despreciaba yo las indulgencias tampoco, ni ninguno de los demás beneficios espirituales que llegaban con el cordón y el escapulario. No obstante, iba a pasar

mucho tiempo antes de que las ganara, y mientras tanto no vacilaba en dar forma a la nueva vida que pensaba yo que Dios quería de mí.

Era un negocio difícil e incierto, empezaba de nuevo una subida larga y ardua, solo, y desde lo que parecía ser una gran profundidad.

Si alguna vez había pensado que ya estaba inmunizado frente a la pasión y que no tenía que luchar por la libertad, ya se habían desvanecido las posibilidades de tal ilusión. Parecía que cada paso que daba me llevaba penosamente hacia adelante, bajo una carga de deseos que casi me aplastaban con la monotonía de su amenaza, de la familiaridad íntima, inquisitiva de su repugnancia siempre presente.

No tenía elevadas teorías sobre la vocación de un contemplativo lego. De hecho, ya no dignificaba lo que intentaba hacer con el nombre de vocación. Todo lo que sabía era que quería gracia, que necesitaba oración para hacer todo lo que la gente hace para mantenerse junto a Él.

Ya no era posible considerarme, en abstracto, como estando en un cierto "estado de vida" que tenía relaciones técnicas especiales con los otros "estados de vida". Todo lo que me preocupaba ahora era el inmediato problema práctico de subir mi colina con esta carga terrorífica que llevaba sobre mis espaldas, paso a paso, rogando a Dios que tirara de mí y me apartara de mis enemigos y de los que procuraban destruirme.

No reflexionaba siquiera en qué medida el Breviario, el Oficio Canónico, era la oración más poderosa y efectiva que podía haber escogido, puesto que es la oración de toda la Iglesia y concentra en sí toda la fuerza de impetración de la Iglesia, centrada en torno del infinitamente poderoso Sacrificio de la Misa... de cuya joya el resto de la Liturgia es el engaste: el alma que es la vida de toda la Liturgia de todas las Especies Sacramentales. Todo esto estaba más allá de mí, aunque lo captaba al menos oscuramente. Todo lo que sabía era que necesitaba rezar el Breviario, y rezarlo cada día.

La compra de esos libros, aquel día, en la casa Benziger, fue una de las cosas mejores que hice en mi vida. La inspiración de hacerlo fue una gran gracia. Pocas cosas hay que pueda recordar que me den más gozo.

La primera vez que realmente procuré rezar el Oficio fue en la fiesta del cura de Ars, San Juan Vianney. Estaba en el tren, de regreso a Olean... a Olean, porque la quinta, por el momento, era el lugar más seguro en que podía pensar y por-

que, de todos modos, mi mejor perspectiva de un empleo estaba en el colegio de San Buenaventura.

Tan pronto como el tren estuvo en marcha y escalaba las colinas hacia Suffern, abrí el libro y empecé directamente con los Maitines, en el Oficio de un Confesor no Pontífice.

"*Venite exultemus Domino, jubilemus Deo salutari nostro...*"

Fue una experiencia feliz, aunque su alborozo estaba amortiguado y perdido bajo mis vacilaciones y confusión externa acerca de cómo desenvolverme en la maraña de las rúbricas. Para empezar, no sabía bastante para buscar las rúbricas generales al principio de la *Pars Hiemalis* y, de cualquier modo, cuando al fin las encontré, había demasiada información en caracteres menores y latín canónico oscuro para mí como para sacar mucho de ellas.

El tren descendía lentamente hacia los Catskills e iba yo de salmo en salmo, bastante fácilmente. Cuando llegué a las Lecciones del Segundo Nocturno ya me había figurado de quién era la fiesta que estaba yo celebrando.

Esto de rezar el Oficio en el tren de Erie, subiendo por el valle del Delaware, tenía que convertirse en una experiencia familiar en el año que tenía por delante. Por supuesto, descubrí la rutina ordinaria por la que se anticipan los Maitines y los Laudes la noche del día anterior. Generalmente, entonces, en mi camino de Nueva York a Olean, rezaba las Horas Menores alrededor de las diez de la mañana cuando el tren había pasado Port Jervis y viajaba por la base de las colinas empinadas y arboladas que bordeaban el río a ambos lados. Si levantaba mi vista de las páginas del libro, veía el sol brillando en los árboles y rocas húmedas, centelleando en la superficie del bajo río y jugando con el follaje del bosque a lo largo del camino. Todo esto era muy parecido a lo que el libro me estaba cantando, de suerte que todo elevaba mi corazón a Dios.

Tú mandas las primaveras a los valles: por en medio de las colinas las aguas pasarán... Encima de ellas morarán los pájaros del aire, de entre las rocas lanzarán sus voces. Tú riegas las colinas desde Tu alta mansión: la tierra se llenará con el fruto de Tus obras... Los árboles se llenarán y los cedros del Líbano que Él ha plantado: allí las golondrinas harán sus nidos. El más alto de los cuales es la casa de la garza. Las altas colinas son un refugio para los cervatos, las rocas para las cabras... Todos esperan de Ti que les des comida en sazón. Lo que les des lo recogerán: cuando abras Tu mano todos

se llenarán de bien... Les mandarás Tu espíritu y se procrearán y renovarán la faz de la Tierra.

Sí, y desde lo íntimo de su esencia Dios empezó a llenarme de gracia en aquellos días, gracia que brotaba desde lo hondo de mí, no sabía cómo ni dónde. Pero, sin embargo, podría, después de no muchos meses, darme cuenta de qué había, en la paz y la fuerza que crecían en mí, por mi constante inmersión en este ciclo tremendo, inacabable de plegaria, renovando siempre su vitalidad, sus energías inagotables y dulces, de hora en hora, de estación en estación en su eterno rodar. Y yo, arrastrado a ese ambiente, a ese movimiento universal profundo y vasto de oración vitalizadora, que es Cristo rezando en los hombres a su Padre, no podía menos de empezar finalmente a vivir, a conocer que estaba vivo. Mi corazón no podía sino gravitar dentro de mí: "Cantaré al Señor mientras viva; cantaré alabanzas a mi Dios en tanto conserve mi ser. Que mi palabra Le sea aceptable, y me deleitaré en el Señor."

Verdaderamente, mandaba Su Espíritu, murmurando Su Palabra divina y uniéndome a Él a través de su Espíritu que precedía a la palabra hablada dentro de mí. Así que los meses pasaban, no podía menos de comprenderlo.

Luego, cuando acababa las Horas Menores y cerraba el Breviario, al fin de la hora de Nonas, recitando las *Sacrosancte*, y miraba por la ventana para ver el seminario de Callicoon aparecer momentáneamente en su distante cumbre, al final de un largo curso de río, ya no sentía tanta angustia y pesar por no estar en el monasterio.

Pero me voy adelantando en mi historia, pues en estos días, a fines del verano de 1940, no era todavía así. El Breviario era difícil de aprender, cada paso era esfuerzo y confusión, para no mencionar los errores y perplejidades en que me encontré. Sin embargo, el padre Ireneo me ayudaba a orientarme, me decía cómo las varias fiestas se combinaban, cómo rezar las primeras Vísperas para la fiesta adecuada, y todas las demás cosas que uno necesita averiguar. Aparte de él, no obstante, no hablé del Breviario a ningún otro sacerdote. Me callaba acerca de él, temiendo que alguien se burlara de mí o pensara que yo era un excéntrico o que intentara escamotearme mis libros con algún pretexto. Habría ido mejor si hubiese obrado bajo la guía de un director, pero no tenía tal comprensión en aquellos días.

Entretanto, me puse mi mejor traje azul y fui a campo tra-

viesa hasta San Buenaventura, a hablar con el padre Thomas Plassman, que era el director del colegio y la imagen de la benevolencia. Escuchó atenta y serenamente mis respuestas a sus preguntas, llenando una silla con su enorme corpulencia y mirándome a través de sus lentes con un rostro bondadoso de líneas pontificias, dispuesto para sonrisas lo bastante paternales para abarcar un arzobispado. El padre Thomas era un magnífico prelado y, en verdad, todos los estudiantes y seminaristas de San Buenaventura le tenían un gran respeto por su erudición y piedad.

Allá en Olean su reputación era aun mayor. Un día alguien me dijo al oído que el padre Thomas era la tercera persona más culta de Norteamérica. No pude descubrir quiénes eran los otros dos que iban delante de él, ni cómo era posible determinar quién era el más culto, ni qué podía eso significar con precisión.

Pero, de cualquier modo, me dio una plaza en el colegio de San Buenaventura, de enseñanza de inglés, pues coincidió que el padre Valentine Long, que escribía libros y enseñaba literatura a los estudiantes de segundo curso, fue trasladado a Holy Name College, en Washington.

En la segunda semana de setiembre, con un baúl lleno de libros, una máquina de escribir y el viejo fonógrafo portátil que había comprado cuando aún estaba en Oakham, me trasladé al pequeño cuarto que me fue asignado en el segundo piso del edificio grande de ladrillo rojo, que servía de dormitorio y de monasterio. Por mi ventana podía ver más allá de la fachada de la capilla el jardín, los campos y los bosques. Había un pequeño observatorio astronómico, allá, detrás de los invernáculos, y en lontananza, podía uno decir dónde se encontraba el río por la fila de árboles al final de la dehesa. Más lejos de eso estaban las colinas altas, arboladas, y mi mirada iba hasta el Valle de las Cinco Millas, más allá de las granjas, hasta las rocas de Martinny. Mis ojos a menudo vagaban por allá y reposaban en aquel escenario pacífico; el paisaje se asociaba a mis oraciones, pues con frecuencia rezaba mirando por la ventana. Y hasta por la noche la diminuta luz resplandeciente de una distante ventana de granja del Valle de las Cinco Millas atraía mis ojos, la única cosa visible en la negra oscuridad, en tanto me arrodillaba en el suelo y decía mi última plegaria a Nuestra Señora.

Mientras los meses pasaban, empecé a libar poemas de aquellas colinas.

Pero la habitación no era tranquila, tampoco. Estaba pre-

cisamente en un rincón junto a la escalera, y cuando alguno de nuestro piso era llamado por teléfono, alguien subía precipitado por las escaleras y metía su cabeza en el corredor, junto a mi puerta, y gritaba a la sala resonante. Todo el día oía voces berreando, "¡Eh, Cassidy!, ¡Eh, Cassidy!", pero no hacía caso. No me impidió hacer doble trabajo en aquella habitación, en un año, del que había hecho el resto de mi vida.

Me asombraba con qué rapidez mi vida entraba en un plan de organización fructífera y agradable, bajo el mismo techo que estos frailes, en esta casa dedicada a Dios. La explicación de esto era, por supuesto, el corazón de la casa, difundiendo su vida a través de ella desde el tabernáculo de la capilla; y también el Oficio que recitaba cada día era otra explicación. Por último, el hecho de mi retiro.

Por esta época había logrado desembarazarme de todo los hábitos y lujos que las personas del mundo creen que necesitan para su comodidad y diversión. Mi boca estaba por fin limpia del color amarillo, y el sabor quemado de la nicotina había aclarado mis ojos de los focos grises del cine, de modo que ahora mi gusto y mi visión estaban limpios. Había arrojado los libros que me envenenaban el corazón. Mis oídos habían sido expurgados de todos aquellos ruidos salvajes y furiosos y habían entrado en la paz, la paz... a no ser por aquel grito, "¡Eh, Cassidy!", que después de todo, no importaba gran cosa.

Lo mejor era que mi voluntad estaba en orden, mi alma en armonía consigo misma y con Dios, aunque no sin lucha, no sin algún precio. Pero era un precio que tenía que pagar, o perder mi vida del todo, por lo que no había otra alternativa que esperar con paciencia y dejarme moler entre las dos piedras de molino, superior e inferior, de las dos leyes en conflicto dentro de mí. Ni siquiera podía gustar nada del sentimiento de que esto es realmente un martirio lleno de mérito y agradable a Dios. Todavía estaba demasiado obsesionado con la dificultad desnuda y cabal de ello, y la aplastante humillación que se encaraba conmigo a todas horas. *Peccatum meum contra me est semper.*

Sin embargo, a pesar de todo eso, habitaba en mí la certidumbre profunda y segura de libertad, la certeza moral de la gracia, de la unión con Dios, que engendraba la paz que no podía destruirse ni ensombrecerse por ninguna necesidad de estar preparado y dispuesto al conflicto. Esta paz lo recompensaba todo. Lo valía todo. Cada día me llevaba de nuevo a los altares de Cristo, a mi Pan diario, aquel manjar sano, infi-

nitamente santo, poderoso y secreto que limpiaba y fortalecía continuamente mi enfermo ser y nutría, con su infinita vida, las destrozadas fibras de mi moralidad.

Estaba escribiendo un libro... apenas era un libro... y tenía que preparar las clases. Este último trabajo era el que contenía más salud, satisfacción y recompensa. Tenía tres clases grandes de estudiantes de segundo curso, nueve estudiantes en total, para hacerles recorrer la literatura inglesa desde Beowulf hasta el Renacimiento Romántico en un año. Algunos de ellos ni siquiera sabían deletrear. Pero eso no me preocupaba mucho, y no podía alterar mi satisfacción con *El campesino de los muelles* y el *Cuento del sacerdote y la monja* y *Sir Gawain y el Caballero Verde*: volvía de nuevo a aquel ambiente que me había fascinado de niño, la Edad Media serena, sencilla y jocosa, no la Edad Media apolillada del laúd y los duendes de Tennyson, sino la verdadera Edad Media, los siglos doce, trece y catorce, llenos de frescor y sencillez, tan puros como el pan de trigo, el vino de uva, los molinos de agua y las carretas tiradas por bueyes; la edad de los monasterios cistercienses y de los primeros franciscanos.

Así, en mi ingenuidad, estaba de pie y hablaba sobre todas estas cosas en aquellas aulas llenas de futbolistas con largos nombres impronunciables; porque veían que me gustaba mi materia, lo aguantaban y hasta hacían una cantidad de trabajo para mí sin quejarse demasiado.

Las clases eran una extraña mezcla. Sus mejores elementos eran los futbolistas y los seminaristas. Los futbolistas eran principalmente becarios, no tenían mucho dinero y se quedaban por la noche la mayoría del tiempo. Como grupo, eran los de mejor complexión y mejor humor y trabajaban tan intensamente como los seminaristas. Eran también los más habladores. Les gustaba hablar de estos libros cuando los movía yo a discutir. Les gustaba abrir sus bocas y soltar observaciones rudas, serias y burlonas a veces, sobre la conducta de estas figuras de la literatura.

También algunos de ellos eran católicos fuertes y piadosos, con almas llenas de fe, sencillez, honradez y convicción, pero sin la violencia e intemperancia que nacen del mero prejuicio. En Columbia había estado muy de moda despreciar a los futbolistas como estúpidos, y no sostengo que sean, como clase, genios. Pero los de San Buenaventura me enseñaron mucho más sobre la gente de lo que yo les enseñé sobre los libros, y aprendí a tener bastante respeto y afecto por estos hombres rudos, formales, de buena naturaleza y pacientes,

que tenían que trabajar tan duramente y sufrir tantas magulladuras y maldiciones para entretener a los frailes y los alumnos en el campo de fútbol y hacer propaganda para la escuela.

No sé qué ha sido de todos ellos. ¿Cuántos murieron en África o Las Filipinas? ¿Qué le pasó a aquel Mastrigiacomo de pelo negro, sarcástico, que me confiaba todas sus ambiciones de ser un director de orquesta, o a aquel Chapman larguirucho, de rostro gatuno, bellaco, a quien vi una noche, después de un baile, mascando un jamón? ¿Qué ha sido de Quinn, aquel irlandés grande y tranquilo, o de Woody McCarthy con su larga nariz bulbosa, sus cejas llenas de perplejidad y sus ocurrencias ásperas? Red Hagerman no era católico y parecía, como los futbolistas, grande, alegre y musculoso; se lo creería en los diecinueve o veinte años. Se marchó y se casó a finales del año aquel. Otro, llamado "Red", era Red McDonald, uno de los mejores estudiantes de la clase: un joven irlandés serio, con rostro franco, lleno de sinceridad y dado al trabajo duro. Y aquel muchacho polaco, grande, de cara redonda, cuyo nombre he olvidado, que asía la cola de una vaca que lo arrastraba por toda la dehesa, el día de la fiesta de la cerveza de los estudiantes de segundo curso, al fin del año.

Los estudiantes más inteligentes eran los seminaristas o los que iban a ingresar en el seminario, y eran los más pacíficos. Se cuidaban mucho de sí mismos y hacían apuntes esmerados, que uno podía estar relativamente seguro que eran trabajos suyos originales. Probablemente ahora son todos sacerdotes.

El resto de la clase era una mezcla de toda clase de gentes. Algunos de ellos enojados, algunos sin un penique y de trabajo duro, algunos ricos y callados y demasiado aficionados a la cerveza. Algunos de ellos gustaban de tocar los tambores y sabían hacerlo. A otros les gustaba tocarlos y no sabían. Algunos eran buenos bailarines y bailaban bastante. Otros sólo iban a la parte alta de la ciudad y hacían tocar las máquinas automáticas hasta el último minuto antes de medianoche, en que regresaban al colegio con precipitación de pánico para llegar antes de la hora límite. Uno de ellos, Joe Natsir, creía que era comunista. No supongo que tuviera una idea muy clara de lo que era un comunista. Un día se durmió en la clase y uno de los futbolistas le dio un puntapié.

De todo el conjunto, no podría decirse que fueran muy diferentes de los estudiantes que había conocido en otros colegios. Con unas pocas excepciones, ciertamente no eran más

santos. Se emborrachaban otro tanto, pero hacían más ruido acerca de ello y tenían menos dinero que gastar y estaban trabados por la necesidad de volver al dormitorio a una cierta hora. Dos veces a la semana tenían que levantarse para oír misa, que era una carga para muchos de ellos. Sólo muy pocos oían misa y comulgaban cada día, aparte de los seminaristas.

Sin embargo, la mayoría de ellos se adhería con convicción a la fe católica, con una lealtad que era decidida y callada. Era difícil decir con precisión cuánto era esa lealtad asunto de fe consciente y cuánto se basaba en la adhesión a su clase y ambiente social; pero eran muy definidos en ser católicos. No podía uno decir de ellos que, en conjunto, llevaran vidas más allá del nivel ordinario que se requiere de un cristiano. Algunos de los más inteligentes me salían a veces con manifestaciones que demostraban que no habían penetrado más abajo de la superficie del catolicismo y que no apreciaban realmente su espíritu... Uno, por ejemplo, discutía que la virtud de la humildad era una tontería, que le minaba a un hombre toda su vitalidad e iniciativa. Otro no creía que hubiera cosas tales como los demonios...

Todos ellos estaban tranquilos en su convicción de que el mundo moderno era el grado más elevado alcanzado por el hombre en su desarrollo y que nuestra civilización presente dejaba muy poco que desear. Me pregunto si los acontecimientos de 1943 y los dos años siguientes hicieron algo para cambiar sus opiniones.

Aquel invierno, cuando yo estaba hablando de la Inglaterra de Langland, Chaucer, Shakespeare y Webster, la máquina de guerra de la Alemania totalitaria se había empañado en devorar aquella isla y, mañana tras mañana, cuando miraba el *Times* de Nueva York en la biblioteca, entre las clases, leía los titulares acerca de las ciudades que habían sido destrozadas por las bombas. Noche tras noche el enorme casco oscuro de Londres reventaba en amplias áreas de llama que convertía sus edificios en cráteres vacíos y resquebrajaba aquellas millas y más millas de barrios bajos. Alrededor de la iglesia de San Pablo, la antigua ciudad estaba devastada, y no había acre de Wetminster, Bloomsbury, Camden Town, Mayfair, Bayswater, Paddington, que no tuviera sus profundas cicatrices. Coventry estaba arrasada hasta los cimientos. Bristol, Birmingham, Sheffield, Newcastle estaban todas bombardeadas y la tierra cubierta de sangre y humo.

El clamor de ese temible castigo, fruto de la civilización moderna, penetraba en los oídos y mentes de muy pocos del

colegio de San Buenaventura. Los frailes comprendían algo de lo que pasaba, pero se perdían, en su mayor parte, en debates políticos vanos si hablaban de ello. Los estudiantes estaban más interesados en el cine, la cerveza y las muchachitas remilgadas que corrían por Olean con medias cortas, aun cuando la nieve tenía espesor en el suelo.

Creo que fue en noviembre cuando nos alistamos todos, estudiantes y profesores seglares, en De la Rochelle Hall y dimos nuestros nombres para ser reclutados. El expedienteo fue extraordinariamente tranquilo e intranscendente. La sala no estaba llena. Ni siquiera sufrió uno el fastidio de la espera.

Di mi nombre y edad y todo lo demás, y me dieron una tarjeta blanca. Esto no acercaba mucho la guerra.

Pero era bastante para recordarme que no iba a disfrutar de esta vida agradable, segura y estable para siempre. En verdad, acaso ahora que acababa de empezar a gustar mi seguridad se me quitaría de nuevo y sería devuelto al centro de la violencia, incertidumbre y blasfemia y al libre juego de la cólera y odio y toda pasión, peor que antes. Sería el pago de mis veinticinco años: era esta guerra lo que yo había ganado en el mundo. Apenas podía quejarme de que fuera arrastrado a ella.

II

Si todos éramos empujados a la vorágine de aquella lucha, se hacía lenta y gradualmente. Quedé sorprendido cuando mi hermano fue devuelto al área sólida de paz... paz relativa. Era una noche lluviosa de otoño cuando apareció en Olean en un nuevo y reluciente Buick convertible, con una cubierta negra larga y un chasis que casi tocaba el suelo del camino, construido para velocidad grande y silenciosa. Estaba provisto de focos y, en cuanto a mi hermano, no iba de uniforme.

—¿Qué hay de la Armada? —le pregunté.

Resultó que no daban nombramiento en la reserva naval con tanta facilidad como él había supuesto. Había tenido algunas discrepancias con sus oficiales superiores y, al final de un viaje a las Indias Occidentales, y después de un cierto examen, mi hermano y la reserva naval se habían dado el gusto mutuo de acabar con la alianza.

Yo no lo sentía.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Esperar hasta que te recluten?

—Creo que sí —dijo.

—¿Y entretanto?...

—Puede que vaya a México —dijo—. Quiero sacar algunas fotos de aquellos templos mayas.

Y allí fue cuando el tiempo se puso frío: a Yucatán, a descubrir una de aquellas ciudades perdidas en la selva y sacar un montón de fotocromos de aquellas piedras malditas, empapadas con la sangre que antaño se vertía en honor de los demonios por las generaciones olvidadas de indios. No se liberó de su inquietud en México ni en Yucatán. Sólo la aumentó entre aquellos volcanes azules.

La nieve pronto llega al colegio de San Buenaventura, y solía yo rezar las horas menores del Breviario entrando en los senderos profundos y no hollados a lo largo del borde del bosque, hacia el río. Nadie venía nunca a perturbarme en aquel gran silencio, bajo los árboles que formaban una iglesia rudimentaria y callada sobre mi cabeza, entre mí y el cielo. Se estaba maravillosamente allí cuando los días eran brillantes, aun cuando el frío mordía las raíces de mis uñas en tanto sostenía el Breviario en las manos. Podía levantar la vista del libro y recitar las partes que ya sabía de memoria, contemplando las centelleantes colinas cubiertas de nieve, blancas, doradas y pobladas de bosques claros, destacándose brillantes contra el deslumbrador cielo azul. ¡Oh, Norteamérica, cómo empecé a amar a tu tierra! ¡Cuántas millas de silencios ha hecho Dios en ti para la contemplación! ¡Si la gente sólo comprendiera para qué son realmente tus montañas y bosques!

Llegó el año nuevo, 1941. En su enero, tenía que cumplir mi vigésimo sexto aniversario y entrar en mi vigésimo séptimo, el año más trascendental.

Ya en febrero, o antes, se me ocurrió la idea de que podría hacer un retiro en algún monasterio por semana Santa y Pascua florida. ¿Dónde sería? El primer lugar que vino a mi mente fue la abadía trapense de que me había hablado Dan Walsh, en Kentucky. Tan pronto como lo pensé vi que era la única elección. Allí necesitaba ir. Algo se había despertado, en mi interior, en los meses últimos, algo que requería, que pedía al menos una semana en aquel silencio, en aquella austeridad, rezando juntamente con los monjes en su coro frío.

Mi corazón se ensanchó de expectación y felicidad.

Entretanto, de repente, un día, a principios de la Cuaresma, comencé a escribir poemas. No puedo citar ninguna causa especial de las ideas que empezaron a agolparse en mí de

todos los lados. Había estado leyendo al poeta español García Lorca, por cuya vena poética sentía la mayor simpatía; pero eso no era bastante, en sí, para explicar todas las cosas que ahora empezaba a escribir. En las primeras semanas de cuaresma, el ayuno que me impuse —que no era mucho, pero al menos llegaba al nivel exigido por la iglesia a un cristiano ordinario que no eludiera sus obligaciones con algún privilegio al cual no estaba yo autorizado—, en lugar de entumecer mi mente, la libertó y pareció dar rienda suelta a mi lengua.

A veces, varios días acometía una hora, escribiendo un nuevo poema diario. No eran todos buenos, pero algunos de ellos eran mejores que los que antes había escrito. Al final no rechacé más que media docena. Y habiendo mandado muchos de los otros a varias revistas, por último tuve la alegría de ver uno o dos de ellos aceptados.

A finales de marzo escribí a los trapenses de Gethsemaní pidiendo ir allí a pasar un retiro por Semana Santa. Apenas había recibido su contestación, diciéndome que se alegrarían de tenerme allí, cuando llegó otra carta.

Era de la Caja de Reclutamiento, anunciándome que mi número correspondía al ejército.

Quedé sorprendido. Había olvidado el reclutamiento, o, más bien, había hecho cálculos que alejaban esto hasta por lo menos después de Pascua. Sin embargo, había tomado mi posición con respecto a la guerra y sabía lo que tenía que hacer en conciencia. Redacté mis respuestas a los cuestionarios con paz en mi corazón, sin esperar que ello importara mucho a mi caso.

Hacía unos ocho años que habíamos levantado bandera en la escuela superior de Columbia, que los rojos habían vociferado y pateado en la tribuna y todos en alta voz habíamos aceptado un compromiso de no ir a luchar en ninguna clase de guerra. Ahora Norteamérica se movía hacia una posición de entrada en una guerra como aliada de países atacados por los nazis; y los nazis tenían, como aliada, a la Rusia comunista.

Entretanto, en aquellos ocho años me había formado una conciencia. Si me había opuesto a la guerra antes, era más sobre la base de la emoción que otra cosa. Mi oposición incondicional había sido, por consiguiente, estúpida en más de un aspecto. Por otra parte, no cometía la equivocación de balancearme de un extremo emocional al otro. Esta vez, hasta donde me era posible, sentía que era llamado aclarar mi posición como un deber moral.

Para expresarlo en términos menos abstractos y altisonan-

tes: Dios me pedía, a través de la luz y la gracia que me había dado, que manifestara cómo me encontraba en relación con las acciones de los gobiernos, ejércitos y estados de este mundo agobiado con las angustias de su propia maldad ciega. No me pedía que juzgara a todas las naciones del mundo, ni dilucidara todos los motivos políticos y morales de detrás de sus acciones. No exigía que tomara una decisión crítica definiendo la inocencia y culpabilidad de todos aquellos interesados en la guerra. Me pedía que tomara una elección que significara un acto de amor hacia su verdad, su bondad, su caridad, su Evangelio, como individuo, como miembro de su Cuerpo místico. Me pedía que hiciera, con mi mejor conocimiento, lo que creía yo que Cristo haría.

Para ser justa una guerra, debe ser una guerra defensiva. Una guerra de agresión no es justa. Si Norteamérica entraba en la guerra ahora, ¿sería una guerra de agresión? Supongo que si se quisiera sutilizar acerca de ello, podría sacarse a relucir un argumento a ese efecto. Personalmente yo no podía ver que fuera otra cosa que legitimar la autodefensa. ¿Cómo legitimarla? Para responder a eso habría tenido que ser un teólogo moral, un diplomático, un historiador, un político y probablemente también un vidente del pensamiento ajeno. Y todavía no habría alcanzado más que una respuesta de probabilidad. Puesto que existía una evidencia probable tan fuerte de que nos defendíamos a nosotros mismos, eso resolvía la cuestión por lo que a mí se refería.

Tenía más de una duda sobre la cuestión de si era realmente necesaria o no. ¿Teníamos en realidad que ir a la guerra? Muchos se hacían esa pregunta, y un debate un poco acalorado acerca de ello tenía lugar entre los frailes de San Buenaventura. Por lo que pude ver, era una pregunta que ningún individuo particular era capaz de responder: la situación se hacía bastante grave y era necesario dejar al gobierno que decidiera. Los hombres de Washington sabían probablemente lo que pasaba mejor que nosotros, y si, en una situación tan oscura como era ésta, y tan peligrosa, creían que la guerra iba a ser necesaria... ¿qué podíamos hacer con ello? Si nos llamaban al ejército, yo no podía en absoluto negarme a ir.

La duda última y más crucial sobre la guerra era la moralidad de los medios empleados en la lucha: el bombardeo de ciudades abiertas, la matanza en masa de la población civil... A mi juicio, había muy poca duda acerca de la inmoralidad de los métodos usados en la guerra moderna. La defensa propia es buena, y una guerra necesaria es lícita; pero los métodos

que descienden a la barbarie total y a la matanza despiadada y sin discernimiento de los no combatientes, prácticamente indefensos, son difíciles de considerar como otra cosa que pecados mortales. Ésta era la cuestión más difícil de resolver de todas.

Afortunadamente, la ley de reclutamiento estaba redactada de tal modo que no tuve que resolverla. Pues había una disposición destinada a los que querían cooperar en la defensa del país sin tener que matar. Diré que no podía prever lo que significarían esas disposiciones en la práctica real, pero parecían acertadas en la letra, y lo menos que podía hacer era aprovecharme de ellas.

Por consiguiente, arreglé mis papeles con una solicitud para que se me considerara como un opositor no combatiente; es decir, como uno que se incorporaría de buena gana al ejército y serviría en el cuerpo médico, o de camillero, o de asistente de hospital o cualquier cosa así, en tanto no tuviera que arrojar bombas sobre ciudades abiertas o matar a otros hombres.

Después de todo, Cristo dijo: "Cualquier cosa que hayáis hecho al menor de estos hermanos míos, me lo hicisteis a mí." Sé que no es criterio de la Iglesia aplicar esto literalmente a la guerra... ni, por el contrario, que la guerra se considere como una operación quirúrgica social penosa, pero necesaria, en la que uno mata a su enemigo no por odio, sino por el bien común. Todo esto es muy bonito en la teoría. Pero hasta donde podía yo alcanzar, puesto que el gobierno brindaba aparentemente una oportunidad a los que querían servir en el ejército sin matar a otros hombres, podía soslayar toda cuestión y seguir lo que me parecía que era un camino mejor.

Después de todo, podría convertir una situación mala en un fuente de mucho bien. En el cuerpo médico —si allí me incorporaban— no estaría dispensado de los peligros que amenazaran a los demás hombres, y al mismo tiempo podría ayudarlos, realizar actos de misericordia, superar el mal con el bien. Podría fermentar el grueso de la miseria humana con la caridad y la misericordia de Dios, y el asunto amargo, feo e inmundo de la guerra podría transformarse en la ocasión de mi santificación y del bien de los demás hombres.

Eran las últimas horas de una tarde fría. Las capas heladas de nieve cubrían las aceras, en las goteras, delante de los pequeños edificios de un solo piso de State Street. De repente, Bob O'Brien, el plomero de la casa de Olean, que vivía en Alleghany y que solía arreglar las cañerías cuando se des-

componían en la quinta, pasó en su coche. Se detuvo para llevarme.

Era un hombre de familia, grande, jovial, con pelo cano y varios hijos que servían de monacillos de la iglesia de San Buenaventura de Alleghany, y así que salíamos de la población a la ancha carretera iba conversando de cosas pacíficas y ordinarias.

El campo se ensanchaba delante de nosotros. El sol poniente brillaba con tonos de sangre en las cimas de las colinas, pero la nieve en los valles y cañadas era azul y hasta purpúrea con sombras. A la izquierda del camino, las antenas de la estación de radio se elevaban al firmamento puro, y lejos, frente a nosotros, las construcciones de ladrillo rojo del colegio estaban dispuestas en una Italia de imitación en medio del valle aluvial. Más lejos aún, en la falda de la colina, se encontraban los edificios más rojos del convento de Santa Isabel, pasado el alto puente sobre las vías férreas.

Mis ojos se dilataban y penetraban en todo esto. Por primera vez en mi vida me di cuenta de que ya no me preocupaba si conservaba mi sitio en todo esto o si lo perdía, si permanecía aquí o si iba al ejército. Todo eso ya no importaba. Estaba en manos de Uno que me amaba mucho más de lo que yo podría nunca amarme. Mi corazón se llenaba de paz.

Era una paz que no dependía de las casas, ni empleos, ni lugares, ni tiempos, ni condiciones externas. Era una paz que ni el tiempo ni las situaciones materiales creadas podrían darme nunca. Era la paz que no podía dar el mundo.

Pasaban las semanas, escribí algunos poemas más, continué ayunando y guardando mi cuaresma. Todo lo que rogaba era que Dios me concediera saber Su voluntad... y si era de Su agrado, había tan solo una cosa que pedía para mí mismo además: si tenía que ir al ejército, Le rogaba que me permitiera hacer un retiro con los monjes trapenses antes de marcharme.

Sin embargo, la señal inmediata que recibí de la Caja de Reclutamiento fue un aviso para que me presentara al reconocimiento médico ante los doctores de Olean.

No esperaba que las cosas se sucedieran así, y al principio deduje que esto significaba que mi petición de ser considerado como no combatiente la habían pasado simplemente por alto. Faltaban tres días para el reconocimiento, y por ello pedí permiso para bajar a Nueva York. Pensaba que podría presentarme en la Caja de Reclutamiento y hablar con ellos; pero no fue posible. De todas maneras, no era necesario.

Por consiguiente, el fin de semana resultó ser un día de fiesta con mis amigos. Vi a Lax, que trabajaba ahora en el *New Yorker* y tenía un pupitre para él en un rincón de las oficinas, donde escribía cartas para pacificar a la gente que se quejaba del humor, o de su carencia, en las páginas de la revista. Salimos para Long Beach y vimos a Seymour. Luego, Seymour, Lax y yo juntos tomamos un coche y fuimos a Port Washington, a ver a Gibney.

Al día siguiente era San Patricio, y las bandas reunidas de todos los muchachos y muchachas de Brooklyn, que nunca habían tenido oído para la música, se agruparon debajo de las ventanas de las oficinas del *New Yorker* y afuera del Mercado del Libro de Gotham. Y yo, inglés, usaba un jersey que había comprado a un judío, recorría la ciudad, entrando y saliendo de las multitudes, rumiando un poema titulado "Abril", aun cuando era marzo. Era un poema fantástico con jabalinas, leopardos y luces que atravesaban los árboles como flechas, y un verso decía: "Las voces bajas de los ríos cambian." Lo iba pensando dentro y fuera de la luz y la sombra de las calles cuarenta y pico, entre las avenidas quinta y sexta, lo escribí en la máquina de Lax, en la oficina del *New Yorker*, y lo enseñé a Van Doren en una estación subterránea.

Y Mark dijo del jersey que yo llevaba:

—Es el jersey más verde que jamás he visto.

Fue un gran día el de San Patricio. Aquella noche subí al tren de Erie, y puesto que era temprano, pensaba, para ir al ejército, pagué por dormir en el pullman. Realmente, el otro único pasajero del pullman era una tranquila monja franciscana que resultó ir al convento de Santa Isabel. Nos apeamos juntos en Olean y compartimos un taxi hacia Alleghany.

El lunes me dispuse a ir al reconocimiento del ejército. Fui el primero allí. Subí por la antigua escalera al piso superior del ayuntamiento de Olean. Tanteé la puerta de la sala destinada al tribunal médico, y la puerta se abrió. Entré y me quedé en la sala vacía. Mi corazón todavía rebosaba la paz de la comunión.

A poco llegó el primero de los doctores.

—Llega usted aquí temprano —dijo, y empezó a quitarse su americana y su sombrero.

—Ya podemos empezar —agregó—; los hombres estarán aquí en un minuto.

Por consiguiente, me desnudé y él me auscultó el pecho y me extrajo un poco de sangre del brazo y la puso, en una botellita, en un calorífero, para conservarla bien caliente para

la prueba Wassermann. Mientras esto sucedía, entraron los dos médicos para hacer el reconocimiento y jóvenes granjeros delgaduchos para ser reconocidos.

—Ahora —dijo el doctor— veamos sus dientes.

Abrí la boca.

—Bueno —dijo—; tiene usted una porción de dientes sacados.

Y empezó a contarlos.

El doctor que dirigía el tribunal médico entraba precisamente. Mi hombre se levantó y fue a hablarle. Lo oí que decía:

—¿Acabaremos todo el reconocimiento? No veo que haya mucha necesidad de ello.

El doctor principal se acercó y miró la boca.

—Ah, bueno —dijo—; acabe ya el reconocimiento.

Se sentó a mi lado y personalmente me tanteó los reflejos y acabó con todo. Cuando hubo terminado y me disponía a volver a mis ropas, pregunté:

—¿Y qué hay, doctor?

—Oh, váyase a casa —dijo—; no tiene usted bastantes dientes.

Una vez más me encontraba en la nevada calle.

A la postre no me querían en el ejército: ni de camillero. La calle estaba llena de quietud, llena de paz.

Recordé que era la fiesta de San José.

III

Faltaban tres semanas para la Pascua florida. Pensando siempre en el monasterio trapense adonde iba a pasar la Semana Santa, me dirigí a la biblioteca un día y tomé la *Enciclopedia Católica*, para leer sobre los trapenses. Averigüé que los trapenses era cistercienses, y luego, buscando cistercienses, también di con los cartujos y una gran ilustración de las ermitas del Camaldolese.

Lo que vi en aquellas páginas me atravesó el corazón como un cuchillo.

¡Qué maravillosa felicidad había, pues, en el mundo! Había aún hombres en esta tierra miserable, turbulenta y cruel, que gustaban el maravilloso placer del silencio y la soledad, que moraban en celdas de montañas olvidadas, en monaste-

rios retirados donde las noticias, deseos, apetitos y conflictos del mundo ya no les alcanzaban.

Estaban libres del peso de la tiranía de la carne, y su visión pura, limpia del vaho del mundo y de su agudo aguijón, se elevaba al cielo y penetraba en la profundidad de la luz infinita y saludable del cielo.

Eran pobres, no tenían nada, y por consiguiente eran libres y lo poseían todo, y todo lo que tocaban despedía algo del fuego de la divinidad. Trabajaban con sus manos, arando y surcando silenciosamente la tierra, sembrando semilla en la oscuridad, segando sus pequeñas cosechas para alimentarse ellos y los demás pobres. Edificaban sus propias casas y hacían, con sus manos, su mobiliario y su tosca ropa, y todo lo que los rodeaba era sencillo, primitivo y pobre, porque eran los menores y los últimos de los hombres, se habían hecho a sí mismos parias, buscando, extramuros del mundo, a Cristo pobre y repudiado por los hombres.

Sobre todo, habían encontrado a Cristo y conocían el poder, la dulzura, la profundidad y la infinitud de Su amor, viviendo y obrando en ellos. En Él, ocultos en Él, se habían convertido en los "Hermanos Pobres de Dios". Y por Su amor lo habían desechado todo y se habían ocultado en el secreto de Su faz. Pero porque no tenían nada, eran los hombres más ricos del mundo, poseyéndolo todo, pues en la proporción de cómo la gracia vaciaba sus corazones de deseo creado, el Espíritu de Dios entraba y llenaba el lugar que se hacía para Dios. Y los Hermanos Pobres de Dios, en sus celdas, gustaban dentro de sí la gloria secreta, el oculto maná, el alimento y fuerza infinitos de la presencia de Dios. Gustaban el dulce regocijo del temor de Dios, que es el primer contacto íntimo con la realidad de Dios, conocido y experimentado en la tierra, el principio del cielo. El temor de Dios es el principio del cielo. Y todo el día, Dios les hablaba; la voz pura de Dios, en Su paz tremenda, derrochando verdad sobre ellos tan sencilla y directamente como el agua brota de un manantial. La gracia estaba en ellos, espontáneamente, siempre más abundante, no sabían por qué, y la llegada de esta gracia los embargaba, los colmaba de amor y de libertad.

La gracia, fluyendo en todos sus actos y movimientos, convertía cada cosa que hacían en un acto de amor, glorificando a Dios, no con el dramatismo, no con el gesto, no con aparato exterior, sino con la misma simplicidad y economía de la total perfección, tan total que escapa a la vista enteramente.

Afuera, en el mundo, había hombres santos que eran san-

tos en el sentido de que iban acompañados de las imágenes de todas las situaciones posibles en las cuales podían demostrar su amor de Dios exhibido ante ellos; estaban siempre conscientes de todas estas posibilidades. Pero estos otros hombres ocultos se habían acercado tanto a Dios en su retiro escondido, que ya no veían a nadie más que a Él. Se habían perdido en la perspectiva; no había comparación entre ellos recibiendo y Dios dando, porque la distancia por la cual podía medirse tal comparación se había reducido a nada. Estaban en Él. Se habían reducido a nada y transformado en Él por la humildad simple y absoluta de sus corazones.

El amor de Cristo rebosando en aquellos corazones puros los hacía niños y los hacía eternos. Hombres viejos, con miembros como las raíces de los árboles, tenían los ojos de niños y vivían, bajo sus grises cogullas de lana, eternos. Todos ellos, jóvenes y ancianos, no tenían edad, los hermanitos de Dios, los niños pequeños para quienes se hizo el Reino de Dios.

Día tras día el rodar de las horas canónicas los juntaba, y el amor que había en ellos se traducía en canciones tan austeras como el granito y tan dulces como el vino. Se erguían y se inclinaban en su salmodia larga y solemne. Su oración estiraba sus poderosas fibras y las descansaba de nuevo en el silencio y súbitamente se encendía otra vez en un himno, color de llama, y moría en el silencio: uno sólo podía oír la voz débil y antigua rezando la oración final. El susurro de los *amén* recorría las piedras como suspiros y los monjes rompían sus filas y semivaciaban el coro, quedándose algunos a orar.

Por la noche también se levantaban y llenaban la oscuridad con el ansia fuerte y paciente de su súplica a Dios: la fuerza de su oración (el espíritu de Cristo ocultando Su fuerza en las palabras que las voces de ellos murmuraban) impedía al brazo de Dios golpear y deshacer al fin el mundo vil lleno de codicia, avaricia, asesinato, lujuria y todo pecado.

El pensamiento de aquellos monasterios, aquellos coros lejanos, aquellas celdas, aquellas ermitas, aquellos claustros, aquellos hombres con sus cogullas, los pobres monjes, los hombres que se habían convertido en nada, me despedazaba el corazón.

En un instante el deseo de aquellas soledades se abrió dentro de mí como una herida.

Tuve que cerrar el libro de golpe en la ilustración de Camaldoli y los ermitaños barbudos de pie en la calle de piedra de las celdas, y salí de la librería, procurando apagar los rescoldos que habían prendido, allí, por un instante, dentro de mí.

No, era inútil: no tenía vocación, no era para el claustro, para el sacerdocio. ¿No me lo habían dicho definidamente? ¿Me lo tenían que entrar a golpes en mi cabeza antes de que pudiera creerlo?

Pero me detuve al sol, fuera del comedor, esperando el Angelus del mediodía, y un fraile conversaba conmigo. No pude contener lo que embargaba mi corazón.

—Voy a un monasterio trapense, a hacer un retiro por Semana Santa —dije. Lo que se asomó en los ojos del fraile le dio la clase de expresión que uno esperaría si yo hubiese dicho: "Voy a comprar un submarino y a vivir en el fondo del mar."

—¡No deje que lo cambien! —dijo con una especie de sonrisa forzada. Eso significaba: "No vaya diciendo a los demás de nosotros que toda esa penitencia estaría bien, consiguiendo una vocación de los trapenses."

Dije: —Sería una buena cosa si me cambiaran.

Era un modo seguro e indirecto de admitir lo que había en mi corazón... el deseo de ir a aquel monasterio y quedarme para siempre.

En la mañana del sábado anterior al Domingo de Ramos me levanté antes de las cinco, oí parte de una misa en la oscura capilla y luego tuve que hacer una corrida por el tren. La lluvia caía en la estación vacía, recta y continua como una torre.

En todo el trayecto, en el día naciente, pálido, las colinas eran negras, y la lluvia empapaba el valle e inundaba sus poblaciones dormidas. En alguna parte, pasado Jamestown, saqué mi Breviario y recé las Horas Menores, y cuando llegamos a Ohio la lluvia paró.

Trasbordamos en Galion, y en el tren rápido hacia Columbus compré algo para comer; en Ohio meridional el aire era más seco todavía y casi despejado. Finalmente, al atardecer, en las remotas colinas ondulantes que guían el camino a Cincinnati podían verse las nubes desgarrándose a lo largo del horizonte occidental para dejar paso a los rayos del sol.

Era un paisaje norteamericano grande, vasto, generoso, fértil, prolongándose hacia extensiones ilimitadas, espacios abiertos, el Oeste todo. ¡Mi corazón rebosaba!

Cuando entramos en Cincinnati por la noche, con las luces encendiéndose entre todas las casas y los anuncios eléctricos brillando en las colinas, los enormes tinglados abiertos trepidando a ambos lados de la vía férrea y los altos edificios en lontananza, experimenté como si poseyera el mundo. Y,

sin embargo, no era a causa de todas estas cosas, sino a causa de Gethsemaní, adonde iba. El hecho era que pasaba por todo esto y no lo deseaba, ni quería parte en ello, ni buscaba tomarlo ni retener nada para regocijarme en ello, y todo me gritaba: ¡Dios! ¡Dios!

Fui a misa y comunión la mañana siguiente, en Cincinnati; luego tomé el tren para Louisville, y en Louisville esperé todo el resto del día porque no tuve la sensatez de tomar un ómnibus hacia una de las poblaciones cerca de Gethsemaní y pagar un viaje de allí al monasterio.

No fue hasta después de cerrada la noche cuando hubo un tren para Gethsemaní, en la línea de Atlanta.

Era un tren lento. El coche estaba débilmente iluminado y lleno de personas cuyos acentos apenas podía entender; uno conocía que se encontraba en el Sur porque todos los negros estaban amontonados en un coche separado. El tren salió de la ciudad al campo, que estaba tenebrosamente oscuro, aun bajo la luna. Me preguntaba si había algunas casas allí afuera. Acercando mi cara a la ventanilla, y haciéndole sombra con mis manos, vi la silueta de un paisaje desnudo y pedregoso con árboles desparramados. Las pequeñas poblaciones porque pasábamos parecían pobres y abandonadas y algo tétricas en la oscuridad.

El tren hacía a través de la noche primaveral su lento recorrido, que se bifurcaba en el cruce de Bardstown. Yo sabía que llegaba mi estación.

Me apeé del coche en la noche solitaria. La estación estaba oscura. Había un coche allí, pero ningún hombre a la vista. Había un camino y la sombra de una especie de fábrica un poco distante y unas pocas casas debajo de unos árboles. En una de ellas se veía una luz. El tren apenas se había detenido para dejarme apear, e inmediatamente reanudó su pesado movimiento y dobló el recodo con el resplandor de su roja luz, dejándome en medio del silencio y la soledad de las colinas de Kentucky.

Deposité mi maleta en el suelo enarenado, no sabiendo qué hacer en seguida. ¿Habrían hecho los preparativos para recibirme en el monasterio? Poco después, la puerta de una de las casas se abrió y salió un hombre, sin prisa.

Entramos en el coche juntos, salimos hacia la carretera y en un minuto nos encontramos en medio de los campos iluminados por la luna.

—¿Están en la cama los monjes? —pregunté al conductor. Sólo eran las ocho y unos minutos.

—Oh, sí, se acuestan a las siete.

—¿Está lejos el monasterio?

—Milla y media.

Contemplé el campo ondulado y la pálida cinta de la carretera delante de nosotros, dibujándose tan gris como el plomo a la luz de la luna. Luego, de repente, vi un campanario que brillaba como la plata a la luna, creciendo a la vista desde atrás de una loma redonda. Los neumáticos cantaban en la carretera vacía y, con el aliento en suspenso, miré el monasterio que se revelaba ante mí así que cruzamos la prominencia. Al final de una avenida de árboles había un gran grupo rectangular de edificios, muy oscuros, con una iglesia coronada por una torre, un campanario y una cruz: el campanario era tan brillante como el platino y todo el lugar estaba sosegado como la medianoche y perdido en el absorbente silencio y soledad de los campos. Detrás del monasterio había una oscura cortina de bosques y por el oeste un valle arbolado; más lejos, un baluarte de colinas espesas, barrera y defensa contra el mundo.

Por encima del valle sonreía la luna benigna y suave de Pascua florida, la luna llena, en su amabilidad, amando este lugar silencioso.

Al final de la avenida, en las sombras debajo de los árboles, puede descubrir el arco rebajado del portón y las palabras *Pax Intrantibus*.

El conductor del coche no fue al cordel de la campanilla junto a la pesada puerta de madera. En lugar de eso, subió a arañar una de las ventanas y llamó, en voz baja:

—¡Hermano! ¡Hermano!

Pude oír que alguien se movía en el interior.

En seguida giró la llave de la puerta. Pasé al interior. La puerta se cerró silenciosamente tras mí. Estaba fuera del mundo.

El efecto de aquel patio grande, iluminado por la luna, el macizo edificio de piedra con todas aquellas ventanas oscuras y silenciosas, fue abrumador. Apenas podía contestar a las preguntas que cuchicheaba el hermano.

Miré sus ojos claros, su barba gris y puntiaguda.

Cuando le dije que venía del colegio de San Buenaventura, dijo secamente: —Yo antes fui franciscano.

Cruzamos el patio, subimos unos escalones, entramos en una sala alta y oscura. Yo vacilaba al borde de un piso bruñido y resbaladizo, mientras el hermano buscaba a tientas el interruptor de la luz. Entonces, sobre otra puerta pesada, leí las palabras "Dios solo".

—¿Ha venido usted para quedarse? —dijo el hermano.

La pregunta me aterrorizó. Sonaba demasiado como la voz de mi conciencia.

—¡Oh, no! —dije—. ¡Oh, no! —Y oí el susurro de mi voz que resonaba en la sala y se apagaba por las alturas indefinidas y misteriosas de un pozo de escalera oscura y vacía. La casa olía extremadamente a limpio: vieja y limpia, una casa antigua, bruñida, barrida, repintada una y otra vez, año tras año.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no puede quedarse usted? ¿Porque está casado o por otra razón? —dijo el hermano.

—No —balbuceé—. Tengo un empleo.

Empezamos a subir la ancha escalera. Nuestros pasos resonaban en la oscuridad vacía. Un tramo y luego otro y un tercero y un cuarto. Había una distancia inmensa entre los pisos: era un edificio con grandes techos altos. Finalmente llegamos al piso superior, el hermano abrió la puerta hacia una habitación ancha, dejó mi maleta y me abandonó.

Oí sus pasos cruzando el patio de abajo, hacia la casa del portón.

Experimenté el silencio profundo de la noche, de la paz, de la santidad que me envolvía como el amor, como la seguridad.

¡El abrazo del silencio! Había entrado en una soledad que era una fortaleza inexpugnable. El silencio que me envolvía me hablaba más alto y más elocuentemente que ninguna voz; en medio de aquella habitación tranquila y oliendo a pulcritud, con la luna vertiendo su paz a través de las ventanas abiertas, con el alma de la noche cálida, comprendí verdaderamente de quién era aquella casa, ¡oh, gloriosa Madre de Dios!

¿Cómo me volví de allí, de vuelta al mundo, después de gustar la dulzura y la bondad del amor con que das la bienvenida a los que llegan a quedarse en tu casa, aunque sólo sea por unos pocos días, oh Santa Reina del Cielo y Madre de mi Cristo?

Muy verdadero es que la orden cisterciense es tu territorio especial y que aquellos monjes de blancas cogullas son tus servidores especiales, *servitores Sanctae Mariae*. Sus casas son todas tuyas... Nuestra Señora, Nuestra Señora, por todo el mundo. Nuestra Señora de Gethsemaní: había todavía algo del heroísmo, sencillez y frescor de la devoción del siglo doce, la fe viva de San Bernardo de Clairvaux y Adan de Perseigne y Guerric de Igny y Ailred de Rievaulx y Robert de Molesma aquí, en las colinas de Kentucky; y creo que el siglo de Char-

tres era, más que todos, tu siglo. Señora mía, porque te hablaba más puro no sólo en palabra sino en vidrio y piedra, mostrándote como quien eres, la más poderosa, la más gloriosa, Mediadora de Toda Gracia, la Reina más Alta del Cielo, alta sobre todos los ángeles, entronizada en la gloria junto al trono de tu Divino Hijo.

De todas las cosas, las Reglas de las Órdenes religiosas dedicadas a ti son las que más alto y más verdaderamente proclaman tu honor, exponiendo tu poder y tu grandeza indirectamente con los sacrificios que el amor de ti lleva a los hombres a hacer. Así es como los Usos de los cistercienses son un Cántico a tu gloria, Reina de los Angeles, y los que viven esos Usos proclaman tus tremendas prerrogativas más alto que los más exaltados sermones. La blanca cogulla de los silenciosos cistercienses tiene el don de las lenguas; los pliegues flotantes de aquella lana gris, llena de bendición, son más elocuentes que el latín de los grandes doctores monásticos.

¿Cómo explicaré o comunicaré a los que no han visto estas casas santas, tus iglesias consagradas y claustros cistercienses, el poder de aquellas verdades que me subyugaron todos los días de aquella semana?

Pero nadie encontrará difícil de concebir la impresión causada en un hombre lanzado de repente a un monasterio trapense a las cuatro de la mañana, después del oficio nocturno, como lo fui yo al día siguiente.

Las torres repicaban desde lo alto de la torre, aterrando la oscuridad, en tanto yo buscaba a tientas mis ropas medio ciego de sueño, entraba apresurado en la sala y bajaba las escaleras oscuras. No sabía adónde ir, no había nadie para indicármelo, pero vi a dos hombres con ropas seculares, al fondo de la escalera, cruzando una puerta. Uno de ellos era un sacerdote con una gran cabeza de pelo blanco, el otro era un joven de cabello negro, con zapatos de lona. Fui tras ellos, por la puerta. Estábamos en un zaguán, completamente oscuro, sólo podía ver sus sombras moviéndose hacia una ventana grande al final. Ellos sabían adónde iban, habían encontrado una puerta que se abrió y dejó entrar alguna luz en el zaguán.

Fui tras ellos a la puerta. Llevaba al claustro. El claustro era frío, débilmente iluminado, y el olor de lana húmeda me sorprendió por su sobrenaturalidad. Vi a los monjes. Uno de ellos, allí mismo, junto a la puerta; se había arrodillado, o más bien se había dejado caer ante una *pietà* en el rincón del claustro, escondiendo su cabeza en las enormes mangas de

su cogullo, allí, a los pies del Cristo muerto, el Cristo yacente en los brazos de María, dejando caer un brazo y una mano atravesada en el abandono de la muerte. Era un cuadro tan vivido que me aterró: la humildad, el desamparo de este monje al parecer despedazado a los pies del Cristo yerto. Entré en el claustro como si entrara en un abismo.

El silencio con gente moviéndose en él era diez veces más sobrecogedor de lo que lo fue en mi alcoba vacía.

Y ahora estaba en la iglesia. Los otros dos seculares se arrodillaban allí, junto a un altar en el que ardían las velas. Un sacerdote estaba ya en el altar, extendiendo el corporal y abriendo el libro. No podía imaginarme por qué el sacerdote con el gran efecto de pelo blanco se arrodillaba para ayudar a la misa. Acaso no era un sacerdote después de todo. Pero no tuve tiempo de especular sobre eso: mi corazón estaba demasiado embargado con otras cosas de aquella gran iglesia oscura, donde, en capillitas, alrededor del corredor de atrás del alto altar, capillas que eran cuevas con débil luz de vela, empezaba la misa simultáneamente en muchos altares.

¿Cómo viví aquella hora? Es un misterio para mí. El silencio, la solemnidad, la dignidad de estas misas y de la iglesia, el ambiente subyugante de oraciones tan fervientes que casi eran tangibles, me impresionaron de amor y reverencia que me quitaban el aliento. Sólo aspiraba el aire a boqueadas.

¡Oh Dios mío, con qué poder a veces decides enseñar al alma de un hombre Tus inmensas lecciones! Aquí, aun sólo por ordinarias vías, me llegaban las gracias que me cubrían como un aguaje, verdades que me ahogaban con la fuerza de su ímpetu por los medios sencillos, normales de la liturgia: pero la liturgia empleada debidamente, con reverencia, por almas habituadas al sacrificio.

¡En qué cosa se convierte la Misa, en manos encallecidas por la labor agotadora y de sacrificio, en la pobreza, la humildad y humillación! "Mira, mira", decían aquellas luces, aquellas sombras de todas las capillas. "¡Mira Quién es Dios! ¡Date cuenta de lo que es la Misa! ¡Mira a Cristo aquí, en la Cruz! ¡Mira Sus heridas, mira Sus manos desgarradas, mira cómo el Rey de la Gloria es coronado de espinas! ¿Sabes lo que es el Amor? He aquí al Amor. Aquí, en esta Cruz, aquí está el Amor, sufriendo estos clavos, estas espinas, ese azote cargado de plomo, destrozado, sangrando mortalmente a causa de tus pecados y sangrando mortalmente a causa de los hombres que nunca Lo conocerán, que nunca pensarán en Él y nunca recordarán Su Sacrificio. ¡Aprende de Él a amar a Dios

y a amar a los hombres! ¡Aprende de esta Cruz, este Amor, a perder tu vida por Él!

Casi simultáneamente alrededor de toda la iglesia, en todos los distintos altares, las campanillas empezaron a sonar. Estos monjes no tocan campanillas en el *Sanctus* ni el *Hanc igitur*, sólo en la Consagración: y ahora, súbitamente, solemnemente, alrededor de toda la iglesia, Cristo estaba en la Cruz, elevado, atrayendo todas las cosas hacia Sí, aquel tremendo Sacrificio desgarrando corazones de los cuerpos, llevándoselos a Él.

"Mira, mira Quien es Dios, mira la gloria de Dios, subiendo hasta Él por este Sacrificio incomprensible e infinito en el cual toda historia empieza y acaba, todas las vidas individuales empiezan y acaban, en el cual toda historia se cuenta y se acaba, se resuelve en gozo o en dolor: el único punto de referencia de todas las verdades que están fuera de Dios, el centro, el foco de ellas: el Amor."

Un débil fuego de oro se desprendía de los flancos oscuros del cáliz elevado en nuestro altar.

"¿Sabes lo que es el Amor? Nunca has conocido el significado del Amor, nunca, tú que siempre has arrastrado todas las cosas al centro de tu propia nada. Aquí está el Amor en este cáliz lleno de sangre, sacrificio, mortificación. ¿Sabes que amar significa morir por la gloria del Amado? ¿Y dónde está tu amor? ¿Dónde está ahora tu Cruz, si dices que quieres seguirme, si pretendes amarme?"

Alrededor de toda la iglesia las campanillas sonaban tan dulces y frescas como el rocío.

"Pero estos hombres mueren por Mí. Estos monjes se matan por Mí y por ti, por el mundo, por la gente que no Me conoce, por los millones que nunca los conocerán en esta tierra..."

Después de la comunión pensaba que mi corazón iba a explotar.

Cuando la iglesia prácticamente se hubo vaciado después del segundo turno de misas, salí y fui a mi habitación. Cuando regresé a la iglesia fue para arrodillarme en el alto balcón del último extremo de la nave, para la tercia, sexta y luego nona y la misa conventual.

Ahora la iglesia estaba llena de luz, los monjes permanecían en sus sitiales y ondulaban como blancos mares en los finales de los salmos, aquellos tonos lentos, vivos, sombríos y, sin embargo, lúcidos, alabando a Dios en Su nueva mañana, dándole las gracias por el mundo que había creado y por la vida que continuaba otorgándole.

Aquellos salmos, el canto de los monjes y especialmente el tono ferial para los himnos de las horas menores: ¡qué manantiales de vida, fuerza y gracia había en su canto! Toda la tierra entraba en vida y rebrotaba con nueva fecundidad y significación en la alegría de su canto sencillo y bello que gradualmente llegaba a la culminación de la misa conventual: espléndida, digo, y, con todo, esta liturgia cisterciense estaba reducida al último grado de simplicidad. Por consiguiente, era tanto más espléndida, porque el esplendor era intelectual y afectivo, no el mero resplandor y brillo de las vestiduras y decoraciones.

Dos velas estaban encendidas en el altar desnudo. Un sencillo crucifijo de madera se encontraba sobre el tabernáculo. Una cortina cubría el santuario. La blanca sabanilla, en ambos extremos, casi tocaba el suelo. El sacerdote subía las gradas del altar con una casulla, acompañado de un diácono con alba y estola. Y eso era todo.

A intervalos, durante la misa, un monje con cogulla se destacaba del coro e iba lenta y serenamente a asistir en el altar, con reverencias graves y solemnes, marchando con sus largas mangas flotantes inclinándose casi tan bajo como sus tobillos...

La elocuencia de esta liturgia era aun más tremenda; y lo que decía era una verdad simple, lógica, formidable: esta iglesia, la corte de la Reina del Cielo, es la verdadera capital del país en que vivimos. Éste es el centro de toda la vitalidad que es Norteamérica. Ésta es la causa y razón de por qué la nación se mantiene unida. Estos hombres, ocultos en el anonimato de su coro y sus blancas cogullas, están haciendo por su tierra lo que ningún ejército, ningún progreso, ningún presidente podría hacer como tal: ganan para ella la gracia, protección y amistad de Dios.

IV

Averigüé que el joven de cabello negro, con zapatos de lona, era un postulante. Ingresaba en el monasterio aquel día. Aquella noche, en las Completas, nosotros, que estábamos en la tribuna, en la parte de atrás de la iglesia, pudimos verlo allí abajo, en el coro, con sus oscuras ropas seculares, que le destacaban en las sombras, entre el blanco uniforme de los novicios y monjes.

Durante un par de días fue así. Prácticamente, lo que pri-

mero se observaba, al mirar al coro, era a este joven con ropas seculares, entre todos los monjes.

Luego ya no lo vimos. Iba de blanco. Le habían dado una vestidura de oblato y no se lo podía distinguir de los demás.

Las aguas habían cubierto su cabeza y estaba sumergido en la comunidad. Estaba perdido. El mundo ya no tendría más noticias de él. Se había ahogado para nuestra sociedad y se había hecho un cisterciense.

Allá, en la hospedería, alguien que sabía quién era me contó unos cuantos hechos acerca de él, a modo de necrología. No sé si me enteré bien: pero era un converso. Procedía de una familia algo rica de Pennsylvania, había ido a una de las grandes universidades orientales y estaba pasando unas vacaciones en la isla Bahama cuando se encontró con un sacerdote que se puso a conversar con él acerca de la fe y lo convirtió. Al ser bautizado, sus padres se irritaron tanto que lo dejaron, como suele decirse, sin un penique. Por un tiempo había trabajado de piloto en una de las grandes líneas aéreas, piloteando aviones hacia Sudamérica, pero ahora eso había terminado. Había salido del mundo. *Requiescat in pace.*

El sacerdote secular de pelo blanco era más que un misterio. Era una persona grande, corpulenta, con una clase de acento que me llevaba a considerarlo como belga. No ingresaba en la comunidad, pero parecía que había estado allí en la Hospedería durante algún tiempo. Por las tardes se ponía un par de zahones e iba a pintar bancos y otros muebles, reía y hablaba con los demás.

Al hablar, su conversación me parecía extraña. En un lugar como éste, uno esperaba que alguien dijera algo, al menos indirectamente, sobre religión. Sin embargo ésa era una materia en que parecía él ser callado. De lo único que parecía saber algo era de la fuerza, la fuerza y el trabajo. En la mesa-comedor se arremangaba y decía:

—¡Eh! ¡Mira ese músculo!

Y ostentaba un enorme bíceps para edificación de los ejercitantes de retiro.

Averigüé más adelante que estaba bajo censura eclesiástica y se encontraba en el monasterio haciendo penitencia. El pobre hombre, por una u otra razón, no había vivido como un buen sacerdote. Al final, sus errores lo habían enredado. Había entrado en contacto con cismáticos de una secta conocida por "Los Antiguos Católicos" y estas gentes lo persuadieron para que abandonara la iglesia y se fuera con ellos. Y, al hacerlo, lo nombraron arzobispo.

Supongo que disfrutó de la dignidad y su novedad un tiempo: pero el asunto era evidentemente estúpido. Así que lo dejó y volvió. Ahora estaba aquí, en el monasterio, ayudando la misa cada mañana a un joven sacerdote trapense que apenas tenía secos en sus manos los óleos de su ordenación.

A medida que transcurría la semana la casa empezaba a llenarse y la víspera de Jueves Santo había, seguramente, uno veinticinco o treinta ejercitantes de retiros en el monasterio, jóvenes y viejos, de todos los rincones del país. Media docena de estudiantes habían bajado a pie de *Notre Dame*, con lentes y conversación seria sobre la filosofía de Santo Tomás de Aquino. Había un psiquiatra de Chicago que decía que bajaba cada Pascua florida y tres o cuatro hombres piadosos que resultaron ser amigos y bienhechores del monasterio... personajes tranquilos, algo solemnes; asumían una especie de mando sobre los demás huéspedes. Tenían derecho. Prácticamente vivían aquí en esta Hospedería. De hecho, tenían casi una vocación propia. Pertenecían a esa clase especial de hombres destinados por Dios a sostener orfanatos, conventos y monasterios, edificar hospitales y alimentar a los pobres. En conjunto es un camino a la santidad que se desprecia demasiado, a veces. Implica en ocasiones una humildad más que ordinaria en los hombres que llegan a creer que los monjes y monjas que asisten son criaturas de otro mundo. Dios nos mostrará el día final que muchos de ellos eran hombres mejores que los monjes que sostenían.

Pero el hombre con quien más conversé era un sacerdote carmelita que había rodado por la faz de la tierra aun más que yo. Si yo quería oír algo sobre monasterios, podía hablarme de centenares que había visto.

Paseábamos dentro del jardín de la Hospedería al sol, observando las abejas empeñadas en los tulipanes de intenso amarillo y me contaba de los cartujos de Inglaterra, en Parkminster.

Ya no había ermitaños puros o anacoretas en el mundo; pero los cartujos eran los que habían ido más lejos, habían subido más alto en la montaña del aislamiento que los elevaba por encima del mundo y los ocultaba en Dios.

Podíamos ver aquí a los cistercienses saliendo a trabajar en una larga fila con palas bajo sus brazos, con un continente muy de sabor arcaico. Pero el cartujo trabajaba solo, en su celda, en su jardín o taller, aislado. Estos hombres comían juntos en tanto alguien leía en alta voz para ellos en su refectorio. El cartujo comía solo, sentado en la alcoba-vidriera de

su celda, sin nadie con quien hablar sino Dios. Todo el día y toda la noche el cisterciense estaba con sus hermanos. Todo el día y toda la noche, excepto en los oficios del coro y otros intervalos, el cartujo estaba solo con Dios. *O beata solitudo!*

Las palabras estaban escritas en las paredes de esta casa de huéspedes trapense, también. *O beata solitudo, o sola beatitudo!*

Había una cosa que los cistercienses tenían a su favor. Los cartujos tenían una especie de recreo en que salían a pasear juntos y conversaban unos con otros, para evitar las posibilidades de esfuerzo violento que pudiera acompañar a una soledad demasiado estricta, demasiado *sola beatitudo*. Pero el trapense, con su silencio ininterrumpido —al menos por lo que se refería a conversaciones—, tenía una ventaja.

Y, sin embargo, ¿qué importaba cuál era la Orden más perfecta? Ni una ni otra eran para mí. ¿No me habían dicho bastante rotundamente, un año atrás, que no tenía vocación para ninguna orden religiosa? Todas estas comparaciones no eran más que combustible para el fuego de esa angustia interior, ese deseo sin esperanza de lo que no podía tener, de lo que estaba fuera de mi alcance.

La única cuestión no era qué orden me atraía más, sino cuál me torturaba más con una soledad, silencio y contemplación que no podrían nunca ser míos.

Lejos de preguntarme si tenía una vocación u otra, o de establecer comparación entre ellas, no se me permitía el lujo de especular sobre tal asunto. Estaba fuera de la cuestión.

Como los cartujos estaban, después de todo, muy lejos, esa inasibilidad me torturaba más y más. Los cartujos eran más perfectos, tal vez, y por eso más de desear: pero estaban doblemente fuera de alcance debido a la guerra y debido a lo que creía yo que era mi falta de vocación.

Si hubiese tenido algún sentido común sobrenatural me habría dado cuenta de que un retiro como éste sería la mejor ocasión para agarrar ese problema por los cuernos y dominarlo, no con mis propios esfuerzos y meditaciones sino con la oración y el consejo de un experto sacerdote. ¿Y dónde encontraría a alguien más experimentado en tales asuntos que en un monasterio de contemplativos?

Pero, ¿qué me pasaba? Supongo que se había apoderado de mí tal confusión por los concepto falsos y falsas interpretaciones despertadas en mi mente la vez que el capuchino me examinó en su confesionario, el año anterior, que literalmente temía volver a plantear la cuestión siquiera. Algo había en

mis huesos que me decía que debía averiguar si mi intenso deseo de llevar esta clase de vida en un monasterio era una ilusión; pero las viejas cicatrices no estaban curadas todavía y todo mi ser se estremecía ante otro azote.

Eso era mi Semana Santa, lucha interior, muda, desesperada. Era mi participación en la Pasión de Cristo que empezaba, aquel año, en medio de la noche, con el primer lamento sofocado de las Vigilias de Semana Santa.

Era tremendo oír las lamentaciones terribles de Jeremías resonando a lo largo de los muros de aquella oscura iglesia enterrada en el país "... Atiende y mira si hay algún dolor semejante a mi dolor... Desde arriba Él ha enviado fuego a mis huesos, y me ha castigado, ha extendido una red para mis pies, me ha rechazado, me ha dejado solo, consumido de dolor todo el día."

No era difícil comprender de Quién eran estas palabras, ni difícil descubrir la voz de Cristo, en la liturgia de Su Iglesia, lamentándose en los dolores de Su Pasión, que empezaba ahora a ser revivida, como lo era cada año, en las iglesias de la Cristiandad.

Al final del oficio, un monje fue solemnemente a apagar la luz del santuario y la súbita impresión heló todos los corazones de tinieblas y presagios. El día continuaba solemnemente, siendo cantadas las horas menores en un tono extraño, potente, tremendamente doloroso, sencillo como sus tres notas monótonamente repetidas podían en modo posible hacerlo, un lamento que era duro e inocente como piedra. Después del *Gloria in Excelsis* de la misa conventual, el órgano quedó al final completamente en silencio: el silencio sólo servía para hacer resaltar la simplicidad y fuerza de la música cantada por el coro. Después de la Comunión general, distribuida a la fila larga y lenta de todos los sacerdotes, monjes, hermanos y huéspedes y de la procesión del Santísimo Sacramento al altar de reposo —lenta y triste con luces y el *Pange Lingua*—, vino el Mandato, el *Mandatum*, cuando, en el claustro, los monjes lavaron los pies de uno setenta u ochenta pobres, besaron sus pies y depositaron dinero en sus manos.

En todo esto, especialmente en el *Mandatum*, cuando los vi muy de cerca, quedé asombrado de la manera como estos monjes, que eran evidentemente jóvenes norteamericanos de las fábricas, colegios, granjas y escuelas superiores de los distintos estados, estaban, sin embargo, absorbidos y transformados en la liturgia. Lo más impresionante era su absoluta sencillez. Estaban concentrados en una cosa solamente: ha-

cer las cosas que tenían que hacer, cantando lo que tenían que cantar, inclinándose y arrodillándose cuando estaba prescrito, haciéndolo tan bien como sabían, sin bulla ni jactancia ni ostentación. Era todo completamente sencillo, sin pulimento y recto; no creo que haya visto jamás nada, en ninguna parte, tan sin afectación, tan despreocupados de sí mismos como estos monjes. No había sombra de nada que pudiera llamarse revista u ostentación. No parecía que se dieran cuenta de que eran observados... y, en realidad, puedo decir por experiencia que no lo saben en absoluto. En el coro, es muy raro que uno siquiera se dé cuenta de que hay algunos o muchos o pocos seculares en la casa: si uno lo observa, poco importa. La presencia de otras personas se convierte en algo que no tiene absolutamente ninguna significación para el monje. Es algo nulo, neutral, como el aire, como la atmósfera, como el tiempo. Todas estas cosas se hacen distantes. Remotamente, uno está consciente de todo, pero no se advierte, no se está en ello, del modo que el ojo no registra, con conciencia, las cosas sobre las que no está enfocado, aunque puedan estar dentro del radio de su visión.

Ciertamente, una cosa de la que el monje no se da, ni puede darse cuenta, es del efecto que estas funciones litúrgicas, ejecutadas por un grupo como tal, ejercen sobre aquellos que las ven. Las lecciones, las verdades, los incidentes y valores representados son simplemente abrumadores.

Para alcanzar este efecto, es necesario que cada monje esté absolutamente perdido, ignorado, descuidado.

Sin embargo, ¡qué cosa más extraña hay que aceptar! Decir que los hombres eran admirables, dignos de honor, perfectos, en proporción a su desaparición en una multitud y al hacerse inadvertidos, cesando hasta de ser conscientes de su propia existencia y sus actos. La excelencia, aquí, está en proporción con la oscuridad: el mejor era el menos observado, el menos distinguido. Sólo las faltas y los errores atraen la atención del individuo.

La lógica de la vida cisterciense era, pues, el contrario completo de la lógica del mundo, en la cual los hombres se adelantan, de suerte que el más excelente es el que se destaca, el que es eminente sobre los demás, que atrae la atención.

Pero, ¿cuál era la respuesta a esta paradoja? Simplemente que el monje ocultándose del mundo se hace no menos que él, no menos que una persona, sino más que una persona, más verdadera y perfectamente el mismo: pues su personalidad e individualidad se perfeccionan en su verdadero orden,

el orden espiritual, interior, de unión con Dios, principio de toda perfección. *Omnis gloria ejus regis ab intus.*

La lógica del éxito mundano descansa en una falacia: el error extraño de que nuestra perfección depende de los pensamientos, opiniones y aplauso de los demás hombres. Una vida fantástica es, en verdad, estar viviendo siempre en la imaginación de algún otro, como si ése fuera el único lugar en que pudiera uno finalmente hacerse real.

Con todos estos pensamientos frente a mí, día y noche, durante dos días, llegué por último a la tarde del Viernes Santo.

Después de una mañana tremenda de diez horas de canto y salmodia prácticamente ininterrumpidos, los monjes, agotados, habían desaparecido de la escena de su desentrañada iglesia, con sus altares desnudos y su vacío tabernáculo abierto a los cuatro vientos. El monasterio estaba silencioso, inerte. Yo no podía rezar, ya no podía leer más.

Conseguí que el hermano Matthew me dejara salir al portón de entrada con pretexto de que quería sacar una foto del monasterio y luego di un paseo a lo largo del muro circundante, hasta la carretera, más allá del molino y alrededor de la parte de atrás de los edificios, a través de un riachuelo y hasta un angosto valle, con un granero y algunos bosques en un lado y el monasterio sobre un montículo en el otro.

El sol era cálido, el aire tranquilo. En alguna parte cantaba un pájaro. En cierto sentido, era un alivio estar fuera del ambiente de oración intensa que había llenado aquellos edificios durante los dos últimos días. La presión era demasiado alta para mí. Mi mente estaba demasiado colmada.

Ahora mis pies me llevaron lentamente a un camino pedregoso, bajo los achaparrados cedros, con violetas creciendo en todas partes entre las grietas de la roca.

Aquí afuera podía pensar: y, sin embargo, no podía llegar a conclusiones. Pero había un pensamiento que recorría con insistencia mi mente: "Ser monje... ser monje..."

Contemplé el edificio de ladrillo que creí que era el noviciado. Se encontraba en lo alto de un terraplén de un muro de contención que lo hacía aparentar como una prisión o ciudadela. Vi el muro circundante, las puertas cerradas. Pensé en los centenares de libras de presión espiritual comprimida y concentrada dentro de aquellos edificios y gravitando sobre las cabezas de los monjes, y pensé: "Me mataría".

Volví mis ojos a los árboles, a los bosques. Contemplé el valle, de regreso, desandando el camino que había hecho, la alta colina boscosa que cerraba la perspectiva. Pensé: "Soy

un franciscano. Ésa es mi clase de espiritualidad, estar afuera en los bosques, bajo los árboles..."

Regresaba cruzando el armazón que hay sobre el riachuelo angosto y asoleado, abrigando mi error magnífico y reciente. Después de todo lo que había visto de los franciscanos, ¿dónde adquirí la idea de que pasaban el tiempo bajo los árboles? A menudo vivían en escuelas de pueblos y ciudades; y estos monjes, por el contrario, salían cada día a trabajar en los mismos campos y bosques que yo estaba contemplando.

La naturaleza humana tiene un modo de elaborar argumentos muy especiosos para acomodarlos a su cobardía y falta de generosidad. Por eso ahora yo intentaba persuadirme de que la vida contemplativa, de claustro, no era para mí, porque no había bastante aire fresco...

Sin embargo, de vuelta en el monasterio leí *De Dilegendo Deo* de San Bernardo y leí la vida de un monje trapense que había muerto en un monasterio de Francia, bastante irónicamente en mi parte de Francia, cerca de Toulouse: el padre José Cassant.

El director de Retiro, en una de sus conferencias, nos contó una larga historia de un hombre que una vez vino a Gethsemaní, que no pudo decidirse a hacerse monje y que había luchado y rezado acerca de ello durante días. Finalmente, continuaba la historia, había hecho las Estaciones de la Cruz y en la última estación había orado fervientemente para que se le concediera la gracia de morir en la Orden.

—Sabéis —dijo el director de Retiro— que dicen que cualquier petición que uno haga en la estación decimocuarta no es rechazada nunca.

De cualquier manera, este hombre acabó su oración, volvió a su cuarto y en una hora poco más o menos sufrió un ataque y sólo tuvieron tiempo de recibir su solicitud de admisión a la Orden cuando murió.

Yace sepultado en el cementerio del monje, con vestidura de oblato.

Casi lo último que hice, antes de abandonar Gethsemaní, fue hacer las Estaciones de la Cruz y pedir, con el corazón en mi garganta, en la catorce estación, la gracia de una vocación a los trapenses, si agradaba a Dios.

De vuelta al mundo, me sentí como un hombre que había descendido de la atmósfera enrarecida de una montaña muy alta. Cuando llegué a Louisville hacía unas cuatro horas que estaba levantado y mi jornada se acercaba hacia su mediodía, por decirlo así, pero encontré que todos los demás precisa-

mente se levantaban, desayunaban e iban a trabajar. ¡Qué raro era ver gentes que se afanaban como si tuvieran algo importante que hacer, corriendo tras los ómnibus, leyendo los periódicos, encendiendo cigarrillos!

¡Qué vana me parecía toda su prisa y ansiedad!

Mi corazón se oprimía. Pensaba: ¿En qué me estoy metiendo? ¿Ésta es la vida que yo mismo he estado viviendo todos estos años? En una esquina dirigí la vista a un anuncio eléctrico, en lo alto de un edificio de dos pisos. Decía el anuncio: "Cigarrillos Clown."

Me volví y escapé de la calle extraña y alocada, dirigí mis pasos a la catedral cercana, me arrodillé, recé e hice las Estaciones de la Cruz.

¿Atemorizado de la prisión espiritual de aquel monasterio? ¿Era eso lo que había dicho el otro día? ¡Cuánto anhelaba estar de vuelta allí ahora!; aquí todo, en el mundo exterior, era insípido y hasta insano. Sólo un lugar conocía yo donde había orden verdadero.

Pero, ¿cómo podría regresar? ¿No sabía que no tenía realmente vocación?... Era la misma vieja historia de siempre.

Subí en el tren de Cincinnati a Nueva York.

De vuelta en el colegio de San Buenaventura, donde la primavera que había encontrado en Kentucky me alcanzó de nuevo, varias semanas más tarde, paseaba en los bosques, al sol, bajo las flores pálidas de los cerezos silvestres.

La lucha continuaba en mi mente.

Por el momento, el problema se había resuelto en una decisión práctica: ¿Por qué no consulto a alguien sobre toda la cuestión? ¿Por qué no escribo al abad de Gethsemaní, le explico todo mi caso y le pido su opinión?

Más práctico todavía, aquí en San Buenaventura había un sacerdote a quien había llegado a conocer bien en este año último, un filósofo bueno y sabio, el padre Filoteo. Juntos habíamos examinado algunos textos de San Buenaventura y Duns Scoto y sabía yo que podía confiar en él para el problema espiritual más intrincado. ¿Por qué no le preguntaba?

Había una cosa absurda, desequilibrada, que me retenía: era una especie de impulso ciego, confuso, oscuro, irracional. Apenas podía identificarlo como realmente era, porque su verdadera naturaleza se me escapaba: era tan ciego, tan elemental. Pero venía a ser un temor vago subconsciente de que una vez por todas me habían dicho que definidamente no tenía vocación. Era el temor de una negativa última. Acaso lo

que yo quería era mantenerme en una posición equívoca, indefinida, en la cual estaría libre para soñar con entrar en el monasterio sin tener la posibilidad real de hacerlo, de abrazar las penalidades reales de la vida cisterciense. Si pedía consejo y me decían que no tenía vocación, entonces el sueño habría terminado; si me decían que tenía vocación, entonces habría que entrar directamente en la realidad.

Todo esto se complicaba con aquel otro sueño: el de los cartujos. Si hubiera habido un monasterio cartujo en Norteamérica, las cosas habrían sido mucho más simples. Pero no había tal casa en todo el hemisferio. Y no había posibilidad de cruzar el Atlántico. Francia estaba ocupada por los alemanes y la Cartuja de Sussex bombardeada hasta los cimientos. Así, paseaba yo bajo los árboles, lleno de indecisión, suplicando luz.

En medio de este conflicto tuve súbitamente una idea que demuestra que no estaba yo muy adelantado en la vida espiritual. Pensé pedir a Dios que me permitiera saber lo que iba yo a hacer, o lo que debía hacer, o cuál sería la solución, mostrándomelo en las Escrituras. Era el viejo asunto de abrir el libro y poner el dedo ciegamente en la página y tomar las palabras así señaladas como contestación a la pregunta. Algunas veces los santos han hecho esto, pero mucho más a menudo lo han hecho muchas ancianas supersticiosas. Yo no soy un santo y no dudo de que haya habido un elemento de superstición en mi acción. Pero, de todos modos, hice mi súplica, abrí el libro, puse el dedo decididamente en la página y me dije a mí mismo: "Sea lo que fuere, es esto."

Miré, y la respuesta prácticamente me echó al suelo. Las palabras eran: *Ecce eris tacens.* "Mira, debes ser callado."

Era el verso vigésimo del primer capítulo de San Lucas donde el ángel hablaba con Zacarías, padre de San Juan Bautista.

Tacens: no podía haber una palabra más precisa para trapense en toda la Biblia, en cuanto a mí, pues para mí, así como para la mayoría de los demás, la palabra "trapense" significaba "silencio".

Sin embargo, inmediatamente me encontré en dificultades que prueban lo necio que es sacar oráculos de libros. Tan pronto como miré el contexto, observé que Zacarías era censurado por pedir demasiadas preguntas. ¿Se me aplicaba todo el contexto, además, y era por consiguiente censurado también? Y, por lo tanto, ¿debía tomarse la noticia como ominosa y mala? Pensé en ello un poco, y pronto encontré que me esta-

ba confundiendo completamente. Además, cuando reflexionaba, me daba cuenta de que no había formulado la pregunta en términos claros, de suerte que, en realidad, había olvidado precisamente lo que había pedido. No sabía si había pedido a Dios que me dijera Su voluntad, o simplemente me anunciara lo que sucedería en el futuro de hecho. Por el momento estaba completamente enredado en estas perplejidades, la información que había pedido era un engorro, una causa mayor de incertidumbre que mi ignorancia.

En realidad, era casi tan ignorante como antes, excepto en una cosa.

Muy por debajo de toda esta perplejidad, tenía una especie de convicción de que ésta era una respuesta auténtica, que el problema en verdad acabaría un día de ese modo: iba a ser trapense.

Pero en cuanto a hacer diferencia práctica, allí y entonces, no ayudaba en absoluto.

Continué paseando por los bosques, por las dehesas, por los solares del tanque del borde del bosque, abajo, hacia la estación de radio. Cuando estaba allí, solo, caminaba lleno de nostalgia del monasterio trapense, cantando una y otra vez *Jam lucis orto sidere* en el tono ferial.

Era motivo de profundo sentimiento que no pudiera recordar la maravillosa *Salve Regina* con que los monjes acababan todos sus días cantando en la oscuridad a la Madre de Dios aquella larga antífona, la cosa más majestuosa, más bella y más conmovedora que jamás se escribió, que jamás se cantó. Paseaba a lo largo de los caminos, del Valle de Dos Millas, del Valle de Cuatro Millas, en las últimas horas de las tardes, en los atardeceres, en la oscuridad y por el río, donde se estaba tranquilo, deseando poder cantar la *Salve Regina*. Y no podía recordar nada sino los primeros dos o tres neumas. Después de eso, tenía que inventar y mi invención no era muy buena. Sonaba pésimamente. Mi voz también. Así que abandoné el canto, humillado y pesaroso, quejándome un poco a la Madre de Dios.

Las semanas pasaban, el tiempo empezaba a dar señales de verano, cuando de súbito John Paul llegó a San Buenaventura, a su regreso de México. El asiento de atrás de su Buick estaba lleno de discos mejicanos, fotos, objetos extraños, un revólver y cestas muy coloridas, y él parecía estar relativamente bien y feliz. Pasamos un par de tardes paseando en coche por entre las colinas, conversando, o sólo paseando sin hablar. Había estado en Yucatán, como proyectó,

y en Puebla, y por poco estuvo en un terremoto de la ciudad de México y prestó una cantidad de dinero a cierta gente que poseía un rancho cerca de San Luis Potosí. En el mismo rancho mató, con su revólver, una serpiente venenosa de seis pies.

—¿Esperas recuperar ese dinero? —le pregunté.

—¡Ah!, si no me paga, tendré parte en su rancho —dijo John Paul sin interés.

Pero, por el momento, él se dirigía a Ithaca. Yo no podía estar seguro de si iba a la escuela de verano de Cornell y, finalmente, obtendría su grado, o si iba a tomar algunas lecciones más de vuelo, o qué iba a hacer.

Le pregunté si había estado en contacto con el sacerdote que conocía allí.

—¡Ah, sí —dijo—, claro que sí!

Le pregunté qué pensaba sobre hacerse católico.

—¿Sabes? —respondió—, he pensado en eso un poco.

—¿Por qué no vas al sacerdote y le pides que te dé algunas instrucciones?

—Creo que lo haré.

Pero yo no sabría decir, por el tono de su voz, si estaba tan indeciso como manifestaba. Lo encontraba bien, pero probablemente no haría nada a tal efecto. Dije que le daría un ejemplar del Catecismo que tenía, pero cuando fui a mi habitación no pude encontrarlo.

John Paul, en el gran Buick reluciente, de forma aplastada sobre su chasis, partió a gran velocidad, hacia Ithaca, con su revólver y sus cestos mejicanos.

En los días alegres de principios de junio, en la época de exámenes, empezaba yo un nuevo libro. Se titulaba *El Diario de Mi Evasión de los Nazis*; era la clase de libro que me gustaba escribir, lleno de discurso ambiguo y toda suerte de ideas fantásticas que sonaban a Franz Kafka. Una razón de su agrado era que llenaba una especie de necesidad psicológica que se me había desarrollado a través de las últimas etapas de la guerra, a causa de mi sentido de identificación, en el pecado, con lo que pasaba en Inglaterra.

Me trasladaba imaginativamente allí y, mirando mi propio pasado con los ataques aéreos que tenían realmente lugar, escribí este diario como resultado. Era algo que necesitaba escribir, aunque a menudo me escapaba por la tangente y el asunto iba a parar, más de una vez, a un callejón sin salida.

Absorto en este trabajo, en los exámenes finales y en la preparación de la próxima escuela de verano, dejé que la cues-

tión de la vocación trapense cayera en el último término, aunque no podía dejarla abandonada enteramente.

Me decía a mí mismo: después de la escuela de verano iré a hacer un retiro con los trapenses de Canadá, en Nuestra Señora del Lago, en las afueras de Montreal.

Capítulo 3

EL VOLCÁN DORMIDO

I

En las noches frescas de verano, cuando el camino de atrás de la instalación de energía, la lavandería y los garajes estaba oscuro y vacío, y uno sólo podía ver las colinas, dibujadas en la oscuridad contra las estrellas, acostumbraba pasear por allí, con el perfume de los campos, hacia las oscuras vaquerías. Había un soto en el lado occidental del campo de fútbol, en el cual se encontraban dos capillas, una dedicada a la Florecita y la otra una gruta para Nuestra Señora de Lourdes. La gruta no era bastante complicada para ser realmente fea, como en general lo son esas grutas artificiales. Era agradable rezar allí, a oscuras, con el viento cantando en las ramas de los pinos.

A veces podía uno oír otro rumor: la risa de las monjas, clérigos y frailes y el resto de los estudiantes de la escuela de verano sentados en la Sala del Alumno, que estaba al final del soto, disfrutando con las películas, que se exhibían cada noche del jueves.

En aquellas noches todo el seno del colegio estaba desierto y la Sala del Alumno atestada. Se me ocurría que era el único de la casa que no asistía al cine... excepto el muchacho del cuadro de distribución telefónica de la casa-dormitorio. Tenía que permanecer allí, para eso se le pagaba.

Hasta mi amigo el padre Filoteo, que editaba manuscritos filosóficos del siglo catorce y que me había enseñado el camino de San Buenaventura a Dios según el *Itinerarium* y con quien había estudiado partes de *De primo Principio* de Scoto, hasta él iba al cine con la esperanza de que habría un Ratón Mickey. Pero tan pronto como todas las comedias habían terminado, salía. Muy poco le importaban todos aquellos otros dramas y aventuras.

¡Oh, la alegre risa de las hermanas y los clérigos en aquel viejo garlito de un edificio de ladrillo rojo! Supongo que merecían un poco de entretenimiento... Al menos las hermanas lo merecían. Sé que muchas de ellas tuvieron algunos serios dolores de cabeza por el curso que yo daba en "Bibliografía y

Métodos de Investigación". El modo tradicional de enseñar métodos de investigación era lanzar una porción de nombres extraños y hechos a la clase, sin ninguna orientación sobre de dónde venían y decirles a todos que volvieran al día siguiente con una identificación completa. Así les hacía preguntas como: "¿Quién es Philip Sparrow?" "¿Por qué tiene el Colegio de Oxford en su escudo de armas un pelícano que se está hiriendo adecuadamente?" Para averiguar estas cosas —que sólo les daba porque ya las sabía yo— tenían que romperse la cabeza en toda clase de libros de consulta, adquiriendo entrenamiento práctico en los métodos de investigación. Pero las hermanas volvían siempre con la respuesta acertada, aunque a veces tenían círculos alrededor de sus ojos. Los clérigos tenían la respuesta acertada pero no círculos, porque habían obtenido la respuesta de las hermanas. En la parte de atrás del aula se sentaba un sacerdote que pertenecía a alguna orden docente del Canadá y que rara vez lograba las respuestas en absoluto, ni siquiera de las hermanas. Sólo se sentaba allí y me lanzaba miradas oscuras.

Así, en conjunto, era bueno que descansaran y rieran, y se sentaran en aquellas filas de sillas antiguas e incómodas, dando rienda suelta a su gusto inocente y puro por las películas cuidadosamente seleccionadas.

Yo paseaba por el campo vacío y pensaba en su vida... abrigada, inocente y segura. Un número de ellas eran, en muchos aspectos, todavía niñas... especialmente las monjas. Lo miraban a uno desde abajo de variadas clases de gorros, cofias, papalinas y todo lo que llevaban puesto con ojos redondos, formales; los ojos serenos, claros de muchachitas. Pero uno sabía que tenían responsabilidades, y muchas de ellas habían sufrido una porción de cosas que uno podía sólo medio adivinar: pero todo estaba absorbido en la sencillez tranquila y en la resignación. Lo más que podía uno observar aun en las más vejadas era que parecían un poco cansadas: acaso algunas de las mayores también tenían los labios un poco demasiado apretados, eran un poco demasiado ceñudas. Pero algunas de las mayores aún tenían aquella sencillez de muchachita en su mirada, todavía no del todo extinguida.

La vida estaba segura. Estaba amurallada con baluartes de orden, decoro y estabilidad, en la esfera social tanto como en la religiosa. Pero, sin embargo, todas tenían que trabajar duramente... mucho más duramente que la mayoría de sus parientes de afuera en el mundo. Muchas de las hermanas tenían largas horas en sus salas de clase y luego muchas otras

cosas que hacer además de eso. Supongo que tenían su buena participación en la cocina, en el lavado de ropas y en el fregado de los pisos cuando estaban en sus respectivas comunidades. Pero aun entonces, ¿no era propensa la relativa comodidad de su vida a hacerlas impermeables a ciertos niveles de la experiencia humana y de la humana miseria?

Yo me preguntaba si estaban conscientes de todos los grados de sufrimiento y degradación que en los barrios bajos, en las zonas de guerra, en las selvas morales de nuestro siglo, claman ayuda a la Iglesia, y al Cielo venganza contra la injusticia. La respuesta a eso probablemente sería que algunas de ellas lo estaban y otras no; pero que todas querían sinceramente hacer algo en esto, si podían. Pero lo cierto era que estaban abrigadas, protegidas, separadas en gran medida de las espantosas realidades, que tenían un derecho a su atención si amaban a Cristo.

Pero entonces, ¿por qué me excluía yo de ellas? Estaba en la misma condición. Acaso estaba yo ligeramente más consciente de ello que algunas de ellas; pero todos nosotros íbamos a tener ocasión de recordar esta paradoja, esta paradoja acusadora: que los que son pobres por amor de Cristo son a menudo sólo pobres en un sentido puramente abstracto; que su pobreza, que está destinada a lanzarlos en medio de los pobres reales, para la salvación de las almas, sólo los ampara de los pobres en una estabilidad económica segura y herméticamente sellada, llena de comodidad y satisfacción.

Una noche se acercó a aquellas monjas y a aquellos clérigos y a San Buenaventura en general y a mí mismo en particular, alguien enviado por Dios para el objeto especial de despertarnos y dirigir nuestros ojos en esa dirección que todos tendíamos tan fácilmente a olvidar, en la seguridad y aislamiento de la plaza fuerte de nuestra comarca, perdida en las colinas de la parte superior del estado.

Era justo, por supuesto, que mi vida interior debiera interesarse primero de todo en mi propia salvación: debía ser así. De nada aprovecha a un hombre ganar el mundo entero si sufre la pérdida de su propia alma, y, de cualquier manera, uno que está perdiendo su alma no va a poder hacer mucho para salvar las almas de los otros, excepto en el caso en que esté suministrando sacramentos que obran, como se dice, *ex opera operato*, sin ninguna dependencia intrínseca de la santidad del que los dispensa. Pero ahora era necesario que tuviera más cuenta de las obligaciones respecto a los otros hombres, debido al hecho mismo de que yo era un hombre entre

los hombres, un participante de sus pecados, de sus castigos, de sus miserias y de sus esperanzas. Ningún hombre va al cielo por sí mismo, solo.

Vagaba por el campo de fútbol, como de costumbre, en la oscuridad. La Sala del Alumno estaba llena de luces. No era la noche de cine. Había un orador allí. No había prestado mucha atención a la lista de oradores que habían sido invitados a venir a aquella tribuna para hablar a los clérigos y hermanas sobre algún tema importante. Sabía que habría uno de *The Catholica Worker* y que David Goldstein, que era un judío converso y dirigía una organización de predicación callejera por seglares, estaba invitado a hablar; sabía que la Baronesa de Hueck, que trabajaba entre los negros de Harlem, también iba a venir.

Por lo que yo sabía, esta noche era la dedicada a David Goldstein, y vacilé un momento, dudando si quería ir a oírle o no. Al principio, pensé "no" y me dirigí hacia el soto. Pero entonces pensé: "Iré, al menos, a echar un vistazo cerca de la puerta."

Subiendo los peldaños del segundo piso de la sala, donde estaba el teatro, podía oír a alguien que hablaba con gran vehemencia. Sin embargo, no era voz de hombre.

Cuando entré en la sala, había una mujer de pie en el escenario. Pero una mujer de pie, sola, en un escenario, enfrente de una gran sala iluminada, sin decoraciones ni indumentaria ni efectos especiales de luz, sólo al resplandor de las luces de la sala, está con gran desventaja. No es probable que haga mucha impresión. Y esta mujer particular vestía ropas que no eran para ser descritas, sencillas, hasta pobres. No tenía maneras artificiosas de movimiento, tampoco. No tenía trucos fantásticos, nada *pour la galerie*. Y, sin embargo, tan pronto como entré por la puerta, la impresión que producía en aquella sala llena de monjes, clérigos, sacerdotes y seglares variados dominaba el local con tal poder que casi me echó escaleras abajo por donde acababa de subir.

Tenía voz fuerte, fuertes convicciones y cosas fuertes que decir, y las decía en el estilo más sencillo, más llano y más brusco, con tan inflexible línea recta que pasmaba. Podía uno estar seguro de que la mayoría de su auditorio estaba pendiente de sus palabras, que algunos se asustaban, y que uno o dos se irritaban, pero que todos atendían a las cosas que ella tenía que decir.

Comprendí que era la Baronesa.

Había oído algo acerca de ella, de su obra de Harlem, porque era muy conocida y admirada en la parroquia de Corpus

Christi, donde yo fui bautizado. El padre Ford siempre le mandaba cosas que necesitaban, allá en la calle 135 y Lenox Avenue. Lo que decía era esto:

Los católicos están preocupados por el comunismo, y tienen razón para estarlo, porque la revolución comunista apunta entre otras cosas, a la desaparición de la Iglesia. Pero pocos católicos se detienen a pensar que el comunismo haría poquísimo progreso en el mundo, o ninguno en absoluto, si los católicos realmente viviesen según sus obligaciones y obrasen como Cristo vino a la Tierra a enseñarles a obrar; es decir, si se amaran realmente unos a otros y vieran a Cristo cada uno en el otro y vivieran como santos, e hicieran algo para alcanzar la justicia para los pobres.

Pues, decía ella, si los católicos pudiesen ver Harlem, como deberían verlo, con los ojos de la fe, no podrían apartarse de tal lugar. Centenares de sacerdotes y seglares lo abandonan todo para ir allí y hacer algo para aliviar la tremenda miseria, la pobreza, la enfermedad, la degradación y abandono de una raza que estaba siendo aplastada y pervertida, moral y físicamente, bajo el peso de una injusticia económica colosal. En vez de ver a Cristo sufriendo en Sus miembros, y en vez de ir a ayudarlo, a Él, que dijo: "Cualquier cosa que hicieráis al menor de estos hermanos míos, me lo hacéis a Mí", preferimos nuestra propia comodidad; desviábamos nuestros ojos de tal espectáculo porque nos hacía sentir intranquilos; el pensamiento de tanta inmundicia nos daba náuseas... y no nos deteníamos nunca a pensar que nosotros, acaso, pudiéramos ser en parte responsables de ella. Así la gente continuaba muriendo de hambre en aquellas tenebrosas viviendas llenas de vicio y crueldad, en tanto los que condescendían a considerar sus problemas se daban banquetes en los grandes hoteles de la parte baja de la ciudad discutiendo la "situación de la raza" en un ambiente cálido de optimismo.

Si los católicos, decía ella, pudieran ver Harlem como deberían verlo, con los ojos de la fe, como un desafío a su amor de Cristo, como una prueba de su cristianismo, los comunistas no tendrían nada que hacer allí.

Pero, por el contrario, los comunistas eran fuertes. Estaban destinados a ser fuertes. Hacían algunas cosas, realizaban algunas obras de misericordia que deberían esperarse que hicieran los cristianos. Si algunos trabajadores negros pierden sus empleos y están en peligro de morir de hambre, están allí los comunistas para compartir con ellos su comida y asumir la defensa de su caso.

Si algún negro está muriendo y se le niega la admisión a un hospital, los comunistas se presentan, buscan a alguien que cuide de él y además procuran que la injusticia se publique por toda la ciudad. Si una familia negra es desahuciada porque no puede pagar el alquiler, ya están allí los comunistas y le buscan asilo, aun cuando tengan que compartir su dormitorio. Cada vez que hacen estas cosas, más y más gente empieza a decir: "¡Mirad, los comunistas realmente aman a los pobres! ¡Están realmente procurando hacer algo por nosotros! Lo que dicen debe ser verdad: no hay nadie más que se preocupe de nuestros intereses; no hay nada mejor para nosotros que irnos con ellos y colaborar con ellos en esta revolución que están predicando..."

¿Tienen una política obrera los católicos? ¿Han dicho algo los Papas sobre estos problemas en sus Encíclicas? Los comunistas saben más de esas Encíclicas que el católico corriente. *Rerum Novarum* y *Quadragesimo Anno* se analizan y discuten en sus mítines públicos, y los rojos acaban apelando a su auditorio:

"Ahora os preguntamos: ¿Practican estas cosas los católicos? ¿Habéis visto alguna vez católicos aquí abajo procurando hacer algo por vosotros? Cuando ésta y aquella firma dejaron sin trabajo a tantos centenares de obreros negros, ¿qué partido tomaron los periodistas católicos? ¿No sabéis que la Iglesia católica es sólo una fachada del capitalismo, que toda su charla sobre los pobres es hipocresía? ¿Qué le importan los pobres? ¿Qué ha hecho jamás para ayudarlos? ¡Hasta sus sacerdotes de Harlem salen a contratar hombres blancos cuando necesitan a alguien para repintar sus iglesias! ¡No sabéis que los católicos se ríen de vosotros, detrás del dorso de sus manos, en tanto cobran el alquiler de las viviendas piojosas en que tenéis que vivir?..."

La Baronesa había nacido en Rusia. Había sido una muchachita en los tiempos de la revolución de octubre. Había visto fusilar a la mitad de su familia, había visto caer a los sacerdotes bajo las balas de los rojos, había tenido que escaparse de Rusia a la manera que se hace en las películas, pero con toda la miseria y penalidades que no muestran las películas y sin ningún encanto, que es su especialidad.

Había acabado en Nueva York, sin un centavo, trabajando en una lavandería. Había sido educada como católica romana, y las experiencias por que había pasado, en vez de destruir su fe, la habían intensificado y profundizado hasta que el Espíritu Santo sembró la fortaleza en medio de su alma como

una roca inconmovible. Nunca vi a una persona tan serena, tan segura, tan pacífica en su absoluta confianza en Dios.

Catalina de Hueck es una persona grande en todos los sentidos. La grandeza no es meramente física: procede del Espíritu Santo morando constantemente dentro de ella, moviéndola en todo lo que hace.

Cuando trabajaba en aquella lavandería, en alguna parte cerca de la calle catorce, sentada en el reborde de la acera comiendo su almuerzo con las otras muchachas que trabajaban allí, alboreó en ella el sentimiento de su vocación particular. Era la llamada a un apostolado, no nuevo, sino tan viejo que es tradicional como el de los primeros cristianos; un apostolado de una mujer seglar en el mundo, entre trabajadores, trabajadora ella misma, y pobre; un apostolado de contactos personales, de palabra y, sobre todo, de ejemplo. No tenía que haber nada especial en él, nada que tuviese sabor de orden religiosa, ni regla especial, ni hábito distintivo. Ella y los que la acompañaran serían simplemente pobres, —no había opción a ese respecto, pues ya lo eran—, pero abrazarían su pobreza y la vida del proletariado en toda su miseria, inseguridad y monotonía desoladora y gris. Vivirían y trabajarían en los barrios bajos, se perderían en la enorme masa anónima de los olvidados y los desamparados con el único objeto de vivir la vida cristiana completa, integral, en aquel ambiente... amando a los de su alrededor, sacrificándose por los de su alrededor, esparciendo el Evangelio y la verdad de Cristo, siendo muchos de ellos santos, viviendo en unión con Él, estando llenos de Su Espíritu Santo, de Su caridad.

En tanto ella hablaba de estas cosas en aquella sala a todas estas monjas y clérigos, no podía menos de conmoverlos a todos profundamente, porque lo que estaban oyendo —era demasiado patente para no verlo— no era sino el ideal puro franciscano, la esencia pura del apostolado franciscano de la pobreza, sin los votos tomados por los frailes menores. Y, para honor de los que la oían, muchos de ellos tenían el sentido y el valor de reconocer este hecho, y ver que ella era, en cierto sentido, un franciscano mucho mejor de lo que eran ellos. Ella estaba, ciertamente, en la Orden Tercera, y eso me hacía sentir completamente orgulloso de mi escapulario, que se ocultaba bajo mi camisa. ¡Me recordaba que la cosa no carecía del todo de significación y posibilidades!

Luego la Baronesa había ido a Harlem. Salió del ferrocarril subterráneo con una máquina de escribir, unos cuántos dólares y algunas ropas en una maleta. Cuando fue a una de

las viviendas y pidió mirar una habitación, el hombre le dijo:

—¡Señora, todas ustedes no quieren vivir aquí!

—Sí, quiero —dijo, y añadió, a modo de explicación—: Soy rusa.

—¡Rusa! —dijo el hombre—. Eso es diferente. Entre.

En otras palabras creía él que ella era comunista...

Así era como había empezado la Casa de la Amistad. Ahora ocupaban cuatro o cinco establecimientos a ambos lados de la calle 135, sostenían una biblioteca, salas de recreo y una guardarropía. La Baronesa tenía un piso propio, y algunos de sus ayudantes, que vivían allí todo el tiempo, también tenían casa en la calle 135. Había más muchachas que hombres que estaban con ella en Harlem.

Cuando la conferencia hubo terminado y la Baronesa hubo contestado a todas las objeciones acostumbradas, como "¿Y si un negro quisiera casarse con una hermana suya... o con usted, para el caso?", subí a hablarle, y al día siguiente tropecé con ella de paso frente a la biblioteca, cuando yo iba, con un brazo lleno de libros, para dar una clase sobre la *Divina Comedia* del Dante. Estas dos veces fueron las únicas ocasiones que tuve de hablar con ella, pero le dije:

—¿Le parecería a usted bien si fuera a la Casa de la Amistad y trabajara un poco con ustedes allí, después de que todo esto haya terminado?

—Ciertamente —dijo—; venga.

Pero viendo mis brazos llenos de todos aquellos libros, acaso no me creyó.

II

Era un día caluroso, lluvioso, a mediados de agosto, cuando salí del ferrocarril subterráneo al calor de Harlem. No había mucha gente en las calles aquella tarde. Anduve por la calle hasta llegar a la mitad de la manzana y ver uno o dos establecimientos rotulados "Casa de la Amistad" y "Centro de Bl. Martin de Porres" o algún título así en grandes letras azules. No parecía encontrarse nadie allí.

El mayor de los establecimientos era la biblioteca, y encontré a media docena de jóvenes negros, muchachas y muchachos, estudiantes de escuela superior, sentados a una mesa. Algunos llevaban lentes y parecía que sostenían alguna determinada conversación intelectual, porque cuando entré se

mostraron algo cohibidos. Les pregunté si la Baronesa estaba allí, y dijeron que no. Se había ido a la parte baja de la ciudad porque era su cumpleaños. Les pregunté a quién debía ver, y me indicaron a Mary Jerdo. Estaba por allí, en alguna parte. Si esperaba, se presentaría probablemente dentro de unos minutos.

Me quedé, tomé de la estantería la *Vida de San Juan de la Cruz* del padre Bruno y miré las ilustraciones.

Los jóvenes negros intentaron reanudar su discusión donde la habían suspendido; pero no pudieron. El forastero los ponía nerviosos. Una muchacha abrió la boca, pronunció tres o cuatro palabras abstractas y luego estalló en una risita. Entonces otra abrió la boca y dijo: "Sí, ¿pero no crees...?" Y esta solemne pregunta también acabó en una risita cohibida. Uno de los jóvenes soltó un párrafo completo, o cosa así, lleno de grandes palabras, y todos rompieron en risa. Luego yo me volví y empecé a reír también, e inmediatamente el asunto se convirtió en un juego.

Empezaban diciendo grandes palabras sólo porque era gracioso. Pronunciaban los juicios más profundamente insípidos y pesados, y se reían de ellos y del hecho de que cosas tan extrañas hubiesen salido de sus bocas. Pero pronto se calmaron; entonces llegó Mary Jerdo, me mostró los diferentes departamentos de la Casa de la Amistad y me explicó qué eran.

La turbación de aquellos jóvenes negros fue algo que me brindó un cuadro de Harlem, cuyos detalles tenían que completarse más tarde, pero los rasgos esenciales ya estaban allí.

Aquí, en este barrio enorme oscuro, humeante, centenares de miles de negros se apiñan como ganado, muchos de ellos sin nada que comer y sin nada que hacer. Todos los sentidos, imaginación, sensibilidades, emociones, pesares, deseos, esperanzas e ideas de una raza de sentimientos vividos y reacciones emocionales profundas están comprimidos, aherrojados con un cinturón de hierro de fracaso: el prejuicio que los ahoga con sus cuatro muros insuperables. En este enorme caldero, dones naturales inestimables, sabiduría, amor, música, ciencia, poesía, son aplastados y dejados hervir con las heces de una naturaleza corrompida elementalmente, y miles y más miles de almas se destruyen con el vicio, la miseria y la degradación, olvidadas, borradas, desaparecidas del registro de los vivos, deshumanizadas.

¿Qué no ha devorado en tu oscuro horno, Harlem, la marihuana, la ginebra, la histeria, la sífilis?

Los que de una manera u otra logran nadar hasta lo alto

del caldero hirviente y quedan en su superficie, por alguna u otra calidad espiritual especial, o porque han podido escaparse de Harlem e ir a algún colegio o escuela, todos éstos no son inmediatamente aniquilados; pero quedan con el privilegio dudoso de vivir afuera lo único que Harlem posee a modo de ideal. Quedan con la triste tarea de contemplar e imitar lo que pasa por cultura en el mundo de los blancos.

Ahora bien; la paradoja terrorífica de toda la cuestión es ésta: Harlem mismo, y cada negro individual de él, es una condenación viviente de nuestra sedicente "cultura". Harlem está allí a modo de acusación divina contra la ciudad de Nueva York y la gente que vive en la parte baja de la ciudad y allí hace su dinero. Los burdeles de Harlem, su prostitución, sus centros de drogas y todo lo demás son el espejo de los divorcios corteses y los múltiples adulterios refinados de Park Avenue: son el comentario de Dios al conjunto de nuestra sociedad.

Harlem es, en cierto sentido, lo que Dios piensa de Hollywood. Y Hollywood es todo lo que Harlem tiene para asirse, en su desesperación, a título de sustitutivo del cielo.

Lo más terrible de todo ello es que no hay negro en todo el lugar que no se dé cuenta, en alguna parte de las profundidades de su naturaleza, de que la cultura de los blancos, no vale la inmundicia de los albañales de Harlem. Perciben que todo está podrido, que es una farsa, que es espurio, vacío, una sombra de la nada. Y, sin embargo, están condenados a buscarlo, a aparentar que lo desean, a pretender que les gusta, como si todo fuera una especie de amarga conspiración cósmica, como si se vieran así obligados a alcanzar, en sus propias vidas, una clara representación de la miseria que ha corrompido las raíces ontológicas de la existencia del hombre blanco.

Los niños de Harlem crecen apiñados como sardinas en las habitaciones de viviendas llenas de vicio, en donde el mal tiene lugar cada hora e inevitablemente ante sus ojos, de suerte que no hay exceso de pasión ni perversión del apetito natural con que no estén familiarizados antes de la edad de seis o siete años; y esto a título de acusación de las sensualidades y lujurias corteses, costosas y furtivas de los ricos, cuyos pecados han engendrado este barrio abominable. El efecto se parece y aun magnifica la causa. Harlem es el retrato de aquellos por cuya falta tales cosas vinieron a la existencia. Lo que se oía en secreto en las alcobas y casas de los ricos, de los cultos, de los educados y de los blancos, se predica desde lo

alto de las casas de Harlem y allí se declara como es, en todo su horror, algo así como se ve en los ojos de Dios, desnudo y espantoso.

No, no hay negro en todo el lugar que deje de saber, y hasta la médula de sus huesos, que la cultura del hombre blanco no vale la basura del río de Harlem.

Esa noche volví a Harlem, puesto que Mary Jerdo me dijo que volviera; cené con todos ellos, felicité a la Baronesa por su cumpleaños y vimos una obra teatral que pusieron en escena niños negritos en la sala de recreo del grupo llamados "Los cachorros".

Fue una experiencia que casi me desgarró. Todos los padres de los niños estaban allí, sentados en los bancos, literalmente embargados de emoción ante el hecho de que sus hijos estuvieran actuando en una obra teatral; pero ésa no era la cuestión. Pues, como digo, sabían que la obra no valía nada, que todas las obras de los blancos son más o menos nada. No estaban embaucados por eso. Por debajo había algo profundo, maravilloso, positivo, verdadero y abrumador: su gratitud por una muestra, aun tan pequeña, de amor como ésta; que alguien al menos hiciera una especie de gesto que dijese: "Esto es una cosa que no puede hacer feliz a nadie, pero es una manera de decir: 'Quisiera que fueseis felices'."

Enfrente de la realidad profunda, positiva y elemental de este amor humano, no sin mezcla de caridad cristiana y algo importunamente santa, estaba el carácter estúpido de la obra misma. Algunos de aquellos genios que escriben obras teatrales de un acto para actores aficionados había concebido la idea de hacer aparecer al Rey Arturo y a sus caballeros con traje moderno haraganeando en un club pueblerino.

Permitidme que os diga que esta pieza de ingenio llegó a ser tan desastrosa, que por poco me dejó el cabello blanco, observando su representación por niños negritos en medio de aquel barrio. El autor cómico, hablando en nombre de la cultura de la clase media del siglo veinte, decía: "He aquí algo muy festivo." Dios, contestando por las bocas, ojos y acciones de estos negritos, y por su completa incomprensión de lo que pudieran representar las bromas, la escena y las situaciones decía: "Esto es lo que pienso de vuestro ingenio. Es una vergüenza a mi vista. No te conozco, no conozco tu sociedad: estás tan muerto para mí como el infierno mismo. A estos negritos los conozco y amor; pero a ti no te conozco. Eres anatema."

Dos o tres semanas más tarde había otra obra representa-

da en la sala parroquial por un grupo de mayores. Era la misma clase de obra teatral, referente a gentes ricas que se la pasaban muy bien, representada por desventurados jóvenes y muchachas negras que no tenían medio de saber nada de lo que era un tiempo feliz, tan insustancial y estúpido... o tan caro. El mismo gusto, alegría y entusiasmo con que procuraban sacar algo de esta pieza miserable de baratija, sólo condenaba a su autor y su inspiración bien elocuentemente. Se quedaba uno con la impresión de que estos negros, aun en Harlem, habrían podido dar a todos los ricos de Sutton Place lecciones de cómo ser felices sin casi procurarlo; por esto la imitación por ellos de la clase dirigente era una pronunciamiento de lo más condenatorio.

Si la Baronesa hubiese intentado afrontar la tremenda paradoja de Harlem sin otras armas que éstas, creo que la Casa de la Amistad habría cerrado a los tres días. Pero el secreto de su éxito y supervivencia en las fauces de este problema gigantesco, era que ella no dependía de estos frágiles métodos humanos, ni de actores, ni mítines, ni discursos, ni conferencias, sino de Dios, Cristo, el Espíritu Santo.

Según el plan de su vocación, la Baronesa personalmente había ido a Harlem y había empezado a vivir por Dios, y Dios la había puesto rápidamente en contacto con los demás que servían en Su policía secreta en esta ciudad enemiga: los santos que Él había mandado a santificar y purificar, no a Harlem, sino a Nueva York.

En el Día del Juicio Final, los ciudadanos de aquella opulenta metrópoli con sus poderosos edificios, sus arterias reventando de dólares y sus cerebros atiborrándose de nuevas filosofías optimistas de cultura y progreso, quedarán sorprendidos, asombrados, cuando averigüen quién era el que detenía el azufre y los rayos de la cólera de Dios para que no los barrieran mucho antes de la faz de la Tierra.

Viviendo en el mismo edificio que muchos de los trabajadores de la Casa de la Amistad había una anciana negra, delgada, tranquila, desgastada, muriendo de cáncer. Sólo la vi una o dos veces, pero oí mucho acerca de ella, pues todos decían que tenía visiones de Nuestra Señora. Sobre eso no sé nada, excepto que si Nuestra Señora hubiera de obrar según su norma usual, Harlem sería uno de los primeros y únicos lugares en que yo esperaría que apareciese... Harlem, o alguna cabaña de colono de Alabama, o alguna choza de minero de Pennsylvania.

La única vez que le hablé y saqué una buena impresión de

ella, me di cuenta de una cosa: poseía el secreto de Harlem, conocía el camino de salida del laberinto. Para ella había dejado de existir la paradoja, ya no estaba en el caldero, excepto por el puro accidente de la presencia física, que nada cuenta, puesto que el caldero casi es enteramente del orden moral. Cuando la vi y hablé con ella, vi en este rostro cansado, sereno y santo, la paciencia y la alegría de los mártires y la luz clara e inextinguible de la santidad. Ella y algunas otras mujeres católicas se sentaban en sillas junto a las gradas del edificio, en la calle relativamente fresca, en el atardecer; y el grupo que formaban allí, en medio del alboroto de la gente perdida, asombraba al transeúnte con el sentimiento de paz, de conquista: ¡aquella paz resplandeciente, profunda, profunda e impenetrable que hay en los ojos de las mujeres negras que están realmente llenas de fe!

Viendo a los muchachos y muchachas en la biblioteca, yo había penetrado algo en el problema de Harlem. Aquí, sólo cruzando la calle, veía la solución: fe, santidad. No había que ir lejos a buscarla.

Si la Baronesa, soportando el tiempo, permitiendo que los niños representen obras, proporcionándoles un sitio donde pudieran al menos alejarse de la calle y del paso de los camiones, podía reunir sus almas como estas santas mujeres y podía formar, en su organización, a otros que fueran, del mismo modo, santos, blancos o de color, no sólo habría ganado ella su partida, sino que finalmente pudiera, por la gracia de Dios, transfigurar la faz de Harlem. Se enfrentaba con muchos problemas de comida, pero tenía a la mano ya más de una pequeña levadura. Sabemos cómo obra Cristo. No importa cuán imposible pueda parecer la cosa, desde un punto de vista humano, podemos despertar una mañana y encontrar que todo ha fermentado. ¡Puede hacerse con los santos!

Por mi parte, sabía que era una cosa buena que yo estuviera allí, y así, por dos o tres semanas, bajé cada noche a comer y cenar con su pequeña comunidad y cantábamos las Completas después —en inglés—, todos juntos, alineados en la estrecha habitación en dos coros. Era la sola vez que hacían algo que los hiciera aparentar religiosos, y no había nada que fuera en realidad formalmente coral en ello. Era estrictamente un asunto familiar.

Después de eso, durante dos o tres horas, me dedicaba a la tarea de lo que se llamaba eufemísticamente "cuidar a los cachorros". Permanecía en el establecimiento que era su sala de juego, tocaba el piano tanto para mi entretenimiento como

para algo más y procuraba, con una especie de influencia moral, mantener la paz y evitar un alboroto realmente serio. Si alguna vez se hubiese iniciado una verdadera lucha, no sé lo que habría pasado. Pero la mayoría del tiempo todo estaba en paz. Jugaban al ping pong y al monopolio y yo hice un dibujo de la Santísima Virgen para un muchachito.

—¿Qué es eso? —dijo.

—Es nuestra Santísima Madre.

Inmediatamente cambió su expresión, se ensombreció con una devoción fuerte y vehemente, que era tan primitiva que me asombró. Empezó a canturrear una y otra vez: "Santísima Madre... Santísima Madre", se apoderó del dibujo y salió corriendo a la calle.

Cuando acabó agosto y llegó el Día del Trabajo, la Baronesa tuvo que partir para el Canadá, y yo dejé de hacer el segundo retiro trapense, que me había prometido desde que regresé de Gethsemaní en la primavera. Pero no tenía tiempo ni dinero para ir al Canadá. En su lugar, había escrito al monasterio de Nuestra Señora del Valle, en las afueras de Providence, Rhode Island, y había recibido contestación para ir al día siguiente del Día del Trabajo.

En coche, a través de Harlem, con Seymour, la víspera del Día del Trabajo, sentí por la Casa de la Amistad un poco de la nostalgia que había sentido por Gethsemaní. Aquí estaba, una vez más lanzado al mundo, solo en su bullicio y vanidad, despojado de mi asociación íntima, inmediata y visible con los que se habían unido para formar una colonia pequeña y secreta del Reino de los Cielos en este mundo de destierro.

No, era todo demasiado evidente: yo necesitaba este apoyo, esta proximidad de los que realmente amaban a Cristo tanto que parecían verlo. Necesitaba estar con gente, cada acción de la cual me dijera algo del país que era mi patria: así como los expatriados en cada país extraño se juntan, aunque sólo sea para acordarse, con sus rostros e indumentaria, porte, acentos y expresiones, de la tierra de que proceden.

Había proyectado pasar el fin de semana antes de entrar en el monasterio, algo así como los demás pasan el fin de semana del Día del Trabajo: procurando obtener algún descanso y recreo, que es ciertamente una cosa muy legítima al menos en sí misma. Pero Dios, a fin de recordarme mi destierro, quiso que este plan mío, que estaba principalmente destinado a complacerme sólo a mí, no tuviera completo éxito.

Lo había determinado yo del modo que había hecho las cosas en los antiguos tiempos: había decidido dónde quería ir

y lo que quería, para mi placer y recreo. Iría, pensaba, a Greenport, al extremo de Long Island. Allí encontraría algún lugar tranquilo y pasaría los días leyendo, escribiendo, rezando, meditando y nadando. Después de eso cruzaría el estrecho en el transporte de New London e iría de allí a Providence y a Nuestra Señora del Valle. Lax pensaba que si podía salir de la oficina del *New Yorker* a tiempo, esa tarde del sábado, iría a Greenport también. Pero no parecía muy seguro de ello.

Llamé a Seymour, que dijo:

—Te llevaré en coche a Greenport.

Habiendo exigido alguna seguridad de que hablaba en serio, salí para Long Beach.

Seymour estaba en la estación con unos cuantos amigos y asociados suyos, gente de Long Island con quien él había iniciado una especie de empresa para hacer de toda la ciudad un Estado-Ciudad griego: la Atenas de Pericles. Todos partimos en el coche.

Después de recorrer tres manzanas, nos detuvimos y bajamos. Y él dijo:

—Vamos a almorzar en este restaurante.

Tomamos unas cuantas cucharadas de comida mala. Luego, de vuelta al coche.

Como yo esperaba, Seymour volvió al coche y partió en la dirección, no de Greenport, sino de su casa.

—Olvidé mi máquina fotográfica —explicó. Seymour nunca tuvo máquina fotográfica.

Pasamos la tarde en el barco a vela de Seymour, en la bahía, desembarcamos en un banco de arena y Seymour me enseñó algunos trucos de jiu-jitsu. Había aprendido jiu-jitsu en un gimnasio de Broadway, considerando que podría emplearlo en la guerra, si era reclutado: algo así como para sorprender a los japoneses.

Al día siguiente salimos para Connecticut. Entonces fue cuando pasamos por Harlem. Seymour iba a encontrar a su esposa, en Greenwich Village, para llevarla a New Haven, donde ella tomaba parte en una obra en un teatro de verano. No encontró a su esposa en Greenwich Village, sino en otra parte de la calle setenta y pico, donde se decidió, después de un debate largo y secreto, que no iba a Connecticut aquella tarde. Entretanto, yo intentaba escabullirme para tomar un tren desde la Estación Central hacia alguna parte donde encontrase el equivalente de la habitación tranquila y amable de Greenport. (En ese preciso momento, aunque yo no sabía

nada, Lax, después de ir a Greenport, me buscaba en todos los hoteles y casas de huéspedes y en la iglesia católica.)

Finalmente, muy tarde, Seymour y yo nos detuvimos en una aglomeración de tránsito en la carretera de la oficina postal de Boston y discutimos sobre la guerra.

Me llevó todo el camino hasta Old Lyme. Cada vez oscurecía más, y todo lo que veía me hacía sentir miserable. No podía ver en ninguna parte nada que encajara con mi sueño de fin de semana del Día del Trabajo.

Poco antes de medianoche arrojó mi maleta en un hotel pequeño y sórdido de vuelta a New Haven y acabé rezando el Oficio de aquel día. Seymour se había desvanecido, callado y nervioso, en la oscuridad, con su coche, alegando que Elena, precisamente ahora, llegaba a New Haven en el tren.

Por lo que supe, el objeto era que ella iría al teatro de verano a recoger algún trabajo de costura o de punto y luego ambos regresarían en seguida a Nueva York.

—Ya ves —decía la Divina Providencia—, ya ves cómo son las cosas del mundo en que vives. Ya ves lo que pasa con los planes y proyectos de los hombres.

En la brillante mañana del jueves, cuando toqué la campanilla del portón del monasterio de Nuestra Señora del Valle, el cielo estaba denso de azul y entrar en aquel profundo silencio era como entrar en el cielo.

Arrodillado en la tribuna, con el sol cayendo a través de los ventanales sobre un gran crucifijo singularmente exangüe, con el canto de los monjes llevando mi corazón al seno de Dios y meciéndolo en la paz de aquellos pensamientos y cadencias, yo encontraba mi camino, o era guiado, más bien, hacia un retiro que era serio, práctico y afortunado... más de lo que me daba cuenta. No hallaba aquellos grandes consuelos arrebatadores y aquellas luces que prácticamente me habían enajenado en Gethsemaní; y, sin embargo, cuando salí otra vez al final de la semana, estaba consciente de haber adquirido alimento y fuerza, de haberme desarrollado secretamente en firmeza, certidumbre y profundidad.

Pues había salido de Harlem con lo que bien pudiera haber sido el problema de otra vocación. ¿Era ésa? En estos ocho días, acabando con la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, la cuestión se había hecho más o menos clara. Si me quedaba en el mundo, pensaba yo, mi vocación sería primero de todo escribir, luego enseñar. Trabajo como el de Casa de la Amistad sólo vendría después de los otros dos. Hasta que alcanzara alguna luz más definida, me quedaría donde estaba,

en el colegio de San Buenaventura. ¿Había temido, o esperaba deseando, acaso subconscientemente, que el deseo de hacerme trapense tuviera de nuevo una vehemente salida aquí? Nada de eso. Todo ese asunto permanecía en su estado neutral, indefinido: relegado al área que mi mente no podía percibir por completo, porque estaba en la oscuridad, nublada, con incertidumbres casi infinitas. Una cosa sabía aquí, en el Valle: estaba embargado con el mismo respeto inefable por la vida cisterciense, pero no existía ningún deseo de ingreso en ese monasterio particular.

Y así, una vez más, estaba de vuelta en el mundo. El tren de New Haven cruzaba veloz por todos aquellos pueblos industriales, con resplandores fugaces de agua azul, arena pálida y hierba grisácea a lo largo de todo el trayecto, a la izquierda. Leí un cuento en el *New Yorker* sobre un muchacho que en vez de hacerse sacerdote se casó, o al menos se enamoró, o algo por el estilo. El vacío, la vanidad, la nada del mundo me acosaban por todos lados. Pero ahora no podía ello perturbarme ni hacerme desgraciado.

Era suficiente saber que aun cuando estuviera en el mundo eso no me obligaría a tomar parte en él, ni pertenecer a él, ni ser siquiera enlodado seriamente con su contacto doloroso, inevitable.

III

De regreso a San Buenaventura me dieron una habitación en la parte norte del edificio, donde podía contemplarse el sol brillando en la ladera verde de la colina que era un campo de golf. Todo el día podían oírse los trenes en los tinglados de Olean gritando y llamándose unos a otros, tocando sus silbatos: el clamor de los viajes, el clamor del destierro. Encontraba que, casi sin notarlo, había reorganizado poco a poco la norma de mi vida en un plan más estricto, levantándome más temprano por la mañana, rezando las Horas Menores al alba, o antes de ella cuando los días menguaban, en preparación de la misa y comunión. Hacía mucha lectura espiritual... Vidas de Santos... Juana de Arco, San Juan Bosco, San Benedicto. Me entretenía con la *Subida al monte Carmelo* de San Juan de la Cruz y las primeras partes de la *Noche oscura*, por segunda vez de hecho, pero por primera vez comprendiéndola.

El gran regalo que se me dio, ese octubre, en el orden de la gracia, fue el descubrimiento de que la Florecita era realmente una santa, y no santa muda como una muñeca en las imaginaciones de muchas ancianas sentimentales. No sólo era santa, sino una gran santa, una de las mayores: ¡tremenda! Le debo toda clase de disculpas y reparación por haber ignorado su grandeza durante tanto tiempo; pero para hacer tal cosa necesitaría un libro entero, y aquí sólo puedo disponer de unas pocas líneas.

Descubrir un nuevo santo es una maravillosa experiencia. Pues Dios se magnifica grandemente y se hace maravilloso en cada uno de Sus santos. No hay dos santos iguales; pero todos ellos son como Dios, como Él de un modo diferente y especial. De hecho, si Adán nunca hubiese caído, toda la raza humana habría sido una serie de imágenes magníficamente diferentes y espléndidas de Dios, cada uno de todos los millones de hombres exponiendo Sus glorias y perfecciones de un modo asombrosamente nuevo, cada uno brillando con su santidad particular, una santidad destinada a Él desde toda la eternidad como la perfección sobrenatural más completa e inimaginable de su personalidad humana.

Si, desde la caída, este plan nunca se realizara en millones de almas, millones frustrarán ese destino glorioso suyo, ocultarán su personalidad en una corrupción eterna de deformidad, sin embargo, reformando Su imagen en almas desfiguradas y medio destruidas por el mal y el desorden, Dios hace las obras de Su sabiduría y amor lo más sorprendentemente bellas por razón del contraste con el medio en que Él no desdeña operar.

Nunca fue, ni pudo ser, sorpresa para mí que se encontraran santos en la miseria, dolor y sufrimiento de Harlem, en las colonias de leprosos como Molokai del padre Damián, en los barrios bajos del Turín de Juan Bosco, en los caminos de Umbría de la época de San Francisco, o en las ocultas abadías cistercienses del siglo doce, o en la Cartuja Mayor, o la Tebaida, la cueva de Jerónimo (con el león haciendo guardia a su biblioteca), o el pilar de Simón. Todo esto era evidente. Estas cosas eran reacciones fuertes y poderosas en edades y situaciones que exigían heroísmo espectacular.

Pero lo que me asombraba completamente era la aparición de una santa en medio de la fealdad y mediocridad hinchada, aterciopelada, superdecorada y cómoda de la burguesía. Teresa del Niño Jesús era carmelita, es verdad; pero lo que llevó al convento consigo fue una naturaleza formada y

adaptada al fondo y mentalidad de la clase media francesa de finales del siglo diecinueve, más complaciente y aparentemente inmutable, de lo cual nada podía imaginarse. Lo que parecía más o menos imposible para la gracia era penetrar en la costra espesa y elástica de la presunción burguesa y asir realmente el alma inmortal de debajo de aquella capa, a fin de hacer algo de ella. En el mejor de los casos, pensaba yo, tales gentes pudieran resultar inocuos pedantes, ¿pero de gran santidad? ¡Nunca!

En realidad, un pensamiento tal era un pecado contra Dios y mi prójimo. Era una subestimación blasfema del poder de la gracia, un juicio extremadamente poco caritativo sobre toda una clase de gente, con fundamentos poco meditados, generales y algo nebulosos: ¡aplicando una gran idea teórica a cada individuo que cae dentro de una cierta categoría!

Primero me interesé en Santa Teresa de Lisieux, leyendo el sentido libro de Ghéon sobre ella: un afortunado principio. Si hubiese dado con alguna otra literatura de la Florecita que anda circulando, la débil chispa de devoción potencial en mi alma se habría apagado al momento.

No obstante, apenas tuve una débil impresión del carácter real y de la real espiritualidad de Santa Teresa, cuando inmediata y fuertemente me sentí atraído a ella... una atracción que era obra de la gracia, puesto que, como digo, me hizo franquear de un salto miles de obstáculos y repugnancias psicológicas.

Y he aquí lo que me sorprende como lo más fundamental de ella. Llegó a santa no desertando de la clase media, no abjurando, despreciando y maldiciendo la clase media, o el ambiente en que había crecido; por el contrario, se pegó a él en tanto puede pegarse una persona o tal cosa y ser una buena carmelita. Conservó todo lo que era burgués en ella y todavía no incompatible con su vocación: su afecto nostálgico por una graciosa quinta llamada "Las Buissonnets", su gusto por el arte completamente almibarado, por los angelitos de azúcar y santos de pastel jugando con corderos tan suaves y vellosos que literalmente crispan los nervios a la gente como yo. Escribió una serie de poemas que, sin importar lo admirable de sus sentimientos, se basaban ciertamente en los modelos populares más mediocres.

Para ella habría sido incomprensible que alguien pensara que estas cosas eran feas o extrañas, y nunca se le ocurrió que tuviera que abandonarlas, aborrecerlas, maldecirlas o enterrarlas bajo un montón de anatemas. Y no sólo llegó a ser

santa, sino la mayor santa que ha tenido la Iglesia en trescientos años... aun mayor, en ciertos aspectos, que los dos tremendos reformadores de su orden: San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Ávila.

El descubrimiento de todo esto fue, en verdad, una de las humillaciones más grandes y saludables que he tenido en mi vida. No digo que cambiara mi opinión de la presunción de la burguesía del siglo diecinueve, ¡Dios no lo quiera! Cuando algo es repulsivamente feo, es feo, y así es. No me encontré llamando bello lo exterior de esa cultura fantasmagórica. Pero tenía que admitir que, en cuanto a santidad se refería, toda esa fealdad exterior era, *per se*, del todo indiferente. Y, más aun, como todos los males físicos del mundo, podía servir muy bien, *per accidens*, de ocasión o hasta de causa secundaria de un gran bien espiritual.

El descubrimiento de un nuevo santo es una experiencia tremenda, tanto más porque es completamente distinto del descubrimiento peliculero de una nueva estrella. ¿Qué puede hacer fulano con su nuevo ídolo? Mirar su fotografía hasta que le dé vértigo. Eso es todo. Pero los santos no son objetos inanimados de contemplación. Se hacen nuestros amigos, participan de nuestra amistad, la corresponden y nos dan inequívocas muestras de su amor por nosotros mediante las gracias que recibimos a través de ellos. Así, ahora que tenía esta gran amiga nueva en el cielo, era inevitable que la amistad empezara a tener su influencia en mi vida.

Lo primero que Teresa de Lisieux podría hacer por mí era encargarse de mi hermano, a quien puse bajo su tutela rápidamente, porque ahora, con vertiginosidad característica, había cruzado la frontera del Canadá, y me había dicho por correo que se encontraba en las Reales Fuerzas Aéreas Canadienses.

No era una gran sorpresa para nadie. Como se le acercaba el tiempo de ser reclutado, empezaba a hacerse claro que iría a donde fuere con tal de no entrar en la infantería. Finalmente, cuando estaba a punto de ser llamado, se había ido al Canadá, a alistarse voluntariamente de aviador. Puesto que el Canadá ya hacía tiempo que estaba realmente en la guerra, y sus aviadores entraban rápidamente en acción, donde eran grandemente necesitados, en Inglaterra, era muy evidente que las probabilidades de John Paul para sobrevivir una guerra larga eran muy escasas. Por lo que yo podía colegir, él entraba en las fuerzas aéreas como si pilotear un bombardero no fuera más peligroso que conducir un coche.

Ahora estaba acampado en algún lugar cerca de Toronto. Me escribió, con alguna esperanza vaga de que, como él era fotógrafo, pudieran mandarlo de observador para sacar fotos de las ciudades bombardeadas, hacer mapas y demás. Pero entretanto, hacía servicio de guardia, a lo largo de una gran valla de alambre. Y envié a la Florecita de centinela para que cuidara de él. Cumplió bien el encargo.

Pero las cosas que sucedieron en mi vida, antes de que hubiesen transcurrido dos meses, también llevaban la huella de su intervención.

En octubre escribía largas cartas, llenas de preguntas, a la Baronesa, que todavía estaba en el Canadá... y recibía cartas a vuelta de correo, impregnadas de su sabiduría animada y enérgica. Era bueno para mí recibir esas cartas. Estaban llenas de un estímulo fuerte y decidido. "Siga adelante. Está en el camino recto. Continúe escribiendo. Ame a Dios, récele más... Usted se ha levantado y emprendido el viaje que lleva a Dios. Ha empezado a recorrer aquel camino que lo conducirá a venderlo todo y comprar la perla de gran precio."

¡Venderlo todo! El asunto no me había molestado tanto, en setiembre, y lo había dejado de lado, para esperar y ver qué rumbo tomaba. Empezaba ahora a tomarlo.

Pues ahora, en estos días, estaba a menudo solo en la capilla, bajo aquellas enormes vigas, observando el tranquilo tabernáculo, y las cosas comenzaron a hablar dentro de mí. Esta vez era un impulso mucho más profundo, la expresión de una necesidad mucho más honda. No era un movimiento de amor extendiéndose para abrazar algún bien externo, tangible, y poseerlo, ni un movimiento de apetito... intelectual si se quiere, pero todavía de apetito hacia algún bien que pudiera verse, sentirse y gozarse: una forma de vida, una existencia religiosa, un hábito, una regla. No era un deseo de verme revestido de ésta o aquella ropa o manto o escapulario, y rezando de éste o aquel modo, o estudiando aquí, o predicando allá, o viviendo en ésta o aquella clase de monasterio. Era algo del todo diferente.

Ya no necesitaba adquirir nada, necesitaba dar algo. Pero aquí estaba, día tras día, sintiendo más y más como el joven de grandes posesiones que se acercó a Cristo, pidiendo vida eterna, diciendo que había guardado los mandamientos, preguntando: "¿Qué me falta todavía?" ¿Me había dicho Cristo: "Ve, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y ven, sígueme"?

Así que los días menguaban y se hacían más oscuros y las nubes tomaban un gris de hierro con la amenaza de las pri-

meras nevadas, me parecía que esto era lo que Él quería de mí.

No es que yo fuera un hombre de grandes posesiones. A todos los del cuadro docente del colegio de San Buenaventura se los llamaba profesores. Eso era a fin de que el título nos compensara a todos más o menos, de lo que no recibíamos en paga. El sueldo que cobraba era completamente suficiente para permitirme practicar la pobreza evangélica.

El pensamiento que se me ocurrió fue éste. Todavía tenía algún dinero que mi abuelo me había dejado en un banco de Nueva York. Acaso lo que debería hacerse era sacarlo, para los pobres.

Eso era hasta donde yo había avanzado, cuando decidí hacer una novena, pidiendo gracia para saber qué hacer primero.

En el tercer día de la novena, el padre Hubert, uno de los frailes, dijo: "La Baronesa viene. Vamos a Buffalo a recibir su tren del Canadá y traerla aquí. ¿Quiere usted acompañarnos?" Pronto, por la tarde, entramos en el coche y salimos para el norte, hasta uno de aquellos largos valles paralelos que se inclinan hacia el Alleghany.

Cuando la Baronesa se apeó del tren, fue la primera vez que la vi con un sombrero puesto. Pero lo que más me impresionó fue el efecto que producía en estos sacerdotes. Nos habíamos sentado en la estación, aburridos, lamentándonos de ésta o aquella situación del mundo. Ahora estaban todos muy despiertos, animados y escuchando muy atentamente todo lo que ella tenía que decir. Estuvimos en un restaurante tomando algo de comer y la Baronesa estuvo hablando de sacerdotes, de la vida y gratitud espirituales y de los diez leprosos del Evangelio, de los cuales sólo uno volvió a dar las gracias a Cristo por haberlos curado. Me parecía que había tocado un tema acertado. Pero súbitamente observé que a los dos les había producido el efecto de una bomba.

Luego me di cuenta de lo que pasaba. Les estaba predicando a ellos. Su visita a San Buenaventura tenía que ser, para ellos, para los seminaristas y demás que la oyeran, una especie de misión o retiro. No había captado, antes, en qué medida formaba esto parte de su obra: los sacerdotes y religiosos se habían hecho, indirectamente para ella, un campo de misión casi tan importante como Harlem. ¡Es una cosa tremenda la economía del Espíritu Santo! Cuando el Espíritu Santo encuentra un alma en que puede obrar, emplea esa alma para cualquier número de propósitos; despliega ante sus ojos un centenar de direcciones nuevas, multiplicando sus obras y sus oportunidades para el apostolado hasta límites casi increí-

bles y ciertamente mucho más allá de la fuerza ordinaria de un ser humano.

Aquí estaba esta mujer que había empezado a llevar a cabo una obra más o menos oscura ayudando a los pobres de Harlem, colocada ahora en tal posición que la obra que sólo se había iniciado le atraía almas de todas las partes del país y le daba una clase de apostolado extraoficial entre el sacerdocio, el clero y las Órdenes.

¿Qué tenía que ofrecerles ella, que ellos ya no poseyeran? Una cosa: ella estaba colmada de amor de Dios; la oración, el sacrificio y la pobreza incondicional habían llenado su alma de algo que, al parecer, estos dos hombres habían buscado en vano en los retiros áridos, convencionales y puramente doctos que les habían cabido en suerte. Pude ver que se sentían arrastrados a ella por la tremenda vitalidad espiritual de la gracia que en ella había, vitalidad que acompañaba una inspiración genuina y permanente, porque ponía las almas de ellos en contacto con Dios como realidad viviente. Esa realidad, ese contacto, es algo que todos necesitamos: y uno de los medios con que ha sido decretado que llegáramos a él es oyéndonos unos a otros hablar de Dios. *Fides ex auditu*. No es novedad en Dios hacer santos que no son sacerdotes para predicar a los que son sacerdotes-testigo, la homónima de la Baronesa, Catalina de Siena.

Pero ella tenía algo que decirme a mí también.

Llegó mi turno cuando estábamos en el coche, marchando hacia el sur por la brillante carretera húmeda.

La Baronesa se sentaba en el asiento delantero, hablando con todos. Pero a poco se volvió hacia mí y dijo:

—Bueno, Tom, ¿cuando va usted a venir a Harlem para siempre?

La sencillez de la pregunta me sorprendió. No obstante, súbita como era, se me ocurrió la idea de que ésta era mi respuesta. Era probablemente lo que había estado rezando para descubrir.

Sin embargo, era bastante súbita para cogerme desprevenido y no sabía en absoluto qué decir. Comencé a hablar sobre escribir. Dije que mi ida a Harlem dependía de cuánto pudiera escribir una vez allí.

Los dos sacerdotes inmediatamente intervinieron y me dijeron que me detenía en condiciones y abría la puerta a muchas excusas.

—Deje que decida ella —dijo el padre Hubert. Así empezaba a parecer como si yo fuera a Harlem, al menos por un tiempo.

La Baronesa dijo: —Tom, ¿piensa usted hacerse sacerdote? Los que hacen las preguntas que usted me hizo en aquellas cartas generalmente quieren hacerse sacerdotes.

Sus palabras avivaban la antigua herida. Pero dije:

—Oh, no, no tengo vocación para el sacerdocio.

Cuando la conversación derivó hacia alguna otra cosa, me abstraía de ella para meditar lo que ella había dicho y pronto vi claro que era la cosa más acertada que podía hacer. No tenía un sentimiento especial de que mi vocación fuera ésta pero por otra parte ya no podía dudar de que el colegio de San Buenaventura había dado ya de sí toda su utilidad en mi vida espiritual. Ya no pertenecía allí. Era demasiado suave, demasiado seguro, demasiado abrigado. No me exigía nada. No significaba ninguna cruz especial. Me abandonaba a mí mismo, perteneciéndome a mí, en plena posesión de mi voluntad, en pleno dominio de todo lo que Dios me había dado para que se lo restituyera a Él. En tanto permanecía allí, aún no había renunciado a nada, o muy poco, por pobre que pudiese ser.

Al menos podría ir a Harlem, y unirme con estas gentes en su vivienda, vivir con lo que Dios nos diera para comer día a día, compartir mi vida con los enfermos, los hambrientos, los moribundos, los que nunca habían tenido nada y jamás tendrían, los parias de la Tierra, la raza despreciada. Si allí pertenecía yo, Dios me lo haría saber bastante pronto y bastante definidamente.

Cuando llegamos a San Buenaventura vi al jefe del departamento de inglés de pie a la luz débil, debajo de la puerta arqueada que conduce al monasterio, y dije a la Baronesa:

—Ahí está mi patrón. Tendré que ir a decirle que contrate a otro para el próximo curso, si he de salir para Harlem.

Al siguiente día lo dejamos resuelto. En enero, acabado el semestre, bajaría a vivir a la Casa de la Amistad. La Baronesa aseguró que dispondría de mucho tiempo para escribir por las mañanas.

Vi al director, el padre Tomás, en su habitación de la biblioteca, y le dije que iba a marcharme.

Su rostro se transmutó en un laberinto de arrugas.

—Harlem —dijo lentamente—. Harlem.

El padre Tomás era un hombre de grandes silencios. Hubo una larga pausa antes de volver a hablar:

—Acaso está usted haciéndose un poco entusiasta.

Le dije que me parecía que era lo que tenía que hacer.

Otro gran silencio. Luego prosiguió:

—¿No ha pensado usted alguna vez en hacerse sacerdote?

El padre Tomás era un hombre muy sabio, y puesto que era el jefe de un seminario y había enseñado teología a generaciones de sacerdotes, una cosa que podía presumirse que conocía algo era quién podía o no tener vocación para el sacerdocio.

Pero yo pensaba: no conoce mi caso. En mí no había el deseo de hablar de él, provocar una discusión y quedar confundido, ahora que me había determinado a hacer una cosa definida. Por eso le dije:

—Oh, sí, he pensado en ello, padre. Pero no creo que tenga esa vocación.

Las palabras me hicieron infeliz. Pero las olvidé al momento cuando el padre Tomás manifestó, con un suspiro:

—Muy bien, pues. Vaya a Harlem si debe ir.

IV

Después de eso, las cosas empezaron a marchar con ritmo acelerado.

En la víspera del día de Acción de Gracias abandoné a su suerte mi clase de primer año de composición inglesa y salí apresurado para el sur hacia Nueva York. Al principio dudaba si me encaminaba a Nueva York o a Washington. Mis tíos estaban en la capital, desde que su compañía montaba un hotel allí, y se alegrarían de verme; allí se encontraban, solos y aislados.

Sin embargo, el primer trayecto que hice me llevaba por el camino de Nueva York más que de Washington. Fue en un gran camión de la Standard Oil, que se dirigía a Wellsville. Penetramos por el campo brillante y agreste, el paisaje de fines de noviembre, lleno de luz del veranillo de San Martín. Los graneros rojos relucían en los campos cosechados, los bosques estaban desnudos, pero todo se mostraba lleno de color y surcaban el cielo azul flores de nubes blancas. El camión devoraba el camino con neumáticos ruidosos y yo marchaba sentado como en un trono en el asiento alto y bamboleante, escuchando al conductor que me contaba historias de toda la gente que vivía en los lugares por donde pasábamos y lo que sucedía en las casas que veíamos.

Era material para dos docenas de aquellas novelas que un día había deseado escribir, pero, por lo que ahora me interesaba, eran noticias muy malas.

Mientras me encontraba en el camino, al borde de Wellsville, un poco más allá de una esquina donde había un puesto de gasolina, cerca de la vía férrea de Erie, pasó junto a mí un gran camión de carga lleno de rieles de acero. Resultó beneficioso para mí que no se detuviera para hacerme subir. Cinco o seis millas más lejos había una empinada colina. Llevaba a un pronunciado recodo, en medio de un pueblo llamado no recuerdo cómo... Jasper, o Juniper, o algo así. Por el momento hice otra etapa en coche, bajamos la colina y mi conductor señaló el fondo, exclamando:

—¡Joven, mire aquel accidente!

Había una aglomeración de gente. Sacaban a los dos hombres del asiento del camión. Nunca vi una cosa tan aplastada como aquel camión. Todo, railes de acero y demás, estaba amontonado en un patio vacío entre dos casas pequeñas. Ambas casas tenían vidrieras. Si el camión hubiese entrado en uno de aquellos almacenes toda la casa se les habría venido encima.

Y, sin embargo, los dos hombres estaban vivos...

Una milla más lejos el hombre que me había dejado subir dobló el camino y empecé de nuevo a caminar. Era un amplio paraje, muy despejado, con una extensión de enormes campos por todo el valle y codornices que se desprendían de la hierba parda, desapareciendo en el viento. Saqué el Breviario de mi bolsillo y recé el *Te Deum* por aquellos dos hombres que no se habían matado.

En seguida llegué a otro pueblo. Tal vez ése se llamaba Jasper o Juniper. Los chicos precisamente salían de la escuela, a la hora de almorzar. Me senté en unos escalones de hormigón que bajaban al camino desde una de aquellas casas blancas y esmeradas y empecé a rezar las Vísperas mientras tenía ocasión. A poco un gran coche pasado de moda, viejo y desgastado pero muy bruñido, se acercó, se detuvo y me recogió. Era un anciano educado y su esposa. Tenían un hijo que estudiaba primer año en Cornell e iban a llevárselo a casa para la Acción de Gracias. En las afueras de Addison menguaron la velocidad para mostrarme una casa colonial antigua y bella que ellos siempre admiraban cuando pasaban por allí. Y en verdad que era una casa colonial antigua y bella.

Me dejaron en Horseheads, fui a comer algo, se me quebró un diente con un dulce de valor de un níquel y me marché por el camino recitando mentalmente esta rima:

Así se me quebró un diente
en un bar de Baby-Ruth.

No era tanto el diente el que se quebró como algo metido allí por un dentista. Luego un hombre de negocios, en un reluciente Oldsmobile, me llevó hasta Owego.

En Owego me detuve al final del largo puente de hierro a contemplar las casas del otro lado del río, con todos sus viejos balcones movedizos, preguntándome cómo se viviría en tal sitio. En seguida un coche que lanzaba un géiser de vapor sobre el radiador se detuvo y la puerta se abrió.

Era un hombre que decía que había trabajado toda la noche seguida en alguna industria de guerra que funcionaba las veinticuatro horas del día. Y dijo: —Este coche corre de prestado.

No obstante, hacía todo el camino hasta Peekskill para la Acción de Gracias.

Creo que era el día después de la Acción de Gracias, viernes, la fiesta de la Presentación, cuando vi a Mark. Almorcé con él en el club de la Facultad de Columbia. La principal razón de querer hablar con él era que acababa de leer el libro que yo había escrito aquel verano, el *Diario de mi evasión de los nazis*, y él tenía la idea de que alguien que conocía pudiera publicarlo. Eso creía yo que era lo importante de aquella conversación, aquel día.

Pero la Providencia la había dispuesto, pienso yo, para otros fines.

Estábamos en la escalera, entre una cantidad de perchas de hierro y estanterías y cosas para guardar los sombreros y maletines, poniéndonos los gabanes, y habíamos hablado de los trapenses.

Mark me preguntó:

—¿Y qué hay de su idea de hacerse sacerdote? ¿Volvió a pensar en ello?

Respondí con un encogimiento de hombros indefinido.

—Ya sabe —dijo— que hablé de eso con alguien que lo entiende bien, y cree que el hecho de que usted lo haya dejado abandonar, cuando le dijeron que no tenía vocación, puede ser realmente señal de que no la tenía.

Era la tercera vez que se me dirigía el dardo, inesperadamente, en estos últimos tres días, y esta vez realmente me hirió en lo hondo. Pues el razonamiento que acompañaba esta manifestación obligó a mis pensamientos a tomar una dirección enteramente nueva. Si eso era verdad, entonces me prescribía una actitud nueva respecto a todo el asunto de mi vocación.

Me había contentado con decir a todos que no tenía tal

vocación: pero siempre, por supuesto, había hecho una serie de ajustes y reservas con que rodeaba esa manifestación en mi mente. Ahora alguien me decía a quemarropa: "Si continúas con todas estas reservas, acaso perderás este don que sabes que tienes..."

¿Que yo sabía que tenía? ¿Cómo sabía tal cosa?

La rebelión espontánea contra el mero pensamiento de que *no* fuera llamado a la vida monástica, de que estuviera ciertamente fuera de cuestión, de una vez por todas... la rebelión contra la idea era tan fuerte en mí que decía todo lo que necesitaba saber.

Lo que me hirió con más fuerza fue que este reto hubiese partido de Mark, que no era católico y que no tenía que esperarse que tuviera una información tan íntima acerca de las vocaciones. Le dije:

—Creo que la Providencia dispuso las cosas para que usted me dijera eso hoy. —Mark comprendió el sentido de eso y se sintió complacido.

Al despedirme de él, en la esquina de la calle 116, junto a la Facultad de Derecho, observé:

—Si algún día entrase en un monasterio, tendría que ser trapense.

No me parecía que esto tuviera ningún efecto en mi decisión de ir a Harlem. Si resultaba que no era mi sitio, entonces vería lo del monasterio. Entretanto, había llegado a la Casa de la Amistad, enterándome que el domingo iban todos a hacer su día de retiro mensual en el Convento del Niño Jesús, en Riverside Drive.

Bob Lax subió conmigo, aquella mañana de domingo; juntos escalamos las gradas de la puerta del convento y una hermana nos hizo pasar. Casi fuimos los primeros allí y tuvimos que esperar algún tiempo hasta que llegaran los otros y empezara la misa, pero pienso que el padre Furfey, el director espiritual de ellos, que enseñaba filosofía en la Universidad católica y dirigía algo como la Casa de la Amistad en el barrio negro de Washington, nos habló primero al principio de la misa. Todo lo que dijo aquel día nos causó honda impresión, a Lax y a mí.

Sin embargo, cuando volvía de recibir la comunión, observé que Lax había desaparecido. Más tarde, al irnos a desayunar, lo encontré allí.

Después que todos habíamos ido a comulgar, dijo que empezó a sentir como si el edificio fuera a desplomarse encima de él, por lo que salió a tomar aire. Una hermana que me

había observado haciéndole ver detenidamente el misal y mostrándole la casa, salió apresurada tras él y lo encontró sentado con su cabeza entre las rodillas... y le ofreció un cigarrillo.

Aquella noche, cuando salimos del convento, ninguno de los dos podía hablar. Sólo paseábamos por Riverside Drive en la oscuridad no diciendo nada. Subí al tren en Jersey City y regresé a Olean.

Pasaron tres días sin ningún acontecimiento. Era a finales de noviembre. Todos los días eran cortos y oscuros. Finalmente, el jueves de esa semana, por la noche, me sentí de pronto presa de una intensa convicción:

—Me ha llegado la hora de ir a ser trapense.

¿De dónde había venido el pensamiento? Todo lo que sabía era que repentinamente estaba de cuerpo presente. Era algo poderoso, irresistible, claro.

Tomé un librito titulado *La vida cisterciense*, que había comprado en Gethsemaní, y volví las páginas, como si tuvieran algo que decirme. Me parecían estar todas escritas con palabras de llama y fuego.

Fui a cenar y volví a mirar el libro. Mi mente estaba literalmente colmada con esta convicción. Y, sin embargo, en medio, se mantenía la vacilación: aquella cuestión de siempre. Pero ahora no podía haber dilación. Debía acabar con eso, una vez para siempre, y obtener una respuesta. Podía conseguirse en cinco minutos. Y era la hora. Ahora.

¿A quién consultaría? El padre Filoteo estaba probablemente en su habitación de abajo. Bajé las escaleras y salí al patio. Sí, había una luz en la habitación del padre Filoteo. Muy bien. Entra y oye lo que tiene que decirte.

Pero, en lugar de eso, salí de golpe a la oscuridad y me dirigí al soto.

Era la noche del jueves. La Sala del Alumno empezaba a llenarse. Iban a pasar una película. Pero apenas lo observé: no se me ocurrió que acaso el padre Filoteo iría al cine con los demás. En el silencio del soto mis pasos resonaban en la grava. Caminaba y rezaba. Estaba muy oscuro junto a la capilla de la Florecita. "¡En nombre del Cielo, ayúdame!", murmuré.

Regresé hacia los edificios. "Muy bien. Ahora realmente voy a entrar allí a preguntarle. He aquí la situación, padre. ¿Qué piensa usted? ¿Debería ir yo a ser trapense?"

Había aún una luz en la habitación del padre Filoteo. Entré valientemente en la sala, pero cuando hube llegado a unos

seis pies de su puerta sentí como si alguien me hubiera detenido y me retuviera donde me encontraba con manos físicas. Algo interfería en mi voluntad. No podía dar un paso más, aun cuando quería. Di como un empujón al obstáculo, que era acaso un demonio, entonces me volví y salí corriendo de la casa una vez más.

De nuevo me encaminé hacia el soto. La Sala del Alumno estaba casi llena. Mis pies resonaban en la grava. Me encontraba en el silencio del soto, entre árboles húmedos.

No creo que jamás hubo un momento en mi vida en que mi alma sintiera una angustia tan apremiante y especial. Había rezado todo el tiempo, por lo que no puedo decir que empezara a rezar cuando llegué allí donde estaba la capilla: pero las cosas se iban precisando más.

—Por favor, ayúdame. ¿Qué voy a hacer? No puedo continuar así. ¡Tú puedes verlo! Mira el estado en que me encuentro. ¿Qué debo hacer? Muéstrame el camino. ¡Como si necesitara más información o alguna clase de signo!

Pero dije esta vez a la Florecita: —Muéstrame lo que he de hacer. —Y añadí:— Si entro en el monasterio, seré tu monje. Ahora enséñame lo que he de hacer.

Estaba peligrosamente cerca del camino equivocado para rezar... haciendo promesas indefinidas y pidiendo una especie de signo.

De repente, tan pronto como hube dicho esa plegaria, me sentí consciente del bosque, los árboles, las colinas oscuras, el viento húmedo de la noche, y luego, más distintamente que cualquiera de estas realidades obvias, en mi imaginación, empecé a oír la gran campana de Gethsemaní, tocando en la noche... la campana de la gran torre gris, tocando y tocando, como si sólo estuviera detrás de la primera colina. La impresión me dejó sin aliento, tuve que pensar detenidamente para darme cuenta de que era sólo en mi imaginación que oía la campana de la abadía trapense tocando en la oscuridad. Pero, como después calculé, era alrededor de la hora que la campana toca cada noche para la *Salve Regina*, hacia el final de Completas.

La campana parecía decirme cuál era mi sitio... como si me llamara a casa.

Esta fantasía ejerció mi determinación en mí que inmediatamente regresé al monasterio... desandando el camino, pasando por la capilla de Nuestra Señora de Lourdes y el final del campo de fútbol. Con cada paso que daba mi mente se decidía más firmemente en que ahora yo habría acabado con

todas estas dudas, vacilaciones, preguntas y todo lo demás, y resolvería este asunto, e iría a los trapenses, donde estaba mi lugar.

Cuando entré en el patio, vi que la luz de la habitación del padre Filoteo estaba apagada. En realidad, todas las luces estaban apagadas. Todos habían ido al cine. Mi corazón desfalleció.

Pero había una esperanza. Fui directamente a la puerta, penetré en el corredor y doblé hacia la sala común de los frailes. Nunca me había acercado a aquella puerta. No me había atrevido nunca. Pero ahora subí, golpeé la vidriera, abrí la puerta y miré al interior.

No había nadie allí, excepto un solo fraile, el padre Filoteo.

Le pregunté si podía hablarle y fuimos a su habitación.

Era el fin de toda mi ansiedad, de toda mi vacilación.

Tan pronto como le expuse todas mis vacilaciones y preguntas, el padre Filoteo dijo que no podía ver ninguna razón para que yo no entrara en un monasterio y me hiciera sacerdote.

Puede parecer irracional, pero en aquel momento sucedió como si tendiesen un puente ante mis ojos y, repasando todas mis preocupaciones e interrogaciones, pude ver con claridad cuán vacías y vanas habían sido. Sí, era evidente que era llamado a la vida monástica: todas mis dudas acerca de ello habían sido principalmente sombras. ¿Dónde habían tomado una apariencia tan engañosa de sustancia y realidad? El accidente y las circunstancias todas habían contribuido a exagerar y deformar las cosas en mi mente. Pero ahora todo estaba derecho otra vez.

Ya me encontraba lleno de paz y seguridad —la conciencia de que todo estaba bien y que un camino recto se había abierto, claro y suave, delante de mí—.

El padre Filoteo sólo hizo una pregunta:

—¿Estará usted seguro de que quiere ser trapense?

—Padre —respondí— quiero darlo todo a Dios.

Pude ver por la expresión de su rostro que quedaba satisfecho.

Subí las escaleras como alguien que ha resucitado de entre los muertos. Nunca había experimentado la paz tranquila e imperturbable y la certeza que ahora llenaban mi corazón. Había sólo una cuestión más: ¿estarían de acuerdo los trapenses con el padre Filoteo y aceptarían mi solicitud?

Sin tardanza escribí al Abad de Gethsemaní pidiendo permiso para ir a hacer un retiro por la época de Navidades.

Procuré componer mi petición con palabras que insinuasen que iba de postulante, sin darles ocasión de rechazarme antes de que al menos hubiese cruzado la puerta. Sellé el sobre, lo eché al buzón y salí afuera, una vez más, hacia la oscuridad, hacia el soto.

Las cosas se movían rápidamente, ahora. Pero pronto empezaron a ir más rápidas todavía. Apenas hube tenido contestación de Gethsemaní, diciéndome que sería bien recibido allí por Navidades, cuando llegó otra carta por correo. El sobre era conocido y temible. Llevaba el sello de la Caja de Reclutamiento.

La abrí desgarrándola y me encontré cara a cara con un aviso de que otra vez tenía que pasar por un nuevo reconocimiento médico.

No era difícil ver lo que eso significaría. Habían estrechado sus requisitos y, probablemente, ya no estaría exento del servicio militar. Por un momento me pareció que la Providencia se había hecho deliberadamente cruel. ¿Iba a ser esto una repetición del asunto del año pasado, en que se me quitó de las manos la vocación cuando estaba prácticamente en el umbral del noviciado? ¿Iba a comenzar todo de nuevo?

Arrodillado en la capilla, con aquel papel arrugado en mi bolsillo, hubo mucha opresión antes de que pudiese pronunciar las palabras "hágase Tu voluntad". Pero yo estaba decidido a que mi vocación no cayera en ruinas alrededor mío, un momento después de haberla recobrado.

Escribí a la Caja de Reclutamiento de nuevo, les dije que ingresaba en un monasterio y les pedía la hora para averiguar cuándo y bajo qué condiciones sería admitido.

Luego me dispuse a esperar. Era la primera semana de diciembre de 1941.

El padre Filoteo, al enterarse de la súbita llamada del Ejército, sonrió y dijo:

—Creo que es un síntoma muy bueno... quiero decir en cuanto se refiere a su vocación.

Acabó la semana, sin noticias de la Caja de Reclutamiento.

El domingo, siete de diciembre, era el segundo domingo de Adviento. Durante la Misa Mayor los seminaristas cantaron el *Rorate Coeli* y salí afuera, al desacostumbrado sol caliente, con el bello lamento gregoriano en mis oídos. Subí a la cocina, pedí a una de las hermanas que me hiciera algunos sándwiches de queso y los pusiera en una caja de zapatos y partí para el Valle de Dos Millas.

Escalé la ladera de la colina por la vertiente oriental del

valle, alcancé el borde de los espesos bosques y me senté en un lugar asoleado y sin viento donde había una cantidad de helechos pardos y secos. Colina abajo, junto al camino, había una pequeña casa-escuela de campo. Más lejos, a la entrada del vallecito, cerca del Alleghany, veíanse un par de pequeñas granjas. El aire estaba caliente y callado, no se podía oír más que la palpitación y jadeo de una distante bomba de petróleo, detrás de los bosques.

¿Quién creería que había una guerra en alguna parte del mundo? Era tan pacífico esto, tan sereno... Observé unos conejos que salían y empezaban a jugar entre los helechos.

Era probablemente la última vez que vería este lugar. ¿Dónde me encontraría una semana después? Estaba en las manos de Dios. Nada podía yo hacer sino abandonarme a Su misericordia. Pero seguramente, por este tiempo, habría podido comprender que Él está mucho más ansioso de cuidarse de nosotros, y es más capaz de hacerlo, que nosotros mismos. Sólo cuando rechazamos Su ayuda, resistimos Su voluntad, tenemos conflicto, perturbaciones, desorden, desgracias, ruina.

Me volví por la tarde hacia el Colegio. Había dos o dos millas y media hasta el armazón ferroviario sobre el río, después una milla y media hasta casa. Marchaba lentamente por las vías férreas, hacia los edificios de ladrillo rojo del Colegio. El cielo se nublaba y no faltaba mucho para la puesta de sol. Al llegar al Colegio, y cuando marchaba por el camino de cemento hacia el dormitorio, encontré a otros dos profesores seglares. Hablaban animadamente de algo y al acercarse exclamaron:

—¿Oyó usted lo que pasó? ¿Oyó la radio?

Norteamérica estaba en guerra.

A la mañana siguiente, fiesta de la Inmaculada Concepción, todas las hermanas que trabajaban en la cocina y la lavandería estaban en la misa de la capilla del Colegio. Era una de las raras ocasiones en que se mostraban al público. Era su fiesta patronal. Los bancos delanteros estaban llenos de vestidos azules y blancos y, después del Evangelio, el padre Conrad, un fraile grande, corpulento, con una cara roja, un profesor de filosofía tan grueso como Santo Tomás de Aquino, predicó un breve sermón triste, medio oculto detrás de una esquina de un contrafuerte que sostenía la viga del santuario. Trataba de Pearl Harbour.

Al salir de la capilla e ir a la oficina de correos, encontré una carta de la Caja de Reclutamiento. Decían que el reconocimiento sería aplazado un mes.

Fui a ver al padre Tomás, le expliqué mi situación, pedí permiso para marcharme en seguida, y pedí, también, una carta de recomendación. Hubo una reunión del Departamento de Inglés para repartir mis clases entre mis asombrados colegas, para el resto del curso.

Empaqueté la mayor parte de mis ropas, las puse en una caja grande para la Casa de la Amistad y los negros de Harlem. Dejé muchos de mis libros en mi estantería para el padre Ireneo y su biblioteca, di algunos a un amigo del Seminario que había estudiado Duns Scoto conmigo, bajo el padre Filoteo. Los demás los puse en una caja para llevarlos conmigo a Gethsemaní. Aparte de eso, todas mis propiedades cabían en una maleta, que aun era grande: a menos que los trapenses no me recibieran en su monasterio.

Tomé los manuscritos de tres novelas acabadas y una a medio acabar, los destrocé y eché al incinerador. Repartí algunas notas entre gente que podía usarlas, empaqueté todos los poemas que había escrito y la copia carbónica del *Diario de Mi Evasión de los Nazis*, otro *Diario* que había escrito y algún material para una antología de versos religiosos y lo mandé todo a Mark Van Doren. Todo lo demás que había escrito lo junté en un legajo y lo envié a Lax y Rice, que vivían en la calle 114, de Nueva York. Saldé mis cuentas con el banco de Olean, cobré un cheque con una bonificación por mis servicios en el Departamento de Inglés del tesorero, que no podía imaginarse que un hombre necesitara cobrar su sueldo a mediados de mes. Escribí tres cartas —a Lax, la Baronesa y mis parientes— y algunas postales, y, por la tarde del día siguiente, martes, con un sentimiento asombroso y gozoso de agilidad, estaba dispuesto para salir.

Mi tren era nocturno. Había ya oscurecido cuando el taxi vino a buscarme al Colegio.

—¿Adónde va usted, profesor? —dijo alguien, cuando yo salía del edificio con mi maleta.

La puerta del coche se cerró de golpe con mi fuerte adiós general y nos pusimos en marcha. No me volví para ver la colección de cabezas que observaban la partida del coche desde abajo de la puerta arqueada.

Cuando llegamos a la ciudad todavía tuve tiempo de ir a la Iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles, donde solía ir a confesarme y a menudo hacía las Estaciones de la Cruz, cuando estaba en Olean. El local estaba vacío. Había una o dos velas que ardían frente a la imagen de San José y la luz del santuario flameaba en las calladas sombras. Estuve allí arrodillado

diez o doce minutos, sin intentar captar o comprender el sentimiento inmenso y profundo de paz y gratitud que embargaba mi corazón, y me fui de allí a ver a Cristo en Su Tabernáculo.

Jim Hayes, que se había encargado de la tarea principal de mis cursos, estaba en la estación, para entregarme una nota que decía que el Departamento de Inglés diría cinco misas para mí. Luego llegó el tren de Buffalo a través de la helada llovizna, subí y mi último lazo con el mundo que había conocido se desgarró y rompió.

No era menos que una muerte civil, moral.

Este viaje, esta transición del mundo a una nueva vida, era como volar a través de algún elemento nuevo y extraño... como si yo estuviera en la estratosfera. Sin embargo, me encontraba en la tierra familiar y la lluvia fría de invierno salpicaba las ventanillas del tren, en tanto viajábamos por entre las oscuras colinas.

Después de Buffalo, empezamos a pasar por fábrica tras fábrica, iluminadas con un resplandor azul en la lluvia, que trabajaban toda la noche en armamentos; pero era como mirar algo en un acuario. La última ciudad que recordé era Erie. Después de ésa me quedé dormido. Cruzamos Cleveland y no me enteré.

Había estado levantándome a decir el rosario en mitad de la noche, como una especie de oficio nocturno, durante los meses últimos. Pedí a Dios que me despertara en Galion, Ohio, para que pudiera hacerlo, y, efectivamente, en mitad de la noche, me desperté y, precisamente, salíamos de Galion. Empecé a rezar el rosario cuando nuestras vías cruzaban la línea de Erie, que era por donde había ido allí la primera vez, de paso a Gethsemaní en la primavera. Luego volví a dormirme, mecido por la alegre música de las ruedas.

En Cincinnati, donde llegamos al amanecer, pedí a la camarera auxiliar del viajero los nombres de algunas iglesias católicas; subí en un taxi para ir a la de San Francisco Javier, donde llegué precisamente cuando la misa empezaba en el altar mayor; oí misa, comulgué, regresé a la estación a desayunarme y subí al tren hacia Louisville.

El sol había salido. Brillaba en los valles desnudos, rocosos, tierra de granja pobre, campos secos, de escasa tierra, con matorral y unos pocos árboles y mimbreras siguiendo el curso de los riachuelos, cabañas grises de vez en cuando, a lo largo de la línea. Fuera de una de las cabañas un hombre partía un tronco con un hacha, y pensé: eso es lo que haré si Dios quiere, muy pronto.

Era una cosa extraña. Milla tras milla mi deseo de estar dentro del monasterio aumentaba de modo increíble. Estaba del todo absorto en esa sola idea. Y, sin embargo, paradójicamente, crecía mi indiferencia, mi paz interior. ¿Y qué si no me aceptaban? Entonces iría al ejército. Pero, ¿sería seguramente eso un desastre? No, en absoluto. Si después de todo esto era rechazado por el monasterio y me reclutaban, estaría muy claro que era la voluntad de Dios. Había hecho todo lo que estaba en mi poder; lo demás estaba en Sus manos. Y, con toda la intensidad tremenda y creciente de mi deseo de estar en el claustro, el pensamiento de que pudiera encontrarme, en cambio, en un campamento militar ya no me perturbaba en lo más mínimo.

Era libre. Había recobrado mi libertad. Pertenecía a Dios, no a mí mismo; y pertenecerle es ser libre, libre de todas las ansiedades, preocupaciones y dolores que pertenecen a esta tierra y al amor de las cosas que hay en ella. ¿Qué diferencia había entre un lugar y otro, entre una vestidura y otra, si la vida de uno pertenecía a Dios, si uno se entregaba completamente en Sus manos? Lo único que importaba era el hecho del sacrificio, la consagración esencial de uno mismo, de la propia voluntad. Lo demás era accidental únicamente.

Eso no me privaba de rezar cada vez más intensamente a Cristo, a la Virgen Inmaculada y a toda mi letanía particular, San Bernardo, San Gregorio, San José, San Juan de la Cruz, San Benedicto, San Francisco de Asís, la Florecita y a todos los demás para que me hicieran entrar a tuertas o a derechas en aquel monasterio.

No obstante, sabía que si Dios quería que yo fuese al ejército, eso sería lo mejor y más feliz. Porque hay felicidad sólo donde hay coordinación con la Verdad, la Realidad, el Acto que sustenta y dirige todas las cosas a sus perfecciones esenciales y accidentales: eso es la voluntad de Dios. No hay más que una felicidad: agradarle. Un solo pesar, serle desagradable, negarle algo, apartarse de Él, aun en las menores cosas, aun en pensamiento, en un movimiento medio deliberado de la voluntad: en estas cosas, y sólo en éstas, está el pesar, en tanto implican separación o el principio, la posibilidad de separación de Aquel que es nuestra vida y todo nuestro gozo. Y ya que Dios es Espíritu, e infinitamente por encima de toda la materia y toda la creación, la única unión completa posible, entre nosotros y Él, está en el orden de la intención: una unión de voluntades y entendimiento en amor, caridad.

Puse el pie en el andén de la estación de Louisville en la

gloria de esa libertad y salí a las calles con un sentimiento de triunfo, rememorando la vez que antes había venido por aquí, la Pascua florida anterior. Era tan feliz y estaba tan eufórico que no miraba adónde iba y entré en la sala Jim Crow de espera, cuyas sombras, llenas de negros, se mostraban algo tirantes de resentimiento. Salí apresurado, con excusas.

El ómnibus de Bardstown estaba casi lleno; encontré un asiento algo destrozado y emprendimos la marcha hacia el campo invernal, la última etapa de mi viaje por el desierto.

Cuando finalmente me apeé en Bardstown, me hallé al otro lado del camino, frente a un puesto de gasolina. La calle se mostraba vacía, como si la población durmiera. Pero en seguida vi a un hombre en el puesto de gasolina. Me acerqué y pregunté dónde podría encontrar a alguien que me condujera a Gethsemaní. Al momento se puso el sombrero, dio marcha a su coche y abandonamos la ciudad, yendo por un camino recto, a través de un terreno llano, ocupado por campos vacíos. No era la clase de paisaje de Gethsemaní. No pude orientarme hasta que aparecieron delante de nosotros unas colinas bajas, melladas y boscosas, a la izquierda del camino, y dimos una vuelta que nos llevó a un terreno ondulante y arbolado.

Entonces vi aquel alto capitel familiar.

Toqué la campanilla de la puerta. Dejó oír una nota apagada, sorda, dentro del patio vacío. El conductor subió a su coche y partió. Nadie venía. Pude oír a alguien que se movía dentro de la casa del portón. No llamé de nuevo. En seguida se abrió la ventana y el hermano Matthew asomó por entre los barrotes, con sus ojos claros y barba grisácea.

—¡Hola, hermano! —dijo. Me reconoció, miró la maleta y agregó—: ¿Esta vez ha venido para quedarse?

—¡Sí, hermano, si usted quiere rezar por mí! —dije.

El hermano asintió con la cabeza y levantó su mano para cerrar la ventana.

—Eso es lo que he hecho —dijo—, rezar por usted.

Capítulo 4

EL DULCE SABOR DE LA LIBERTAD

I

El monasterio es una escuela... una escuela en la que aprendemos de Dios a ser felices. Nuestra felicidad consiste en compartir la felicidad de Dios, la perfección de Su ilimitada libertad, la perfección de Su amor.

Lo que ha de curarse en nosotros es nuestra verdadera naturaleza, hecha a imagen de Dios. Lo que tenemos que aprender es el amor. La cura y la enseñanza son una misma cosa, pues en el mismo núcleo de nuestra esencia estamos constituidos a semejanza de Dios por nuestra libertad, y el ejercicio de esa libertad no es otra cosa que el ejercicio del amor desinteresado... el amor de Dios por consideración a Él, porque es Dios.

El principio del amor es la verdad, y antes de querer darnos Su amor, Dios debe limpiar nuestras almas de los embustes que hay en ellas. El modo más efectivo de despegarnos de nosotros mismos es hacer que nos aborrezcamos como nos hemos hecho a nosotros mismos por el pecado, a fin de que podamos amarlo, reflejado en nuestras almas como Él las hecho por Su amor.

Ése es el sentido de la vida contemplativa, el sentido de todas las reglas pequeñas, aparentemente insignificantes, observancias, ayunos, obediencias, penitencias, humillaciones y trabajos que vienen a constituir la rutina de la existencia en un monasterio contemplativo; todas estas cosas sirven para recordarnos lo que somos y quién es Dios... para que enfermemos con la vista de nosotros mismos y nos volvamos a Dios; y al final lo encontraremos en nosotros mismos, en nuestras naturalezas purificadas convertidas en el espejo de Su bondad tremenda y de Su amor sin fin...

II

El hermano Matthew cerró la puerta detrás de mí y me encontré encerrado en los cuatro muros de mi nueva libertad.

Era pertinente que el principio de la libertad fuera como fue. Entré en un jardín que estaba muerto, despojado y desnudo. Las flores que allí había habido el pasado abril habían desaparecido todas. El sol estaba oculto detrás de nubes bajas y un viento helado soplaba sobre la hierba gris y los paseos de cemento.

En cierto sentido mi libertad había empezado ya, pues no atendía a ninguna de estas cosas. No iba a Gethsemaní por las flores, ni por el clima... aunque admito que los inviernos de Kentucky fueron un desengaño. Todavía no había tenido tiempo de hacer planes sobre ninguna clase de clima. Había estado demasiado ocupado con el problema crucialmente importante de descubrir la voluntad de Dios. Y ese problema aún no estaba enteramente resuelto.

Quedaba todavía la respuesta final: ¿sería aceptado en este monasterio? ¿Me permitirían entrar en el noviciado, para hacerme sacerdote?

El padre Joaquín, director de los huéspedes, salió de la puerta del monasterio, cruzó el jardín con las manos bajo su escapulario y sus ojos finos en el paseo de cemento. Sólo los levantó cuando estuvo cerca de mí, y entonces dibujó una sonrisa.

—¡Ah, es usted! —dijo. Supongo que había rezado por mí también.

No le di ocasión de preguntarme si había venido para quedarme.

—Sí, padre; esta vez quiero ser novicio... si puedo.

Únicamente sonrió. Entramos en la casa. Parecía muy vacía. Dejé la maleta en la habitación que me habían asignado y me fui apresurado a la iglesia.

Si esperaba alguna espléndida bienvenida de Cristo y Sus ángeles, no la tuve... no en el orden sensible. La enorme nave era como una tumba; el edificio, tan frío como el hielo. No obstante, no me preocupaba. Ni me trastornaba el hecho de que nada especial se me ocurriera a modo de oración. Sólo me arrodillé más o menos callado, y escuché la sierra de la serrería, que llenaba el aire de quejas largas y estridentes y el rumor del trabajo.

Aquella noche, en la cena, encontré que había otro postulante... un hombre anciano, desdentado, de pelo gris, metido en un *sweater*. Era un granjero de la vecindad que había vivido a la sombra de la abadía durante años y se había decidido finalmente a ingresar como hermano lego. Sin embargo, no se quedó.

Al día siguiente descubrí que había aun un tercer postulante. Llegó aquella mañana. Era un joven grueso, azorado, de Buffalo. Como yo, solicitaba el coro. El padre Joaquín nos puso a ambos juntos a lavar platos y encerar pisos, en silencio. Ambos estábamos absortos en nuestros múltiples pensamiento, y me atrevo a decir que él no estaba más tentado de entablar conversación que yo.

En verdad, cada minuto del día me felicitaba en secreto de que las conversaciones hubiesen concluido y sido eliminadas... con tal que fuera aceptado.

No podía estar completamente seguro de si alguien me llamaría para decirme que bajara para una entrevista con el padre Abad, o si esperaban que yo fuera a verle por propia iniciativa, pero esa parte del problema me la resolvieron hacia el fin del trabajo matinal.

Regresé a mi habitación y empecé a romperme la cabeza con el ejemplar del *Directorio Espiritual* que el padre Joaquín me había traído. En vez de ponerme tranquilamente a leer el capítulo que directamente me interesaba, el que decía lo que los postulantes tenían que hacer mientras aguardaban en la hospedería, empecé a hojear los dos gruesos volúmenes para ver si podía descubrir algo absolutamente claro y definido y respecto a todo lo que era la vocación cisterciense.

Es bastante fácil decir que "los trapenses son llamados a llevar vidas de oración y penitencia", porque, después de todo, hay un sentido en que todos son llamados a llevar esa clase de vida. También es bastante fácil decir que los cistercienses son llamados a dedicarse enteramente a la contemplación, sin atender a los trabajos de la vida activa; pero eso no dice nada preciso sobre el objeto de nuestra vida y no distingue ciertamente a los trapenses de cualquiera de las demás órdenes contemplativas. Luego, la cuestión siempre es la misma: "¿Qué es lo que uno entiende por contemplación?"

Del *Directorio Espiritual* aprendí que "la Santa Misa, el Oficio Divino, la Oración y la lectura piadosa que forman los ejercicios de la vida contemplativa ocupan la mayor parte de nuestro día".

Era una frase fría y poco satisfactoria. La expresión "lectura piadosa" era oscura, y, de cualquier manera, el pensamiento de que la vida contemplativa era algo que se dividía en "ejercicios" era de un tono que ordinariamene me hubiera desalentado. Pero creo que había venido al monasterio completamente resignado ante la perspectiva de encontrar ese tipo de lenguaje durante el resto de mi vida. De hecho, es una cosa

buena que yo estuviera resignado a ello, pues es uno de los pesados detalles menores de toda vida religiosa hoy, que uno deba recibir una gran dosis de alimento espiritual servido en la jerga sosa de un francés trascrito.

No tenía manera de decir lo que significaba para mí la vida contemplativa entonces. Pero me parecía que debiera significar algo más que pasar tantas horas al día en una iglesia y tantas horas más en alguna otra parte, sin tener que sufrir la molestia de predicar sermones, enseñar en una escuela, escribir libros o visitar a los enfermos.

Unas cuantas líneas más adelante, en el *Directorio*, había unas palabras cautelosas sobre la contemplación mística, que, me decían, "no se requería", pero que a veces "concedía" Dios. ¡Esa palabra "conceder"! Casi sonaba como si la gracia bajara a uno vestida de miriñaque. Realmente, a mi modo de interpretación, cuando un libro espiritual le dice a uno que "la contemplación infusa es a veces concedida", la idea que uno tiene que adquirir es ésta: "la contemplación infusa está muy bien con los santos, pero en cuanto a uno, ¡ni hablar!" El francés original del *Directorio* no es tan helado como la traducción, y el libro sigue añadiendo que los monjes pueden pedir a Dios estas gracias, si lo hacen con recta intención, y que la vida cisterciense debiera ser normalmente una preparación perfecta para ellas. De hecho, la edición francesa añade también que el cisterciense tiene el *deber* de llevar la clase de vida que le disponga para la oración mística.

Sin embargo, me quedé con la impresión de que la contemplación en un monasterio trapense estaba propensa a ser mucho *secundum quid*, y que si yo tenía un deseo secreto de lo que la jerga de los manuales piadosos llamaba las "cumbres", valía más que fuera prudente en la manera de manifestarlo. En otras circunstancias la situación pudiera haberme perturbado; pero ahora no me preocupaba en absoluto. Después de todo, era de cualquier manera una cuestión ampliamente teórica. De todo lo que yo necesitaba preocuparme era de hacer la voluntad de Dios, entrar en el monasterio si me lo permitían, tomar las cosas como las encontraba y, si Dios quería hacerme algo de esta "concesión", podía ir adelante y "concédermela". Todos los demás detalles ya se resolverían.

Cuando dejaba a un lado el *Directorio* para tomar otro pequeño volumen de inglés chapurreado, alguien llamó golpeando a la puerta.

Era un monje que no había visto antes, un hombre algo corpulento, con pelo cano y una mandíbula extremadamente

firme, que se presentó como el superior de los novicios. Eché una ojeada a la determinación de aquella mandíbula y me dije a mí mismo: "Apostaría que no aguanta tonterías de los novicios tampoco."

Pero tan pronto como empezó a hablar encontré que el Padre Superior estaba poseído de una sencillez muy impresionante, dulzura y simpatía, y comenzamos a llevarnos bien desde esa hora. No era hombre ceremonioso y no tenía nada que ver con la técnica conocida de las humillaciones elaboradamente escalonadas que han dado a la Trapa un mal nombre en el pasado. Según aquellas normas; él debía haber entrado en la habitación cerrando de golpe la puerta con un insulto y luego haberme preguntado si entraba en el monasterio para escapar de la policía.

Pero sólo se sentó y dijo: "¿Le asusta el silencio?"

Casi me atropellé en mi ansia de asegurarle que el silencio, no sólo no me asustaba, sino que estaba entusiasmado con él y ya me hacía sentir como si estuviera en el cielo.

—¿No tiene usted frío aquí? —preguntó—. ¿Por qué no cierra la ventana? ¿Abriga bastante ese *sweater*?

Le aseguré con espíritu fuerte que tenía el calor de una tostada, pero me hizo cerrar la ventana de todos modos.

Por supuesto, lo que había sucedido era que el hermano Fabián, que trabajaba en la hospedería aquel año, me había suministrado una serie de cuentos de horror acerca del frío que hacía cuando uno se levantaba por la mañana y se arrastraba hacia el coro con las rodillas chocando una con otra y los dientes castañeteando tan fuerte que apenas se podían oír las oraciones. Por lo que yo procuraba ponerme en condiciones para la prueba sentándome con las ventanas abiertas, sin americana puesta.

—¿Ha estudiado alguna vez latín? —dijo el Padre Superior. Le hablé de todo Plauto y Tácito. Pareció satisfecho.

Después de eso hablamos de otras muchas cosas. ¿Sabía cantar yo? ¿Hablaba francés? ¿Qué me hacía desear ser cisterciense? ¿Había leído algo acerca de la orden? ¿Había leído la *Vida de San Bernardo* de Dom Ailbe Luddy? Y una porción de cosas así.

Era una conversación tan agradable que cada vez sentía menos deseos de descargar el gran peso tenebroso que aún gravitaba en mi conciencia y decir a este buen trapense todo lo de mi vida, antes de la conversión que un día me había hecho pensar que de ningún modo podía tener vocación para el sacerdocio. No obstante, finalmente lo hice en unas pocas frases.

—¿Cuánto tiempo hace que lo bautizaron? —dijo el Padre Superior.

—Tres años, padre.

Pareció no inmutarse. Sólo dijo que le gustaba la manera como le había dicho yo todo lo que tenía que decirse y que lo consultaría con el Padre Abad. Eso fue todo.

Todavía esperaba yo que me llamaran para un interrogatorio de parte del Primer Superior, pero eso nunca llegó. El muchacho grueso de Buffalo y yo enceramos pisos durante los días siguientes; bajábamos a la iglesia, a arrodillarnos en los bancos de enfrente del altar de San José, mientras los monjes cantaban el Oficio, y luego regresábamos a la hospedería a comer nuestros huevos revueltos, queso y leche. A lo que el hermano Fabián hubiera descrito como nuestra "última comida", nos deslizó a cada uno una pastilla de chocolate Nestlé y después me cuchicheó:

—Tom, creo que va a sufrir un desengaño grande con lo que vea en la mesa cuando vaya al refectorio esta noche...

¿Aquella noche? Era la fiesta de Santa Lucía y sábado. Volví a la habitación, mordisqueé en el chocolate y copié un poema que acababa de escribir a modo de adiós a Bob Lax y Mark Van Doren. El padre Joaquín entró y ocultó el rostro detrás de sus manos para reír cuando le dije lo que estaba haciendo.

—¿Un poema? —dijo, y se apresuró a salir de la habitación.

Había venido para que fuera a encerar los pisos algo más, por lo que en seguida el muchacho grueso de Buffalo y yo estábamos de rodillas de nuevo en la sala, pero no por mucho tiempo. El Padre Superior subió las escaleras a decirnos que juntáramos nuestras cosas y lo siguiéramos.

Nos pusimos las americanas, cogimos nuestros sacos y bajamos la escalera, dejando al padre Joaquín que acabara él solo de encerar el piso.

El ruido de nuestras pisadas resonaba en el gran pozo de escalera. Abajo, al fondo del tramo, junto a la puerta, bajo el letrero que decía "Dios solo", había media docena de granjeros locales que estaban con sus sombreros en las manos. Aguardaban para confesarse. Era una especie de delegación anónima, abstracta, despidiéndonos en nombre de la sociedad civil. Cuando pasé por delante de uno de ellos, un anciano solemne y educado, con una barba de cuatro días, de repente, con un impulso melodramático, me incliné hacia él, cuchicheándole:

—Rece por mí.

Asintió gravemente con la cabeza, indicando que lo haría con gusto, y la puerta se cerró detrás de nosotros, dejándome con el sentimiento de que mi último acto de seglar en el mundo aún tenía el sabor del antiguo Thomas Merton que había ido exhibiéndose por dos distintos continentes.

Al minuto nos arrodillamos junto al pupitre del hombre que tenía autoridad temporal y espiritual sobre el monasterio y todos los que en él estaban. Este sacerdote, que había sido trapense cerca de unos cincuenta años, parecía mucho más joven de lo que era porque estaba lleno de vida y energía nerviosa. Habían sido cincuenta años de trabajo duro que, lejos de desgastarlo, habían parecido sólo agudizar e intensificar su vitalidad.

Dom Frederic estaba hundido en un montón de cartas que cubrían el pupitre delante de él, junto con una montaña de otros papeles y documentos. Pero podía verse que este tremendo volumen de trabajo no conseguía aplastarlo. Lo llevaba todo regimentado. Desde que he estado en el monasterio a menudo he tenido ocasión de preguntarme por qué milagro logra *conservarlo* todo en orden. Pero lo conserva.

En cualquier caso, aquel día el Padre Abad se volvió hacia nosotros con tanta tranquilidad y facilidad como si no tuviera nada más que hacer que dar las primeras palabras de consejo a dos postulantes que dejaban el mundo para hacerse trapenses.

—Cada uno de vosotros —dijo— hará a la comunidad mejor o peor. Todo lo que hagáis ejercerá una influencia sobre los demás. Puede ser buena o mala. Todo depende de vosotros. Nuestro Señor nunca os negará la gracia...

No recuerdo si citó al padre Faber. Al reverendo padre le gusta citar al padre Faber y sería extraordinario que dejara de hacerlo en ese día. Pero lo he olvidado.

Besamos su anillo en tanto nos bendecía a los dos, y salimos. Su recomendación de despedida había sido que debíamos ser alegres, pero no disipados, y que los nombres de Jesús y María debían estar siempre en nuestros labios.

Al otro extremo del largo vestíbulo oscuro entramos en una habitación donde había tres monjes sentados delante de máquinas de escribir, entregamos nuestras plumas estilográficas, relojes de pulsera y nuestro dinero suelto al tesorero, y firmamos documentos prometiendo que si abandonábamos el monasterio no demandaríamos a los monjes por los salarios de nuestras horas de trabajo manual.

Y entonces cruzamos la puerta hacia el claustro.

Ahora empezaba a ver la parte del monasterio que nunca había visto... el ala larga más allá del claustro, en la parte de atrás del edificio, donde los monjes realmente viven, donde se reúnen en los intervalos.

Ofrecía contraste con el aspecto frío, abierto, del claustro mismo. Primeramente, era más cálido. Había tableros de aviso en los muros y se sentía un aire caliente que olía a pan procedente de la panadería, que estaba en alguna parte de por allí. Los monjes se movían con las cogullas sobre sus brazos, esperando ponérselas cuando sonara la campana señalando el final del trabajo. Nos detuvimos en la sastrería, nos tomaron las medidas para nuestras ropas y luego cruzamos la puerta del noviciado.

El Padre Superior nos indicó dónde estaba la capilla del noviciado, y nos arrodillamos un momento ante el Santísimo Sacramento, en aquella habitación sencilla y blanqueada. Observé una imagen de mi amiga Santa Juana de Arco a un lado de la puerta, y en el otro se encontraba, por supuesto, la Florecita.

Bajamos al sótano, donde todos los novicios se afanaban en la bulla de palanganas, buscando a tientas las toallas con sus ojos llenos de agua y jabón.

El Padre Superior se dirigió al que parecía más cegado por la espuma del jabón, y oí que le decía que me cuidara cuando fuéramos a la iglesia.

—Ése es su ángel de la guarda —explicó el padre, y añadió—: Antes era de infantería de marina.

III

Hablando litúrgicamente, apenas podría uno encontrar un tiempo mejor para hacerse monje que Adviento. Se empieza una nueva vida, se entra en un nuevo mundo al principio de un nuevo año litúrgico. Todo lo que la Iglesia le da a uno para cantar, cada oración que se reza en y con Cristo en Su Cuerpo Místico es un grito de deseo ferviente de gracia, de ayuda, de la venida del Mesías, el Redentor.

El alma del monje es un Belén donde Cristo viene a nacer... en el sentido de que Cristo nace donde Su imagen es reformada por la gracia, donde Su divinidad vive, en un modo especial, con Su Padre y Su Espíritu Santo, por caridad, en esta "nueva encarnación", este "otro Cristo".

La liturgia de Adviento prepara ese Belén con canciones y cánticos de deseo ferviente.

Es un deseo tanto más poderoso en el orden espiritual, porque el mundo a vuestro alrededor está muerto. La vida ha bajado hasta sus heces. Los árboles están despojados. Los pájaros se olvidan de cantar. La hierba está parda y gris. Uno va a los campos con zapapicos para sacar las hierbas silvestres. El sol despide su luz, por decirlo así, en desmayadas explosiones intermitentes, "cohetes", no rayos, según la fantasía de John Donne en su Nocturno del día de Santa Lucía...

Pero las piedras frías de la iglesia de la Abadía resuenan con un canto que resplandece de llama viviente, con un deseo profundo y puro. Es un ardor austero, el ardor del canto gregoriano. Está mucho más allá de la emoción ordinaria y es la razón de que uno no se canse nunca de él. No os embota con exigencias vulgares a vuestras sensibilidades. En vez de transportaros al campo abierto de los sentimientos donde vuestros enemigos, el demonio, vuestra imaginación y la vulgaridad inherente de vuestra naturaleza corrompida pueden alcanzaros con sus filos y despedazaros, os encuentra dentro, en donde sois arrullados en paz y recogimiento y donde encontráis a Dios.

Descansáis en Él, y Él os sana con Su sabiduría.

La primera noche en el coro procuré cantar mis primeras notas del canto gregoriano con el frío más intenso que jamás he sentido en mi vida... fruto de mi experimento de prepararme para la baja temperatura del monasterio antes de encontrarme en el interior de la casa.

Eran las segundas vísperas de Santa Lucía, y cantamos los salmos del *Commune Virginum*, pero después de eso el *capitulum* era el segundo domingo de Adviento y en seguida el chantre entonó el encantador himno de Adviento, *Conditor Alme Siderum*.

¡Qué medida, equilibrio y fuerza hay en la sencillez de ese himno! Su estructura es potente con una perfección que desprecia los efectos de la música secular más grandilocuente... dice más que Bach sin agotar siquiera todo el alcance de una octava. Aquella noche vi cómo el tono mesurado tomaba las viejas palabras de San Ambrosio y les infundía aun más fuerza, agilidad, convicción y sentido del que ya tenían y las hacía florecer delante de Dios en belleza y fuego, florecer en las piedras y desvanecerse en la oscuridad del techo abovedado. Su eco moría y dejaba nuestras almas llenas de paz y gracia.

Cuando empezamos a cantar el *Magnificat*, casi lloraba, pero eso era porque yo era nuevo en el monasterio.

En realidad, precisamente por eso tenía yo razón de llorar

de agradecimiento y felicidad mientras croaba las palabras en mi garganta seca y ronca, de gratitud por mi vocación, de gratitud porque ya estaba realmente allí al fin, realmente en el monasterio, cantando la liturgia de Dios con sus monjes.

Cada día, de ahora en adelante, el oficio resonaría con los lamentos profundamente apasionados de los antiguos profetas llamando a Dios para que les mandara el Redentor. *Veni, Domine, noli tardare: relaxa facinora plebis tuae.* Los monjes tomaban el lamento con las mismas voces fuertes, protegidos con la confianza de la gracia y de la presencia de Dios dentro de ellos, discutían con Él y lo increpaban como Sus antiguos profetas habían hecho antes. ¿Qué te pasa, *Domine*? ¿Dónde está nuestro Redentor? ¿Dónde está el Cristo que nos has prometido? ¿Duermes? ¿Nos has olvidado, para que continuemos sepultados en nuestras miserias y en la sombra de la guerra y el dolor?

Pero si yo había sido agitado con un movimiento de sentimiento durante aquella primera noche de coro, tenía poca oportunidad en aquellos días de disfrutar de lo que comúnmente se llaman "consolaciones". Las consolaciones no pueden prender en uno cuando está medio pasmado con la clase de frío que yo tenía. Además había que acostumbrarse a los miles de detalles materiales de la vida monástica.

Ahora veía el monasterio desde dentro, desde el piso de la iglesia, por decirlo así, no desde la galería del visitante. Lo veía desde el ala del noviciado, no desde la hospedería reluciente y cálida. Ahora estaba frente a frente con los monjes, que pertenecían, no a algún sueño, ni a ninguna novela medieval, sino a la realidad fría e ineludible. La comunidad que había visto actuar como una unidad, en todo el poder de aquella anonimidad litúrgica impresionante y formal que cubre oscuramente un cuerpo de hombres con la misma personalidad de Cristo mismo, me aparecía ahora deshecha en sus partes constituyentes, y todos los detalles, buenos y malos, agradables y desagradables, estaban allí para que los observara muy de cerca.

Por este tiempo Dios me había dado bastante sentido para, al menos oscuramente, comprender que éste es uno de los aspectos más importantes de cualquier vocación religiosa: la primera y más elemental prueba de la llamada de uno a la vida religiosa —ya sea como jesuita, franciscano, cisterciense o cartujo— es la buena gana en aceptar la vida en una comunidad en que cada uno es más o menos imperfecto.

Las imperfecciones son mucho menores y más triviales que los defectos y vicios de la gente de afuera en el mundo; y, sin

embargo, uno tiende a observarlas más y sentirlas más, porque están grandemente aumentadas por las responsabilidades e ideales del estado religioso, por los que no puede uno menos de mirarlas.

Algunos pierden hasta sus vocaciones porque descubren que un hombre puede pasar cuarenta o cincuenta o sesenta años en un monasterio y todavía tener mal genio. De cualquier manera, ahora que formaba parte de Gethsemaní miraba a mi alrededor para ver cómo era realmente.

Estaba en un edificio de gruesos muros enormes, unos pintados de verde, otros de blanco y la mayoría con letreros y sentimientos edificantes pintados en ellos. "Si cualquier hombre se cree religioso, sin frenar su lengua, la religión de ese hombre es vana." Y así sucesivamente. Nunca descubrí el valor de aquellos letreros, porque, por mi parte, tan pronto como los hube leído una vez, nunca más me di cuenta de ellos. Estaban allí delante de mí siempre, pero simplemente mi mente no los registraba. Sin embargo, acaso algunos todavía los meditan después de años de residencia en la casa. De todos modos, es una costumbre trapense. Se los encuentra prácticamente en todas las casas de la orden.

Lo que era más importante no eran los muros gruesos sin calefacción, sino las cosas que había dentro de ellos.

La casa estaba llena de gente, hombres ocultos con blancas cogullas y esclavinas pardas, unos con barba, los hermanos legos, otros sin barba, pero con coronas monásticas. Había jóvenes y viejos, y los viejos estaban en minoría. A golpe de vista, con todos los novicios que tenemos en la casa ahora creo que la edad media de la comunidad no puede sobrepasar mucho los treinta años.

Pude ver que había alguna diferencia entre la comunidad estricta y los novicios. Los monjes y los hermanos profesos estaban más profundamente absorbidos en cosas que los novicios aún no habían descubierto. Y, sin embargo, dando una mirada a los novicios se veía un mayor aspecto exterior de piedad en ello... pero uno podía presumir que estaba más cerca de la superficie.

Puede decirse, como regla general, que los mayores santos son a veces aquellos cuya piedad es más evidente en su expresión cuando están en oración arrodillados, y los hombres más santos de un monasterio casi nunca son aquellos que toman aspecto exaltado, en días festivos, en el coro. Los que miran a la imagen de Nuestra Señora con ojos brillantes son muy a menudo los de peor genio.

Con los novicios su piedad sensitiva era inocente y espontánea, y era perfectamente adecuada a su estado. De hecho el noviciado me gustó en seguida. Estaba impregnado de entusiasmo, vitalidad y buen humor.

Me gustaba la manera como se engañaban con lenguaje de signos, me gustaban las tormentas calladas de diversión que de repente estallaban no se sabía dónde y conmovían todo el "scriptorium" de vez en cuando. Prácticamente todos los novicios parecían muy entusiasmados y sinceros con sus deberes de la vida religiosa; habían sido rápidos en adaptarse a las reglas y las conservaban con facilidad espontánea más que con extremada exactitud. El buen humor ingenuo que brotaba de vez en cuando en medio de todo esto hacía brillar todas sus caras como las caras de los niños... aun cuando algunos ya no eran jóvenes.

Uno presentía que los mejores eran los más sencillos, los más modestos, los que entraban en la norma común sin alharacas y sin ninguna ostentación especial. No llamaban la atención, sólo hacían lo que se les decía. Pero eran siempre los más felices, los que más gozaban de paz.

Se encontraban en medio de dos extremos. Por una parte había uno o dos que exageraban todo lo que hacían e intentaban cumplir cada regla con una escrupulosidad que era una parodia de la cosa real. Eran los que parecían esforzarse en hacerse santos por excesivo esfuerzo y concentración... como si toda la obra dependiese de ellos y ni siquiera Dios pudiera ayudarlos. Pero estaban también los que hacían poco o nada para santificarse, como si ningún trabajo dependiese de ellos... como si Dios hubiera de acercarse un día a poner una aureola en sus cabezas y todo habría terminado. Seguían a los otros y conservaban la regla por moda, pero tan pronto como enfermaban empezaban a pedir todos los alivios que ya no tenían. El resto del tiempo oscilaban entre una alegría que era ruidosa e inquietante y una exasperación sombría que servía de aguafiestas para todo el noviciado.

Generalmente eran los que pertenecían a estos dos extremos los que se iban y volvían al mundo. Los que se quedaban eran ordinariamente los normales, de buen humor, pacientes, obedientes, que no hacían nada excepcional y sólo seguían la regla común.

La mañana del lunes fui a confesar. Era semana de ayuno, y todos los novicios iban a su confesor extraordinario, que era el padre Odo aquel año. Me arrodillé en el confesionario un poco abierto y confesé con contrición profunda que cuan-

do el padre Joaquín me había dicho, un día, en la hospedería, que fuera a decir al muchacho grueso de Buffalo que bajara a la iglesia para el oficio canónico de Nonas, había dejado de hacerlo. Habiendo descargado mi alma de ésta y otras ofensas semejantes, me confundí tanto con el ritual cisterciense, poco familiar, que ya estaba dispuesto a dejar el confesionario y marchar corriendo tan pronto como el padre Odo hubo acabado con la oración primera y antes de que me hubiera dado la absolución.

Realmente ya estaba de pie y a punto de irme cuando empezó a hablarme, por lo que creí que valía más que me quedara.

Escuché las cosas que tenía que decir. Me habló muy bondadosa y llanamente. El tono de lo que dijo era éste:

—¿Quién sabe cuántas almas están dependiendo de su perseverancia en este monasterio? Acaso Dios ha ordenado que haya muchos en el mundo que sólo se salvarán por su fidelidad a su vocación. Usted debe recordarlos si se siente tentado de marchar. Recuerde todas estas almas en el mundo. Usted conoce alguna. Otras puede no conocerlas nunca hasta que las encuentre en el cielo. Pero en cualquier caso, no vino usted aquí solo...

Todo el tiempo que estuve en el noviciado no tuve tentaciones de abandonar el monasterio. En realidad, nunca desde que ingresé en la religión he tenido el menor deseo de regresar al mundo. Pero cuando era novicio ni siquiera fui molestado por el pensamiento de abandonar e ir a cualquier otra orden. Digo no fui *molestado* por el pensamiento: lo tuve, pero nunca perturbó mi paz, porque nunca fue nada más que académico y especulativo.

Recuerdo una vez que el Padre Superior me interrogó a tal efecto.

Por lo que yo admití: —Me han gustado siempre los cartujos. Realmente, si hubiese tenido oportunidad, habría ingresado en la Cartuja antes que venir aquí. Pero la guerra lo hizo imposible...

—No tendría allí la penitencia que nosotros tenemos aquí —dijo, y luego empezamos a hablar de otra cosa.

Eso no se hizo un problema hasta después de la profesión.

A la mañana siguiente, el Padre Superior me llamó, al final del trabajo, y me dio un montón de ropas blancas de lana, diciéndome que me las pusiera. Los postulantes solían recibir el vestido de oblato unos cuantos días después de su admisión... una de las costumbres anómalas que se siguen en las

casas aisladas. Sobrevivió en Gethsemaní hasta una reciente inspección. Así, a los tres días de mi admisión en el noviciado ya estaba libre de mi ropa secular y contento de haberme desembarazado de ella para siempre.

Me costó unos minutos comprender las complicaciones de la ropa interior del siglo quince que llevan los trapenses bajo su vestidura, pero pronto estuve fuera de la celda con vestidura blanca y escapulario y una faja blanca de paño atada a mi cintura, con el manto del oblato, blanco y sin forma, cubriendo mis hombros. Y me presenté al Padre Superior para saber mi nombre.

Había pasado horas procurando escoger un nombre para mí cuando pensaba que iba a hacerme franciscano... y ahora simplemente tomé el que me dieron. De hecho, había estado demasiado ocupado para molestarme con pensamientos triviales. Así resultó que había de llamarme Frater Luis. El muchacho grueso de Buffalo era Frater Silvestre. Me gustó más llamarme Luis que Silvestre, aunque probablemente nunca habría soñado en escoger ni uno ni otro nombre para mí.

Sin embargo, parecería que la única razón de por qué Dios quería que yo recordara toda mi vida que antes había salido el veinticinco de agosto para Francia era a fin de que me diera cuenta, por último, de que era la fiesta de mi santo patrón en la religión. Ese viaje fue una gracia. Acaso mi religión se remontaba a los días que pasé en Francia, si ha de remontarse hasta algo en el orden natural... Además, recordé que solía algo frecuentemente rezar en el altar de San Luis y San Miguel Arcángel, en el ábside de la catedral de San Patricio, de Nueva York. Acostumbraba encenderles velas cuando estaba en apuros aquellos primeros días de mi separación.

Fui inmediatamente al *scriptorium*, tomé un pedazo de papel y en él escribí FRATER MARIA LUDOVICUS y lo pegué encima de la caja que representaba todos los objetos míos particulares que había dejado: una caja pequeña, en la que conservaba un par de cuadernos de notas llenos de poemas y reflexiones, un volumen de San Juan de la Cruz, la *Teología Mística de San Bernardo* de Gilson y las cartas que recibía de John Paul en su campo de Ontario de las R. A. F., de Mark Van Doren y de Bob Lax.

Miré por la ventana el estrecho valle rocoso, más allá del parapeto del noviciado y los cedros más lejos aún y los desnudos bosques en la línea de las colinas dentadas. *Haec requies mea in saeculum saeculi, hic habitabo quoniam elegi eam!*

IV

En enero los novicios trabajaban en los bosques cerca del lago que los monjes hacían soltando una represa a través de una hondonada. Los bosques estaban tranquilos y las hachas resonaban por la sábana de agua azul gris, bruñida como el metal entre los árboles.

No tiene uno que *detenerse* a rezar cuando se está en el trabajo. Las ideas trapenses norteamericanas no se extienden hasta eso; por el contrario, se espera que haga algún acto de intención pura y se entregue a la faena y sude y haya trabajado bastante para cuando llega la hora de haber terminado. Para orientarse hacia la contemplación se puede en alguna ocasión musitar entre dientes: "¡Todo por Jesús! ¡Todo por Jesús!" Pero el objeto es seguir trabajando.

Aquel enero era yo tan nuevo todavía que no me había entregado al sistema complejo y absurdo de meditación que después procuré seguir. En ocasiones miraba hacia los árboles donde el chapitel de la iglesia de la abadía se elevaba en lontananza, detrás de una colina amarilla bordeada de cedros, con una larga sierra azul de colinas en último término. Aquel escenario era pacífico y agradable, y yo pensaba en una línea de uno de los salmos graduales: *Montes in circuitu ejus, et Dominus in circuitu populi sui.* Los montes lo rodean, como el Señor rodea a Su pueblo de aquí en adelante, ahora y para siempre.

Era verdad. Yo estaba oculto en lo íntimo de su protección. Me rodeaba constantemente con la obra de Su amor, Su sabiduría y Su misericordia. Así sería día tras día, año tras año. A veces estaría preocupado con problemas que parecían difíciles y grandes y, sin embargo, cuando habían terminado todas las respuestas que yo elaboraba no parecían importar mucho a la postre, porque siempre, más allá del alcance de mi visión y comprensión, Dios, silenciosa e imperceptiblemente, me lo había resuelto todo y me había presentado la solución. Para decirlo mejor, había incrustado la solución en el mismo tejido de mi vida, sustancia y existencia por el tejer sabio e incomprensible de la providencia suya.

Me preocupaba ahora por la recepción del hábito de novicio, que me haría canónicamente miembro de la orden y me iniciaría oficialmente en mi progreso hacia los votos. No obstante, como no habían llegado todos mis documentos, nadie sabía exactamente cuándo sería investido con el blanco manto. Todavía esperábamos una carta del obispo de Nottingham,

cuya diócesis incluía Rutland y Oakham, mi antigua escuela.

Iba a tener compañero en la recepción del hábito... y no al muchacho grueso de Buffalo. Abandonó el monasterio al principio de la cuaresma, después de haber dormitado pacíficamente en los oficios corales y durante varias semanas. Regresó a su casa de Buffalo y pronto supimos que estaba en el ejército.

Pero mi compañero iba a ser, podéis decirlo, un viejo amigo.

Un día que había vuelto del lago, me había quitado los zapatos de trabajo y me había lavado, subí las escaleras desde el sótano cuando tropecé con el Padre Superior y un postulante dando vuelta a la esquina.

El hecho de que yo fuera apresurado y tropezara con gente, sólo indica que era mucho menos contemplativo de lo que creía.

En cualquier caso, el postulante era un sacerdote con cuello romano, y cuando le di una segunda mirada reconocí aquellos rasgos irlandeses huesudos y los lentes de montura oscura, los pómulos salientes y la piel roja.

Era el carmelita con quien había sostenido todas aquellas conversaciones en el jardín de la hospedería en mi retiro, cuando habíamos discutido los méritos comparados de los cistercienses y cartujos.

Nos miramos ambos con expresiones que decían: "¡Usted... aquí!" Yo realmente no pronuncié las palabras, pero él sí. Se volvió al Padre Superior y dijo:

—Padre, he aquí a un hombre que se convirtió a la fe con la lectura de James Joyce. —No creo que el Padre Superior tuviera noticias de James Joyce. Yo había dicho al carmelita que la lectura de Joyce había contribuido algo a mi conversión.

Recibimos el hábito juntos el primer domingo de Cuaresma. Tomó el nombre de Frater Sacerdos. Estábamos de pie juntos, en medio de la sala capitular. Estaba con nosotros un novicio de dieciocho años que hacía profesión simple. Detrás de nosotros había una mesa atestada de libros que habían de repartirse a la comunidad como su "lectura de Cuaresma" formal.

El Padre Abad estaba enfermo. Todos se habían enterado de ello por el modo como se había esforzado para terminar el Evangelio en el oficio nocturno. Debería hallarse en cama, porque, realmente, sufría un caso malo de pulmonía.

Sin embargo no guardaba cama. Se sentaba en aquella rígida pieza de obra de carpintería, llamada eufemísticamente

un "trono", desde el cual presidía en cabildo. Aunque apenas podía vernos, nos dirigió una apasionada exhortación, diciéndonos con convicción profunda que cometíamos un gran error si veníamos a Gethsemaní esperando algo que no fuera la cruz, la enfermedad, las contrariedades, las molestias, los pesares, las humillaciones, los ayunos, los sufrimientos y, en general, todo lo que la naturaleza humana aborrece.

Luego subimos los peldaños hasta su trono, uno a uno, y nos despojó de nuestras americanas (*Exuat te Dominus veterem hominem cum actibus suis...*), y ayudado por el chantre y el Padre Superior nos cubrió formalmente con las blancas vestiduras que habíamos llevado de oblatos, junto con los escapularios y mantos de novicios maduros en la orden.

No habían pasado más de dos semanas cuando me encontré en la enfermería yo mismo, no con pulmonía, sino con gripe. Era la fiesta de San Gregorio Magno. Recuerdo que entré en la celda asignada a mí con un sentimiento de gozo secreto y triunfo, a pesar del hecho de que había sido dejada vacía dos días antes por el hermano Hugo, a quien habían llevado al cementerio, yaciendo en féretro abierto con aquella sonrisa de satisfacción que tienen los cadáveres trapenses.

Mi gozo secreto al ingresar en la enfermería procedía del pensamiento: "Ahora al fin tendré alguna soledad y dispondré de abundancia de tiempo para rezar." Debería haber añadido: "Y hacer lo que quiera, sin tener que correr por toda la casa contestando a las campanas." Estaba plenamente convencido de que iba a dar rienda suelta a todos los apetitos egoístas que aún no sabía reconocer como egoístas porque aparentaban ser tan espirituales en su nuevo disfraz. Todos mis malos hábitos, desinfectados, es verdad, de pecado formal, se habían deslizado en el monasterio conmigo y habían recibido conmigo la investidura religiosa: gula espiritual, sensualidad espiritual, orgullo espiritual...

Salté a la cama, abrí la Biblia en el Cantar de los Cantares y devoré tres capítulos, cerrando mis ojos de vez en cuando y esperando, con ansiosa expectación, luces, voces, armonías, sabores, unciones, la música de los coros angelicales.

No conseguí mucho de lo que buscaba y quedé con el desencanto vago de los viejos días en que pagaba medio dólar por una mala película.

En conjunto, la enfermería de un monasterio trapense es el peor sitio para buscar placer. En lo que más me acerqué al lujo fue en el orden puramente material, donde obtuve mucha leche y mantequilla, y un día —acaso el hermano se equi-

vocó algo— hasta conseguí una sardina. Si hubiera habido dos o tres habría sabido que era un error, pero puesto que había precisamente una, me inclino a creer que fue intencional.

Me levantaba cada mañana a las cuatro, ayudaba a la misa, recibía la comunión y luego el resto del día me sentaba en la cama leyendo y escribiendo. Rezaba el Oficio e iba a la capilla de la enfermería para hacer las estaciones de la Cruz. Al atardecer, el padre Gerard, el enfermero, me insistía en que no dejara de meditar con el volumen del padre Faber que había recibido yo como libro de Cuaresma.

Pero tan pronto como empecé a mejorar, el padre Gerard hizo que me levantara para barrer la enfermería y hacer otras extrañas tareas, y cuando llegó la fiesta de San José me alegré de bajar a la iglesia para el oficio nocturno y cantar una lección en el Jube.

Debió de ser una sorpresa para todos los que creían que había abandonado el monasterio; cuando regresamos a la enfermería, el padre Gerard dijo:

—¡En verdad que usted sabe cantar *alto*!

Finalmente, en la fiesta de San Benedicto, recogí nuestras mantas y me volví al noviciado, completamente satisfecho de salir sin nada más que nueve días de lo que el hermano Hugo habría llamado "no Calvario sino Tabor".

Ésa es la diferencia entre yo y el hermano Hugo... entre uno que acababa de iniciar su vida religiosa y uno que acababa de poner fin a la suya con señalado éxito.

Pues, a juzgar por el modo de seguir mencionándolo en lo sermones, el hermano Hugo había sido verdaderamente un éxito como cisterciense. No lo había conocido, excepto de vista. Y, no obstante, aun así era bastante para hablar mucho de él. Nunca he olvidado su sonrisa... no quiero decir la que tenía en el féretro, sino la que tenía cuando estaba vivo, que era muy distinta. Era un viejo hermano, pero su sonrisa estaba llena de la ingenuidad de un niño. Tenía una gran abundancia de esa cualidad indefinida que todos parece que convienen en llamar característicamente cisterciense: la gracia de la sencillez.

Lo que eso significa frecuentemente es difícil de decir; pero en el hermano Hugo y los otros como él —y no hay pocos— significa la inocencia y libertad de alma que llegan a los que se han despojado de toda preocupación de sí mismos, de sus ideas, juicios, opiniones y deseos, y se contentan perfectamente con tomar las cosas como les llegan de las manos de Dios y por los deseos y órdenes de sus superiores. Significa-

ba la libertad de corazón que sólo puede uno obtener entregando toda su vida en las manos de otro, con la fe ciega de que Dios quiere servirse de nuestros superiores, nuestros directores, como instrumentos de nuestra guía y de la formación de nuestras almas.

Por lo que me había enterado, el hermano Hugo tenía todo eso. Y, por consiguiente, era también lo que llaman un "hombre de oración".

Pero esta combinación peculiar —un espíritu contemplativo y una sumisión completa a los superiores que le confiaban turbadoras responsabilidades del monasterio— santificaba al hermano Hugo, según lo que es, hasta donde puedo comprender, la fórmula cisterciense.

Pues me parece a mí que nuestros monasterios producen muy pocos contemplativos puros. La vida es demasiado activa. Hay demasiado movimiento, demasiado que hacer. Eso es especialmente verdad en Gethsemaní. Es una instalación de energía, y no meramente una instalación de energía de oración. De hecho, hay un culto casi exagerado al trabajo en las almas de algunos que están aquí. Hacer cosas, sufrir cosas, pensar cosas, hacer sacrificios concretos y tangibles por el amor de Dios... eso es lo que parece significar la contemplación aquí... y supongo que la misma actitud es general en nuestra Orden. Se llama con el nombre de "contemplación activa". La palabra activa es muy acertada. De la segunda mitad de la expresión, no estoy tan seguro. No le falta un matiz de licencia poética.

Sólo en teoría nuestras voluntades pueden desinfectarse de todos los venenos con la excusa universal de "obediencia". Pero ha sido la fórmula cisterciense desde San Bernardo de Clairvaux y un grupo de obispos cistercienses y abades de la Edad Media. Lo cual me lleva a mi propia vida y a la sola actividad que nació en mí y está en mi sangre: quiero decir, escribir.

Traje conmigo todos los instintos de escritor al monasterio; sabía que los traía, además. No era caso de entrarlos de contrabando. El Padre Superior no sólo lo aprobó sino que me animó cuando quise escribir poemas, reflexiones y otras cosas que se me ocurrían en el noviciado.

Ya por la estación de Navidad había llenado un viejo cuaderno de notas que pertenecía a mis tiempos de Columbia, con las ideas que venían deslizándose en mi cabeza en todas aquellas fiestas maravillosas, cuando era postulante.

En realidad, había encontrado que el intervalo después del

oficio nocturno, entre las cuatro y cinco y media de las mañanas de los días de fiesta, era una hora maravillosa para escribir versos. Después de dos o tres horas de oración la mente está saturada de paz y de la riqueza de la liturgia. El alba rompe afuera de las ventanas frías. Si hace calor, los pájaros ya empiezan a cantar. Conjuntos enormes de imágenes parecen cristalizar, por decirlo así, naturalmente en el silencio y la paz, y las líneas casi se escriben solas.

Así fue hasta que el Padre Superior me dijo que no debía escribir poesía entonces. La Regla consagraba esa hora al estudio de la Escritura y los Salmos. A medida que pasaba el tiempo, encontraba yo que esto era aun mejor que escribir poemas. ¡Qué hora es ésa para la lectura y meditación! Especialmente en verano, en que uno puede tomar el libro y salir bajo los árboles. ¡Qué sombras de luz y color llenan los bosques a finales de mayo! ¡Verdes y azules como nunca había visto! Y en el este el cielo del alba es una hoguera de fuego donde uno casi pudiera esperar ver los animales alados de Ezequiel, ceñudos, llameando y corriendo de acá para allá.

Durante seis años, a esa hora del día, en días de fiesta, no he leído más que uno u otro de unos tres o cuatro libros, el Comentario de los Salmos de San Agustín, las *Moralia* de San Gregorio Magno, San Ambrosio en algunos de los Salmos o Guillermo de Saint Thierry en el Cantar de los Cantares. A veces miraba uno u otro de los Padres, o bien leía la Escritura *simpliciter*. Tan pronto como hube entrado en el mundo de estos grandes santos y empezando a descansar en el Edén de sus escritos, perdí todo deseo de preferir esa hora para escribir algo mío.

Libros como éstos, la sucesión de nuestros oficios, todas las fiestas y estaciones del año litúrgico, los distintos tiempos de siembra y plantación y cosecha y, en general, toda la armonía variada e integrada íntimamente de los ciclos naturales y sobrenaturales que vienen a constituir el año cisterciense tienden a llenar la vida de un hombre con tal saciedad rebosante que ordinariamente no hay tiempo ni deseo de escribir.

Después de los poemas que escribí la primera Navidad, uno o dos en enero, uno en la Purificación, y uno más en Cuaresma, me alegré de quedarme callado. Si no había otra razón para no escribir, el verano es una estación de mucha tarea.

Tan pronto como estuvo bien entrado el tiempo pascual, plantamos guisantes y habas, y al terminar las cosechamos. En mayo se hace la primera recolección de alfalfa en el campo de San José y desde entonces en adelante salen los novi-

cios, mañana y tarde, en su larga línea, fila india, con sus sombreros de paja puestos, con horquillas, hacia los henares de todos los rincones de la granja. Desde el día de San José fuimos al fondo superior, en el extremo rincón nordeste de la propiedad, en una hondonada circundada de bosque, detrás de la loma llamada Monte Olivete. Después de eso estábamos en el fondo más abajo, donde levanté una hacina de heno sobre la horca y una serpiente negra se deslizó de ella. Cuando las grandes carretas estaban cargadas, dos o tres de nosotros volvíamos atrás para ayudar a descargarlas en la vaquería, las caballerizas o el establo. Ésa es una de las tareas más duras que tenemos por aquí. Se entra en el almacén enorme y oscuro y el polvo empieza a arremolinarse; los de la carreta echan el heno tan de prisa como pueden y uno procura hacinarlo en el almacén. En uno o dos minutos, la casa comienza a representar una imitación muy buena del purgatorio, pues el sol azota sin piedad el techo metálico sobre vuestra cabeza y el almacén es un gran horno oscuro y sofocante. Quisiera haber pensado un poco en esa vaquería, allá en los días en que cometía tantos pecados, en el mundo. Pudiera haberme hecho detener.

En junio, cuando el sol de Kentucky ha desplegado toda su cólera y está casi en el cenit, batiendo los surcos arcillosos con su furioso calor, empieza la estación de la verdadera penitencia del cisterciense. Entonces la banderita verde comienza a aparecer en el pequeño claustro para anunciar que ya no tenemos que llevar nuestras cogullas en los intervalos y en el refectorio. Pero aun así, no importa lo inactivo que uno esté, afuera, bajo los árboles, todo lo que uno lleva puesto está bañado en sudor: los bosques comienzan a canturrear con miles de grillos, su clamor llena el patio del claustro y resuena en los muros de ladrillo y los pisos embaldosados del claustro y hace sentir el monasterio como una gigantesca cacerola hirviente sobre un fuego. Es la época en que el coro empieza a llenarse de moscas y tiene uno que morderse los labios para mantener la decisión de nunca ahuyentarlas en tanto recorren la frente y los ojos mientras se procura cantar... Sin embargo, es una estación maravillosa, más llena de consuelos que de pruebas; la estación de las grandes fiestas: Pentecostés, Corpus Christi —en que cubrimos el suelo del claustro con mosaicos enteros de flores—, el Sagrado Corazón, San Juan Bautista, San Pedro y San Pablo.

Es cuando uno realmente empieza a sentir el peso de nuestra llamada contemplación activa, con todas las adiciones ac-

cidentales que adquiere en Gethsemaní. Se empieza a comprender la verdad del hecho de que los antiguos trapenses de los siglos dieciocho y diecinueve vieran en los "ejercicios de contemplación" —el oficio coral, la oración mental y demás— principalmente un medio de penitencia y mortificación. Por eso es la estación en que los novicios abandonan y vuelven al mundo —abandonan en otras épocas también—, pero el verano es su prueba más dura.

Mi amigo Frater Sacerdos había partido ya en mayo. Recuerdo, unos cuantos días antes de desaparecer de entre nosotros, que los novicios quitaban el polvo a la iglesia y él vagaba por el altar de San Patricio con una expresión afligida y grandes suspiros y gestos. Su primer nombre, en la religión, de carmelita, había sido Patricio, y estaba a punto de volver a la tutela del gran apóstol de Irlanda.

Pero yo no tenía deseos de marchar. No creo que disfrutara del calor más que ningún otro, pero con mi temperamento podía satisfacerme con que todo mi trabajo y todo mi sudor significaban realmente algo, porque me hacían sentir como si hiciera algo por Dios.

El día que salió Frater Sacerdos trabajábamos en un campo nuevo que acababa de limpiarse cerca de los límites accidentales de la granja detrás de la casa de Aidan Nally. Íbamos a casa en nuestra larga fila, por encima de la colina pasando por la casa de Nally, con todo el valle azul extendido ante nosotros y el monasterio y todos los graneros y jardines que estaban en medio de los árboles a nuestros pies, bajo una gran extensión azul de cielo de Kentucky con aquellas nubes blancas, incomparables. Yo pensaba: "Cualquiera que abandona un lugar como éste está loco." Pero esto no era tan sobrenatural como yo pueda haber creído. No es suficiente amar el lugar por su escenario y porque uno se siente satisfecho de ser un atleta espiritual y un sirviente no insignificante de Dios.

Ahora, al principio de julio estábamos en medio de la recolección, entrando en el trigo. La gran máquina trilladora era arrastrada al extremo este de la vaquería, y las carretas cargadas de gavillas llegaban constantemente, de todas las direcciones, de los distintos campos. Podía verse el cillerero de pie en lo alto de la trilladora, perfilado contra el cielo, dando órdenes, y un grupo de hermanos legos novicios llenaban afanosamente los sacos y los ataban, y cargaban camiones tan de prisa como el grano nuevo y limpio salía de la máquina. Algunos de los novicios del coro bajaban el grano al molino, descargaban los sacos y desparramaban el trigo en

el piso del granero: pero la mayoría de nosotros estábamos afuera, en los campos.

Ese año tuvimos una cosecha extraordinaria, pero siempre estuvo amenazada de devastación por los aguaceros. Por lo que prácticamente cada día los novicios salían a los campos a desaparejar las hacinas y extendían las gavillas húmedas por el suelo, al sol, para secarlas antes de que empezaran a llenarse de añublo; luego las volvíamos a juntar y nos íbamos a casa... caía otro aguacero. Al final fue una buena cosecha.

¡Qué dulce se está en los campos, en los largos atardeceres de verano! El sol ya no se enfurece con vosotros y los bosques empiezan a lanzar largas sombras azules sobre el rastrojo en donde se encuentran las hacinas doradas. El cielo está fresco y podéis ver la pálida media luna sonriendo sobre el monasterio, en la lejanía. Acaso un olor puro de pino baje hasta vosotros, desde los bosques, con la brisa, y se mezcle con la riqueza de los campos y de la cosecha. Cuando el subdirector bate sus palmas en señal de fin de trabajo y dejáis caer vuestros brazos y os quitáis el sombrero para limpiaros el sudor de vuestros ojos, en la quietud os dais cuenta de cuán vivo está todo el valle con el canto de los grillos, constante trémolo universal que sube hacia Dios desde la tierra, elevándose como el incienso de una oración de atardecer al cielo puro: *laus perennis*!

¡Y sacáis el rosario de vuestro bolsillo, entráis en vuestro sitio de la larga fila y empezáis a bambolearos hacia casa, a lo largo del camino, con vuestras botas que resuenan en el asfalto y la profunda, profundísima paz en vuestro corazón! Y en vuestros labios, silenciosamente, una y otra vez el nombre de la Reina del Cielo, Reina también de este valle; "Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo..." y el Nombre de su Hijo, para Quien todo esto fue creado en primer lugar, para Quien todo esto fue proyectado y destinado, para Quien toda la creación fue ideada, para ser Su Reino. "¡Bendito es el fruto de Tu vientre, Jesús!"

"¡Llena eres de gracia!" El mismo pensamiento, una y otra vez, llena nuestros corazones con más gracia; ¡y quién sabe cuánta gracia mana al mundo desde ese valle, de esos rosarios, en los atardeceres en que los monjes marchan bamboleantes a casa desde el trabajo!

Fue unos cuantos días después de la fiesta de la Visitación, que es, para mí, la fiesta del principio de toda verdadera poesía, cuando la Madre de Dios cantó su *Magnificat* y anunció el cumplimiento de todas las profecías, y proclamó al Cristo

en ella y se hizo la Reina de los Profetas y de los poetas... unos pocos días después de esa fiesta, tuve noticias de John Paul.

Durante los últimos meses había estado en un campo de las llanuras del oeste canadiense, en Manitoba. Día tras día había hecho largos vuelos y práctica de bombardeo y ahora tenía sus galones de sargento y estaba dispuesto para marchar a ultramar.

Me escribió que vendría a Gethsemaní antes de partir. Pero no decía cuándo.

V

La fiesta de San Esteban Harding, fundador de la Orden cisterciense, pasó, y cada día esperaba que me llamaran para comunicarme que John Paul había llegado.

Por ahora el maíz era alto y cada tarde salíamos con azadas para hacer la guerra a nuestros enemigos, los dondiegos de día, en los maizales. Cada tarde, yo desaparecía en aquellas hileras de verdes estandartes y perdía de vista a todos los demás, preguntándome cómo alguien podría encontrarme si lo mandaban a buscarme con la noticia de que mi hermano había llegado. A menudo no se oía siquiera la señal de fin de trabajo y con frecuencia uno o dos de los novicios más recogidos quedaban en el maizal, azadonando diligentemente en algún apartado rincón, después de que todos los demás se habían ido a casa.

Pero yo había descubierto por experiencia que la regla, en estas cosas, es que aquello que estáis esperando siempre viene cuando realmente no lo esperáis. Así fue que una tarde que trabajábamos junto al monasterio, dentro del recinto, limpiando un sembrado de nabos, alguien me hizo señas de que fuera a la casa. Había olvidado tanto el objeto de mis expectaciones que tardé unos instantes antes de adivinar lo que era.

Me cambié las ropas de trabajo y fui rectamente a la habitación del Reverendo Padre y llamé a la puerta. Iluminó el letrero de "Sírvase esperar" que funciona con un botón de su pupitre y no hubo más que sentarse a esperar, como hice, la próxima media hora.

Por último el Reverendo Padre descubrió que yo estaba allí y mandó a buscar a mi hermano, que en seguida se presentó por el corredor con el hermano Alexander. Tenía muy buen

aspecto, se mantenía recto y sus hombros, que siempre fueron anchos, eran ahora completamente cuadrados.

Tan pronto como estuvimos solos en su habitación empecé a preguntarle si no quería bautizarse.

—Sí, pensé que podría —dijo.

—Dime, ¿cuánta instrucción has tenido?

—No mucha.

Después de haberlo interrogado algo más, resultó que "no mucha" era un eufemismo de "ninguna en absoluto".

—No puedes ser bautizado sin saber de qué se trata —dije.

Regresé al noviciado antes de las vísperas, sintiéndome acongojado.

—No ha tenido ninguna instrucción —dije tristemente al Padre Superior.

—Pero quiere bautizarse, ¿verdad?

—Dice que sí.

Pregunté yo: —¿No cree que yo podría darle bastante instrucción en los próximos días para prepararlo? El padre James podría hablar con él cuando tenga una oportunidad. Y, por supuesto, él puede ir a todas las conferencias del retiro.

Uno de los retiros de fin de semana precisamente estaba empezando.

—Llévele algunos libros —dijo el Padre Superior— y háblele, y dígale todo lo que pueda. Yo iré a hablar con el Reverendo Padre.

Al día siguiente subí apresurado a la habitación de John Paul con un montón de libros hurtados de la caja común del noviciado... Pronto tuvo una habitación llena de toda clases de libros que diferentes personas habían seleccionado para que él leyera. Si hubiera querido leerlos todos, habría tenido que estar en el monasterio seis meses. Había un folleto rosado, con una bandera norteamericana en la cubierta, titulado "La Verdad sobre los Católicos". Había, por supuesto, *La Imitación de Cristo* y un Nuevo Testamento. Mi contribución era el Catecismo del Concilio de Trento y la sugerencia del padre Roberto era *La Fe de los Millones*; el padre James había aportado la *Historia de un Alma*, la autobiografía de la Florecita. Había abundancia de otros, además, pues el padre Francis, que era director de los huéspedes ese año, era también bibliotecario. Acaso fue él quien proporcionó la *Historia de un Alma*, pues tenía gran devoción a la Florecita.

John Paul los miró por encima a todos. Dijo: —¿Y quién es esta Florecita? —Y leyó la *Historia de un Alma* de un tirón.

Mientras tanto pasaba yo prácticamente todos los períodos de trabajo de mañana y tarde sacando de mi cabeza todo lo que podía pensar que tenía alguna relación con la fe. Era un trabajo mucho más duro que el que hacían mis colegas novicios afuera en el maizal... y mucho más agotador.

La existencia de Dios y la creación del mundo no fueron dificultad para él, así que lo pasamos en dos frases. Había oído él algo acerca de la Santa Trinidad en la Escuela del Coro de San Juan de Dios. Por lo que le dije que el Padre era el Padre y el Hijo era la idea que tiene el Padre de Sí Mismo y el Espíritu Santo era el amor del Padre por el Hijo, y que estos Tres eran Una sola naturaleza, pero que, sin embargo, eran Tres Personas... y que moraban dentro de nosotros por la fe.

Creo que hablé más acerca de la fe y la vida de la gracia que de cualquier otra cosa, diciéndole todo lo que yo mismo había averiguado por experiencia, todo lo que presentía que quería más.

No había venido aquí a descubrir una serie de verdades abstractas: eso era bastante claro. Tan pronto como hube empezado a hablarle, había visto que despertaba en sus ojos la sed que se ocultaba dentro de él, y que lo había traído a Gethsemaní... pues ciertamente no había venido sólo para verme.

¡Qué bien la reconocí, aquella sed insaciable de paz, de salvación, de verdadera felicidad!

No había necesidad de discurso florido, ni de argumento elaborado: ninguna necesidad de procurar ser hábil, o mantener su atención con trucos. Era mi hermano y podía hablarle rectamente, en las palabras que ambos conocíamos; la caridad que mediaba entre los dos haría lo demás.

Podía esperarse que dos hermanos, en un instante como éste, hablaran de los "viejos tiempos". En cierto sentido, lo hicimos. Nuestras vidas, nuestros recuerdos, nuestra familia, la casa que nos había servido de hogar, las cosas que habíamos hecho a fin de pasar lo que creíamos un buen rato... todo esto en verdad era el fondo de nuestra conversación y, en un modo indirecto, entraba muy definidamente en la materia que nos ocupaba.

Estaba tan claramente presente que no había necesidad de aludir a ello, este pasado complicado y triste, con todas sus confusiones, impresiones y errores. Era tan real, vívido y presente como el recuerdo de un accidente automovilístico en la sala de accidentes donde las víctimas vuelven a la vida.

¿Había alguna posibilidad de felicidad sin fe? ¿Sin un principio que trascendiese a todo lo que habíamos conocido? La

casa de Douglaston, que mis abuelos habían construido, y que mantuvieron durante veinticinco años con la nevera constantemente llena, las alfombras limpias, quince revistas diferentes en la mesa del cuarto de estar, un Buick en el garaje y un papagayo en la galería de atrás chillando contra la radio del vecino, eran el símbolo de una vida que no les había proporcionado más que confusiones, ansiedades, incomprensiones y accesos de cólera. Era una casa en que Bonnemaman se había sentado horas cada día delante de un espejo, frotando cosméticos en sus mejillas como si tuviera que ir a la ópera... pero nunca fue a la ópera, excepto, acaso, las que vio delante de ella en sus sueños en tanto se sentaba allí, en aislamiento intranquilo, entre los botes de ungüento.

Contra todo esto nosotros habíamos reaccionado con todo lo que nuestra generación podía darnos y habíamos acabado haciendo, en el cine y en los pequeños bares baratos de luz ambarina de Long Island, o en los más ruidosos, debidamente cromados, de la ciudad, todo lo que ella había estado haciendo en casa. Tampoco fuimos nosotros a nuestra clase particular de óperas.

Si un hombre intentaba vivir sin gracia, no todas sus obras eran malas, eso era cierto, en verdad. Podía hacer una cantidad de cosas buenas. Podía guiar un coche. Eso era una cosa buena. Podía leer un libro. Podía nadar. Podía dibujar. Podía hacer todas las cosas que mi hermano había hecho en distintas épocas: coleccionar sellos, postales, mariposas, estudiar química, tomar fotografías, pilotear un avión, aprender ruso. Todas estas cosas eran buenas en sí mismas y podían hacerse sin gracia.

Pero no había necesidad en absoluto de detenerse a preguntarle, ahora, si, sin la gracia de Dios, cualquiera de esas ocupaciones se había aproximado en alguna medida a hacerlo feliz.

Hablé de la fe. Por el don de la fe toca uno a Dios, se entra en contacto con Su misma sustancia y realidad, en la oscuridad; porque nada accesible, nada comprensible a nuestros sentidos y razón puede captar Su esencia como es en sí misma. Pero la fe trasciende todas estas limitaciones y lo hace sin esfuerzo: pues es Dios Quien Se revela a nosotros, y todo lo que se exige de nosotros es la humildad en aceptar Su revelación y aceptarla bajo las condiciones en que a nosotros viene: de los labios de los hombres.

Cuando se establece ese contacto, Dios nos da gracia santificante: Su vida, el poder de amarlo, el poder de vencer toda

la debilidad y limitaciones de nuestras almas ciegas, servirle y dominar nuestra carne insana y rebelde.

—Una vez que tienes gracia —le decía—, eres libre. Sin ella, no puedes menos de hacer las cosas que sabes que no deberías hacer, que sabes que no quieres realmente hacer. Pero una vez que tienes gracia, eres libre. Cuando estás bautizado, no hay poder en la vida que pueda obligarte a cometer un pecado... nada podrá arrastrarte a él contra tu propia conciencia. Y sólo con que lo quieras serás libre por siempre, porque se te dará la fuerza, tanta como necesites y tan a menudo como la pidas, tan pronto como la pidas y generalmente mucho antes de que la pidas, también.

Desde entonces y en adelante su impaciencia por conseguir el Sacramento fue intensa.

Fui a la habitación del Reverendo Padre.

—No podemos bautizarlo aquí, por supuesto —dijo—. Pero podría hacerse en alguna de las parroquias de aquí cerca.

—¿Cree que hay posibilidad de ello?

—Pediré al padre James que le hable y me diga lo que él piensa.

Por la tarde del sábado había dicho a John Paul todo lo que yo sabía. Había consultado las Sacramentales e Indulgencias y luego había vuelto a darle una explicación de esa idea, tan misteriosa para algunos de fuera de la iglesia: "El Sagrado Corazón." Después de eso me detuve. Estaba agotado. No me quedaba nada que decirle.

Él estaba sentado tranquilamente en su silla y decía:

—Sigue, dime algo más.

El día siguiente era domingo, la fiesta de Santa Ana. Después del Capítulo, en el largo intervalo antes de la Misa Mayor, pregunté al Padre Superior si podía acercarme a la Hospedería.

—El Reverendo Padre me dijo que su hermano podía ir a New Haven a bautizarse. Fui a la capilla del noviciado y recé.

Pero después de la comida descubrí que era verdad. John Paul estaba sentado en su habitación, tranquilo y feliz. Hacía años que no lo había visto tan completamente sereno.

Entonces comprendí, oscuramente, que en aquellos últimos cuatro días la obra de dieciocho o veinte años de mi mal ejemplo se había borrado y convertido en buena por el amor de Dios. El mal que había sido por mi jactancia, exhibición y triunfo de mi estupidez se había compensado en mi alma, al mismo tiempo que borrado de la suya, y yo me sentía lleno de paz y gratitud.

Le enseñé el uso del misal y a recibir la comunión, pues se había dispuesto que su Primera Comunión sería en la misa particular del Reverendo Padre al día siguiente.

A la mañana siguiente, en todo el Capítulo, me obsesionaba la oscura preocupación de que John Paul se extraviara y no pudiera encontrar el camino de la capilla de Nuestra Señora de las Victorias. Tan pronto como el Capítulo hubo terminado fui presuroso a la iglesia por delante del Reverendo Padre, entré en el gran edificio vacío y me arrodillé.

John Paul estaba a la vista.

Me volví. Al final de la larga nave, con sus sillones corales vacíos, arriba, en la tribuna desierta, John Paul estaba arrodillado completamente solo, de uniforme. Parecía encontrarse a una distancia inmensa, y entre la iglesia secular donde él estaba y el coro en que me encontraba yo, había una puerta cerrada y no podía gritarle para decirle cómo bajar volviendo por la Hospedería. Él no entendía mis señas.

En aquel momento desfilaron en mi mente todas las veces de nuestra olvidada niñez en que yo había ahuyentado a John Paul con piedras del lugar donde mis amigos y yo construíamos una choza. Y ahora, de pronto, aquí estaba de nuevo: una situación que era del mismo tipo: John Paul, de pie, confuso y acongojado, a una distancia que no podía franquear.

A veces la misma imagen me persigue ahora que él ha muerto, como si se encontrara desamparado en el Purgatorio, dependiendo más o menos de mí para que de allí lo saque, esperando mis oraciones. ¡Mas espero que ya esté fuera de allí ahora!

El Padre Superior salió a buscarlo y yo empecé a encender las velas en el altar de Nuestra Señora de las Victorias, y a la hora de empezar la Misa pude ver, por el rabillo del ojo, que estaba arrodillado allí en un banco. Luego recibimos juntos la Comunión y la obra se consumó.

Al día siguiente se marchó. Fui a despedirlo al portón, después del Capítulo. Un visitante lo llevó hasta Bardstown. Cuando el coche doblaba para tomar la avenida, John Paul se volvió y saludó con la mano y sólo entonces fue cuando su expresión mostró alguna posibilidad de que se diera cuenta, como yo, de que nunca más volveríamos a vernos en la Tierra.

Llegó el otoño, y el Gran Trecenario de setiembre en que todos los jóvenes monjes tienen que cantar diez salterios por los muertos. Es una estación de días brillantes y secos, con abundancia de sol, aire fresco y altos cirros, y el bosque se torna amarillento y color de sangre y bronce a lo largo de las

colinas melladas. Entonces, mañana y tarde, salimos a cortar maíz. El campo de San José ya estaba listo... han ido a parar al silo los verdes tallos. Ahora trabajábamos por los campos extensos y pedregosos de los fondos medianos y más bajos, abriéndonos paso a golpe de cuchillo que restalla como un tiro de fusil. Era como si aquellos claros se hubieran transformado en galerías de tiro y nosotros hiciéramos fuego con fusiles de veintidós.

Detrás de nosotros, en las grandes avenidas que abríamos a nuestro paso, crecían las hacinas gigantescas y los dos novicios que nos seguían las rodeaban con una soga gruesa y las dejaban aseguradas, atadas con bramante.

Alrededor de noviembre, cuando casi se ha terminado de descascarar y desgranar el maíz y los gruesos pavos graznan ruidosamente en el corral, corriendo de una alambrada a otra en oscuras manadas, bajo el cielo sombrío, tuve noticias de John Paul de Inglaterra. Primero había estado acampado en Bournemouth, de donde me mandó una postal que mostraba algunas casas de huéspedes que reconocí, a lo largo del West Cliff. Sólo hacía diez años que habíamos pasado allí un verano: pero su recuerdo era como de algo irreal, como de otra vida... ¡como si existiera una cosa tal como la transmigración de las almas!

Después de eso fue enviado a alguna parte de Oxfordshire. Sus cartas llegaban con pequeños rectángulos esmeradamente cortados de las mismas, aquí y allá, pero cuando escribía: "Disfruto yendo a... y viendo los... y las librerías", me era bastante fácil incluir Oxford en el primer agujero y Colegios en el otro, puesto que la estampilla de correos decía "Bambury". Aquí todavía estaba entrenándose. Yo no podía decir cuán pronto entraría en la verdadera lucha sobre Alemania.

Entretanto, me escribió que había conocido a una muchacha, a quien describía, y pronto resultó que iban a casarse. Me alegraba por la boda, pero había algo que inquietaba mucho por el carácter precario de la misma; ¿qué ocasión había de que pudieran tener un hogar y vivir en él, del modo que los seres humanos tenían que vivir?

Llegó Navidad al monasterio trayendo consigo las mismas gracias y consuelos del año anterior, pero más intensos. En la fiesta de Santo Tomás Apóstol, el Reverendo Padre me había concedido hacer mis votos particularmente a él, más de un año antes de que fuera permisible la profesión pública. Si hubiese podido hacer diez votos cada día no habría podido

expresar lo que sentía por el monasterio y la vida cisterciense.

Así empezó 1943 y las semanas corrieron veloces hacia la Cuaresma.

La Cuaresma significa, entre otras cosas, que ya no hay más cartas. Los monjes no reciben correspondencia ni la escriben en Cuaresma y Adviento, y las últimas noticias que tuve, antes del Miércoles de Ceniza, fueron que John Paul proyectaba casarse a finales de febrero. Yo tendría que esperar hasta Pascua para saber si lo hacía realmente o no.

Había ayunado un poco durante mi primera Cuaresma, el año anterior, pero se había roto el ayuno casi dos semanas en la enfermería. Ésta era mi primera ocasión de terminar todo el ayuno sin alivio. En aquellos días, puesto que aún tenía las ideas del mundo acerca de los alimentos y nutrición y salud, pensaba que el ayuno que tenemos en los monasterios trapenses en Cuaresma era severo. No comemos nada hasta mediodía, en que tenemos los dos cazos regulares, uno de sopa y otro de legumbres, y tanto pan como queremos, pero luego por la noche hay una ligera colación... un pedazo de pan y un plato de algo como compota de manzanas, dos onzas.

Sin embargo, si hubiese ingresado en un monasterio en el siglo doce —o hasta en algunos monasterios del diecinueve, para el caso— habría tenido que apretarme el cinturón y pasar hambre hasta las cuatro de la tarde; no había más que esa comida: ni colación, ni *frustulum*.

Humillado por esta averiguación, encuentro que el ayuno cuaresmal que ahora tenemos no me molesta. No obstante, es verdad que ahora en las horas de trabajo matinales tengo una clase de teología, en vez de salir a picar piedra en el camino de atrás, o partir troncos en las leñeras como hacemos en el noviciado. Creo que hay una gran diferencia, porque blandir un mazo cuando se tiene el estómago vacío es bueno para dejar las rodillas temblorosas un rato. Al menos eso me producía a mí.

Aun en la Cuaresma de 1943, no obstante, tenía algún trabajo en casa parte del tiempo, puesto que el Reverendo Padre ya me había puesto a traducir libros y artículos del francés.

Y, por consiguiente, después de la misa conventual, sacaba libro, lápiz y papeles e iba a trabajar en una de las mesas del *scriptorium* del noviciado, llenando las hojas amarillas tan de prisa como podía, en tanto otro novicio las tomaba para pasarlas a máquina tan pronto como se acababan. En aquellos días hasta tuve un secretario.

Por último la larga liturgia de penitencia llegaba a su punto culminante en la Semana Santa, con el terrible clamor de las Lamentaciones resonando una vez más en el coro oscuro de la iglesia de la abadía, seguido del oficio de tinieblas de las cuatro horas del salterio del Viernes Santo en la Sala Capitular y el silencio de los monjes recorriendo los claustros con pies descalzos y el largo canto triste que acompaña a la adoración de la Cruz.

¡Qué alivio era oír las campanas de nuevo en Sábado de Gloria, qué alivio despertar del sueño de la muerte con un triple "aleluya"! La Pascua, ese año, llegó lo más tarde que podía —el veinticinco de abril— y hubo bastante flores para llenar la iglesia con el perfume embriagador de la primavera de Kentucky... un olor penetrante, vivo y arrebatador de flores, dulce y completo. Salíamos de nuestro ligero sueño de cinco horas para entrar en una iglesia que estaba saturada del aire cálido de la noche, bañándose en este inmenso lujo de olores y pronto empezaba aquel invitatorio de Pascua que no está falto de esplendidez en su exultación.

¡Qué poderosos son aquellos himnos y aquellas antífonas del oficio de Pascua! El canto gregoriano que, lógicamente, debería ser monótono, porque no tiene en absoluto ninguno de los trucos y recursos de la música moderna, goza de una variedad infinitamente rica porque es sutil, espiritual y profundo y tiene sus raíces mucho más hondas que el nivel superficial del virtuosismo y la técnica, hasta llegar a los abismos del espíritu y del alma humana. Aquellas "aleluyas" de Pascua, sin salirse del corto alcance prescrito por los ocho modos gregorianos, han descubierto color, calor, sentido y alegría que no posee ninguna otra música. Como todo lo demás cisterciense... como los monjes mismos, estas antífonas, sometiéndose al rigor de una Regla que parecería destruir su individualidad, han adquirido realmente un carácter que es único, sin paralelo.

Fue en medio de todo esto que llegaron noticias de Inglaterra.

Había una carta de John Paul entre las dos o tres que encontré bajo la servilleta en el refectorio al mediodía del Sábado de Gloria. La leí el lunes de Pascua. Decía que se había casado más o menos según su idea y había ido con su esposa a los Lagos Ingleses por una semana. Después de eso había sido destinado a una base nueva, que lo situaba en la lucha.

Había marchado una o dos veces a bombardear alguna parte: pero ni siquiera daba ocasión al censor de cortar nada.

Podía verse en seguida que se había operado un cambio tremendo en su actitud hacia la guerra y su participación en ella. No quería hablar acerca de eso. No tenía nada que decir. Y del modo que decía que no quería hablar de ello podía deducirse que la experiencia era terrorífica.

¡John Paul se había encarado por último con el mundo que él y yo habíamos ayudado a formar!

La tarde del lunes de Pascua me senté para escribir una carta y animarlo un poco, si podía.

La carta estaba terminada el martes de Pascua y estábamos en el coro para la misa conventual, cuando el Padre Superior entró y me llamó de parte del abad.

Salí hacia la habitación del Reverendo Padre. No hubo dificultad en adivinar de qué se trataba.

Pasé por la *pietà* del ángulo del claustro y oculté mi voluntad y mis afectos naturales y todo lo demás en el costado herido del Cristo muerto.

El Reverendo Padre iluminó el letrero para entrar, me arrodillé junto a su pupitre, recibí su bendición, besé su anillo y él me leyó el telegrama que decía que el sargento J. P. Merton, mi hermano, se daba por desaparecido en acción del 17 de abril.

Nunca he comprendido por qué tardaron tanto en mandar el telegrama. El diecisiete de abril, hacía ya diez días... al final de la Semana de la Pasión.

Pasaron unos días más, llegaron cartas de confirmación y, finalmente, después de unas cuantas semanas, tuve la seguridad que John Paul había muerto.

La historia era sencillamente ésta. En la noche del viernes, día dieciséis, que había sido la fiesta de Nuestra Señora de los Dolores, él y su tripulación habían despegado en su bombardero, teniendo por objetivo Mannheim. Nunca supe si aterrizaron forzosamente de ida o de vuelta, pero el avión cayó al Mar del Norte. John Paul quedó gravemente herido en la caída, pero pudo mantenerse a flote y aun intentó sostener al piloto que ya estaba muerto. Sus compañeros consiguieron poner a flote su bote-salvavidas de goma y lo tiraron hacia dentro.

Estaba gravemente herido; tal vez tuviera el cuello roto. Estuvo echado en el fondo del bote, delirando.

Tenía una sed terrible. No cesaba de pedir agua. Pero ellos no tenían. El tanque de agua se había roto en la caída y el agua había desaparecido.

No duró demasiado tiempo. Vivió tres horas y murió. Como

las tres horas de sed de Cristo que lo amaba, y murió por él hace muchos siglos, y se había inmolado de nuevo aquel mismo día, también, en muchos altares.

Sus compañeros tuvieron que sufrir más, pero finalmente fueron recogidos y llevados a salvo. Fue unos cinco días más tarde.

Al cuarto día habían sepultado a John Paul en el mar.

Dulce hermano, en las horas que no duermo,
para tu tumba son mis ojos flores;
y si comer mi pan no puedo,
mis ayunos serán almohadas donde moriste.
Si en el calor no encuentro agua para mi sed,
manantiales mi sed te hará, pobre viajero.

¿Dónde, en qué tierra desolada y humeante,
yace tu pobre cuerpo, perdido y exánime?
¿Y en qué paisaje de tragedia
tu espíritu infeliz ha perdido el camino?

Ven, halla en mi trabajo un lugar de descanso
y en mis pesares posa tu cabeza,
o, más bien, llévate mi vida y sangre
y cómprate un lecho mejor...
o llévate mi aliento y llévate mi muerte
y cómprate un mejor reposo.

Cuando los hombres de guerra estén caídos
y hundidas en el fango se hallen las banderas,
aún dirán a los hombres tu cruz y la mía
que murió Cristo en cada uno, por los dos.

Pues en tu abril náufrago, Cristo yace muerto,
y llora Cristo en mi marchita primavera:
de cuyo llanto los valores bajarán
hacia tu mano desvalida,
para proporcionarte el retorno a tu reino:
el silencio de cuyas lágrimas caerá
cual campanadas en tu tumba extraña.
Escúchalas y ven: te llaman a la patria.

EPÍLOGO

MEDITATIO PAUPERIS IN SOLITUDINE

I

Un día sigue a otro, dice el lenguaje. Las nubes cambian. Las estaciones pasan por nuestros bosques y campos en su procesión lenta y regular, y el tiempo ha transcurrido antes de darse uno cuenta.

Cristo derrama el Espíritu Santo sobre uno desde el cielo, en el ardor de junio, y, mirando alrededor, advierte uno que se encuentra en el patio de la granja descascarando y desgranando maíz; el viento frío de los últimos días de octubre penetra en los bosques claros y muerde los huesos. Bien pronto es Navidad, y Cristo nace.

En la última de las tres grandes misas celebradas como misa mayor solemne de pontifical con la tercia pontifical, soy uno de los ministros menores. Nos hemos vestido en la sacristía, hemos aguardado en el santuario. En el alborozo de la música de órgano, el reverendo padre ha llegado con los monjes en procesión, a través del claustro, y se ha arrodillado un momento ante el Santísimo Sacramento de la capilla de Nuestra Señora de las Victorias. Luego empieza la tercia. Después de eso, la solemne vestidura y yo ofrecemos al báculo las adecuadas reverencias, que van al pie del altar, y el tremendo introito empieza, en el coro, resumiendo con el esplendor de su significado toda la Navidad. El Niño ha nacido en la tierra, en la soledad, en el pesebre, delante de los pastores; nace este día, en el cielo, en la gloria, en la magnificencia, en la majestad: el día en que nace es la eternidad. Nace por siempre, Omnipotencia, Omnisapiencia, engendrado antes del lucero del alba: Él es el principio y el fin, eternamente nacido del Padre, el Dios infinito; Él mismo es el mismo Dios, Dios de Dios, Luz de Dios, Dios verdadero de Dios verdadero. Dios nacido de Sí mismo, por siempre; Él mismo Su segunda Persona; Uno, aunque nacido de Sí mismo por siempre.

Él es también quien nace cada instante en nuestros corazones, pues este nacimiento inacabable, este eterno princi-

pio sin fin, esta novedad eterna y perfecta, saliendo de Sí mismo sin abandonarse a Sí mismo ni alterar Su unidad, ésta es la vida que hay en nosotros: ¡nace súbitamente de nuevo, también, en este altar, sobre esa sabanilla, y corporal, tan blanco como la nieve bajo las luces ardiendo, y se eleva sobre nosotros en el silencio de la consagración! Cristo, el Niño de Dios, el Hijo, hecho carne, con su omnipotencia. ¿Qué me dirás esta Navidad, oh Jesús? ¿Qué me tienes preparado en Tu Natividad?

En el *Agnus Dei* dejo a un lado el báculo y todos vamos al lado de la Epístola, juntos, a recibir el beso de paz. Nos hacemos reverencias uno a otro. De uno a otro pasa el saludo. Las cabezas se inclinan. Las manos se cruzan de nuevo. Ahora todos volvemos juntos.

Y de repente me encuentro mirando rectamente al rostro de Bob Lax. Está de pie junto a los bancos que han llevado allí para los visitantes. Está tan cerca de la grada del santuario, que si estuviera más cerca estaría en él.

Y me digo: "Bien, ahora también se bautizará."

Después de la comida fui a la habitación del reverendo padre y le dije quién era Lax, que era un viejo amigo mío, y le pedí hablarle. Ordinariamente sólo se nos permite recibir visitas de nuestras familias, pero, puesto que prácticamente no me quedaba familia, el reverendo padre accedió a que hablara con Lax un breve rato. E indiqué que yo creía que él podría estar dispuesto a bautizarse.

—¿No es católico? —dijo el reverendo padre.

—¡No, reverendo padre, todavía no!

—Bueno, en ese caso, ¿por qué recibía la comunión anoche, en la misa de las doce?

Ya en la hospedería, Lax me contó cómo había sido el bautismo. Había estado en la Universidad de Carolina del Norte, enseñando a unos jóvenes formales a escribir obras teatrales de radio. A finales de Adviento había recibido una carta de Rice que decía, entre otras cosas: "Ven a Nueva York y hallaremos un sacerdote y le pediremos que te bautice."

De repente, después de todos aquellos años de tanto debate, Lax subió al tren y marchó a Nueva York. Nadie le había planteado la cuestión así antes.

Encontraron a un jesuita en aquella gran iglesia de Park Avenue, y lo bautizó, y ya estuvo hecho.

Luego Lax había dicho: —Ahora iré a ver a los trapenses de Kentucky y visitaré a Merton.

Bob Gibney le dijo: —Eras judío y ahora eres católico. ¿Por

qué no te embadurnas la cara? Entonces serás las tres cosas que más odian los meridionales.

La noche había entrado ya, la víspera de Navidad, cuando Lax llegó a Bardstown. Se encontraba en el camino, dispuesto a hacer una caminata hacia el monasterio. Unos individuos lo recogieron y, mientras lo llevaban en su coche, empezaron a hablar de los judíos del modo que muchos hablan de ellos. Entonces Lax dijo que no sólo era católico, sino judío converso.

—¡Oh! —dijeron los individuos del coche—, por supuesto, usted comprende que estamos hablando de judíos *ortodoxos*.

Por Lax tuve las primeras noticias fragmentarias acerca de todos los amigos que no había olvidado: de Bob Gerdy, que estaba en Inglaterra, en el ejército, después de ingresar, bautizado, en la Iglesia por setiembre. Rice trabajaba en una de aquellas revistas de cine. Gibney se había casado y pronto él y Lax trabajarían también en otra revista de cine... una nueva que había empezado a publicarse desde que entrara al monasterio, titulada *Parade* o *Fanfare* o cosa así. No sé si Peggy Wells se había ido ya a Hollywood, pero fue pronto y está allí todavía. Nancy Flagg trabajaba en *Vogue* o *Harper's Bazaar*. De todas maneras, también, tengo la impresión de que todos los que habían vivido en la quinta de Olean el verano que no ingresé en los franciscanos, habían tenido en cierto momento empleos en la revista *Casa y Jardín*. Todo eso es muy oscuro y misterioso. Acaso es algo que soñé. Pero durante aquellos tres o cuatro meses *Casa y Jardín* debió de haber sido toda una revista. Seguramente nada semejante a la antigua *Casa y Jardín* con que solía bostezar en el consultorio del doctor.

Seymour se encontraba en la India. Estaba en el ejército. Todavía no había encontrado, por lo que yo sabía, aplicación práctica para su jiu-jitsu. En la India su principal tarea era editar un periódico para los muchachos del ejército. Un día entró en la imprenta, donde todos los cajistas que trabajaban eran hindúes, individuos simpáticos y pacíficos. Y Seymour, en medio de la imprenta y a plena vista de todo su estado mayor hindú, alejó una mosca con un estampido que resonó en la casa como un cañonazo. Instantáneamente todos los hindúes pararon el trabajo y salieron de huelga. Supongo que fue la vez que Seymour estuvo bastante desocupado para viajar hasta Calcuta y hacer una visita a Bramachari.

Cuando Lax regresó a Nueva York se llevó consigo el manuscrito de unos poemas. La mitad de ellos habían sido escri-

tos desde que entré en el noviciado. La otra mitad se remontaba, en su mayor parte, a los días de San Buenaventura. Era la primera vez que los había mirado desde que había venido a Gethsemaní. Reunir estos poemas y hacer una selección era como editar la obra de un extraño, un poeta muerto, alguien olvidado.

Lax llevó esta colección a Mark Van Doren, y Mark la envió a James Laughlin, de Direcciones Nuevas, y precisamente antes de Cuaresma supe que iban a editarla. El pequeño volumen, excesivamente esmerado, *Treinta poemas*, llegó a mí a finales de noviembre, en el momento antes de iniciar el retiro anual de 1944.

Salí al cielo gris, bajo los cedros, al borde del cementerio, y me quedé al viento, que amenazaba nieve, sosteniendo los poemas impresos en mi mano.

II

Por ese tiempo debiera haberme librado de cualesquiera problemas acerca de mi verdadera personalidad. Había hecho ya mi profesión simple. Mis votos deberían haberme despojado de los últimos jirones de cualquier personalidad especial.

Pero existía esta sombra, este doble, este escritor que me ha seguido al claustro.

Está todavía en mi pista. Viaja en mis hombros, a veces, como el viejo hombre de mar. No puedo perderlo. Todavía lleva el nombre de Thomas Merton. ¿Es el nombre de un enemigo?

Se supone que ha muerto.

Pero está de pie y me encuentra en el umbral de todas mis oraciones, me sigue en la iglesia. Se arrodilla conmigo detrás del pilar, el Judas, y me habla todo el tiempo al oído.

Es un hombre de negocios. Está lleno de ideas. Respira conceptos y proyectos nuevos. Engendra libros en el silencio que debiera ser dulce con la oscuridad infinitamente fecunda de la contemplación.

Y, lo peor del caso, tiene a mis superiores de su parte. No lo expulsan. No puedo librarme de él.

Acaso al final me matará, beberá mi sangre.

Nadie parece comprender que uno de los dos ha de morir.

A veces siento un temor mortal. Hay días que parece no quedarme nada de mi vocación —mi vocación contemplativa—, sino unas cenizas. Todos, tranquilamente, me dicen: —Escribir es su vocación.

Y allí está él cerrándome el paso a la libertad. Estoy atado a la tierra, en su cautiverio egipcio de contratos, revistas, pruebas y todos los proyectos de libros y artículos con que estoy cargado. Cuando comencé a tener ideas sobre escribir, las expuse al Padre Superior y al padre Abad con lo que creía que era "sencillez". Pensaba que sólo "era franco con mis superiores". En cierto modo, supongo que lo era.

Pero no hacía mucho que tenían la idea que ya debieron ponerme a trabajar traduciendo y escribiendo cosas.

Es una cosa rara. Los trapenses han sido categóricos, hasta exagerados, en su oposición al trabajo intelectual en los tiempos pasados. Tal era uno de los grandes gritos de combate de De Rancé. Tenía como odio a los *dilettanti* monásticos, y tomó las armas contra la congregación benedictina de Saint Maur en una batalla más o menos quijotesca que acabó en una escena de reconciliación entre De Rancé y el gran Dom Mabillon, que lee como Oliver Goldsmith. En los siglos dieciocho y diecinueve se consideraba como un pecado monástico que leyera un trapense cualquier cosa fuera de la Escritura y las vidas de los santos: y quiero decir aquellas vidas que constituyen una cadena de milagros fantásticos salpicados de perogrulladas piadosas. Se consideraba asunto digno de sospecha que un monje tomara interés demasiado vivo por los Padres de la Iglesia.

Pero en Gethsemaní me he encontrado con una situación muy diferente.

En primer lugar, entré en una casa que hervía con una energía y un auge que no había conocido en noventa años. Después de casi un siglo de pugna y oscuridad, Gethsemaní se transformó de súbito en una fuerza prominente y vital de la orden cisterciense y la Iglesia Católica de Norteamérica. La casa estaba atestada de postulantes y novicios. No había sitio para tenerlos a todos. De hecho, en la fiesta de San José de 1944, cuando hice mi profesión simple, el padre Abad anunció los nombres de los seleccionados para la primera casa filial de Gethsemaní. Dos días más tarde, en la fiesta de San Benedicto, la colonia salió para Georgia y fijó su residencia en un granero a treinta millas de Atlanta, cantando los salmos en un henal. Por el tiempo que esta obra se haya publicado, ya habrá otro monasterio cisterciense en Utah y otro en Nueva Méjico, y aun otro proyectado para el interior del sur.

Este auge material de Gethsemaní forma parte de un movimiento más vasto de vitalidad espiritual que está operándose en toda la orden, por todo el mundo. Y una de las cosas

que ha producido ha sido una cierta cantidad de literatura cisterciense.

Que haya de haber seis monasterios cistercienses en los Estados Unidos y un convento de monjas próximo a inaugurar; que haya también nuevas fundaciones en Irlanda y Escocia, todo esto significa demanda de libros en inglés sobre la vida cisterciense y la espiritualidad de la orden y su historia.

Pero, además de eso, Gethsemaní se ha convertido en una especie de horno de fervor apostólico. Cada fin de semana, en verano, la hospedería se llena de ejercitantes de retiro que rezan y luchan con las moscas, secan el sudor de sus ojos y escuchan a los monjes que cantan el Oficio, oyen los sermones en la biblioteca y comen el queso que hace el hermano Kevin en las sombras húmedas del sótano, que es adecuado a esa elaboración. Junto con este movimiento de retiro, Gethsemaní viene publicando una serie de folletos.

Hay una estantería abarrotada de ellos en la sala de la hospedería. Azules, amarillos, rosados, verdes y grises con impresiones de lujo en las cubiertas o impresión sencilla —algunos de ellos hasta con ilustraciones—, los folletos llevan el titulillo: "Dice un trapense..." "Un trapense declara..." "Implora un trapense..." "Un trapense afirma..." ¿Y qué dice, declara, implora, afirma un trapense? Dice cosas como ésta: Ya es hora de que cambies tu modo de mirar las cosas. ¿Por qué no te afanas en ir a confesar? Después de la muerte, ¿qué? Y cosas así. Estos trapenses tienen algo que decir a los hombres y mujeres seglares, casados y solteros, viejos y jóvenes, hombres que están en el ejército y que han salido de él, hombres que están demasiado lisiados para entrar en el ejército. Tienen una palabra de consejo para las monjas, y más de una palabra para los sacerdotes. Tienen algo que decir sobre cómo formar un hogar y pasar cuatro años de colegio sin quedar gravemente dañado en el proceso.

Uno de los folletos hasta tiene algo que decir sobre la vida contemplativa.

No es difícil ver entonces que ésta es una situación en que mi doble, mi sombra, mi enemigo, Thomas Merton, el viejo hombre de mar, tiene cosas en su favor. Si sugiere libros acerca de la orden, sus sugestiones son oídas. Si elabora poemas para imprimir y publicar, son escuchados sus pensamientos. Parece que no hay razón para que no escriba para las revistas...

A principios de 1944, cuando me acercaba al tiempo de mi profesión simple, escribí un poema a Santa Inés en su fiesta

de enero, y cuando lo hube terminado tuve el sentimiento de que ya no me preocupaba si nunca más escribía otro poema mientras viviera.

A finales del año, cuando se imprimió *Treinta poemas*, todavía sentía lo mismo y más aún.

Luego vino de nuevo Lax por otra Navidad y me dijo que debía escribir más poemas. No lo discutí. Pero en mi corazón no creía que fuera la voluntad de Dios. Dom Vital, mi confesor, no lo creía tampoco.

Después, un día —la fiesta de la conversión de San Pablo, en 1945—, fui a ver al padre Abad para pedir dirección y, sin pensar yo siquiera en el asunto, ni mencionarlo, de pronto me dijo:

—Quiero que usted siga escribiendo poemas.

III

Hay mucha quietud.

El sol matinal resplandece en la casa del portón que está brillante con pintura nueva este verano. Desde aquí parece como si el trigo empezara ya a madurar en la loma de San José. Los monjes que están de retiro para su ordenación al diaconado están cavando en el jardín de la hospedería.

Hay mucha quietud. Pienso en este monasterio en que estoy. Pienso en los monjes, mis hermanos, mis padres.

Hay quienes tienen mil cosas que hacer. Algunos están ocupados con la comida, otros con la ropa, algunos componiendo las cañerías, otros arreglando el techo. Unos pintan la casa, otros barren las habitaciones, algunos friegan el piso del refectorio. Uno va a las colmenas con una careta puesta y saca su miel. Otros tres o cuatro están sentados en una habitación con máquinas de escribir y todo el día contestan las cartas de las personas que escriben aquí pidiendo oraciones porque son infelices. Otros todavía, están componiendo tractores y camiones; otros los guían. Los hermanos están forcejeando con los mulos para ponerles las guarniciones. O salen a la dehesa detrás de las vacas. O cuidan de los conejos. Uno de ellos dice que sabe componer relojes. Otro hace planes para el monasterio nuevo de Utah. Los que no tienen responsabilidad especial de polluelos o cerdos o escribir folletos o empaquetarlos para expedirlos por correo o llevar las cuentas complicadas de nuestro libro de misas... los que no tienen nada

especial que hacer pueden salir siempre a escardar las patatas y cavar las hileras de maíz.

Cuando toque la campana del campanario, dejaré de escribir y cerraré las ventanas de esta habitación en que trabajo. Frater Sylvestre retirará el monstruo mecánico de una cortadora de césped, y sus ayudantes irán a casa con sus azadas y palas. Yo tomaré un libro y pasearé un poco bajo los árboles, si hay tiempo, antes de la misa conventual. Muchos de los otros se sentarán en el *scriptorium* y escribirán sus conferencias teológicas o copiarán cosas de libros en los dorsos de los sobres. Uno o dos se quedarán en una entrada que va del Pequeño Claustro al jardín de los monjes, enroscarán sus rosarios alrededor de sus dedos y esperarán que pase algo.

Después iremos todos al coro, y hará calor, y el órgano tocará alto, y el organista, que precisamente está aprendiendo, cometerá una cantidad de errores. Pero en el altar se ofrecerá a Dios el eterno Sacrificio de Cristo a quien pertenecemos y que nos ha reunido aquí.

Congregavit nos in unum Christi amor.

Antes de que naciéramos, Dios nos conocía. Sabía que algunos de nosotros se rebelarían contra Su amor y Su misericordia y que otros lo amarían desde el momento que pudieran amar algo y que nunca cambiarían ese amor. Sabía que habría gozo en el cielo, entre los ángeles de Su casa, por la conversión de algunos de nosotros, sabía que nos juntaría a todos aquí en Gethsemaní, para Su objeto, para la alabanza de Su amor.

La vida de cada uno en esta abadía es parte de un misterio. Apuntamos a algo mucho más lejos de nosotros mismos. No podemos comprender lo que es. Pero sabemos, por el lenguaje de nuestra teología, que todos somos miembros del Cristo místico, y que nos reunimos todos en Aquel para quien fueron creadas todas las cosas.

En cierto sentido, siempre viajamos; viajamos como si no supiéramos adónde vamos.

En otro sentido, ya hemos llegado.

No podemos llegar a la perfecta posesión de Dios en esta vida, por eso viajamos en la oscuridad. Pero ya lo poseemos por la gracia y, por lo tanto, en ese sentido hemos llegado y vivimos en la luz.

Pero, ¡ah, qué lejos he de ir a encontrarte a Ti, a quien he llegado ya!

Por ahora, ¡oh Dios mío!, es a Ti solo a quien hablo, porque nadie más quiere entender. No puedo traer a ningún hom-

bre de esta tierra a la nube donde vivo en Tu luz, es decir, Tu oscuridad, en la que me siento perdido y confundido. No puedo explicar a ningún otro hombre la angustia que es Tu gozo ni la pérdida que es la posesión de Ti, ni la separación de todas las cosas que es la llegada en Ti, ni la muerte que es el nacimiento en Ti, porque yo mismo no sé nada acerca de ello y todo lo que sé es que quisiera que hubiese terminado... quisiera que hubiese empezado.

Tú lo has contradicho todo. Me has dejado en la tierra de nadie.

Me has hecho pasear arriba y abajo todo el día, bajo aquellos árboles, diciéndome una y otra vez: "Soledad, soledad." Y te has vuelto y has echado todo el mundo en mi regazo. Me has dicho "Abandona todas las cosas y sígueme", y luego has atado medio Nueva York a mi pie como una bola y cadena. Me has hecho arrodillar detrás de aquel pilar, habiendo en mi mente el griterío de un banco. ¿Es contemplación eso?

Antes de hacer mis votos solemnes, la primavera última, en la fiesta de San José, en mis treinta y tres años de edad, siendo un clérigo de órdenes menores... antes de hacer mis votos solemnes, esto es lo que me parecía a mí. Me parecía que Tú casi me pedías que abandonara todas mis aspiraciones de soledad y de vida contemplativa. Me pedías obediencia a mis superiores, que, estoy moralmente cierto, me harán escribir o enseñar filosofía o encargarme de una docena de responsabilidades materiales del monasterio; hasta puedo acabar de director de retiro, predicando cuatro sermones al día a los seculares que vienen a la casa. Hasta, si no tengo ocupación especial en absoluto, estaré siempre afanándome desde las dos de la mañana hasta las siete de la noche.

¿No pasé un año escribiendo la vida de la Madre Berchmans, que fue enviada a una nueva fundación trapense en el Japón, y que quería ser contemplativa? ¿Y qué le pasó? Tuvo que ser portera y directora del huésped y sacristana y cillera y superiora de las hermanas legas, todo a la vez. Y cuando la relevaron de una o dos de aquellas ocupaciones fue sólo para darle otras más pesadas, como la de superiora de las novicias.

Martha, Martha, solliccita eris, et turbaberis erga plurima...

Cuando empezaba mi retiro, antes de la profesión solemne, me pregunté por un momento si aquellos votos suponían alguna condición adherida a ellos. Si yo era llamado a ser un contemplativo y no me ayudaban a serlo, sino que me lo impedían, ¿entonces qué?

Pero antes de que pudiera siquiera empezar a rezar, tuve que dejar esas meditaciones.

A su tiempo hice mis votos, decidí que ya no estaba seguro de lo que era un contemplativo, o lo que era la vocación contemplativa, o cuál era mi vocación y cuál era nuestra vocación cisterciense. En realidad no podía estar seguro de si sabía o comprendía mucho de nada, excepto que creía que Tú deseabas que yo tomara aquellos votos particulares en esta casa particular, en ese día particular, por razones mejor conocidas por Ti mismo, y que lo que yo tenía que hacer después de eso era seguir con los demás y hacer lo que me dijeran y las cosas empezarían a aclararse.

Aquella mañana, cuando tenía mi rostro sobre el suelo en medio de la iglesia, con el padre Abad rezando por encima de mí, empecé a reír, con mi boca en el polvo, porque sin saber cómo ni por qué había hecho realmente la cosa justa y hasta una cosa asombrosa. Pero lo asombroso no era mi obra, sino la obra que Tú realizaste en mí.

Los monjes se han ido y Tú no has disminuido ninguno de esos deseos, pero me has dado paz, y empiezo a ver de qué se trata todo. Empiezo a comprender.

Porque Tú me has llamado aquí no para llevar una etiqueta por la que pueda reconocerme y colocarme en alguna categoría. No quieres que piense lo que soy, sino lo que Tú eres. O más bien, no quieres siquiera que esté pensando mucho sobre nada, pues Tú me elevarás sobre el nivel del pensamiento. Y si siempre intento comprender lo que soy y dónde estoy y por qué soy, ¿cómo se realizará aquella obra?

No dramatizo mi problema. No digo: Me lo has pedido todo y he renunciado a todo. Porque ya no deseo ver nada que implique una separación entre Tú y yo; y si me detengo a considerarme a mí y a Ti como si hubiese pasado algo entre los dos, de mí a Ti, veré inevitablemente la brecha entre nosotros y recordaré la distancia entre nosotros.

¡Dios mío, esa brecha y esa distancia son las cosas que me matan!

Ésa es la única razón de mi deseo de soledad... de estar perdido para todas las cosas creadas, de morir para ellas y para el conocimiento de ellas, pues me recuerdan mi distancia de Ti. Me dicen algo de Ti: que estás lejos de ellas, aun cuando estás en ellas. Las has hecho y Tu presencia mantiene su ser, y Te ocultan de mí. Y yo quisiera vivir solo, y fuera de ellas. *O beata solitudo*!

Pues yo sabía que sólo abandonándolas podía venir a Ti; y

por eso he sido tan infeliz cuando parecía que Tú me condenabas a permanecer entre ellas. Ahora mi pesar ha terminado y mi gozo está a punto de empezar: el gozo que se recrea en los dolores más profundos. Pues empiezo a entender. Me has enseñado, me has consolado, he empezado de nuevo a tener esperanza de aprender.

Te oigo que me dices:

Te daré lo que deseas. Te llevaré a la soledad. Te guiaré por el camino que no puedes en modo alguno comprender, porque quiero que sea el camino más corto.

Por consiguiente todas las cosas de tu alrededor se armarán contra ti, para negarte, para dañarte, para darte dolor, y por ende reducirte a la soledad.

A causa de su enemistad, pronto quedarás solo. Te echarán, te abandonarán, te rechazarán y quedarás solo.

Todo lo que te toque te quemará, y apartarás tu mano con dolor, hasta que te hayas alejado de todas las cosas. Entonces estarás completamente solo.

Todo lo que puede desearse te abrasará y te marcará con un cauterio y huirás de él con dolor, para estar solo. Todo goce creado vendrá a ti como dolor, y morirás para todo goce y quedarás solo. Todas las cosas buenas que los otros aman y desean y buscan vendrán a ti, pero sólo como asesinos, para arrancarte del mundo y sus afanes.

Serás ensalzado, y será como arder en la pira. Serás amado, y te matará el corazón y te llevará al desierto.

Tendrás dones, y te abrumarán con su peso. Tendrás placeres en la oración, y te enfermarán y huirás de ellos.

Y cuando hayas sido ensalzado un poco y amado un poco Yo te quitaré todos tus dones y todo tu amor y toda tu vanagloria y quedarás completamente olvidado y abandonado y no serás nada, una cosa muerta, un desecho. Y en ese día empezarás a poseer la soledad que tanto tiempo has anhelado. Y tu soledad producirá inmenso fruto en las almas de hombres que no conocerás nunca en la tierra.

No preguntes cuándo será o dónde será o cómo será. En una montaña o en una prisión, en un desierto o en un campo de concentración o en un hospital o en Gethsemaní. No importa. Por tanto, no me lo preguntes, porque no te lo diré. No lo sabrás hasta que estés en ella.

Pero gustarás la verdadera soledad de mi angustia y mi pobreza y te conduciré a las cimas más altas de mi gozo y morirás en Mí y encontrarás todas las cosas en Mi misericordia que te ha creado para este fin y te ha llevado desde

Prades a Bermuda, a Saint Antonin, a Oakham, a Londres, a Cambridge, a Roma, Nueva York, Columbia, a Corpus Christi, a San Buenaventura, a la abadía cisterciense de los pobres que trabajan en Gethsemaní:

Para que seas el hermano de Dios y aprendas a conocer al Cristo de los hombres abrasados.

SIT FINIS LIBRI,
NON FINIS QUAERENDI

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

1.- El juego del rescate 9
2.- Nuestra Señora de los Museos 37
3.- Lo horripilante del infierno 77
4.- Los niños en el mercado 142

SEGUNDA PARTE

1.- Con un gran precio 181
2.- Las aguas de contradicción 241

TERCERA PARTE

1.- El Norte magnético 277
2.- El verdadero Norte 320
3.- El volcán dormido 360
4.- El dulce sabor de la libertad 397

EPÍLOGO

Meditatio pauperis in solitudine 433

Thomas Merton nació en Francia en 1915. Estudió en el Clare College de Cambridge y en la Universidad de Columbia. En 1941 entró en la orden cisterciense y fue ordenado clérigo en 1949. Hasta su muerte, ocurrida en 1968, fue padre de la orden cisterciense en la Abadía Nuestra Señora de Getsemaní de Kentucky, Estados Unidos.

Ha escrito muchos libros, entre los que se destacan: *La montaña de los siete círculos* (que ahora reeditamos), *Semillas de contemplación, Las aguas de Siloé, El exilio y la gloria, Pan en el desierto, La senda de la contemplación, ¿Qué llagas son ésas?, Los manantiales de la contemplación* (todos publicados por Editorial Sudamericana).

Composición y armado:
Jorge H. Castillo,
Arte Editorial
Esta edición de 5.000 ejemplares
se terminó de imprimir en
Indugraf S.A.,
Sánchez de Loria 2251, Bs. As.,
en el mes de mayo de 1998.

NOTA FINAL

Le recordamos que este libro ha sido prestado gratuitamente para uso exclusivamente educacional bajo condición de ser destruido una vez leído. Si es así, destrúyalo en forma inmediata.



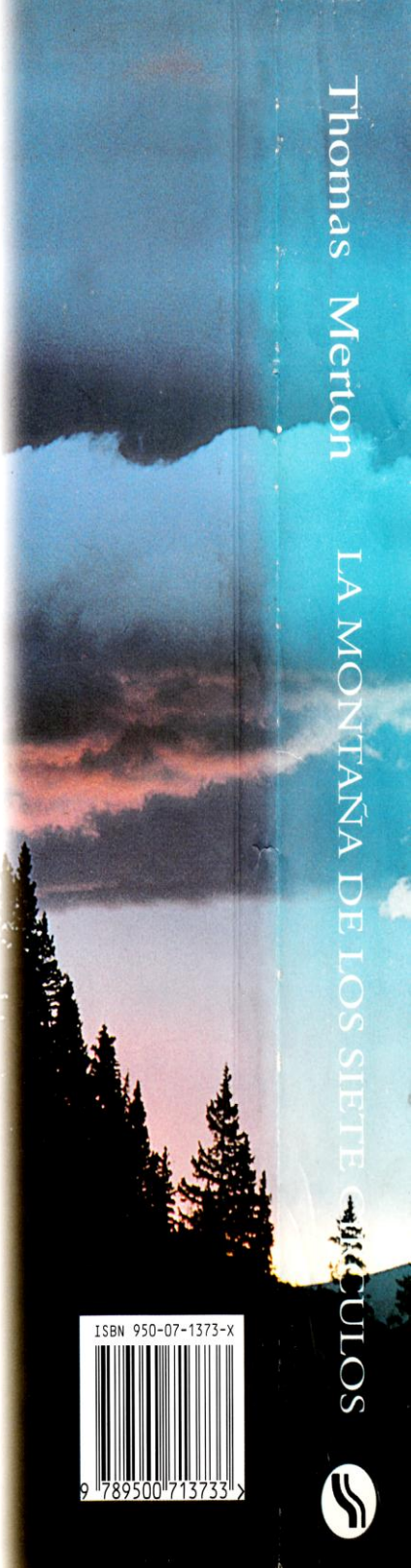
Referencia:4236

narrativas contemporáneas

La montaña de los siete círculos, que se publicó por primera vez en Nueva York en 1948, se colocó a la cabeza de los éxitos editoriales del año con una venta de dos millones de ejemplares. No es precisamente una novela, sino la historia de una vida: la del autor. Vida intensa en el mundo hasta los veintiséis años, cuando se recluye en el monasterio trapense norteamericano de Getsemaní, Kentucky.

Hijo de inglés y norteamericana, nacido en la Francia de 1915, en plena guerra europea, su alma no conoce la paz en el mundo. Y en este libro, pleno de espiritualidad –con páginas que recuerdan las Confesiones de San Agustín–, describe toda su vida, sin excluir los días que pasa en el interior del monasterio.

El estilo del autor es siempre claro y su prosa destila un gran sentido del humor, hondo afecto familiar y sencillez en el relato de sus experiencias místicas. Artista completo –pues es también poeta–, disfruta tanto en la descripción del mundo físico como en la del mundo espiritual. En su vida y en su obra, como se ha dicho de Rembrandt, hay luces y sombras; pero con aparente paradoja, Thomas Merton ve la luz en su retiro claustral, y vio la sombra en las babeles luminosas de Londres y Nueva York.



ISBN 950-07-1373-X
9 789500 713733